

FA 0195





~~889~~ 889

D-U

2566

INSELYO

2000

INFORMACION GENERAL

DE LA

PLORIDA

El presente informe tiene por objeto proporcionar información general sobre la situación económica, social y cultural de la provincia de Plorida, así como sobre sus recursos naturales y humanos. Se trata de un documento de carácter informativo que pretende servir de base para la toma de decisiones en materia de desarrollo regional y planificación económica.

CONSEJO DE ECONOMÍA Y FINANZAS

UNA EDICIÓN

PRIMERA



ENSAYO CRONOLOGICO

PARA LA HISTORIA GENERAL

DE LA

FLORIDA.

Contiene los descubrimientos y principales sucesos acaecidos en este gran Reino á los españoles, franceses, suecos, dinamarqueses, ingleses, y otras naciones entre sí, y con los indios; cuyas costumbres, genios, idolatria, gobierno, batallas y astucias se refieren; y los viages de algunos capitanes y pilotos por el mar del Norte á buscar paso á Oriente, ó union de aquella tierra con Asia, desde el año 1512 que descubrió la Florida Juan Ponce de Leon hasta el de 1722.

ESCRITO

POR D. GABRIEL DE CARDENAS Y CANO.

NUEVA EDICION

~~~~~  
TOMO IX  
~~~~~



MADRID: 1829.

IMPRESA DE LOS HIJOS DE DOÑA CATALINA PIÑUELA,
calle del Amor de Dios, núm. 14.

THESE



TABLA

DE LAS DÉCADAS DE ESTE TOMO NOVENO.

<i>Década</i> 11. ^a	Página	1
<i>Década</i> 12. ^a		30
<i>Década</i> 13. ^a		48
<i>Década</i> 14. ^a		61
<i>Década</i> 15. ^a		92
<i>Década</i> 16. ^a		101
<i>Década</i> 17. ^a		112
<i>Década</i> 18. ^a		154
<i>Década</i> 19. ^a		313
<i>Década</i> 20. ^a		345
<i>Década</i> 21. ^a		361
<i>Tablas Estadísticas</i>		469

THE LAS ...

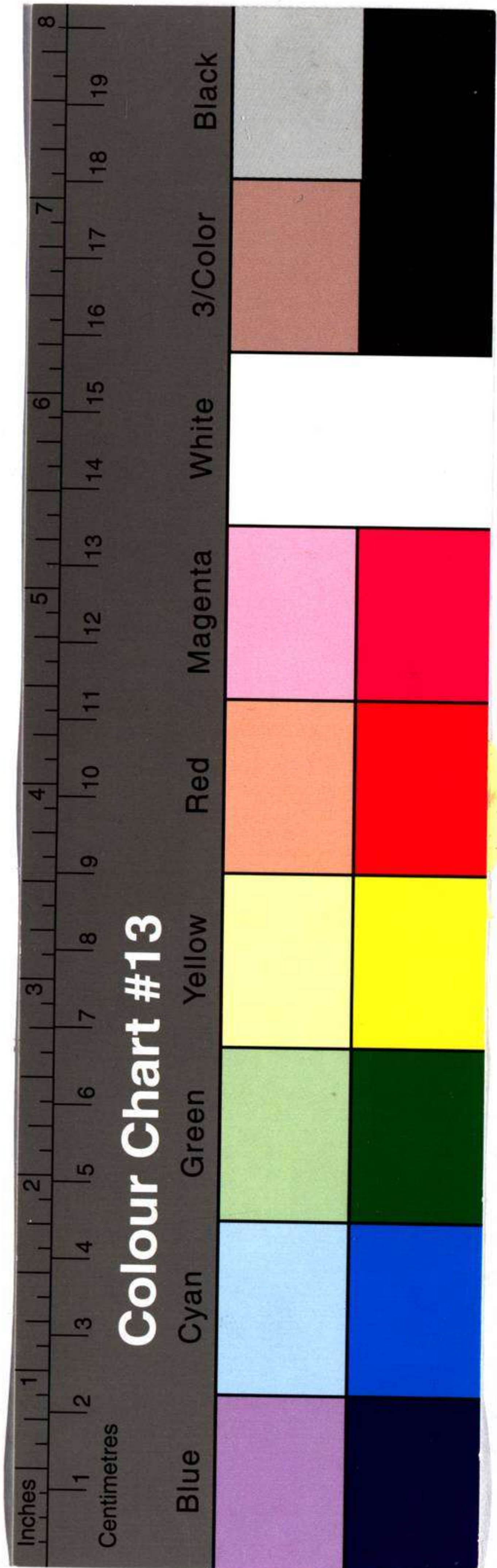
1	Table of Contents
30	Chapter I
43	Chapter II
61	Chapter III
72	Chapter IV
101	Chapter V
112	Chapter VI
134	Chapter VII
148	Chapter VIII
161	Chapter IX
174	Chapter X
189	Chapter XI
201	Chapter XII
215	Chapter XIII
231	Chapter XIV
249	Chapter XV
261	Chapter XVI
279	Chapter XVII
291	Chapter XVIII
309	Chapter XIX
321	Chapter XX
339	Chapter XXI
351	Chapter XXII
369	Chapter XXIII
381	Chapter XXIV
399	Chapter XXV
411	Chapter XXVI
429	Chapter XXVII
441	Chapter XXVIII
459	Chapter XXIX
471	Chapter XXX
489	Chapter XXXI
501	Chapter XXXII
519	Chapter XXXIII
531	Chapter XXXIV
549	Chapter XXXV
561	Chapter XXXVI
579	Chapter XXXVII
591	Chapter XXXVIII
609	Chapter XXXIX
621	Chapter XL
639	Chapter XLI
651	Chapter XLII
669	Chapter XLIII
681	Chapter XLIV
699	Chapter XLV
711	Chapter XLVI
729	Chapter XLVII
741	Chapter XLVIII
759	Chapter XLIX
771	Chapter L
789	Chapter LI
801	Chapter LII
819	Chapter LIII
831	Chapter LIV
849	Chapter LV
861	Chapter LVI
879	Chapter LVII
891	Chapter LVIII
909	Chapter LIX
921	Chapter LX
939	Chapter LXI
951	Chapter LXII
969	Chapter LXIII
981	Chapter LXIV
999	Chapter LXV

DECADA UNDECIMA.

SUMARIO.

Fr. Luis, Gerónimo de Ore, lleva á Cadiz veinte y cuatro religiosos, de san Francisco para la Florida. Dale su libro el Inca Garcilaso de la Vega. Llegan veinte y tres religiosos y despues ocho, y hacen gran fruto en la Florida, donde fundan veinte residencias ó conventos. Penetran algunos la tierra adentro. Erígese en provincia la Florida en el capítulo general de san Francisco. Argell, inglés, se lleva á la poblacion á Poutahova, hija del cacique de Virginia Pouhatán. Indígnase el cacique y junta otros para echar á los ingleses de la tierra. Casan la hija con Rolfo fingiendo ser gran señor, y hace paces en que no consiente Ytopalin, su hijo, que trata de ejecutar el designio de su padre. Avisa á los ingleses Poutahova: quéjense á Pouhatán y evitan el peligro. José Triviño y Bernabé de las Casas piden la conquista del nuevo reino de Leon al marques de Guadalcazar, virrey de Nueva-España; y dá cuenta al rey, y de la instancia de don Juan de Salinas, gobernador de la Florida, contra ingleses. Trae Juan Smith á Inglaterra á Poutahova. Como la festejaron. Su muerte y la de su padre el cacique Pouhatán, á cuyo hijo primogénito usurpa el cacicazgo Openchancanough. Gualtero Raeligino es admitido en su puerto por el gobernador de Virginia. Vá á Inglaterra y es degollado. Los ingleses de la Virginia y de la isla Bermuda roban las costas de Yucatán. Champlain vuelve á Francia y hace formar una compañía de maderes (escluyendo los de la Rochela) para la manutencion y el comercio. Consigue real confirmacion. Proveydo de lo que necesitaba se hace á la vela á Canadá, llevando misioneros recoletos de san Francisco, que llegan felizmente, y se dice la primer misa en Canadá. Primer jubileo que se celebró. Los indios, imitando á los franceses las acciones de las diligencias para cumplirle, causan gran risa á los hereges. Distribuyense los misioneros en varias provincias. Progresos que hicieron hasta volver á Quebec. Champlain hace guerra á los iroqueses. No puede tomar un pueblo suyo: es herido y se retira. Junta en Que-

TOMO IX.



bec para asegurar la plaza y aumentar la predicacion. Nómbrase al P. comisario y á Fr. José Carón para venir á Francia y se embarcan. Su tardanza causa gran necesidad en los franceses, y los indios se alborotan. Resuelve Champlain otro viaje á Francia, y llega el P. José Carón nombrado por comisario de la mision, con algunos compañeros y socorro, aunque los de la Compañía se le negaron. Los indios tratan de acabar con los franceses: dan muerte á dos, y Fr. Pacífico de Plesi, el cual los sosiega y los alcanza perdon dando Rehenes. Pone Champlain en seguridad á Quevec. Parte á Francia: no consigue socorro de la Compañía: adquiérole por otros caminos y vuelve á Canadá. Pasa á los tres rios y confirma el perdon dado á los indios, los cuales le persuaden la guerra contra los iroqueses. Aumentos de la mision de Taudosac. Champlain le envia socorro, y llega él despues nombrado por primer gobernador de Canadá. Entra á reconocer la tierra: los iroqueses asaltan en varias partes á los franceses con ánimo de acabar con ellos. Recelos de Champlain que envia á Fr. Jorge Baillif á quejarse á Luis XIII, rey de Francia, de los de la Compañía, y lo que importó. Van á predicar á Acadia los recoletos franciscos. Muere el P. Rogel, el P. Juan de Bordes de la Compañía de Jesus, y Fr. Pacífico de Plesi. El rey manda cumplir á los herederos del adelantado Pedro Menendez la merced en indios vacos. Viages de Guillermo Bassinio. Descubre el estrecho de Cockin. Entra en el de Davis, y se desengaña de hallar paso por el Nordeste á Oriente. En el estrecho de Smith observa que varió la aguja cincuenta y ocho grados. Viaje de Juan Munck de orden del rey de Dinamarca; sucesos notables de él. Mueren toda su gente escepto cuatro.

Año de 1612.

Fr. Luis Gerónimo de Oré, natural del Perú, gran teólogo de la orden de san Francisco (que escribió la relacion de los mártires que ha habido en la Florida, que se imprimió en cuarto el año de 1604, y el símbolo católico indiano, y otros libros muy doctos y curiosos), partió de Madrid para Cadiz á despachar veinte y cuatro religiosos de su orden, ó ir

con ellos á la Florida, de que fueron veinte y tres, como asegura Torquemada. Pasó á Córdoba, y pidió á Garcilaso Inca algunos de sus libros: dióle tres de la historia de la Florida, como refiere el mismo Inca en el *lib. 7 de la segunda parte de sus comentarios reales*.

Pouhatán, cacique de Virginia, habia mantenido guerra siempre á los ingleses, y sus principales estaban muy irritados porque á su despecho poblaban la tierra. Aumentó el enojo y furia del cacique el capitan Argell, inglés, el cual le llevó á la colonia robada una hija suya, llamada Poutahova, en un bagel; y fue tanta la saña, que propuso acabar con todos. Llamó cuanta gente pudo y otros caciques amigos, persuadiéndoles á que su injuria tocaba á todos. Los ingleses enviaron indios para sosegarle, y no quiso escucharlos encruelecendo su ánimo cada dia mas contra ellos; ya temian los ingleses que si aquel bárbaro proseguía en el empeño habia de acabar con la poblacion. Tentaron cuantos medios pudieron y ninguno bastó á aquietarle. Dispusieron se le diese noticia por medio de uno de los suyos de que Poutahova, su hija, habia rogado á Argell la tragese á la poblacion para casarse con Rolfo, con quien se habia efectuado el matrimonio porque era un gran señor en su tierra. Causóle á Pouhatán mucho gusto la noticia, y envió á saber la verdad: los ingleses supieron fingir tan bien el señorío y grandeza de Rolfo, que los mensajeros volvieron admirados de haber visto á Poutahova tan bizarra y tan contenta y del respeto que todos tenian á su marido. Y habiendo vuelto al cacique celebró mucho esta ventura, y empezó á dejarse tratar de los ingleses; y se llevó á su yerno y su hija á sus estados, y poco despues ajustó paz

:

con ellos que fue único motivo de prevalecer aquella población.

En el capítulo general que la religion de san Francisco celebró en Roma, se erigió en provincia la Florida con el nombre de santa Elena, estableciendo por convento principal de ella el de la Habana, y por primer provincial á Fr. Juan Capillas.

Guillermo Bafinio volvió á Inglaterra, habiendo descubierto en el mar del Norte el estrecho de Cockin, en altura de sesenta y cinco grados y veinte minutos, con la desazon de haber muerto á Jacobo Hall, que iba con él un indio que llegándose á la chalupa como que iba á comerciar, sin poderlo remediar sus compañeros, le dió temerario un golpe y escapó libremente.

Año de 1613.

No contenta la piedad de Felipe III con haber enviado veinte y tres religiosos franciscanos á la Florida, hizo que pasasen á predicar otros ocho para dar mayor eficacia á la conversion de aquellos indios. Sirvió mucho á los frailes la doctrina cristiana, impresa en lengua de los indios.

Ytopalin, hijo del cacique Pouhatáni, no pudo tolerar la paz que se hizo con los ingleses ni otros indios principales, á los cuales Pouhatán habia persuadido las conveniencias que se les seguirian de echarlos de la tierra; cada dia sentian mas la buena correspondencia que tenia con ellos Pouhatán, mediante la habilidad de Rolfo y los favores y agasajos que les hacia. Por lo cual dispusieron con grande secreto juntarse, y sin que lo supiese el cacique, acabar con ellos ó hacerlos que desampara-

sen la tierra; y estando prevenidos para dar un rebato grande sobre la poblacion, llegó toda la conjuracion á noticia de Poutahova; la cual considerando el riesgo de los ingleses tan cercano como evidente, dejó su casa en una noche muy oscura, y sola, atravesando montes muy espesos con gran peligro de su vida, llegó á la poblacion de los ingleses y los avisó de todo lo que se trataba: aconsejólos lo que debian hacer. Avisaron luego con grandes quejas, á Pouhatán de la traicion que se trataba contra ellos, y se previnieron para cualquier asalto; pero el amor que los tenia el cacique impidió el estrago, llamando á su hijo y á los principales mandándolos se quietasen, con lo cual desistieron de su empresa.

La noticia de la poblacion de los ingleses en la Florida animó á los capitanes José Triviño y Bernabé de las casas á que se ofreciesen á pacificar y poblar el nuevo reino de Leon en el Nuevo Méjico; porque entrando en la Florida por aquella parte, conseguirian no solo que los ingleses no extendiesen sus poblaciones, sino que en tiempo breve los echarian de la tierra. Pidieron la conquista al marques de Guadalcazar, virrey entonces de Nueva-España: dieron informaciones de que cumplirian lo que capitulasen, despachándoseles el mismo título que se habia dado á don Luis de Carvajal.

El marques, aunque estaba informado por Francisco Urdinola, gobernador de la Nueva Galicia, de que esta conquista era muy necesaria para estrechar los ingleses de la Florida, no se atrevió por sí á determinar, y envió al rey todos los papeles, asientos é instrumentos. Puso persona en el Nuevo reino de Leon, que adquiriese noticia de

las entradas que en el Nuevo Méjico suelen hacer los indios por los despoblados en tanto que se le daba respuesta.

La isla de la Esperanza, cerca de Groenlandia, fue descubierta: corre Nordeste y Sudueste, y algunos quieren sea la tierra que descubrió Hugo Villughby, ó la isla de Juan Mayen, pero sin fundamento.

Año de 1614.

El gobernador de la Florida envió á pedir pólvora, de que estaban los presidios muy faltos por cuenta de su situado, al marques de Guadalcazar, el cual mandó luego se previniese de la de mejor calidad, y salió por el mes de agosto el socorro.

Champlain iba aumentando su poblacion y amistades con los indios de las cercanías de Quebec, y otras naciones de Canadá, dilatando cuanto podia su comercio con ellos, reconociendo individualmente la tierra por sí y sus soldados; y dejando buena orden en Canadá, volvió á Francia con mejores, mas estendidas y seguras noticias que antes. Convidó á muchas familias á poblar aquel pais; y reconociendo eran necesarios para la subsistencia y aumento de la poblacion, caudales y quien con cuidado los ministrase continuamente, en que se descuidaban las personas de quien se valia, escusándose muchas veces de solicitar asistencias; el príncipe de Condé, virrey de Canadá, procuró formar una compañía de mercaderes, y persuadió á los de Normandía y Samaló á que entrasen en ella, con varias condiciones por tiempo de once años. Al príncipe de Condé pareció este medio muy apropósito; y habiéndose hecho las escrituras de compañía, en que excluían á los mercade-

res de la Rochela del comercio, se aprobaron por el rey de Francia, despachando provisiones reales en confirmacion de todo.

Habló despues á Fr. Bernardo de Verger, provincial de la provincia de la Inmaculada Concepcion, para que le diese religiosos franciscos recoletos, para llevar á Canadá una mision; y á su instancia y por el empeño del secretario Hovél, envió dos religiosos á París, que fuesen á Canadá á reconocer los ánimos de los moradores, la necesidad que habia, y lo que era necesario para el fruto de la predicacion del santo evangelio; pero no tuvo efecto su viage, porque habiendo llegado á París los dos religiosos, no pudo Guillermo Bentivollo, que era nuncio entonces, concederles las facultades que necesitaban; con lo cual suspendieron el viage, acudiendo á Roma á pedir las gracias y mercedes necesarias para embarcarse en la primera ocasion.

Año de 1615.

Encendidos en mas vehemente celo de la propagacion de la religion católica; los frailes de la órden de san Francisco volvieron á entrar en la Florida doce religiosos de la provincia de los Angeles: Aprendieron brevemente la lengua, y convirtieron tantos indios que fue preciso pedir mas religiosos; porque imaginaron tan fecunda la siembra de la sagrada palabra, que se persuadieron á que la misericordia de Dios se habia inclinado á hacer felices aquellos bárbaros instables, porque en menos de dos años establecieron en los lugares mas principales de los indios veinte conventos ó residencias: calificaron los religiosos el concepto que habia hecho su fervor; porque habiendo entrado con veinte in-

dios la tierra adentro, uno de los religiosos la halló toda bien poblada, y que la gente era mas culta que la de la costa; y adquiriendo noticias de otras naciones, se volvió donde estaban los compañeros; Fr. Alonso Serrano, luego que le oyó, tomó el mismo camino, y pasó mas adelante, predicando y poniendo nombres a los lugares donde estuvo.

Champlain volvió á embarcarse á Canadá en 24 de abril, llevando consigo recoletos de san Francisco: fue por comisario Fr. Dionisio Jamé, y le acompañaron Fr. Juan Olbo, Fr. José Carón, presbíteros, y Fr. Pacifico de Plesi, lego. Partió de Honfleur, y en treinta y un dias de viage llegaron á 25 de mayo á Tadousac, que es el primer puerto que se toma, cerca de trescientas millas, en el rio de San Lorenzo, donde solo se habita en tanto que las naves ocupan el puerto, que aunque habia mision, solo servía de instruir los indios, que concurren allí de mas de trescientas millas, de diversos países por dos ó tres meses. Desde Tadousac envió el P. comisario á Quebec á Fr. Juan Olbo, para que dispusiese lo necesario. Llegó Fr. Juan á 2 de junio: siguiéronle los demas religiosos, y ayudados de los pobladores de Quebec, y de los indios fabricaron una capilla donde ahora es la Villa Baja, y á 25 de Junio celebraron el santo sacrificio de la Misa la primera vez en aquella tierra.

Sin perder tiempo en la conversion de aquella gentilidad, tuvieron diferentes juntas con Champlain y otros principales de la villa, sobre el modo mas acertado de dirigir la mision para el fruto espiritual, y acordaron que el comisario se quedase en Quebec para cuidar de los franceses que estaban poblados, y formar allí una mision de indios: á Fr. Juan destinaron para los motañeses en Tadousac, hasta la

embocadura del rio de San Lorenzo; y á Fr. José ⁹ enviaron á los Hurones y otros pueblos.

Fr. Juan partió luego á su residencia, y en breve tiempo, con grandísimo cuidado y trabajo, aprendió la lengua, y con mayor juntó algunos indios. Anduvo muchas leguas, predicando en los pueblos principales de varias naciones, fue el primero que llegó á los indios betsiamites, paponeches, esquimós, y otras naciones de una y otra parte de las siete islas, trabajando incesantemente; y aunque los indios le trataban bien, hacian poco caso de lo que decia.

Fr. José halló la tierra de los Hurones mas apacible que la de Quebec; y aunque arenosa en muchas partes, era fertilísima de maiz, frisoles, calabazas y otros frutos de tierra; que estaba cercada de tres lagunas, la mayor al Norte, que por su grandeza se llama el mar dulce. Halló diez y ocho pueblos, y el principal; que se llamaba Carragouha, cercado con tres estacadas de treinta y seis pies de alto: penetró mas de quinientas leguas con grandes fatigas entre los hurones, procurando reducir algunos con su predicacion, y hubieran sido mayores sus trabajos si los hurones no tuvieran consigo doce franceses que habia enviado Champlain para que los respetasen sus enemigos. Aprendió la lengua que es comun á diez ó doce naciones, é hizo poco fruto en los indios.

Guillermo Bafinio volvió al mar del Norte, entró en el estrecho de Davis, y supo que al Norte de él no habia paso á Oriente, porque solo halló una bahía muy espaciosa, en la cual se podía utilizar mucho cualquier nacion con la pesca de ballenas, vacas marinas y unicornios, de que habia en ella gran abundancia.

Año de 1616.

Eran tan repetidas las instancias de los indios de paz sobre la venganza de sus enemigos, que resolvió Champlain salir de Quebec con doce soldados y gran multitud de indios, á hacerles guerra y reconocer mejor la tierra. Despues de cuarenta dias de viage, llegó al primer pueblo de los iroqueses á 14 de enero. Resistióle valerosamente, y aunque usó de varias stratagemas, nunca pudo entrarle: mandó poner fuego á las palizadas, el cual apagaban los iroqueses echando agua por unas canales que tenían hechas en las estacas para este efecto. Hirieron á Champlain con dos flechas, con que se vió precisado á retirarse, sin perder frances alguno, al pueblo de Carragouha: allí fue á verle el P. Carón, dejando en el lugar de su residencia los dos franceses, que le acompañaban, habiendo estado en los indios peturos, y otras siete naciones vecinas, donde bautizó algunos niños y viejos moribundos, padeciendo grandes sustos y trabajos causados de los hechiceros y algunos indios mas crueles.

Volvióse Champlain á Quebec, y luego llamó á una junta á seis franceses de los mas principales, y á los frailes que ya estaban en la misma villa, porque Fr. Juan Olbo habia llegado á 15 de junio.

Concurrieron todos unidos á ejecutar lo mejor, y convinieron en que, para seguridad de la tierra y del progreso de la fé, era necesario que se aumentase la poblacion, trayendo de Francia labradores y menestrales, y que la compañía enviase mas misioneros; porque las naciones que habitaban el rio de San Lorenzo abajo, en que se incluían los ethechemines, betsiamites, panivaches, esquimós grandes y chicos, tenían el pais inculto, estéril y montuoso, aunque

muy abundante de lobos marinos, castores, venados, osos, nutrias y otros animales; y los indios eran tan dados á hechicerías y agüeros, que solo para hacerlos atender á lo que se les decia era necesario mucho tiempo, y siendo facil enfermar los obreros ó imposibilitarse, siendo tan pocos, seria trabajar inútilmente empezar, para desamparar luego la obra de la mision y de la conquista; que esto mismo era necesario ejecutar en las costas del Sur, las riberas del Lobo, del Bico y montes de Nuestra Señora, y todas las tierras que habian penetrado hasta Acadia, Cabo Breton, y la bahía de las Calore, porque, aunque es mas propio para cultivar el pais, y sus indios tenian vergüenza, por lo cual estaba menos distante imprimir en ellos alguna centella de la religion, perderian cualquier luz si no se continuaba con igual fervor que se empezase; y esto con mas evidencia seria cierto en todas las naciones que habitaban el rio de San Lorenzo arriba, como los algonquines, iroqueses, hurones, nispirisienses, neutras y otras muchas que estando ya pobladas, ni tenian ley, ni gobierno, ni idea alguna de la divinidad; con que ni su reduccion al dominio político, ni su conversion á la fé católica tendria jamas efecto, si antes que se les empezase á predicar no se procurasen reducir y humanar á alguna especie de vida civil, lo cual seria muy dificultoso de conseguir, si los franceses no se introducian y andaban con ellos, habituándolos á algunas de sus costumbres, y que no era menor riesgo para la conversion que los hereges cercanos perdiesen el respeto á los franceses, sabiendo eran pocos, persuadiendo fácilmente á los indios á que los engañaban; por lo cual, ni era razon arriesgar los que habian poblado, ni los ministros del evangelio arriesgarian la veneracion de los sacramentos. Otras muchas cosas co-

municaron, y Fr. José Carón fue el que mas se esmeró en el modo de adelantar la colonia y las misiones, y en la facilidad de conseguir lo necesario en Francia para cumplir lo que habian acordado.

Por lo cual Champlain encargó mucho á Fr. José viniese á Francia para conseguir con su eficacia lo que habian resuelto; y cargando una nao de pieles para la compañía, enviando algunas espigas de trigo para que viese como producía en Canadá, se embarcó Fr. José con el P. comisario y otros, prevenido de todo, y llegó á Francia con gran felicidad, que no fue tanta en los encargos porque la compañía no quiso adelantar la mision; pero la instancia de Fr. José logró, con otras personas devotas, lo que rehusaba quien tenia la obligacion. Fr. Juan se volvió á sus indios, y con él se fue Fr. Pacífico, y fue bien recibido de ellos.

Mejor iba á los religiosos españoles en la Florida, porque con el buen trato y agasajo que hacian á los indios, y el ejemplo que les daban perdian algunas malas costumbres templando su natural fiereza; mas por ser la tierra en que habitaban tan pobre, era preciso que el rey los diese cuanto necesitaban; andaban á pie siempre (aunque tuviesen caballerías) por los montes, sierras y pantanos, con grandes trabajos; y era tanta su caridad, que de lo que tenían preciso, ahorraban y hacian traer velas para enterrar los indios cristianos que morian, y los decian misa de limosna; porque la mayor riqueza de los indios era dos cueros curtidos con que se vestían: y si no fuese por la abundancia de maiz y frisoles que la tierra producía, aun con los socorros de la Habana, fuera casi imposible haberse conservado entre aquellos indios.

No habiéndose cumplido la merced hecha á Pe-

dro Menéndez, sobrino del adelantado de la Florida, mandó el rey se despachase sobre-carta de ella, para que se cumpliese en indios vacos de Nueva-España, prefiriéndole á otros antiguos que no tuviesen su prelación señalada.

Volvió al mar del Norte otra vez Guillermo Baffinio, y en el estrecho de Tomás Smith, que está en setenta y ocho grados, halló que la aguja variaba cincuenta y seis grados: ¡cosa prodigiosa, y de nadie observada! Perdió la esperanza de hallar al Nord-oueste el paso tan deseado, y se suspendieron estos viages en Inglaterra.

Teodoro Edge descubrió la isla á quien dió su nombre, cerca de Groenlandia.

Año de 1617.

Á 11 de abril se embarcó Fr. José Carón á Canadá, mejor despachado que imaginaba, bien proveido de bastimentos y mercaderías para rescatar de los indios las suyas; iba nombrado por comisario de la mision, porque Fr. Dionisio se quedó en París. Llevó consigo Fr. José á Fr. Pablo Huet, y á Hervet, frances acomodado, su muger y familia. Padecieron grandes tormentas en el viage; y antes de llegar á Canadá, mas de doscientas leguas, hallaron un monte de hielo de altura y estension increíble, que corría en el mar con gran velocidad, é impelido de las corrientes, parecía que iba á embestir al bajel. Repararon los franceses tan nuevo y tan grande riesgo, costeando este monte de hielo por mas de 80 leguas, con grande afán y cuidado. Vencido este peligro y otros, á los tres meses de navegacion llegó el navío á Tadousac, desde donde pasaron á Quebec, cuya poblacion hallaron en gran necesidad, porque cincuenta franceses que habia en ella se ha-

bian mantenido con la caza, y ya les faltaba la pólvora y cuanto necesitaban; por lo cual Champlain habia resuelto venir á Francia á solicitar el reparo de la ruina que amenazaba á aquella colonia, y mas presto andando los indios alborotados, sin querer traer como antes bastimentos, por lo cual se les habia mandado no se acercasen al fuerte ni á las casas de la villa.

Con la llegada de los padres se desvaneció gran parte de la urgencia, y por no experimentarla otra vez, prosiguió Champlain la disposicion de su viaje: quiso volverse con él Fr. José para repetir las instancias antecedentes, y despachar con mayor brevedad: conociendo que si continuamente no era socorrido aquel pueblo, seria preciso desamparar la tierra, por esto se quedó en Quebec, y envió á Fr. Pablo á continuar la mision en Tadousac, y á Fr. Pacífico á los tres rios; y en tanto que se preparaban se casó Esteban Jorquiest con la hija mayor de Hervet, y pocos años despues Cobillat se casó con otra; los cuales tuvieron sucesion tan dilatada que sesenta años despues habia doscientos cincuenta descendientes de ellas, y tenian estas dos familias privilegios de nobleza, que gozan mas de novecientos parientes.

Habian notado los indios la estrechez y el desconsuelo de los franceses, y se habian conjurado á dar muerte á todos como pudiesen: ejecutaron en dos miserables su mal propósito; porque habiéndolos cogido solos muchos indios, los dieron muerte con hachas; echáronlos al mar, atados á grandes piedras para que no hubiese rastro de ellos, y negar si preguntasen por ellos los demas; pero sabiendo que el mar habia echado á la orilla uno de los cadáveres, se fueron á los tres rios, y se juntaron mas de ocho-

cientos indios determinando dar fin á su idea, no dejando vivo frances alguno. Avisó á un indio Fr. Pacífico, el cual procuró desviarlos de intencion tan temeraria, y despues de mucho trabajo los aquietó, y pidieron los reconciliase con los franceses. Ofrecióse á hacerlo y lo consiguió, pidiendo Champlain le entregasen los matadores de los dos franceses. Los indios no resistieron esta condicion, pero entregaron el que era menos culpado, al cual enviaron á Quevec con un presente de muchas pieles de castor, é hicieron otros regalos segun las cosas que pedian á los franceses. Para mas fuerza de su amistad entregaron en rehenes á Nigamou y Tebache, indios principales, con que se dieron los franceses por satisfechos, aunque vivieron con mayor cuidado, desconfiando de los indios por su natural beiedad; y dejando sosegado este tumulto, partió Champlain á Francia.

Estando para volverse á la Virginia, Poutahova ó Potahonda, hija de Pouhatán, su cacique, murió en Londres, donde á instancia del capitan Smith habia sido festejada de la reina Isabel. Asistia la india á las comedias, bailes, banquetes y músicas tan sin novedad como si se hubiese criado en Inglaterra. Tanta era su política y agrado que no parecia india: Smith la condujo á Inglaterra el año de 1616, agradecido á la vida que la debió; porque estando condenado á muerte por los caciques de la Virginia, sin que bastasen las diligencias que hizo Poutahova para librarle; al punto que le querian degollar, Poutahova puso su cabeza tan cerca de la de Smith, que el verdugo, sin cortarlas ambas, no pudo ejecutar la pena en el condenado, y admirado Pouhatán y los demas caciques de esta resolucion, le perdonaron y dieron libertad. Vínose á Inglaterra este año, y tra-

jo á su bienhechora para que fuese celebrada. Dejó de Rolfo su marido un hijo cuya descendencia fue muy venerada de los indios en la Virginia.

Descubrió Wiches la isla á quien dió su nombre (cerca de Groenlandia) de la cual hay poca noticia.

Año de 1618.

Habiéndose despachado cédula real en 17 de octubre sobre el registro de oro, informó el marques de Guadalcazar se habia acostumbrado muchas veces vender los quintos reales por no haber moneda en las cajas reales, escusar el gasto de labrarla y el adelantar el tiempo para enviar los situados á Filipinas, la Habana, Santo Domingo, la Florida y Puerto Rico, porque los gobernadores hacian grandes instancias para que los situados fuesen en dinero, pues de otra suerte perdian en el cambio de la plata, en sus plazas, cantidad considerable; y el gobernador de la Florida en carta á su Magestad, representó que no llegando el situado á sesenta y seis mil pesos, ni todo á las obligaciones y cargas de aquellas provincias haria gran falta cualquier cantidad que se perdiese.

Llegó Champlain á Francia con viage breve y feliz: solicitó con los de la compañía que demas de las mercaderías le diesen lo necesario para la poblacion y mision; mas no los pudo sacar nada ni sus instancias ni la de los Padres recoletos; y reconociendo ser tiempo perdido tener esperanza alguna en adelante considerando el estado en que habia dejado el pueblo, empeñándose, dispuso otra vez su viage lo mejor que pudo, y por la primavera se hizo á la vela en Honsteur llevando consigo á Fr. Modesto Moyne; y sin contraste alguno llegó á Quebec, donde socorrió á la poblacion de lo que el

faltaba; y dejando bien prevenidas las cosas necesarias, fue á los tres rios con Fr. Pablo. Fr. Pacífico los recibió con mucho gusto, y allí manifestó Champlain muchos favores á los indios, y confirmó el perdón que habia dado á los matadores de los dos franceses á instancia de Fr. Pacífico; el cual en un año que continuamente habia trabajado en aquellos indios con fervor verdaderamente apostólico, logró solo bautizar quince ó veinte moribundos y niños, que á los demas nó los vió dispuestos á recibir el bautismo aunque le pedian algunos.

Los indios hicieron muchas fiestas á Champlain, y le regalaron segun su costumbre; despues le pidieron fuese con ellos á hacer guerra á los iroqueses de la cual procuró disuadirles hasta mejor tiempo, y se volvió á Quebec donde se dedicó todo á la conservacion del pueblo, socorriendo á todos cuantos pudo.

A 29 de julio se cumplió en Quebec el primer jubileo que habia traído Fr. Pablo, y los franceses católicos asistieron con gran devocion á ganarle: los indios viéndolos tan devotos y compungidos andaban tras ellos haciendo las mismas acciones que los franceses; y los que sabian algunas oraciones las rezaban con ellos en voz alta. Reíanse de unos y otros mucho el comisario de la compañía y el intendente que habian ido á Quebec á procurar sus ganancias, y los demas hugonotes porque los católicos no estaban en estado de podérselo impedir. Champlain viendo que no se adelantaba la poblacion como quisiera, resolvió venir otra vez á Francia para volver prevenido de todo lo que se necesitaba, y Fr. José se volvió á Tadousac á 4 de noviembre (porque no hubo ocasion de ir á la mision de los hurones.) Allí se hizo tan-

to lugar Fr. José con los indios, y le cobró tanto amor un cacique llamado Chumit que le eligió por hermano, y le sirvió mucho para su santo fin, y hallando mas capaces á aquellos indios, abrió escuela pública, y enseñaba á muchos á leer manifestándolos las verdades católicas; pero aunque mostraban querer aprenderlas era torpísimo su entendimiento tantos años anegado en una suma ignorancia. Preguntábalos Fr. José: *quién habia hecho el cielo y la tierra, quién los habia criado.* Respondían que no sabían quien habia hecho el cielo; la tierra sí que la habia hecho uno que se llamaba Mica-boche, y de aquí resbalaban en tantas fantasías que Fr. José se admiraba de que pudiesen conservarlas en la memoria; deciales la verdad de todo: y ellos sin deponer sus fábulas decían que todo podia ser. Creían que habia en el aire espíritus que sabían las cosas futuras, y curar las enfermedades de que resultaba ser supersticiosísimos; no obstante procuraba Fr. José desarraigarlos impresiones tan irracionales, pero sirvió de poco en aquellos genios indóciles.

Pouhatan, cacique de la Virginia, murió por abril estando en paz con los ingleses. Oppenchanca-nough, que algunos dicen era su pariente, quitó los estados al primogénito que debia sucederle, de que se siguieron grandes daños á las poblaciones inglesas.

Gualtero Raelig, despues de haber llegado á la isla de la Trinidad donde dejó las naves en que envió á su hijo á saquear á Santo Tomé, ciudad en la margen del rio Orinoco, en cincuenta y dos grados de longitud y seis de latitud al norte con los despojos de ellas, y sin él y muchos soldados mandó recoger los navíos y fustas que llevaba; navegó con todas á la Virginia haciendo en el camino grandes

amenazas á Cristobal Guayacundo y á José Sogamoso, indios para que descubriesen donde estaban las minas de la provincia de Guayana, porque idea-
ba volver á labrarlas como lo dejaba tratado con los caribes del rio Orinoco. Habiendo llegado al puer-
to, no permitió el gobernador de la Virginia desem-
barcase; hizole muchos requirimientos y nada bas-
tó; antes resistiendo el gobernador su desembarco, se
volvió Raelig á Inglaterra, y llegó á Plemua mu-
riendo en el camino José el indio; y Cristobal vió
degollar á Gualtero cuatro años despues en la pla-
za de Londres.

Tambien murió en la Vera-Cruz el P. Juan Rogél de la compañía de Jesus, varon insigne en virtud y letras.

Año de 1619.

Reconociendo el capitan Juan de Salinas go-
bernador de la Florida, podia resultar al presidio
de san Agustin gran perjuicio de la cercanía de los
ingleses, y de la continúa navegacion por aquellas
costas hallándose imposibilitado de ponerle en de-
fensa si sucediese alguna violencia extraordinaria,
dió puntual cuenta al virrey de Méjico marques
de Guadalcazar de lo que necesitaba para des-
vanecer los recelos que tenia; y siendo negocio de
importancia, no se atrevió el marques á resolver
por sí, y representó al rey enviando copia del capí-
tulo de la carta de Juan de Salinas, manifestando la
conveniencia que se seguiria á la conservacion de
la Florida de que se egecutase lo que pedia; y en
tanto mandó despacharle el situado para que le
sirviere de algun alivio.

Pasaron á Acadia á predicar los frailes francis-
canos de la provincia de Aquitania.

•

En 23 de febrero murió Fr. Pacífico de Plesi en los tres ríos, con gran sentimiento de todos los franceses; y poco despues llegaron á Quebec Fr. Pablo y Fr. Guillermo Puleyn con facultad de fundarse un seminario para la educacion de los muchachos indios que daban sus padres para que fuesen enseñados en el convento; para lo cual hallaron juntas muchas limosnas, las cuales aumentó la autoridad de Fr. Dionisio Jamé. Llevaron tambien muchos artífices labradores, é instrumentos para cultivar la tierra que enviaba Champlain, el cual se quedó en Francia para lograr las pretensiones que tenia y socorrer aquella poblacion con mayor puntualidad. Tambien por julio Fr. José se volvió á Quebec, dejando la mejor disposicion que pudo en Tadousac donde el invierno fue muy destemplado.

Dió el rey de Dinamarca dos navíos á Juan Munck uno con cuarenta y ocho hombres, y otro con diez y seis, y partió del Sund á 16 de mayo, y llegó al cabo de Faruvél, (cuyo nombre en lengua dinamarquesa suena despedida ó buen viaje) llamándose así, porque los que le doblan parece que pasan á otro mundo: está en sesenta grados de altura, la tierra toda es montañas cubiertas de nieve y hielos que como se deshacen ó crecen en varios tiempos, siempre se encuentra con varia figura cuando deja comprenderla bien la blancura que debilita la vista.

Hallándose en este cabo, tomó la derrota del oeste al norte para entrar en el estrecho de Hudson huyendo montañas de hielos que se le oponian corriendo impetuosamente á las costas (segun imaginaba) de las Indias Occidentales y de que su industria le libraba. Estando en este mar á 8 de julio fue tan excesivo el frio, y el hielo tan duro pegado á

los cables y cuerdas del navío, que impedía la faenas de los marineros; y el día siguiente de él á las tres de la tarde hasta ponerse el sol hizo tan gran calor, que por no poderla tolerar se desnudó él y sus compañeros.

Tomó el estrecho de Hudson que llamó cristiano en honra del rey de Dinamarca. A 18 de julio dió fondo en una isla cerca de la costa de Groenlandia que está en sesenta y un grados y veinte minutos de altura; envió gente á reconocerla, la cual no halló á nadie aunque vió huellas de personas, de que coligió Munck ser poblada la isla. Calificó presto este concepto, porque el día siguiente de mañana se descubrió una tropa de naturales, los cuales así como vieron á los dinamarqueses guardaron las armas que traían detras de un monton de piedras cerca de ellos: llegaron de paz los dinamarqueses, tomaron las armas de los indios y ellos por señas les rogaron se las volbiesen dando á entender que vivian de la caza. Volviéronselas, y de rodillas les agradecieron el beneficio, y los dinamarqueses los regalaron con algunas cosas de rescate. Un indio echó mano de un espejo, vióse en él, y con gran ligereza se le metió en el pecho y echó á huir entendiendo llevaba en él un tesoro de que los dinamarqueses rieron mucho, y no menos de que todos iban á abrazar á un dinamarques haciéndole muchas caricias como si fuera gran amigo suyo; la causa de esto era que en la color y figura se parecia algo á ellos.

Dejó á 19 esta isla Munck para seguir su viage; pero los hielos le hicieron volver á ella, y no pareció ninguno de los moradores. Llamó á esta isla Reinfudt, que significa golfo de los venados, por la multitud que habia de ellos; y al puerto en que es-

tuvo, llamó de su nombre Munckeres. Levantó una columna con las armas reales, y volvió á salir de la isla el dia 20, pero fueron tantos los uracanes y los hielos tan estraños, que apenas se pudo salvar el dia 28 entre dos islas que estan en sesenta y dos grados y veinte minutos; y á cincuenta leguas adelante en el estrecho de Hudson, donde habiendo echado todas las anclas amarró á tierra los bajeles porque dentro del puerto era tan fiero el uracan como fuera: cuando bajaba el mar quedaban en seco los navíos, y cuando llenaba venia con tanta furia y tantos escollos de hielos arrancados que no estaba en menor riesgo en el puerto que en ancha mar.

Habia entre estas dos islas un pedazo de hielo que tendria veinte y una brazas de grueso, el cual desprendido de la tierra, se partió en dos, y cayeron en el mar con tan gran estruendo que espantó á los dinamarqueses, y mas la tempestad que causaron que estuvo para sumergir uno de los navíos.

No vieron mas que pisadas de gente en estas islas y hallaron algunas minas y cantidad de talco de que llevaron algunas toneladas. Arbolaron allí tambien el nombre de su rey con esta insignia C. IV segun su costumbre por Cristiano IV su rey. Cerca de estas islas habia otras que parecian habitadas aunque no pudieron los dinamarqueses abordar á ellas. A 9 de agosto se hizo á la vela ácia el oeste sur oeste con viento nordoeste, y abordó á la costa del sur del estrecho de Hudson ó Cristiano que es (segun dicen) la costa de las Indias Occidentales, y saliendo de allí encontró una grande isla de la parte del nordeste oeste cubierta de nieve que llamó Sneeland que es isla de las nieves; y á 20 de agosto tomó desde oeste su derrota al

norte por sesenta y dos grados y veinte minutos. Entró en el mar de Hudson y luego le dividió dándole dos nombres: la parte que le pareció miraba á las Indias Occidentales llamó mar Nuevo, y la que miraba á Groenlandia mar Cristiano: llegó hasta el grado sesenta y tres y veinte minutos siguiendo cuanto pudo del oeste nordeste; y no pudo pasar adelante, porque los hielos se lo estorbaron, ni volverse á Dinamarca, y se vió precisado á invernar en un puerto de Groenlandia adonde llegó á 7 de setiembre que llamó Munckens Uvinterhaven que es puerto del invierno de Munck, y á todo aquel distrito puso por nombre nueva Dinamarca.

Estaba el puerto á la boca de un río, que aun por octubre no se habia helado, estándolo ya por muchas partes el mar; y habiendo asegurado sus navíos en otro puerto cercano, salió en una chalupa Munck, á 7 de octubre á reconocer las riberas del río; pero á legua y media halló el agua cuajada; y no pudiendo proseguir su viage, saltó en tierra con algunos de los suyos; anduvo tres ó cuatro leguas sin encontrar á nadie. Volviendo por otro camino, halló una piedra en que estaba pintada una imágen que parecia, en grifos y cuernos, al diablo, y cerca de ella habia una placetilla cuadrada, rodeada de piedras pequeñas: vió á un lado de ella una tumba de pequeños guijarros, y moho de árboles mezclado entre ellos. Al otro lado habia una piedra sobre otras dos en forma de altar, y sobre él tres carboncillos cruzados uno sobre otro; en otras partes halló altares semejantes, y junto á ellos huellas de hombres, de que coligió se juntaban los naturales allí á sus sacrificios. Veíanse tambien en las cercanías de los altares, muchos huesos roídos, crudos, que parecian de las cabezas de animales sacrifica-

dos. Vió muchos árboles cortados, al parecer con hierro, y algunas señales de chozas, en que se habian dejado pedazos de pellejos de osos, lobos, ciervos, cabras, perros y vacas marinas que habian servido de cuerdas. Llegó al lugar de donde habia salido, hizo gran prevencion de leña en el cuartel de invierno contra el frio, y mató un oso, cuya carne les pareció buen alimento; cazaron muchas liebres, perdices y otras aves de las que hay en la Noruega: cogieron cuatro ciervos y tres martas cebelinas.

Vieron en aquel cielo los dinamarqueses, cosas que no se ven en Dinamarca. A 27 de noviembre aparecieron tres soles, y el dia 10 de diciembre (que es 30 segun la cuenta de los católicos) hubo un eclipse de luna, y se vió por espacio de dos horas un cerco muy claro, en el cual se divisaba una cruz, que parecia señal de la que aquellos desventurados habian de padecer aquel invierno, el cual fue tan áspero y cruel, que habia hielo de trescientos y sesenta pies de grueso. La cerveza y el vino, hasta el de España y el mas fino aguardiente, se helaron hasta el fondo de las botas, las cuales rompía el hielo, y quedaba tan helado el licor, que con hachas le partian para beberle, calentándole antes á la lumbré. Si se les olvidaba por la tarde dejar agua en los vasos de estaño ó cobre, á la mañana los hallaban rotos con la violencia de el hielo.

Año de 1620.

Empezóse á experimentar el perjuicio que los ingleses poblados en la Virginia causaban, pues unidos á los que estaban en la isla Bermuda, vinieron con algunos bajeles á la costa de Yucatan al tiempo del despacho de flota, y robaron muchas barcas

de comercio; lo mismo ejecutaron los años siguientes contra los españoles.

Empezóse á fabricar el convento de Nuestra Señora de los Angeles por los recoletos franciscos, distante media legua de Quebec, ácia el Norte de un Riachuelo que los indios llaman Cabitcubat, y los franceses san Carlos; y en 3o de junio puso la primera piedra con gran solemnidad Champlain, que habia llegado con su muger y familia pocos dias antes, causando gran alegría en todos aquellos franceses. Venia nombrado por primer gobernador de Canadá, con facultad de hacer fortalezas y poblaciones, y gobernarlas segun las leyes de Francia, por eleccion que hizo en él el duque de Memoransi, nuevo virrey de Canadá.

Al mismo tiempo murió en Francia el P. Juan Bordes, jesuita, natural de Burdeos, que fue el primero que procuró mision para Canadá por medio del P. Coton; y segun dice el P. Alegambe, la consiguió, y el obispo de Bacas le dió algun caudal para mantenerla.

En el puerto donde invernaron los dinamarqueses, empezaron á caer enfermos de un flujo de vientre, de que murieron muchos, y á la entrada de marzo fue precisado el capitan Munck á hacer guarda. Con la primavera se encrueleció la enfermedad, pudriéndoseles la boca y cayéndoseles los dientes. El mes de mayo se aumentó la malignidad de ella, tanto, que todos los enfermos murieron de escorbuto, causado de las comidas saladas (como dice Thuano), y otros enfermaron sin que hubiese quien los enterrase. Habiendo faltado á los enfermos el pan, cababan la nieve y sacaban una especie de frambuesas, que comian solamente; pues aunque á mediado de mayo vinieron muchos gansos, cisnes,

infinitas abubillas pequeñas, cuervos,alcones, águilas, perdices, chochas, golondrinas y otras especies de aves, su debilidad no les permitia cazarlas. En fin, á 4 de junio cayó Munck enfermo, sin que en cuatro dias comiese ni cesasen de afligirle grandes dolores; y teniéndose por muerto, hizo su testamento, en que rogaba á los que pasasen por allí, le enterrasen, dándoles en él noticia de su viage.

Pasados los cuatro dias se sintió mejor, salió de su choza á ver á sus compañeros, á los cuales halló muertos, no habiendo quedado de sesenta y cuatro hombres mas que dos marineros, que se animaron viendo al capitan, y empezaron á comer yerba: quitando la nieve hallaron unas raices, que comiéndolas se fortificaban de modo, que en poco tiempo quedaron los tres sanos. Empezóse á romper el hielo, y á 18 de junio pescaron algunos salmones y truchas, y otro pescado ancho y liso, que los franceses llaman Pli; y como ya podian cazar y pescar y estaban robustos, resolvieron volver á Dinamarca: dejaron el navío grande, y á 6 de julio se entraron en la fragata. Hallaron el mar de Hudson ó Cristiano cubierto de grandes pedazos de hielo, que les hicieron perder su chalupa y rompieron el timon del navío; y esperando componerle, arrimaron su bagel á una roca de hielo que seguia la corriente del mar, y á los diez dias hallaron la chalupa. Pasó Munck el estrecho de Hudson y el cabo Faruvel, y volvió á entrar en el Océano, donde padeció tan gran tempestad, que se le rompieron los árboles; y no pudiendo los tres contrastarla, se dejaron llevar del viento hasta 21 de setiembre, que entraron en un puerto de Noruega, donde el uracan hizo grandes estragos en los barcos que en él estaban, y los tres se resguardaron hasta que al cubierto de

unas rocas pudieron saltar en tierra; despues de algunos dias fueron á Dinamarca en su fragata, donde el rey recibió á Munck como á un hombre que tenia por perdido en su servicio.

Año de 1621.

Habia entrado la tierra adentro Champlain á descubrirla, reconocerla y confederarse con algunas naciones de indios, á tiempo que los iroqueses prosiguiendo su odio contra los franceses, trataban entre sí de destruirlos, no habiendo domado su ferocidad y soberbia los beneficios que los franceses hacian á los demas y á los de su nacion.

Juntóse gran número de ellos y formaron tres escuadrones que fueron á investir á los franceses divididos; uno marchó ácia la Caida ó Salto de Agua de san Luis, y dió con gran furor en los franceses que guardaban aquel puesto; pero con alguna noticia que antes tenian, ayudados de los indios amigos, se defendieron los franceses y rechazaron á los indios con muerte de unos y prision de otros.

Apenas se retiraron los iroqueses, cuando echando menos los franceses á Fr. Guillermo Pulein, volvieron en su busca: supieron le llevaban preso los indios; y porque no era facil alcanzarlos ni libertarle, despacharon luego un indio iroques, pidiendo al capitan le trocase por otro indio principal que habia sido prisionero: cuando llegó el iroqués, ya estaban los demas disponiendo la hoguera para quemar á Fr. Guillermo; pero oyendo los indios que restituian su paisano, entregaron al padre librándole Dios de riesgo tan evidente.

Otro escuadron de iroqueses se embarcó en el rio de san Lorenzo, en treinta canoas; y pasando con gran brevedad á los tres rios junto á Quebec,

embistió á los indios hurones, causándolos mucho susto; y aunque no se atrevieron á acercarse al fuerte, dieron sobre el convento de recoletos que habia sido bendecido en 25 de mayo, con la advocacion de Nuestra Señora de los Angeles, y fue el primero que hubo en Canadá.

Para defensa del convento habian hecho poco antes un fuertecillo los franceses sobre el rio Carlos, el cual fue bastante á que los iroqueses malograsen su intento. Volvieron contra los hurones, haciéndolos grandes daños; prendieron muchos, ejecutando las mayores crueldades en ellos, hasta hacerlos comer la carne de sus propios cuerpos á medio asar; y habiendo procurado destruir los bosques cercanos al convento, se retiraron; pero siempre en el ánimo de continuar los daños hasta acabar, segun decian, con los franceses, los cuales estaban con gran recelo de que lograsen lo que deseaban; porque experimentaban, que la compañía no queria gastar en lo que era preciso á la manutencion y aumento de aquella poblacion y el estado de la religion; por lo cual convocó Champlain junta el dia 18 de agosto, en que concurrieron Fr. Dionisio Jamé, Fr. José, Carón, Hervert, que era procurador del rey, Gilberto Culserón, Pedro Reye, Turdif, Juan La Grux, Pedro de Porte, Nicolas, Grefier, de la jurisdiccion de Quebec, y Bautista Huere, comisario del virrey. Habiendo hecho presente Champlain el estado de aquella tierra, y las inútiles instancias repetidas á la compañía, acordaron quejarse al rey de Francia Luis XIII, y al duque de Memoransi de la compañía, y pedir lo necesario para la conservacion, aumento y seguridad de la poblacion. Determinaron todos se ejecutase luego; y de consentimiento comun se nombró á Fr. Jorge Baillif, va-

ron excelente en sangre y virtud, muy apropósito para este negocio, por la estimacion que de él hacia el rey y muchas personas de autoridad en París: luego se dispuso embarcacion, en que se hizo á la vela á 7 de setiembre; llegó á Francia, y sin detenerse pasó á ver al rey de Francia á san German, presentóle un indio que trata de Canadá, y el rey le recibió con mucha benevolencia.

Pocos dias despues, á instancias del duque de Memoransi, informó Fr. Jorge al rey de todo lo que sucedia, del riesgo en que estaba aquella tierra, y el descrédito que los hereges causaban en la religion: púsole delante las conveniencias que tendria su reino en conservar aquel, de suerte, que no obstante hallarse embarazado con la guerra de los hereges, le concedió lo que pedia, y mandó despachar órdenes eficaces y dar socorros y nueva autoridad para Champlain, lo cual hizo Fr. Jorge que brevemente tuviese efecto; y para proseguir en lo demas que se le habia concedido, determinó quedarse en Francia, donde logró se hiciese una compañía de las dos que disputaban el comercio de Canadá, y se embarazaban con sus controversias, á que le ayudó mucho Emerico Caen, Hugonote, que era tenido por persona de confianza de los de ambas compañías por lo cual le eligieron para que fuese á Canadá.

DECADA DUODECIMA.

SUMARIO.

Hace retirar á su fortaleza el cacique de Virginia á los ingleses con muerte de muchos. Sus discordias causan anular la compañía al rey de Inglaterra. Une la tierra á la corona, y forma gobierno. Predica á los teguas la V. M. María de Jesus de Agreda. Manda el rey ir á Nueva-España por el situado de la Florida un religioso franciscano. Fuertes que se hacen en cabo Tormento y otras partes. Champlain recela de los hurones. Va Fr. José á examinarlos: ratifica la paz con ellos y otros indios. Destrozos que hicieron los ingleses en Tadousac y otros pueblos. Toman el socorro que iba á Canadá. Rinden á Quebec capitulando. Saquean la casa de la compañía, y echan del pais á los religiosos franciscos. Champlain se vuelve á Francia con su familia, y los ingleses se disponen á mantenerse en el pais. Quejas del embajador de Francia en Inglaterra sin efecto. Jorge Calverl envia á Terranova una colonia. Pedro Heín holandés, arriba á la Florida: repárase y toma los galeones. Emerico Caen, hugonote, lleva socorro á Canadá por la nueva compañía: quiere precisar á los católicos á oír las predicas malvadas de los hereges. Vuelve Champlain á Canadá, y remedia esta maldad y otras. Reduce Fr. José al cacique de Petun, con veinte y ocho pueblos de indios. Robo que le hicieron los del pueblo de Unontisason. Costumbres de los neutras. Los iroqueses rompen la paz instados de los ingleses. Champlain hace sembrar: envia socorro á Gaspesia, y á traerle á Francia á Bulle Es preso por los ingleses. Caen llega con nuevo socorro. Discursos de los franceses sobre dejar á Canadá á los ingleses, y resolucion del rey de Francia que pide satisfaccion, y aumenta las misiones. Dádivas de la reina doña Ana. Viages de Lucas de Fox y Juan Wesholme y otros á descubrir paso al Oriente por el mar del Norte. Muere en Méjico Fr. Francisco Pareja. Juau

Munck, previniéndose á nuevo viage fallece. Los indios dan muerte á Fr. Nicolas Biel, recoleto.

Año de 1622.

Oppenchan Canough, tirano de Virginia, envió á Nemeltanon su capitan general contra los ingleses, los cuales le desbarataron y dieron muerte. Irritado el tirano, juntó muchos escuadrones de indios, y á 21 de marzo fue á castigar la muerte de su capitan. Logró su venganza enteramente, haciendo una casi general matanza en los ingleses, sin que pudiesen resistir á la multitud ni á la indignacion que traían los bárbaros: los pocos que pudieron escapar se retiraron á la poblacion; y si los indios, contentos y desvanecidos con la victoria, no se hubieran vuelto ó tuvieran mas constancia en sus resoluciones, sin duda consiguen echarlos de la tierra.

La V. Madre María de Jesus de Agreda, predicó en la provincia de los tejuas; si fue en espíritu ó realmente, no pudo distinguirlo ella misma.

A 15 de mayo se embarcó en Diepa Caen, llevando las instrucciones y órdenes que habia alcanzado Fr. Jorge, y los PP. Galeran y Ireneo Piet: tuvo grandes riesgos en la navegacion, y especialmente estuvo para perderse en dos peligros grandes; uno, poco despues de haber salido de la Rochela; otro, á treinta ó cuarenta leguas de Tadousac, donde iba derecho á hacerse pedazos contra las peñas, las cuales descubrieron habiendo sobrevenido una claridad que se creyó prodigiosa; y aunque llegó á Quebec muy maltratado, no perdió cosa considerable.

Jorge Calvert, inglés, envió gente y lo demas necesario para formar un pueblo en la isla de Ter-

ranova; edificáronle en sitio á propósito: rozaron los moradores las tierras incultas, sembraron trigo, cebada, avena, habas y otras legumbres, todo produjo como deseaban; no pareció á los pobladores muy cruel el invierno, y hallaron modo de hacer buena sal.

Año de 1623.

Por abril se embarcaron en Diepa Fr. Nicolás Biel y Fr. Gabriel Sagar, y en cincuenta y cinco dias llegaron á Quebec, al tiempo que Champlain, advirtiéndolo, que la amistad de los hurones flaqueaba, temiendo se aliasen con los iroqueses, queria enviar á reconocer los ánimos de los indios; lo cual dió ocasion á Fr. José Carón para volver entre ellos, y ver el estado de la Iglesia que habia plantado. Acompañároule Fr. Nicolás y Fr. Gabriel, que habian llevado un privilegio del rey de Francia, en que destinaba para el convento de Recoletos Franciscanos la tierra y rio de San Carlos, y concedia tierras bastantes para que pudiesen aumentarse las misiones de Tadoufac, de los hurones y de los tres rios, y muchos ornamentos y otras alhajas para las iglesias, que con mano liberal los dió la cristianísima reina doña Ana, hija de Felipe III, de las cuales hoy se conservan algunas.

Fueron once franceses escoltando á los religiosos, y hallaron entre los indios cinco ó seis que vivian como ellos, casi olvidados de la fé católica. Encendidos en nuevo fervor los misioneros, como si empezasen de nuevo, se aplicaron á domesticar los indios, y á aprender la lengua con tanto empeño, que á los diez meses tenian ya acabado vocabulario de ella, con lo cual fácilmente escuchaban los indios, pero no los persuadian mas que antes; por-

que enseñados á su libertad, despreciaban las amonestaciones que refrenaban sus bestialidades; y moderar su desprecio con fuerza (cuando la tuviesen los franceses) era especie de tiranía: y de ambos modos, era inútil la predicacion. San Agustin lo conoció así en la epíst. 48. *Si terrerentur, & non docerentur improba, quasi Dominatio videretur: & rursus si docerentur, & non terreretur, vetustate consuetudinis obdurarentur.*

Pasados algunos años, en que Juan Munck estuvo previniéndose contra los defectos que consideraba en su primer viage, entendiendo que ya habia hallado remedio á todos los daños que habian sobrevenido á estorbarle, descubrir el paso á Oriente por el mar del Norte al Nordoueste, procuró formar una compañía de dinamarqueses para volver al descubrimiento; y efectuada, dispuso dos navíos, de que iba el mismo Munck por general.

Hallándose todo pronto para hacerse á la vela, le llamó el rey de Dinamarca, y hablando del viage antecedente, llegó á decirle el rey, que por su mala disposicion se habia malogrado: procuró Munck disculparse, aunque con alguna aspereza, de que irritado el rey, le dió en el pecho con la punta del baston. Fue tanto el pavor y sentimiento de Juan Munck, que retirándose á su casa, se acostó y no quiso comer, perdiendo la vida á la hambre y á la pesadumbre á los diez dias, con lo cual se desvaneció el viage.

Año de 1624.

Fr. José procuró averiguar entre los hurones, la causa de haberse entibiado su afecto los franceses; pero no halló mas novedad que el descuido natural de ellos. Fácilmente confirmaron la amistad an-

tecedente con mucho regocijo, y luego despachó dos indios á los nisipirines y á otras naciones, á lo mismo, y tambien lo ejecutaron sin repugnancia. Habia Champlain convidado á comerciar á los iroqueses: admitieron la oferta, y se juntaron en los tres rios sesenta canoas de los hurones, cargadas de pieles, veinte y cinco de los iroqueses y trece de otras naciones; á cada una se la hablaba por su intérprete. Agasajaron y regalaron tanto á los iroqueses, que lograron ajustar paz con ellos, con los hurones y sus aliados: hicieron, celebrándola, grandes fiestas en los tres rios, prometiéndose grandes ventajas los misioneros en la propagacion de la fé, y Champlain en el comercio; y pareciéndole, que su persona era mas necesaria en Francia para conservar lo que dejaba dispuesto en Canadá, ejecutó su viaje.

Año de 1625.

Los PP. Carlos Lalemando, Enemundo Masa y Juan Brebeus, de la Compañía de Jesus, con los HH. Gilberto Buret y Francisco Charton, fueron á Canadá, enviados por Champlain: llevaron consigo á Fr. José de la Roca de Alion, recoleto, con quien iba Abinsistán, indio de Canadá, que habia traído á Francia Fr. Ireneo, y se bautizó, siendo su padrino el príncipe de Guimene: era el indio muy capaz, y aprendió gramática, y muchas cosas civiles y naturales; y se hallaba tan bien en Francia, que con bastante repugnancia suya le hicieron volver á Canadá. Iba por capitán del navío, Caén, el cual llegó á Quebec con buen socorro y mercaderías, y fue recibido de todos con gran placer. Murmuraban la venida de los PP. de la Compañía, con pretesto de que venian sin orden

del rey de Francia, por escrito; pero los frailes Franciscos Recoletos, en una chalupa llevaron á los padres á su convento, y los hospedaron con gran amor y caridad, y estuvieron en buena conformidad, acudiendo á su obligacion dos años juntos.

Fabricóse un fuerte en Cabo Tormento, siete leguas mas arriba de Quebec, para defensa de aquella costa, contra los ingleses y otros enemigos: y á fin de agosto salieron del puerto de Quebec algunos navíos, cargados de pieles, y en ellos el P. Fr. José Carón, que venia á dar cuenta del estado de aquella mision, y se volvieron á Quebec Juan Brebeus y Fr. José de la Roca, que iban á los hurones con gran fervor de espíritu, á fortalecer aquella mision; porque supieron en el camino, que viniendo Fr. Nicolás Biel á Quebec con algunos hurones, hizo apartar la canoa en que iba con Atautsi, indio recién convertido, un temporal de las demas, á los cuales, sin causa alguna, arrojaron impiamente al agua, tres indios, que conducian la canoa en la ultima caída ó salto de agua, que baja á Monterreal, donde la rapidez de la corriente es muy grande, nunca perecieron mas, y son los primeros, que en odio de la fé, fueron muertos en Canadá, y hasta hoy se llama aquel sitio, el Salto del Recoleta.

Año de 1626.

Apenas habian los ingleses descansado de la arma de los indios, cuando se levantaron en la poblacion de la Virginia tan grandes discordias, que se dividió en bandos la gente, y fueron causa de muchas desgracias y agravios: por lo cual, Carlos I, rey de Inglaterra (á quien sus vasallos dieron injusta y abominable muerte) anuló la compañía,

privándola de los derechos concedidos: reunió las provincias á su corona, nombró gobernadores y jueces, mandando, que todo se despachase en su nombre; con lo cual se serenaron los disturbios, impidiendo la desolacion de aquella poblacion.

Mayor era el escándalo, que en Quebec causaba Caén, el cual intentaba violentar á los católicos á asistir á las infames predicaciones de los calvinistas; de lo cual informó Fr. José á Champlain en Francia, y ambos instaron á su rey nombrase un cabo católico; y aunque tenia Caén muchos defensores, lograron se nombrase á La Ralde: Champlain creyó que hubiese mayor daño en Canadá, del que Fr. José le decia, y resolvió volver con él á reconocerle; embarcóse con algunos parientes suyos y otra gente, y muchas provisiones y mercaderías, llevando consigo á Fr. José y á Fr. Gervasio Mohier, de San Francisco, al P. Noirot de la Nove y al hermano Juan Gausetre, de la Compañía: con su llegada á Quebec se aliviaron á los católicos de la gran opresion que les causaba Caén, siendo recibidos como defensores de la verdadera religion. Fr. José Le Carón pasó á los indios neutras á 18 de octubre: llegó á la nacion de Petun, donde hizo amistad con el cacique, que se ofreció á guiarle. Llegó al primer pueblo, donde fue bien recibido de los indios: vió otros pueblos, en que no se detuvo; y en el sexto, donde estaba con su cacique (que era señor de veinte y ocho pueblos) junta la nacion, la habló, diciendo, que el fin que llevaba, era hacerlos amigos de los franceses, y darlos noticia de la verdadera religion, y las ventajas que conseguirian de admitir uno y otro sobre las demas naciones. Los indios celebraron mucho su buena fortuna, haciendo elo-

gios á la bondad del padre , que quedó muy gustoso de ser tan bien recibido.

Año de 1627.

Procuró Fr. José saber las costumbres de los neutras , y los halló menos bárbaros , y mas valientes que otras naciones. Teníanle en grande estimacion , de que envidiosos los hurones , echaron voces , de ser gran hechicero Fr. José , y que habia apestado el aire en su provincia , y dado veneno á muchos ; que quemaba los pueblos ; que daba muerte á los niños , calificándole con el nombre de Atatanita , que significa el sacrílego mas cruel y horrible. Tambien decian , que los demas franceses eran bárbaros , tristes y melancólicos , que tenian cola como las bestias , que solo comian serpientes y veneno ; y que las mugeres tenian un pecho enmedio , con que daban de mamar cuatro ó seis hijos , y otras mentiras semejantes , para impedir con ellas la amistad , por medio de Fr. José con la nacion. Bastó por entonces para desconfiarlos , y poco á poco se persuadieron de modo , que cuando alguno caía malo , venian luego á preguntar á Fr. José si le habia dado veneno , que le curase ; y si no sanaba , le matarian ; bastante trabajo le costaba disuadirles del desatino que habian aprendido.

Estando Fr. José en el pueblo , llamado Unontisaston , donde solo habian quedado las mugeres , porque los indios habian ido á caza de ciervos , de que es abundantísimo aquel pais , vinieron diez indios á él de otro pueblo , que es el último hácia los iroqueses , llamado Ovaroronon , y le convidaron á ir á sus casas. Ofreciólos iria , en cesando las nieves , que habian empezado á 22 de no-

viembre del año antecedente: les regaló con algunos cuchillejos y otras cosillas, de que (al parecer) quedaron contentos; pero viendo que tardaba, volvieron á buscarle y á quejarse de él, y sin esperar razones, uno le dió una puñada, otro le tiró un golpe con una hacha, que no le acertó, y le hicieron otras muchas injurias; mas queriendo Dios salvar la vida de su siervo, empezaron á saquear lo que tenia, y se lo llevaron á su pueblo, muy alegres, haciendo ostentacion del robo; pero arrepentidos, le enviaron despues el breviario, un escritorio, un costal y otras cosas vacías. Corrió voz entre los hurones, que habia sido muerto; y para averiguarlo, enviaron á los PP. La Nove y Brebeus, y á un frances, llamado Grenole, con órden, de que estando vivo, se fuese con ellos, como lo ejecutó: dejando aquella fértil y abundante provincia en las mismas tinieblas que antes.

Año de 1628.

Murió en Méjico, de donde era natural, en 25 de enero, Fr. Francisco Pareja, que despues de haber estado en la Florida mucho tiempo, haciendo gran fruto con su doctrina y su virtud, se retiró á su provincia.

Algunos ingleses particulares, favorecedores de los hugonotes, viendo que no podia prevalecer su malvada secta en Canadá, armaron, con los esfuerzos de Caén, una escuadra para usurparla. Llegó en ella al mar del Norte con buen viaje, el almirante Luis Querck, con su hermano Tomás Viu, almirante; en Tadousac hallaron una barca y la enviaron con veinte hombres, á que se apoderase de Cabo Tormento, siete leguas distan-

te de Quebec, quemaron el fuerte, derribaron la capilla y casa de mision, que tenian allí los frailes de San Francisco; profanaron los vasos, ornamentos é imágenes que hallaron, y mataron las bestias. Dos indios dieron luego cuenta del destrozo á Champlain. Los franceses, que estaban en el Cabo, no cuidaron de defenderle, y huyeron á los montes: siguiéronlos los ingleses, prendieron tres, y algunos indios, y entre ellos uno, que decian era hijo del rey de Canadá. Lleváronlos á Querk, quien envió uno de los prisioneros á requerir á Champlain, entregase luego á Quebec, ofreciéndole buen pasage. Champlain, que de todo lo necesario para defenderse tenia falta, menos de ánimo, respondió tan soberbiamente, que el almirante dejó la empresa, persuadido á que tenia mas fuerza de la que habia imaginado, contentándose con el asombro causado, y llevarse al hijo del rey de Canadá, que así lo afirmaban los franceses prisioneros; siendo la verdad, que era hijo de un indio huron, el cual habia sido bautizado en Roán, llamándose Luis de la Fé. Mas como vieron inclinado á Querk, á que fuese, lo que presumia, le confirmaron su creencia, y no desayudaron su concepto los demas indios, cuyo buen trato pendia de mantener esta ficcion, en la cual fundaba Querk volver el año siguiente con tan respetable alhaja, y hacerse dueño de Quebec y la Canadá.

Sin saber lo que pasaba, salió de Diepa Rocmon, con algunos bajeles, que llevaban socorro á Canadá, y al salir de la Mancha, los embistieron dos navíos de hugonotes, armados en la Rochela, que no pudieron tomar ninguno, y prosiguieron, libres de este riesgo su viage, hasta el rio de S. Lo-

renzo, donde los ingleses los apresaron; y en Cabo Breton pusieron en tierra á muchos franceses, y entre ellos á Fr. Daniel Boursier, y á Fr. Francisco Girado, dejándoles un navío de los apresados. Algunos penetraron la tierra; pero la mayor parte con Fr. Francisco y Fr. Daniel dieron las velas á Francia, y con grandes riesgos aportaron á Bayona de Galicia, donde los naturales los trataron muy bien, hasta que tuvieron ocasion de volver á Francia.

También fueron echados de Acadia por los ingleses, los frailes Franciscos, que habian pasado á predicar á aquella provincia.

Á 28 de mayo salió de Holanda, Hein, con treinta bajeles, y ánimo de tomar los galeones, dió fondo en la punta de la isla de Cuba, despues de haber saqueado cuanto pudo en las costas de España y Portugal; pero la violencia de una tempestad furiosa llevó la armada á las costas de la Florida, donde procuró reparar los daños que la tormenta le habia causado; volvió á su empresa, encontró los galeones, y los apresó con ocho millones de plata y oro, y otros en mercaderías. Retiróse á Holanda el año siguiente, llevando á la Haya, como en triunfo, cuatro galeones que no habia quemado. Fue grande el aplauso con que le recibieron los holandeses; pues con la hacienda que trajo robada, se restablecieron de modo, que resolvieron poner sitio á Bois Leduc y Uvesel. De todas partes venian á ver la armada, y los prisioneros que traía; y aun Federico, tirano, que intentó ser de Boemia, conducido de la misma curiosidad, naufragó sin conseguirla. Los holandeses hicieron caballero á Hein, y le ilustraron con corona de laurel, nombrándole por almirante

de Holanda , en lugar de Guillermo de Nasau , que habia muerto en el sitio de Groll , sin que embarazase tenerle en la mayor estimacion , ser vilísimo su nacimiento , y haber estado algunos años en las galeras de España , remando , forzado.

Aunque salió bien Champlain de los ingleses , con el ánimo y resolucion que les mostró , no pudo librarse de los efectos que causaron en los indios las persuasiones enemigas ; pues apenas habia salido de un susto , cuando entró en otro , porque los iroqueses rompieron la paz que tenían con los franceses , con pretesto de que los indios algonquines habian muerto algunos iroqueses ; y habiendo empezado la guerra , dieron muerte á un frances que encontraron , y á muchos indios algonquines , ideando hacer grandísimos destrozos en los demas.

Año de 1629.

Viendo Champlain alborotada la tierra , y presumiendo volverian los ingleses á atacar la plaza , escarmentado de las grandes hambres del invierno antecedente , dispuso , que los franceses (ayudados de los indios) sembrasen en las cercanías de Quebec , trigo , maiz y otras semillas. Envió algun socorro á la provincia de Gaspesia , y á descubrir si venia algun navío frances. Mandó tambien hacer una barca para que fuese á Francia á representar su miserable estado , Bulle , que era su pariente , el cual se embarcó luego , y en la bahía de San Lorenzo halló á Caén , que traía socorro y noticia , de que habiendo sabido en Francia el acontecimiento de los ingleses , venia contra ellos Racilli. Quiso proseguir su viaje , muy contento de lo que Caén le dijo ; pero á poco tiempo le

hizo prisionero, y todos los que iban con él, un navío inglés, que estorbó el viaje destinado.

Es verdad, que aunque no le hubiera sucedido este fracaso, las mismas providencias que se dieron en Francia no pudieran impedir el daño que ya tenían dispuesto los ingleses, porque á 19 de julio dió vista á Quebec la escuadra del almirante Lu Querk, compuesta de nueve navíos, tres traía consigo y seis habian quedado en Tadousac. Retiráronse á la plaza los misioneros y otros que estaban fuera, y el almirante envió á requerir á Champlain si rindiese luego ó le asolaría la villa de Champlain. Fue de orden Fr. José á bordo de la capitana inglesa, á que concediese algunos dias para rendirse (habiendo visto era imposible defenderse), pero solo pudo conseguir un dia; con lo cual se volvió Fr. José, habiéndole enseñado el almirante las fuerzas de sus navíos y las provisiones, y referido todo á Champlain, acordó al dia siguiente salir á bordo con las capitulaciones que aceptó el inglés, y entró en Quebec.

Salvó Champlain su casa, familia y hacienda, y permitió el inglés pudiese sacar veinte escudos cada frances que se quisiese ir; sobre lo cual hubo grandes quejas y llantos. Saquearon los ingleses la casa de la compañía, y el dia veinte y uno hicieron embarcar á Champlain y muchos franceses ir á Tadousac; los frailes que rogaron mucho á los ingleses los dejasen allí, nada consiguieron; porque el almirante les aseguró llevar orden del rey para lo contrario, mas no permitió á nadie los hiciese mal; y despues de mes y medio se embarcaron con Pontgrave, que habia quedado enfermo, y tambien fueron á Tadousac, donde en cuatro de setiembre se hicieron á la vela á Inglaterra, y llegaron á Ple-

mua á 18 de octubre, desde allí fueron llevados á Londres, y de Londres á Calés, desde donde pasaron á París; siendo entre tantos trabajos el que mas sentian los religiosos, la impiedad con que los Ingleses habian intentado arrancar aquella nueva planta de la iglesia, porque aun no permitieron se embarcase ningun indio cristiano.

Los franceses que se quedaron en Quebec fueron mejor librados, porque mas facilmente se socorrian las necesidades de unos á otros; y la que mas se señaló fue la muger de Hevert, que sin perdonar molestia ni gasto, alivió á todos con la mayor aplicacion que pudo.

Año de 1630.

A 4 de diciembre se despachó cédula real, mandando al gobernador de la Florida, en consideracion á que los frailes franciscos no tenian para su sustento mas de lo que les estaba señalado, por ser muy pobre la provincia, que cuando enviase por el situado de los presidios, viniese con la persona que disputase un religioso, el cual comprase bastimento y vestuario para sí y sus compañeros, y que se le diese en Méjico el dinero que hubiese menester para lo que necesitase.

El embajador de Francia en Lóndres, representó la maldad de los ingleses, que estando en paz, habian ocupado á Tadousac y Quebec y hecho grandes daños en Canadá; pero aunque pasó los mas estrechos officios, y dió las mas bien fundadas quejas, no tuvieron entonces efecto alguno, dando dilaciones inútiles al negocio que requeria satisfaccion tan pronta, porque los ingleses solicitaban la amistad de los indios con grande instancia; pero ellos se resistian, conservando á los fran-

ceses el afecto que antes: excepto los iroqueses que aborrecen á todas las naciones.

Lucas de Fox con Juan Uveerholme, fueron á descubrir por el mar del Norte al Nordoueste (ó entre Occidente y Norte), el paso que tantos habian buscado. Siguieron el camino que llevaron antes Forbister, Hudson, Davis, Bafnio y Buton: hallaron muchas ballenas, pájaros y hielos, y en el rio Nelson fabricaron una Pinaza, y hallaron algunos vestigios de que habia estado allí Buton. A una y otra ribera del rio solo vieron sabinas y otros árboles pequeños: indio, ninguno, aunque en otras partes los habian visto en las costas del mar. Cerca del puerto de Nelson encontró al capitan Tomás Jamés, y apartado de él con una tempestad, se volvió antes del invierno á su tierra.

Año de 1631.

Tenian muchos ministros de Francia por conveniente la ocupacion de Canadá por los ingleses, y por perjudicial restaurarla: decian que desde el rey Francisco habian sido infelices los designios de los franceses sobre la Florida y Virginia, y que lo mismo habia sucedido en la Canadá: que el reino no sentia ventajas de mantener aquel pais; pues la poca utilidad del comercio constaba de lo poco que habian granjeado las compañías, y el progreso de la religion era ninguno, pues los indios tenian oposicion á recibirla: que el mayor daño era que para mantenerla era preciso enviar numerosas colonias que podrian despoblar á Francia como se experimentaba en España, y gente de guerra que las defendiese de las naciones pobladas desde el rio del Espíritu Santo hasta la Nueva Inglaterra, lo cual causaría grandes gastos; pues los in-

dios incapaces de política, solo servirían de aumentarle por ser casi imposible reducirlos á las costumbres y modo de los franceses; otros decian que despues del reconocimiento de aquellos países, se habia alzado Francia con la pesca de bacallaos y grasa de ballenas, que ocupaba mil doscientos bajeles, y que la pesca del banco grande, Terranova, Cabo Breton, y costas de Acadia, pertenecian á Francia, como primer poseedor, que eran unas minas inagotables si se mantuviese aquella tierra: que de las ballenas y otros pescados traían los franceses infinitas barricas de aceite, necesaria en las casas y en las maniobras que dejaban mucha utilidad llevadas á países extranjeros; y solo por la pesca muchas naciones habian poblado en aquellas partes: que en ellas se hallaba estaño, plomo, cobre, hierro, y se descubririan otros metales con el tiempo: que cerca de Quebec se habia descubierto una especie de mármol y alabastro en muchas partes, y muchas minas de carbon de tierra: que mejor reconocida la tierra, se hallaría en los árboles pez y resina para los navíos, y maderas para fabricarlos, que cousevando la tierra tendría el reino muchos marineros cuando se ofreciesen armadas, y muchos ociosos, entretenidos, aprendiendo oficios sin querer: que el comercio de las pieles producía grandes intereses, que habian ocultado los de las compañías por sus fines particulares; y que solo las de castores el año que menos habian producido, eran cien mil escudos, lo cual se aumentaría con el comercio, y que siendo genio de los franceses salir del reino á buscar su vida, á ninguna parte mejor podrian ir que á las grandes provincias de Canadá; cuyo país se poblaría brevemente si los indios se fuesen domesticando.

do, y se podría fortificar sin temor de que Francia se despoblase, pues tanta gente tenía con corto gasto, y fácilmente despachar en ella las mercaderías detenidas en el reino. Y en fin, que pues los ingleses habían tomado con tantos gastos aquellas provincias, y mantenían con otros mayores las poblaciones de ellas, no sería por hacer bien á los indios ni á los franceses, sino por la utilidad que conocían en mantenerla, y esta misma se podría gozar; y cuando faltase esto bastaba haber tomado los franceses por su cuenta hacer partícipes á aquellos bárbaros del inestimable precio de la redención del género humano, para no dejarlos morir en su gentilidad, y ahora en manos de hereges. Esta última razón movió el corazón religioso de Luis XIII á despreciar las demas, aunque se hallaba tan embarazado en otros negocios y guerras, mandó se tratase luego con los ingleses el modo de que se restituyese lo que injustamente habían quitado á Francia.

El capitán Tomás Jamés, inglés, enviado por los mercaderes de Bristol y patente de Carlos I de Inglaterra, se hizo á la vela por el mar del Norte á buscar el paso en que tantos habían perdido el tiempo. Llegó á los hielos, y en el cabo de Faruvél se hizo á la vela por junio cerca de la isla del desconsuelo, y llegó á la de Mill, á Hotingham, y á otra que llamó de Mansfelt, desde la cual atravesó una gran bahía al Oeste cerca del puerto de Nelson. Nombró á la costa nuevo país de Gales meridional: poco despues se halló al capitán Fox que había estado en el puerto de Nelson, pero los dividió luego una tempestad, y así Jamés prosiguió su descubrimiento, y dió nombre al cabo de Enrico María á la isla de Uveston, á la del conde de Bris-

sol y á la de Tomás Roe, á la del conde de Danhy, á la isla de Charton en cincuenta y dos grados y medio de latitud: allí inverná y reconoció ser la tierra arena sutil y blanca, el temple malo, que habia algunos árboles, venados, osos, anades y otras aves; pero fue el invierno tan terrible que ni treinta grados mas al Norte pudiera ser mas frio.

Muy villosos efectos de la predicción de los telúricos de san Francisco en la Florida. Los indios apaches hacen guerra á los españoles. Don Juan de Oñate y don Sebastián de Vizcarra las fortificaciones de San Agustín. Los indios de la Virginia envían preso á Inglaterra á Juan Rolob, su gobernador. El cardenal Richelieu envía diez buques para descubrir á Canada. Restitución hecha á los franceses con algun parte, y se envían á San de Quebec. Los PP. de la Compañía de Jesus visitan las riberas del río de san Lorenzo, costas de Acadia, islas de Breton y Cabo Breton. Montaguera suelta á Champlain en el gobierno de Canada. Encuentro con el empleo de teniente general del rey de Francia. El conde de Poseion de la isla de Montserrat y la compañía deove los franceses. Los franceses se unen á Acadia. Sepulta la compañía de Acadia en Canada á los demas reos. Una misión se continua en Roma. Quejase al rey de Francia del presidente Lozon. Los indios cipias dan noticia á Fr. Juan Esteban y Fr. Martin de Arce del Desierto. Los franceses se unen á la costa de Labrador. Una noticia toma Pedro de Grand, pirata francés. Da asedio en la ciudad de Harlowen el marqués de Villars. Toma también vuelve á Inglaterra de su desbaratamiento. Noticias antiguas de Acadia. Batallas de la noche en ella. Los franceses envían á descubrir. Multitud de piratas en el Océano. Llanos troncos Ursonas y hospitalarias á Canada. Fr. José Caron muere.

Año de 1682.

Fr. Juan Esteban del orden de San Francisco de Asís predicó en las Indias y descubrió las riberas del río de san Lorenzo; y descubriendo las costas de Acadia, islas de Breton y Cabo Breton, costas de Acadia, islas de Breton y Cabo Breton.

DECADA TRECE.

SUMARIO.

Maravillosos efectos de la predicacion de los religiosos de san Francisco en la Florida. Los indios apalaches hacen guerra á los españoles. Son vencidos y condenados á trabajar en las fortificaciones de san Agustin. Los ingleses de la Virginia envian preso á Inglaterra á Juan Harbei, su gobernador. El cardenal Richilieu arma diez Bajeles para restaurar á Canadá. Restitúyenla los ingleses quedándose con alguna parte, y se entrega Caén de Quebec. Los PP. de la Compañía de Jesus visitan las riberas del rio de san Lorenzo, costas de Acadia, islas de Miscou y cabo Breton. Montmagny sucede á Champlain en el gobierno de Canadá, autorizado con el empleo de teniente general del rey de Francia, el cual dá posesion de la isla de Monte real á la compañía devota formada en París. Los recoletos franciscos de Aquitania vuelven á Acadia. Impide la compañía de mercaderes la vuelta á Canadá á los demas recoletos; cuya mision se confirma en Roma. Quéjense al rey de Francia del presidente Lozon. Los indios ciplas dán muerte á Fr. Juan Letrado y á Fr. Martin de Arbide. Desvarata una tormenta la flota en la canal de Bahama, cuya almiranta toma Pedro Le Grand, pirata frances. Dá asiento en la armada de Barlovento el marques de Villena. Tomás Jamés vuelve á Inglaterra de su descubrimiento. Noticias antiguas de Groenlandia. Duracion de la noche en ella. Los dinamarqueses envian á descubrirla. Multitud de piratas en el Occéano. Pasan monjas Ursolinas y hospitaleras á Canadá. Fr. José Carón muere.

Año de 1632.

Fr. Juan Letrado del orden de san Francisco habia predicado en los Zunis y otras naciones cercanas del Nuevo Méjico á la Florida; é intentando

pasar á los indios ciplias á ejercitar este santo ministerio, fue muerto cruelmente por ellos.

El mismo deseo tenia Fr. Martin de Arbide; parti6 á los ciplias, pero no le dejaron los bárbaros pasar, que á 27 de febrero, en el camino, le dieron muerte y á un mozo que le iba asistiendo, sin mas causa que su ferocidad.

El cardenal Richelieu conoció que las dilaciones que usaba Inglaterra era no tener escusa para consentir en lo que pedia el rey de Francia, y viendo el gran perjuicio que se seguia al reino de la falta del comercio de Canadá, mandó armar seis navíos de guerra y cuatro pataches para restaurarla; fue nombrado el caballero Racilli por general de la armada.

Supo el rey de Inglaterra estas prevenciones, y no queriendo pasase mas adelante el enojo que habia concebido tener los franceses, mandó restituyese Canadá á los franceses; con lo cual se suspendió el viage de Racilli, pero no el de la armada que se hizo á la vela con Emerico Caén (á quien el rey de Francia habia hecho general de aquella flota, y gobernador de Canadá por un año, para que reparase los daños que habia padecido con la entrada de los ingleses), llevando por su teniente á Plesi de Buchardo, con todos los despachos necesarios, y patentes de los reyes de Francia y Inglaterra para efectuar la restitucion. Embarcáronse en él los PP. Jeurte y La Nove, y un hermano de la Compañía de Jesus, y llegaron con felicidad á Quebec, donde el almirante Querk los recibió con gran estimacion, y sin dilacion entregó la plaza y el pais. Regláronse los límites y estendieron la Nueva Inglaterra con una parte del pais hácia Puerto-Real, que tenian por suya los franceses, y la cedieron. Querk se fue á las colonias de Inglaterra. Fueron grandes las alegrías de los franceses

que se habian quedado, viéndose restituidos á su natural dominio, y los indios celebraron mucho esta novedad, porque nunca tuvieron aficion á los ingleses considerándolos amigos de los iroqueses.

Emerico Caén puso en práctica luego todas las órdenes que llevaba, y especialmente estableció el consejo de Quebec para el mejor gobierno de aquella tierra, que se componia del gobernador de la provincia, del superior de la mision, de los diputados de la compañía de mercaderes y el síndico procurador del país.

Entre todas las fatigas que el capitán Jamés padeció en la isla de Charton, ninguna fue mas enojosa que la pesadez de los mosquitos, de cuya ferocidad no sabian como defenderse. Dió escorbuto á muchos de sus compañeros, y viendo que todos perecian, hizo una buena pinaza de su bajel y se volvió á Inglaterra por agosto, habiendo aumentado mucho los descubrimientos que en el mar del Norte hicieron Hudson, Buton y Bafinio.

Año de 1633.

Los PP. de la Compañía, Antonio Daniel, natural de Diepa, en Normandía, y Juan de Breveuf, con ardiente celo de estender la religion, padeciendo grandes trabajos corrieron las riberas del rio de san Lorenzo, visitando aquellas provincias, las costas de Acadia, islas del cabo Breton y de Miscou (que está en el mismo rio), buscando entre aquellas naciones las mas habitables para plantar sus misiones, á cuyo fin fueron algunos religiosos á Canadá este año y los siguientes, y entre ellos el P. Enemondo Masa, varon celosísimo de la conversion de aquella gentilidad, á quien los ingleses habian traído á Europa cuando tomaron á Quebec.

Sabiendo que estaban desembarazadas de ingleses aquellas provincias, y que entre Francia y Inglaterra se habian reglado los límites de la Acadia, volvieron á ella los frailes Franciscos de Aquitania.

Resolvieron algunos ingleses invernar en Groenlandia, pero no adelantaron nada en el conocimiento de la tierra; solo advirtieron que despues de 5 de octubre faltó el sol, pero no luz, que se podia leer hasta 17. A 22 faltó la claridad, y ya se veian las estrellas continuamente hasta 15 de enero, que desde las diez de la mañana hasta las tres, ya se podia leer á la luz. El dia 12 de febrero asomó el sol en las cumbres, y el dia siguiente vieron su cuerpo entero.

Año de 1634.

El presidente Lozón, y otros de la Compañía de Canadá, estorbaron, por cuantos medios pudieron, que los frailes Franciscos fuesen á Canadá, hasta negarles las asistencias que los debian; y echándolos menos los indios, que los conocian, los causaba gran sentimiento, y decian que el manitou ó mal espíritu les detenia en este mundo, porque no sabian conjurarle, ni habia quien pudiese hacerlo como en el suyo, que creian se acababa con su tierra.

Navegando la flota por el canal de Bahama, la embistió tan gran tempestad que desgarró las naves; algunas dieron en la costa de la Florida, y la Vice-Almiranta y un patache llegaron á Cádiz por noviembre muy maltratadas. Seis semanas despues dió fondo la Almiranta de la misma suerte sin traer noticia de las demas; y las de la Florida en estos años están tan confusas, que no se pueden sentar por falta de relaciones y papeles.

Quedáronse algunos ingleses en otra parte de Groenlandia el invierno, y aunque procuraron abri-



garse y mantenerse demás de su prevencion, con ciervos, vacas marinas, osos y otros animales, despues de haberse pelado todos los que comieron bígados de osos, el frio y el hambre dieron fin de todos, dejando escrito, que el sol habia desaparecido á 10 de octubre y habia vuelto á aparecer sobre el horizonte á 14 de febrero.

Año de 1635.

Nombraron los Recoletos á Fr. Antonio Bodrón por procurador general de la mision de Canadá, en lugar del P. José Carón, que habia muerto con gran desconsuelo de que Lozón y otros de la compañía de mercaderes estuviesen tan opuestos á que volviese á Canadá; y apenas fue elegido, cuando le mandaron ir á Roma á esperar el despacho de su mision en Canadá; y en 28 de febrero, por decreto de la congregacion de *Propaganda Fide*, fue confirmada la mision fundada en tiempo de Paulo V, prohibiendo tuviesen otra, mandando que el provincial fuese prefecto de ella, á quien por diez años concedió las facultades y privilegios que á los demas misioneros de indios, y permitió nombrase vicario que residiese en Canadá, en el cual pudiese delegar las facultades que le pareciese; mandó que se aumentase hasta veinte religiosos, y que todos los años enviasen relacion al prefecto de la santa congregacion, que era el comisario Antonio Barberino; de lo que sucediese. De todo lo cual en 29 de marzo despachó bula Urbano VIII, concediendo los privilegios referidos y otros al procurador de Recoletos, los cuales despachos entregó el nuncio Dancoli á los Padres, y con ellos acudió el provincial, que era Fr. Ignacio Le Gauve, á la junta de la Compañía á 6 de setiembre, y habiéndole oido, se volvió á señalar el socorro de 600 libras que

se daban; con lo cual muy alegres nombraron para la mision á Fr. Pablo Haer, Fr. Gil de Tolliet, Fr. Florencio Rotel y dos legos, Fr. Gervasio Rohier y Fr. Cárlos Langoiseux; y habiendo juntado algunas limosnas estando ya para partir, dió Lozón orden al general para que no los embarcase en los navíos que se hacian á la vela para Canadá, lo cual causó gran pesadumbre á estos pobres religiosos.

Eran tantos los piratas extranjeros que infestaban las Indias Occidentales, que apenas se podia navegar sin riesgo de caer en sus manos; efecto de la guerra publicada con Francia en Madrid á 17 de junio, y así en los demas extranjeros era tan grande el esceso, que solo en Flesinga se albergaban y conocian 300 bajeles de piratas.

Año de 1636.

No habiendo tenido efecto los viages que á descubrir la Groenlandia habian ejecutado por el Norte diferentes dinamarqueses, hicieron compañía muchos mercaderes para descubrirla; porque en una historia de Noruega se hallaba que cerca del año de 770, ó el de 982, Erico, natural de Noruega, habiendo hecho una muerte huyó á Islandia, donde vivia su padre llamado Torvalle; hizo otra en Islandia, muerto su padre, y le fue preciso buscar asilo en tierra mas hácia el Norte que le aseguraron algunos islandeses habia. Descubrióla y la llamó Groenlandia, que significa Tierra Verde, por los grandes prados que en ella habia. Pobló allí y dió cuenta en Noruega sometién- dose al rey, el cual envió una colonia que le pagaba un ligero tributo. Leiffe, hijo de Torvalle, introdujo el cristianismo, que ellos adoraban al sol; rehusaron pagar al rey Magno los groenlandeses el tributo año 1256, el cual envió una armada con socorros

dinamarqueses, la redujo, y volvieron á pagar el tributo el año de 1389. Fueron acusados los mercaderes de Noruega que le traian de haber robado parte de él: por lo cual mandó la reina Margarita prenderlos; y aunque justificaron no ser verdad lo que se les imputaba, prohibió á todos comerciar sin su licencia en Groenlandia este año de 1389. Asistia un obispo de Groenlandia llamado Enrique, y como era de poca utilidad el comercio, no sacaron licencia los mercaderes en muchos años, y poco á poco se fue olvidando, de modo que jamás han hallado el camino á la poblacion de Erico.

Estas noticias dieron motivo á la Compañía, que se llamó de Groenlandia, á enviar gente mas diestra en un navío que dió fondo en la costa de este pais; al oriental llamaron Osterburg y al occidental Uvesterburg; despues nombraron los pilotos á Osterburg la Vieja Groenlandia, que es la parte menos distante de Europa, y acaba en el cabo de Faruvél, que la parte occidental que estaba hácia las Indias Occidentales del Norte, la habia descubierto antes el inglés que se dijo en la introduccion.

Apenas surgió el bajel, cuando vinieron los moradores á comerciar; y cuando estaban mas entretenidos, se disparó un cañon casualmente, de que espantados se entraron al mar y hasta mas de docientos pasos no sacaron la cabeza á ver la causa de aquel estruendo. Los dinamarqueses procuraron quitarles el miedo, y despues de muchas señas de agasajo volvieron á su comercio. Reconoció en tanto el piloto un rio cuyas arenas le parecieron oro, engañado de la color y el peso; y sin mas exámen cargó el navío de arena, cogió dos naturales de la tierra y se volvió á Dinamarca. Los dos indios, bien distantes de su patria, ansiosos de no perderla se echaron al agua (donde se

erée perecieron por la distancia). Mandóse hacer el ensaye de la arena y se vió el engaño; reprendió el director de la compañía, que era un gran señor dinamarqués, al piloto; mandóle volviere la arena á donde la habia tomado; pero éste corrido de su ligereza, ó pesaroso de haber cumplido mal su encargo, murió presto. No falta quien afirme que era oro, y que se experimentó despues; pero si fuera cierto ya la madre del rio hubiera salpicado á toda Europa.

Sucedió en el gobierno de Canadá á Champlain (que tanto trabajó en la conservacion de la tierra) Montmagny, caballero del órden de san Juan, con título de teniente general del rey, y se le nombró por su teniente otro caballero de la misma órden llamado Isla. Luego que llegó á Canadá puso gobernadores de confianza y celo en las principales poblaciones.

No tuvieron efecto las diligencias que en Francia hacian los Recoletos de san Francisco para volver á Canadá; por lo cual el presidente Loisel, síndico general de la órden de san Francisco, viendo que la compañía de mercaderes, á quien estaba encomendada aquella tierra y su comercio, no los trataba como era razon y merecia su virtud, requirió á Lozón, que presidia la junta de la compañía, con las órdenes que tenian de Roma y Francia para pasar á Canadá; y no pudiendo resistirlas, respondió, con los compañeros, que estaban prontos á no embarazarlos el paso: con lo cual fueron á Diepa á embarcarse á 3 de abril. Dilató de dia en dia la compañía dar los despachos necesarios, hasta que estuvieron prestos á hacerse á la vela los navíos que iban á Canadá, en los cuales intentaron los frailes hacer su viage, en fuerza de la resolucion antecedente; pero el cabo, á cuyo cargo estaban, no permitió se embarcasen, diciéndolos tenia órden de la compañía para partir sin

ellos, y así lo ejecutó. Dieron repetidas quejas á Lozón, y otros de la Compañía, de que hubiesen faltado á lo decidido; y reconocieron que el motivo que tenían, especialmente Lozón, director de todo aquel comercio, era temer que los Recoletos fuesen á mover cuestiones á los Padres de la Compañía de Jesus, que estaban en el país, considerando sería muy perjudicial á él, y al aumento de la Religión, que deseaba introducir, cualquier disputa entre los religiosos, bastando allá unos: lo cual era tan ageno del celo de los Recoletos, como de los de la Compañía de Jesus; y para que se desengañase Lozón escribieron á Canadá los Recoletos, y otros bien intencionados, al P. Carlos Lalemando, superior de la mision de Quebec, y á otros, lo que pasaba; y en 9 de agosto respondió el P. Carlos, sintiendo escesivamente las dilaciones que se oponian, sin causa, al paso de los Recoletos, protestando que él y todos sus religiosos no deseaban otra cosa mas de que volviesen; pues como solo procuraban la honra de Dios y la propagacion de la santa Fé Católica, mas presto se conseguiria tan santo fin con tan buenos obreros; y lo mismo escribió al Padre Bodrón, secretario del provincial, y á Fr. Gervasio Mohier, quejándose muy sentidamente, de que ninguno pudiese persuadirse á que los de la Compañía de Jesus emulasen su viage á Canadá; y antes de ver el efecto de esta católica sinceridad, murió Fr. Guillermo Galerán, procurador de los Recoletos, que solicitaba con gran deseo el viage.

Año de 1637.

Las repetidas instancias que hicieron los Recoletos, no bastaron á reducir á Lozón, obstinado ya en su dictámen á cumplir las órdenes del rey de Francia; y advirtiendo las molestias y vejaciones que les

hacia, acudieron al Consejo en 4 de enero, presentando los papeles que tenían, y un manifiesto y súplica tan bien fundada, que el Consejo no pudo dejar de determinar á su favor en todo: pero la ejecución se remitió á la Compañía, que fue requerida con los despachos á 15 del mismo mes; la cual puso tantos embarazos á tan santo fin, que reconociendo los Recoletos era molestarse inútilmente en las diligencias, pues cada dia hallaban mas eficaz la oposicion, dejaron á mejor tiempo su santa empresa.

Año de 1638.

Los indios de Apalache hicieron guerra á los españoles: opúsose el gobernador de la Florida con poca gente; porque aunque pagaba el rey en san Agustín, tiene 300 plazas de guarnicion, (para cuya manutencion se enviaban de Méjico 65859 pesos, dos tomines, y tres granos de oro comun) las plazas muertas, y 40 religiosos de san Francisco, que participan de este situado, aun no dejan efectiva la tercera parte de la gente; pero no obstante el corto número que sacó de el presidio, domó la soberbia de los indios, haciéndolos retirar á sus provincias, á donde los fue siguiendo con buenos sucesos.

La compañía de mercaderes de Francia encargó el comercio de Canadá á los pobladores, con ciertas condiciones, por la poca utilidad que consideraba lograr en él, y los grandes gastos y cuidados que en mantener la predicacion hacia.

Año de 1639.

Juan Harbei, gobernador de la Virginia, quiso enriquecer en poco tiempo, haciendo muchos agravios y estorsiones á los pobladores; de suerte, que no pudiendo sufrirle, se alborotaron contra él, conju-

rándose con ellos el Consejo que habia puesto en la Colonia principal Carlos I, rey de Inglaterra; y aunque hubo algunos, que en venganza de sus ofensas quisieron darle muerte, no lo consintieron otros, y le enviaron preso en un bajel á Lóndres, con el proceso de sus codiciosas maldades.

El fervor santo de los frailes de san Francisco, y la aplicacion á cuidar de los indios de la Florida, causó efectos maravillosos en su conversion y quietud, aumentándose aquella cristiandad, y empezando á ser liberales con los religiosos los indios.

Bien descuidados estaban los Recoletos en Francia de volver tan presto á introducir su justificada pretension sobre el permiso de pasar á Canadá, cuando llegaron á solicitarlos dos diputados, que venian de Quebec, ponderándolos era el restablecimiento de las conciencias de aquel país su llegada á él; porque la mayor parte estaba arriesgada y perdida con la desazon que les causaba verse gobernados, en lo espiritual y temporal, por unos mismos ministros. Tanto clamaron, que Fr. Pablo Huet fue con ellos á hablar á algunos de la compañía de Canadá, á los cuales hallaron del mismo parecer que á los diputados. Pasaron á informar al cardenal Richelieu de todo: y despues de muchos pasos, fueron remitidos á la compañía de mercaderes, otra vez, por ver si podian apurar la paciencia de los religiosos.

A 4 de mayo se embarcó madama de la Pelletier de Chavigni, de la tercera órden de san Francisco, natural de Alenzon, viuda de un gentil-hombre de la casa de Tournoy, con tres nonjas Ursolinas, y tres Hospitaleras, en el navío de Cortón: llegaron á Quebec, sin contraste, á primero de agosto, debajo de la direccion del P. Uunon, de la Compañía de Jesus. Fueron recibidas con mucho gusto de los

moradores; la Pelleterie se fue á posar con las Ursulinas á una casa que la tenían prevenida, hasta que se acabase el convento, que á toda priesa se fabricaba; y las Hospitaleras fueron á Sillery, distante una legua de Quebec, donde habian empezado los PP. de la Compañía un pueblo de indios, que se iba aumentando cada dia.

Los suecos poblaron la villa de Cristina, en la Nueva Suecia, provincia entre Virginia y Nievu Nederland, ó Nuevo País Bajo, ó Nueva Holanda, al Sur de Virginia, ó Nueva Inglaterra, que los franceses incluyen en Canadá, los ingleses en Virginia contra los españoles, que como lo es, la tienen por parte de la Florida, dieron este nombre á la poblacion, por su reina Cristina, hija de Gustavo Adolfo, prodigiosa muger del siglo pasado: echáronlos de allí tiempo adelante holandeses; y á estos los ingleses, como tambien de la ciudad de Gotemburg, que habian poblado los suecos.

Año de 1640.

No queriéndose sosegar los indios comarcaños á san Agustin, aunque los gobernadores habian castigado varias veces su disolucion y poco respeto, se les condenó á que trabajasen por fuerza en las fortificaciones de la plaza.

Pedro Le Grand, natural de Diepa, pirata francés, que residia en la isla de la Tortuga, acabó su malvado oficio con una accion digna de mas noble espíritu é inclinaciones; porque habiendo salido á robar, en una barca, con 28 compañeros, no halló qué, y faltándole los víveres, estaba determinado á volverse. Vió entonces la vice-almiranta de la flota, que se habia apartado de las demas naves, en la canal de Ba-

hama: reconocióla, y la tuvo por empresa desigual á sus fuerzas. Avisaron al vice-almirante que se llegaba á su nave la barca: no hizo caso del pirata, y menos cuando en el canal nunca se habia hallado quien se atreviese á las flotas. Tomó Pedro juramento á todos viendo el riesgo de que si no lograsen la presa morirían con él; y dando orden de que á distancia de saltar en la nave se barrenase la barca, se echaron sobre ella tan prontamente, que hallaron jugando á los cientos, en la cámara de popa, al capitán, y otros muy descuidados, los cuales se asombraron, persuadidos á que era mayor el número de enemigos; los piratas, diligentes, empezaron á matar á los que se querian resistir: hicieron á los demas prisioneros, y se apoderaron de todo; quedóse Pedro con la gente necesaria, puso la demas en tierra, y sin detenerse se hizo á la vela á Francia, donde se quedó á gozar el fruto de esta hazaña, sin volver jamás á las Indias.

Esta y otras presas ocasionaron formar la armada de Barlovento, contra los corsarios, para la seguridad del comercio. Dió asiento en ella el marqués de Villena, Don Diego Lopez Pacheco, virey de Méjico, y primer grande de España que pasó á las Indias.

Hizo considerable fruto en Canadá una mision de PP. de la Compañía.

Año de 1641.

Habiendo concedido el rey de Francia al abad de Quelu Ollier, y otras personas, que formaron una compañía devota, para la conversion de los infieles, la isla de Monte Real, enviaron á ella á Maison Neuve, con 40 personas, para que la reconociese, tomase posesion, y dispusiese habitaciones.

DECADA DECIMACUARTA.

SUMARIO.

Estado de la ciudad de san Agustin, y celo de los religiosos Franciscos con los españoles é indios. Montmagny dá posesion de la isla de Monte Real á la compañía devota de Paris. Trata paz con los iroqueses: ellos la fingen, y se queja á los indios principales. Sucédele en el gobierno Ayllebourt, que rehusa la paz con los iroqueses. Novedad que causó á los indios hurones mandar salir de su pueblo á los apóstatas. El P. Isaac Yogues, cautivo, es atormentado bárbaramente por los iroqueses. Quemán estos algunos indios hurones, y los exhorta el P. Yogues. Reduce á algunos iroqueses principales; y coloquios que tenia con ellos. Huye á los holandeses, y le envian á Francia, de donde vuelve á Canadá, y le dan muerte los iroqueses. Firmeza de algunos indios hurones en la Fé. El P. Carlos Rimbaldo muere; y el P. Anna de la Nove se hiela. El P. Bresano va á predicar á los tres rios; lo que padeció entre los iroqueses, y como se libró de sus crueldades. Destruyen la mayor parte de los indios hurones los iroqueses. Quemán los pueblos y misiones de la Compañía de Jesus. Dan muerte á los PP. Gabriel Lalemando, Carlos Garnier, y Natal Chabanel, con impiedad notable; retíranse los PP. que quedaron á la isla de san José; y por qué la desampararon, y pasaron indios á Quebec con 600 hurones. Los ingleses degüellan públicamente á Carlos I, su rey. Guillermo Berceley, gobernador de la Virginia, intenta mantenerse leal, y ofrece á Carlos II la Virginia. Retíranse muchos leales á ella. Envia armada Cromuel á sujetarla, y deja Barceley el gobierno.

Año de 1642.

A 13 de junio salió el P. Isaac Yogues, natural de Orleans (á quien llamaban los indios hurones Ondesonk) del país de los hurones, con 18 indios y 5 franceses, en cuatro canoas, á los Tres Rios, adonde

llegó en 35 dias con muchos trabajos, causados de los malos caminos, y muchos temores de los indios iroqueses, que tenian atemorizada la tierra; y á primero de agosto volvió á embarcarse para ir al país de los hurones; al segundo dia vieron pisadas de hombres en la ribera; y aunque Eustachio Ahatsestarí, indio cristiano, y muy experimentado en las guerras, creyó eran de iroqueses, por parecer eran de poca gente, siguieron su viage, y á poco mas de un cuarto de legua hallaron 70 iroqueses, en doce canoas escondidas entre la yerba y el boscage, que al instante rodearon las cuatro, dispararon los arcabuces que tenían, y aunque no hirieron á ninguno, huyeron los hurones asombrados, dejando en las canoas solo el Padre, con cuatro franceses y dos indios, que se pusieron en defensa; pero habiendo sido presos los mas con Renato Goupil, siguieron los que iban huyendo. El P. Yogues, por no dejar á Goupil y á los hurones cristianos en poder de los iroqueses, sin tener quien los animase en la fé, se entregó prisionero; y viéndole Eustachio, que tambien lo estaba, le dijo: *Dios me ha concedido lo que le pedia, que era vivir y morir contigo.* A este tiempo trajeron los iroqueses preso á Guillermo Cousture, el cual, habiendo escapado de los enemigos, echando menos al P. Yogues, volvió para que le prendiesen y llevasen con él. Habíanle tomado gran odio los iroqueses, por haber muerto á uno de los principales, y le trataron cruelísimamente, desnudándole luego, y como perros rabiosos le arrancaron las uñas con los dientes, mordiéndole los dedos, y pasándole con una espada la mano derecha; dieron despues al P. Yogues tantas punadas y palos, que le dejaron caer medio muerto en tierra; y volviendo en sí, halló hechas pedazos las uñas, y mordidos los dedos, en que sintió gran dolor, y lo mis-

mo hicieron con Goupil. Despues los juntaron , y pasaron el rio para dividir la presa, que se reducía á los libros y algunas alhajas de la iglesia, que llevaban los hurones , de los cuales baptizó algunos , y entre ellos un viejo de 80 años , á quien habiendo mandado los iroqueses se embarcase , diciéndoles , donde iria ya decrepito , y á país lejano y forastero , porque no obedeció prontamente , le dieron muerte en el mismo sitio en que habia recibido el baptismo.

De allí partieron los iroqueses con grande aplauso de su victoria , y 22 prisioneros , que en 38 dias de viage padecieron infinitas hambres, escesivos calores, golpes terribles, con que los atormentaban, fuera del continuo dolor de las muchas llagas que tenian tan podridas, que erian gusanos, dando mucho gusto estas calamidades á los iroqueses ; que en todo camino , sin causa alguna , no dejaban de arrancarlos los cabellos y la barba , arañándolos la cara. Hallaron 200 iroqueses, que iban á asaltar el fuerte de Richelieu , los cuales dieron gracias al sol (que creen presidir en las guerras) de la victoria que vian; y para entretenerse hicieron desembarcar los prisioneros , dándoles muchos palos como iban desembarcando; quedó el último el P. Yogues, al cual recibieron puestos en dos alas, que llegaban á un tablado que tenian levantado, y al pasar le daban muchos golpes; que cayó entonces, y le llevaron hasta el cadahalso , todo ensangrentado de los golpes , y puesto en él , le dijeron mil injurias , y le dieron muchas heridas; le abrasaron un dedo, le machacaron otro con los dientes , y le destrozaron los miembros ; de suerte , que aun habiendo sanado, quedó disforme. Dos veces quiso un indio cortarle las narices; pero se lo estorbó el cacique, que queria llevarle vivo á su tierra; pues si lo permitiera, le hubieran muerto, porque no

se usa entre aquellos bárbaros dar la vida á personas á quien les falta alguna parte tan principal. Aumentaban su dolor los martirios que hacian á sus compañeros, especialmente á Eustachio, á quien le cortaron los dedos, y enmedio de la herida de la mano izquierda metieron una cuña fuerte y aguda, que penetró hasta el codo, con dolor indecible, que sufrió con invicta constancia: en esto pasaron los iroqueses todo el dia, hasta la noche, en la cual sintieron grandes dolores, sin haberlos dado nada de comer, habiendo sido tan poco lo de los dias antes que apenas lo gustaban.

Al dia siguiente encontraron otras canoas iroqueses, que iban á la guerra, cuyos indios cortaron algunos dedos á los prisioneros, y pasaron adelante. Prosiguieron el viage los cautivos con grandes trabajos y repetidos martirios hasta el país donde los llevaban, y como vian que los franceses y los hurones respetaban al P. Yogues, le daban mayores tormentos, mandó un indio viejo á una india algonquina, cristiana, cortase un dedo al Padre; y habiéndolo rehusado, la hizo por fuerza cortarle: llamábase Juana. A Renato Goupil cortaron otro por la coyuntura, y de este modo los llevaban de pueblo en pueblo desnudos: á la entrada de cada uno los daban muchos palos: luego los ataban, y los echaban encima ascuas. A Guillermo le cortaron el dedo índice (con una concha, que no tenia señal de filo) á pura fuerza, y con tanto dolor, que se le hinchó el brazo hasta el codo; y despues de haber andado por varios pueblos padeciendo infinitos tormentos, le dieron la nueva de que los querian quemar á todos.

Entonces el P. Yogues empezó á animar á los franceses y hurones con la brevedad de los tormentos y eternidad de la gloria, encargándolos le mirasen cuando padeciesen el último para absolverlos. La

constancia de Eustachio fue maravillosa; y estando en la hoguera, se conoció su caridad, pues rogó á los hurones, sus paisanos, que estaban presentes, con espíritu católico, que no estorbases hacer la paz con los iroqueses la consideracion de su muerte. Quemaron tambien otro huron, que se llamaba Ounonhoaraton, mozo de 25 años, que fundado en la esperanza de mejor vida, se burlaba de la muerte. A Guillermo entregaron á una familia iroquesa, en lugar de un pariente que habia muerto en la guerra. A los demas franceses y hurones detuvieron cautivos la vida; al P. Yogues y Renato, como estaban tan débiles, los dejaron como en una libre esclavitud; y aunque tan molestados de los tormentos, al cabo de tres semanas ya podian servirse de sus manos.

Pero el alivio que pudieran hallar, le impidió la novedad de haber vuelto los docientos iroqueses que encontraron, vencidos de los franceses, y de Montmagny, su gobernador; empezaron á tratar de matarlos con tanta priesa, que no imaginaron los cautivos el modo de librarse de este nuevo riesgo, y menos, pues, habiendo venido á 8 de setiembre un holandés principal de la poblacion, que tienen 10 leguas de allí, á tratar de rescatarlos, gastó muchos dias; ofreció á los iroqueses muchas cosas, y no pudo conseguir el rescate, porque los indios se escusaban, para que no se ofendiese el holandés, con que tenian guardados los dos prisioneros para entregárselos á los franceses: y puede ser que algunos indios lo quisiesen así. Juntáronse los indios sobre esto, y determinaron darlos muerte, á tiempo que se habian salido del pueblo. Buscáronlos, y no hallándolos, pasaron á sus tierras.

Volvieron al pueblo el P. Yogues y Renato, y sabiendo el peligro en que habian estado, salieron á

un cerrillo fuera del pueblo, donde vinieron dos indios, y los hicieron volver á él, y uno dió con una hacha en la cabeza á Renato, de que cayó medio muerto; y habiéndole el P. Yogues absuelto, le acabó de matar con otros dos golpes.

Entregaron despues el P. Yogues á un patron que le aborrecía mucho; al dia siguiente salió á buscar á Renato, y halló que le habian echado una cuerda al cuello y le habian llevado á un rio distante, en cuya ribera le halló comido de perros; el Padre le cubrió de piedras con intencion de volver al dia siguiente á darle sepultura: halló en el pueblo dos indios armados que le querian llevar á otra tierra; respondiéndolos que no podia, sin licencia de su patron, seguirlos: así escusó el viage y volvió á enterrar á Renato, mas no halló el cadáver, por habersele llevado el rio en la creciente, ni hasta la primavera siguiente, que le dieron noticia de los huesos y los recogió, no supo nada de él.

A mediado de octubre empezaron la caza de los ciervos los indios, tiempo para ellos de festines y regocijos, en los cuales el celoso Padre les predicaba un Dios, un Paraiso y un Infierno; y aunque al principio admiraban y escuchaban lo que decia, enfadados de la continuacion de los sermones, y echándolos la culpa de que no salia bien la caza, empezaron á injuriarle y perseguirle; porque habiendo hecho sacrificio á Ariscoi, demonio, á quien ofrecen, como las primicias de las cosas, en esta forma: llevan un ciervo, habiendo llamado al mas anciano de la casa ó del pueblo para que le bendiga y sacrifique. Este estando enfrente del que tiene las carnes sacrificadas, dice: *Ariscoi, te ofrecemos estas carnes, y te ofrecemos un banquete para que comas y nos muestres el sitio donde están los ciervos, y los envies á nuestros lazos,*

para que así podamos volver á ver el invierno. Si el sacrificio es por enfermedad, dicen: para que podamos así cobrar salud; y lo mismo hacen para pedir buena pesca, ó victoria en la guerra. El P. Yogues no quiso comer de estas carnes ofrecidas al demonio; lo cual tomaron por manifiesto desprecio de su Dios y por causa de su mala caza, y no quisieron oírle hablar mas de Dios ni responderle á lo que les preguntaba de su lengua. Salíase del pueblo al campo, donde habia hecho en un árbol una gran cruz, la cual aborrecian los iroqueses, diciendo que los holandeses tampoco podian verle; y aunque no le impedían encomendarse á Dios, no le daban de comer, ni una piel, de las muchas que tenían, para recostarse y abrigarse: con que pasó aquel invierno padeciendo grandes hambres y frios á vista de aquellos impíos.

A 22 de octubre murió el P. Cárlos Raimbaldo, el primero difunto de la Compañía de Jesus, en Canadá, y el caballero Montmagny le hizo enterrar junto á Champlain. Diez dias despues murió Nicolet, intendente, que habia hecho la paz entre algonquines y iroqueses, el cual habia estado 25 años en aquella tierra.

El mismo Montmagny, á 15 de agosto, dió la posesion de la Isla de Monte Real á Maison Newe, poderaviente de la Compañía devota de París, y se solemnizó la consagracion, que de la isla se habia hecho, en la iglesia de Nuestra Señora de París, poniendo la isla debajo de la proteccion de Jesus, María y José, dándola el título de la Asuncion. A 21 de setiembre tomaron las Ursolinas posesion en Quebec del seminario, para enseñar niñas indias, habiendo llegado poco antes la madre Ana de los Serafines, religiosa en el convento de Ursolinas de Plesmel, en Bretaña.

Ya era mediado enero, cuando acabada la caza de los ciervos volvieron á sus pueblos los iroqueses: dieron una piel al P. Yogues, y un lorenés, que vivia entre los holandeses, le envió una esclavina con que se reparó del frio. Tambien fue de gran alivio una india iroquesa que empezó á tener cuidado de él, con que descansando algo de sus grandes trabajos se aplicó á la lengua. Tuvo ocasion de instruir á muchos de los principales en los misterios de nuestra Santa Fé Católica, porque el pueblo donde estaba era el mas frecuentado de los indios, y en él se hacian las juntas de aquella tierra y de toda la nacion. Preguntaban algunas cosas los indios sobre el sol, la luna, la grandeza de la tierra y del Océano; de su flujo y reflujo, de los términos del mundo, si la tierra tocaba al cielo por alguna parte. El Padre respondia á todos con admiracion de los indios, y decian hubiera sido gran error haber muerto un hombre tan bueno y que sabia mas que todos. Burlábase de las fábulas que contaban de la creacion del mundo, cuyo origen decian se debia á una tortuga; hablaban los indios del verdadero Dios, que el Padre los predicaba con tanto respeto que parecia se inclinaban á conocerle. Decíalos el Padre que su Ariscoi era un demonio burlador, que siendo desterrado, en virtud de la cruz de todo el mundo, se habia refugiado entre ellos para conservar el tiránico imperio que los demas gentiles negaban. Bautizó muchos niños y enfermos, y prisioneros adultos.

Algunas veces iba á otros pueblos donde tenian hurones cristianos esclavos, y los ministraba el Sacramento de la Penitencia, en que se ocupó hasta mediado marzo, que fueron los indios á la pesca á un

lago pequeño que dista cuatro jornadas del pueblo ; y aunque los peces son pequeños, ahumándolos á la orilla del lago, los traen á su tierra y los conservan mucho tiempo. Fue con ellos el Padre con dos viejos, y el lunes despues de Ramos llegó un indio, diciendo queria llevarle al país por temor de enemigos; pero era para sacrificarle por el hijo del primer huésped que tuvo, indio principal, el cual se creia haber muerto en la guerra á manos de los franceses con otros nueve iroqueses ; y aunque á la primer noticia habian sacrificado un indio huron, prisionero, para hacer mayor la solemnidad, trataron de proseguir la venganza con el P. Yogues.

Llegó el jueves sauto, esperando ser sacrificado el viernes ; pero cuando se iban preparando los indios á esta crueldad, empezó á divulgarse en el pueblo, que el indio que imaginaban muerto volvía victorioso con 22 prisioneros, por lo cual le dejaron la vida. Llegaron los indios vencedores con los 22 prisioneros, que aunque eran de una nacion que nunca hizo guerra á los iroqueses, fueron tratados con la misma crueldad que los hurones. Condenaron á cinco á ser quemados en celebridad de la victoria. Quiso el P. Yogues convertirlos ; y como no sabia la lengua, tenia gran pesar, hasta que halló entre los esclavos un indio que la entendia, y la hurona ; y hablando el Padre en huron y el indio en la natural lengua de los condenados, logró bautizarlos el dia de Pascua. Tambien trajeron prisioneras tres mugeres desnudas, con sus hijuelos, á las cuales recibieron los iroqueses dándoles grandes palos ; cortáronlas despues los dedos, tostaron á una, y en tanto que duraba este furor, el P. Yogues la predicaba mediante el indio. Viendo los indios que no moria, la arrojaron en una hoguera grande, y cuando atizaban la

lumbre, decia un indio viejo: *Ariscoi, esta víctima te sacrificamos, para que te sacies de la carne de nuestros enemigos y nos des victoria de ellos.* Hicieron pedazos el cadáver, y le repartieron á los otros pueblos para que comiesen de él, como de cosa sagrada, en que no se engañaban los bárbaros, pues entre tanta calamidad tuvo la fortuna de morir cristiana, bautizándola el P. Yogues en medio de las llamas. Tuvieron los indios despues un gran convite de dos osos ofrecidos al demonio, con estas palabras: *Ariscoi, tienes razon de castigarnos y no darnos prisioneros, pues no nos comimos los últimos* (hablaban de los algonquines, capitales enemigos suyos, de los cuales no habian podido coger ninguno); *pero te prometemos comernos los primeros que nos dieres como nos comemos estos osos.*

La vispera de san Juan trajeron los iroqueses nuevamente preso á un francés y once indios hurones, habiendo muerto, debajo de amistad, mas de otros ciento. Prevínose á nuevos trabajos el Padre, conociendo era voluntad de Dios que se mantuviese allí; porque aunque decian los indios que le habian de volver á Quebec, nunca llegaba el caso; ni los holandeses pudieron conseguir su rescate, aunque lo procuraron muchas veces, movidos de natural compasion, y hacian presentes á los indios para que le tratasen bien. Dos veces le dejaron ir á Ronselania, poblacion de la Nueva Holanda, de donde escribió al P. provincial de la Compañía de Jesus, en 5 de agosto, sus trabajos; pero se volvia con sus indios por no enojarlos, donde lograba algunas ocasiones su celo de bautizar moribundos, niños y esclavos, y confortar á otros en la Fé.

Pareciendo á los indios que estaba muy descansado, le cargaban para varios viages llevándole de pueblo en pueblo, y en cada uno recibia nuevas in-

jurias y golpes. Finalmente, fue enviado á servir á unos indios, que iban á caza cerca de la tierra ocupada por los holandeses, donde le dió noticia uno de haber resuelto los indios, en una junta, matarle; huyó de noche el Padre á los holandeses con grandísimo trabajo, y estuvo siete semanas padeciéndolos mayores en casa de un viejo avariento, á quien se le dió á guardar un holandés en tanto que se componia con los iroqueses esta fuga; pero sabiendo el gobernador de la Nueva Holanda sus fatigas, mandó que en un navío le pasasen donde él estaba, y de allí le envió por noviembre á Inglaterra. Habiendo surgido en ella, saltaron en tierra los que le llevaban, quedando solo el Padre, y entrando ladrones en la nave le robaron el vestido que los holandeses le habian dado; por lo cual un capitan francés lo hizo meter en una barca, y llegó á Francia el dia de Navidad, habiendo escapado milagrosamente de tantas calamidades.

El P. Anna de La Nove, natural de Rems, hijo del señor de las Praderías, partió á 30 de enero de los Tres Ríos, con dos soldados y un indio huron, á administrar los sacramentos y decir misa á los del fuerte de Richelieu, que distaba diez leguas de allí; el camino cubierto de nieve mas de vara y media en alto, les causó gran fatiga en la primera jornada; y siendo preciso reposar, hicieron un hoyo en la misma nieve para ponerse en tierra. Quedaron con el mayor desabrigo; persuadióse el P. Anna sería fácil llegar al fuerte y empezar á confesar la guarnicion, para enviar soldados que socorriesen á sus compañeros; y sin decirles nada tomó la comida necesaria, y prevenido de sus rachetas para no hundirse en la nieve, dejó á las dos de la noche á sus compañeros sosegados, y empezó á caminar á la luz de la luna, que le faltó luego. Empezó á nevar terriblemente y perdió

el tino, porque no llevaba luz, ni con que encenderla: iba tan confundido, que aunque pasó muy cerca del fuerte no le vió. Atravesó el río, y legua y media de allí, fatigado de la hambre y aterido de frío, se puso de rodillas, y levantando los ojos al cielo murió; así le hallaron los compañeros, que no habiéndole encontrado en el fuerte fueron con algunos soldados á buscarle. Llevaron su cuerpo á los Tres Rios. Es el frío tan grande en este país, que parece prodigio que no se helasen los demas, porque las manos se pegan heladas al hierro que toman en poco mas de un credo; se medio hiela la vista; se llena de hielos la barba; las ollas puestas á la lumbre, por la parte que les dá hierven, y lo demas está como una piedra. Un lobo encontró una hacha en el bosque con que se habia partido carne, y queriéndola lamer, se quedó en ella el pellejo de la lengua helado.

Año de 1644.

El caballero Montmagny, gobernador de Canadá, consiguió á costa de grandes desvelos y diligencias, que los iroqueses enviasen dos embajadores á tratar de paz. Llegaron á los Tres Rios: el mas principal se llamaba Kiotfacton; recibiólos el señor de Chanfluque, que residia en aquel pueblo, con muchas demostraciones de afecto, aposentándolos en su casa; y habiéndole declarado alguna cosa de la embajada que llevaban, dió aviso á Montmagny, que sin detenerse vino á los Tres Rios á oírlos, disponiendo la funcion con la mayor solemnidad. Los embajadores le hablaron sentados como en cuclillas sobre sus talones; enfrente de ellos estaban los franceses y algunos indios algonquines, montañeses, aticameguas y hurones, que componian la junta.

Habló Kiotfacton refiriendo 17 artículos, y á cada uno que acababa de decir, daba á Montmagny un collar de porcelana como en seguridad de ser cierto lo que espresaba, y conveniente lo que pedia; despues le dió las gracias de haber librado á Tochrane-nechiaron, indio principal iroqués, de los algonquines, que iban á quemarle. Montmagny respondió á todo lo que propuso; concedió lo que le pareció, y dió á Kiotfacton 14 collares de porcelana, de que mostraron gran contento él y su compañero; concluyeron la paz con los franceses (aun fingidamente) y con todos sus confederados, en cuya celebridad hicieron muchas fiestas y regocijos, y se disparó la artillería.

Pareció que empezaria á respirar el país de la opresion que causaba la cruel y bárbara guerra de los iroqueses, que cuanto mas vencidos, se mostraban mas obstinados; y dejando muy agasajados á los indios, Montmagny se volvió á Quebec.

El P. Francisco José Bresano, romano, salió de los Tres Rios con seis indios cristianos, y Guillermo, francés, de 13 años, para ir á los hurones. Naufragó en la laguna de san Pedro, y le sacaron á tierra dos indios de los que llevaba; todos le persuadian que se volviese, agüerando el viage de infeliz; pero el P. Bresano despreció los temores de los indios, y prosiguió su camino hasta seis ú ocho leguas de los Tres Rios, que llegando cerca del fuerte de Richelieu, dieron sobre él y los que le acompañaban, veinte y siete iroqueses, y los prendieron, dando muerte á un huron, á quien luego desollaron la cabeza para señal de su triunfo, le sacaron el corazon y cortaron la carne mollar de todo el cuerpo para comer. Celebraron con grandes gritos su victoria, y dieron gracias al sol de tener en su poder uno vestido de ne-

gro (así significaban los Padres de la Compañía de Jesus). Quitáronlos cuanto tenían y los mandaron cantar. El día siguiente se embarcaron en una canoa, y mandaron al P. Bresano echase sus escritos en el río. Mostró algún sentimiento á este precepto, de que los iroqueses se admiraron; pues no habiendo mostrado el mas leve disgusto de la prision y robo de lo que llevaba, ahora daba señas de dolor en lo que tanto menos, á su parecer, importaba. Dos días navegaron contra la corriente, y seis anduvieron en los bosques, por evitar las caidas ó saltos de agua, hasta que en 6 de mayo encontraron un escuadron de iroqueses de guerra, de quien recibieron muchos golpes, palos y injurias el Padre y sus indios, en venganza de que un francés habia muerto á un iroqués.

Con gran hambre, y caminando entre nieves y peñas, llegaron á 15 de mayo á un río, donde habia 400 iroqueses pescando; los cuales, informados de la victoria de los de su nacion, recibieron los prisioneros en dos alas, haciendo calle que fenecia en un tablado eminente como dos varas; el primero de la fila derecha tenia un cuchillo, con que dió al P. Bresano al pasar, y los demas le dieron muchos palos; luego le hicieron subir en el teatro, donde le hicieron mil injurias, sin cesar en sus crueldades; tanto que por las heridas de que tenia sembrado todo el cuerpo, corria mucha sangre, que apenas desocupaba las venas cuando la cuajaba el escesivo hielo. Entonces llegaron los indios de guerra, y fueron bien recibidos de los que pescaban; mandaron al Padre que cantase con los demas prisioneros, y prosiguieron en las pesadas burlas, teniéndole en aquel tormento dos horas mas. Bajáronle del tablado y le mandaron bailar á su modo: el padre se escusaba porque no sabia; pero á palos, bofetadas y puñadas le enseña-

ron presto. Cogíanle en medio aquellos bárbaros, y uno le decia, canta: otro, baila: si callaba le daba muchos palos y puñadas el que le mandaba cantar y sus amigos; si cantaba le sucedia lo mismo, al rigor de quien le mandaba callar; despues le hacian tomar con las manos las ascuas, para ponerlas en las pipas de tabaco. Procuraba el P. Bresano ponerlas bien, y los indios las dejaban caer muchas veces para que se quemase mas. Esto solia durar la mayor parte de la noche; por la tarde llamaban los capitanes á los indios mozos que viniesen á agasajar los prisioneros; juntos todos desnudaron al Padre: unos traian estacas agudas con que le punzaban: otros mataban en él los tizones encendidos: otros le arrimaban piedras abrasando: otros le rociaban con ceniza y brasas, y luego le hacian andar aprisa alrededor de el fuego, teniendo sembrado el suelo de estacas agudas en que se hiriese los pies. Arrancábanle la barba y los cabellos; y ya cansados de tantas necias crueldades, le mandaban cantar, y cuando les parecia proseguian su fiesta, quemándole las uñas y los dedos para que volviese á cantar; y dejándole mas muerto que vivo de tan repetidos tórmentos, sobrepujando la malicia de estos bárbaros á la naturaleza, le ataban contra el suelo en el agua ó la nieve, lleno de llagas, muerto de hambre, sin otro alivio que el de la misericordia de Dios.

Duraron repetidos por mas de un mes estos tormentos, sin que se moviese á piedad ninguno de aquellos bárbaros, hasta que una noche oyó una gritería de indios, como suelen usar en sus alegrías, y supo la causaba la noticia que uno de los hurones cautivos habia dado á los iroqueses, porque le tratasen bien en la prision, diciéndolos que el P. Bresano era un gran capitan de los franceses á quien todos veneraban mu-

cho, con la cual habian resuelto asarle y comérsele.

Desde entonces le guardaron con mas estrechez. Condujéronle al primer pueblo de los iroqueses, á cuya entrada estaban los indios puestos en calle, y le dieron tantos palos, que cayó como muerto; y si un indio no le socorriera sacándole de entre aquellos brutos, y no sobreviniera una gran tempestad que los hizo retirar, hubiera perecido. Pasáronle á otro pueblo donde le ataban con cuerdas, y cadenas, que rescataban de los holandeses á la tierra; y los indios toda la noche estaban molestándole é injuriándole, dándole alegría un esqueleto, llenas de gusanos las heridas, padeciendo tan grandes dolores en todo el cuerpo, que solo su insigne paciencia y fervor pudiera tolerarlos sin descompostura.

No sabia por que le dilataban la vida suspendiendo la sentencia de quemarle, hasta que le dijeron estaba destinada su muerte para 19 de junio, y que no la habian ejecutado antes porque engordase; para lo cual solo le daban á comer maiz crudo, y poco. Venido el dia, rogó á un cacique le conmutase la muerte de fuego en otra. Movióle á piedad el ruego (aunque se le oponian los demas), y le aseguró no moriria: dispuso se le entregasen á una vieja, en lugar de su abuelo, á quien habian muerto muchos años antes los hurones en la guerra, y esta le conservó la vida hasta que los holandeses le rescataron por 15 ó 20 doblones, que como estaba inútil para el trabajo por los grandes tormentos que le habian hecho padecer, le estimaban poco los indios. Salió de entre los iroqueses á 19 de agosto, lleváronle á la nueva Amsterdám, y de allí á la isla de Rhe, donde llegó en 55 dias con muchas tormentas, desairando la piedad de sus redentores varias burlas que le hicieron los hereges que le llevaban.

Año de 1645.

Reconociendo Montmagny lo mal que los iroqueses guardaban la paz hecha á los franceses y sus aliados, se quejó á los principales. Vinieron algunos á confirmar la ejecutada el año antecedente; pero segun los efectos que se vieron despues, con el mismo fingimiento; porque divididos en varios escuadrones, procuraban hacer á los franceses y indios amigos cuantos daños podian.

Año de 1646.

En el país de los hurones hacian gran fruto los PP. de la Compañía de Jesus, y baptizaban muchos indios, quedando algunos tan firmes en la fé como los mas seguros católicos. Esperimentóse en uno; pues habiendo dicho los PP. muchos dias antes, que habia de haber eclipse de luna, hora y cuarto antes de la media noche, estuvieron algunos indios esperando el suceso para averiguar si decian verdad en lo demas. Empezó el eclipse, y los indios se asombraron de que los PP. supiesen tanto tiempo antes lo que habia de pasar en el cielo. Fueron alborotados á dar cuenta á un indio viejo cristiano, diciéndole saliese á ver el eclipse para que conociese la verdad que en todo decian los PP., á que respondió: *vaya á verle quien dudáre de la verdad de la Fé*; y se estuvo en su choza. Otros reprendian aun en sus poblaciones á los hereges el no traer rosarios, ni persignarse, culpándolos de poco devotos y malos cristianos. En las poblaciones de la Nueva Suecia hubo indios hurones que viendo la libertad que tenian con las mugeres, y en otros vicios, los exhortaban á la virtud; pero tomaban á risa lo que debia causarles vergüenza y confusion.

Tantos martirios é injurias , como padeció el P. Isaac Yogues , parece que abrasaron mas su fervor en procurar el bien de sus ofensores ; porque no pudiendo sosegar libre en Francia , se volvió el año siguiente á embarcar y llegó á Canadá , donde fue nombrado por los superiores para una nueva mision que se habia de llamar de los Mártires , entre los iroqueses: tres veces fue á ella , y la última para quedarse el invierno á doctrinar á aquellos indios ; pero al punto que llegó le desnudaron y le dieron innumerables palos. Retiróse á una casilla de los indios , donde ellos entraron furiosos , y le hicieron pedazos con una hacha la cabeza , á 18 de octubre , sin quèrer oirle palabra. Despues se supo por los holandeses la causa de haberle muerto , que oyeron á dos indios , y se reducía á que era mago porque llevaba encerrado al demonio en una arca en que traía los hábitos sacerdotales y libros , y le habia soltado para que los comiese todas sus sementeras , en venganza de lo cual le habian muerto. El dia siguiente dieron muerte á Juan de Landa , natural de Diepa , su compañero , que la toleró con gran constancia.

Año de 1647.

En la ciudad de san Agustin , que tenia mas de 300 vecinos , florecia el convento de san Francisco con varones muy celosos de la conversion de los indios , á los cuales tenian gran devocion los españoles. De su comunidad , que componian mas de 50 religiosos , salian ministros á las doctrinas , y aunque su virtud no lo necesitaba , tenian tanto cuidado los superiores con ellos , que los visitaban todos los años. Debíanles españoles é indios el pasto espiritual , porque en la ciudad solo habia el vicario , cura de la parroquia , el sacristan mayor , y el capellan del castillo , sacerdotes , los cuales ,

desvelándose mucho, aun no podian asistir á los españoles. La iglesia parroquial estaba fabricada de madera, y el obispo de Cuba, don Nicolás de la Torre, natural de Méjico, no podia edificarla mejor; pues toda la renta que participaba de la Florida aun no llegaba á 400 pesos, que gastaba, y mayor cantidad algunas veces, en socorrer las necesidades de los de su diócesis.

Año de 1648.

Fue á suceder al caballero Montmagny el señor de Ayllebourt, y luego los iroqueses intentaron hacer con él y sus aliados nueva paz; pero conociendo que solo habian servido las antecedentes de dar á los indios iroqueses seguridad para lograr sus alevosías, no la quiso admitir sino daban antes satisfaccion cumplida de las injurias, muertes, hurtos y maldades ejecutadas por ellos. Mandó publicar en la residencia de san José, que los indios apóstatas hurones ó hiciesen nueva profesion de la fé, ó se saliesen del pueblo. Pareció mal á los indios el precepto, porque estaban persuadidos á que nadie podia mandarlos en su tierra; pero no hallándose en estado de contradecir, pidieron tiempo para deliberar, y poco á poco se fueron reduciendo, pactando con los religiosos el modo. Uno ofrecia quedarse con una muger sola; otro no emborracharse; y así los demas, que conservaban las barbaridades de su gentilidad, moderaban la que menos falta les hacia al gusto. Cuidaba de esta mision el P. Antonio Daniel, natural de Diepa (á quien los indios llamaron Arontoine) estaba muy espuesta á los enemigos por ser frontera, y se experimentaron los riesgos de la cercanía á principios de julio, que sabiendo los iroqueses que los indios hurones, unos estaban en caza y otros en la guerra, lle-

garon sin ser sentidos á vista del pueblo de la mision, situado en una cuesta. No le acometieron luego por dar tiempo á que los moradores huyesen para hallar menos gente dentro cuando llegasen. Los indios habiendo descubierto los enemigos huyeron, y cuando les pareció que ya habria pocos dentro, embistieron furiosos. Aconsejaban al P. Daniel algunos hurones que huyese con los demas, pero conociendo su caridad el destrozo que hacian los iroqueses en los infelices que no habian podido huir, quiso ser tambien partícipe del estrago. Luego empezó á exhortar los indios cristianos en la constancia de la fé. Bautizó los viejos y enfermos que tenia bien instruidos, y dió la última absolucion á los que ministró el Sacramento de la Penitencia.

A este tiempo llegaron los iroqueses al pueblo: avisó al P. Daniel un indio, de que la iglesia estaba llena de gente que pedia el bautismo; y despreciando su riesgo por el bien ageno, fue á la iglesia y los bautizó por aspersion, y absolvió á los penitentes, mandándoles huyesen, que aun podian por la puerta opuesta, á la que ocuparían los enemigos. Entonces entraron los iroqueses con grandes gritos en aplauso de su victoria: llegaron á las puertas de la iglesia, y el P. Daniel, por dar tiempo á que los hurones huyesen, se puso á defenderla, y estuvo un gran rato en este ejercicio; porque los iroqueses no querian matarle, sino llevarle vivo; pero viendo que golpes, empellones y promesas no bastaban á desocupar el puesto que habia tomado el caritativo y fervoroso soldado de Jesucristo, le dieron los enemigos un arcabuzazo, de que murió á 4 de julio, de 48 años de edad. Dividieron aquellos bárbaros en pedazos su cadáver, lavándose en su sangre las manos y la cara: quitáronle el pellejo de la cabeza, como hacen con

sus enemigos, y ejecutaron otras horribles inhumanidades: en tanto otros saquearon la iglesia y la habitacion del P. Daniel, dando muerte á todos los viejos y enfermos que hallaron: pegaron fuego al lugar, y llevaron presos 700 hurones, los cuales iban como un hato de carneros dando muerte á los mas débiles para comer por el camino. Así acabó aquella mision, llegando el tiempo en que cogiese Dios el fruto de la siembra de su santa palabra.

Año de 1649.

El furor de los iroqueses que ya habia destruido tres pueblos de los hurones, confederados de los franceses, prosiguió con mayores crueldades contra los demas de la nacion, en la cual á desvelo de los PP. de la Compañía de Jesus era pública la profesion de la fé católica; porque aun los mismos caciques eran hijos de la mision, y corregian los errores y supersticiones que advertian. Por el invierno de este año atravesando bosques, nieves y peligros por mas de 1500 leguas aparecieron mil iroqueses al amanecer delante del fuerte de san Ignacio, inexpugnable á los indios por el sitio y fortificacion.

Los hurones bien descuidados de este accidente, habian ido á descubrir enemigos y á caza, dejando como seguro el pueblo sin defensa, y los que habia dentro estaban dormidos, de modo que fue fácil á los iroqueses tomar el pueblo con pérdida de 15 ó 16 indios. Dieron muerte á muchos vecinos, y hicieron prisioneros otros: tres escaparon solo medio desnudos á dar cuenta del destrozo á la tierra de san Luis, que distaba legua y media. Los caciques aconsejaron á las mugeres huyesen con los niños y con lo que tuviesen precioso; y lo mismo quisieron persuadir al P. Juan Breveuf, natural de la diócesi de Baiaux, y al

P. Gabriel Lalemando, natural de París. El **P. Juan**, viendo que algunos indios se prevenian inútilmente á la defensa, les dijo, que entonces era mas necesario que las armas y la fuga, recurrir á Dios y usar los santos Sacramentos; y así resolvió con el **P. Gabriel** no desamparar aquella reciente mies hasta encerrarla en los graneros del cielo. Empezaron los dos al instante con ardentísimo celo y deseo de la salvacion de aquellos indios á ministrar el bautismo, y la Penitencia á los que merecian este bien, exhortando á todos la constancia en la fé.

Los iroqueses no se detuvieron en san Ignacio mas tiempo que el que necesitaban para asegurar á los prisioneros, y pasaron con gran presteza al de S. Luis, donde solo habian quedado viejos y enfermos, y 100 indios de guerra para la defensa, los cuales suspendieron el primer ímpetu de los iroqueses con muerte de 30; pero como era tanto mayor número, rompieron á golpe de hacha la cerca de estacas, y hicieron prisioneros todos los hurones, y entre ellos á los **PP. Juan y Gabriel**. Pegaron fuego al pueblo, en cuyas ruinas murieron todos los que no pudieron salvarse huyendo. Quemaron despues otros pueblos; y destruyeron á aquel país. Las mugeres, viejos y niños, huyeron mas de 10 leguas de allí á la provincia que llaman del Tabaco, pasando aquella noche sobre la nieve. A 400 hurones que quisieron oponerse dieron muerte cruel; pero se esparció voz entre los iroqueses de que venia contra ellos un gran ejército, con que se volvieron á san Ignacio á 18 de marzo llevando muchos cautivos, y entre ellos á los **PP. Juan y Gabriel**, desnudos, diciéndoles muchas injurias y dándolos muchos palos.

Ataron al **P. Juan** con otros cristianos indios á varias estacas: besó el Padre la suya, hizo una breve

oracion con los ojos en el cielo, y volvió con gran ánimo y resolucion á consolar y animar á los que estaban con él; de modo que enojados los iroqueses, mezclados ya con algunos hurones apóstatas, le cortaron los labios y la lengua para impedirle predicar; y viendo que no dejaba de confortarlos por señas, le echaron encima como estola, una cadena de metal encendido, diciéndole: *No dices que cuanto mas se padece en esta vida es mayor la recompensa de la otra; pues danos gracias de que te aumentemos el premio.* Hacian que le bautizaban echándole agua hirviendo muchas veces; horadábanle las manos con lesnas hechas ascuas: quemábanle por la cintura y debajo de los brazos con cortezas de árboles; cortáronle pedacitos de carne, y á medio asar se la comian en su presencia; y ejecutaban en él otros tormentos y crueldades que solo el demonio pudiera inventarlas. Quitáronle el pellejo de la cabeza, la cual deshicieron y desgarraron con sacrílegas manos. Entregó su alma á Dios, sin haber visto en él sentimiento alguno, ni mas grito, ó seña, que desear proseguir en su predicacion.

Abriéronle luego el pecho, bebieron la sangre, y le sacaron el corazon, que dividieron en pedazos, y los repartieron entre los indios mozos, para que participasen del valor con que le vieron morir. No los tenia menos enojados el Padre Gabriel, que porque suspendiese sus exhortaciones le dieron semejantes tormentos todo el dia, y le hirieron con una hacha en la cabeza; y porque no moria tan presto le acabaron de un arcabuzazo. Dieron muerte á otros cristianos hurones; y temiendo no malograr sus victorias, se retiraron á sus tierras aquella noche muy gozosos. Los PP. de la Compañía que estaban en la provincia del Tabaco vinieron luego á recoger los cadáveres de tan insignes varones, y los enterraron á 21 de marzo

De estas inhumanidades de los iroqueses dió noticia un prisionero huron fugitivo en la tierra de san Juan, en la provincia del Tabaco, donde habia otra mision de los Padres de la Compañía del mismo nombre san Juan; y medrosos sus habitantes de que los enemigos embistiesen á las montañas é isla de san Juan, se previnieron para defenderse. Esperaron muchos dias; pero como no venian, fueron á buscar los iroqueses á 5 de diciembre. Supieron luego los iroqueses que los hurones habian desamparado su pueblo, y el dia 7 impensadamente se hallaron á las puertas de él. El miedo de los indios que le habitaban fue tan grande, que (sin pensar en defenderse á lo menos en tanto que se daba aviso á los que habian ido á buscar los enemigos) huyeron, pero inútilmente, porque la mayor parte quedaron cautivos ó muertos á hierro, ó fuego, que al instante pusieron al pueblo, aunque tuvieron poco tiempo los iroqueses por la priesa de retirarse con el temor de los indios de guerra ausentes. Hicieron grandes crueldades, hasta quitar del pecho los hijos á las madres para arrojarlos al fuego. El P. Carlos Garnier, natural de París, se hallaba solo en aquel pueblo, porque dos dias antes habia enviado á la residencia fija de santa María al P. Natal Chabanél, de la provincia de Tolosa, no solo porque habia gran hambre en san Juan, sino porque no estuviesen espuestos dos religiosos. Aconsejaban al P. Carlos que huyese, pero no lo hizo, antes empezó á ministrar los Sacramentos á quien los necesitaba, y exhortar á todos á la constancia en la fé: irritados los iroqueses le dieron un arcabuzazo, de que herido en tres partes con tres balas cayó en el suelo; y viendo no lejos de sí otro herido, se acercó á él para ayudarle á salvarse con gran trabajo; á cuyo tiempo un indio le abrió con una hacha desde las

sienes al casco , y murió. Toda la noche anduvieron los Padres de la vecina mision de la provincia del Tabaco animando á los pobres hurones cristianos fugitivos, y á la mañana fueron por el cadáver del P. Carlos, que hallaron medio tostado, y tan desfigurado, que no fuera conocido si algunos indios cristianos no lo declararan.

Dos dias despues volvieron los indios de guerra de san Juan , que habiendo sabido el destrozo, viendo la mortandad se quedaron suspensos, con un silencio profundo , echados en tierra, sin levantar los ojos, tan sin movimiento, que parecian estátuas, dejando á las mugeres el llanto sin resolverse á buscar á los iroqueses.

Habiendo caminado seis leguas el P. Natal, hácia la residencia fija de santa María, con algunos indios hurones cristianos, por ásperos caminos, descansó la misma noche que volvian los iroqueses victoriosos del pueblo de san Juan. Despertó el P. á los indios, que así como conocieron los gritos de los enemigos, echaron á huir y llegaron á la nacion de Tabaco; solo el Padre no pareció mas, ni se sabe si le mataron los iroqueses ó un indio apóstata, que decia le habia pasado un rio, y se alababa de haber muerto á uno de la Compañía.

Mayor que la de estos bárbaros era la impiedad de los ingleses, que sin causa, porque se la inventaron, dieron muerte al miserable Carlos I, su rey legítimo, aunque este frenesí de Inglaterra atribuyeron despues al rump ó parlamento enemigo y al ejército, increíble maldad y abominable la de los escoceses, tambien sus vasallos, que le vendieron para esta tragedia; la cual en la Virginia causó tanta indignacion, como vergüenza á Guillermo Bercley, su gobernador, que no pudiendo hacer en defensa de su dolor

otra accion, luego que supo la traicion, se declaró por Carlos II, su hijo, sin querer obedecer la tiranía, que todos, con el fingido pretesto del bien público, en gran detrimento suyo firmó Cromuel; el cual con esta noticia procuró reducir á Berceley á su partido; pero nunca consintió, creyendo se hacia partícipe por la obediencia, en abominacion tan extraña; bien que estava sin fuerzas y sin esperanzas de socorro.

Despues de haber enseñado á muchas niñas indias la Religion y buenas costumbres, las Hospitalleras, en Sillerí, considerando que el lugar estava espuesto á las invasiones de los indios iroqueses, que andaban furiosos por toda la tierra, las llevaron á Quebec, donde se fabricó convento.

Año de 1650.

En 5 de setiembre se prohibieron, por cédula del rey, los libros del P. Casas, por haberlos impreso sin las licencias que se requerian.

Los iroqueses mas soberbios cada dia con sus crueles victorias, embistieron furiosos á los Tres Rios; y tratando de defenderse algunos franceses y hurones, dieron muerte á muchos. Era tanto el miedo que los habian cobrado los demas indios, que algunos se encerraron en impenetrables bosques: otros se retiraron sobre los escollos del mar dulce: otros se refugiaron á la nacion neutra, que tenia paz con los iroqueses y hurones: otros se salieron á las impenetrables montañas de la provincia del Tabaco. Los pocos que habian quedado en el país persuadieron á los PP. de la Compañía de Jesus á estarse con ellos; prometiendo los gentiles ser cristianos, y los cristianos ser constantes en la fé. Los PP., sin temor de los trabajos y penalidades, fueron á los pa-

rages donde se habian retirado , porque no muriesen desdichadamente.

El sitio determinado para refugiarse fue la isla de san José , que dista seis leguas de la residencia fija de santa María , la cual trasladaron los PP. á la isla, llevando consigo 40 hombres, que se habian dedicado á servir voluntariamente en aquella mision en cuanto se ofreciese , y á defender como soldados á los indios fugitivos. En breve tiempo fortificaron la isla ; á este abrigo fueron llegando muchos hurones, que gastaron los bastimentos, hasta sentir grande carestía ; porque ocupados en hacer casas y defensas no habian podido sembrar para mantenerse, y menos en país que desde la creacion del mundo no habia sido (al parecer) pisado de nadie. Morian los pobres indios de 100 en 100, aunque los PP. los socorrian cuanto podian quitándoselo de su alimento. Ya en el verano dilataban la vida, comiendo raíces en los montes, y pescando en los rios y lagunas, no sin temor de los iroqueses ; mas el invierno se redujeron á extrema miseria. Andaban tan secos, débiles y macilentos , que parecian cadáveres ; desenterraban á los sepultados para comérselos , con grande horror y asco ; porque aunque en su gentilismo comian los enemigos á los de la misma nacion, nunca tocaron que sería tan abominable como entre nosotros. Viéronse lástimas escesivas , y la mayor no poder aliviar tan funestos espectáculos ; muchos moribundos pedian el bautismo rogando á los PP. los enterrasen, por miedo de no ser comidos de sus paisanos. Ayudaba las fatigas el temor de que pasasen á la isla los iroqueses á acabar con la nacion ; pero no se atrevieron sabiendo estaba fortificada. Los que escaparon de la hambre, enfermaron de un mal contagioso, de que murieron infinitos , especialmente

muchachos. En tantas desdichas y calamidades empezó á deshelarse el agua y descubrirse la tierra, con que algunos salieron de la isla á buscar su alivio en la pesca; pero á todos casi los prendian los iroqueses, y los acababan con mil especies de tormentos.

Llegó noticia á la isla en este tiempo que dos escuadrones de iroqueses marchaban contra ella, uno á destruir los campos, y otro á acabar con la gente; con lo cual dos caciques de los mas antiguos fueron á hablar á los Padres de la Compañía, y mirando al superior, dijeron: *hermano, tus ojos te engañan cuando nos miras; juzgas ver hombres vivos, y somos fantasmas y almas de difuntos; la tierra que pisas no es firme: cuanto antes se abrirá para tragarnos y ponernos en el número de los muertos, en que ya nos contamos. Esta noche, en un consejo secreto, hemos resuelto dejarla antes que se abra; unos se retirarán á los montes, creyéndose mas seguros entre las fieras que entre sus enemigos: otros se irán seis jornadas al Norte á habitar los escollos del mar Dulce, en compañía de los algonquines: otros á la Nueva Suecia, que dista mas de ciento veinte leguas de aquí: otros publican que quieren llevar sus mugeres y hijos al país de los enemigos, donde hallarán muchos parientes suyos que los exhorten á la fuga; si no quieres perecer, ¿qué harás tú solo si te dejan todos en esta isla? ¿Veniste á cultivar la tierra ó las almas? ¿Quieres predicar la fé á las encinas y á los pinos? Tienen oídos para escucharte, ó entendimiento para entenderte estas lagunas y estos rios? ¿Dónde irás? ¿A quién seguirás? ¿Podrás acompañar nacion que se derrama en tantos países? La mayor parte de los que huirán, hallarán la muerte donde juzgan encontrar la vida; y cuando pudieras dividirte en cien cuerpos, no podrás seguirlos sin serles molesto, gravoso y presto horrible. La hambre siempre los acompañará sin quedar libres del azote de la*

guerra. ¿Pues qué remedio? Ten corazon y te le mostraremos; mira á Quebec y le verás: emprende con atrevimiento y conseguirás con felicidad; tú debes salvar las reliquias de este país arruinado; tómanos en tus manos, pues afirmas que nos tienes en tu corazon; ya has visto mas de 10,000 cadáveres á tus pies; si esperas un poco ninguno quedará vivo, y te afligirás en vano de no haber librado á lo menos los que pudieses; no hay que consultar sino partir luego, y llevar estas reliquias de la iglesia hurona á la sombra del castillo de Quebec, y cuanto antes; porque cada uno huye por no ver la cara al enemigo; allí no solo no peligrará nuestra fé, antes se encenderá mas fervorosa con el ejemplo de los algonquines y de los franceses: su caridad nos ayudará; y cuando no pudiesen ó no quisiesen, y nos viésemos precisados á morir, tendremos á lo menos el consuelo de no morir abandonados en los montes, sino vecinos á quien nos esfuerze en aquel duro paso, sin daño de nuestra fé, que estimamos mas que la vida. Era muy árdua resolucion la que habian tratado los indios, y contraria á los Padres de la Compañía, que desamparando el país dejaban seis misiones de la lengua hurona, y cinco en diversos parages de los algonquines; ofreció no obstante el superior responder, y los indios se retiraron.

Despues de haber rogado á Dios el buen éxito de este negocio, les pareció que su Divina Magestad les habia hablado por boca de los caciques, y que no habia oposicion á sus razones; con lo cual determinaron seguir su dictámen, y con la mayor prontitud, porque los enemigos (que no dormian) no tomasen el camino; á principio de mayo dejaron la isla de san José, y tierra de los hurones, con trescientos indios; y despues de 230 leguas de camino, en que pasaron tantos trabajos, peligros y naufragios, que no pueden referirse, llegaron á Quebec á 28 de ju-

lio; siguiéronlos despues otros trescientos indios, quedando reducida entonces á este número una nacion muy numerosa, que los demas andaban huidos; allí tomaron á su cuidado el gobernador, algunos particulares y los conventos de monjas, la manutencion de algunas familias indias (hasta que se quemó el de las Ursolinas, que en breve tiempo se restableció por los desvelos de la madre María de la Encarnacion, su fundadora), y las demas alimentaron los Padres de la Compañía.

Por el mes de noviembre, uno de la compañía de mercaderes procuró persuadir á los frailes Franciscos Recoletos que volviesen á Canadá, sabiendo los estragos que aquella nueva cristiandad padecia. Movieron sus instancias al Padre provincial Fr. Rafael Le Gault, y mandó venir á París, donde él estaba, á Fr. Pablo Huet, Fr. Gervasio Mohier y Fr. Carlos Langoiseux, lego, que conocian bien aquella tierra. Mandóles ir á ella, dándoles por compañero á Fr. Zacarías Moteau, y empezaron todos á tratar de su restablecimiento en Canadá.

Cromuel y su parlamento persiguió impiamente á los ingleses, fieles á su rey Carlos I, inventando acusaciones injustas para acabarlos. No pudiendo sufrir ni resistir la tiranía de los rebeldes estos infelices, ni asistir á Carlos II, huyeron muchos á la Virginia, desterrándose voluntariamente de su patria: unos por miedo de que su lealtad se castigase como merecian los traidores: otros por vivir sin los sustos que cada instante los causaban los testimonios falsos que la envidia y la codicia levantaban. Aumentaron mucho las poblaciones de Nueva Inglaterra, hallando en ellas todo el amparo que necesitaban, y mas en la fortaleza de Bercley, su gobernador, quien los habia convidado con aquel retiro; y aun al rey mis-

mo, que andaba fugitivo de los tiranos, le rogó fuese á aquella tierra, donde le asistiría de suerte, que no echase menos las prosperidades de Inglaterra.

Año de 1651.

Advirtieron los ingleses cuan mal les estaba que los leales tuviesen retirada segura en la Virginia; y para cerrar esta puerta á su consuelo, envió Cromuel á Herviscon con una escuadra marítima á reducirla á su tiranía. Llegó sin contraste, tomó tierra, redujo al parlamento la principal poblacion, porque la prosperidad de sus comercios la habian hecho negligente en fortalecerse; y Bercley viendo que no podia mantenerse contra la tiranía, ni en la tiranía, dejó el gobierno reduciéndose á vida particular. Hizo muchos beneficios á los ingleses, y mas á los leales, porque no entiviasen el afecto que al rey y á él habian mostrado; así vivió con grande estimacion, aun de los rebeldes.

No tuvo efecto el viage de los Recoletos de san Francisco á Canadá; porque prosiguiendo en su empeño Lozón, dispuso se remitiesen todos los papeles al Consejo de Quebec, donde se determinase la pretension: y no parece podia ser bien por estar todos sus individuos apasionados; pero fiando en Dios y en su justicia, los Recoletos enviaron muchas recomendaciones de Francia, en que se señalaron mucho el Padre provincial de la Compañía de Jesus, y el P. Carlos Lalemando, prefecto de la casa profesa de París.

DECADA DECIMAQUINTA.

SUMARIO.

Don Diego de Rebolledo, gobernador de la Florida, intenta se erija la ciudad de san Agustín en dignidad casi episcopal, y pide al rey informes. Piérdese en la canal de Bahama la almiranta de flota. Misiones de los Padres de la Compañía de Jesus en Canadá. Dádivas de la serenísima reina de Francia doña Ana para la mision de la isla de Orleans. Destruyenla los indios iroqueses. Isla de Monte Real, cedida por la Compañía devota al seminario de san Sulpicio de París: su descripcion. El obispo de Petrea Laval pasa por vicario apostólico á Canadá. Descuido de la compañía de mercaderes en asistirle; quieren los vecinos desampararla, y escriben al rey de Francia pidiendo socorro. Oliverio Cromuel envia á Jorge Asque con armada á reducir las islas de Barlovento que se mantenian por el rey; lógralo por traicion de Mutdifort. Pasa á Virginia, quita los oficiales puestos por su rey Carlos I, y roba lo que le pertenecia. Los franceses hacen paz con los iroqueses; rómpeula estos, y daños que hicieron. Primer cofradía en Canadá. La H. Burgesa funda en Monte Real seminario para niñas criollas. El gobernador de Canadá reparte tierras á los oficiales de guerra, y casamientos de los soldados. Viage al mar del Norte de orden del rey de Dinamarca. Muerte de Cromuel. Guillermo Berceley vuelve á tomar el gobierno de Virginia por Carlos II, rey de Inglaterra. Holmes restaura la Nueva Holanda ó Nueva York.

Año de 1652.

En seguimiento de Herviscon envió Cromuel á Jorge Asque á las Indias, en una armada de 15 bajeles con dos mil infantes y cien caballos, á que sujetase al parlamento, la Virginia y demas, Tierra-Firme, las islas Barbudas, en el mar del Norte, que están al Este de las Antillas, antes de entrar en la

ensenada de Méjico. Milor VÍllougri, que era gobernador en las islas por el rey, quiso resistirle: hubo algunos lances entre ambos; pero faltando á la fidelidad el coronel Mutdifort, que mandaba un regimiento en la isla principal, le fue preciso entregarla al parlamento, conservándose en sus empleos el Milor y los demas oficiales; lo cual firmaron ambos por enero de este año. Tomó los bastimentos que necesitaba en la isla de la Barbuda (que dá nombre á las de san Cristóbal, Antego y Mevis, y que tiene una villa de mas de 1,500 casas, y tan buenas tiendas como las de Lóndres), y siguió su derrota á la Virginia con los 15 navíos: allí robó cuanto pertenecía al rey: quitó á los ingleses los gobiernos que por él tenían, nombrando en su lugar hombres viles y despreciables; y los indios viendo crecer tanto las colonias, previniendo los daños que les ocasionaria la multitud, se previnieron á hacerlos guerra.

Volvieron los franceses á ajustar paces con los indios iroqueses en Canadá.

Año de 1653.

La cristianísima reina doña Ana, hija de Felipe III, socorrió liberalmente con grandes dádivas la mision establecida por los franceses en la isla de Orleans, distante tres ó cuatro leguas de Quebec, á cuyo religioso afecto se debió su existencia y conservacion.

El rey de Dinamarca envió al Norte tres bajeles á que reconociesen lo que hasta allí se habia descubierto, y lo pusiesen por escrito. Pasaron al estrecho de Uveigatz, y hallaron algunos moradores de la Nueva Zembla en sus canoas de cueros de vacas marinas; su vestido era de pellejos de pingüinas, pelícanos y otras aves sin quitarlos las plumas; sus

armas eran arcos, flechas y carcaxes, y unas como hachas hechas de un hueso de pez. Fueron de Aley á Groenlandia, y aportaron donde parecia la tierra un monton de rocas y peñascos, engastadas en gruesos hielos muchos siglos antes; vieron enebros y sabinas pequeñas, y algunas yerbas que fecundaban con su estiércol multitud de pájaros, que eran tantos de tierra y agua, que cuando volaban cubrian el aire, y cuando andaban el mar.

Año de 1654.

La primer cofradía se estableció en Canadá por los Padres de la Compañía de Jesus, en honor de Nuestra Señora; recibieron en ella doce indios hurones de los mas devotos: despues entraron otros muchos; enviaron de Francia, para mantenerla, grandes limosnas, y especialmente los administradores que se habian criado de la nueva congregacion establecida en París para el aumento de las misiones; á los cuales regalaron los indios con un collar de porcelana, en que se leia: *Ave María gratia plena*, con gran primor.

Año de 1655.

Don Diego de Rebolledo, gobernador y capitan general de la Florida, procuró con mucho desvelo y cuidado la conservacion de aquellas provincias; y persuadiéndose á que erigiendo á la ciudad de san Agustin en dignidad casi episcopal tendria mas efecto la predicacion evangélica, y se reducirian mas fácilmente los naturales, propuso el rey en 10 de agosto pidiese la ereccion en Abadía de la iglesia parroquial de san Agustin, porque su obispo no asistia ni podia asistir á aquellas provincias, distantes de la Habana 170 leguas, y estas llenas de riesgos de ma-

res y piratas ; por cuyo recelo los cristianos nacidos y reducidos en aquellos países habian muerto sin confirmacion. Estas y otras razones que acreditaban la conveniencia de esta ereccion, movieron al rey y al Consejo de Indias, á mandar informasen sobre lo que pedia el obispo de Cuba y la Florida, los cabildos eclesiástico y secular, el gobernador de la Habana, y el arzobispo y audiencia de santo Domingo; pero la dilacion en remitir los informes y la mudanza de gobernador de la Florida, dejó este negocio, que pudiera ser importante, sin efecto.

Año de 1656.

A primero de enero salieron los galeones de la Habana con el marqués de Monte-Alegre, y creyendo al 5 haber pasado el canal de Bahama, les sobrevino tan recio temporal, que se esparcieron los navíos á Nueva España y otras partes; la Almiranta se perdió por no poder virar como la Capitana; refiérela don Diego Portiachuelo de Ribadeneira, racionero de Lima, en la relacion que de estos naufragios hizo, y imprimió en Madrid, en cuarto, el año siguiente.

Entre los hurones de la isla Orleans florecia la Religion católica con gran consuelo de los Padres de la Compañía de Jesus; pero cuando mas quietos estaban en afirmarla en los corazones de los indios, y desterrar del todo las reliquias de su gentilidad, entraron los iroqueses en la iglesia, destruyeron cuanto habia en ella, llevando á todos los que estaban en ella cautivos; unos enviaron á los indios agnies, y otros á los onnontagueses, que son dos naciones suyas.

Año de 1657.

La Compañía devota de Canadá, considerando

los grandes gastos hechos en la isla de Monte Real que el rey de Francia la habia dado, y que no sacaba utilidad de ella, ni hacia la conversion de los indios, ni se mostraba efecto bueno, trataron de cederla al seminario de san Sulpicio de París, cuyos religiosos habian predicado en ella, y el rey convino en esta cesion; por lo cual se embarcaron á 17 de mayo Souart, sobrino de Fr. José Carón, que habia heredado su celo á la conversion de los infieles; el abad de Quelu Aliguier y Dulet, enviando antes todas las prevenciones para subsistir y predicar la fé.

La isla tendrá veinte leguas de circuito; estará do- cientas leguas el rio de san Lorenzo arriba; el cual y el rio de los Prados la forman, y hacen dos estre- mos como dos lagunas; es la mas espuesta á las na- ciones bárbaras y guerreras.

Los Padres de la Compañía de Jesus de Canadá hicieron cinco misiones ó residencias; la primera al Sur entre los indios agnies, vecina á la Nueva Ho- landa, que llamaron san Gabriel; la segunda hácia Occidente en los indios onnejotes; la tercera há- cia los pueblos de los indios onnontagues, llamada san Juan Bautista; la cuarta, de san José, entre los ojongoveres, donde el P. Alemando bautizó mas de cuatrocientos indios; y la quinta entre los indios son- motovanes, hácia el fin de la laguna Frontenac; es el lugar mas considerable de los iroqueses, y le die- ron por nombre san Miguel, habiendo antes traba- jado infinito en las misiones de Nuestra Señora de los Angeles, á cuatro leguas de Quebec; en la de Nuestra Señora de la Recuperacion, dentro de la misma ciudad; en la de la Concepcion; en la de los Tres Rios; en la de Nuestra Señora de Monte Real; en la de san José, entre los indios hurones; en la de

santa Cruz de Tadousac ; en la de santa Ana ; en Cabo Breton ; en la de san Carlos de Miscou ; en la de Nuestra Señora de la Consolacion ; en Nipisiguite y otras , aunque no correspondia al celo el fruto espiritual. En algunas ayudaban los indios á predicar á los Padres con tan buen efecto , que empezaban á dejar sus bailes y á hacer reflexion sobre lo que oian , tomando odio á los ingleses y holandeses por ser hereges.

Año de 1658.

Pauvillou de Montigni , de la familia de Laval , arcediano de Eureux , pasó á Quebec , consagrado obispo de Petrea , por vicario apostólico , y fue el primer obispo que llegó á aquellas provincias.

La muerte de Cromuel (que sucedió en Uvitheal á 13 de setiembre , no creyendo que se moria aunque los médicos se lo decian ; porque adulándole los predicantes de la heregía , le aseguraban que no podia Dios permitir acabase una vida que tanto era menester) se supo luego en Virginia , y el mismo dia en muchas partes de Europa muy distantes , que como le consideraban azote de los fieles , horrorizados todos de una gran tempestad que el mismo dia arrancó los árboles mas firmes , derribó casas , causó grandes naufragios ; y en Inglaterra , Francia , Flandes y otras partes , conjeturaron el castigo de quien inocente habia castigado á su rey y á tantos ; con cuya noticia , aun no cierta , se alborotó la colonia de Virginia , y precisaron á Guillermo Bercley sus vecinos á tomar el gobierno de ella. Rehusó aceptarle debajo del parlamento , y capituló , que por el bien comun le ejercia en nombre del rey de Inglaterra Carlos II , aunque no estaba coronado ; consintió en

esto y en lo demas que pidió la poblacion, y tomó el gobierno con gran regocijo de los moradores.

Año de 1659.

Mas cuidaban los particulares de el aumento de la religion, y alivió de los moradores de Canadá, que la compañía de mercaderes; porque esta no solo desamparó la obligacion con que el rey de Francia les habia dado las provincias, pero aun asistia poco al comercio; pues por evitar los escesivos gastos que hacia en la conversion de aquel país, sin la utilidad que esperaba, le abandonó 20 años antes, dejándose á los moradores de Canadá con ciertas condiciones. Estaban tan empeñados los vecinos con las desventuras padecidas, que no podian satisfacer á la compañía las deudas causadas, ni acudir á obligacion que por ella tenian; porque siendo el interés solo el que al principio gobernó los ánimos de los que formaban la compañía, pareciéndoles ya dañoso este comercio se inclinaban á otros que les diesen mas abundantes ganancias; y aunque las noticias de las necesidades y estragos de Canadá, dieran terror al mas valiente, se determinó á pasar á Canadá una francesa que se llamaba la hermana Burgesa, acompañada de otras dos, con acuerdo y direccion de los del seminario de san Sulpicio; á las cuales dieron en Monte Real una casa, donde empezaron á formar una congregacion de niñas, para enseñar á las que se hacian congregantas las oraciones, y á hilar, tejer, coser, labrar, y otros ejercicios mugeriles; y para las que venian de fuera tenian escuela, y enseñaban francesas mestizas, criollas, é indias, con diligentísima piedad; y en medio de las calamidades de la tierra, fue tan bien recibida la hermana Burgesa, que en poco tiempo se fueron introduciendo en los pue-

bles de la isla de Monreal, y de Canadá, indios y franceses, para instruccion de las hijas de los indios, semejantes casas, sin que tuviesen mas renta que la que destinó la Providencia á su celo.

Los mercaderes de Indias llamaron Santo á este año porque en todas partes hubo tan buena venta de géneros, que nunca la habian logrado mejor.

Año de 1660.

Aunque se habian dado en varias ocasiones quejas en Francia de los daños que en Canadá se padecian, pidiendo socorros con grandes instancias, ni se daba remedio, ni se enviaba lo preciso; y como es la necesidad madre de la discordia, se encendió en Quebec tanta inquietud, que nadie sosegaba, y todo se perdía. Algunos franceses querian se desamparase la tierra antes que los iroqueses diesen fin de todos. El obispo, y otros bien intencionados, escribieron al rey de Francia y sus ministros, manifestando con evidentes razones la ninguna seguridad de aquellas provincias, y sus pobladores; porque los iroqueses victoriosos, estaban cada dia mas bárbaros, amenazando el esterminio de la nacion, dando crue-
lísimas muertes á los franceses que encontraban, y á sus amigos; y los que escapaban de esta indignacion se volvian á Francia ó morian de miseria; que iban tan presurosos estos estragos, que si no se trataba brevemente del total restablecimiento, ó los pocos que habian quedado desampararian la tierra, que ya no tenia quien la labrase, ó moririan á manos de los indios, estinguiéndose con su fuga la semilla del Evangelio.

Año de 1661.

Holmes, inglés, restauró la Nueva Yorck, ó Nue-

vo Paísbajo, que antes se llamaba Nueva Holanda, situada sobre el mar de Canadá, al Sur Oeste de la Nueva Inglaterra, al Oriente del país de los iroqueses, entre la Virginia, y la Nueva Francia. Tambien cobró las demas tierras, de que los holandeses habian echado á los ingleses, dándolas el nombre de Nueva Holanda, haciendo en ella los pueblos de la nueva Amsterdám, Nueva Nasau, y otros; y dejando sujetas aquellas provincias, pasó á Africa, donde se apoderó de muchas plazas en Cabo Verde: restableció las factorías de su nacion, y mejoró su comercio.

DECADA DECIMASEXTA.

SUMARIO.

Luis XIV, rey de Francia, priva del dominio de Canadá á la compañía de mercaderes: envia grandes socorros, y por gobernador del país al marqués de Traci. Forma consejo en Quebec: nombra oficiales y ministros. Los Recoletos Franciscos arriban á Portugal, y vuelven á Francia. Traci fabrica tres fuertes. Resuelve hacer guerra á los iroqueses y sus aliados. Sale con ejército; no pueden resistirle; piden paz y se les concede. Logra la abundancia y seguridad de la tierra. Restablécense algunas misiones y otras se forman de nuevo entre los indios hurones y iroqueses. Talón, intendente, viene á Francia, y vuelve á Canadá con socorro, y lleva á los Recoletos. Intentan adelantar los franceses los descubrimientos, y llegan á la bahía de Hudson. Restitúyenlos á Acadia los ingleses, y hacen nuevas ordenanzas de la compañía de las Indias Occidentales, en Lóndres. Un pirata se apodera de la isla de santa Catalina, y pide socorro á los mercaderes de Virginia. Viage de Zacarias Ghillan, á descubrir paso al Japon por el mar del Norte. Los indios apalaches sienten servir en las fortificaciones de la ciudad de san Agustin.

Año de 1662.

Causaron tan gran confusion en el cristiano corazón de el rey de Francia Luis XIV los repetidos clamores de los vecinos de Canadá, que viendo peligrar la propagacion de la Fé Católica, nombró ministros de celo y desinterés, y oficiales de mar y guerra experimentados y valientes, que de una vez asegurasen la predicacion de el Evangelio, y restableciesen las poblaciones de aquel país, para escarmentar á los indios, y resistir á los que intentasen invadirlas ó acabarlas; y aunque la compañía de mer-



cadereš vió el aparato que se hacia, y supo el fin, disimuló acaso porque no la hicieran satisfacer el gasto si se daba por entendida.

Año de 1663.

Consideradas bien las representaciones de los vecinos de Canadá sobre no poder mantenerse aquellas provincias sin dependencia inmediata del rey de Francia y sus ministros, y advirtiendo las negligencias de los de la compañía, determinó el rey privarla de la propiedad que su padre Luis XIII el Justo los había dado; y para que el comercio se aumentase, mandó formar nueva compañía que solamente cuidase de restablacerle: cuya resolución decían sintió el demonio tanto, como esplicaba con descompuestos ahullidos en un gran terremoto que padeció Canadá; de que igualmente franceses y indios estaban tan asombrados, que imaginaban se hundia la tierra: el daño que hizo no fue correspondiente al horror que causó á todos.

Año de 1664.

El obispo y otros vecinos de Quebec tuvieron noticia de los grandes socorros que se prevenian, en que se gastaron sumas considerables de la hacienda del rey de Francia. Regocijáronse mucho, esperando el alivio por instantes á tiempo que el rey mandó embarcar lo que faltaba, á lo que ya estaba prevenido; y nombró al marqués de Traci por gobernador general de Canadá, aunque con el nombre de América Septentrional. Estaba el marqués en la Cayana, donde habia restablecido el comercio de Francia como antes en algunas islas de las Indias Occidentales, con mucho aplauso de los ministros; y luego que tu-

vo la noticia de su eleccion, dispuso su viage con la presteza que se le encargaba.

Año de 1665.

Juan Morgán, pirata inglés, (cuyas crueldades, especialmente contra los españoles, esceden las de todos los tiranos del mundo) envió á pedir á los mercaderes de Virginia, ó Nueva Inglaterra, desde la isla de santa Catalina, bastimentos, pólvora y armas, para mantener la usurpacion que habia ejecutado de aquella isla, que está cerca de Costa Rica, en 12 grados y medio al Norte y otra pequeña que tambien ocupó junto á ella. Pero habiendo llegado la noticia, de que los españoles las habian recuperado, al mismo tiempo que las cartas de Morgán, y que habian apresado un navío inglés que enviaba el gobernador de Jamáica de socorro á Morgán; se escusaron por entonces los mercaderes de asistir al pirata, y siempre hubiera sucedido lo mismo, porque el gobernador de Nueva Inglaterra necesitaba lo mismo que Morgán pedia, para tomar la posesion de la Nueva Yorck que antes se llamaba Nuevo País Bajo, ó Nueva Holanda, cuya villa capital es la Nueva Amsterdám ó Manhati, fundada sobre el rio de el Norte: el país es muy fértil y da gran estension á lo que ocupan los ingleses en la Florida.

Llegó el marqués de Traci á Quebec á los últimos dias de junio. Fue recibido con el aplauso y regocijo correspondiente á su fama, creyendo todos que su juiciosa esperiencia y notorio celo desterraria la multitud de males que afligian á aquella villa y todo el país. No se engañaron en el concepto, porque demas de las prevenciones que pudo llevar para el remedio de lo mas preciso, llegaron á Quebec, entrado julio, siete navíos que habia mandado el rey de Francia salir

en la Rochela, en que venían Courceles nombrado por teniente general de el marqués; Talón por intendente, y Salieres con 20 compañías (que habian servido en Hungría contra los turcos) del regimiento de Cariñán, de que era coronel. Muchas armas blancas, y de fuego, pólvora, bala y otras municiones de guerra y boca, mercaderías, rescates y algunos caballos en tanta abundancia, que se conoció la poderosa mano que enviaba el socorro. Era tan grande la alegría de los franceses y los indios amigos, y tantas las aclamaciones á los nuevos gobernadores, que olvidaron todas las calamidades y miedos pasados.

Luego juntó el marqués los principales vecinos, y informado del estado de la tierra, resolvió con los demas salir á campaña. Dió orden para hacer tres fuertes que asegurasen su marcha y el país; uno á la entrada del rio de los iroqueses, á 40 leguas de distancia de Quebec: otro á 50 sobre el lago de Champlain, al pie de la caída ó salto de agua de san Luis: otro mas adelante, que llamaron de santa Ana, al cual se podia ir desde el lago de Champlain con poco riesgo.

Al mismo tiempo entró con el ejército, formado de la gente del regimiento de Cariñán que trajeron Courceles y Talón, y algunos franceses de la tierra y indios amigos por los países de los iroqueses, que espantados de la presteza del acometimiento, y mas de la constancia y sufrimiento de los que le hacian, viendo marchar en medio del invierno tan intrépidamente á los que poco antes aun no podian resistirlos en verano y en sus pueblos. Opusiéronse algunas veces los iroqueses, fiados en la agilidad que tienen sobre las nieves y hielos y en el conocimiento de los lagos; pero siempre fueron derrotados, sus pueblos destruidos, las provisiones que hallaron en ellas, traídos para sustentar el ejército.

Año de 1666.

Los iroqueses reconocieron imposible su defensa contra el poder que los perseguia; y recelando que si duraba mucho tiempo la guerra en la forma que el marqués de Traci la empezaba; en poco tiempo destruiria la nacion, domando la necesidad su natural fiereza, se juntaron las naciones aliadas, y determinaron pedir paz. Enviaron embajadores al marqués, con grandes sumisiones, disculpas y regalos de pieles. Fueron recibidos del marqués con mucho agasajo, y se hizo la paz; quedando la tierra tan segura que los PP. de la Compañía de Jesus volvieron á cultivar sus misiones de los indios hurones.

Año de 1667.

En la paz de Bredá se capituló que los ingleses restituyesen á Francia la provinvia de Acadia, á la cual habian ya llamado Nueva Escocia, entregando á Puerto Real, que es el mas considerable y seguro de la provincia y lo ejecutasen segun lo tratado, perdiendo el nuevo nombre con la restitution.

Continuaban los socorros de Francia á Canadá, sintiendo todos los buenos y útiles efectos del cuidado y liberalidad real en el aumento de la vecindad, y numerosas poblaciones, porque solo Quebec creció en mas de 300 familias de oficiales y labradores que vinieron de Francia estos últimos años, y algunos soldados que dejaban de servir con licencia para poblar, á cada uno de los cuales mandaba el rey dar 500 reales y bastimento para un año, y á los sargentos á 50 escudos; y si tenia mas grado en la milicia, mayor cantidad.

Repartieron el marqués y el intendente, ayudados de Roberto Cavelier de la Sala (que habia algunos

años vivia en Canadá), mas de 60 leguas de país, el rio de san Lorenzo arriba, erigiéndolas en señoríos particulares que dió á los oficiales y capitanes; cada uno de estos dividia el distrito que le tocaba, dándosele como en enfiteusis ó censo perpétuo á los soldados; con calidad de que le desmontasen y pagasen un escudo por dos jugadas. Llegaron en este tiempo cargadas de mugeres dos barcas con algunas viejas que cuidaban de ellas, y las dividieron en tres clases para casarlas con los soldados. En menos de quince dias se casaron todas, desposándolas un clérigo ante un notario sin otra solemnidad; y al dia siguiente al matrimonio les daba el gobernador un par de bueyes, otro de puercos, otro de barriles de carne salada, un gallo y una gallina, y 11 escudos. Los oficiales se casaron con hijas de los vecinos de Quebec, y así en breve tiempo cultivó mucha tierra que daba granos para la subsistencia de la poblacion.

Mandó formar el rey de Francia un consejo soberano en Quebec, compuesto de presidente, decano y consejeros, del cual no hay apelacion, sin permitir en él abogados, ni procuradores: las partes solo hablaban en sus causas, y se votaban con brevedad y sin gastos. Tambien dió rentas y propiedades á los seminarios y conventos, poniendo aquellas provincias en estado de mantenerse á pesar de los indios de guerra y otros enemigos; en lo cual, y fabricar grandes edificios, hacer navíos y otras embarcaciones, dar providencias á que hubiese telares y fábricas de sombreros, trabajaron mucho el marqués y su teniente; y con especialidad el intendente Talón no sosegaba hasta ejecutar lo que reconocian útil al país, á sus vecinos y al rey, y de este modo en breve tiempo ahuyentaron la calamidad y desventura que parecia irremediable, creciendo insensiblemente obreros, gente

y vecinos. Tan eficaz es el leve cuidado de un príncipe en el mas descompuesto negocio; pues en dos años, sin faltar nada á las obligaciones de la corona, hizo Luis XIV mas que la compañía de mercaderes en 50.

Zacarías Ghillán, de orden de una compañía de mercaderes ingleses, va á descubrir paso al Japon y la China, atravesó el estrecho de Hudson, llegó á la bahía de Bafinio corriendo hasta 75 grados, y despues bajó hácia el Sur hasta 51 grados poco mas, á un rio que llaman los ingleses Rio del Príncipe Rupertto; tratáronle bien los naturales del país, y dispuso tener comercio con ellos; hizo un fuerte que llamó de Cárlos; y dejando asegurado allí un comercio ventajoso se volvió á Inglaterra.

Año de 1668.

El terror de las armas francesas tenia á los indios pacíficos mas que la ratificación de las paces conseguidas. Tanta quietud en los bárbaros dió motivo á los del seminario de Monte Real á enviar mision á los iroqueses, que habitaban al Norte de la laguna de Frontenac, y á los Padres de la Compañía á restablecer las que tenian en las cinco naciones iroquesas. El P. Pierón fue á la nacion de los aguieres. El P. Carhial á los oiougovenes. El P. Garnier á los omontagueses. El P. Bruyes á los ounejutes. Y el P. Fiemin á los sounontruanes, varones todos de gran celo y religion, y que se vieron precisados á plantar nuevamente la fé en los mismos sitios que antes, por no haber hallado en ellos rastro del cristianismo que antes habian procurado introducir; pues los indios hurones é iroqueses cristianos que habian escapado de la furia de los indios alborotados, estaban retirados en Quebec y Monte Real.

Los indios apalaches sienten el gravámen de trabajar, forzados en la ciudad de san Agustin; quejense al vicario y á los religiosos, lo cual les ofrece ocasion de instruirlos y consolarlos, con que siendo firmes en la fé y leales al rey solicitarian su alivio.

Año de 1669.

Dispuesto y ejecutado en Canadá todo segun lo que habia mandado el rey de Francia, se hizo á la vela el intendente Talón á dar cuenta y pedir lo que se necesitaba para proseguir sobre tan buenos principios. Fue bien recibido, informó puntualmente lo que quedaba hecho y lo que faltaba para continuar los designios que tenia su rey; el cual acudiendo á lo primero, mandó á Fr. German Allert (que despues fue obispo de Vences), provincial de los Recoletos Franciscos, enviase cuatro frailes de su Orden á Canadá. Obedeció al instante, eligiendo para esta jornada al definidor Fr. César Heruó, á Fr. Romualdo Papillon, Fr. Hilario Guesuin y Fr. Cosme Graverán, lego. Embacáronse los cuatro religiosos á 15 de julio en la Rochela; pero no quiso Dios cumpliesen tan presto el fervor que les animaba, porque despues de tres meses de navegacion con grandes riesgos y tormentos, que causó la muerte de Fr. Romualdo Papillon, dieron fondo en Lisboa, donde se repararon en poco tiempo. Tomaron algunos víveres y volvieron á su viage á 25 de noviembre. No habian navegado tres leguas, cuando tocó el navío en una roca y se hizo pedazos, salvándose la gente por el socorro de los portugueses. Descansaron algunos dias y determinaron los tres religiosos volverse á Francia, con gran sentimiento, por considerar se les dilataba el buen dia deseado por 30 años de volver á Canadá.

Año de 1670.

El intendente Talón, despachado con todo lo que pareció conveniente y alguna gente, se embarcó á Canadá á fin de mayo. Iba con él Fr. Germán Allert, á quien encendió mas el deseo de acompañarle el malogrado viage de Fr. César y sus compañeros. Llevó consigo á Fr. Hilario Guesuin, á Fr. Gabriel de la Riburde, Fr. Simplicio Landon, Fr. Lucas Francisco, diácono, y Fr. Anselmo Bardu, lego, todos Recoletos de san Francisco y de su provincia; llevaba cartas del rey para el gobernador y el obispo de Petrea, y encargó particularmente al intendente de que cuidase de ellos.

Parece que el demonio se oponia al viage de estos fervorosos misioneros, porque la navegacion fue tan larga y peligrosa, que creyeron muchas veces no ver mas á Canadá; pero la destreza de los pilotos, y la paciencia y constancia de los navegantes vencieron la oposicion de los vientos y las aguas, y llegaron á Quebec á fin de agosto. Ayudaron á los religiosos con tan copiosas limosnas, que antes de mes y medio tenian fabricada una capilla muy curiosa y decente, en que dijo la primer misa el obispo de Petrea; y viendo tan buenos principios Fr. Germán, y lo que ofrecian á sus compañeros el gobernador, intendente y otros para fabricar iglesia, se volvió á su provincia, donde hacia mucha falta, dejando por superior á Fr. Gabriel.

Fr. Simplicio, Fr. Exuperio, y Fr. Leonardo se dedicaron luego á aprender la lengua de los indios, para cumplir con el ministerio á que iban destinados.

El intendente repartió luego las municiones, que llevaba de acuerdo, con el teniente Courceles;

y advirtiéndole que todo estaba sosegado y los indios quietos, aunque uraños, discurrieron adelantar los descubrimientos por la bahía del Norte, para saber más puntualmente el modo de aumentar el comercio, aliviando á la corona de Francia de las grandes espensas causadas en los años antecedentes.

La historia de la Florida del Inca Garcilaso de la Vega se imprimió traducida en francés en París.

Año de 1671.

Resueltos el intendente y el gobernador al descubrimiento de la bahía del Norte, nombraron á N. de San Simon para esta empresa. Llevó consigo al P. Albanes de la Compañía de Jesus, y poca gente no diestra en los viages de aquella tierra. Padecieron en el descubrimiento grandes trabajos, hambres y peligros horrorosos en las cienegas, saltos ó caidas de agua, y corrientes rápidas; y habiendo vagado por muchas provincias incógnitas llegaron hasta el estrecho de Hudson.

A 22 de junio puso la primer piedra en la iglesia de Recoletos Franciscos el intendente Talón. Fue extraordinario el regocijo del pueblo viendo cumplido el deseo que habia tenido de verlos restituidos á Canadá; pero estaban muy disgustados los que amaban la razon, la verdad, el servicio de Dios y del rey, de que hubiesen pedido licencia para volverse á Francia Courceles y Talón.

El rey de Francia permitió á sus vasallos, que pagando algunos derechos moderados á la compañía de las Indias Occidentales, comerciasen libremente en ellas, que fue causa de desacreditarla mucho; y al fin del año nombró á Colvert director de la marina.

Tambien la compañía de las Indias Occidentales de los ingleses se juntó en Lóndres con el duque de Sorete, cabeza y director de ella, y formaron nuevas ordenanzas para su aumento y conservacion, revocando muchas de las antiguas.

DECADA DECIMASEPTIMA.

SUMARIO.

Don Pablo de Hita Salazar, gobernador de la Florida, envia á reconocer las costas. Hallase multitud de indios idólatras, y trata de su conversion. Despacha S. M. cédulas reales para que pasen clérigos presbíteros á fundar nuevas misiones en la Florida, y no tiene efecto. Don Antonio Menendez Marquez elegido contador de la Florida. Opónense algunos á Fr. Alonso del Moral, del Orden de san Francisco, que pasaba á la Florida con 24 religiosos. Desvanécese la oposicion. Llega á la ciudad de san Agustin y es bien recibido del gobernador. Don Juan Marquez sucede en el gobierno de la Florida á don Pablo. Visita la provincia de Apalache y otras. Quéjansese los indios. Informa al Consejo. Procura acabar el castillo de san Agustin, resolucion del rey sobre sus informes. El obispo de Cuba determina ir á visitar la Florida y muere antes. El conde de Frontenac va por capitán general á Canadá. Sosiega las discordias entre los moradores. Previene su llegada á los caciques, y regalos que los hizo. Levanta el fuerte de su nombre á la orilla de la laguna Ontario. Nombra por gobernador de él á Roberto Cavelier de la Sala. Envíanle sus hijos los caciques y otros principales en rehenes, y se aumenta mucho el comercio. Dánle noticia de sus descubrimientos hácia el Norte, san Simon y el P. Albanés. Los PP. Marquete y Joliet navegan el rio Ovavache y lo descubrieron. Los Recoletos Franciscos recuperan la mision de los Tres Rios. Prosiguen su iglesia en Quebec. Erigese esta ciudad en obispado. Su primer obispo y el primer novicio de la provincia de san Antonio. Los holandeses se apoderan de la Nueva Yorck. Daños que hicieron á los ingleses y franceses. Restituyen todo lo ocupado por la paz á los ingleses, y estos son vencidos de los indios de Virginia. Viene á Francia Roberto de la Sala. Consigue el gobierno del fuerte Frontenac en propiedad, y le fabrica de piedra. Desprecia el conde de Frontenac á los envidiosos, y admira la fabrica del fuerte. Oye con gusto á Roberto la idea de su descubrimiento, y le da cartas aprobándola. Vuelve á Francia Roberto, y consigue facultad para descubrir el Occidente de Canadá y paso á Méjico.

Embárcase y llega á Quebec. Pasa á Frontenac. Fabrica un fuerte en Niagara á la entrada del rio en la laguna Ontario. Roberto hace fabricar una barca, pónela el Grifon por nombre; y los indios asombrados de su grandeza dan cuenta á los ingleses. Roberto llega por las lagunas á la boca del rio de los indios ilineses. Fortificalo. Deja allí alguna gente y va por tierra con la demas á reconocerle. Llega al pueblo de Portaje, y de allí al prial de los ilineses que halla desierto. Los indios le intentan persuadir grandes riesgos en su viage. Témenlos algunos franceses y huyen. Quítanles el pavor otros indios y pintan el curso del rio de la Palizada ó Misisipi. Nombra á Tonti por gobernador del fuerte de Crevecourt, y envia á descubrir hácia el Norte el rio, y se vuelve á Frontenac por socorros. Su viage. Henepin entra por el rio Ilinés en el de la Palizada. Vuelve á Quebec sin dar parte de él á Roberto, queriendo hacerse dueño del descubrimiento del golfo mejicano. Conjuracion de los franceses que estaban con Tonti. Saquean el fuerte. Destruyen otro en el rio Miamis, y determinan ir á Masilimachinae. Tonti se retira al pueblo de los ilineses. Sale huyendo de él en una canoa hasta Masilimachinac. Dán muerte los indios á Fr. Gabriel de la Reburde. Roberto viene con el socorro; ve el destrozo, vuelve al rio Miamis, y de allí al pueblo principal de los indios outagamis. Se confedera con su cacique y otros de la comarca, y llega á Masilimachinac; y sin saber de Tonti ni de Henepin, pasa al fuerte de Frontenac. Dispone otra vez el viage al rio de la Palizada con 54 franceses é indios.

Año de 1672.

Concedió el rey de Francia la licencia al gobernador y al intendente de que volviesen á Francia, y envió por sucesor del primero al conde de Frontenac, conde de Palluan, sugeto muy despierto, inteligente y de gran corazon; el cual partió con dos bajeles de Francia por el mes de mayo, uno tomaron los holandeses en la altura de la isla de Dieu, y en otro llegó á Quebec. Fue recibido con gran pompa y comun alegría de todos los vecinos, y Courceles y Talón se volvieron á Francia.

Habiendo reconocido Frontenac el estado del

país, formó una compañía de guardias para sí, escogiendo los mejores soldados; procuró sosegar los debates y turbaciones entre los vecinos, tomando á su cargo todos los expedientes y cuestiones de franceses é indios, y en poco tiempo los concertó, no sin gusto de los interesados; no dejó pleito ni queja pendiente; todos estaban en paz, de suerte que los ministros de justicia se quejaron en Francia de que escedia los límites de su jurisdiccion, entrometiéndose en lo que no le tocaba, de cuyas quejas no se hizo caso.

Los indios iroqueses empezaron á alborotarse y hacer algunos insultos en los franceses. El conde despachó mensageros con muchos regalos á los caciques, dándoles noticia de su eleccion y del poder que traía, amenazándolos con guerra sino guardaban la paz: aunque el rey le habia mandado, informado de que audaban inquietos, partir de Francia á ratificar la paz ó hacerla de nuevo, para aumentar el comercio y su utilidad, tratando por sí y sus embajadores con los indios sobre que enviasen sus hijos á los seminarios, y sus hijas á las Ursolinas, para ser enseñados en la religion y en la vida politica, poniendo gran cuidado en saber si los indios hacian mayores movimientos, y previniendo cuanto podia necesitar para este suceso.

Recibió el conde gran gusto con la nueva del descubrimiento hecho por S. Simon y el P. Albanés, que llegaron á Quebec al fin del año; agasajólos mucho, informóse de todo para premeditar las utilidades que podia sacar de este viage y otros que imaginaba emprender.

Año de 1673.

Don Antonio Menendez Marquez fue elegido por contador de la hacienda real y cajas reales de la

Florida, habiendo servido con 1000 pesos solamente, aunque la contaduría valia mas de 1470 pesos y medio de salario.

El conde de Frontenac procuraba atraer á los iroqueses á una paz verdadera; y aunque sabia la poca constancia de sus resoluciones y la facilidad de quebrantarlas por cualquier antojo, reconoció que de esta paz pendia asegurar la subsistencia de la mayor parte de los franceses en aquella tierra; porque estaban tan hostigados de los indios, que si durára la guerra conocia se volverian los pobladores á Francia.

Por evitar este daño irreparable en sucediendo, persuadió á los franceses á que se casasen y cultivasen las tierras para aumentar las colonias. Tambien determinó seguir lo que habian empezado Traci, Courceles y Talón, en órden á los nuevos descubrimientos por las lagunas, y hacer poblaciones en sus orillas para establecer el comercio, y tener amigos los indios si los iroqueses desenfrenasen su furia.

Los PP. Marquete y san Joliet, de la Compañía de Jesus, salieron en canoas por el rio Ovavache (que algunos llaman de san Gerónimo, ó Rio Hermoso, y Oya). Llegaron hasta el cabo de san Antonio, viendo muchos rios y gentes hasta entonces ignoradas; pasaron á los indios mausopalas, los cuales dijeron á los franceses era imposible pasar adelante, poniéndoles temor con todos los peligros que no habia y afirmaban podian sucederles, tan exagerados, que infundieran miedo en los mas esforzados sino supieran que mentian; así es la costumbre de aquellos indios. Pero haciendo que creían sus ponderaciones y que recelaban los riesgos, faltándoles lo necesario para el viage se volvieron, habiendo navegado 40 leguas mas adelante del rio de los Iline;

ses; y aunque en su viage dicen llegaron á la provincia de Akansa, y que les fue preciso retroceder de miedo de los españoles, de que puede verse la *Recopilacion de los viages de Trevenot*, impresa en París año de 1681. Fr. Cristiano Le Clerq, en su segundo tomo del *Restablecimiento de la Fé*, capítulo 25 dice llevó el libro del viage de Joliet de este descubrimiento, y que cotejando el camino con lo escrito no tenia palabra de verdad; refiere las ficciones de los monstruos y prodigios espantables que cuenta salian; por lo cual se persuade á que Joliet no escribió ni imprimió este viage, y le tiene por invencion de algun novelero que le fingió despues del viage de Roberto de la Sala por el rio de la Palizada ó Misisipi.

Los Recoletos recuperaron la mision de los Tres Rios, y enviaron á ella á Fr. Hilario, despues á Fr. Claudio Moró, que trabajó mucho en ponerla en buen estado. Era grande la devocion de aquella tierra á los frailes Franciscos, y especialmente la de dos franceses llamados Denis y Bacir, que eran señores de la isla que llaman Percé, en el golfo del rio san Lorenzo. Pidieron con instancias eficaces un fraile para establecer una mision en su isla: llevárouse á Fr. Exuperio, el cual salió de Quebec por mayo con la familia de Denis, y residió en la isla diez años, haciendo tanto fruto en los indios que venian á pescar el verano, que contento con las repetidas conversiones nunca quiso salir de allí, hasta que el año de 1683 no pudo escusarse de volver á Quebec, elegido por superior de aquel convento en lugar de Fr. Valentin Le Roux.

En 5 de junio concedió el rey al capitan Tomás de Arzu, que pudiese ir á la Florida con un navío de 200 toneladas cargado de mercaderías, li-

bre de derechos, con permision que lo que no vendiese en ella pudiese despacharlo, pagándolos en la Habana y Campeche.

Los holandeses entraron con gran poder en el Nuevo País Bajo, y se hicieron dueños de él quitándole el nombre de la Nueva Yorck, restituyendo el antiguo de Nueva Holanda, y lo mismo á Nueva Amsterdám, y la fortificaron acordonándola con el rio que la baña por una parte, siendo su intento ponerla de modo que pudiese resistir un ejército de 20.000 hombres. Hiciéronse tambien dueños del rio del Sur, que corre entre el Nuevo País Bajo y la Virginia, tomando mas de 300 vasos pertenecientes á ingleses, haciendo en ellos grandes hostilidades, y en los franceses, á los cuales quitó el vicealmirante de la armada de Holanda, Evercent, mas de 60 bajeles de bacallao que venian de Terranova; y despues de grandes tempestades llegó á Cádiz con otros 7 navíos, apresados en el mar del Norte, habiendo perdido 4 por el mal tiempo.

Año de 1674.

Los iroqueses no acababan de resolverse á ratificar la paz ni á fiarse de las palabras de los franceses, trayendo á la memoria todas las injurias que decian les habian hecho en paz y en guerra. Algunos de los principales se aconsejaron con el gobernador que habia sido de la Nueva Yorck, el cual les instó á que hiciesen la paz con los franceses y no los enojasen mas; porque si continuaban la guerra serían asoladas las cinco naciones aliadas de iroqueses, y las demas enemigas suyas; pues si el rey de Francia queria, podia enviar sobre ellos mas soldados que naturales habia, para que los acabasen sin poder resistir. Esta

era la órden que tenia de Cárlos II, rey de Inglaterra. Los indios, atemorizados con lo que oian, deponiendo su ferocidad volvieron á enviar á los mismos embajadores que antes, á la parte donde hallasen al conde de Frontenac, para que ajustasen la paz en la forma que tuviesen por mas conveniente.

Habia salido el conde de Frontenac de Quebec dias antes con 100 hombres á hacer un pueblo y fortaleza en la laguna Ontario, y en Monte Real recibió los embajadores de los iroqueses con toda magnificencia, aparato y ceremonias acostumbradas; y ejecutadas las que en semejantes casos hacen estos indios, los concedió la paz que pedian, y los despidió con muchos agasajos y dádivas. Pasó despues al sitio donde habia de fabricar el fuerte; muchos de los que le acompañaban procuraban disuadirle de este intento, porque decian que un ejército de iroqueses venia á impedirlo; y lograrían fácilmente su intento estando la armada de Holanda á la entrada del golfo.

No mudó de dictámen el conde, antes le hizo afirmar en él la fertilidad de la tierra, y las ventajas del sitio muy á propósito para suspender las invasiones de los indios, y hacerles guardar la paz aunque no quisiesen, y aumentar el comercio. Empezó á fabricar el fuerte (despreciando los vanos temores que le oponian), á la entrada del rio de san Lorenzo, en la laguna Ontario (que llamaron despues de Frontenac) en 44 grados de latitud y algunos minutos. La profundidad de la laguna pasa de 70 brazas: de largo tiene 80 leguas, y 40 de ancho, y sus aguas parece hacen flujo y reflujo como el mar, comunicándose por otras corrientes á las demas lagunas que hacen tratable tan gran país: es abundantísima de truchas, salmones y otros pescados: la caza de

sus orillas es innumerable: la tierra fertilísima, con mejores árboles que hay en Europa, especialmente pinos, cedros y otros. Hay minas de hierro en las montañas vecinas, y esperan los franceses hallar las de otros metales. Las orillas que al Mediodia y al Norte tiene esta laguna, habitan las cinco naciones de los iroqueses. Los pueblos son de muy buena traza; sus calles derechas, cercanas unas de otras, aunque en lo material son como los demas de los indios.

En seis semanas puso el conde en estado de defensa el fuerte. Nombró por primer comandante á Roberto Cavelier de la Sala, natural de Roán, que habia muchos años que estaba en Canadá y entendia bien de la tierra: á su esperiencia se unia ser matemático, el mejor que habia en aquellos paises.

Luego enviaron embajadores los iroqueses á confirmar la paz con los franceses, y hicieron amistad con Frontenac otros caciques, los cuales, y algunos principales indios, le daban sus hijos en rehenes de su buen corazon como ellos decian; el cual los recibia para que fuesen doctrinados y enseñados. Despues que los misioneros tuvieron libertad de predicar en los pueblos vecinos, venian muchos indios al fuerte; y de estos, y otros que manifestaban querer ser cristianos, se hizo junto á él un pueblo de iroqueses, donde los misioneros lograban abundantes y verdaderas conversiones.

Erigióse en obispado la ciudad de Quebec, siendo el primer obispo el titular de Petrea Francisco de Laval, que habia ido por vicario apostólico á aquella provincia; el cual, teniendo algunas disensiones con los Recoletos, queria impedirlos la fábrica de su iglesia; pero el conde de Frontenac, que en Francia los habia favorecido, dispuso se prosiguiese el edificio, viendo que desde que volvieron

á Canadá estaban con bastante incomodidad en una hospedería.

La paz se ajustó entre Inglaterra y Holanda, y se firmó á 19 de febrero, por la cual restituyeron los holandeses todas las poblaciones, puertos, castillos y fortalezas que habian tomado en la Nueva Yorck y Nueva Inglaterra, segun lo capitulado en el *capítulo 6 del tratado*. El rey de Inglaterra, que habia depuesto y preso á Mudifort, del gobierno de Jamáica, por haber consentido y patrocinado los robos del desalmado pirata Enrique Morgán, poco tiempo despues nombró á éste por gobernador de Jamáica, para que con este honor prosiguiese en sus maldades.

Año de 1675.

La paz ajustada con los iroqueses por el conde de Frontenac estendió el comercio por mas de 500 leguas, tan seguramente que los indios venian á comerciar á los pueblos de los franceses, de mas de 200 leguas, las pieles de castores, trocándolas por bujerías de Francia y algunas armas, con tanta confianza como si fueran sus naturales; las poblaciones se aumentaban tambien con los hijos de los moradores, y parecia que resultaba ya la felicidad debida al cuidado de los gobernadores.

Pasó á Canadá Chasnó, presidente de los tesoreros de la generalidad de Tours, por intendente. Dióse orden á formar la iglesia catedral, que se compuso de dean, chantre, arcediano, dos canónigos de oficio, teologal y penitenciario, y 12 canónigos, reglando hasta 36 parroquias fijas en los lugares que podian mantener párrocos, y se empezó á fabricar la iglesia.

Roberto de la Sala, dejando el fuerte de Frontenac en la mejor disposicion que pudo, vino á Fran-

cia á pedir el gobierno de él y sus dependencias en propiedad, ofreciendo, que en lugar del fuerte de tierra y estacas, labraría otro de piedra, poniendo en él guarnicion de gente bastante que mantendria á su costa: que haria desmontar la tierra de árboles y malezas hasta ponerla de suerte que fuese fácil sembrarla: que formaria donde conviniese pueblos de franceses é indios: que traería frailes Franciscos Recoletos tambien á su costa que plantasen en aquella provincia las misiones que les pareciese.

El primer novicio de la provincia de san Antonio de Pádua, hija de la de san Dionisio de Recoletos Franciscos, fue el P. Cristiano Le Clerq, que escribió la historia del establecimiento de la Fé en Canadá, el cual fue enviado á la isla que llaman Percé con Fr. Cenobio Mambre, porque Fr. Exuperio Dethunes pidió compañeros que le ayudasen á predicar.

Año de 1676.

Fr. Alonso del Moral intentó pasar á la Florida con 24 religiosos Franciscos: opusieronse algunos con varios pretextos, sobre que se pidió informe al comisario general de Indias Fr. Juan Luengo, el cual manifestó ser afectadas las oposiciones; en vista de lo cual se mandó proseguir el viage, y llegaron todos á la Florida, donde fueron recibidos con mucho agrado por don Juan de Hita y Salazar, su gobernador.

Conociendo los ministros de Francia el espíritu de Roberto de la Sala, la inteligencia que mostraba tener de Canadá, la conveniencia que se seguiria al reino de su pretension, pues se obligaba á guardar el paso mas peligroso del país, aconsejaron al rey le concediese lo que pedia, de que se hizo

asiento, capitulando observar lo que habia ofrecido, y otras condiciones. Despachado se volvió á Canadá, derribó el fuerte de Frontenac y fabricó otro de 300 varas de largo, con foso y cuatro bastiones de piedra á la entrada del rio, en el lago hácia el Norte, en una punta de tierra que sale á él separada del continente, dejándole aislado, puso guarnicion, y todas sus mercaderías y hacienda en resguardo. Juntó los mejores pilotos que pudo, encargó al P. Luis Briset una casa con catorce familias francesas para que cuidase de ella, persuadiendo á los que las componian á que empezasen á desmontar la tierra y labrarla. Venian algunos iroqueses á comerciar, tan bien hallados, que sus hijos andaban con los de los franceses; y sus padres muy unidos y contentos, menos en tiempo de caza, trabajaban en el campo. Iba cumpliendo con tanta puntualidad lo que habia ofrecido al rey de Francia, que poco despues causó en muchos la felicidad presumida de Roberto: solicitaron descomponerle con el conde de Frontenac; pero estaba tan asegurado de su buen proceder, que no hallaron entrada los malsines.

Los indios de la Virginia, irritados con los ingleses, dieron sobre la poblacion principal en número de 3000. Sobresaltados estos, salieron á castigarlos 1400 hombres; pero era tanta la furia de los indios, que cedieron á ella los ingleses: fueron derrotados, murieron en el combate cinco capitanes ingleses y mas de 100 soldados. Los indios, ufanos con la victoria, se volvieron con los despojos que pudieron llevar. Los ingleses no los persiguieron, y hubiera sido inútil este designio, porque ejecutada la hazaña se repartieron por los bosques y desaparecieron por los rios.

Aunque habia muchos días que entre los de la compañía de las Indias Orientales de Holanda corrió rumor de haber hallado paso por el mar del Norte al Catay, y que tenian oculta la derrota por ser perjudicial su publicacion á los intereses de aquellos estados, cuyo empeño habian dejado los extranjeros teniéndole por inútil. Este año se encendió nuevamente el deseo de esta empresa en Cárlos II, rey de Inglaterra, instado del capitan Juan Wood, quien se ofreció á descubrir camino á la China. Para este efecto le dió dos navíos con que se hizo á la vela á 18 de mayo (28 cuentan los hereges, como antes de la correccion de Gregorio XIII, perficionada año 1583) en Buoy de Noar. Del otro navío era capitan Guillermo Flauve, y á 27 de julio llegaron á los hielos que estaban pegados á la Nueva Zembla, navegando al Nordeste, cuarta al Norte, por espacio de cinco leguas; quiso Wood pasar á tierra sobre el hielo: halló muchos caballos marinos, pero no pudo matar mas de uno porque las balas les hacian poco daño; con que se volvió al navío á 29 de junio; procuraron los capitanes apartarse del hielo y salir á mar ancha. Navegaron al Sur para alejarse del hielo; pero se hallaron mas embarazados con él, porque á las once de la noche disparó un cañon Flauve, gritando hielo por la proa, sobre que hizo Wood todos los esfuerzos posibles para virar; pero antes de volver al bajel tocó en un banco, donde el bajel se enderezó, aunque al dia siguiente, tocando en otro por libertarse, echaron al mar muchos víveres: llamaron á Flauve con varios cañonazos, avisándole el peligro en que estaban, pero no los oyó, y haciendo ya mucha agua el bajel, enviaron la chalupa á la orilla á ver si se podia desembarcar; y avisando que sí, metieron en una pinaza

lo que llevaban; volcóla un golpe de olas, perdiéndose todo y dos hombres.

Quedaron solo con la chalupa, en que no cabian no mas de treinta hombres, habiendo cuarenta. Ya lleno de agua el navío fue necesario desampararle, sacando solo dos sacos de bizcocho, algunos pedazos de tocino y un poco de queso: pusieronlo en tierra y se pasaron á una montaña, y luego vinieron muchos osos blancos grandes á despedazarlos: hicieron una choza que cubrieron de cáñamo tejido que llevaban, rodeándola de un foso para impedir el paso á los osos, donde estaban helados de frio y sin lumbre. A la punta donde naufragó Vood llamó Speediil, está en 74 grados y 30 minutos de latitud al Norte, y de longitud al Este de Lóndres 63 grados y algunos minutos: allí observó variaba la aguja hácia Oeste 13 grados.

Habiéndose empezado á despedazar el bajel, echó á la orilla muchos pezados, cogieron algunos remos, barras y planchas para fortificar su choza y hacer fuego, y acabado de deshacer el navío echó á tierra algunas provisiones, de que cogieron dos toneles de harina en 1 y 2 de julio, que les sirvió de mucho.

El dia 8 de julio, no teniendo esperanza de ver mas al capitan Flauve, empezaron á discurrir el modo de salir de tantas desventuras y volverse á Inglaterra; pero como en la chalupa que tenian no cabian mas de 30 hombres, querian algunos agrandarla, otros no quisieron, y muchos marineros resolvieron irse antes por tierra á Veigatz, por si encontraban chozas de rusianos ó modo de volverse; y estando componiendo la chalupa descubrieron á Flauve, á cuyo navío fueron en las chalupas con lo poco que les habia quedado, y todos juntos en el bajel de

Flauve volvieron á entrar en el puerto, de donde habian salido á 23 de agosto.

Haciendo despues Juan Vood reflexion sobre su viage, tuvo por fabulosas las relaciones publicadas por holandeses é ingleses, persuadiéndose á que á 80 grados de latitud al Norte no hay tierra, sino mar perpétua y eternamente helado, pues no habiendo el podido pasar del grado 76, el cual halló siempre cuajado, anade, que cuando hácia el Sur se pudiesen adelantar 10 grados, era necesario esperar siglos eternos para que se derritiese; porque los pedazos de hielo que están cerca del continente no tendrán un pie de grueso en la superficie del mar, y el que está debajo del agua tendrá mas de diez y ocho pies de grueso; y concluye, que las grandes montañas de hielo que están sobre el gran continente de hielo, todas tocaban á tierra, siendo de la misma proporcion. Demas, que el agua que habia hallado á la mitad del camino entre las dos tierras, de 70 brazas de fondo á lo mas, era prueba de que habia tierra al Norte, y que el gran continente de hielo que está mirando á la costa entrará en el mar hasta 20 leguas. Y en fin, que la Nueva Zembla y la Groenlandia son un mismo continente, aunque los ingleses piensan que Groenlandia es país separado, ó un gran número de islas cerca unas de otras, y han descubierto hasta altura de 82 grados, llamando á la punta mas septentrional cabo de Purchas: al Este solo llegaron al grado 78. Otros dicen, que la Nueva Zembla (que en rusiano significa Tierra Nueva) es isla, y otros continente de Tartaria, el mas desdichado país del mundo.

Llamó Vood á las montañas de la Nueva Zembla Montes de Nieve del rey Cárlos, en memoria del II de Inglaterra: al cabo que está al Sur, que es

la mar occidental de la Nueva Zembla, cabo de Jacobo, en memoria de Jacobo, echado por los hereges del reino; y al cabo del Norte cabo de Yorck.

Año de 1677.

Los frailes de san Francisco, mas adelante 500 leguas del rio Tizon, descubren la provincia de Quahuila, en el Nuevo Méjico, poblada de gente, cuyo número escedia á dos millones de personas.

El conde de Frontenac vino al fuerte que habia fabricado Roberto Sala (como todos los años, para confirmar la amistad de los indios) y se admiró de su fábrica, y de la de franceses y indios: hizole muchos favores, y Roberto le rindió muchas gracias. Y prosiguiendo en aplaudir sus acciones el conde, y creyendo que ya tenia lugar seguro donde retirarse en cualquier accidente, le participó el deseo que tenia de reconocer las riberas de los rios de Canadá descubriendo nuevas gentes. Comunicóle especialmente el reconocimiento del rio de la Palizada, que los indios llaman Misisipi, asegurándole entendia desembocaba en el mar Bermejo. El conde, no menos admirado de sus demostraciones y discursos, que de la firmeza de sus dictámenes, aprobó su determinacion y celo, y le dió cartas para Francia con grandes recomendaciones; con las cuales se partió á Francia, y consiguió fácilmente licencia del rey y de la compañía de pieles de Cibolas para hacer el reconocimiento, que él llamaba descubrimiento de la parte occidental de Canadá, y buscar camino á Méjico, dándole facultad para hacer fortalezas y poblaciones donde le pareciese, á su costa, como la de Frontenac, limitándole á cinco años el tiempo de ejecutar lo referido, y tener comercio con los in-

dios utrovaces y otros que llevasen pieles de castor á Monte Real; y en esta conformidad se le libró real despacho en 12 de mayo de 1678, á que contribuyó mucho la proteccion del príncipe de Condé.

Año de 1678.

Roberto de la Sala se hizo á la vela á 14 de julio en la Rochela, y llegó á Quebec á 15 de setiembre bien prevenido de cuanto tuvo por conveniente á sus designios. Llevó consigo á Tonti, italiano, (que habia perdido en Sicilia un brazo en servicio del rey de Francia) y á Mota, francés, hombres de confianza y valor, y 30 pilotos carpinteros y oficiales. Dió cuenta de su buen despacho al conde de Frontenac, favoreció la empresa cuanto pudo: allí se detuvo algunos dias, y se le juntaron otros franceses, á la fama del descubrimiento y algunos indios. Envió á su fuerte de Frontenac la hacienda y rescates que traia y algunos misioneros Recoletos Franciscos; y pareciéndole que sin su asistencia no se dispondrian bien sus intentos, partió despues, y llegó al fuerte muy flaco, y maltratado del viage; pero este accidente no estorbó su propósito; porque á 18 de noviembre envió en un bergantin las provisiones necesarias con Mota y Fr. Luis Hene-pin (que quiso despues arrogarse este viage afirmando falsamente haberle hecho sin que lo supiese Roberto, metiéndose á descubridor el que debiera ser predicador; y que porque no creyeron su fingimiento, se pasó á Holanda, donde reimprimió el libro que escribió dedicándole á Giullermo III, rey de Inglaterra, incitándole á la conquista) á Niagara; á 5 de diciembre llegaron á la boca del rio de este nombre, que está á la parte de Mediodia, y poniente del pueblo llamado Tayayon, al Poniente y Norte de la laguna Ontaria,

unos en canoas y otros por tierra, habiendo navegado desde Frontenac 70 leguas.

Los indios Tsonnontuanes, que es una de las cinco naciones iroquesas, se espantó de ver el bergantin, llamándole en su lengua la Gran Canoa; pero recibió bien á los franceses el dia 11 de el mismo mes. Dijo allí misa Fr. Luis, y trató Mota con los indios de hacer una casa fuerte de estacas para asegurar sus haciendas y comerciar con mas libertad y conveniencia con ellos, resguardados de las destemplanzas del tiempo. Los indios no repugnaron; considerando eran cosas tan precíosas las que traian, que serían muy desgraciados si las perdiesen, que ya habian participado de ellas; con lo cual luego Mota empezó á fabricar en la boca del rio de Niagara un fuertecillo de estacas que con brevedad acabó. Dejó en él nueve personas y partió con siete, y entre ellas Fr. Luis, á edificar otro de la otra parte de la caída, ó salto de agua de Niagara, en el estrecho por donde la laguna de Errie ó Conti se comunica por la Ontaria ó de Frontenac, y á fabricar una barca que con el fuerte le habia encomendado Roberto. Llegó al sitio, pero eran los frios hielos y nieves tan fuera de lo regular, que hubiera perecido con sus compañeros si se espone á tolerarlos, por lo cual trató con ellos de volverse al fuerte de Frontenac por tierra. Para seguridad del viage se fingió embajador del rey de Francia al cacique de los iroqueses Tsonnontuanes que residia en un pueblo suyo llamado Teganondies, 32 leguas distante de Niagara. Llegó al pueblo y fue recibido con gran solemnidad y ceremonias por el cacique, aunque no esperaba semejante embajada. Hízole Mota grandes promesas, dióle algunos espejos y abalorios, y le ofreció dar con mayor abundancia todo lo que los de Nueva Holanda, ó Nueva Yorck traian, y por menos pieles, admitiénd-

dolos á su comercio, permitiéndoles fabricar una canoa grande para que habia dado ya Mota algunas disposiciones.

El cacique oyó muy contento la embajada: quiso informarse muy despacio del rey de Francia; y estando haciendo varias preguntas en buena conformidad, llegaron los indios de guerra, que volvian victoriosos, de hácia la Virginia, con gran cantidad de esclavos indios, en los cuales empezaron á ejercitar horribles crueldades los del pueblo: aspaban á unos y los dejaban así para que acabáran de darlos muerte las moscas: á otros ataban, y cortaban pedazos de carne que á sus ojos asaban, y se la daban á comer por fuerza á los miserables despedazados: á otros sangraban y recogian en vasos de corteza de árboles la sangre, y se la hacian beber. Mota y sus compañeros cobraron tal horror á estas crueldades y otras semejantes, que procuraron cuanto antes dejar aquellos bárbaros; y despidiéndose de ellos se volvieron á la boca de el rio Niagara.

Roberto y otros salieron de Frontenac á 18 de noviembre en un navío de 40 toneladas, el primero que navegó la laguna Superior que despues llamaron de Frontenac: un mes de tormentas padecieron hasta que llegaron á Niagara, pueblo de los iroqueses, situado sobre la laguna Errie, ó de Contí, cerca del salto ó caída de agua del mismo nombre, donde fueron bien recibidos y pasaron aquella noche: al dia siguiente fue Roberto tres leguas de allí á buscar sitio para fabricar un fuerte; hallóle á propósito y empezó á fabricarle, de que se recelaron los iroqueses, por lo cual no le prosiguió aunque formó una buena palizada, y dió orden de que se hiciese una barca grande; reconocida parte de la tierra quiso tambien reconocer los indios; pero por los frios lo dejó para la primavera

siguiente. Juntó muchas pieles, rescatándolas por bujerías: envió 15 hombres á descubrir los indios ilineses, y Roberto se volvió á su fuerte de Frontenac, caminando á pie enjuto sobre el hielo de la laguna, que parecia mármol, dejando al caballero Tonti por gobernador del fuerte de Niagara con 30 hombres, y un Recoleta Franciscano.

Viendo el señor Volvente que los Recoletos Franciscos padecian grandes necesidades en la provincia de Acadia, señaló tierra para que pudiesen mantenerse, y llegaron despues otros religiosos á esta antigua mision suya con Fr. Claudio Moró que residia en ella desde el año de 1675.

Año de 1679.

Fr. Alonso del Moral llevando veinte y cinco religiosos de san Francisco misioneros á la Florida, estuvo detenido en Cartagena, donde llegó, mas de seis meses; y aunque pidió á don Antonio Farfán de los Godos le diese para el sustento de los frailes y lo demas necesario para el viage, se escusó por no haber caudal en las cajas reales. Buscó el Padre Moral 4000 pesos prestados para conducir esta mision. Creyó don Pablo de Hita, gobernador de la Florida, se adelantasen mucho las conversiones de indios de las provincias que están á la costa, frente de la Habana, y á la de Tierra-Firme; pero á estas partes de que años antes no se tenia cuidado solo pasó un religioso Francisco.

Envió el gobernador de la Florida á reconocer la tierra del cacique Carlos á la parte de la ensenada Mejicana, y supo la multitud de indios que habitaban aquella costa, la de la Habana y provincias de la Florida; y que la tierra adentro habia muchos indios

gentiles arranchados en varios sitios, todos muy dóciles.

Dió cuenta á el Consejo de Indias proponiendo que el Lic. Sebastian Perez de la Cerda, cura vicario de la parroquial de san Agustin le habia dicho deseaban pasar algunos clérigos seculares de la isla de Cuba á la conversion de estos idólatras, dando á entender iria con ellos, afirmando saldria muy gozoso de el gobierno si dejase introducida esta mision; porque tenia por cierto haria considerable fruto, y mas hallándose asegurados los misioneros con la fortaleza hecha en la provincia de Apalache.

Pocos dias despues de estar Mota en la provincia del rio Niagara, llegó Roberto Cavelier de la Sala con las prevenciones que pudo salvar de una tormenta que padeció en la laguna Ontaria, navegando desde Frontenac á juntarse con él: su venida apresuró la fábrica de la barca que estaba acabando Mota; y fenecida la llamaron el Grifon; embarcáronse á 7 de agosto haciendo salva con siete piezas de artillería pequeñas que tenian, dejando en Niagara á Fr. Melitonio Votó, Recoletto, con algunos trabajadores. Los indios como por novedad espantable dieron aviso á los ingleses de la nueva Holanda de todo lo que supieron, llevando la medida de la barca: tres dias por ir contra la corriente tardó Roberto en pasar la laguna de Errie ó Contí, y á 10 con tempestad á la canal que va á la laguna de los Hurones ó de Orleans; que todas estas lagunas se comunican por canales fáciles de navegar, llenas de pesca, descubriéndose en sus orillas paises fertilísimos, grandes prados al Norte y Mediodia que se pierden de vista, multitud inmensa de árboles frutales, y vides en que quedaban divertidos y admirados; y dejando á Masilimachina al Norte del canal que navegaban, subieron por la la-

guna de los Ilineses ó Delfin á la bahía de los Hediondos, que está á 40 leguas de Masilimachinac, habitada por la nacion de los poutoraraves. Forma esta bahía el agua que rebosa la laguna de los Ilineses á que da causa la boca de un gran rio llamado Onisconeing, que nace de otra laguna que dista 100 leguas; y lo que causó maravilla á Tonti fue que por el otro extremo de la bahía, sale otro rio que entra en el de la Palizada ó Misisipi; con que esta laguna es medio para que se comuniquen las dos grandes ensenadas de Méjico y la Canadá. A la entrada de la laguna de los Ilineses, que está cuatro leguas de Masilimachinac, cubrieron los indios las riberas asombrados de ver el Grifon pareciéndoles imposible que se pudiese hacer tan grande canoa, y que hecha navegase.

En la bahía de los Hediondos tuvo Roberto por conveniente enviar á Niagara el Grifon con las pieles que habia rescatado, y órden al piloto de volver al lago de los Ilineses. Él contra el gusto de muchos se hizo á la vela, y no pareció mas. Los indios dijeron que le habian visto fluctuar en una gran borrasca en la laguna (entre la de Errie y los Hurones) Michigane, que segun lo que duró y los bancos de arena y otros peligros que en el parage del fracaso habia, era forzosa su pérdida. Valia con lo que llevaba mas de 2500, escudos.

Roberto se embarcó á 18 de setiembre en algunas canoas con 17 personas y un Reoleto, y habiendo costeadado la mayor parte de la laguna de los Ilineses ó Delfin, á primero de noviembre llegó á la boca de el rio Miamis, donde volvió á juntarse Tonti á fin del mes referido con otros 20 que se habian quedado para una espedicion en Masilimachinac. Sabiendo Roberto que los indios miamis (cuyo país está situado entre los grados 35 y 40 de latitud, confin

de los iroqueses y ilineses: al Oriente de la Florida y Virginia) eran inconstantes, mandó hacer un fuerte de estacas de 80 pies en cuadro á prueba de mosquete, en que se tardó el mes de noviembre; y acabado en la mejor forma que pudo, dejó 10 hombres de guarnición en él, y fue á 3 de diciembre por tierra á la ribera de el rio que viene del Sur Oeste; y á cuatro jornadas le halló que era navegable: echaron las canoas al agua, y se embarcaron los franceses, y Roberto fue por tierra á reconocer el país. Navegaron 25 leguas, sin hallar sitio en que desembarcar, y por no alejarse mas resolvieron esperar á Roberto, enviando á buscarle en una canoa dos personas y otras dos por tierra, no tuvieron noticia alguna de él; con que muchos se persuadieron á que habia perecido entre los indios, y cuando volvieron sin él los que les buscaban creyeron lo que habian temido.

Estando muy desconsolados y sin saber que hacer, llegó Roberto tan desfigurado del gran frio y incomodidades padecidas, y tan negra la cara y las manos de la lumbre que para poder caminar y aliviarse habia encendido y soplado, que parecia herrero, y de la misma suerte venian sus compañeros. Traia dos animalejos como ratas que habia muerto con un palo, porque no huian, cuya piel era finísima de varios colores, y su carne muy regalada. La alegría que recibieron en verle igualó al susto que habian temido de algun desastre; celebraron su venida, y le rogaron todos encarecidamente no se apartase de ellos otra vez, porque con su vista participaban de su constancia para tolerar los trabajos de tan penoso viage.

Prosiguiendo en él llegaron al pueblo llamado Portage, donde dejaron en los árboles muchas cruces, y escribieron sus nombres en las cortezas para conocer el sitio, si volvian por allí; y para que si algun

francés de los que aguardaban llegaba por allí supiese su derrota.

Este pueblo segun observa don Sebastian Fernandez de Medrano en la relacion abreviada de Henepin que tradujo, *capítulo 28, folio 51*, dista 70 ú 80 leguas de los montes de Apalache, que son los que terminan por el Norte la Florida, registrada por los españoles, de cuyas vertientes se forma el rio Miamis; lo cual dice persuade que pudiendo penetrarse estos montes será muy útil á los españoles el trabajo de los franceses; pues sin gastar en descubrimientos pueden desde luego empezar la reduccion y la predicacion de los indios.

Está el referido pueblo en medio de una gran llanura que al estremo por Levante tiene otro pueblo de indios miamis, mascutenes y abinones, y en ella nace el rio de los Ilineses, que á dos leguas entra en el rio Miamis: el terreno es cenagoso y movedizo, lo cual causó gran trabajo para pasar las canoas y lo demas que llevaban, hasta tomar el rio de los Ilineses que á 100 pasos de su nacimiento es navegable; pero tan tortuoso que en un dia solo pudieron navegar dos leguas, siendo mas difícil caminar por tierra por la inestabilidad del terreno. Este trabajo unido á la carestía de víveres que se empezó á padecer, porque Roberto no se persuadió nunca á que tardaria tanto en este reconocimiento, descontentó á muchos franceses, de manera que si hubieran tenido forma de huirse á los indios que vian á lo lejos á caza de vacas salvages (de que allí hay gran cópia) lo hubieran hecho; pero el gran cuidado con que Roberto caminaba estorbó su intento, y á fin de diciembre arribaron á Pontdalavia, pueblo de 560 casas, principal de los ilineses (despues de un mes de viage) que está en 40 grados de latitud, y 278 de longitud, donde no halla-

ron ningun indio porque estaban en caza, no querian llegar á nada los franceses por no disgustarlos cuando volviesen; pero la necesidad venció este reparo, y se resolvieron á tomar maiz y otras semillas de las casas, dejando en rescate y paga en el mismo lugar, hachas, cuchillos, y cosas semejantes.

Año de 1680.

A primero de enero prosiguió Roberto su viage por el mismo rio que va hácia el Sur Oeste dejando el pueblo de los Ilineses; y habiendo navegado en cuatro dias 30 leguas, entró en una laguna de siete leguas de largo, y una de ancho, que los naturales llaman Pimiteovi, en que nunca se hiela la corriente del rio, que va á desembocar en el rio Mescasipi, ó Misisipi, que llaman los españoles Palizada. Hallándose en 33 grados y 45 minutos se descubrieron ambas riberas, pobladas de indios de guerra ilineses, que apenas vieron los franceses cuando tomaron las armas para flecharlos, enviando antes á las mugeres á los bosques: causó temor á los franceses su vista, mas la resolucion de Roberto se la quitó, mandando hacer ademan de embestirlos, él por una ribera, y Tonti por otra, lo cual bastó para que se retirasen los indios: hicieron despues señas de amigos y volvieron poco á poco de paz, y trabaron alianza y confederacion haciéndose regalos de una y otra parte semejantes á los que se han referido. Contaron los franceses el maiz que habian tomado en su pueblo y lo que habian dejado en rescate, y que si no se daban por contentos volverian lo que llevaban y tomarian lo que dejaban en pago. Los indios no consintieron en que se destrocasse dándolo por bien hecho, y los ofrecieron los demas granos que quisiesen al mismo precio, quedando unos y otros muy satisfechos y firmes en la alianza

celebrada. Tres dias duraron las danzas y músicas de los indios y los franceses; en son de regocijo disparaban sus fusiles, lo cual les hacia contenerse.

No pudo sufrir tan estrecha amistad Monzoelo, cacique de los indios mascutenes (cuya nacion y la de los utovautes están sitas en 43 grados de latitud, y 286 de longitud sobre el rio Meleoqui, que entra en la laguna Ilinesa cerca del pueblo principal), y aquella noche vino á persuadir á los ilineses rompiesen con ellos, trayendo consigo algunos indios miamis (que habitan en 41 grados de latitud, y 284 y medio de longitud, á la ribera del rio de su nombre, y á 15 leguas la tierra adentro) y un cacique de ellos, quien dió á su instancia embajada á los ilineses, asegurándolos que Roberto era tirano, mentiroso, enemigo suyo y de sus aliados, como amigo de los iroqueses, y que la paz y amistad celebrada, solamente servia para reconocer sus tierras y volver á destruirlos con el favor de los iroqueses, que así lo decian los mascutenes por saberlo en secreto de algunos franceses.

Como son tan fáciles de creer los indios, y mas en su daño, empezaron á recelarse de los franceses y se resfrió la amistad de modo, que Roberto conoció la novedad, mas no sabia la causa de tan repentina y no esperada mudanza. Hizo muchas diligencias y averiguó el motivo: procuró ganar á Monzoelo y lo logró, haciendo tambien confederacion con las naciones mascutenes y miamis. Dispuso un fuerte en un collado cerca del rio, á cuatro jornadas del pueblo principal de los ilineses, distante 400 ó 500 leguas de Frontenac; llamó al fuerte Crevecourt, porque le tenia quebrado el corazon presumir que el Grifon con su hacienda se habia perdido.

No le embarazó fabricar este resguardo habersele huido á Canadá seis hombres, atemorizados de que los indios decian ser imposible llegar al mar por el rio de la Palizada; pues cuando escapasen de la multitud de cocodrilos, serpientes y monstruos estranos que en él habia, eran innavegables los grandes saltos ó caidas de agua de su corriente, y que (á modo de Guadiana) se escondia debajo de tierra sin saber donde volvia á salir; que ademas de esto eran infinitas y muy feroces las naciones de ambas riberas á cuyas manos perecerian; haciendo tales ponderaciones los indios, que fue providencia de Dios que no desertasen todos, pues tenian tanto temor los que quedaron como los que huyeron. Otras cosas semejantes pudo oirlos Joliet en el viage que empezó, y quedaron como verdades ficciones tan poco verisímiles.

Tambien habia prevenido Roberto se hiciese un navío para navegar por el rio; pero hallándose sin lona y otras cosas, le pareció conveniente volver á Frontenac por lo necesario, pues el Grifon que habia de traerlo no parecia.

Al mismo tiempo que se trataba sobre la division de los franceses, llegaron algunos indios ilineses de tierras distantes que aseguraron á los franceses ser navegable el rio de la Palizada hasta la enseada mejicana; y que aunque á su entrada en el mar tenia bancos de arena, podia salirse al golfo por algunos canales que daban libre paso á las embarcaciones; que las naciones de indios que habitaban á las riberas eran muy humanos, y que en él no habia mas monstruos que cocodrilos ó caymanes, cuyos riesgos se desvanecian navegando con cuidado. Uno de los indios que se mostraba mas inteligente fue regalado de los franceses porque delinease la corriente de el rio, y brevemente pintó con carbon su cur-

so mejor que podia esperarse de la ignorancia de esta gente.

Estas noticias y otras que dieron de las provincias cercanas al rio, animaron á los franceses; pero la mayor parte que estaba muy contenta de dar la vuelta á Frontenac, persuadia á los demas que los indios decian fábulas por lisongear el gusto de Roberto; el cual los aseguró concebía que hablaban verdad aquellos indios; y que si consiguiesen el fin de la salida de Niagara, serían tan estimados, como aborrecidos, volviéndose sin lograrle por flojedad. Púsolos delante la constancia de los españoles en la conquista de las Indias, pasando hambres intolerables y trabajos increíbles, sin haber desmayado entre las mayores crueldades y riesgos su valor. Habló despues á los principales indios dándolos á entender que Monzoelo ó Mausolea los habia engañado, porque él y sus compañeros sabian de cierto (como venian en nombre del Criador de todo á peregrinar por aquellas tierras y á hacer bien á los naturales) que el rio era navegable. Refirió con mas estension y certidumbre lo que contaban los indios, y que tenia resuelto volver con algunos de los suyos á Canadá por mercaderías para regalarlos, dejar otros en el fuerte de Crevecourt, y enviar otros al rio Misisipi. Admirados los indios ilineses y mascurenes de lo bien que sabia Roberto el curso del rio, y contentándolos que fuese por mercaderías para darlos, pusieron los dedos en la boca confesando despues era verdad lo que decia; y que ellos habian exagerado tanto aquellas dificultades porque se quedase á vivir con ellos. Roberto satisfizo con que ya les daba ese gusto en los soldados del fuerte, de que nombró por gobernador al caballero Tonti, encargándoles le tratasen como amigo, que él tendría cuidado de agradecerlo y pagarlo.

Habiendo á su parecer sosegado Roberto á los franceses descontentos que trataban de dejarle , cansados ya de vagar entre bestias y entre indios , no pudiendo sosegar en sus intentos , le pareció convenia á su adelantamiento , que por el rio de los Ilineses saliesen algunos al de la Palizada , y llegasen á su nacimiento costeando sus riberas , para reconocer las naciones que habitan al Nordeste de aquellas provincias , y bajar él con otros observando lo mismo hasta salir al mar.

Estando previniendo la ejecucion de sus discursos , los inquietos resolvieron darle veneno la noche de Navidad , y á todas las personas de su confianza para quedarse con todo. Así lo ejecutaron , y apenas se levantaron de hacer colacion Roberto y los suyos , cuando empezaron á molestarlos grandes congojas , envueltas en apreturas del corazon y sudores frios. Conoció Roberto el daño , y tomó triaca y los demas avenenados , que á no llevarla consigo murieran sin duda él y todos los que cenaron con él.

Viendo los malvados libres á los que creyeron muertos , se huyeron á los montes ; hizolos seguir Roberto , y jamás pudieron ser hallados para darlos el castigo correspondiente á su maldad. Procuró llenar su número con indios mozos , que voluntariamente venian á servirle , y algunos franceses que andaban descarriados ; de suerte que en pocos dias tuvo mas gente que antes , y aumentó con el comercio su hacienda.

Parecióle á Roberto ser ya tiempo de ejecutar sus designios ; nombró á Dacán para que entrase en Misisipi acompañado de cuatro franceses y cuatro indios , y á Fr. Luis Henepin , flamenco , natural de Atha , en la provincia de Hainaut. Embarcáronse en el rio de los Ilineses (que llamaban de Segnelay) , á 28 de

febrero de 1680, y subieron por el rio Misisipi 450 leguas hasta llegar á siete de su nacimiento, saltando en una y otra ribera á reconocer la tierra; tiene su origen este rio en una alta cuesta, situada en 50 grados de latitud, en la provincia de los indios isatis, y á 4 ó 5 leguas de su nacimiento ya es navegable por los muchos rios que entran en él. Habitan sus riberas innumerables naciones, y entre ellas los indios nadovesaves, hanetones, ovas y thintoas, entre los cuales fabricó Dacán algunas casas, y especialmente en los isatis, llevado de la amenidad de los paises y docilidad de los indios, y del abundante comercio que habia de pieles. Llegó hasta la laguna de los Arsenipoitis (que tendrá 30 leguas de circuito). La nacion de este nombre es muy feroz; pero recibió bien á Dacán, y fabricó allí y en la provincia de los indios chongaskabes, sus vecinos, otras dos casas: así cuenta este viage Tonti; pero el P. Henepin (á quien se refiere Fr. Cristiano Le Clerq en la *segunda parte del Establecimiento de la Fé en Canadá, capítulo 22*) no va conforme, y cuenta dilatadamente su viage á los isatis, entre los cuales estuvo ocho meses, hasta que despues de varios trabajos, hambres y fatigas que padeció, con dos soldados salió á Masilimachinac y á Quebec, de que imprimió un libro en París año de 1685. Y habiendo tenido varias disensiones con Roberto y sus amigos, se pasó á Holanda, donde imprimió otro, dedicándole á Guillermo III, rey de Inglaterra, incitándole á la conquista y poblacion de estos paises hasta la ensenada de Méjico. Resumióle don Sebastian Fernandez de Medrano, admitiendo el atrevimiento y falta de fé del autor, causada de la ira en que le encendió el presumido desprecio de sus desvelos.

En esta sospecha, y por no referir dos veces el

paso al seno mejicano por el rio de la Palizada, escusamos decir el que imputan, á quien aun no era digno de esta obscura memoria.

Roberto empezó su camino á Frontenac, para poner en práctica el designio del reconocimiento de Misisipi, con cuatro franceses y un indio, por tierra, á 2 de marzo, (Tonti dice que á 8 de noviembre), y á 11 del mismo mes llegó al pueblo principal de los ilineses, donde estaba Fr. Cenobio Mambre, con quien se detuvo un dia; observó la amenidad del país y su situacion en medio de las naciones de los indios miamis, outagamis, kicoagoves, ainoves, mascoutenes y otras, y propuso hacer un fuerte en una alta roca que dominaba la campaña, para ir reduciendo las naciones; envió á Tonti la planta con orden de que luego viniese á fabricarle, y al dia siguiente sobre el hielo continuó su viage. Encontró dos franceses que él habia enviado á Masilimachinac á saber de una barca suya, la cual ellos habian quemado, y vendido á los iroqueses las mercaderías; diéronle la disculpa de que no la habian hallado, y los mandó se juntasen con Tonti en el fuerte; y prosiguiendo su viage llegó á Frontenac, aunque no sin contradicciones y pesadumbres. Dispuso lo necesario al socorro, y embarcado con ello en canoas partió á 23 de julio á la provincia de los ilineses.

Los franceses que dejó Roberto en el fuerte de Crevecourt, persuadidos de los dos soldados que habia enviado (que los dejaban vendidos á los iroqueses), empezaron á inquietarse á tiempo que Tonti habia pasado á hacer el fuerte en el pueblo del Ilinés, dejando el gobierno de Crevecourt al que le pareció mas fiel. Esparcieron muchas mentiras del riesgo en que estaban, que de el viage no volveria Roberto. Conjuráronse muchos, y juntos robaron las merca-

derías, víveres y municiones; y prevenidos lo mejor que pudieron se encaminaron al fuerte, que estaba á la boca del rio Miamis, sin que las ofertas y amenazas de los misioneros Franciscanos y otros pudiesen detenerlos; antes parece que las persuasiones incitaban mas su indignacion; y así se vió, pues llegados al fuerte de Miamis, le demolieron, y se fueron á Masilimachinac con ánimo de robar las pieles y demas hacienda que tenia allí Roberto, contra cuyos intentos, dignos de mejor fortuna, se empleaba la malicia de estos pérfidos ladrones infames.

El caballero Tonti que estaba en el pueblo principal de los ilineses, formando la fortaleza encargada por Roberto, fue avisado de los estragos y de la fuga de los malhechores, y sin dilacion pasó á Crevecourt, donde solo halló siete ó ocho franceses que no habian querido seguir á los desertores. Hizo un proceso verbal de lo sucedido y se le envió á Roberto por diferentes caminos, pidiéndole socorros pronto, pues quedaba á la discrecion de los indios. Trató de su seguridad, y como habia armas y pólvora, que no pudieron llevar los conjurados, animó á los que estaban con él para cualquier fracaso. Prosiguió agasajando á los indios ilineses, con cuyo auxilio remedió las desgracias causadas por la traicion.

Cuando Roberto supo la novedad hizo buscar los malhechores, y cogió la mayor parte. Algunos fueron ahorcados y otros reprendidos y perdonados; pero nunca le fueron buenos compañeros. Procuró juntar alguna gente, y respondió al gobernador Tonti que tuviese firmeza y esperase con la poca gente que tenia, hasta que le enviase socorros que le pusiesen en seguridad. Así estuvo un año Tonti aumentando su poca gente con indios que le asistian, y algunos

franceses descarrados que llegaban, de que se juntaron hasta 20.

Los misioneros que el seminario de Monte Real habia enviado á predicar á los indios iroqueses que habitaban al Norte de la laguna Ontaria, viendo inútil su desvelo, y ser lo mismo quererlos reducir que convertir piedras, se volvieron á Monte Real, donde tomaron el cuidado de un pueblo nuevamente formado de iroqueses y hurones, distante un cuarto de legua de Ville María.

A 26 de diciembre se despachó cédula real al obispo de Cuba para que hiciese publicar en su obispado, que los clérigos que voluntariamente quisiesen pasar á las nuevas conversiones de la Florida, costas Mejicana y de la Habana, lo ejecutasen, prece- diendo eleccion por el obispo de los que fuesen mas á propósito entre los que quisiesen ir, y licencia de el gobernador de Santiago de Cuba, á quien se despachó otra cédula real el mismo dia.

Mandóse dar á los clérigos, para el gasto del viaje, todo lo que necesitaban desde Santiago ú otras partes de la isla de Cuba á la Habana, de cualesquier caudales del rey; y desde el dia que llegasen á la Habana los alimentasen los oficiales reales, hasta que se embarcasen en el navío que el gobernador de la Florida despacha todos los años por bastimento, en el cual se les asistiese todo el tiempo que estuviesen embarcados, hasta llegar á la Florida, como se hacia con los demas misioneros.

Tambien se despachó cédula al marqués de la Laguna, conde de Paredes, virey de Méjico, dándole órden de que aumentase al sueldo de los soldados del presidio de la Florida, la porcion correspondiente al número de clérigos que pasase á la Florida, para que se les pagase desde el dia que llegasen á la

ciudad de san Agustin, á 115 ducados de plata cada año como á los soldados.

Encarga su Magestad al obispo, que los que eligiere sean sugetos hechos, y sacerdotes de buena vida y costumbres, y de todas las calidades necesarias, para que desde luego que lleguen á la Florida puedan emplearse en el ministerio de curas en las nuevas conversiones de los indios, y que dé cuenta de todo lo que se fuere obrando, y aviso al gobernador de la Florida del número de los clérigos y sus nombres, conformándose en las partes por donde habian de entrar á nuevas conversiones, sin introducirse en lo ya reducido, gastando en la conversion de las almas el tiempo que harian perder las disensiones.

Esta santa y piadosa determinacion no tuvo efecto, porque la contradijeron los cabildos secular y eclesiástico, y el gobernador de la Florida ó no puso ó no pudo poner el cuidado que era preciso en la asistencia y seguridad de los misioneros.

Luego que don Juan Marquez Cabrera recibió la posesion del gobierno de la Florida de don Pablo de Hita y Salazar, visitó la provincia de Apalache y todas sus poblaciones; y habiéndole dado algunas quejas los vecinos del pueblo de Mascarasi, que dista 600 varas de san Agustin, propuestas por el protector de los indios, de los religiosos doctrineros de san Francisco, pidió al provincial que si tenian alguna verdad procurase evitarlas, y ver si podia reducir á que un doctrinero solo cuidase de dos ó tres pueblos pequeños de indios que estuviesen cerca unos de otros, pero el provincial no le respondió.

De todo dió cuenta al Rey y al Consejo en 8 de diciembre, y se mandó enviar carta al comisario general de Indias Fr. Miguel Avengoza, para que in-

formase y mandase al provincial lo que conviniese para remediar estos daños.

Año de 1681.

Desmintiendo el gobernador Tonti su desventura con los ilineses amigos y aliados de Roberto, creyeron cuanto les referia; y con mucha maña se iba manteniendo en su fuerte y en el pueblo de ellos. Duró poco este alivio, que era muy grande en aquella ocasion, porque seiscientos indios iroqueses enemigos de los ilineses, persuadidos de los amotinados que deseaban todo mal suceso en los negocios de Roberto, llegaron á fin de agosto á un cuarto de legua del pueblo en que estaban, de guerra, divididos en dos escuadrones con dos capitanes: uno se llamaba Tangacurte, cacique de los indios tsonuontvanes, y otro Agustot de los desovatages; luego renovaron los ilineses las primeras sospechas contra los franceses, de que solicitó Tonti desviarlos, y hizo se previniesen á la defensa, repartiendo los 20 franceses que tenia entre 500 indios de guerra que se habian juntado, quiso concordarlos; pero ó fuese que duraba vigorosa la persuasion, ó que no hiciesen caso de los pocos franceses, ó ver cercano á cumplirse el deseo de vengarse de sus enemigos, rehusaron los indios iroqueses la paz, y se mostraron tan atrevidos, que estando proponiéndolos Tonti pactos para ejecutarla, un indio le dió una herida cerca del corazon; pero tropezó el acero en una costilla que le libró del riesgo: estuvieron para darle muerte despues, y este era el parecer de Tangacurte, á que se opuso Agustot, que era amigo de Roberto, y venció enviándole libre. Halló de vuelta entre los ilineses á Fr. Gabriel de la Riburde y Fr. Cenobio Mambre, que venian á saber el estado en que se hallaba; y no

pudiendo hacer que los ilineses resistiesen mas, se retiró á su fuerte con los franceses. A este insulto se siguió el de entrar los iroqueses al pueblo de los ilineses, haciendo con los que encontraban cuantas crueldades puede imaginar la impiedad; y faltándolos vivos en que ejercitarlas, porque los ilineses con toda presteza habían huido desfilándose á la otra parte del rio de la Palizada, donde tenian antes puestas en salvo sus familias, la emplearon contra los muertos y sus sepulcros, esparciendo sus huesos por todas partes, y diciéndolos muchas injurias y afrentas.

Dos dias despues parecieron sobre un cerro muchos ilineses haciendo grandes bravuras y dando muchos gritos; creyeron los iroqueses habían sido llamados por el gobernador Tonti, y que era mayor el número de gente, y empezaron á recelarse y temer. Pidieron al gobernador los propusiese paz; fue con Fr. Cenobio y le oyeron con gusto los ilineses; quedóse entre ellos un iroqués principal que llevaba por rehenes, y dieron á Tonti facultad de hacerla como quisiese. Volvió á los iroqueses y los refirió lo que sucedia; y llegó despues otro indio ilinés por rehenes de lo que aseguraba, y dijo lo mismo que el gobernador; añadiendo simplemente que el número de su gente solo era de 400 hombres, y que los regalarían con castores y bastimentos si hiciesen la paz.

Los iroqueses viéndose burlados en su creencia, dijeron al gobernador que los había engañado ahuyentando los enemigos, quitándolos de las manos la victoria y el despojo, y quisieron darle muerte; pero habiéndose disculpado con que muchos de los que venian habían dejado el campo, quedando reducidos á tan corto número, enviaron los iroqueses al indio ilinés para que viniesen á tratar la paz los principales de su nacion: recibiéronlos con humanidad, y hi-

cieron alianza ; pero luego los iroqueses empezaron á fabricar con gran priesa canoas de cortezas de árboles ; y creyendo el gobernador eran para seguir á los ilineses retirados por el rio, se lo advirtió á un ilinés principal para que se retirasen á otra parte.

A 8 de setiembre llamaron los iroqueses á la junta, en que estaba Fr. Cenobio, al gobernador: sacaron seis fardos de pieles, y con mas desvergüenza que cariño dijeron, encarándose al gobernador, que su nacion hacia aquellos presentes en seguridad de su buena intencion ; los dos para el conde de Frontenac, asegurándole no comerian mas á sus hijos los ilineses ; otro á él, para que le sirviese de emplasto á su llaga ; otro para que le trocarse por aceite para untarse las piernas el P. Cenobio, para andar mas ligeros en sus viages ; otro para que adorasen al sol ; y el último para que se fuesen de allí y de todas las habitaciones francesas al dia siguiente.

Confundido el gobernador de su atrevimiento, fundado en su poder, sin dar muestra de enfado, agradeció con grandes extremos los regalos del conde de Frontenac, y la oferta del buen trato de los ilineses, y del emplasto y aceite que los daban, y pidió conservasen siempre esta buena correspondencia: preguntólos ¿cuándo se irian y mandarian volver á sus casas los ilineses? Pareció á los indios muy atrevida la pregunta, porque al instante se levantó entre todos un murmuréo que calificaba su desazon: algunos le respondieron, que si era tan curioso ya irian á responderle despues de haber comido algunos franceses é ilineses. Viendo Tonti que la disimulacion no bastaba, empujó con el pie el fardo que le habian dado, y les dijo: que no habia menester regalos de tan mala intencion, que se iria sin su licencia cuando quisiese. Entonces se levantaron los ca-

ciques ó capitanes, y le dijeron que se fuese; y un indio abenaqui le avisó que saliese presto, como lo hizo con Fr. Cenobio, caminando al fuerte á buen paso, donde estuvo con la mejor guarda y al mayor cuidado.

Aquella noche determinó dejar el fuerte, porque tenia tan poca gente, que si los iroqueses porfiaban en acabarla lo lograrían; pues solo estaban con él quince hombres y los dos frailes Recoletos, y para partir al amanecer mandó liar la ropa y mercaderías; pero algunos franceses dijeron no querian seguirle con varios pretextos.

Y á 11 de setiembre (aunque Fr. Cenobio dice que á 18) habiendo repartido entre los que no le seguian lo que no podia llevar, se metió al amanecer en una canoa con los cinco franceses, Fr. Gabriel de la Riburde y Fr. Cenobio Mambre; y si como navegaron al Norte, navegan al Sur de la laguna Ilinesa ó Delfin, encuentran á Roberto que ya volvía á este tiempo de los Ilineses, pero no tuvieron esta fortuna. Era la canoa de tan mala calidad, que los fue preciso al medio dia desembarcar para aderezarla y sacar algunas pieles.

En tanto Fr. Gabriel fue por la costa paseándose con su breviario á rezar el oficio, y encontrándole los indios quicapoas, le dieron muerte y le cortaron el cuero de la cabeza con el cabello, llevándole á su pueblo por trofeo. Esperaron á que volviese los compañeros, y como no venia fueron á buscarle por varias partes, siguiendo sus huellas hasta que las hallaron borradas con otras muchas: entonces se entraron en la canoa huyendo el riesgo de la detencion; y aunque Henepin culpa á Tonti, no hay mas causa que ser amigo de Roberto; pues Fr. Cenobio que iba con él supo mejor la verdad

que dejó escrita. Fueron navegando la costa á pequeñas jornadas por si Fr. Gabriel salia á ella; y perdida la esperanza de hallarle, discurrieron lo que sucedió.

Pasaron trabajos escesivos en la navegacion, hasta 20 de octubre que entraron en la laguna llinesa; pero un recio viento los echó en la orilla á mas de 20 leguas del pueblo de Potavalamia, con gran falta de bastimentos, por lo cual saltaron en tierra; aunque Tonti iba tan débil de una calentura, y las piernas tan hinchadas que apenas podia moverse. Llegó con gran trabajo al pueblo que halló desierto, pero no de maiz, de que se proveyeron y volvieron á embarcarse en la laguna, y á los dos dias los arrojó á la orilla otro viento; tomaron tierra, y guiados por las pisadas de hombres que hallaron recientes, llegaron á un pueblo de indios poutovalamis, donde hallaron algun maiz y ciervo en cecina, de que se proveyeron, porque tambien estaba despoblado. Fueron á la bahía de los Hediondos, donde hallaron en caza de castores á los indios, de cuyo pueblo venian. Onanchise su cacique los recibió bien; y habiendo descansado, volvieron á embarcarse en la laguna á 7 de diciembre á Masilimachinac; pero al cabo de ocho dias los echó el viento al sitio de donde habian salido: ya no estaban allí los indios que tanto los habian agasajado, y habiendo hallado algun maiz y carne de ciervo acecinada, quisieron embarcarse, y reconocieron estar helada la laguna: determinaron ir por tierra sin saber el camino; pero dos indios de la nacion de los outaovas los guiaron. A las tres horas largas de camino dieron en un pueblo de los poutovalamis, donde hallaron algunos franceses que vivian entre los indios; de todos fueron bien recibidos, y pasaron el invierno con bastante comodi-

dad. Fr. Cenobio se fue á la residencia que tenían en lo interior de la bahía los PP. de la Compañía de Jesus.

Los vientos contrarios impidieron á Roberto tomar el estrecho de la laguna Errie hasta fin de agosto: embarcóse á principio de setiembre en ella, con Foresto su teniente, y llegó á Masilimachinac, donde por falta de bastimentos se detuvo hasta octubre, no hallando en tres semanas quien le diese maiz ni lo demas que necesitaba: los indios, á trueque de aguardiente, le dieron maiz; y sin noticia de la tragedia de Tonti salió á 4 de octubre, y entró á 28 de noviembre en el rio Miamis, donde dejó un carpintero con algunos franceses para reparar el fuerte destruido. Llegó al Ilinés y vió quemado su principal pueblo, y que los iroqueses habian dejado el país sabiendo su venida: solicitó con los ilineses volviesen á su tierra, que él haria un fuerte en ella que los defendiese de los enemigos.

Todo el invierno se estuvo el caballero Tonti con sus compañeros en el pueblo de los indios pou-tovalamis muy regalado, y no menos Fr. Cenobio de los PP. de la Compañía de Jesus. Volviéronse á juntar á fin de marzo, y restaurada la salud de todos, se embarcaron y llegaron á Masilimachinac á principio de abril para esperar á Roberto, de que en siete meses no habian tenido noticia.

Fue grande el sentimiento de Roberto y sus compañeros: visitó el fuerte de Crevecourt, y puso en él quince hombres de guarnicion. Volvió á llamar á los ilineses; pero el horror que tenían á los iroqueses, los quitaba el deseo de volver á su tierra, por lo cual obedecieron pocos hasta que hubiese mayor seguridad.

Viéndose Roberto con tan poca gente, procu-

rando aumentar sus fuerzas, pasó á hacer confederacion con algunas naciones de indios. Llegó al pueblo principal de los indios outagamis, donde algunos iroqueses le repitieron los lastimosos sucesos. Procuró dejar amigo al cacique de los outagamis, instándole á que se uniese con otros contra los iroqueses; porque en cualquier empresa sabia que era de mucha importancia tener amigos los indios. El cacique se dió por bien afortunado en aceptar la amistad que Roberto le ofrecia, y quedaron conformes. Trató lo mismo con el cacique de los miamis con el mismo efecto; y pareciéndole que estas confederaciones le aseguraban, volvió á despachar aviso á los ilineses, retirados á la otra parte del rio de la Palizada, en la provincia de los indios ozages, para que se volviesen á su pueblo y tierras. Los caciques de los outagamis y miamis procuraron entrar en la alianza el cacique de los chaovenones, pero no lo pudieron conseguir; por lo cual Roberto le envió embajadores con muchos regalos y ponderaciones, que uno y otro celebró mucho, y entró en la confederacion contra los iroqueses.

Conseguidas por Roberto estas alianzas y las de otras naciones, volvió al fuerte de Crevecourt, y empezó á fabricar el que tenia delineado junto al pueblo principal de los ilineses, donde habian ya vuelto algunas familias de indios: supo de algunos mercaderes franceses, que Tonti estaba en Masilimachinac, y resolvió ir á buscarle en dejando seguro aquel país.

Los ingleses habian reconocido una provincia de la Florida, que dista doce leguas de otra que llaman Newcastle; el aire era suave y sereno; el estío durable y de esceso calor; el invierno corto y mas frio que en Inglaterra. Habia en ella muchas arbo-



ledas y montes de cedros, encinas, castaños, nogales y otros árboles que no hay en Europa; tiene abundancia de perdices, faisanes, palomas y otras aves, muchos rios, y en ellos bastante pesca; la tierra es muy fértil. Llamáronla Silvania los ingleses; y habiendo sabido estas calidades, pidió esta provincia para habitarla, al rey Carlos II de Inglaterra, un quaker ó temblador (secta bárbara, descortés y abominable) que se llamaba Guillermo Pen, y se la concedió. Pen hizo gran diligencia en poblarla; dió muchas franquezas á los que fuesen á vivir á ella: estableció libertad de conciencia, convidando á los hugonotes de Francia refugiados en Inglaterra; muchos fueron, y continuamente van: dióla su nombre, y hoy es conocida con el nombre de Pensilvania. Alrededor de esta provincia hay varias poblaciones de suecos, holandeses y ingleses, que llevan á ella todo lo que necesita: comercian en seda, vino, azafran, aceite, lino, tabaco y otros géneros; y el trigo y cebada, y todas las legumbres de Europa se dan muy bien en ella.

No pudiendo dar otra razon mas fundada de lo que escribia don Juan Marquez, que el P. comisario general de Indias, Fr. Miguel Avengoza, se le mandó por el Consejo enviar la carta que habia escrito el gobernador en 8 de diciembre antecedente; y en 3 de julio hizo el informe (habiendo dado órden á Fr. Domingo de Noriega, comisario general de Nueva España, para que aplicase remedio pronto á cualquier daño ó queja justa que hubiese; y al provincial de santa Elena para que obedeciese al comisario): en cuya virtud se despachó real cédula en 27 de setiembre, para que se encargase al nuevo comisario general (por haber muerto en este intermedio Fr. Miguel) advirtiese á sus súbditos corrigie-

sen con suavidad y blandura á los indios sin exasperarlos, para que se consiguiese mejor así el servicio de Dios, y atendiesen ellos mas á la doctrina y enseñanza; y que el trabajo de los indios se les pagase, haciendo que el provincial de santa Elena y sus religiosos guardasen puntualmente las ordenanzas que diese el comisario general para el alivio y conservacion de los indios.

El obispo de Cuba resolvió ir á visitar la Florida, tierra de la jurisdiccion de su obispado: escribiólo al provincial de la provincia de santa Elena; pero 11 dias despues falleció. Hubiera sido de gran utilidad su visita, porque este obispo conocia muy bien los indios; porque habia sido muchos años cura de ellos y provisor de la Puebla.

Aplicóse el gobernador Marquez á fenecer el castillo, juntando tantos materiales de piedra, cal, madera y herramientas, que sobró porcion despues de acabado.

DECADA DECIMOCTAVA.

SUMARIO.

Don Juan de Cisneros, canónigo de Cuba, se ofrece con otros sacerdotes á ir á predicar á la Florida; frústranse sus buenos deseos. Insiste don Juan Márquez en que se erija en abadía san Agustín. Muere el obispo de Cuba. Apresa don Andrés de Ochoa y Zárate á un pirata francés, de quien sabe los intentos de Roberto Cavelier de la Sala. Da cuenta al marqués de la Laguna, virey de Nueva España, que despacha á reconocer la ensenada de Méjico á Juan Enriquez Barroto. No halla extranjeros y se vuelve á la Vera Cruz. Ordenes reales para que se cuide de la conversion de las naciones de indios, confinantes á la Florida. No se permite á Fr. Nicolás Lopez pase á la reduccion de 75 naciones, en el Nuevo Méjico. Don Juan de Ayala, sargento mayor de la ciudad de san Agustín, viene á España por socorro, y vuelve con él á la Florida. Roberto Cavelier de la Sala baja con 44 personas por el rio Misisipi ó de la Palizada, hasta la ensenada de Méjico, y vuelve á Canadá. Llega á Francia, propone grandes ventajas á aquel reino de sus descubrimientos. El caballero Tonti, gobernador del fuerte de san Luis de los ilineses, visita el de los Miamis, y hace poblar indios cerca de el de san Luis; sitianle los iroqueses, y son derrotados. Feure de la Barra sucede en el gobierno de Canadá al conde de Frontenac. Consulta al rey de Francia la guerra contra los iroqueses, hasta extinguirlos. Llévale socorro de gente el baron de La Honthán, que observa sobre el banco de Terranova 23 grados de variacion en la aguja al Nordeste. Barra sale contra los iroqueses: enferma su gente: trata paz. Soberbia de Grángula, iroqués. Viage de Roberto á la ensenada de Méjico, en compañía de Beaujeu: no halla la boca de Misisipi: déjale Beaujeu, y se vuelve á Francia. Intenta Roberto poblar en la bahía de san Bernardo, que llamó de san Luis, y reconócela. Pierde sus navios: entra la tierra adentro á descubrir al Misisipi tres veces. Llega al Nuevo Méjico y no halla noticia del río. Paisés que vió; naciones que trató; observaciones que hizo; tempestades,

lluvias, inundaciones, trabajos y miserias que padeció; rios, montes y caminos que penetró. Fomento que dieron sus persuasiones á la rebelion del Nuevo Méjico. Tonti baja por el rio de la Palizada á buscar á Roberto: no halla noticia de él, y se vuelve á los Ilíneses, dejando poblado en Akansa. Duhaut y Liotot dan muerte, entre el pais de los indios palaguesones y novadiches, á Roberto Cavelier, y se alzan con la hacienda y gente. Hiens acaba á los homicidas, y se alza por cabeza. Quédase entre los indios cenís, y envia á Cavelier, presbítero, hermano de Roberto, á Fr. Cenobio Mambre y otros, dándolos parte de lo que habia robado. Llegan por entre muchas naciones á la casa fuerte de Akansa. Pasan al fuerte de san Luis de los ilíneses, adonde Cavelier saca 7000 libras á Tonti, con una carta falsa de Roberto, callando su muerte, y se va á Francia. Sucede á Barra el marqués de Enonville: va á Monte Real. Publica guerra á los iroqueses; destruye algunos pueblos y sementeras. Crueldades que ejecutan en los descuidados los franceses, y constancia de los indios cautivos. Otros sucesos de la guerra, en Monte Real y Niagara: La Honthán va á comandar el fuerte de san José. Vuelve Tonti á bajar por el rio Misisipi, y reconocer las naciones. El conde de la Monclova sucede al marqués de la Laguna. Hace junta en la Vera Cruz para echar de la ensenada de Méjico á los extranjeros. Don Martin de Ribas y don Pedro de Iriarte van á reconocerla con Barroto; hallan pedazos de los navíos franceses: van á lo mismo los capitanes don Andrés de Pes y don Francisco Gamarra, con el piloto Luis Gomez Raposo. Llegan al lago de san Bernardo, al cabo de Apalache y á Panzacola, y vuelven á la Vera Cruz despues de los bergantines. Vuelve don Andrés de Pes á reconocer á Misisipi y La Movila: viene á España y es nombrado almirante de Barlovento. Don Alonso de Leon va á descubrir la poblacion de los franceses: hállalos muertos por los indios, y envia á Méjico á Grollet y Larqueveque. Fraudes de Rat ó Adario, para impedir la paz con los iroqueses, los cuales destruyen á Monte Real. Reconoce La Honthán el rio Largo. Vuelve á Canadá el conde de Frontenac. Fortifica á Quebec. Los ingleses se apoderan de Acadia. Iberbille va á la bahía de Hudson. Don Diego de Quiroga, gobernador de la Florida, propone se le envíe moneda de vellon, y resguardar la ciudad de san Agustin del impetu del mar. Del animal Michichibi y otros notables.

Año de 1682.

Publicóse en el obispado de Cuba la cédula real de 26 de octubre del año de 80. El primer sacerdote que se ofreció á ir á predicar á los infieles, fue el doctor don Juan de Cisneros, canónigo mas antiguo de la iglesia catedral de Santiago, hombre de letras, virtud, y limosnero; y aunque intentaron impedirle tan santo propósito los cabildos eclesiástico y secular de Santiago, redujo á concordia sus contradicciones, y quedó libre para tan santo viage, llegaronsele siete sacerdotes de las calidades que se requerian para este encargo. Esto supo don Juan Marquez, gobernador de la Florida, por carta del obispo de Cuba (que le escribió 11 dias antes que muriese); pero el gobernador de Cuba no les dió como el rey lo habia mandado para el viage, por no tener medios, aun 300 pesos con que se contentaban para llegar á la Habana, cuyo gobernador estaba pronto á aviarlos.

Por lo cual **D. Juan Marquez**, viendo frustrada la real intencion, volvió á proponer se erigiese en abadía la iglesia de la ciudad de san Agustin de la Florida como era la isla de Jamáica.

Dejando Roberto asegurada la tierra de los ilineses contra los iroqueses si volvian á hacerlos daño, á 22 de mayo resolvió ir á buscar al caballero Tonti. Atravesó los paises de algunas naciones, agasajándolas mucho y dejándolas á su devocion: llegó á Masi-limachinac á mediado agosto, donde imaginó hallar toda la guarnicion que dejó en los Ilineses con su gobernador; pero solo halló desventuras con la noticia de la muerte de Fr. Gabriel y la certidumbre del naufragio del Grifon. No se dió á partido con las desgra-

cias, antes resolvió volver á Frontenac, ajustándose primero con los acreedores que le molestaban.

A los seis dias partió á Frontenac con Fr. Cenobio: Tonti y otros tomaron tierra en Féjagou, pueblo de iroqueses donde rescató algunas pieles; y dejando en él á Fr. Cenobio y Tonti para que le esperasen, se entró en una canoa y llegó felizmente á Frontenac. Halló para hacerse á la vela á buscarle una barca grande cargada de municiones, mercaderías y algunos soldados; la cual despachó luego con orden de lo que habia de ejecutar, y quedó dando providencias para que no se malograra la empresa que maquinaba.

El caballero Tonti luego que recibió la barca y las órdenes fue en ella á Niagara, y de allí la llevaron por tierra hasta la laguna Hyereo que la volvieron á echar al agua. Embarcáronse con él 20 hombres, y escogiendo las mejores mercaderías, en tres dias se puso en la ribera del rio Miamis: allí aumentó los bastimentos tomando mucha caza, y juntó algunos indios quicapovas, lobos y abenaquis.

Roberto pasó á Monte Real á ver al conde de Frontenac, pero no le halló; por lo cual teniendo ya prevenido todo lo que pareció preciso, se volvió á su fortaleza de Frontenac: dejó en ella por su teniente á Foresto, y poniendo en seguridad su hacienda, se embarcó á 28 de agosto en seguimiento de Tonti: llegó por noviembre al rio Miamis y dió gracias á Tonti de su buena conducta. Asegurado aquel país lo mejor que pudo, escogió 23 franceses y 18 indios lobos, ó machinganes y abenaquis, que son muy fuertes y resueltos, y determinó con ellos hacer su viage. Diez indias le rogaron las llevase consigo para guisar la comida, con las cuales y tres indiezuelos, se embarcaron 54 personas en canoas en el rio Miamis, y llegaron á la boca de el llamabo Chezagu ó Chicacu,

desde donde anduvieron una legua por tierra hasta el rio de los Ilineses (ó Segnelay), por el cual fueron al pueblo principal de los ilineses.

Año de 1683.

El dia 3 ó 4 de enero llegó Roberto con las 54 personas y todas sus prevenciones al pueblo principal de los ilineses, que halló en el mismo estado que le dejó. Habia durado dos meses el invierno con gran rigor; y por estar helados los rios, empezó Roberto por tierra el camino; y habiendo andado 30 leguas cesó el rio derritiéndose el hielo; con que á 24 de enero entró en canoas en el rio de los Ilineses. Y á 2 de febrero llegó por él al rio Misisipi ó Palizada, por la boca del rio Ilinés, que está en 38 grados de latitud. Estorbaron los hielos desprendidos en su corriente el viage hasta el dia 13 que empezó á navegar el rio Misisipi abajo, y á seis leguas reconocieron la entrada del rio de los Ozages que viene del Oeste, y entra tan turbio que no se puede beber el agua. Procuraron saber la causa, y los indios informaron que se componia de arroyos arenosos y pasaba por cenagales. Toda la costa estaba muy poblada y abundante de caza, especialmente cibolas y castores.

El dia 20 navegaron seis leguas mas, llegaron á un pueblo que se llamaba Tamaron; sus vecinos estaban en caza, dejaron en los árboles señales de su llegada y de su derrota. Navegaron poco á poco reconociendo una y otra ribera, en las cuales andaban muchos indios cazando y pescando, y á lo mismo salian algunos franceses á ellas.

Habiendo navegado desde Tamaron 40 leguas pasaron la boca del rio Ovavache, y por hallar baja el agua y no dar lugar las riberas llenas de juncos á de-

tenerse, fueron 42 leguas adelante, y á las 45 dieron vista á un pueblo de los indios de Akansa, y por haberle parecido bien á Roberto la tierra, mandó hacer allí un fuertecillo para reconocerla. Los indios naturales vinieron luego en una piragua, y poco á poco fueron llegando todos menos las mugeres que habian huido.

Estos indios no se parecian á los del Norte, que son tristes, ásperos, y severos; porque eran muy bien dispuestos, muy alegres y modestos: tenian sus casas bastecidas de aves domésticas, pesca y frutas. Roberto los hizo muchos agasajos porque eran los que mejor le parecieron en cuantos habia visto; y ellos le regalaron y recibieron con demostraciones y admiraciones. Plantó una grande cruz, y las armas de Francia; lo cual dió gran placer á los indios: proveyeronlos de bastimentos y dieron intérpretes para los indios de otra provincia llamada Taensa, que eran aliados suyos y distaba 80 leguas del pueblo de Akansa.

El dia 17 continuó Roberto su viage por el dominio de Akansa, regalándole mucho los indios, y á 22 llegó á Taensa, á cuyo pueblo envió por estar enfermo á Fr. Cenobio, y á Tonti con los intérpretes de Akansa á ver al cacique, y darle parte de su viage, y regalarle.

Habitan los taensas las márgenes de una laguna pequeña que forma el rio de la Palizada: tiene ocho pueblos esta nacion, cuyas paredes son de tierra y paja: las camas son de madera y en las casas tienen algunos muebles: hay templos y entierros de los caciques en ellos, y andan vestidos de una tela blanca que hacen diestramente de cortezas de árboles. Su cacique es absoluto, y se sirve de esclavos y todos los de su familia. Conócese la soberanía en las ceremonias y trato de los vasallos que le tienen grande veneracion

y respeto. Son los indios dóciles y capaces de razon, y adoran al sol por Dios.

La tierra es fertilísima, llena de grandes árboles, que llevan frutas muy sabrosas, entre los cuales hay nogales de seis especies: manzanos, perales, ciruelos, morales y otros; y aunque todas las riberas del rio Misisipi desde que se sale á él por el Ilinés ó Segnelay son muy frondosas, abundantes y fértiles, la provincia de Taensa escede en hermosura y fertilidad á las demas.

Recibió á Fr. Cenobio y á Tonti el cacique con mucho agrado y magestad, estimóles los presentes que le llevaban, y luego mandó cargar la embarcacion de bastimentos abundantísimamente. Apenas se despidieron, cuando dispuso ir á verlos. Envió delante un indio que parecia maestro de ceremonias con otros seis, que allanaban el camino por donde habia de pasar el cacique; y á breve rato entre muchos indios se descubrió el cacique que venia muy grave cubierto de una esterilla blanca de cortezas de árboles: delante de él venian dos indios con dos mosqueadores de plumas blancas; y otro que traia una lámina de cobre y una chapa redonda de lo mismo. Salieron los franceses á recibirle, y hizo la visita con gran mesura y confianza, dando grandes muestras de sincera amistad; y acabada se volvió á su pueblo con el mismo aparato y disposicion que habia venido.

Allí se detuvieron los franceses muy agasajados y celebrados de los indios hasta el día 26 de marzo que prosiguieron su viage, y llegaron á otra nacion llamada Nachis, que aunque era enemiga de la de Taensa (como lo son las mas de una ribera con las de la otra) los recibieron muy bien, y hicieron que los de la nacion coroa, su aliada, viniesen á ofrecerse á los franceses: detuviéronse allí poco, y navegando seis le-

guas mas abajo reconocieron que el rio de la Palizada se dividia en dos brazos formando una gran isla. Siguieron el viage por el brazo derecho, que era el que estaba mas al Norte 42 leguas hasta la provincia Quinipisa; y á la ribera vieron pescadores, que así como divisaron á los franceses echaron á huir, y para poderse informar mandó Roberto saltasen en tierra cuatro franceses con cuatro indios, convidándolos con la pipa de tabaco (que llaman Calumet, y es entre aquellas naciones señal de paz); pero los indios los hicieron volver á embarcar á flechazos, con que le fue preciso proseguir su viage, y á las dos leguas hallaron un pueblo de la provincia de Tangibao saqueado: habia en él tres casas llenas de cadáveres de indios como de quince dias muertos.

Navegaron 40 leguas mas, y á seis de abril llegaron á una punta en que el brazo del rio se dividia en tres. Determinó Roberto que se reconociesen todas; envió á Dautray por la que se inclinaba al Sur; y reservando para sí la de Oeste, mandó á Tonti que con Fr. Cenobio fuese por la que estaba entre ambas. A los dos dias reconocieron el agua salada, y á nueve vieron el mar; y juntos los tres exploradores se cantó el *Te Deum Laudamus*. Roberto tomó la altura (aunque mal, y fue causa de su perdicion despues) sin querer publicarla, bien que entonces se creyó entraba el rio Misisipi ó de la Palizada en el golfo Mexicano entre 27 y 28 grados de latitud al Norte hacia donde señalan los mapas el rio Escondido (aunque algunos oyeron á Sala que la boca de él estaba entre 28 y 29 grados: Tonti dice que entre el 22 y 23) 30 leguas del rio Bravo en el nuevo Méjico, 60 de el de las Palmas y 100 de el de Panuco; y les pareció que la bahía del Espíritu Santo quedaba al Nordeste de esta boca. Consideraron tener el rio 300 leguas has-

ta la boca del Ilinés ó Segnelay, y que corria 800 leguas.

Habiendo logrado el reconocimiento de la boca de este rio, que dice Tonti sin fundamento habian buscado inútilmente los españoles; y por no hallarle puéstole nombre de rio Escondido (que es rio distinto, como se ve en los mapas), volvieron el rio arriba los franceses con mucha hambre; y aunque los indios de Quinipisa, Coroa y otros quisieron darlos guerra, no hicieron caso de ellos; y salieron sin perder ninguna persona de las 54 que habian entrado en el rio Misisipi al de los Ilineses; por cuyas riberas prosiguieron su viage hasta que llegaron al fuerte Prudome, donde cayó Roberto enfermo peligrosamente, y se quedó con la mayor parte de su gente, enviando al caballero Tonti con 20 hombres á Masilimachinac á prevenir diferentes cosas para adelantar sus intentos. Separóle de él á 15 de mayo: aquella noche la pasó entre los indios ovavaches que le recibieron bien; y 20 leguas de allí encontró algunos iroqueses que le avisaron habia mas adelante un escuadron de 400: pero eran indios tabaroas, que habiéndolos conocido dejaron las armas. Siguieron su viage los franceses hasta el rio Chicapu; y despues de 20 jornadas llegaron á principios de julio á Masilimachinac, donde esperaron á Roberto que llegó por setiembre. Detúvose solo tres dias; encomendó al caballero Tonti el gobierno del fuerte de san Luis que habia empezado en el pueblo principal de los ilineses para que le acabase, dándole plena facultad de disponer de las tierras cercanas y entregándole cuanto allí tenia, escepto seis franceses que le acompañaban á Quebec.

En un mismo dia salieron de Masilimachinac Roberto para Canadá, y Tonti para su fuerte. Roberto no halló en Quebec al conde de Frontenac, porque ya le había llegado por sucesor Faure de la Barra,

por lo cual se hizo á la vela para Francia á 15 de noviembre, llevando consigo á Fr. Cenobio; y con próspero viento llegó á la Rochela á 23 de diciembre. Tonti tomó el camino hácia los indios miamis con 40 hombres indios y franceses.

Este viage escriben Fr. Cenobio Mambre, y el caballero Tonti; y aunque el fin es el mismo, tienen gran diferencia en los dias de las jornadas y en las circunstancias. Se ha puesto en este resúmen lo mas verisimil, porque ambos son testigos de vista.

Don Juan Marquez, gobernador de la Florida, reconociendo el daño que se seguia de dilatarse la resolución de lo que tenia representado al rey, volvió á instar en 28 de julio dando nuevas razones y enviando instrumentos que las justificaban.

El baron de Honthán se habia embarcado en Francia con tres compañías de la marina para ir á Canadá; porque Faure de la Barra, gobernador general de Canadá, habia representado al rey de Francia enviando á Mahu, natural de Canadá, á París; que siendo de su servicio mantener aquella tierra era preciso hacer guerra á los iroqueses hasta destruirlos: porque no solo hacian el daño que podian por sí sino mayor que se podia pensar con los auxilios y consejos de los ingleses, cuyos amigos eran; y que para esto era necesario destinar á Canadá un buen regimiento; pero lo adelantado de la estacion no dió mas arbitrio que á enviar las tres compañías con el referido baron de la Honthán, el cual navegando sobre el banco de Terranova observó con el compás de variacion que la aguja variaba 23 grados al Nordeste: y que debiendo naturalmente fijarse al Norte del Mundo, ó Estrella del Polo, iba fija al Nort Nordoeste, y un grado á Oeste, lo cual le causó grande admiracion.

Llegó el baron con buen viage al puerto de Que-

bec en 8 de noviembre ; y luego Barra envió las tres compañías á los cuarteles que cerca de Quebec tenia dispuestos.

Año de 1684.

Roberto de la Sala exageró sus descubrimientos en Francia, proponiendo la abundancia del país, la brevedad y seguridad del viage, á quien faltaban los riesgos que tenia el de Canadá, donde solo se podia ir una vez al año por el camino hasta allí conocido, y por el del rio que habia descubierto entrando en el golfo de Méjico se podia ir dos veces cada año, y en cualquier tiempo con gran quietud sin peligros ni saltos ó caídas de agua. Habló mucho de las minas de santa Bárbara, y la facilidad de apoderarse de ellas, y de la ciudad del Parral, capital de Nueva Vizcaya en el Nuevo Méjico; de modo que con su actividad y buenas reflexiones logró desvanecer las oposiciones que algunos hacian á su empresa, y que el rey de Francia le concediese los despachos que pidió.

Prevenido de bastimentos, mercaderías, rescates, oficiales y labradores, se hizo á la vela á 24 de junio en cuatro navíos con 280 personas: las 100 soldados y 12 mancebos nobles, entre los cuales iban Cavelier su sobrino, Moranget, Hamel de Brovaje, y el señor de Mayale. Fr. Cenobio Mambre, Recoleta, iba por superior de los eclesiásticos que eran Fr. Máximo Clerq, y Fr. Anastasio Dovay que llevaban grandes facultades concedidas por la congregacion de *Propaganda Fide* no obstante la contradiccion que hizo el obispo de Quebec. Uno de los navíos y el mas principal era el Joli de treinta y seis á cuarenta piezas. Otro una fragata de seis, llamada la Bella, que dió á Roberto el rey de Francia. Otro era de Mosiot, mercader de la Rochela de 300 toneladas, cuyo nom-

bre era el Amable ; y otro se llamaba san Francisco, mas pequeño, que iba fletado á santo Domingo.

Era comandante de esta escuadra Beaujeu (ó Boju) que se embarcó en el Joli, con Roberto y un hermano suyo sacerdote, Fr. Cenobio, y Fr. Anastasio y Daimbile, clérigo del seminario de san Sulpicio de París; y Chedevile, tambien sacerdote, Jutel y otros: salieron del puerto en compañía de veinte y cuatro navíos que iban á las islas de las Indias para separarse en doblando el cabo de *Finis Terræ*, y seguir su rumbo ; pero á cincuenta leguas de la Rochela estando en 45 grados y 23 minutos de latitud al Norte sin tempestad, fuego ni otro accidente que esteriormente se reconociese, se rompió el baupres del Joli; tuvieronlo por mal agüero los marineros y se vieron obligados á volver á Francia con las otras tres naves destinadas á la poblacion de la ensenada de Méjico : las demas siguieron su derrota sin que en su viage sucediese cosa notable.

Aderezado el Joli se hicieron á la vela á primero de agosto, doblaron el cabo de *Finis Terræ* en 43 grados al Norte; y el dia 20 descubrieron la isla de la Madera, donde el comandante quiso hacer aguada: Roberto procuró disuadirle porque tenían bastante provision. Decia que detenerse en aquella isla solo servia de publicar sus ideas; pues era muy fácil que los isleños diesen noticia de su viage á los españoles, aventurando el secreto encargado por el rey de Francia, perdiendo voluntariamente la mas importante preparacion de esta empresa ; sobre lo cual pasaron muchos debates hasta que últimamente enfurecido el comandante dijo á Roberto, que pues no queria surgir en la Madera, aunque rabiassen de sed, no habia de parar hasta santo Domingo.

Doblaron la isla de la Madera, y navegando vie-

ron unos peces como arenques muy sabrosos que volaban tanto espacio como una bala de pistola huyendo de los dorados, y caian muchos en los bajeles.

A 6 de setiembre pasaron el Trópico de Cancro en 23 grados y 30 minutos de latitud al Norte, y 319 de longitud, quisieron los marineros celebrar la funcion que acostumbran llamar bautismo en los que pasan la primera vez el Trópico, no lo consintió Roberto, y el comandante dió orden para que no se hiciese: con que empezaron á cobrar odio á Roberto el contra-maestre y marineros, porque los privaba á su parecer, sin motivo, de la ganancia y gusto que de esta locura los resultaba; cuya solemnidad se reduce entre los franceses, á vestirse el contra-maestre de mogiganga con una ropa larga que llega á los pies, cubierta la cabeza con una gorra ridícula, tiznada la cara y puesta al cuello una gargantilla de palillos; y teniendo en la mano derecha una espada de palo y en la izquierda un puchero de tinta, van llegando delante de él todos los nuevos navegantes: híncanse de rodillas, y el contra-maestre va haciendo á cada uno una cruz con tinta en la frente, y los dá despues un golpe en el pescuezo con la espada; y al instante los que parecen ministros y asistentes del contra-maestre, echan un cubo de agua á cada uno de los nuevos navegantes, y se acaba la funcion ofreciendo cada bautizado un frasco de aguardiente junto al árbol mayor, que brevemente se consume entre los marineros; y lo que mas les vale es el dinero ú otras cosas que contribuyen los que no quieren pasar por este chasco, por ser acomodados ó nobles.

Llegaron á 11 de setiembre á la altura de la isla de santo Domingo, en 20 grados de latitud al Norte, y 320 de longitud, navegaron al Oeste; pero el viento calmó, y á 18 entró tan recio que hubieron

de peligrar los navíos. Duró dos dias este cuidado, los cuales se estuvo el Joli á la capa, y perdió de vista las embarcaciones. A la llamada san Francisco tomaron dos piraguas españolas, habiéndose apartado de los otros en una calma; sin esperar las embarcaciones los del Joli (porque ya iban mas de 50 enfermos, y entre ellos Roberto y los cirujanos), resolvieron ir al puerto de la Paz, que era el primero de la isla de santo Domingo; descubrieron á 20 el cabo de Samaná, que está en 19 grados de latitud al Norte, y 308 de longitud; pero no pudo conseguir Roberto con el capitán ni los marineros que tomasen el puerto señalado; porque costeando sin necesidad la isla de las Tortugas y la de Gouable, llegaron á 27 de setiembre á Govave, puerto pequeño, donde llegó á reconocerlos una piragua de franceses; y los que iban dentro dijeron que el gobernador de la Tortuga, Cusi y el marqués de san Lorenzo, teniente general del rey de Francia en las islas de las Indias, el intendente Begon y otros quedaban en el puerto de la Paz.

Dió gran pesar á Roberto este arribo, y hallándose algo mejorado saltó en tierra con algunos, para hacer traer socorro á los enfermos, y ver como podia avisar al marqués, Begon y Cusi; escribió á este viniese luego para tratar con él de su empresa, segun las órdenes que tenia del rey. Sacaron los enfermos á una isla cercana, donde suelen ser enterrados los hereges, y poco despues se agravó la enfermedad de Roberto tanto, que estuvo á riesgo de morir; porque ayudaba á la enfermedad la que padecian casi todos sus criados y amigos, y la falta de dinero, y ver frustrados sus intentos. En este aprieto se valió de Gros y de Jutél, los cuales vendieron algunas mercaderías y hicieron dinero, cuidando mucho de su salud, que no fue de poco alivio para Roberto; y

mas el haber llegado á el segundo dia de octubre dos bajeles, de los tres que se habian apartado del Joli el dia 18 de setiembre. Sintieron mucho la pérdida del navío san Francisco, porque venia cargado de víveres, municiones, y otras cosas necesarias á la nueva poblacion imaginada. Pero moderó su pena la llegada del marqués de san Lorenzo, Cusi y Begon, con los cuales tuvo muchas conferencias sobre su viage Roberto; y en una concurren los pilotos, para determinar el parage en que se habia de surgir antes de llegar á la Florida. Fue resuelto que navegasen derechos á la punta occidental de la isla de Cuba ó cabo de san Antonio, que dista cerca de 300 leguas de santo Domingo, y esperar en él viento favorable para entrar en el golfo Mejicano. Dispusieron luego otras provisiones en lugar de las perdidas, y alguna gente que suplió la que se habia huido y muerto en tanto que estuvieron surtos.

Don Andres de Ochoa y Zárate, general de la armada de Barlovento, apresó por setiembre una fragata corsaria francesa en la cota de Yucatan: informóse de su destino y del que llevaban los demas corsarios franceses, declaró el patron la salida, prevencion, armamento, gente y provisiones de Roberto con gran puntualidad, y el intento de poblar y fortificar el seno Mejicano por haber llegado á él desde la Canadá.

Roberto navegó con felicidad desde la isla de santo Domingo hasta tomar tierra en la isla del Pino, cerca de Cuba; y á 11 de diciembre dobló el cabo de Corrientes para ganar el de san Antonio; y despues de haber dado muchos bordos echaron las áncoras el dia 12 en el ancon de este cabo, que está en 22 grados al Norte, y 288 y 35 minutos de longitud. El dia siguiente que el viento pareció muy

próspero para entrar en el seno Mejicano, doblaron el cabo á empezar su viage, y á las 5 leguas se mudó el viento, y quisieron continuar algunos dias, mas no adelantaron nada; por lo cual creyó Beaujeu era mejor volverse al cabo de san Antonio; consintió Roberto por no darle nuevo motivo de enojo, aunque no era necesario; y al dia siguiente envió á hacer aguaje, y hallaron una botella de vino muy demenguada, á que se reduce la gran provision de vino, aguardiente, maiz y otras cosas que dice Tonti, por relacion de el hermano de Roberto (fólio 242), habian abandonado sin saber por qué los espanoles.

A 18 refrescó el viento, y prevenidos de todo se hicieron á la vela á las diez del dia, y dejando al Este Oeste la punta del cabo de san Antonio, continuaron su derrota al Norte Oeste hasta el dia 19 al medio dia, que se hallaron en 22 grados y 58 minutos de latitud al Norte, y 287 y 54 minutos de longitud. A 20 observaron que variaba la aguja 5 grados hácia el Nordeste, estando en 28 grados y 40 minutos, y en 285 grados y 16 minutos de longitud; y hasta el dia 27 continuaron su viage por el 27 grado y 14 minutos de latitud al Norte, persuadidos á que tenian cerca tierra. Beaujeu envió á preguntar á Roberto, con su teniente Ayrré y dos pilotos, la derrota que habian de seguir, con los cuales resolvió navegar al Este Nordeste hasta hallarse en seis brazas; y que luego que descubriesen tierra enviarian á reconocer el país. Conformes en esta resolucion partieron con la sonda en la mano, y á las diez se hallaron en diez y once brazas de agua; al medio dia estaban ya en 28 grados y 37 minutos al Norte; y navegando el dia 28 por ocho y nueve brazas, vieron que la Bella habia puesto su bandera en señal de haber descubierto alguna cosa. Salió á la gavia un

marinero, descubrió al Nordeste tierra de que estarían seis leguas el Joli y el Amable, con Roberto y Beaujeu; este mandó luego echar las áncoras: creyeron era la bahía de Apalache por el modo con que habian navegado. Y á 29 les pareció sería bien tomar la derrota al Nordeste costeadando la tierra, y se determinó siguiese el Joli en seis brazas de agua; pero ninguno atinaba la boca del rio de la Palizada; antes Roberto imaginaba que movido de informes que le habian dado de la continuacion de los vientos Nordeste, y violencia de las corrientes en la ensenada Mejicana, habia errado todas sus cuentas cargándose mas al Este; y así navegaron á deshacer el error que presumian, desviándose de la boca que buscaban; porque ninguno de los que iban en los bajeles tenia conocimiento del golfo.

Luego que entró en los indios miamis el caballero Tonti, que fue en 6 de enero, visitó el fuerte que hizo Roberto en la tierra de aquella nacion; dejó en él 10 hombres bien armados; y prosiguiendo su camino llegó al fuerte de san Luis, el cual acabó en dos meses y convidó á las naciones vecinas, que serían mas de 100, á que viniesen á él; en breve hicieron mas de 500 casas, y venian muchos indios con bastimentos á comerciar al fuerte; pero habiendo sabido los iroqueses esta nueva poblacion, llegó á destruirla un escuadron de 500 indios. Fue grande el miedo de los ilineses escarmentados en la antecedente invasion. Tonti los animó y envió á pedir á Durontay, gobernador de Masilimachinac, socorro. Previno lo mejor que pudo su fortaleza, haciendo en ella nuevos reparos, y echó un foso al pueblo de los ilineses que le hacian defensible.

A 28 de marzo sitiaron los iroqueses el pueblo, y habiéndole embestido algunas veces fueron recha-

zados ; prosiguieron en combates seis dias , y en todos los lances llevaron lo peor , hasta que perdidos mas de 80 hombres se retiraron , haciendo esclavos algunos de las naciones comarcanas , los cuales huyeron al fuerte cuando iban á cortarles el cuero de la cabeza ; y pasado este trabajo , mediado abril llegó el mismo Durontay con el P. Daloy , de la Compañía de Jesus , y 60 hombres de socorro , que solo sirvieron de consumirle algunos víveres.

Hubiera producido esta poblacion buenos efectos hácia los franceses , si el nuevo gobernador de Canadá , Barra , no quitára á Tonti el gobierno de san Luis para dárselo á Bogia su amigo (que decian era su pariente) , á quien entregó muchos efectos por inventario , y todo lo que habia en el fuerte Tonti ; y el mismo dia salió á Monte Real , desde donde llegó á Quebec á principio de julio. Vió á Barra que le ofreció otro gobierno , á que respondió no entendia ocuparse hasta que volviese Roberto ; al cual escribió la injuria que se le habia hecho y el mal estado de sus negocios ; y á Foresto su teniente encomendó sus intereses , de el cual supo por julio cuan bien habia sido recibido en Francia Roberto , y que tenia patente del rey confirmándole en el gobierno del fuerte de san Luis , de que Tonti se regocijó en gran manera ; y á primero de noviembre partió con Foresto , que se volvia á Frontenac donde era gobernador , á san Luis de los Ilineses , bien prevenido de todo lo que necesitaba para sí y su fuerte ; pero los hielos le estorbaron el viage , viéndose precisado á detenerse todo el invierno en Monte Real esperando á que se derritiesen.

A fin de agosto salió de Monte Real el gobernador de Canadá , Barra , con la gente que pudo para hacer guerra á los iroqueses , llegó al rio Famira,

donde le dió una calentura y cayó enferma mucha gente; el médico atribuía las enfermedades que no curaba, al mal alimento y á los aires; pero si esto fuera verdad, con mayor facilidad hubieran enfermado las tres compañías de la marina que llevaba el baron de La Honthán; allí se detuvo, porque los enfermos eran tantos que no podia proseguir la marcha.

Dulhut, que estaba en Masilimachinac, avisó á Barra tenia dispuesto que dos escuadrones de indios hurones y outaovas se juntasen con su ejército, que le avisase donde habia de ir. El gobernador volvió á enviar el mensajero á Dulhut, mandándole deshiciese aquella gente, disculpándose con los indios como le pareciese; porque temió que si se juntaban á su ejército, viéndole en el mal estado en que iba acabarían con él, parecióle conveniente ver si podia restablecer la paz con las cinco naciones de iroqueses. Para lo cual se valió de Moyne, que era un francés á quien aquellos indios estimaban mucho, y le habian puesto por nombre Akovessar (que significa perdiz). Encargóle persuadiese á los principales viniesen con él á tratar el restablecimiento de la amistad primera, y satisfacer los agravios que habian hecho á los franceses y á sus amigos; dióle algunas cosas de rescate con que los regalase.

Moyne partió luego á los pueblos onontagues, que distaban ocho leguas del campamento de Barra, el cual dió orden que sin dilacion llevasen los enfermos á Frontenac; porque si viniesen los indios no los vieses tan flacos y debilitados. Volvió Moyne con el cacique Grángula (que era tenido por muy valiente entre los iroqueses) y treinta indios de guerra en canoas; Barra los envió al instante pan, vino, truchas salmonadas y otras cosas, y á manifestarlos la alegría que habia recibido con su venida.

Dió á entender Moyne á los indios que el grueso del ejército francés se habia quedado en el pueblo, y que allí solo traia el gobernador escolta para su resguardo; pero los indios, ó sospechando lo que habia sido, ó informados de alguno, conocieron la flaqueza de los franceses y que procuraban artificiosamente desmentirlos.

Dos dias despues vino Grángula á hablar á Barra, sentóse en el suelo formando un círculo sus indios y algunos franceses sentados: enfrente de él quedó Barra; el cual mediando un intérprete dijo á Grángula, que informado el rey de Francia de que las cinco naciones iroquesas habian quebrantado la paz y confederacion hecha y jurada tantos años antes, le habia mandado ir hasta allí seguido de escolta bastante á su persona, dejando el ejército en Monte Real; que habia enviado á su amigo Akonessar (que era Moyne) á que viniesen los indios principales, para que en la gran pipa de paz tomasen juntos tabaco, si prometiese Grángula y los demas indios que estaban presentes, en nombre de las naciones de los tsonnotovanes, goyognanes, onontagues, onoyutes y agnienes, dar satisfaccion á los agravios y daños que habian hecho, obligándose á que en adelante no harian accion que obligase á rompimiento; pues bien sabian que sin causa, juntas las naciones referidas violando la paz, habian robado y maltratado á los mercaderes que iban á tratar con los indios ilineses, oumamis y otros hijos de su rey; y que si no restituian los robos tenia órden de romper la guerra á las cinco naciones que habian introducido á los ingleses en las lagunas del rey y en los pueblos de sus hijos, destruyendo el comercio de sus vasallos; entrando muchas veces en los pueblos de los ilineses y oumamis, atormentando y dando muerte á muchos de

sus mercaderes que se creían seguros con la paz; porque aunque no sean hijos de estos pueblos no debían ser esclavos en su tierra, sino ponerlos luego en libertad; pues causaría mucho desagrado al rey que la fortaleza de Eetarcovi (así llaman los indios á Frontenac) que aseguraba la paz, fuese el arco fatal que disparase la flecha de la guerra á las cinco naciones, y cárcel funesta de los prisioneros; y que su bien consistía en estorbar las desventuras en que vendría envuelta; y se lo advertía porque los franceses eran hermanos y amigos de las cinco naciones, y nunca turbarían la pública quietud si satisfaciesen ellas ahora los agravios propuestos, y observaban en adelante la paz; pues lo contrario daría motivo á que se juntase con el gobernador de la Nueva Yorck, para abrasar sus pueblos y esterminar sus moradores. Así acabó de hablar, y á cada cláusula en que pedía ó afirmaba alguna cosa daba un collar de cuentas de porcelana á Grángula, que estiman mas que el oro aquellos indios, diciendo: este collar asegura mi palabra.

Grángula se levantó de en medio de sus indios; y habiendo dado algunos pasos alrededor del cerco que formaban los franceses, mirando á Barra de hito en hito le dijo: yo y todos mis guerreros te veneramos; y pues has acabado de decir, atiende lo que por mí te dicen todos; que sin duda creiste cuando partiste de Quebec, que el fuego del sol había quemado las espesas florestas y árboles que hacen impenetrables nuestros países á los franceses, ó que alguna laguna nos había cercado, de modo que era imposible saliésemos de entre las aguas; porque solo habiendo creído esto, pudiéramos persuadirnos á que la curiosidad de ver abrasados ó sumergidos tan fértiles países te hubiera movido á venir hasta aquí; mas te aseguramos yo y mis guerreros que no han perecido

las cinco naciones, y te agradezco en su nombre traigas la pipa de paz que dimos á tu antecesor Ononcio, y que hayas dejado enterrada la homicida hacha que tantas veces se vió teñida en la sangre de tus franceses.

Ahora debilitado tu campo con las enfermedades, dices que vienes á ahumar con nosotros en la pipa; no es sueño, Ononcio, si te vieras superior en fuerzas se volviera cuchillo contra el cuello de Glángula. Aunque yo ni mis guerreros nunca hemos hecho mal á los franceses, que no llevaban pólvora, balas y fusiles á nuestros enemigos; y con estos hacemos lo mismo que los Jesuitas hacen con los barriles de aguardiente que adquirimos, que los vierten porque no los matemos borrachos. ¿Dónde han de ir nuestros indios á buscar castores para pagar las armas que han tomado, si los ilineses y oumamis han acabado con la casta, haciendo tan grandes cazas contra la costumbre de los indios que han destruido mucho la tierra? Por esto los hemos muerto, y porque cortaron los árboles de paz, que eran límites de una frontera, y llevaron á los chaovanones á su país dándoles armas de fuego. Menos hemos hecho de lo que debíamos, considerando sus injustos designios contra nosotros; pues si hubieran ejecutado contra ingleses ó franceses las maldades que contra nosotros, hubiérais arruinado su país y echádoles de sus tierras; porque sin derecho ni razon vemos que usurpáis sus dominios á muchas naciones, para fundar pueblos y fortalezas en ellas. Si introdujimos á los ingleses en nuestras lagunas fue para comerciar con los otaovas y hurones; ¿por ventura los algonquines no hicieron el mismo obsequio á los franceses, afirmando unos y otros que les toca el comercio, y todos saben que no es de ninguno? Libres nacimos, libres somos, de nadie dependemos; ni Ononcio pue-

de estrecharnos la voluntad, ni Corlar imponernos leyes: nosotros comerciarémos con quien quisiéremos; y si sus aliados son sus hijos ó tus esclavos, prohibelos, quítalos la libertad de recibir otras gentes; pero con quien no quiere ser su hijo ni tú puedes hacerle esclavo ¿sobre qué es este imperio? Cuando los cinco pueblos de los iroqueses hicieron la paz en Eetarcovi en presencia del Ononcio tu antecesor, plantaron el árbol de la Paz para que fuese guardado con gran desvelo en el centro de la fortaleza, haciéndola casa y depósito de mercaderes y pieles de castor, y no castillo para guardar las armas. Temo no le agosten estos soldados flacos y enfermos; si pudiéramos ahumar juntos en la pipa de paz; si hubiéramos dejado que el árbol echase raíces, nunca os hubiéramos disgustado, se conservára la amistad si Ononcio ó Corlar no nos embestian; porque en este caso somos obligados á defender los países que el gran Espíritu concedió á nuestros mayores. Dió varios collares á Barra, y volviéndose á Moyne le dijo: ámate Akovessar que bastante espíritu tienes, esplica á Ononcio lo que he dicho, y no olvides nada de lo que la voz de Grángula dice: y recibe este presente de castores que envian á Ononcio las cinco naciones.

Moyne esplicó mas dilatadamente lo que Grángula habia dicho, y se despidió Barra de él: volvióse el indio donde antes estaba, regaló á algunos franceses con castores, y ellos le regalaron con cosas de rescate, y á los dos dias se volvió á su tierra: Barra, viendo imposible la empresa, la gente cada dia peor, y los bárbaros obstinados y sostenidos de los ingleses, se volvió á Monte Real, en que anduvo muy prudente; porque si hubiera proseguido la guerra se perdiera inútilmente, aunque no faltaron envidiosos

que escribieron á Francia contra esta accion y otras suyas.

Con el aviso que don Andrés de Ochoa y Zárate dió al marqués de la Laguna, despachó luego á la Habana á Juan Enriquez Barroto, piloto de la armada de Barlovento, insigne matemático, y hombre de gran esperiencia en aquellos mares, con órden al gobernador de que sin perder tiempo le aprestase una fragata prevenida de cuanto necesitase; y le llevó instrucion Barroto de que pasase á Apalache, y de allí fuese costeando de dia y de noche; se estuviese al ancla, y reconociese la costa para saber el parage donde tomaba Roberto tierra; todo lo cual ejecutó brevísimamente.

Año de 1685.

Costeando Roberto la tierra de la Florida á 1 de enero, reconoció que las corrientes arrojaban á la costa los bajeles; y para resistirlas echó las áncoras. A poco tiempo vieron los de la armada que la Bella hacia señas de haber descubierto tierra, que distaria cuatro leguas del Amable: Boju mandó fuesen á reconocerla dos chalupas armadas; en la una fue Roberto con Ayrré, teniente de Boju y otros; y en la otra Jutél con diez ó doce hombres, y dió órden Roberto á la Bella que le siguiese costeando.

Algunos de los que iban con Roberto tomaron tierra, y vieron un país llano y dilatado con grandes pastos; pero no tuvieron tiempo de reconocerle, porque temieron no poder volver á la chalupa habiendo arreciado el viento, y se vinieron á bordo. La gente de la de Jutél no desembarcó, solo vió á lo largo de la costa muchos árboles; y tomando Roberto la altura, halló esta tierra en 29 grados y 10 minutos al Norte.

Anduvieron á vista de aquella costa desde el día 2 hasta el 8 de enero, que se persuadieron los de la armada á que estaban en la bahía del Espíritu Santo; pero Roberto, que habia hecho reconocer los bancos de arena que la costa tiene delante, afirmó hallarse en la bahía de Apalache; y habiendo navegado hasta el día 10, tomada la altura, estaban en el mismo grado 20 y 23 minutos.

El día 12 se mudó el viento, y navegando al Sur Oeste se hallaron al medio día en 18 grados y 50 minutos al Norte, viéndose precisados á echar las anclas en cuatro ó cinco brazas de agua, porque las corrientes que venian de el Sur los arrojaban á tierra; y faltándoles el agua determinaron enviar á Jutél á tierra en una chalupa; pero aun no habia llegado á ella cuando vieron venir á lo largo de la ribera una tropa de indios desnudos, y no sabiendo con qué fin, echaron las áncoras, impedidos de llegar á tierra por lo alto y grueso de las olas, y porque el viento era contrario. Los indios creyeron era recelo la detencion, y los hacian señas para que llegasen, echando los arcos en el suelo en señal de paz, y enseñándolos pieles, dándolos á entender querian rescatar, y se iban acercando á la orilla; pero como Jutél no podia llegar por los impedimentos referidos, empezó á llamarlos y puso en el fusil un pañuelo blanco á modo de bandera; al principio estuvieron recelosos, despues se echaron algunos al agua; y temiendo la braveza del mar, se volvieron á tierra, y buscaron un gran leño que arrojaron en la mar, y apoyados en él por una parte, y nadando por otra, llegaron á la chalupa: entraron cinco en ella, los cuales hicieron señas á los demas para que fuesen á la otra en que habia llegado Roberto, y padecia el mismo impedimento que la de Jutél; ejecutáron-

lo así, de lo cual se holgó mucho Roberto, creyendo le darían noticia del Misisipi, pero fue vana su esperanza; pues aunque los habló en cuantas lenguas sabía de los indios, que eran muchas, no dieron muestras de entenderle: bien que algunos daban señas confusas de un gran río, por donde habían pasado otros como él, que era el que formaba aquellos bancos de arena.

Después de haber tomado tabaco y comido los indios, los enseñaron la chalupa en que iban carneros, puercos, gallipavos y una piel de vaca; y luego que lo vieron hicieron señas de que en su tierra había todas aquellas cosas; diéronlos algunos cuchillos y otras cosillas, y los acercaron á tierra en la chalupa para que se volviesen.

No pudiendo tomar agua los franceses se volvieron á las naves, levaron las anclas y navegaron al Sur hasta el día 14 de enero, que al medio día se hallaron en 28 grados y 51 minutos al Norte, donde volvieron á echarlas por no poder resistir lo recio del viento, y como iba creciendo la falta de agua, volvió á enviar Roberto á Jutél á tierra con las mismas chalupas, que por los embarazos del día antecedente no pudo tomarla, y con esperanza de conseguirlo ancoraron en cuatro pies de agua: vieron desde las chalupas gran cantidad de cabras monteses, y de vacas diferentes de las nuestras; por lo cual se animaron á pasar un banco de arena en que estaban para salir á un canal, desde el cual fácilmente podían saltar á tierra; pero cuando estaban mas ocupados en esta obra, disparó un tiro el Amable llamándolos, porque amenazaba gran tormenta y uracan, y se retiraron.

Contaron á Roberto lo que habían visto, y se holgó mucho, y los que estaban con él, determi-

nando ir á cazar por el deseo que tenían de comer carne fresca.

El día siguiente navegó Roberto, viendo por la mañana tierras muy apacibles; mas por la ninguna seguridad del viento echó el ancla, y se estuvo quieto hasta el día 16 que al medio día se halló en 28 grados y 20 minutos al Norte; conoció que la costa tiraba al Mediodía, aquella tarde quedó ancorado en seis brazas de agua. Continuó su derrota el día 17 al Sur Oeste, y á las 10 del día descubrió una playa de mar que le pareció río, por lo cual hizo embarcar á Jutél para reconocerla con 10 hombres, y órden, de que si hallaba sitio á propósito en que desembarcar avisase con ahumadas. Habiendo pasado un banco de arena que estaba entre el mar y la orilla, siete soldados tomaron tierra y hicieron una hoguera, que vista por Roberto puso la proa á tierra, pero las olas no le dejaron tomarla.

El país donde desembarcó Jutél, aunque parecía que algunas veces le inunda el mar, es seco y tiene poca yerba, hay muchas lagunas de agua salada, y aun en aquel tiempo no era destemplado; repararon haber en la arena pisadas de cabras, y habiéndolas seguido, aunque poco, vieron algunas, pero no se atrevieron á seguir las mas ni tirarlas: cazaron ánades y abutardas, y no hallaron agua dulce, con lo cual se volvieron á la chalupa en que habían ido, y al entrar en ella echaron menos un marinero inglés que se quedó entre los indios; volvieron á buscarle y no le pudieron encontrar. Vinieron á Roberto, el cual, sin embargo de las malas noticias de la tierra, resolvió tomarla y sacar á ella cuanto llevaba; á cuyo tiempo se apareció el Joli. Advirtiéndole Boju la resolución de Roberto, envió á su teniente Ayrré á Gabaret, su segundo piloto y otros, á dar

á Roberto grandes quejas de que se hubiese apartado y desaparecido de la Capitana. Disculpóse del cargo que le hacian, atribuyendosele á la Capitana, que le habia dejado sin motivo.

Con esto empezaron de nuevo las disputas sobre el sitio donde estaban á bordo del Joli y del Amable. Unos decian, que las corrientes los habian llevado mas delante y pasado la boca del rio Misisipi: otros que estaban cerca del rio de la Magdalena. Prevaleció como otras veces el primer dictámen, aunque fundado en imaginaciones. Pasó Boju con otros capitanes al Amable, y Roberto propuso á los demas volver á los bancos de arena que habian dejado el dia 6, teniendo por sin duda ser entrada de algun rio en el mar. Boju le contradijo, y por considerar inútil el segundo reconocimiento, y que solo serviria de que los bastimentos se le acabasen, que ya (segun decia) eran muy pocos, pidió á Roberto se los diese, y le ofreció darle para 15 dias, en cuyo tiempo podia volver á los bancos y reconocerlos, y pidió se le entregasen los efectos y mercaderías suyas que iban en el Joli; pero Boju no quiso admitir lo uno ni conceder lo otro, y se volvió á su navío disgustado.

La gran falta de agua que tenian precisó á Roberto entrar en una chalupa, mandando á Jutel le siguiese en otra, y salieron á buscarla, subiendo legua y media el rio arriba, saltaron en tierra y tomaron el agua que necesitaban, cazaron algunas abutardas, ánades y otras aves, y al dia siguiente mataron dos cabras.

Tambien mandó Boju á su chalupa fuese á hacer leña, y él se metió en una canoa con el ingeniero Minet á reconocer una laguna de agua salada, en la cual no halló cosa notable; y volviendo á su

navio encontró á Roberto, que conoció le duraba su disgusto, envióle parte de las cabras quedándose en tierra; y el agradecimiento fue enviar al teniente Ayrré á conferir con él la entrega de los bastimentos antes pedidos; pero por mas instancias que hizo no pudo lograr que le ofreciese mas que para los 15 dias, ni Roberto que se le entregasen sus mercaderías.

Conociendo Roberto que la intencion de Boju era sacarle bastimentos para volverse á Francia, y desairar su empresa, mandó sacar á tierra cuanto traía, y antes trató de encontrar otro rio mas á propósito para hacer un fuerte; anduvo por tierra sin hallarle, y hizo que desembarcasen 120 ó 130 hombres para que fuesen á lo largo de la costa á buscar otro rio, y que la Bella los siguiese por mar, costeando siempre para socorrerlos si hubiese necesidad.

Nombró á Moranget, su sobrino, y á Jutél por capitanes de esta partida; proveyólos para 8 dias de armas y bastimentos, cada uno hizo su mochila; y con una memoria de lo que habian de hacer, y instrucciones de las señales de que se habian de servir, se pusieron en marcha á 4 de febrero; llegaron á un cerrillo donde oyeron un tiro de cañon que les inquietó mucho, y hicieron sus señales; pero no enviándolos aviso prosiguieron su marcha, Jutél á la frente y Moranget en la retaguardia. A los tres dias hallaron un rio, donde saciaron la sed que llevaban; volvieron á hacer señales y se camparon en un sitio muy á propósito, esperando la chalupa y el baje que los seguian. Empezaron á faltar los víveres, y temiendo alguna desgracia de la discordia de Roberto y Boju, se juntaron los cabos y oficiales, y resolvieron recoger los víveres que pudiesen, pasando á este efecto donde hubiese vacas.

Estorbaba esta determinacion el rio, porque no tenian en que pasarle: hicieron una canoa grande los carpinteros, y á 13 vieron en el mar al Joli y la Bella, con que se alegraron: encendieron hogueras para que viese el humo Roberto. El dia 14 Barbier con la chalupa, y el piloto con la Bella se adelantaron, y sondaron la boca del rio: cayeron en 10 ó 12 pies de agua en una barra de arena, hasta que llegando á cinco ó seis brazas fueron á dar á fondo cerca de la isla, que está entre las dos puntas del Ancon, y hallaron los mismos fondos. La chalupa del Joli vino tambien á sondar del otro lado del canal.

Llegó Roberto entonces y hizo cargar de víveres la chalupa para los que estaban en tierra; el dia 15 reconoció el puerto y la boca de el rio, que le pareció muy buena, y habiendo hecho sondar primero el agua, mandó entrar la Bella y el Amable para ponerlos al abrigo aquel mismo dia. Boju durmió en tierra del otro lado de la ribera, donde observó la multitud de parras que trepaban por los árboles, y muchas vacas muertas que habian perecido de sed.

Los pilotos hallaron fácil la entrada para los navíos, y para no herrarla despues la señalaron con estacas. A 18 vino Ayrré á ver á Roberto, y decirle, que deseando que el Amable entrase aquel dia, habia dado órden de que se descargasen los canones, hierro y otras cosas pesadas. Mandó Roberto al capitán de él que se acercase á la barra de arena, y que entrase en plena mar, que cuando mas se levantase el agua, él le haría señal para que no herrase la ocasion, y envió á ayudarle al piloto de la Bella; y aunque este obedeció no le quiso admitir el capitán del Amable, diciéndole, que él bastaba para mayores empresas.

Estando ocho hombres, que Roberto había enviado á cortar madera para una canoa, fabricándola, dieron los indios de repente sobre ellos, y antes que pudieran alcanzar las flechas vinieron dos á toda diligencia á dar cuenta á Roberto, afirmándole que los compañeros serían presos ó muertos por los indios, segun el furor con que venian. No alteró á Roberto esta noticia, porque sin detenerse marchó con algunos soldados al parage donde estaban los seis franceses; al ver los indios, mandó á diez de los suyos, que dejando las armas se acercasen á ellos llamándolos: á esta accion la mayor parte de los indios echó los arcos y flechas en tierra, llegándose poco á poco dos franceses con ademanes de amistad; seis indios se metieron entre ellos, los demas tomaron como rehenes á un teniente de infantería y otros dos franceses.

Preguntó Roberto á los seis indios por el rio Misisipi y otras cosas; pero á ninguna respondieron, solo pudo entenderlos ser abundante de vacas su país. Diólos algunas hachas y cuchillos con que volvieron muy contentos á los suyos; quiso Roberto recoger á los tres franceses, á quien ya los indios habian llevado á su pueblo para darlos de comer.

No fiándose Roberto de que los dejarían volver, marchó en su busca: en el camino divisó el Amable, en que iba su capitan á ejecutar lo que le habia mandado; reconoció iba mal gobernado, mas no se atrevió á desamparar los tres compañeros para acudir al remedio: causóle gran pesadumbre, que se aumentó estremamente, cuando al llegar al pueblo de los indios (que sería de 50 casas, fabricadas de pieles y esteras de junco sobre estacas) oyó un cañonazo, á cuyo estruendo los indios se arrojaron al suelo, en que conoció con otros se perdía el bajel, y pe-

dia socorro el Amable ; quiso volverse , pero considerando llegaría tarde , esperando que otros mas cercanos le ayudasen fue á la casa del cacique , dejó fuera de ella puestos en órden sus soldados , entró solo , y le recibió el cacique con mucho agrado : las indias , que andaban casi desnudas , porque solo traían una esterilla que tapaba desde la cintura á las rodillas , empezaron á convidar á los soldados con sus casas , mas ninguno se atrevió á salir de la ordenanza , donde los regalaron con algunos pedazos de vaca fresca y en cecina.

Roberto repitió al cacique las preguntas que á los demas indios , sin hallar señas de rio que buscaba : estaba con grande inquietud por el desman que presumia haber sucedido en el bajel ; despachó la visita cuanto antes pudo , regaló al cacique y volvió con su gente , trayéndose los tres franceses á su campo. En el camino vió 40 canoas como las que usan los indios de las riberas de Misisipi , persuadióse á que estaba muy cerca de él ; pero á este gusto sobrepujó la pena de ver perdido su bajel en la arena , donde sin necesidad le metió su capitan , dejando el rumbo señalado con las estacas : manifestóse la malicia del capitan por muchos modos ; pero quedó sin castigo.

Aumentaba la desgracia del naufragio estar cargado el bajel de municiones , instrumentos y todo lo demas necesario para poblar : Roberto se aplicó luego á salvar lo que pudiese , y envió por la chalupa del Joli , sacó la pólvora , la harina y 30 botas de vino y aguardiente : no pudieron salvar toda la carga , porque siendo á gusto de muchos esta desventura , apartaron del navío náufrago maliciosamente la chalupa de Roberto , el cual se retiró ; porque arreció el aire , y creciendo las olas se abrió al im-

petu de ellas el Amable, y se mojó cuanto tenia dentro; y las mercaderías que tenian menos cuerpo se salieron por las roturas.

Los indios, que estaban admirados de la grandeza de el navio, llegaron cerca á ver lo que sacaban de el naufragio: desazonó á Roberto este registro, porque creia venian á discurrir modo con que podian hurtar lo que quedase, y mandó á sus soldados estuviesen con gran cuidado; y preguntando á los indios, que serían 120, ¿qué querian? Respondieron, que convidar á los franceses á caza: mas no habiendo admitido el convite, se volvieron los indios, y Barbier fue á tratar con ellos el rescate de algunas canoas, de que solo pudo lograr dos.

Pocos dias despues hubo un gran incendio en el país, que corria con gran violencia á embestir el sitio del campamento de Roberto; antes de experimentar el riesgo, mandó arrancar toda la yerba que estaba alrededor de el, y con mas cuidado la que estaba cercana á los sitios de la pólvora; y á no impedir tan prontamente el peligro su advertencia, hubiera consumido el fuego cuanto tenia. Algunos imaginaron que los indios pusieron fuego para verse libres de los huéspedes. Otros creyeron habia sido casual; porque averiguado su principio se encontró en el primer alojamiento.

Puesto en cobro lo que habian sacado del naufragio, salieron los franceses á reconocer la tierra por otro parage, y á breve tiempo dieron con una casa de indios, cerca de una laguna: fueron á ella, y á el ruido salió huyendo una india vieja, que aunque corria mucho la alcanzaron dos soldados: todos la halagaron hasta que perdió el temor; llevólos á la casa que habia dejado, donde bebieron agua que tenia en cántaros. Vieron despues venir en una canoa

dos indias y un indio mozo, que debian de haberse ocultado hasta ver lo que hacian con la vieja; y como reconocieron los agasajos con que la trataban, y que estaba contenta, llegaron á abrazar á los franceses con una extraordinaria ceremonia, porque antes los soplaban en la oreja con gran respeto y ademanes. Preguntaban los franceses por los demas indios, y respondian por senas estaban en caza: entonces se manifestaron otros siete indios, escondidos entre unas matas, vinieron á saludar á los franceses de la misma suerte; y como la ceremonia era larga no pudieron dejar de reirse: diéronlos algunas cosillas de rescate, y fueron regalados con pieles de cabra: detuviéronse en este viage algunos dias, y no teniendo por conveniente pasar adelante, ignorando la tierra se volvieron al campo.

Juntó Roberto los bastimentos que tenia para repartirlos con cuenta y razon entre los soldados; y hallándose con dos canoas solamente, envió algunos soldados á rescatar otras de los indios, aunque se volvieron sin ellas, y con la noticia de que los indios se habian aprovechado de los despojos del naufragio y que traian ropas como jubones, hechas de las mantas de Normandía, y las mugeres partidas por medio, puestas como escapulario, y que tenian pedazos de hierro y otras cosas de el Amable. Roberto sintió mucho se volviesen sin las canoas; pero el dia siguiente Hamel, alférez de Boju, se ofreció con su chalupa á buscar canoas: permitióle Roberto cumplir su buen deseo, y mandó fuesen con él Moranget su sobrino, Deslojes, Ori, y otros. Embarcáronse gustosos, y el mismo dia tomaron tierra para embestir sin órden ni motivo al pueblo de los indios que vestian las reliquias del naufragio, huyeron dejándose algunas mantas y pieles curtidas en sus casas, entra-

ron en el pueblo y hallaron escondidos algunos, que por señas los dieron á entender que si querian castigarlos por haber tomado las mantas que el mar arrojó en las costas se las volverian todas; y aunque admitieron la propuesta los franceses no pudo cumplirse, porque tenian la mayor parte consigo los huidos.

No hallando con quien tratar los franceses sobre el rescate de las canoas, se volvieron á la chalupa, hallaron en el mar dos canoas que abandonaron porque anocheceia, y no sabian como llevarlas. Su cansancio y lo dilatado de la noche los persuadió á tomar algun recreo; saltaron algunos en tierra con Moranget tan descuidados como si estuvieran en París, encendieron lumbre para pasarlo con mas conveniencia, cenaron y se durmieron fiados en una centinela que hizo lo mismo.

Los indios huidos volvieron á su pueblo, y reconociendo que los habian robado siguieron los ladrones con un buen escuadron y gran silencio, reconocieronlos durmiendo y dispararon sobre ellos tantas flechas con tanta furia y destreza que dieron muerte á Deslojes y Ori, y hirieron muy mal á Gayen. Moranget despertó herido de dos flechazos en el brazo y en el pecho, y sentándose como pudo disparó su fusil; y mal despiertos los demas hicieron huir los indios al estruendo sin daño. Avisado Roberto por uno de ellos de este mal suceso envió gente en su socorro; pero no halló indio alguno, recogió los muertos y heridos, que causaron gran dolor á Roberto, dándole mucho cuidado las heridas de Moranget y Gayen, temiendo que las flechas estuviesen herboladas.

Este suceso unido á los antecedentes fortificó mucho el partido de los que descontentos que querian volverse á Francia, en que eran los principales Daim-

bile, sacerdote, y el ingeniero Minet, que con otros tenían por locura desesperada esta empresa. Pero Roberto mas constante en ella, teniendo por imposible dejar de conseguirla, hizo llevar á un sitio que destinó cuanto habia salvado del naufragio; mandóle cercar de estacas para seguridad, persuadido á que el rio que tenia delante era un brazo de el Misisipi, y pensaba subir á buscar las señales que dejó cuando bajó á él por el rio Ilinés.

Considerando Boju que Roberto no convendria en nada que le propusiese, determinó dejarle, calificándole de temoso y porfiado; supo Roberto su resolución y le pidió algunos cañones y balas de las de su navío; pero no quiso darle otra cosa que la pesadumbre de embarcar consigo al capitán del Amable, de que habia sido protector, y mediado marzo se hizo á la vela sin que Roberto tuviese mas arbitrio en detenerle, que escribir con persona de confianza á Segnelay, ministro de estado, cuanto habia ayudado á sus desgracias.

Roberto viéndose solo empezó á edificar un fuerte con las tablas del Amable, estacas, juncos y esteras, y durante esta obra se le huyeron un español y un francés que nunca supo mas de ellos. Despues hicieron lo mismo cinco franceses, pero los prendieron; uno fue condenado á muerte y los demas reprendidos.

Acabado el fuerte en la forma que pudo, declaró á los principales que su intento era subir el rio arriba con 50 hombres, y entre ellos su hermano y Chedevile, sacerdotes, y los recoletos Franciscos. Dió tales razones de la seguridad y bondad de este designio, que todos le aprobaron, y sin perder tiempo se embarcaron en cinco canoas que estaban prevenidas, dejando en el fuerte 130 hombres con Jutel, y órden de no tratar ni comerciar con los indios. La misma noche

que Roberto partió se acercaron los indios al fuerte, unos aullando como lobos ; otros ladrando como perros y dando otros gritos descompasados y á su parecer horribles. Dispararon del fuerte dos fusiles y se retiraron sin hacer otra hostilidad. Repitieron lo mismo las noches siguientes, hasta que una estuvieron tan porfiados que fue preciso dispararlos siete cañonazos para que huyesen. Oyólos Roberto, é imaginando que los indios embestian al fuerte, volvió asustado á él con ocho hombres, y se alegró de verle en mejor estado. Dijo á Jutél y á los demas que habia hallado un país muy á propósito para sembrar todo género de granos, abundante de vacas y aves, por lo cual queria hacer mas adelante otro fuerte, y mandó á Jutél que habia perfeccionado aquel, que recogiese las estacas que pudiese y echase el mar en la resaca y hiciese cortas de leña en otras partes; y advirtiéndole lo demas que le pareció volvió á su viage.

Dió gran cuidado á los del fuerte un navío que descubrieron á primero de abril, tan cerca que conocieron ser español, y parecia los buscaba. Retiráronse luego al fuerte todos, empezaron á prevenirse para cualquier suceso. Mas despues vieron que en lugar de venir hácia ellos se alejaba á la otra punta de la bahía donde echaba en tierra dos hombres, y desapareció luego: celebraron ver escapado del riesgo de ser descubiertos ó maltratados.

Envió Jutél algunos soldados á cazar para conservar los bastimentos que en el fuerte tenia ; pues aunque se gastaban pocos por la gran abundancia de dorados, rodaballos, trillas y otros pescados que sazaban con la sal que hacian muy blanca cogiendo el sarro de las lagunas y moliéndole, procuraba conservar los bastimentos para no hallarse en necesidad supliéndolos su desvelo,

No pasaron dos horas cuando los cazadores volvieron corriendo persuadidos á que venian indios por haber visto huir las cabras monteses ; y fue verdad su temor, porque luego vieron á unos ocupar un cerrillo y otros acercarse al fuerte. Previno las armas Jutél temiendo quisiesen quemarle con las flechas. Adelantáronse dos indios sin armas, y salió á hablarlos con Moranget. Hízolos sentar junto á sí, y por señas dijeron que los indios estaban en caza. Moranget quiso vengarse de los dos flechazos de que aun no estaba bien sano dándolos muerte, pero no lo permitió Jutél ; el cual vuelto al castillo mandó disparar algunos fusiles, y viendo que los indios no se iban hizo disparar un cañon de artillería, á cuyo ruido huyeron.

Así estuvieron los franceses en aquel fuerte hasta primeros de junio con gran recelo de los indios, porque sabian que andaban descubriendo modos de cogellos descuidados, y acabar con ellos ; mas por el recato y cuidado con que vivian nunca pudieron hacerlos daño.

Roberto habia ya empezado á fabricar otro fuerte en el parage comunicado á Jutél, que aunque era arenoso, le pareció mejor, porque estaba mas dentro de el país. El sitio estaba en 27 grados de latitud al Norte, ó muy cerca, en un cerro alto, Norte Sur, desde donde se descubrian al Occidente grandes y hermosas campiñas, llenas, en todos tiempos, de yerbas y pastos, mas altos que las cosechas de España, corriendo por ellas infinitas vacas. Desde Occidente á Mediodia se descubrian llanuras mas dilatadas, con muchos bosquecillos, poblados de varios árboles. Desde el Mediodia á Oriente estaba el lago de san Bernardo, ó la bahía, que llamaron los franceses de san Luis, á dos leguas del fuerte, en que en-

traban mas de 50 rios navegables, que venian del Oeste y Noroeste. Desde Oriente al Norte, el rio que llamó Roberto de las Vacas, y á la otra parte de él grandes campiñas, con algunos árboles que fenecian en una selva muy espesa, que los tenia mas altos.

La caza era innumerable de vacas, cabras monteses, conejos, gallipavos, abutardas, cisnes, gansos, zorzales, perdices, ánades, chorlitos, y otras muchas aves de muy buen comer, y entre ellas la que llaman Gran Comilon, y otra semejante, aunque mayor que polla, que tiene hermosísima pluma y se llama espátula.

Pescados habia muchos en el rio, y en las lagunas: la mar es muy abundante de truchas, anguilas, ostras, y de unos peces que tienen la boca larga tan fuerte que rompen todos los sedales y redes; otros eran rojos. Habia muchas tortugas de agua y tierra, caimanes de increíble grandeza, que huyen de quien los persigue, y persiguen á quien huye de ellos: uno mató Jutel de 20 pies de largo y 5 de ancho.

La tierra cria muchas víboras áspides, varias especies de culebras y serpientes, una especialmente que llaman de cascabel muy venenosa, aunque su carne es buena y sirve de pasto á los puercos, que los da tan escelente sabor y calidad como á los que en Estremadura comen víboras.

En los bosques hay encinas de muchas especies: unas que están muy verdes todo el año; otras que echan las bellotas como agallas y pierden la hoja en el invierno; y otras como las de España. Hay muchas parras que trepan los árboles y dan mucho fruto, aunque como incultas poco sazonados. Moreras cuya fruta es mas pequeña y suave que la de España, y las hojas mas largas y hermosas, y mejores para seda, y otros muchos árboles.

Los campos están alfombrados de una yerba como acederas, cuya hoja es semejante á la de la mielga, ó trebol, pero del mismo sabor que las acederas. Hay abundancia de cebollas, y entre ellas unas tan pequeñas como la yema del dedo, muy sabrosas, y llevan una flor muy olorosa. Hay muchos narcisos, anémonas y otras flores, que causan la mas agradable y hermosa vista, en Primavera y Otoño, que se puede desear.

Las naciones que alrededor de el fuerte habitaban, son los coaquis, que tienen caballos, que en el Nuevo Méjico adquieren de los españoles. Los vahamos y quineres, indios vagos, y sin pueblos, que entonces tenían guerra con los españoles, y á dos jornadas habia pueblos suyos en el Nuevo Méjico, aunque no lo sabian entonces los franceses.

Puesto el fuerte en alguna defensa, envió Roberto á Villeperdri á traer á Moranget, su sobrino, y todo lo que habia en el fuerte antiguo, con órden de que se quedase Jutél con 30 hombres de guarnicion; ejecutóse como lo ordenaba, llevando en canoas al nuevo fuerte los bastimentos, municiones, instrumentos y gente.

Villeperdri y otros franceses murieron de enfermedad en el fuerte, donde Jutél habia quedado, y empezaron á faltar los bastimentos; pues aunque le redujo á menos sitio, y daba raciones con bastante escasez, como con la gente que habian sacado faltó la caza y la pesca, que era lo mas sabroso y abundante de su mantenimiento, padecian necesidad; porque siendo tan pocos no podian salir con seguridad á buscar nada. Los soldados empezaron á hablar mal del trato que los daban, y se conjuraron algunos para dar muerte á Jutél y á Grós, que estaba con una pierna

muy hinchada de una picadura de serpiente de cascabel. Duhao (ó Duhaur) dió noticia de el motin á Jutél, el cual se dió por desentendido hasta muy tarde, que tuvo ocasion de prender á dos de los principales, y uno confesó todo lo que tenian tramado.

A mediado julio envió Roberto el navío la Bella, al fuerte primero, para que condujesen al nuevo los efectos que habian quedado, y se viniesen todos. Embarcó Jutél la ropa y mercaderías, y los dos presos por el motin. Deshizo el fuerte, y enterró en la arena las estacas y maderas, porque no se aprovechasen de ellas los indios, y pasó con Grós y el cirujano á juntarse con Roberto, el sitio elegido por él no tenia maderera para edificar el fuerte, envió luego á cortar algunas estacas á un monte, distante una legua de allí; los que se llamaban carpinteros tenian tan poca habilidad, que se vió precisado á ir á enseñarlos el modo de cortarlas. Costó gran trabajo conducir algunas; lo cual, y estar mal comidos y al descubierto, traía muy tristes á los soldados y menestrales, aumentando su pesar la fuga del carpintero mayor, que aunque sabia poco de su oficio, no tenian otro que lo entendiese mas; y aunque le buscaron por diferentes partes, nunca se supo de él.

Empezó Roberto á dar disposicion á la fábrica, faltábale madera á propósito, y envió á Jutél por la que habia enterrado, y la trajo en una balsa, y la que no pudo acomodar en ella cargó en el navío la Bella, aunque halló menos de la que dejó, porque ya los indios la habian desenterrado, buscando los clavos, de que hacen grande estimacion, para echar puntas á las flechas. Perdió Jutél en el viage una canoa, mas le recibió bien Roberto, porque la madera que traía bastó á acabar el fuerte, y sobró para añadir una pieza, en que separaron el almacén: pusieron por

nombre al fuerte , de san Luis , que era el mismo que habian dado á la bahía cercana.

Murieron Carpentier y Thibault , naturales de Roán , y Grós , cuya pierna se inflamó tanto de la mordedura de la serpiente , que fue preciso cortarla ; y sobreviniéndole calentura , no hubo remedio que le salvase la vida ; lo cual , y ver que nada le sucedia como pensaba , causó gran pesar á Roberto , que solo esperaba , para ir á su descubrimiento , que estuviese bueno su hermano , teniendo prevenido cuanto era menester para subir por el rio ; en tanto que duraba la enfermedad , hacia entradas á 4 ó 5 leguas en el país , sin encontrar cosa notable ; solo halló un país muy bueno , que terminaba en una montaña , á 20 leguas de el fuerte. Habia en él multitud de árboles , y rios mayores que el que pasaba junto al fuerte que llamaron rio de las Vacas , por la abundancia que habia de ellas en sus cercanías.

Viendo que por tierra no era posible encontrar noticia del Misisipi , pensó hallarla en la bahía cercana de san Luis. Determinó costearla , y mandó á Jutél que con cinco hombres y una canoa viniese con la Bella , que mandaba Moranget : habiéndola dejado en parage seguro , se entraron en la canoa ; pero fueron las tempestades tan grandes , que hubieron de perderse muchas veces ; y sin descubrir nada , se volvieron donde dejaron la Bella , y no la hallaron , ni una legua mas adelante , de que Roberto tomó gran pesadumbre , porque habia hecho meter en ella algunos cofres cargados de mercaderías , vestidos y papeles ; pero habiéndola buscado dos dias , la halló sin chalupa , que tambien participó de los riesgos de las tormentas.

Apresuró Roberto , estando ya bueno su hermano , el viage determinado , y nombró á Jutel por go-

bernador de el fuerte de san Luis en su ausencia, dejando con él 34 personas, hombres, mugeres, y niños, entre ellos el teniente Uric, Domingo Duhaut, un cirujano, y tres Recoletos Franciscos; quedaron ocho piezas de cañon, 200 fusiles, 200 espadas, 100 barriles de pólvora, 3000 libras de balas, 300 de plomo, y algunas barras de hierro, 20 paquetes de hierro para clavos, 20 barriles de harina, barrica y media de vino, media de aguardiente, algunas herramientas, é instrumentos de cortar y cultivar, un gallo y una gallina, y algunos puercos. Dió orden á Jutél de no recibir á nadie en el fuerte, sino la trajese suya por escrito, prohibiéndole totalmente la comunicacion con los indios. Despues le envió la canoa, con tres soldados; y con esta gente se mantuvo en el fuerte, supliendo la falta de bastimentos, con la caza y pesca; porque aunque sembró trigo, no produjo: atribuyólo al agua del mar, que bañó algunas veces la sementera, ó á no haberlo sembrado en tiempo; y aunque las calabazas, melones, chicorias, y otras legumbres salian bien, eran tantas las sabandijas que daban sobre ellas, que no prevalecian.

Despedido Roberto, le hicieron salva cinco cañones al partir. Tomó el camino por lo bajo de la ribera, para ir por tierra, á lo largo de la bahía de san Luis, y las canoas iban navegando á la vista. Descansó algun tiempo sobre la orilla del mar, cerca de la barca, y quiso reconocer el fondo de la bahía hácia las costas cercanas, para saber hasta donde podria llegar la Bella: fue el piloto con algunos, que era muy diestro, á examinarla, sondando en muchas partes, hasta anochecer, que cansado saltó en tierra con sus compañeros, y encendieron lumbre; pero descuidándose en poner guardas y centinelas, dieron sobre ellos los indios, y no dejaron vivo ninguno.

Esperólos Roberto aquella noche, y al dia siguiente marchó á buscarlos á lo largo de la costa: halló los cadáveres esparcidos por el campo, empezados á comer de fieras: no pareció indio alguno, y habiéndolos enterrado, volvió al sitio de donde salió. Previno la Bella, con gente, bastimentos, y una canoa, dando orden á Planterosa de Roán, y á Chevile, que eran los principales que estaban á bordo, de que no se moviesen sin espresa orden, ni saltasen en tierra sino con gran cuidado y recelo.

Escogió despues 20 hombres, prevenido cada uno con su mochila, metiólos en dos canoas que le habian quedado, y á breve tiempo saltó en tierra para ver si podia descubrir noticias de el rio deseado: anduvo muchos dias hasta llegar al rio que llamó la Maligna, muy grande, profundo y hermoso, cuyas riberas están pobladas de árboles, tan frondosos, altos é iguales, y entre ellos muchos fructíferos, especialmente morales, que parecian puestos á mano.

Aquí se quedó Duhaut porque no le quiso esperar Moranget. En algunos pueblos de indios no le recibieron bien, antes le hirieron algunos compañeros, intentando resistirle el tiempo que bastaba á ponerse en salvo los moradores; solo pudieron coger dos indias, una tan maltratada de heridas que murió luego, y la otra que no respondió á nada de lo que la preguntaron.

Hasta cerca de mediado junio no pudo llegar Tonti á su fuerte de san Luis, y habiendo presentado á Bogia el título de gobernador, dado por el rey de Francia, le dejó el gobierno y se fue á Quebec. Tonti sosegó las inquietudes que por cosas de poca importancia tenian los indios miamis con los ilineses. Dió otras disposiciones á la seguridad del país,

hasta el Otoño, que hallándose sin noticias de Roberto, dejó en el fuerte por su teniente á Bellefontaine, y fue á solicitarlas á Masilimachinac, donde halló la novedad de haber sucedido á Barra en el gobierno de Canadá el marqués de Enonvile, coronel del regimiento de dragones de la Reina, y una carta en que le llamaba para conferir con él la guerra que intentaba hacer á los iroqueses, avisándole que Roberto estaría ya en la ensenada de Méjico, según el tiempo que habia pasado desde que salió de la Rochela; y cumpliendo Tonti con el encargo que Roberto le dejó hecho cuando fue á Francia, de que partiese por el rio de la Palizada á buscarle. Juntó 20 naturales de Canadá, y con ánimo de llevar á Roberto el mayor socorro que pudiese juntar, se volvió al fuerte de san Luis, donde dejó el mismo teniente, y se embarcó con 40 hombres en el rio de los Ilineses. Entró en el rio Misisipi, y navegando por él llegó á la orilla del mar, donde no halló rastro ni noticia alguna de Roberto. Envió dos canoas á Este y Sur Oeste á reconocer las costas, y tampoco vieron nada, despues de haber navegado 20 leguas en dos dias á una y otra parte. Registró los sitios principales, cabos, orillas del mar, la costa de la Malcolina y la de Méjico, los pueblos de Picheno ó Zembo-gu y Tangibao, que están sitos en ella las naciones de los ostonoos, mansoleas y mousas, preguntando á todos sin hallar noticia; y como allí no podia esperar de acuerdo de los principales de la gente que llevaba, faltándole ya el bastimento determinó volverse, imaginando que los negocios de Roberto se habrian dilatado: queria seguir la costa hasta la Menade para descubrir alguna tierra, y no lo permitieron los demas; con que se volvió por donde habia venido, y antes notaron que el árbol en que Ro-

berto puso una cruz y las armas reales de Francia, estaba á pique de llevársele el agua, por lo cual mas arriba levantaron una columna en la cual pusieron una cruz y un escudo de las armas reales, y hicieron noche allí, y el dia despues, que fue lunes despues de Pascua de Navidad, prosiguieron su viage, siguiendo por tierra las riberas de Misisipi.

El marqués de Enonvile dió las providencias mas útiles á la seguridad de Quebec y sus tierras; y viendo la inquietud de los indios, partió por octubre á Monte Real á dar priesa á las fortificaciones para volverse fenecidas, á invernar á Quebec.

Año de 1686.

Juan Enriquez Barroto se hizo á la vela en el puerto de la Habana, por el mes de enero, á reconocer la ensenada de Méjico: registró las bahías, cabos, bagíos de la costa del Norte; y llegando á Apalache reconoció con mayor individualidad, desde el cabo que llamó del Lodo hasta Apalache, y especialmente la bahía de santa María de Galve, sin hallar poblacion, noticias ó señales de estrangeros. Padeció en este reconocimiento escesivos riesgos, contrastes y tempestades, resistiéndolas con arte, constancia y trabajo; y faltándole los bastimentos se retiró á la Vera Cruz, donde fue aplaudida su llegada, y las noticias de estar libre la ensenada de piratas y usurpadores. Envió diario puntual de todo lo que habia pasado, visto y notado en el viage, con un mapa muy distinto de su reconocimiento, al marqués de la Laguna, virey de Nueva España, que habiéndole recibido tuvo varias juntas sobre lo que se debía hacer, y al fin se determinó enviarle al rey con su parecer y el de otros ministros.

Duhao no pudo seguir á Roberto, porque per-

dió el camino, disparó muchas veces el fusil, pero en vano, por lo cual caminando de noche, y escondiéndose de día por miedo de los indios, se volvió al fuerte de san Luis despues de un mes de viage con muchos trabajos; recibióle Jutél, su gobernador, contra la órden de Roberto, por creerle sin culpa, y lastimarle las grandes calamidades que referia.

El marqués de Sabloner, Planterosa, Chedeville, presbítero, y los demas que habian quedado en la barca se estuvieron en el sitio señalado por Roberto hasta que quedaron en seco: enviaron á Planterosa y á otros seis franceses á tierra, á buscar agua y caza, y nunca supieron mas de ellos. Esperáronlos algunos dias, en que murieron tres ó cuatro de los de la barca: los demas, pesarosos y faltos de agua y bastimentos, determinaron por no morir de hambre volver al fuerte de san Luis; pero el viento contrario y tempestuoso arrebató la canoa que llevaban, y arrojó la barca á la costa opuesta á la bahía, en la cual dieron al través.

Ninguno pereció en el naufragio, mas viéndose perdidos y sin chalupa procuraron hacer una balsa de algunas barricas y planchas que arrojó el mar, tan desgraciadamente y tan sin arte, que se hundió con todos los que habian saltado en ella sin poderlos socorrer. Los demas no escarmentaron con esta ruina, antes hicieron otra mejor y mas segura, en que salvaron las velas y cuerdas de la Bella, algunas piezas de lienzo, ropa y papeles de Roberto, y enterraron lo que no pudieron llevar; vieron entonces la canoa perdida, y habiéndola recuperado se embarcaron en ella, y volvieron al fuerte con la balsa, templada ya la furia de los vientos.

Roberto atravesó los fertilísimos paises que pisaron tantos años antes Alvar Nuñez y sus compa-

ñeros Juan Pardo, natural de Cuenca, y otros. Vió muchos rios, grandes pueblos y naciones innumerables. Hizo paz y alianza con algunas de las mas cercanas, y advirtiéndole que en pasar adelante podría encontrar algun riesgo (sin el de los españoles, de que iba bien receloso) que diese fin á su empresa, determinó volver al sitio en que dejó la Bella para subir en ella por uno de los rios que habia descubierto, ó enviar á Moranget su sobrino á buscar bastimento á las islas de Barlovento; ó cuando no pudiese lograr uno ni otro, salir al mar á buscar la boca del rio: llegó al sitio y no halló rastro de nave. Envió á Barbier, Petit Bihorel, al cirujano y otros á reconocer la costa por si la hallaban en alguna parte, y él marchó al fuerte de san Luis con ocho hombres á mediado de marzo, descubriólos Jutél y salió á reconocerlos: regocijóse mucho con su venida. Entraron en el fuerte, quitando á los que en él estaban la mayor parte del gusto de su venida, ver á Roberto y á sus compañeros casi desnudos, sin sombreros, y tan maltratados del viage, que era menester cuidado para conocer los semblantes. Luego que vió Roberto á Duhaut, empezó á reprender á Jutél porque le habia recibido en el fuerte; pero oida la disculpa, que Moranget apoyó de que no quiso aguardarle, se sosegó.

Barbier y los demas que fueron á buscar la nave volvieron al dia siguiente sin noticias de ella. Tuvo gran sentimiento Roberto por ver destruidas sus ideas, y aunque algunos de los mas favorecidos le aconsejaban suspendiese hasta nuevos socorros la prosecucion de la empresa, los satisfizo, dándolos razones de que no era conveniente, quedando resuelto á volver á buscar por tierra el rio.

Reposó algun tiempo en el fuerte, previnién-



dose para el viage: Jutél le dió los vestidos, lienzo, rescates y mercaderías que tenia; Duhaut algunas telas e instrumentos, y él se aplicó la ropa de Grós, Thibault y Carpenter, difuntos, lo cual y otras cosas que se hallaron en el fuerte, le dieron prevencion abundante para lo que necesitaba. Escogió Roberto 20 personas, y entre ellos Cavelier, su hermano, Fr. Anastasio, Moranget, Bihorel, Clerq, Hurrier, Duhaut, el mozo, Hiens, su cirujano, y Mesnil, su criado, y Nica, indio chaovenon, que habia estado en Francia, y dejó á su sobrino Cavelier, Barbier, Canadino y otros que no podian seguirle.

Dispuso cada uno su balija ó lo mejor que pudo, y á fin de agosto, dejando á Jutél en el fuerte como antes, empezó su viage: al tercer dia echó al Nordeste por fértiles y hermosas campiñas, donde habia muchos indios á pie y á caballo que llegaban á convidarle con su pueblo; no quiso admitir el hospedage por ser estraviado y saber que trataban con los españoles.

Pocos dias despues de la partida de Roberto, estando Jutél en lo mas bajo del rio oyó: *quien vive*. Adelantóse á saber la novedad, y vió al marqués de la Sablonere, Chedevile y los demas que venian en la canoa, habiendo perdido en el viage la balsa. Supo la desgracia sucedida, hizo descargar los vestidos y algunos papeles de Roberto, un poco de lienzo, abalorios y otras cosas de poca importancia que venian en la canoa, metiólo Jutél en el fuerte, envió á Barbier en dos canoas con algunos compañeros á traer lo que habian enterrado, y llevó quince hombres que solo hallaron algunas cuerdas y velas, porque ya los indios, que siempre andaban alerta, se habian llevado las piezas de tela y todo el hierro, con lo cual volvió muy desconsolado Barbier.

Los indios perseguían á los que iban á caza, y si podían los mataban y quitaban las armas. Otras veces se venían al fuerte á inquietar á los franceses, y como no podían tratar con ellos, si se acercaban procuraban retirarlos á balazos, y andaban tan atrevidos, que habiendo salido Barbier con seis ú ocho franceses á caza, le embistieron, disparándole algunos tiros con los fusiles y pólvora que habían hurta- do á los franceses en diferentes ocasiones, aunque como poco diestros en estas armas no hacían daño alguno; antes, dada la descarga de tres ó cuatro tiros, huyeron.

Este Barbier fue el primer francés que se casó en aquella tierra, y queriendo hacer lo mismo la Sablonere, por ser hombre de mas distincion, no lo consintió Jutél sin participarlo antes á Roberto, quitándole así el motivo de enojarle.

Roberto prosiguiendo su viage llegó con sus compañeros al rio que llamó Robec, donde había muchos rebaños de docientas y trescientas cibolas, mataron algunas y comieron abundantemente, haciendo provision para el camino. A legua y media dieron en el rio que habían llamado antes la Maligna: pasáronle, caminando despues por prados amenísimos hasta llegar á otro rio que llamaron Hiens, por un aleman, natural de Vitemberga, que estuvo para ahogarse en él.

Aquí mudó Roberto su viage del Nordeste al Este, caminando algunas jornadas, hasta entrar en otro país mas agradable y delicioso. La nacion que le habitaba era muy numerosa: recibió á los franceses con muchas muestras de amistad; las indias venían á abrazarlos: diéronlos de comer al uso del país, abundantemente, y muchas pieles de vacas, tan bien curtidas que podían servir para hacer suelas. Esta na-

cion se llamaba Biskatronge, y los franceses la llamaron de los Plañidores; dando este mismo nombre á su rio, porque cuando llegaron allí se pusieron los indios á llorar amargamente, y estuvieron así mas de un cuarto de hora. Era costumbre entre ellos al ver gentes de lejas tierras llorar á los padres y parientes de los caminantes, creyendo los hallarán muertos cuando vuelvan. Diéronlos guias y pasaron el rio en canoas.

Despues de haber visto algunos pueblos llegaron al de los kikanonas, donde los indios los habian convidado á comer, saliéndolos á recibir con mucha alegría, llenas de espigas las manos: dijéronlos entre otras cosas que conocian hombres blancos que habitaban al Oeste, nacion mala y cruel que despo-laba los paises de sus cercanías: entendió Roberto hablaban de los españoles y aprobó lo que decian, asegurando sus fingimientos, y que tenia guerra con ellos por ser intratables y perversos; de lo cual se alegraron mucho los indios, y los rogaron se quedasen con ellos para hacerlos guerra. Roberto ofreció volver con muchas tropas á defenderlos; se confederó con ellos, agasajólos con cuchillos y otras cosas de rescate, y los indios le regalaron con bastimentos y pieles.

No fueron estos pestilentes oficios y los de otros franceses, que persuadian lo mismo á los indios, la menor causa para que muchas naciones de el Nuevo Méjico y la Florida, pocos años despues se rebelasen, haciendo tan gran estrago en los españoles, y desolacion en sus pueblos, que no bastó á sosegar su furia, desamparar la ciudad de santa Fé, ni haberlos reducido dos veces don Juan de Vargas Lujan con el mayor valor y destreza que se ha visto; porque obstinados en su maldad, fue necesar-

rio á la tercera vez castigarlos como merecian.

Estas persuasiones, que no causaron utilidad alguna á Roberto, fueron de grandísimo daño á los españoles y á la Religion Católica, y pudieron disponer la ira de Dios sobre él y sus compañeros, pues casi todos perecieron miserablemente.

Despedido Roberto de los Plañidores, pasó el rio en una canoa, caminando siempre al Este por fertilísimos campos, y á tres jornadas oyeron que el indio Nica dió un grito diciendo: *Muerto soy*. Corrieron á socorrerle y le hallaron mordido de una serpiente, de que le curaron.

Despues de algunos dias llegaron á un rio largo y rápido, que llaman el rio de los Desdichados, decian los indios salia al mar; y habiendo entrado en una balsa Roberto y su hermano con algunos para pasarle, los desapareció la corriente en un momento, quedándose Fr. Cenobio y otros en la ribera con mucho sentimiento y lágrimas, creyendo perdido á Roberto y á los que con él entraron; pero al anochecer oyeron en la ribera opuesta del rio que decian se habia salvado, porque tropezando la balsa en un árbol la detuvieron contra él, y á gran fuerza pudieron salir á tierra, escepto uno que se ahogó. Al dia siguiente pasó Fr. Cenobio con Moranget y otros, y juntos todos abrieron camino, cortando espesísimas cañas con las hachas. Aquí pareció Nica, que habia cuatro dias no sabian de él, cargado de caza, de que se alegró Roberto tanto que mandó hacerle salva con algunos fusiles.

Caminaron juntos siempre al Este, por mas bellos amenos paises que los ya vistos, y hallaron pueblos que solo tenian nombres de bárbaros. Entre otros encontraron un indio muy honesto que venia de caza con su muger y familia, el cual presentó á

Roberto un caballo y algun bastimento, rogándole fuese á su casa con la compañía; que para que les guiasse dejaba su muger, familia y caza en tanto que avisaba al pueblo de su llegada. Fueron con él Nica y un lacayo de Roberto, que pasados dos dias volvieron con dos caballos cargados de bastimentos, acompañados de algunos principales, seguidos de indios de guerra, muy bien vestidos de pieles curtidas, con el calumet ó pipa. Llevaron á Roberto como en triunfo al pueblo de los Cenis, que era el mayor que en aquellas tierras hallaron; pues tendria 20 leguas de largo, no en calles y casas continuadas, sino fabricadas en trechos de 10 ó 12, como barrios, con nombres diferentes: las casas eran de 40 ó 50 pies de alto. Tenian plantíos de árboles, cuyas ramas hacian arcos; las camas de tres ó cuatro pies de alto; cada casa tenia dos familias. Hallaron allí muchas cosas de los españoles, monedas, collares de plata, puntas, vestidos y caballos, y una bula, que durante el estío eximia á los españoles del ayuno: lo que mas habia eran caballos, trocaban uno por un hacha, y al P. Fr. Anastasio le daban uno por su capilla. Adquiríanlos por medio de los aliados de los indios chomanes, amigos de los cenis, que tienen guerra con Nueva Espana y correspondencia con los españoles.

Delinearon en la corteza de un árbol, á instancia de Roberto, la planta de su país y del rio Misisipi, de que decian tener conocimiento. Aseguráronle que los españoles estaban seis jornadas distantes de su país. Roberto, que entendia bien el modo de tratar los indios, los hizo muchas ponderaciones; y entre otras dijo, que el cacique de los franceses era el mayor capitan del Mundo, tan alto como el Sol, tan sublime al español como vian al Sol, respecto de la

tierra. Contó las victorias del gran Luis XIV. Oíanlas con admiracion, dando señales de ella, poniendo la mano sobre la boca: creyeron los franceses serían muy dóciles y aptos para recibir la religion.

Los indios chomanes enviaron embajadores á Roberto, los cuales hacian la señal de la cruz, levantaban las manos al Cielo y se ponian de rodillas, besaban el hábito á los frailes Franciscos, dando á entender que gente vestida como ella instruía sus circunvecinos pueblos; y que á dos jornadas estaban los españoles, donde tenian grandes iglesias los frailes Franciscos, en que se juntaban todos á rezar y hacian algunas demostraciones de la Misa; porque este año andaba muy viva la conversion de los indios, pues el Rey y el Consejo habian mandado con órdenes muy estrechas y repetidas al virey de Nueva España, y gobernadores y oidores de Nueva Galicia, Nueva Vizcaya y Nuevo reino de Leon; por cuyas tierras se comerciaba sin interpolacion con los indios bárbaros hasta la Florida, para que con la mayor eficacia tratasen de irlos reduciendo, poniéndolos doctrineros, y libertando los que se redujesen de tributos por 20 años. Tambien dijeron los embajadores de los chomanes á Roberto, que los españoles eran cruelísimos, convidándolos á que fuesen con ellos á matarlos, lo cual decian era muy fácil por ser unos holgazanes, de tan poco ánimo que no se atreverían á defenderse, y tan amigos de su conveniencia y regalo, que por el verano caminaban con quitasoles. No le pareció á Roberto mantenerse con semejantes vecinos; y á los tres ó cuatro dias, sin haber descansado bien, prosiguió su camino por la provincia de los indios nazoris, que son del mismo genio que los cenis y aliados suyos: pasó un rio caudaloso que atraviesa el pueblo de los Cenis, y seis

leguas mas adelante se huyeron cuatro franceses , y dieron á Roberto y Moranget su sobrino tan fuertes calenturas , que fue preciso detenerse mas de dos meses , en cuyo tiempo consumieron los bastimentos que tenian; y lo que mas sentian era que la pólvora se iba acabando. Esto y la desercion de su gente , le obligó á dar licencia á algunos soldados para que se volbiesen al fuerte , y despues á seguirlos, caminando bien debilitado 150 leguas hasta el fuerte de san Luis, para reparar en él la salud y falta de provisiones.

El caballero Tonti prosiguió su viage el rio Misisipi arriba con los cuarenta hombres , y á las seis jornadas llegó á la provincia de los indios quinipisas: salió á recibirle el cacique con la pipa de paz , pidiendo perdon de no haber recibido bien en el último viage á los franceses ; y procurando su amistad, respondió como descontento Tonti, pero aceptó su alianza y sumision. Estuvo allí algunos dias , y prosiguiendo su derrota , á las 40 leguas descubrió los oumas , nacion la mas valiente de los indios, que intentó recibirlos de guerra ; pero reparando en las armas templaron su ferocidad , y regalaron á los franceses con muchos frutos de la tierra, ofreciéndolos cuanto quisiesen. Aquí notaron un extraño animal que los indios llaman Michichibi , que tiene la cabeza y el cuerpo de lobo, la cola y garras de leon, tiemblan de él todos los animales , y le aborrecen tanto, que ninguno llega á las sobras que deja de los que despedaza para comer : á los hombres no hace mal.

Pasaron á los Akanses ó Akanceas, y movidos de la fertilidad del país, pidieron á Tonti algunos franceses les dejase poblar en él. Delineó una casa fuerte , y dejó para que la fabricasen 10 franceses y 4 indios, como lo hicieron, y despues creció bastan-

temente; Tonti prosiguiendo su camino llegó por san Juan al fuerte de san Luis de los Ilineses, donde descansó hasta fin de junio.

Y considerando que no habia visto al marqués de Enonvile, fue á Monte Real donde estaba, y le dió órden que publicase guerra contra los iroqueses. Volvióse á su fuerte de san Luis y despachó á todas partes, dando aviso á las naciones vecinas de la guerra contra los iroqueses, exhortándolas á que se previniesen contra el enemigo comun.

Juntáronse hasta 400 indios ilineses, chovonoues, lobos ó niamis, y tomando 60 franceses Tonti, dejando 40 á Bellefontaine su teniente, se unió á los indios y salió del pueblo de los Ilineses; un cuarto de legua de él declaró los motivos de la guerra, los cuales aplaudieron con grandes aclamaciones los indios: tomó la marcha hácia el canal por donde se comunica la laguna de los Hurones con la de los Ilineses, cerca de el fuerte de san José, de que era gobernador Durontay; avisóle luego y se juntó á Tonti con otros 60 hombres, y dos dias despues llegaron á su campo Foresto y Lude, gobernadores de Frontenac y de los miamis, con alguna gente; y habiendo tenido Consejo de guerra, resolvieron dividirse en dos cuerpos, destinando por capitanes del uno á Durontay y á Lude, para que guardasen á Masilimachinac y las costas de la laguna Erie hasta Niagara, quedando para oponerse á los iroqueses la demas gente mandada por Foresto y Tonti.

Estando Durontay cerca de Masilimachinac halló un escuadron de 100 iroqueses y ingleses, á los cuales embistió con tanto ímpetu, que dió muerte á la mitad, haciendo algunos prisioneros.

Tonti y Foresto á 20 leguas de Niagara encontraron un gran número de ingleses, hurones, iroque-

ses y ovavaches, de que era capitán el sargento mayor Gregori; los cuales traían á los pueblos de los iroqueses mucho aguardiente, municiones y mercaderías; dieron muerte á la mayor parte de iroqueses y otros indios, y hicieron prisioneros muchos, y entre ellos mas de 25 ingleses, tomando todo lo que llevaban; continuaron su marcha á Niagara, donde acabaron el fuerte empezado, que por temor de los iroqueses no estaba fenecido. Pasó Foresto á dar cuenta al marqués de Enonville, que envió un socorro de hurones, ontaobas y psonnontaués, que se juntaron al ejército al pie del salto Niagara. Con esta gente entró Tonti en el país de los iroqueses; pero una espía de ellos, que se habia introducido con los franceses fingiendo descontento de los de su nación, los dió aviso. Llegó Tonti á un pantano que estaba tres leguas del campo de los iroqueses, donde tenían una emboscada, cuya gente le mató siete hombres; pero habiéndolos resistido con pérdida de 30 indios huyeron, y los siguieron los franceses hasta la entrada de los bosques, y no se atrevieron á pasar adelante, contentándose con saquear uno de sus pueblos, donde dieron muerte á todos los que encontraron.

Pocos dias despues llegaron Durantays y Lude, y juntos intentaron acometer los escuadrones de los iroqueses, pero sabiéndolo ellos por sus espías huyeron: hallaron en el sitio adonde estaban algun maiz y otras municiones. Y al dia siguiente despidieron los franceses á los indios que tenían consigo, con orden de estar prontos al primer aviso, y Lude y Durantays se volvieron á su fuerte.

Volviendo Tonti al de san Luis le dieron aviso unos indios hurones de que venian á embestirle los iroqueses. Hizo alto y envió por socorro á Niagara,

donde gobernaba Valrome, el cual habia salido con 50 fusileros, sin saber que el campo francés se hubiese deshecho, á participar de la presa de los iroqueses; encontróle el aviso en el camino, apresuró su marcha, y juntándose á Tonti, se dejaron ver los escuadrones de los iroqueses; dieron sobre ellos los franceses, y sin aguardar el primer choque empezaron á huir los indios desordenadamente. Siguiéronlos hasta los bosques, y dieron muerte á 100. Recogió Tonti su gente y envió parte de ella á escoltar la de Valrome, y él se vino á invernar á Masilimachinac, por si la guerra proseguia el año siguiente; pero los iroqueses atendiendo mas á su conservacion hicieron paz, dejando las casas que tenian cerca de Niagara á los franceses, ofreciendo no hacer mal á las naciones aliadas, y enviaudo al marqués de Enonvile gran cantidad de las mejores pieles.

Habia estado en la ciudad de Méjico Fr. Nicolás Lopez, del Orden de san Francisco, pretendiendo se le permitiese la reduccion y conversion de 75 naciones de indios, que comunicó en el Nuevo Méjico, algunas cercanas al rio de la Palizada ó Misisipi, dando eficacísimas razones, y haciendo demostraciones evidentes de la gran utilidad que á la monarquía de España se seguiria de concederle lo que solicitaba, y la mayor la estension del Evangelio; pero todas las estimó poco don Pedro de la Bastida, fiscal de la audiencia de Méjico, y menos cuando supo intentaban los franceses poblar las provincias Orientales de aquellas dilatadas regiones.

No teniendo medios Fr. Nicolás para desvanecer contradiccion tan autorizada, se resolvió á enviar á Madrid un informe muy puntual de las provincias que habia visto, su abundancia, riqueza, multitud de indios que las poblaban, muy dóciles para lograr su in-

tento. También escribió el marqués de campo don Juan Dominguez de Mendoza, capitán muy práctico en aquellas tierras, que el año de 1684 había estado en Quivira, y pasó hasta 60 leguas de las poblaciones de los indios, y llegó á 20 leguas de los tejas; y entre otras cosas aseguraba era fácil penetrar las tierras á poblarlas: y ofrecia, que dándole doscientos soldados sustentados y vestidos hasta el río de las Nueces, que dista 400 leguas de Méjico, se obligaba á conquistar un grande imperio, de que daba algunas noticias generales, y á mantener desde el río de las Nueces en adelante, con los frutos de la tierra, no solo 200 hombres sino 200,000 si fuese necesario; porque habiendo él estado en aquellas primeras provincias, sin hacer daño á los indios, mantuvo á costa de la tierra toda la gente que llevaba; y añadía que pobladas algunas provincias de las que Fr. Nicolás expresaba, quedaria muy segura de insultos de los indios la Nueva Vizcaya, pues sin que ellos lo advirtiesen se hallarian en breve tiempo cogidas las espaldas por el Oriente, y encerrados entre los pueblos antiguos y nuevos, con que brevemente se reducirian; enviaron mapas los mas distintos que pudieron, de las nuevas tierras y provincias alrededor de el Nuevo Méjico, por la parte del Norte, Oriente y Poniente, que solo sirvieron de eternizar su celo al servicio de Dios y de el rey, y de acusar nuestra negligencia.

Habiendo delatado en Francia Meules, intendente de Canadá injustamente, pudieron tanto las calumnias de sus émulos, que fue llamado á París, enviándole por sucesor en la intendencia á Campigni Norova, que llegó á Quebec, y partió en breve con el marqués de Enonvile á Monte Real, para pasar muestra á la gente de guerra, y discurrir el modo de proseguirla contra los indios iroqueses. Lo primero

que determinaron fue enviar muchos canadinos á las naciones de indios amigas, para empearlas en la guerra, asegurándolas habia de durar hasta extinguir los enemigos.

La gente del fuerte de san Luis viendo la tardanza de Roberto, empezó á amotinarse y á mormurar de todos. Duhao animaba la turbacion, ofreciendo ayudarlos con su hacienda en cualquier designio que fuese de su conveniencia. Súpolo con tiempo Jutel, y no pudiendo castigarlos, reprendió á Duhaut, quejándose de que patrocinase una maldad contra su honor y el de todos los hombres honrados de aquel fuerte. Ofrecióle Duhaut aquietar los ánimos, negando ser partícipe en intentar alborotos: Jutel por su parte procuró halagarlos con buenas palabras y dádivas, desarmando la tempestad que sobre él venia, y para tenerlos ocupados y aun divididos, discurrió varias obras en el fuerte.

Estando en este cuidado, llegó Roberto por octubre (aunque otros dicen que por agosto) algo mejor parado que de el primer viage, aunque muy disminuida la gente. Traía cinco caballos, algunas pieles de vaca y bastimentos recogidos de los indios; fue recibido con gran contento, y antes de referir su viage preguntó ¿si Clerq, Hurie y Duhaut el mozo, á quien habia dado licencia para volverse, estaban en el fuerte? Y sabiendo que no, se persuadieron todos á que eran muertos por los indios; preguntó Jutel á Roberto por Bihorel y Mesnil su criado, y por los cuatro que desertaron en los cenis; respondióle que su criado se habia ahogado, y que de los demas no sabia; alegróse mucho de que la gente de la barca se salvase, y de que hubiese parecido su ropa y papeles: descansó algunos dias discurriendo si era mejor buscar el país de los llineses ó Misisipi; pero

las grandes calores retardaron la ejecución de sus discursos. Hizo un almacén de pieles y estacas, y tuvo gran enojo de que los indios diesen muerte á dos franceses junto al fuerte, y de que se atreviesen, aunque con mucho pavor, á insultarlos, dando disposiciones á evitar los riesgos.

El conde de la Monelova, comisario general de la caballería y infantería de España, del Consejo de guerra, fue nombrado para suceder al marqués de la Laguna, dándole orden de partir luego; llevó dos navíos de á 60, y un patache de la armada de el Océano, para que los agregase á ella en llegando á la Vera Cruz: y unida la armada la enviase á desbaratar las poblaciones y fortificaciones que los franceses hubiesen hecho en la ensenada de Méjico.

Surgió en la Vera Cruz á 15 de setiembre, y acudiendo al empeño que traía de lanzar los franceses de el seno Mejicano, sin perder tiempo convocó á consejo todos los cabos principales de la armada y de los navíos que llevaban, en el cual se platicó y confirió largamente; vióse el mapa y reconocimiento de Barroto, y se discurrió no había llegado donde podían estar las poblaciones de extranjeros: resolvióse que antes de determinar el modo de la empresa se volviese á reconocer todo el seno Mejicano; mandáronles fabricar dos bergantines como los del Mediterráneo, para costear mejor los mares y entrar con mayor facilidad en los rios, porque no quedase parage que no se reconociese.

Nombró el virey por capitanes de los bergantines á don Martin de Ribas y á don Pedro de Iriarte, personas inteligentes y prácticas en la mar, y para asegurar el reconocimiento se mandaron aprestar dos fragatas fuertes, que desde la Vera Cruz fuesen navegando hasta Apalache, y nombró por capitanes

á don Andrés de Pes y á don Francisco Gamarra, capitanes de mar y tierra, de cuyo celo al real servicio se esperaban los mejores efectos, para conseguir el fin de lo encargado al virey.

Año de 1687.

Los capitanes don Martin de Ribas y don Pedro de Iriarte, llevando por piloto á Juan Enriquez Baroto, se hicieron á la vela en la Vera Cruz, el primer dia de este año en los dos bergantines; padecieron grandes tormentas que ocasionaron increíbles sustos y trabajos, de que escaparon por la industria de el piloto. Llegaron á la costa de Apalache á principios de mayo, y mal reparados de los daños padecidos, reconocieron y demarcaron la costa, haciendo el piloto descripcion puntual de ella; donde fenece la costa al Norte Sur, y empieza la del Este Oeste en 29 grados y un tercio de latitud, vieron en una bahía una laguna muy grande y dilatada con dos brazas de fondo á la entrada; registrándola cuidadosamente, hallaron en ella un bajel naufragado con el árbol del trinquete solamente, reconocieron ser fábrica francesa, y las señales que vieron no dieron lugar á dudas; quitaron de la popa tres flores de Lis pintadas, y de la toldilla sacaron cuatro piezas de artillería; hallaron un pedazo de timon, algunos machos y fragmentos de otro navío de mayor porte, que se conocia haber naufragado á la entrada; con estas reliquias, que eran las del Amable y la Bella, se persuadieron á que los extranjeros que buscaban eran perdidos, y determinaron volverse; pero advirtiendo el riesgo á que se esponian atravesando el golfo Mexicano, por la poca fuerza de los bergantines, de comun acuerdo pusieron las proas á la Habana, donde legaron breve y felizmente.

Allí se detuvieron tres dias á tomar bastimento y otras cosas que necesitaban; prosiguieron su navegacion al cabo de Corrientes, atravesaron á Cotoche, y sin perder la costa de vista, pasando por Campeche surgieron en la Vera Cruz, donde fueron recibidos con grande alborozo, porque los creian perdidos por la tardanza y las repetidas tempestades que habian sentido. Dieron luego noticia al conde de la Monclova, que recibió mucho contento con ella, y gratificó á los oficiales de mar y guerra, que con tan mal tiempo lograron viage tan peligroso.

Prevenido Roberto lo mejor que pudo, salió del fuerte de san Luis á 12 de enero con su hermano y sus sobrinos Cavelier, Moranget, Jutél, Fr. Cenobio Mambre, Duhaut el mozo, Juan Larcheveque, Hiens, Liotot, cirujano, Talón el mozo, Nica, indio, y Saget, lacayo, que en todos componian el número de 17, dejando en el fuerte á Chedevile, sacerdote, dos Recoletos, el marqués de Sobloniere, un cirujano y otros, hasta 20 hombres y 7 mugeres (entre ellos Barbier que quedó por comandante), sin mas indios ni ganados que 70 puercos, 20 gallinas, algunos barriles de harina para los enfermos, bien poca pólvora y plomo, y 8 piezas sin balas.

Cargaron en los cinco caballos que trajo Roberto lo que cada uno tuvo por mas preciso y necesario, y llegaron al pueblo de Bucan (que llamaron así porque en él se hacia cecina que llaman Boucaner los franceses) cerca de el fuerte. Atravesaron el dia 13 un campo de dos leguas, en que vieron muchas ciervas, cabras monteses, abutardas y otras aves. El suelo era tan pantanoso que fatigaba mucho á los caballos; entraron en un bosque en que fenecia la tierra llana: por medio de él pasaba un rio (llamóle Roberto de la Princesa), que va á juntarse con otro bra-

zo, y ambos desaguán en la bahía de san Luis; á la entrada del bosque mataron cinco cibolas, y pasado el rio descansaron á media legua de él, y se libraron de un aguacero terrible con los cueros de las cibolas que habian muerto; pasada el agua prosiguieron su camino á 14, por una larga y dilatada llanura en que habia mayor abundancia de caza y cibolas muy alborotadas, de que imaginaron los franceses que las perseguian indios.

Dejóse ver un indio, que reparando en la nueva gente huyó de ella: siguióle un francés á caballo y le prendió: queríanle dar muerte los demas, pero Roberto no lo permitió: antes los amonestó tratasen con mucha paz y blandura á los demas indios; porque si los exasperaban acabarian con todos, siendo tan pocos como vian; dió luego tabaco al indio y otras cosas, y á entender que no venia á hacerlos mal sino á traerlos la paz: permitióle se fuese. El indio que habia estado temblando de miedo, no creyendo su libertad, salió de entre los franceses mirando á todas partes, y cuando le pareció que podia escapar tomó una carrera velocísima. Prendieron otro en el camino, con quien se hizo lo mismo; despues repararon en algunos indios que los seguian por el lado izquierdo. Mandó Roberto, estando ellos en frente, cesar la marcha: los indios hicieron lo mismo. Estándose mirando unos á otros, echó Roberto su fusil en el suelo y se fue hácia los indios, haciendo señas de que llegase el capitan á él; hizolo así, y poco á poco fueron viniendo todos los indios á los franceses. Tomaron tabaco de hoja, y Roberto les dijo que iba á ver á los cenis sus amigos, y que deseaba paz con todos. Regalólos con tabaco, cuentas de vidrio y cuchillos, y cada uno se fue por su parte con sus regalos.

Fue Roberto á un bosque donde se habia alojado antes, mandó se fortificasen en él para hacer noche; pero antes de acabar la corta defensa que estaban haciendo, llegó un indio, despues dos, luego tres, hasta juntarse considerable número; tanto que Roberto temió alguna traicion, y mandó á los suyos tuviesen prevenidas las armas, y él salió á preguntar á los indios ¿qué querian? Respondiéronle, que sabiendo que no hacia mal venian á verle: miraban el alojamiento con mucho cuidado. Roberto los regaló diciéndolos que se fuesen, como lo hicieron. Quedaron los franceses con mucho recelo toda la noche; fueron al vado del rio La Princesa, mas llevaba tanta agua que no pudieron pasarle. Subieron mas arriba viendo campos hermosísimos, florestas de varios árboles de un mismo grueso y altura, muy derechos, que parecia haberlos plantado á cuerda; muchos arroyos muy claros y de buen agua, que hacian un país agradable; hallaron bosques tan espesos, que para penetrarlos abrian camino con las hachas. La abundancia de caza los ayudaba á llevar el trabajo, que en cortar los troncos que les molestaban y proseguir su viage padecian.

A 17 llegaron á un pueblo de indios como de 300 casas, que no tenian cubierta ó techo; porque los cueros con que se cubrian se los habian llevado los indios despoblándole. Vadearon un brazo del rio, llegaron á otro que no pudieron pasar y se quedaron en sus riberas, donde les detuvo otro aguacero que duró hasta 19, con tanta violencia, que creyeron ser anegados.

Maltratados del agua determinaron proseguir su viage; entraron en un país lleno de árboles muy espesos, en partes les daba el agua por las rodillas y mas arriba, y en partes abrian camino con las ha-

chas; y á no ser por las sendas de las cibolas gastáran dos horas en cada paso. Llegaron en fin á la orilla de otro rio, donde descansaron. A 20, despues de haber caminado media legua de bosques y pantanos, descubrieron una gran campiña, en que habia diversas sendas de cibolas que iban hácia el rio; y persuadidos á que hallarian el vado, caminaron á él; pero el rio iba tan crecido y rápido por entre tan altas y derechas barrancas, que no discurrieron medio de pasarle, y se quedaron con suma descomodidad junto á él, viéndose precisados el dia 21 á seguir la ribera arriba, hasta que le hallaron tan hondo y estrecho, que un árbol caido sobre él como puente abrazaba ambas riberas; por el cual de mano en mano pasaron su ropa y los caballos á nado, y empezaron á cortar árboles de la otra parte para hacer alojamiento.

Antes de empezar á sosegar de la fatiga padecida oyeron voces, acudieron á las armas para reconocer el ruido, y descubrieron 15 indios haciendo señas á los franceses de que fuesen á ellos, echando los arcos en el suelo en señal de paz. Roberto se llegó agasajándolos: sentáronse juntos, tomaron tabaco de hoja, y por señas conoció ser aliados de los cenis, y llamarse su nacion Bahamo, y estar su pueblo cerca. Diólos algunos rescates, y despedidos prometieron volver el dia siguiente, como lo cumplieron, llegando hasta 25 indios al alojamiento, que traian rodelas de cueros muy fuertes. Entendieron los franceses de lo que decian, estaban en guerra con algunas naciones á la parte del Noroeste, y dijeron haber visto hombres como ellos diez jornadas de allí; por cuyas señales y otras conocieron que hablaban de la Nueva España.

Tomó Roberto por escrito muchas palabras de

su lengua, que es diferente y mas difícil que la de los cenís; y habiendo dicho los indios que al Nordoeste hallarian campiñas con mas fáciles caminos, y que podrian evitar los bosques, comieron y se retiraron muy contentos.

Detuviéronse allí los franceses por otra gran lluvia hasta el dia 25, en el cual prosiguieron su viage poco á poco, porque no cesó el agua, y los rios iban tan crecidos, que tuvieron por inútil fatigarse mas que las incomodidades del camino causaban.

Llegaron á 26 al rio, que llamaron del Arenal, y queriendo escusarle dieron en otro mas pequeño y mas profundo: hallaron vado y hicieron noche de la otra parte de él; pero el agua que cayó aquella noche fue tanta, que sino advierten el riesgo se pierde toda la pólvora. Viendo la inundacion buscaron un sitio alto, donde encendieron una gran hoguera para secarse. Descubriáse desde la eminencia un país lleno de bosques pequeños, que le hacian de apacible vista; caminaron por él mas sosegados y enjutos hasta el dia 30, que habiendo pasado otro rio hicieron alto cerca de él en un bosque. Descubrieron los cazadores un pueblo de indios, que fue á reconocer Roberto con su hermano y siete hombres; dejó el campo encomendado á Jutel: era de 25 casas; en cada una habia cuatro ó cinco indios con sus mugeres y hijos, á los cuales sobresaltaron los huéspedes; y reparándose en vista de los halagos que los hacian, recibieron con agrado á Roberto, y le llevaron á la casa del cacique, seguido de multitud de indios, á ver los extranjeros.

Los indios, en la casa del cacique, estendieron por el suelo pieles de cibolas, en que hicieron sentar á Roberto y á los que iban con él. Diéronlos á comer cecina, y los dijeron que por algunos aliados

suyos tenían noticia de que estaban en el país de paso á los cenizos, y creyendo pasarían por su provincia, los recibían como amigos de sus amigos. Presentólos Roberto cuchillos y rollos de tabaco, y los indios trajeron pieles de cibolas con pelo, muy bien curtidadas, y rescatando daban una por un cuchillo, y hubieran dado muchas á menos si los franceses pudieran llevarlas. Informóse Roberto de el cacique si tenían caballos: á que respondió tenían dos, pero que los habían menester y no podían darlos ni aun por hachas.

Viendo los indios que no querían mas pieles los que estaban en el pueblo, pasaron con ellas á los que habían quedado en el campo, ofreciéndolas por cualquier cosa; no las tomaron por el mismo motivo que los otros, disculpándose con que tenían orden de ir al pueblo donde tratarían mas despacio.

Jutél fue con los demas franceses al pueblo, de donde salieron todos bien proveidos de bastimentos de la tierra, y pieles, ofreciendo á los indios volver. Caminaron por un país arenisco, aunque apacible y hermoso, atravesando una gran campiña; dieron otra vez con el rio La Maligna, y descansaron en un bosque cercano, donde habían enterrado las cosas de rescate, y otras que no pudieron llevar en el primer viage. Descortezaron los álamos para cubrirse contra las inelemencias del tiempo. En tanto hicieron los cazadores una gran caza de vacas, cabras, gallipavos y otras aves, y entre otras un animal como gato mediano, que tenía figura de raton, el cual debajo del gaxnate tiene un saquillo en que mete los cachorillos: come manteca y bellotas, es muy grueso y sabe á tocino. Sacaron los abalorios y lo demas que estaba enterrado; en ocho dias que estuvieron en este sitio vieron muchos indios de varias naciones, todos eran

bien recibidos, tomaban tabaco con ellos, y los regalaban con cosillas de vidrio y un cuchillejo. Roberto tenia mucha atencion con lo que hablaban, y lo iba escribiendo en un papel, de que se maravillaban los indios, y mas oyendo repetir lo que habian dicho leyéndole.

Dispuso Roberto una canoa portátil en que pasaron el rio; á media legua hallaron la yerba quemada: allí mandó Roberto acecinar mucha carne de cibolas, porque decia que mas adelante no las habia. Detuviéronse hasta 12 que fueron á otro rio, que Roberto llamó de Eurre en el viage antecedente; maltratolos mucho aquella noche otra gran tempestad de truenos y lluvia; pero aunque con trabajo, atravesando el dia 13 y 14 cuatro ó cinco arroyos grandes, entraron en otro país ameno de bosquecillos, cerros pequeños, muchos arroyos que hacian admirable vista. Cerraba el país un bosque espeso que habian atravesado; caminaron hasta el dia 16, en que Roberto mandó hacer alto, y dejando á Jutél por comandante del campo, fue con los mismos que antes á descubrir indios. Halló á media legua un pueblo sobre un cerro, en la provincia de los Taos, de 40 casas, y otras esparcidas alrededor: vió tambien caballos, de que se alegró, y sin ser sentido de los indios entró Roberto en él: no se asustaron, antes contentos le llevaron en casa del cacique, el cual le sentó junto á sí sobre pieles; llegaron otros indios viejos y principales, y hizo lo mismo que con los otros; dábanle muchas pieles, que no tomó, diciendo que á la vuelta de los cenís tratarian con ellos para dejarlos cuanto necesitasen. Confirmaron lo que habian dicho otros indios, que eran como los franceses los españoles, y pidieron á Roberto los refiriese su viage. Nombró las naciones por donde habia pasado desde el fuerte de san Luis has-

ta el río La Maligna, que llamaba espicheates, cabaiés, tecamones, tearemetes, kiobobas, chomenes, cobanes, arhaus, enepiahoes, ahonerhopiheimes, coyencahes, omeaotes, keremenes, ahehoenes, meihites, tecamenes, otenmarhemes, cavaianes, muracumanes: las naciones que habitaban al Oeste y Norte de La Maligna, eran los cannehovanes, tohahas, pehires, coiaheguxes, onapienes, pichares, tohanes, kiasselchancres, thesera bocretes, tsepechoen frercuteas, panegos, petaos, petzares y peisachos, pehumes y orcamipias. Los teaos (de quien nunca habían oído hablar los franceses) nombraban una gran nación llamada Aiano y Cannohatino, que tenía guerra con los españoles, cuyos caballos robaban. Decían que viniendo 100 españoles á juntarse con los cenís para esta guerra, supieron en el camino la marcha de los franceses y se volvieron; y otras mentiras á este modo. Roberto los dió á entender que tenía guerra con los españoles, y que no los temiera aunque hubiesen llegado; porque venía de parte de el mayor capitán del mundo para ayudarlos contra sus enemigos, y hacerlos todo el bien que pudiese. Entonces le dijeron los indios que había en los cenís tres franceses; Roberto creyó eran los que echó menos en el fuerte de san Luis; pidió á los indios caballos y se los negaron, escepto uno rojo que le trocaron; con lo cual prosiguieron su camino los franceses, en que pasaron un río pequeño, y se les cayó un caballo, hiriéndose en el lomo, de suerte que no podía llevar carga, la cual repartieron entre sí los franceses: llegaron á otro río, y en tanto que pasaban oyeron perros que azoraban vacas: á una que se acercó mataron de un fusilazo, y luego descubrieron indios que iban de caza. Dos rodeando los árboles fueron llegándose á los franceses: llamólos

Roberto, tomaron tabaco de humo, y les dijo pasaba á los cenis (de cuya nacion creyó eran, porque tenian el mismo acento, y usaban algunas palabras de su language), y que haria amistad con ellos; convidándole con su pueblo que estaba cerca, los indios ofreciendo acompañarle hasta que descansase. Roberto se escusó de que viniesen con él, y los despidió regalándolos.

A 20 envió á Moranget su sobrino al pueblo á traer algunos caballos si podia rescatarlos, á cuyo tiempo llegaron dos indios al Real, uno era de los de la tarde antes; Roberto los agasajó, y respondiendo á diferentes preguntas que los hizo, dijo era de la nacion Palaquechone, aliada de los cenis: que quando su cacique estuvo con los indios chomanes entre los españoles, le dieron caballos y algunos presentes para que los llevase á su pueblo; que los mas de esta nacion tenian la cabeza llana y sementeras de maiz, de que infirió Roberto ser gente de la que vió en su reconocimiento de Misisipi, y que no estaba lejos de Méjico.

Moranget llegó al pueblo, y un indio que conocia del dia antes le llevó en casa del cacique, al cual encontró con una caña (como cetro) en la mano, y una hoja de un libro francés puesta en ella mirándola con gran veneracion; acompañábanle mas de 40 indios principales sentados en pieles tendidas por el suelo; levantóse el cacique y los demas al entrar Moranget, al cual y sus compañeros hizo sentar, y dar de comer cecina y pan de la tierra; despues mostrando sentimiento en el semblante, dijo deseaba ser amigo de los franceses, y que ellos no querian serlo suyos; pues habiendo llevado un francés que aportó á sus tierras algunos indios al fuerte de san Luis para tratar de paz, sin motivo dispararon rayos.

los del fuerte, y dieron muerte á un vasallo suyo que estimaba mucho: por lo cual se volvieron los demas con el francés, que conociendo era un engañador le mandó dar muerte en castigo de su maldad; pero que persuadiéndose aquellos no serían como el otro, los habia recibido de paz.

Moranget recorriendo los casos sucedidos que le habian contado en el fuerte, conoció era este indio el que mató Barbier desde la canoa: procuró echar toda la culpa al francés muerto poniéndose bien con el cacique; dióle una hacha y dos cuchillos, y otras cosas de menos valor: el cacique agradeció el regalo con algunas pieles; pidióle Moranget caballos en recompensa de cosas semejantes á las que le habia dado; el cacique se escusó diciendo, que aun no tenia los que necesitaba para sí.

Despidióse y fue á dar cuenta de todo á Roberto, el cual mandó proseguir el camino por una montaña arriba, á cuyo pie pasaba un riachuelo; descubrieron dos indios y se pusieron en arma, mas luego reconocieron ser Kica su cazador, que venia con otro (su amigo desde el viage primero) de la provincia de los Cenis; Roberto tambien le conocia porque le habia trocado un caballo: preguntóle por los cuatro desertores, y respondió que en los cenis habia uno, y dos en los assonis; dióle noticia de su pueblo, adonde fueron el dia siguiente, y salieron los indios de paz regalándolos con cecina, que compensaron con abalorios y cuchillos; allí vieron dos caballos y procuraron rescatarlos; mas los indios lo rehusaron, porque luego habian de ir á la guerra con los demas. Los franceses hicieron alto á una legua, al margen de un arroyo grande que estaba al pie de la montaña de aquel país; al descargar los caballos echaron menos un hacha que servia de abrir camino en los

bosques espesos: envió Roberto al pueblo por ella creyéndola hurtada por los indios, los cuales negaron de suerte, que fue preciso creerlos, y se ofrecieron á guiarlos.

Los franceses no recibieron la oferta, y prevenidos empezaron á marchar, esperando de dia en dia hallar tierra clara y seca; vagaron cuatro ó cinco dias, sin hallar indios, entre pantanos y montes de árboles, y perdidos volvieron al sitio de que salieron; enviaron por los indios, y juntos con ellos llegaron á primero de marzo á la orilla de un gran pantano, donde fue preciso detenerse por la lluvia hasta el dia 5, y en tanto fueron á reconocer si habia paso por un brazo de agua que entraba en el rio de las Canoas y no le hallaron; siguiendo su viage vadearon algunos rios bien crecidos, hasta llegar al de las Canoas, que llamó así Roberto, porque fue el primero que habia echado en él canoas en el viage antecedente; pasáronle el dia 14, y de la otra parte hallaron un país mas agradable que los que habian visto.

Faltando aquí los bastimentos, acordó Roberto que Duhaut, Hiens, el cirujano, Liotot, Kica y Saget su lacayo, fuesen tres leguas de allí á sacar un poco de maiz y habas que dejó enterrado en el primer viage: halláronlo todo podrido; volvíanse muy desconsolados, y vieron atravesar dos cibolas que mató Kica; avisaron á Roberto para que enviase en qué llevarlas, y empezando á partirlas para secarlas, llegó Moranget con Marle, y Saget con un caballo, diciéndolos con mucha cólera habian partido mal los tarazones: cogiólos todos carne y huesos, y sin darlos nada intentó llevárselo, amenazándolos intempestivamente que no comerian de ella lo que pensaban; Liotot, Hiens y Duhaut se encendie-

ron en ira contra Moranget, acordándose de los agravios que los habia hecho y de las quejas que tenian de Moranget, y sin hablar palabra se retiraron platicando su venganza, y determinaron darle muerte.

Moranget cuidó poco de su enfado, dispuso el modo de llevar las cibolas con el lacayo y el indio. Esperaron los amotinados á que cenasen y durmiesen; tomó Liotot un hacha y dió con ella muchas heridas á Moranget: hizo lo mismo con el lacayo y el indio, que todos dormian pesadamente. Para seguridad de tan infame accion, estaban Duhaut, Hiens, Teisier y Larqueveque con las armas prevenidos para dar muerte al que resistiese; pero los dos no se rebulleron: solo Moranget sin poder hablarle quiso levantarse, y obligaron á Marle, no siendo de los amotinados, á que acabase con él.

No contentos con esta impiedad, trataron de quitar de delante á Roberto y á los que le defendiesen, y concertando el modo caminaron á buscarle, mas no pudieron pasar el rio por ir crecido, y se detuvieron con harta desesperacion suya.

Roberto tuvo gran inquietud de la tardanza de Moranget los dias 18 y 19, y no pudiendo sufrir ignorar la causa de ella, determinó ir á buscarlos solo con el recelo que tenia: se informó antes de algunos soldados si Liotot, Hiens y Duhaut tenian alguna queja de él ó de su sobrino, y nadie supo decirle nada.

Parecia que adivinaba Roberto su infelicidad, porque andaba tan confuso y triste que todos le notaban, y algunos dijeron irian con él; no lo permitió por no dejar sin gente el alojamiento, solo llevó á Fr. Anastasio y un indio, y salió el dia 20 de marzo, dejando á Jutel en su lugar, con orden de que

rondase por no ser sorprendido, y que hiciese ahumadas para no errar el camino que llevaba, ni la vuelta.

Habiendo caminado buen trecho, antes de pasar el rio, vió dos buitres que volaban sobre una parte no lejos de él, creyó algun cadáver allí cerca, disparó contra uno el fusil, que fue señal para su muerte; porque al instante conocieron los homicidas que venia Roberto á buscarlos, previniéronse á cogerle de repente; pasó el rio Duhaut con Larqueveque, y luego conoció Duhaut á Roberto, que iba hácia él, escondióse entre la yerba esperándole al paso. Roberto, no sospechando nada ni habiendo vuelto á cargar su fusil, vió lejos á Larqueveque, á quien preguntó por Moranget, respondióle que iba á lo largo de la ribera; al mismo tiempo disparó el traidor Duhaut, y le dieron las balas en la cabeza, de que cayó muerto sin hablar palabra; el mismo dia que salió de su alojamiento, que estaba entre las provincias de los indios palaquesones y novadiches. En la relacion que hizo Cuture á Tonti, de oidas, al hermano de Sala, cuenta de otro modo esta muerte, y la de Moranget, y que se hallaba Cavelier con Fr. Anastasio; pero habiéndose este hallado presente al suceso, es razon seguirle, y aunque nombra por matadores á Dan, Lantelot, lo cierto es que eran franceses.

Fr. Anastasio quedó asombrado, recelando hiciesen con él lo mismo; pero el malvado Duhaut se dejó ver entonces, diciéndole no tuviese miedo, que la desesperacion le habia obligado á dar muerte á Roberto; porque habia muchos dias que deseaba vengarse de Moranget, que le habia querido perder, y era en parte causa de la muerte de su tio; al ruido del tiro habian llegado los demas cómplices en la

maldad, los cuales con crueldad horrible desnudaron hasta la camisa el cadáver, y le llenaron de heridas y injurias, y dejándole en el campo se fueron al alojamiento, llevando la carne de las cibilas.

Fr. Anastasio bañado en lágrimas refirió á Cavelier, hermano de Roberto, lo sucedido, aconsejándole ser preciso disimular el dolor (por salvar sus vidas) con lo cual, Cavelier dijo en alta voz á los traidores: que perdonaba la muerte de su hermano, y que si querian hacer lo mismo con él, le permitiesen un cuarto de hora para disponer su muerte: respondiéronle que no se asustase, pues no eran culpados él ni los demas, antes tenian la misma razon para haber ejecutado lo mismo que ellos, y tomar venganza de los malos tratamientos que Roberto los hacia, desesperados de otro remedio: apoderáronse de toda la hacienda los homicidas, y Cavelier, como buen sacerdote, impidió se tratase de matar á los traidores, diciendo, que Dios tomaría venganza; con lo cual disimularon sus aficionados.

Duhaut, autorizado con tan horrible maldad, tenia á los demas aturdidos; hizose cabeza de todos, y prosiguió su viage el dia 28 de marzo, que habiendo pasado algunos rios llegó al de los Cenis, que iba tan crecido que no se pudo vadear; hicieron una canoa de pieles de vaca para los franceses; los indios y ellos pasaron á nado y dieron aviso en el pueblo de la venida; el país era muy hermoso, aunque las tierras no parecian de las mejores; pero á la vista muy agradables, poblado de árboles de varias especies; el mas notable era el copal, que tiene las hojas como entre azre y tejo, y echa una goma de suavísimo olor: vieron otro árbol donde Roberto mandó grabar las armas de Francia y muchas cru-

ces: faltóles la comida, porque desde que dieron muerte á Roberto no habian encontrado cibolas; enviaron al pueblo de los Cenis por maiz, á Jutél, con Liotot, Tesier, Hiens, que llevaba harto cuidado de ir en compañía de tan malos hombres: dióle Duhaut hachas y cuchillos para trocar por maiz, y caballos si los hallaban; pasaron el río, y notaron que las yerbas poco antes quemadas por los indios, retoñaban muy espesas y verdes; habia muchos nogales y encinas; á poco rato vieron venir tres á caballo, uno vestido á la española, y acordándose de que les habian dicho que los cenis iban con los españoles á hacer guerra á una nacion enemiga, los dió cuidado bastante; porque si caían en sus manos, escapando la vida serían condenados á las minas ó á lo menos á galeras: previniéronse para matarle, retirándose, y para conocerle habló Jutél en español, y italiano algunas palabras, y el del vestido solo decia: *cusica*, que en lengua de los cenis significa: *no lo entiendo*; con que Jutél y los demas conocieron era indio, y cesó su cuidado: llegaron á ellos con dos cestos de harina que traían y se los dieron, diciéndolos uno de los indios, que su cacique los esperaba en el pueblo; Jutél los regaló con cuchillos y cuentas de vidrio, y antes de pasar adelante los preguntaron: ¿si habia gentes entre ellos vestidos como él? y respondieron que no; pero que en una nacion vecina, que se llamaba Assoni, donde habia adquirido aquel vestido estaban dos; diólos el indio un papel que contenia las indulgencias concedidas por el Sumo Pontífice á los misioneros del Nuevo Méjico.

Jutél despachó dos franceses á Duhaut, escribiéndole lo que pasaba, y fue hácia el pueblo de los indios Cenis, donde no quiso entrar por ser de no-

che: los dos indios entraron, y el que estaba vestido se quedó aquella noche con ellos; al día siguiente los llevó á la casa del cacique, y como estaba avisado desde el día antecedente, salieron los ancianos del pueblo á recibirlos con sus mejores atavíos, que consistian en algunas pieles de cabras bien curadas, y pintadas de diversas colores sobre las espaldas, y pintadas de diversas colores sobre las espaldas: en la cabeza llevaban un gran penacho de plumas como corona, tambien de varias colores; algunos traían hojas de estoques y un gran manojó de plumas en lugar de guarnicion, atados á ellas cascabeles; otros traían mazas (que llaman casetetes); otros arcos y dos flechas; otros un pedazo de tela blanca como sayo pequeño; pero todos llevaban las caras pintadas de negro y colorado: los viejos eran doce, que iban en medio de los indios de guerra. Luego que llegaron los franceses hizo señas el indio vestido de que pasasen todos; y habiéndolo hecho, levantaron los indios viejos las manos derechas encima de las cabezas, dando grandes aullidos; corrieron despues con los demas indios á abrazarlos: hicieronlos cuantas caricias supieron; convidáronlos con la pipa, y les presentaron un francés provenzal de los que habian huido de Roberto, que estaba desnudo como indio, y en tan poco tiempo tenia casi olvidada su lengua.

Metieronlos en medio del escuadron, y los llevaron en casa del cacique, donde estuvieron poco tiempo; pasáronlos despues á una casa grande que distaba de allí un cuarto de legua, que era donde celebraban las fiestas y regocijos públicos: tenia esteras, en que se sentaron, y alrededor de ellos los viejos: luego los trajeron puches ó poleadas de harina, que ellos llaman sagamita, frisoles, pan de maiz de dos géneros para comer; y en tanto que co-

mian les dijeron, que tenían intencion de ir á la guerra contra los cannohatinos; no se dieron por entendidos los franceses; regaláronlos con cuchillos y abalorios para las indias, y pidieron maiz en trueque de otras cosas, y lo ofrecieron; pero el provenzal dijo, que el pueblo en que él vivia era muy abundante de maiz, con cuya noticia determinaron ir á él á buscarle, y el provenzal los acompañó.

Los indios de aquel pueblo los recibieron con las mismas ceremonias que los del primero, aunque no tan solemnes: alojáronse en la casa del provenzal, la cual tenia muchas separaciones, y en cada una vivia una familia; pero todas usaban de un hogar que estaba en medio de ella: destinaron una mansion á Jutél y los suyos para poner su ropa: durmieron con cuidado, y al dia siguiente, primero de abril, habiendo rescatado maiz volvieron al primer pueblo y á la casa en que habian estado el dia antes, trocaron los indios maiz, frisoles y harina por cuchillos, agujas y otras bagatelas, y un caballo que valdría 20 doblones por una hacha.

Adquirida alguna provision acordaron que Jutél se quedase á proseguirla, y los demas fuesen á llevar el bastimento que pudiesen á los que estaban junto al rio. Envió Jutél á llamar á los franceses huidos de Roberto con un indio, á quien dió con un cuchillo, con ánimo de saber de ellos noticias del rio Misisipi. Recogióse á descansar, y antes de dormirse vió entrar un hombre desnudo con su arco y dos flechas, que se sentó en la cama donde estaba sin hablarle. Miróle Jutél, hablóle y no respondió: entró en recelo y tomó dos pistolas. El hombre se levantó entonces y fue hácia la lumbre, á cuya luz conoció á Jutél que le seguia: hablóle en francés diciendo, que no se habia atrevido á venir antes por

temor de Roberto, que era Ruter, natural de Bre-
taña, y estaba con él Grollet, que ambos se habian
casado con muchas mugeres, y tenian gran reputa-
cion entre los indios por haber muerto con sus fu-
siles en la guerra algunos enemigos notables; y aca-
bada la pólvora se hicieron á los arcos y flechas; y
para vivir como bárbaros no los estorbaba su reli-
gion, en que como marineros habian estudiado po-
co, y que él se habia pintado y cortado el pelo co-
mo los indios para no ser conocido si le encontrase
algun francés. Contóle Jutél del suceso de Roberto.
Preguntó por el rio Misisipi: respondió Ruter no
tenia noticia sino de un rio distante 40 leguas al
Norte, que era muy grande, y decian los indios ha-
bitaban en sus riberas muchas naciones: creyó Ju-
tél era el que buscaba. Dió de cenar al huésped, des-
cansaron quedándose Ruter con él.

Los dias siguientes continuó sus tratos con los
indios, los cuales le hablaban de la guerra que inten-
taban: dieron á entender que los españoles estaban
cerca de 200 leguas de allí, y le dijeron algunas pa-
labras españolas, como capita por capitán, coavillo
por caballo. Volvióse á su pueblo Ruter, encarga-
do de enviar al otro francés, llevando para sus mu-
geres abalorios; y pocos dias despues volvió con
Grollet, que no se habia querido pintar ni poner el
pelo al modo de los indios, que se le cortan dejan-
do un mechón en lo alto de la cabeza como turcos.
Jutél refirió otra vez la muerte de Roberto, y ha-
blaron del gran rio que estaba 40 leguas al Nordes-
te, en cuyas riberas decian los indios haber gentes
como ellos; lo cual confirmó á Jutél ser el rio bus-
cado, y preciso ir á él para volver á Canadá ó Nue-
va Inglaterra. Encargóles no revelasen las noticias
comunicadas con él á otra persona, y los dos lo ofre-

cieron. Diólos licencia para ir á ver á los otros franceses junto al rio, y Jutél quedó prosiguiendo en recoger bastimentos.

Al mismo tiempo resolvieron Duhaut y los que estaban con él volverse al fuerte de san Luis. Enviaron á llamar á Jutél con el provenzal para que luego se juntase con ellos, llevando los bastimentos recogidos; pero viendo Duhaut que no tenia bastantes caballos, volvió á enviar al pueblo de los Cenis á Hiens y Larqueveque, al provenzal y otros que procurasen adquirirlos.

Fr. Anastasio y el presbítero Cavelier, hermano de Roberto, juntamente con su sobrino y Jutél, trataron el modo de apartarse de la traidora compañía en que estaban, no solo por alejarse de ella, sino porque cualquier alboroto entre ellos se les imputaría, y con poca sospecha los quitarían la vida. Determinaron que Cavelier el sacerdote pidiese á Duhaut permission de quedarse en el pueblo de los Cenis; y como tenia resuelto el viage al fuerte de san Luis, buscó ocasion pronta de hablarle: llegó con mucha sumision á pedir la licencia, poniéndole delante que su debilidad le imposibilitaba llegar á san Luis. Pidióle tambien, que para mantenerse le diese algunas hachas, cuchillos, abalorios, pólvora y plomo, ofreciendo pagarlo todo cuanto quisiese. Duhaut tomó bien la pretension de Cavelier, y la consultó con sus camaradas, con cuyo acuerdo determinó darle la mitad de todos los efectos, en confianza de que en llegando ellos al fuerte habian de hacer una chalupa como tenian resuelto para ir á las islas de Barlovento á traer lo necesario para mantenerse; y que si no podian lograr fabricarla, volverian á buscarlos (y hallarían lo que les daban) para proseguir el descubrimiento del rio Misisipi, trayén-

dose á Fr. Cenobio que habia tratado aquellas naciones y entendia la lengua.

Cavelier dió muchas gracias á Duhaut por la generosidad que usaba con él de lo que no era suyo, y sin penetrar la malicia que incluía dejarlos la carga, quedaron muy contentos y conformes todos. Duhaut encargó á Cavelier juntase cuantos bastimentos pudiese, porque si lograban hacer la chalupa, los avisaría para que fuese á juntarse con ellos. Cavelier prometió todo lo que le pidieron, y hubiera concedido cuanto quisiesen por verse libre de tan insolente canalla.

Los que habian ido á recoger caballos á los Cenís, tardaron en volver todo el mes de abril con el pretesto de no poder pasar el rio que iba muy crecido; en cuyo tiempo Ruter, faltando al secreto ofrecido, reveló lo que sabia del rio Misisipi á Liotot; este fue luego á dar cuenta á Duhaut, el cual juntó sus compañeros y determinaron suspender el viage al fuerte, y proseguir el descubrimiento hasta hallar el rio.

Esta novedad desconsoló mucho á Cavelier y sus amigos, que solo esperaban menguase el rio para pasar al pueblo de los Cenís. No sabian qué hacerse, pero Dios les socorrió en tanta necesidad; porque sabiendo Hiens en los Cenís la mudanza de dictámen, envió á Larqueveque (que pasó el rio con gran trabajo) á decir á Duhaut que Hiens no queria se mudase de resolucion, sino volver al fuerte donde verian lo que habian de hacer.

Hizo poco caso Duhaut de esta contradiccion, y estuvo detenido algunos dias esperando á Hiens, el cual llegó acompañado de Grollet, Jutél y 20 indios. Fuése derecho á Duhaut, quien le dió la bienvenida; y habiendo pasado las primeras palabras de

cortesía, le dijo Hiens, que no podia ir al descubrimiento, ni queria esponerse á nuevos trabajos, que bastaban los padecidos tan inútilmente: que tampoco se opondria á que fuesen los que quisiesen, dándole la parte de efectos que le tocaba para irse donde le pareciese. Esta segunda propuesta enojó á Duhaut; y le respondió, que á él no le tocaba nada, y de palabra en palabra, fue tanta la cólera de Hiens, que dió á Duhaut un pistoletazo, atravesándole el pecho con tres balas, de que sin dar mas de cuatro pasos cayó muerto. Al mismo tiempo Ruter dió un fusilazo á Liotot con otras tres balas, que hicieron el mismo efecto. Acudió Fr. Anastasio y le confesó; pero Ruter le acabó inmediatamente de matar de otro pistoletazo, y en un hoyo los enterraron juntos.

Jutél, viendo el estrago, imaginando pasase mas adelante, tomó su fusil para defenderse; pero Hiens le sosegó, y en alta voz dijo á todos, estuviesen seguros y quietos, que lo que habia ejecutado era vengar la muerte de su capitan, dada injustamente y en deshonor de todos sus súbditos por aquellos traidores. Aseguró despues, particularmente á Cavelier y á Fr. Anastasio, que estaban temblando de miedo, que él haría cuanto los pareciese razonable; pues su fin habia sido sacarlos de la esclavitud de un tirano; y para quitar á los indios la admiracion que les causó aquella tragedia, los dijeron habian castigado aquellos dos hombres por ladrones; pues habiendo robado toda la pólvora y plomo no querian darlo á nadie.

Mandó Hiens luego buscar á Larqueveque, que muy de mañana habia ido á caza, y no sabia nada de el suceso: cuando vino á la noche y se le refirió Jutél se dió por muerto; pero Cavelier y Fr. Anas-

tasio persuadieron á Hiens á que le perdonase , y trayéndole Jutél á su presencia le perdonó.

Hecho lo referido se apoderó Hiens de la ropa y mercaderías: hizose capitan de todos , y convocó á los principales para decirlos , que habia ofrecido á los indios ir á la guerra con ellos , y era menester cumplirlo , que si querian esperarle se fuesen al pueblo de los Cenis , donde estarían bien asistidos. Aprobaron todos lo que proponia , y dejando aquel mal aventurado sitio fueron todos al pueblo , donde el cacique le tenia desembarazada y prevenida la mitad de la casa en que habia estado alojado Jutél.

Halló Hiens á los indios prevenidos para la guerra contra los cannohatinos , y luego mandó á Grollet , Ruter , y otros cuatro franceses de á caballo le siguiesen ; y dejando encargado á Cavelier y á los demas le esperasen , confiándolos toda la hacienda , partió con los indios á la guerra.

Quedaron en el pueblo de los Cenis , Cavelier y su sobrino , Talón el mozo , Jutél , Fr. Anastasio , y Bartolomé , otro mozo natural de París: despues vinieron Teiser y el provenzal. Todos los dias acudian á visitarlos los indios viejos , hablaban por señas de las novedades de los ejércitos. Inquietaba algunas veces á los franceses el estruendoso llanto de las indias , cuya causa ignoraban ; pero habiéndose informado , averiguaron era costumbre en aquella provincia en tiempo de guerra llorar las mugeres á los que habian muerto en las guerras antecedentes.

Andaban los indios muy solícitos por entender qué hacian los franceses cuando rezaban. Con esta ocasion procuraban , Cavelier y Fr. Anastasio , instruirlos en el conocimiento de Dios por señas , pe-

ro nada entendian. A 18 de mayo tuvieron un grande sobresalto los franceses, porque de repente vinieron á la casa de su alojamiento todas las mugeres, tiznadas y manchadas con tierra: empezaron á cantar dando disformes gritos; luego bailaron mas de tres horas; y procurando saber qué novedad era esta, averiguaron ser regocijos por la victoria que sus maridos y parientes habian alcanzado de sus enemigos, que huyeron de las armas de fuego, menos 40 hombres y mugeres que fueron presos y muertos despues, escepto dos mugeres que guardaron vivas.

Entraron los indios muy ufanos con su victoria en el pueblo. Quitaron á una de las esclavas el pellejo de la cabeza con el pelo, para que sirviese al triunfo: despues la echaron la pólvora de un tiro en una mano y una bala en la otra, diciéndola llevase aquel presente á su nacion, y la dijese, que siempre que se atreviesen á inquietarlos serían tratados como ella iba. La otra miserable esclava fue entregada á las indias del pueblo, que todas estaban prevenidas de varas muy agudas en las manos: lleváronla con gran bulla á un sitio desembarazado de casas, donde cada una dió á la miserable muchos golpes con la vara que tenia en la mano, de plano y de punta: otras la cortaban los dedos, inventando mil tormentos contra aquella desdichada, diciendo que tomaban esta venganza por las muertes de sus padres y maridos, que habian perecido en las guerras antecedentes. No cesaron las crueldades muerta la india cautiva, que contra el cadáver las prosiguieron las indias, partiéndola en muchos pedazos, de que hicieron comer á los indios esclavos que habia muchos tiempo estaban entre ellos.

El dia siguiente se juntaron los indios en la casa

de el cacique , donde fueron llevados los pellejos de las cabezas que habian quitado á los enemigos muertos ; tenian la casa muy limpia ; en el suelo estaban tendidas muchas esteras, en que se sentaron los indios viejos y los principales, y á breve rato se levantó uno de ellos en pie, que era como predicador ó maestro de ceremonias ; empezó á hablar, y en tanto que llegaban á la casa de el cacique los indios de guerra en fila , con sus arcos y dos flechas cada uno en la mano , y su muger delante con el pellejo del casco del enemigo muerto por su marido ; iban despues dos indiezuelos esclavos, uno mal herido á caballo. En la casa estaba una muger con una caña muy larga en la mano , sentada en lugar preeminente á los que componian la junta ; al entrar en la sala cada indio de guerra tomaba la cabellera de mano de su muger y se la daba al predicador , que la recibia con ambas manos ; el ademan hacia de presentarla á las cuatro partes del mundo , y despues la ponía en el suelo ; con todas hacia esta ceremonia precisa, cuyo fin no supieron los franceses.

Así como dió fin el predicador á su afan , trajeron puches ó poleadas, que llaman sagamita, que la tenian dispuesta las indias antes. Llegó el predicador primero y sacó un vaso de ella , ofreciéndosele con mucha reverencia á los pellejos de los cascos: encendió despues una pipa de tabaco, y fue á echar sobre ellos el humo. Acabada esta ceremonia se pusieron todos á comer. A los dos muchachos esclavos los tenian reservados pedazos de la muger muerta. Comian los bárbaros entre la sagamita las lenguas de sus enemigos acecinadas. Despues de la comida empezaron las canciones y bailes , que duraron el resto del dia ; y los siguientes celebraron la victoria por las demas casas de los indios principales, y con sq*

lemnidad mas estruendosa en la de los franceses, dejándolos aturcidos de los gritos y cansados de las ceremonias.

Tesier y Larqueveque pidieron á Cavelier y á su sobrino perdon de haber ayudado á la muerte de Roberto; y habiéndole conseguido, se ofrecieron asistirlos siempre, aunque Larqueveque no lo cumplió, porque se quedó entre los indios, cuando partieron los demas, con otro llamado Munier, por gozar de la bárbara vida licenciosa de los indios.

El dia 25 llegó Hiens con los seis compañeros que llevó á la guerra. Aplaudió la fidelidad de Cavelier, y reconociendo habian esperado mucho tiempo, hizo juntar todos los franceses para tomar la última resolución. Desaprobó el viage á Misisipi y volver á Francia, por el riesgo de sus vidas en ambos designios; y viendo que persistian en volverse Cavelier, su sobrino y otros, dividió la hacienda que habia, y dió á Cavelier, á su sobrino Fr. Cenobio y Jutel, 30 hachas, 30 libras de pólvora, 30 de balas y cinco docenas de cuchillos; á los demas dió dos hachas, dos cuchillos, cuatro ó seis libras de pólvora y balas, y se quedó con el resto, en que entraba toda la ropa de Roberto, mas de mil libras de plata, que habian sido de Grós, y los mejores caballos. Dió á los que le dejaban lo que no le podia servir, y á Cavelier unas cuentas de vidrio que le pidió. En fin, como dueño absoluto de lo que habia usurpado, se puso un rico vestido de grana con galones de oro, y se fue con sus parciales á su casa.

Los indios conocieron que Cavelier y los suyos se prevenian para salir de su pueblo; alborotáronse de suerte, que obligaron al cacique á salir de su casa, á rogarlos no desamparasen su tierra, ofreciéndolos bastimentos abundantemente y casarlos con

las mugeres que quisiesen. Exageró los peligros á que se ponian de enemigos por todas partes, de ciene-
gas, montes ásperos, bosques cerrados, rios difíciles
de pasar, tantos que no podrian acabar vivos su via-
ge. Agradeció Cavelier las instancias del cacique y el
afecto popular, y le consoló diciendo quedaban allí
Hiens y sus compañeros, que él no podia dejar de
partir porque le esperaban otros compañeros suyos;
y concluyó pidiendo guias para la provincia de Capa,
la cual habia oido á Roberto su hermano que estaba
sobre Misisipi. Hubo sobre esto grandes dificultades,
las cuales venció el interés como las de otras muchas
naciones.

Sosegado el pueblo previnieron todo lo neces-
ario á su salida; ya de camino pasaron por casa de
Hiens, despidiéronse de él con muchos abrazos, pi-
dióle Cavelier un caballo que le faltaba, y se le man-
dó dar al instante; Cavelier le dió una certificacion
en la forma que quiso y propuso Hiens, en que con-
tenia no haber sido sabidor ni partícipe en la muer-
te de Roberto su hermano: antes sí haberla venga-
do, como buen y fiel soldado. Con lo cual dejó el
pueblo la corta compañía, compuesta de ambos Ca-
velieres, tio y sobrino, Jutél, Fr. Anastasio, Mar-
le, Tesier Hugonote y Bartolomé el mozo, que se
ha dicho, natural de París, tres indios y seis caballos.
Aquella noche llegaron al rio, donde se detuvieron,
haciendo en él una como puente, por donde pasa-
ron al otro dia y fueron á la provincia de los indios
Nahudiques, aliados de los Cenis, cuyo cacique salió
de paz, y los regaló con bastimentos á trueque de cu-
chillos y abalorios, quedando tan satisfechos de la
liberalidad de los huéspedes, que los acompañaron
tres leguas hasta el pueblo de los Asonis, en el cual
el cacique los previno casa para descansar; y aunque

tuvieron algun recelo de los indios, fue sin causa, porque luego trajeron bastimentos de que cargaron cuanto pudieron.

A 2 de junio dejaron el pueblo: anduvieron un cuarto de legua y pasaron junto á una casería, cuyo dueño salió á recibirlos, persuadiéndolos á descansar en ella. Una vieja, que era su madre, cuidó mucho de ellos; hacía la algunos presentillos, con que andaba tan presta y diligente, que los trajo todo el bastimento que necesitaban para el viage; y con subuena asistencia descansaron allí hasta el dia 13, impidiendo tambien seguir su derrota la gran lluvia que sobrevino, y las fiestas que los indios hicieron para tenerlos alegres.

Cavelier queria detenerse mas tiempo; pero viendo que repugnaban los demas, tomó con ellos el camino al Nordeste, acompañados de indios asonis. Pasaron dos ó tres rios sin riesgo, y entraron en un país de tanta broza, raices y espinas, que los caballos no podian andar; pero con imponderable trabajo llegaron á tierra limpia. Iban informándose de los pueblos y naciones que habitaban en los países por donde caminaban. Estando hablando Cavelier con unos indios oyó nombrar á Capa, examinólos con cuidado, formando de las señas que dieron y de la voz que escucharon, esperanzas firmes de que presto saldrian de desventuras.

Dieron vista á otro pueblo de indios, al cual se adelantó uno de los asonis para avisar su llegada; los campos eran selvas de árboles muy hermosos, y la yerba tan alta que no podian moverse los caballos. A media legua del pueblo vieron venir un indio á caballo con el que habia ido á avisar, seguido de otros muchos; conoció Cavelier ser el cacique, el cual los hizo muchos agasajos y caricias, y los convidó con

su pueblo acompañándolos hasta un río, donde los dijo esperasen en tanto que salían á recibirlos, y él pasó adelante.

Apenas podia haber entrado el cacique en el pueblo, cuando vinieron muchos indios á llevarlos acuestas. Advertidos los franceses de ser ceremonia de aquella nacion con los forasteros, no se escusaron y los condujeron en hombros mas de un cuarto de legua hasta la casa del cacique, donde esperaban mas de 200 indios que habian concurrido á la novedad.

Luego que llegaron los franceses, los indios ancianos previnieron á los franceses, que en aquella provincia era costumbre lavar á los extranjeros; pero que por estar vestidos los lavarían las caras solamente; y sin esperar respuesta, un indio viejo se las fue lavando con agua que tenia en una como cazuela de barro.

Sentáronse con el cacique en un banco de madera y cañas, de una vara de alto, en que estaban sentados cuatro caciques de los asonis, nathsoos, nachitos y cadodaquios; diéronlos por señas la bienvenida, y los franceses gracias por el recibimiento. Despues uno á uno hablaron los caciques, y como si los entendieran los franceses los oyeron con gran paciencia, dándolos un sol tan fuerte que no le podían tolerar; hicieron para responderlos las señas que mas á propósito les parecieron, y los regalaron con hachas y cuchillos, y para sus mugeres cuentas de vidrio y agujas, dándolos á entender que cuando volbiesen los traerían mejores cosas. Quedaron muy contentos los indios: trajeron de comer la sagamita, pan, frisoles, calabazas, y los dieron algun maiz, que pagaron los franceses como siempre; pasaron la noche con gran quietud en la casa que destinaron los indios para su hospedage.

El día siguiente volvieron los indios ancianos: Cavelier los pidió guías para la provincia de Capa; respondiéronle que no podían dejarlos salir de su pueblo entonces, porque tenían determinado los ayudasen en la guerra contra los enemigos, que después de la victoria los darian cuanto pidiesen. Los franceses los persuadieron á suspender la guerra que intentaban hasta su vuelta, que traerian poder bastante para acabar de una vez con sus enemigos; que en tanto previniesen bastimentos, porque no padeciesen necesidad cuando viniesen; quedaron los indios contentos con la respuesta, pero no determinaron dar las guías.

Quiso bañarse Marle, entró en el rio mas de lo que debia, y arrebatado de la corriente, pereció con gran sentimiento de los franceses y lástima de los indios, los cuales le sacaron ahogado, y los franceses le enterraron, cercando la huesa con estacas y poniendo una cruz encima. Observaron allí una cosa notable, aunque no pudieron apurar el motivo de ella, como de otras muchas, por falta de intérpretes ó de tiempo, y fue que todos los días que se detuvieron en aquel pueblo, ponía la cacica encima de la sepultura de Marle una cestilla llena de espigas de maiz tostado.

Ya que estaban para partir, vino á visitarlos el cacique de Janiquo con su muger, habláronle por señas y le regalaron: despedidos de él pasaron el rio en canoas y los caballos á nado; acompañólos el cacique hasta la casa del pueblo de Cadodaquio, gran amigo suyo, y por su recomendacion fueron recibidos con grande aplauso; pidieron al cacique maiz, y mandó á las indias traerle: las cuales en breve espacio vinieron cargadas de harina, que recompensaron los franceses con abalorios y agujas; despidióse

el cacique que los acompañaba , dejándolos muy encargados á su amigo.

La lengua y las costumbres de estos indios eran diversas de las demas: traian los cabellos cortos como capuchinos, los cuales untándolos con un licor grueso los hacian grifos, que lleuaban con polvos colorados: esto regularmente lo hacen cuando tienen alguna fiesta ó juntas; quieren tanto los hijos, que nunca los castigan ni los dicen palabras mal sonantes, y si llegan á enojarse con ellos, el mayor castigo es echarlos un poco de agua en la cabeza; las mugeres son muy fáciles, andan mas desfiguradas con los embijamientos que las de los cenis.

En este pueblo regalaron muy bien á los franceses, que para proseguir su camino pidieron guia al cacique de Cadodaquio para el pueblo de Cakainikova, á tiempo que se ofrecieron á acompañarlos muchos indios que habian venido á cortar material para hacer arcos, de que es muy abundante aquel país; daban á entender á los franceses que habian visto gente semejante á ellos con fusiles, que vivian en una casa grande y que conocian muy bien á los indios de Capa, y otras cosas que los consolaron mucho; esperaron dos dias á los indios en que no pudieron despachar su obra, y siendo perjudicial mas detencion, tomado bien las señas de el camino salieron sin ellos y sin guia el dia 2 de julio, ribera del rio arriba, que era muy hermosa, navegable y adornada de árboles. Llegaron (yendo á Nordeste siempre) al pueblo de Cakainikova, donde los mostraron agasajo los indios, especialmente á Cavelier, que miraban como capitan; diéronlos el mejor pan que habian visto, cocido al parecer en horno, y pieles de cabras, osos, vacas y nutrias, aderezadas con primor; tuvieron danzas y música; fueron regalados

de los franceses, que en los dias que se detuvieron tomaron mas señas de el rio Misisipi, y con ellas y dos indios salieron del pueblo, y caminaron hasta el dia 24, que dieron con una tropa de indios cohainotoas, que iban por cortezas de árboles para techar sus casas; volvieron admirados de los franceses los indios á su pueblo, y uno de ellos se adelantó al pueblo que estaba cerca; llegaron los franceses á un rio que se habia de pasar para ir á él, y en la otra ribera divisaron una gran cruz y una casa á modo de las de Francia, que era la que el caballero Tonti dejó delineada y poblada. Fue tanta su alegría, que todos se pusieron de rodillas, dando gracias á Dios de ver casas de paisanos y católicos; á poco rato vinieron á ellos muchas canoas pequeñas, y salieron de la casa dos hombres vestidos, que habiendo reconocido á Cavelier y los compañeros dispararon sus dos fusiles en salva, y el cacique que venia con ellos hizo lo mismo.

En la casa hallaron á Cuture, Carpentier y Layray, ambos naturales de Roan, y otros: el regocijo de todos fue sumo; pero sabida la muerte de Roberto se volvió tristeza; los indios trajeron á hombro toda la ropa que llevaban, y supieron que Tonti al volver de la ensenada de Méjico por el rio, segun la órden de Roberto, dejó 10 soldados que fabricasen aquella casa, de que se habian vuelto cuatro á los Ilineses siguiendo á Tonti.

Ya que habian descansado y consoládose unos con otros de sus trabajos, resolvieron todos que Cavelier y los que venian con él fuesen á los Ilineses sin publicar entre los indios la muerte de Roberto, para tenerlos esperanzados con su venida: en tanto que Cavelier iba á Francia á dar cuenta de lo sucedido, y traer socorro para acabar la empresa, convidólos

á comer el cacique de Acansa ; sentáronse en este-
 ras tendidas en el suelo. Todo el pueblo vino á ver-
 los , los indios preguntaban por Roberto con gran-
 des muestras de afecto , y respondíalos , por medio de
 un intérprete , que le dejaban en una poblacion fun-
 dada por él en el golfo de Méjico , de donde ellos
 volvian á Canadá por mercaderías ; que en el viage
 habian tratado muchas naciones , y las nombraron , y
 todas los señalaron guias de unas á otras provincias ;
 y que esperaban de ellos , que no solo se las darian ,
 sino bastimentos y canoas : que demas de recompen-
 sar esta fineza muy bien entonces , cuando volvie-
 sen , que sería por el rio abajo , los traerian mucha
 hacienda y socorros para defenderlos de sus enemi-
 gos , y hacer un pueblo entre ellos ; el cacique res-
 pondió haria saber á los otros pueblos lo que pedian
 para resolver lo mejor ; admiróse de que hubiesen
 pasado por tantas naciones sin ser presos ó muertos
 siendo tan pocos ; mandó darlos cecina , pan de maiz
 de muchos géneros , sandías y otras frutas de la tier-
 ra : despues tomaron tabaco de humo , y se despidie-
 ron para volverse á la casa de los franceses , que era
 de estacas de cedro unas sobre otras , alrededor de
 las esquinas cubierta de cortezas ; estaba situada en
 un cerrillo poco distante del pueblo , en país abun-
 dante de maiz , caza de vacas , cabras , gallipavos ,
 abutardas , cisnes , de árboles frutales , que producian
 muy buenos pérsigos , ciruelas , moras , uvas , nueces
 y otra fruta que los indios llaman pinguimina , que
 es como nísperos , pero mejor y mas sabrosa ; go-
 zaban tambien abundancia de pesca de todas especies
 por estar cerca del rio.

Cuatro pueblos componian la nacion de los in-
 dios akansas , cuyos nombres son : Otsochove , To-
 riman , Tonginga y Capa , que está en la ribera de la

Palizada; las casas son mayores y mas largas que las de los otros indios; caben en ellas 200 sin estar muy estrechos; la gente es fiel, buena y guerrera; su agasajo y afecto á los franceses, el mayor que habian experimentado.

El dia 25 vinieron los indios de uno de los pueblos á danzar el calumet ó pipa de tabaco á Cavelier, diciendo que un pueblo de los cuatro de su nación habia danzado á Roberto y otro á Tonti, y á cada uno le habian dado un fusil, y ellos venian á bailarla para que los diesen otro; casi forzado dejó Cavelier que danzasen, y al acabar los dieron pieles de vacas, nutrias y cabras bien curtidas, y un collar de nácares, con que fue preciso regalarlos con un fusil, dos hachas, seis cuchillos, pólvora para 100 tiros, y 100 balas, y algunas sartas de abalorio.

Los principales de los pueblos que avisó el cacique llegaron prestamente á los franceses á dar la bienvenida, á Cavelier y los suyos, con algunos regalos semejantes á los referidos, y juntos despues los concedieron una canoa y indios guias, uno de cada pueblo. Agradecieron mucho su liberalidad, y se despidieron del cacique los franceses disponiéndose á partir; Bartolomé, el de París, se quedó en la casa, dejaron en ella los caballos, media arroba de pólvora, 800 balas, 300 piedras de fusil, 26 cuchillos, 10 hachas y algunas cuentas de vidrio, y Cavelier parte de su lienzo, porque creyó hallarlo presto mejor; y habiéndose confesado se despidieron de los de la casa de Cuture, que los acompañó hasta la orilla del rio, en que se embarcaron en una canoa 20 personas, hombres y mugeres.

Tomaron tierra en el pueblo de Toriman, cuyo cacique los recibió con mucha alegría, y habiéndole regalado le pidieron confirmacion de lo concedido

en Capa, remitiólo al dia siguiente; dijéronle si habria mugeres que moliesen un poco de maiz, que se lo pagarian muy bien; el cacique mandó á sus correos que las buscasen. Estos eran siete ú ocho indios que andaban siempre junto al cacique, en cueros, teñidos de diversos modos y colores; traian un cinto y de él pendian tres ó cuatro calabazas (en que estaban metidas algunas chinas), la mas principal tenia pegada una cola de caballo; de suerte que cuando corrían (que era su paso regular) con el ruido de las piedras y movimiento de la cola causaban gran risa; aunque se guardaban bien los franceses de manifestarla delante de los indios.

Por no esperar ociosos la resolucion dilatada, al dia siguiente fueron á ver el rio de la Palizada, que los naturales llaman Misisipi ó Mescasipi, con Culture; llevaría de ancho por allí un cuarto de legua, y aunque se enternecieron con la memoria de los trabajos y desdichas que habia costado, quedaron muy gozosos, y con tanta seguridad de ánimo como si estuvieran en Francia; volviéronse al pueblo, donde el cacique los concedió lo que pedian, y los dió á comer muy bien; el dia 29 echaron menos una de las cuatro guias, que se habia huido.

Salieron hácia el rio de la Palizada, acompañados del cacique y 20 indios, hasta un pueblo llamado Tonningua, situado en su ribera; fueron recibidos en casa del cacique como en los demas pueblos, y pasaron á 30 á Capa, último pueblo de Akansa; entraron en él muy tarde y mojados, porque el mal temporal los hizo detenerse en el rio de la Palizada algunas veces; agasajólos el cacique; encendieron gran fuego los indios para que se secasen, y las velas para alumbrar la casa eran cañas secas encendidas; cenaron bien, y el cacique previno fiestas

que mostrasen su regocijo por ir Cuture con ellos.

Quisieron partir á primero de agosto, mas el cacique para detenerlos tomó por pretesto que no habian molido maiz las indias, y era porque tenia dispuesta una gran danza, que empezaron á las diez del dia los indios de guerra; unos con grandes plumajes de varias colores en la cabeza, y otros con cuernos de vaca en lugar de plumas, todos teñidos de pardo, negro y rojo, y aunque á su usanza entendian estar bizarrísimos, parecian una legion de demonios: fue la danza tan larga (como casi todas las de los demas indios) que los franceses quedaron cansadísimos de ella.

El dia siguiente se despidió Cavelier de Cuture, y de las once personas que venian con él, y con las nueve restantes, los tres indios guias que habian quedado y otro hermafrodito que se convidó á ir con ellos en lugar del huido, se embarcó en el Misisipi: la corriente y las islas les dieron bien mal viage, obligándolos en algunas partes á saltar á tierra y llevar la canoa acuestas; llegaron á Machigamea, nacion enemiga, reposaron en una isla; y no sin grandes trabajos navegaron hasta el dia 19; vieron el rio Ovavache, que dicen viene de los Iroqueses por la parte de la Nueva Inglaterra; es bello rio, el agua muy clara, la corriente sosegada, los indios que iban con ellos le ofrecieron tabaco en sacrificio, y hicieron otras supersticiones; ayunaron ciertos dias y lo conocieron los franceses, porque cuando se levantaban de dormir se daban con tierra negra ó carbon molido, por la cara y cuerpo, y no comian hasta la noche, y antes de comer se lavaban, lo cual decian hacer porque hubiese mucha y buena caza.

A 28 y 29 costearon una roca escarpada (á cuyo pie pasa el rio de 60 ú 80 pies de alto), dejaron á un

lado la boca de el rio Misouris (cuya agua es muy turbia y espesa), al cual sacrificaron tambien los indios como á los demas rios: el dia 2 de setiembre llegaron al Monstruo, que refiere el P. Marquete: consiste en dos figuras mal dibujadas de colorado, en la haz de una roca de 8 ó 10 pies de alto solamente, tambien hicieron los cuatro indios su sacrificio á esta piedra, porque decian que sino moririan; y á 3 de setiembre entraron en el rio Ilinés, dejando el deseado Misisipi, que tantas calamidades los costó.

Navegaron por el rio de los Ilineses con mucha comodidad y gusto, por ser apacible la corriente, las riberas fértiles; pasaron una laguna, que forma de media legua, y despues entraron en la Pimiteo-
vi, y volvieron á tomar la corriente el dia 11. Vieron muchos indios que paraban sus canoas para hablarlos; separóse un indio de los demas, que estuvo mirando á los franceses un rato; pero sabiendo que Roberto los enviaba fue á dar el aviso á los demas, que hicieron salva con sus fusiles, y correspondieron los de la canoa: preguntáronlos si Tonti estaba en el fuerte de san Luis; respondieron que habia ido á la guerra contra los iroqueses; comieron con los indios, que los dieron calabazas y sandías.

Navegando rio arriba llegaron el dia 14 cerca del fuerte de san Luis de los Ilineses, donde apenas supieron los indios que su venida era de parte de Roberto, cuando avisaron al fuerte, y vino luego un francés con muchos indios á hacerlos salva y desembarcar á los de la canoa, en la cual dejaron uno para guarda de su bagaje, que los ilineses no tienen la bondad que las naciones que habian tratado, antes son ladrones muy sutiles.

Salió de el fuerte Boisrondet con otros dos fran-



ceses, y preguntaron por Roberto; Cavelier respondió le dejaba bueno á 40 leguas de los Cenís; llegaron al fuerte, donde los recibió Belefontayne, teniente de Tonti, con grandes salvas y alegría; los indios venían al fuerte los primeros dias á mostrar su regocijo, y en aplauso de las noticias de Roberto, disparaban sus fusiles con grandes gritos y algazara: cada salva era nuevo dolor á los recién venidos con la memoria de la ruina de Roberto.

Cavelier deseaba solo verse en Quebec para partir á Francia en la primera ocasion, mas no sabia como empezar su viage: Boisrondet que tenia el mismo deseo, le ofreció una canoa que tenia prevenida, en que podia embarcarse con él; previniéndose de pieles para contratar en Masilimachinac; holgóse mucho Cavelier de la oferta, y encargó á Boisrondet la brevedad: vinieron á visitarle los caciques de Cascasquia, de Perovería y de los Chavenones, que habia descubierto su hermano Roberto, pero los despachó presto: dejó escrita á Tonti una carta para cuando llegase al fuerte; despidióse de los soldados de la guarnicion, y se embarcó en la canoa con Boisrondet y los de su compañía, prevenidos de todo; mas el viento contrario los precisó á volverse al fuerte á 7 de octubre, donde esperaron mejorase el tiempo para su viage.

En este intermedio dice Fr. Cenobio Mambre (segun lo que refiere Fr. Cristiano Le Clerq) que llegó al fuerte Tonti (aunque él en sus descubrimientos, *folio* 236 y 238, dice empezó su viage á principio de abril y llegó á fin de mayo), el cual se admiró de hallar allí al clérigo Cavelier, y despues de haberle abrazado le preguntó por su hermano Roberto: no respondió, antes se entristeció Cavelier al oír el nombre, el semblante, y levantando los ojos

al Cielo dió un suspiro, de que sospechó alguna desventura Tonti; pero volviendo en sí Cavelier le aseguró estar bueno, aunque el desdichado suceso de su navegacion le tenia tan desanimado, que no habia podido seguirle por hacer las jornadas muy cortas, comerciando pieles con las naciones que encontraba, y le dejaba en el país de los indios naches y los akansas adquiriendo algunas mercaderías. Creyóle Tonti, y le preguntó el viage de Roberto: contóle la salida de Francia, las desventuras de la armada, que la habian reducido á pocas canoas, y seis ú ocho franceses que venian de escolta con su hermano. Quiso informarse mas individualmente Tonti, y empezando Cavelier la historia referida, prosiguió diciendo muchas cosas de las que habian pasado; y concluyó pidiéndole 7000 libras para pasar á Quebec y á Francia á procurar socorros á su hermano, de quien le dió una carta fingida, en virtud de la cual le entregó al instante la cantidad, y partió muy de mañana Cavelier con Fr. Cenobio, un esclavo y dos indios miamis, habiéndole prevenido Tonti bastimentos. El dia siguiente llegó Culture, su teniente en Akansa, que le dió noticia de la muerte de Roberto. Quedó atónito Tonti, y mas de que hubiese disimulado tambien su hermano, entendiendo sin duda que si revelaba la muerte, le negaria la cantidad que pidió.

Poco despues recibió Tonti cartas de el marqués de Enonvile, en que le decia haberse roto la guerra con España, por lo cual apresuró la ejecucion de la intencion que tenia de socorrer á los franceses de Akansa, y reconocer las naciones vistas por Roberto, y las que Cavelier le habia dicho querian hacer guerra á los españoles. Partió con cinco franceses, cuatro indios chaovenones y otros, de-

jando á Lied su primo por gobernador de san Luis: recibiéronle bien los pueblos de indios donde descansaba.

Llegó Cavelier con los que le acompañaban á Masilimachinac, donde esperando ocasion de partir por no dar en manos de los iroqueses, llevaron á Cavelier y á Fr. Anastasio los Padres de la Compañía de Jesus á su casa; allí se vieron con el baron de La Hontán, que aunque callaron la muerte de Roberto la sospechó, y habiendo llegado á 4 de junio con órdenes del marqués de Enonvile, Porteneus, se fueron con él el mismo dia que habian de volverse, hasta 29 personas en cuatro canoas, y el mismo dia salieron de la laguna y entraron en la de los Hurones, á 3 de julio en el rio de los Franceses, en que por los muchos saltos de agua se vieron precisados á llevar por tierra árida y estéril las canoas, hasta el dia 5 que las echaron en la laguna de Nipicinga, que toma el nombre de una nacion vecina: navegaron hasta llegar al rio san Lorenzo, por el cual á 13 llegaron á la isla de Monte Real, y desembarcaron en Chine, lugar perteneciente á Roberto; fueron á ver al marqués de Enonvile y á Monte Real, y allí encontraron al intendente Noyot y otros franceses principales; contaron sus sucesos, callando la muerte de Roberto, y ofreciéronlos buen socorro: y embarcadós con Boisrondet, que quiso venir con ellos, llegaron el dia 29 á Quebec, habiendo antes abjurado en la iglesia de Monte Real el calvinismo Tesier, con gran celebridad de los franceses.

No se debe omitir que este viage le escribió Fr. Cristiano Le Clerq, y que nombra otras naciones desde la salida de Roberto en el lago de san Bernardo, del fuerte de san Luis, hasta que llegó Fr.

Anastasio al de san Luis de los Ilineses, que tambien llaman Crevecourt, y tratando de las naciones pobladas á las riberas del rio que llamaron Robec, dice que tienen guerra con los españoles, que rogaron á Roberto se quedase con ellos para ayudarlos; y que habiendose detenido como seis dias, los dieron los franceses algunas instrucciones cristianas, *que no reciben de los españoles*; si el P. Anastasio y los demas no entendian la lengua de los indios, ni las señas, y á los indios les sucedia lo mismo con el francés, aunque quisiesen darlas no podrian recibirlas, como sucedió cuando los cenis querian averiguar qué hacian cuando rezaban; y si estaban de guerra con los españoles, qué instrucciones podrian darlos sino las que los franceses daban á los iroqueses al mismo tiempo. Tambien dice, que á los indios coannotinos, nacion de cuarenta pueblos, los hace mas feroces la crueldad de los españoles, cuyos efectos oyeron á los assonis.

Jutel, que tambien escribió este viage, nada de estas crueldades dice, ni Fr. Cristiano traslada específicamente ninguna: entre las cosas que dejó por superfluas pudo omitir estas por mendaces. Tonti escribe por relacion del presbítero Cavelier, que los españoles hacen muchas vejaciones á los indios choumanes, que han concebido contra ellos tan grande horror, que facilitó mucho la amistad con los franceses, y el mismo odio tienen los tarahas, capas, palaquesones y los cenis, entre los cuales hallaron algunas señas de Religion, porque hacian la cruz, y por señas daban á entender las ceremonias de la Misa, efecto de algunas misiones españolas; y sería, dice, mayor el fruto, si la primer siembra de la palabra de Dios se inspirase por sugetos menos aborrecibles: añade, que para vengarse enviaron los

indios embajadores á los franceses, y la nacion de los noadiches los ofreció todo el oro y plata que tenían los españoles si los ayudaban á la guerra, reservando para esclavos sus hijos y mugeres, en que no entraron los franceses; porque aunque tenían poca amistad con los españoles, no debían consentir que los cristianos fuesen esclavos de indios, por cuyo motivo los Recoletos se escusaron con ellos, diciendo ser pocos, y que participarían su determinacion al caballero Tonti: habiendo dicho (*fólio 274*) que despues de haber convalecido Roberto, tuvo por preciso suspender sus últimos descubrimientos, no pudiendo empeñarse mas adelante sin encontrar tierras de españoles, de donde segun las apariencias jamás saldrian, por cuyo temor habia resuelto volverse á su poblacion de san Luis.

Mas favorece Moreri á los españoles en su diccionario, pues dice han convertido muchas de estas naciones del Nuevo Méjico, cuya natural bondad contribuye mucho á que salgan los indios de la ceguedad en que se hallan por desventura de su nacimiento.

Por el mes de mayo llegó en 28 dias de viage á Quebec Amblemonte, con cinco ó seis navíos de segunda línea, y en ellos diez ó doce compañías de la marina de Francia para guarnecer á Quebec. El marqués de Enonvile se holgó mucho de este socorro, y á primero de junio partió á Monte Real con 1500 soldados, reglados y milicianos, y 500 indios cristianos de los que habitaban en las cercanías de Quebec é isla de Monte Real: iba por comandante de estas tropas el caballero Vodeuril, que habia venido de Francia para este efecto. Llevó Enonvile á la isla de Santa Elena, enfrente de Monte Real, y á Frontenac muchos bastimentos y muni-

ciones, y llenó los almacenes de todo lo necesario. Champigni, sucesor en la intendencia de Meules, que mandaba la vanguardia, partió de la isla de Santa Elena en canoas, y á 21 de junio desembarcó en Frontenac: envió 200 criollos de Canadá á sorprender los pueblos de Kente y Ganuse, distantes ocho leguas de aquella fortaleza, poblados de iroqueses; consiguieron todo lo que imaginaron, porque los iroqueses no tenían recelo de que en aquellos pueblos sucediese ningun daño: llevaron prisioneros al fuerte cuantos pudieron; allí los trataron impiamente franceses y indios, como si hubieran de satisfacer estos infelices engañados, que estaban debajo de la seguridad de la paz, las maldades hechas por los de su nacion en otras partes; pero ellos sufrían con tolerancia notable sus trabajos, cantando muy alegres como lo hacen cuando están prisioneros: decían que sus enemigos los daban muy apacibles regalos, despues de haberse mantenido en sus pueblos destruidos para asistir al fuerte de Frontenac, procurando el comercio de pieles en abundancia: *¿son estos (repetían) los de la buena fé que pregonan los Padres de la Compañía? Las cinco naciones vengarán tan alevosas ruindades;* y aunque los franceses y los indios los maltrataban no dejaban de cantar lo mismo, y otras cosas, que no pudiendo sufrirlas enviaron á Quebec la mayor parte de ellos, para que desde allí fuesen á las galeras de Francia.

El capitán don Juan de Ayala vino á España, desde san Agustin de la Florida, en un bajel suyo, á pedir socorro de gente y municiones de guerra; por el mes de mayo concediósele licencia para navegar al puerto de san Agustin sin pagar derechos, por razon de registro y de las mercaderías que condujese en España ni en las Indias, hasta en cantidad de 3000

pesos. Llevó 100 soldados de socorro, y para mantenerlos se le dió libranza de otros 3000, ajustando los fletes con el presidente de la casa de la Contratacion, de que se le dió certificacion para que los cobrase en las cajas reales de san Agustin, y por el servicio que hacia se le concedió llevar 12 negros ladinos, para la cultura de los campos de la Florida, de que hay gran falta en aquella provincia, por no llegar á ella los del asiento, perdonándole la mitad de los derechos con que pagase la otra mitad en las cajas reales de la Florida, de que se despachó real cédula á 9 de mayo, aunque se malogró el efecto, porque solo le llegó un negro á san Agustin con todo lo demas que se le habia encargado, y fue recibido en la ciudad con universal alegría por su buena diligencia. Los franceses quitaron á los ingleses el fuerte de Cárlos, que habia fabricado Zacarias Ghillen.

No sabiendo el suceso de los bergantines, y creyéndolos perdidos, se hicieron á la vela en la Vera Cruz á 28 de junio, don Andrés de Pes y don Francisco Gamarra (con las mismas órdenes que los bergantines): en las dos fragatas aprestadas iba por piloto Luis Gomez Raposo, hombre insigne en su profesion, por la esperiencia y conocimiento que tenia de los mares de las Indias Occidentales, cuyo mérito le hizo despues piloto mayor de la armada de Barlovento, y capitan de mar y guerra en la Capitana.

Salieron costeando la ensenada de Méjico con el cuidado de dar fondo antes de anochecer en el sitio que pareciese mas á propósito, y no perder de vista lo que podia importar á conseguir su empresa, sin esponerse á peligrar de noche en mar tan áspero é inconstante; visitaron toda la ensenada de Méjico,

y en el lago de san Bernardo (que llamaron los franceses la bahía de san Luis) reconocieron los mismos fragmentos de navíos franceses que los bergantines. Prosiguieron su viage hasta el cabo de Apalache, reconociendo la bahía de Panzacola, aunque no entraron en ella por haber hecho esta diligencia el año antes Juan Enriquez Barroto; pero hallaron su costa muy limpia y fértil, hasta el cabo de Apalache; y fenecido su encargo, atravesando el golfo de Méjico, se volvieron á la Vera Cruz á 14 de setiembre, donde fueron recibidos con mucho aplauso del gobernador y oficios reales; dieron cuenta al virey, el cual mandó gratificar á los cabos tan grande y bien logrado servicio.

El resto del ejército francés acabó de llegar á Frontenac á primero de julio, habiendo padecido grandes trabajos y descomodidades en el camino; y poco despues llegó Foresto, teniente de aquel fuerte por Roberto (que al juntarse el ejército estaba ausente) en una canoa, á dar noticia á Enonvile de que un escuadron de ilineses y oumamis habia esperado los indios hurones y utaobas en la laguna de santa Clara, para juntarse y acercarse al rio de los indios Tesonnontovanes, en el parage destinado para la revista general; y que Durantais, avisado de los indios amigos habia aprisionado la tropa de ingleses que conducian algunos iroqueses en la laguna Hurona, cerca de Masilimachinac, que llevaba mas de 50,000 escudos de mercaderías para contratar en las naciones de las lagunas, y con otros que Dulhao habia preso, quedaban en Masilimachinac con el sargento mayor inglés Gregori, que los comandaba; esta presa incitó á Enonvile á partir luego con su gente, y casi toda llegó junto al rio de los Tesonnontovanes, muy animosa y sana, lo cual tuvieron

por buen agüero los indios que allí esperaban, creyendo ser aquella la ocasion de acabar con los iroqueses; sacaron los bateles y canoas de el agua, y despues de arcabucear á Fontane Marion Canadino, por haberle hallado en la tropa de los ingleses presos: inmediatamente se pusieron en marcha al pueblo de los indios Tesonnontavanes.

El primer dia marcharon cuatro leguas sin descubrir enemigos, solo vieron la tierra amenísima, los montes llenos de encinas, nogales y castaños, vacas, puercos y aves; llegaron los indios á dar vista al pueblo, no vieron á nadie, y persuadiéndose á que estaba desierto corrieron á él desordenadamente, por coger algunas mugeres, muchachos y viejos; pero se metieron en una emboscada de 500 tesonnontovanes que estaban á un cuarto de legua del camino; dieron algunas descargas de mosquetería en los indios amigos, desde parage tan seguro por la espesura de los árboles, que era imposible que muchos millones de franceses los hiciesen mal; pero llegando el socorro los embistieron desordenados y hechos pelotones, y á no ser por los indios amigos, que animados con el auxilio como diestros en la tierra, los hicieron retirar, hubieran logrado los iroqueses su emboscada; quedarian en el campo 80 muertos, y escaparon algunos heridos; pero los franceses perdieron 100 hombres y 10 indios, y hubo mas de 20 heridos, y entre ellos el P. Angelerán, de la Compañía de Jesus, prueba evidente del desorden y descuido de los franceses; Enonvile mandó hacer alto, culpando á los cabos la temeridad de embestir en sitio donde podian ser ofendidos sin ofender á los enemigos.

En esto llegaron los indios con las cabezas de los muertos, mas contentos que si hubieran conquistado

el mundo, diciendo á Enonvile ¿que cómo suspendería entrar en el pueblo y seguir el alcance? Respondió era necesario curar antes los heridos, que el dia siguiente iria á el pueblo; los indios no se conformaron con este parecer, ni la soberbia que habian cobrado permitia estas dilaciones; convocáronse todos, y en su junta concordaron en ser un despropósito el del Cuerol, y que no pudiendo atribuirlo á falta de valor sería pereza, porque para curar los heridos bastaba dejar alguna guarda; determinaron seguir el alcance solos, y estando ya para ejecutar su designio, Enonvile los mandó detener, diciéndolos que el dia siguiente irian á quemar el pueblo y destruir los sembrados, de modo que muriesen todos sus enemigos de hambre; este precepto enojó mucho á los indios, mas no se atrevieron á quebrantarle, aunque estuvieron inquietísimos mormurando que los franceses mas venian á pasearse que á guerrear, pues malograban la mejor ocasion; que su ardimiento era fuego de paja, que apenas ardia cuando se acababa; que era inútil haber juntado tantos indios de guerra de tantas partes para quemar cuatro casillas de corteza, que tardan mas en quemarse que en hacerse; que á los del pueblo no se les daría nada de que destruyesen sus sementeras, pues sus confederados los darian mas de lo que hubiesen menester para mantenerse; que ya se habian juntado dos veces con los gobernadores de Canadá para no hacer nada, y que jamás se volverian á juntar.

El dia siguiente fue Enonvile al pueblo, que halló quemado por los iroqueses; anduvo la gente cinco ó seis dias por aquellos campos destruyendo las sementeras con las espadas; de allí pasaron á Thegaronhies y Danoncaritaovis, pueblos pequeños, á dos ó tres leguas del otro, donde hicieron lo mismo,

y sin mas fruto ; pasados dos dias se embarcaron para ir á Niagara ; en cuatro de navegacion llegaron por estar 30 leguas no mas , y luego que desembarcó el ejército se hizo un fuerte (situado al Sur de la laguna Errie, hácia donde entra en la de Frontenac) con cuatro bastiones en tres dias ; dejaron 120 soldados en él , comandados por Bergeres á la órden de Troyes ; á primero de agosto pidieron licencia los indios á Enonvile, dándole á entender estaban contentos con el fuerte, porque servia de amparar su retirada si sucediese algun mal en la guerra de los iroqueses ; que quedaban asegurados en la palabra dada de no acabarla hasta extinguir las cinco naciones , ó estrecharlas á que dejasen su país echándolos de la otra parte del mar, pues para esto solamente estaban aliados con los franceses ; Enonvile aseguró á los indios no faltaria á lo que se habia tratado , y quedando muy alegres , dentro de dos ó tres dias partió por el Norte del lago de Frontenac á Quebec , dejando encomendado al baron de La Hontán un destacamento que asegurase el país de los indios de paz, porque entendia la lengua, para lo cual le dieron á Dulhaut, natural de Leon de Francia , y otros soldados muy fuertes con algunas tropas de indios.

Los iroqueses perseguian en todas partes á los franceses y sus aliados sin dar cuartel , y como andaban tan diligentes y estaban tan prácticos en la tierra, lograban en muchos su venganza ; el baron de La Hontán con ocho soldados se embarcó en una canoa en Niagara á 3 de agosto para ir al fuerte que se habia destinado , y no siendo posible navegar la gran caída ó salto de agua de Niagara (que tiene de alto 700 ú 800 pies , y media legua de corriente tan rápida que los animales no pueden pasarle , y los peces que trae cayendo de lo alto se matan), hizo lle-

var por tierra las canoas, pasando tres montañas con tan malos pasos, que cien iroqueses en cualquiera de ellos pudiera á pedradas acabar con él y su gente.

Buscábanle mil avisados de su viage, y por medio cuarto de hora no le encontraron. Embarcados otra vez media legua mas abajo del salto de agua, descubrieron en la orilla á los iroqueses, los cuales tomaron sus canoas para seguirlos; pero navegando á toda fuerza La Hontán, llegó el dia siguiente á la boca de la laguna Errie y se puso en seguro, porque las canoas de los iroqueses eran tan pequeñas, que no pudieron alcanzarlos; costearon la laguna viendo en la orilla bandadas de gallipavos, que corrian muy ligeros en la arena; y á 25 llegaron á una punta de tierra, que entra en esta laguna quince leguas; y aunque era grande el calor, volvieron á cargar con las canoas por no costear 35 leguas.

A 6 de setiembre entraron en la laguna de los Hurones con su canoa, en que pasaron á la de santa Clara, que tiene 12 leguas de circuito, y en sus riberas tanta abundancia de árboles frutales, tantos ciervos y cabras monteses que maravilló; á 14 tomaron tierra en la entrada de la laguna Hurona, y entraron en el fuerte de san José, fabricado por Dulhaut para mas seguro y fácil comercio, el cual le habia mantenido haciendo sembrar maiz, de que esperaban gran abundancia.

La Hontán tomó posesion del fuerte, y asegurados los traficantes que estaban en él á la direccion de Durantays, le pidieron licencia para ir á comerciar á los indios de paz: concediósele, y envió dos soldados con tabaco de hoja á lo mismo; pero se volvieron con el P. Avenau, jesuita, por noviembre, con noticia de que un escuadron de hurones se disponia á partir contra los iroqueses que estaban en

caza; el cual llegó al fuerte con su cacique Saentovan á 2 de diciembre, y dejado sus canoas y bagage en el fuerte, porque el hielo les impedía navegar mas, resolviéndose los indios á ir por tierra al fuerte de Niagara: para tomar lengua antes de entrar en el país de los iroqueses caminaron 50 leguas sin hallar á nadie; solo al cabo de este viage vieron pisadas de hombres, las cuales siguieron y dieron con seis casas ó cabañas; tomaron las puertas de ellas para no dejar salir ninguno, y de 62 que habia dentro solo escaparon dos iroqueses que con el frio perecieron en los montes, y murieron tres hurones.

Por reales cédulas de 30 de setiembre se ordenó al obispo de Cuba, don Diego de Ebelino y Hurtado, y se mandó á los gobernadores de aquella isla, el de la Habana, la Florida y al virey de Nueva España, cumpliesen las cédulas dadas sobre que pasasen á la Florida los clérigos que quisiesen ir á predicar, como estaba mandado, encargando especialmente al obispo la brevedad de este expediente, y concluye la cédula despachada á él así. *Teniendo entendido que lo que obráredes en facilitar el pasage de estos clérigos y su avío á la Florida, será de todo mi agrado, y de ello me daré de vos por bien servido.*

Procedia la eficacia de estas órdenes, de haber representado al rey el gobernador de la Florida, don Juan Marquez, la utilidad que se seguiria á la propagacion de la fé católica, de pasar á la Florida diez ó doce sacerdotes seculares, que estaban prontos á ejecutarlo en la isla de Cuba, pues habiendo vuelto á la obediencia del rey las provincias de Apalachicolo, Caveta y Casica, que el ayudante don Antonio Mateo, teniente de gobernador en la provincia de Apalache, habia reducido entrando en Apalachicolo y otras provincias, con algunos soldados y indios

amigos, y manteniendo en la lealtad los pueblos que estaban á la mira de los efectos de la rebelion, y estando los alzados reducidos y los demas indios quietos, tenia por buena ocasion la entrada de los clérigos, que le parecia serían bien recibidos de los indios, y la doctrina admitida con mas docilidad y reflexion que antes.

Habiase ocasionado la rebelion de los indios de los pueblos de san Felipe, san Simon, santa Catalina, Sapala, Tupichiasao, Obaldaquini y otros, de haberlos querido mudar don Juan Marquez á las islas de Santa María, san Juan y santa Cruz, y por huir esta transmigracion se fueron muchos á los montes, y algunos se pasaron á la provincia de san Jorge, ó la Carolina, poblacion poco antes hecha por los ingleses, en el país de los españoles, por donde se junta la Virginia, y confinante de Apalachicolo, Caveta y Casica.

No falta quien asegura ser el país usurpado mas agradable y fértil de la Florida, y el invierno tan templado que no se les caen las hojas á los árboles; tan abundante de ciervos, que en un dia mata un indio ocho ó diez, y por cuatro escudos hará obligacion de bastecer una casa de toda la caza que pueda gastar. Hay muchas serpientes de cascabel, gatos monteses muy grandes, que para cazar los ciervos se suben á los árboles, y cuando el ciervo pasa por debajo se arrojan sobre el lomo de él con velocidad increíble, sin dejar la presa hasta que le dan muerte; los comen los indios, aunque su carne es dura; son gentes muy crueles unos con otros, y aunque no tienen conocimiento de la Providencia Divina, adoran una deidad superior, que tienen por Criador, que llaman Okee, como se dijo año 1585; pero no por eso dejan de sacrificar los demonios, que tienen por

dioses de menos calidad; creen la transmigracion de las almas, y cuando muere un indio entierran con él todo lo que tiene, poniéndole bastimentos para que se mantenga en el otro mundo.

Refugiáronse algunos indios á esta provincia, porque los ingleses que la ocupaban los habian persuadido á darlos la obediencia, faltando á la del rey, especialmente al cacique de los iamazos, nacion que habita en la provincia de Guale, dándose por ofendido del gobernador, sin que pudiesen templarle las eficaces persuasiones y repetidos agasajos que el año de 1684 le hicieron los misioneros de san Francisco, pues despreciándolo todo se retiró á su tierra, y despues dió la obediencia á los ingleses, poblados en santa Elena y san Jorge, siguiéndole otros indios; y no contento con esta falta de fé, volvió el año siguiente á hacer guerra á la provincia de Timuqua ó Timagoa: saqueó la doctrina de santa Catalina, robó las alhajas de la iglesia y convento de san Francisco, quemó el pueblo, dió lastimosa muerte á muchos indios, y llevó otros prisioneros á santa Elena, donde los hizo esclavos, cuya invasion fue tan impensada, que no pudo prevenirse ni remediarse.

Año de 1688.

Rafael Huitz, inglés prisionero, aseguró al gobernador de la Habana estar poblados los franceses en el seno Mejicano, afirmando habia estado en su poblacion, de que daba muy larga noticia; despachóle en una fragata á la Vera Cruz bien asegurado, dando cuenta al conde de la Monclova, el cual luego que recibió las cartas llamó á don Andres de Pes, que llevó el inglés á Méjico, y en su presencia y de otros volvió á ser examinado, y dijo lo mismo; de-

terminóse en la junta que se hiciese otro viage á la costa septentrional de el seno Mejicano , para reconocer un sitio á que no podian llegar navíos , por el embarazo que causaban las muchas islas que tenia delante la Tierra Firme. El gran riesgo y dificultad del camino, y de conseguir el reconocimiento, apartaba de él á todos los cabos ; pero conforme el virey con don Andres de Pes , volvió este á la Vera Cruz trayéndose el inglés; aprestó una fragata de la armada de Barlovento , y con una faluca de 18 remos (que era la que habia de hacer el reconocimiento) , á 25 de marzo se hizo á la vela , llevando por piloto mayor á Juan Henriquez Barroto ; en pocos dias llegó á la bahía de Movila , donde asegurada la fragata de los temporales , guarneció la faluca con 25 hombres, armas y bastimentos , llevando al inglés , y salió á la mar ; costeando por entre las islas y Tierra Firme, á los seis dias llegó al rio de la Palizada ó Misisipi (que ya los franceses llamaban san Luis ó Colbert) corrió 30 leguas sin hallar nada de lo que el inglés decia, y reconvenido de los oficiales , respondió habia contado lo que le aseguraron los franceses en Jamayca y en la laguna de Términos; echáronle en prisiones porque no huyese á los indios; descansó don Andres allí dos dias y pasó al puerto donde estaba la fragata , y metiendo en ella la faluca se hizo á la vela ; entró á 10 de mayo en la Vera Cruz, trayendo diario de todo lo sucedido ; y con él y la descripcion que Barroto hizo , pasó don Andrés á Méjico ; hízose causa de pirata al inglés , y se le echó á galeras por este fraude.

A 18 de setiembre llegó á la Vera Cruz el conde de Galve á suceder al de la Monclova , que estaba nombrado virey de el Perú, y pasó á Méjico luego , donde hallándose ambos vireyes , avisaron del

nuevo reino de Leon, haber hallado tres franceses que decian ser cierto el naufragio y ruina de Roberto.

Dió orden el conde de Galve á don Alonso de Leon, gobernador de Quaguila, para que con un trozo de buena gente penetrase la tierra, y buscase á los franceses, llevando un intérprete y un geógrafo para traer individual noticia de lo que viese.

Los indios, por cuyas tierras pasaba Tonti, le hacian muchos agasajos; y habiendo estado en los tongunguas, torimanes y otros indios, llegó en fin á los osatoves, donde tenia la casa fuerte para su comercio; allí se detuvo seis dias y partió en fin de febrero; algunos dias despues pasó á los indios naches, que mataron dos franceses apartados de los demas.

Llegó al pueblo de Taensa, y los principales le dieron cuenta de el agravio que los hacian los indios nachitoches, queriéndolos privar de la sal, pidiéndole los ajustase, ofreciólo así; y con 30 indios taensas, que llevaban sus regalos, llegó en ocho dias al pueblo de los nachitoches, en el cual habitan tambien los ovagitas y capichis. Los caciques de las tres naciones juntos hicieron sentar al caballero en medio, y los taensas pidieron licencia de ir al templo á implorar el auxilio del sol, para alcanzar una buena paz. Así lo hicieron y entregaron sus presentes; hizose la paz, que se celebró con el calumet. Dieron á Tonti cinco guias los nachitoches para el pueblo de los Yataches; subió el rio Onoroiste, y hallando hasta quince casas de los naches hicieron noche en ellas, y al dia siguiente habiendo encontrado doce indios, vengaron en ellos la muerte de los dos franceses.

En fin llegó á los Yataches, cuyo pueblo está junto con el de los Onadaos y los Choyes, tres naciones unidas que salieron á recibir á Tonti á tres leguas; diéronle bastimentos y cinco guias para partir

al pueblo de los Quodadiquios, con harta dificultad; porque tres dias antes habian muerto tres embajadores que esta nacion los habia enviado.

Cerca del pueblo vió Tonti, que llevaba veinte fusileros, pisadas de caballos, y se le juntaron algunos indios para acompañarle. Apenas entró en el pueblo, cuando dos mugeres de los embajadores muertos vinieron á pedir justicia al caballero contra los yataches, por haber muerto á sus maridos. Juntóse todo el pueblo á lo mismo, con tanta instancia, que fue preciso ofrecerlos venganza; llevaron luego á Tonti al templo y le lavaron la cara antes de entrar; allí estuvieron como un cuarto de hora y le llevaron á la casa de una de las mugeres que era de las mas principales del pueblo, donde fue tratado muy bien. Supo de los siete franceses que se habian apartado del hermano de Roberto, que aun estaban entre los indios novadiches, pidió guias á los quodadiquios, ofreciendo á la vuelta vengarlos de los yataches.

Estos indios quodadiquios viven juntos con otras dos naciones que se llaman Nepgitoches y Nasonis, situados sobre el rio Colorado, que tiene este nombre, porque la arena que lleva es tan roja que parece sangre; no tienen pueblos, sino casas separadas y bien distantes unas de otras. Hablan un idioma. La tierra es muy buena, de mucha pesca y caza, aunque hay pocas cíbolas: tiene guerra cruel con sus vecinos, y comercian con los distantes, que es causa de ser estas naciones poco numerosas. No hacen mas obras que arcos y flechas, y tienen muchos caballos (que los llaman cabalios) se pintan la cara y el cuerpo con varios embijamientos, y creen están hermosos con lo que les hace horribles.

El cacique de los hurones saentjova, volvió con sus indios al fuerte de san José, trayendo algunos

prisioneros, de quien supo La Hontán que 800 iroqueses estaban sobre el fuerte de Niagara, amenazando que en destruyéndole habian de venir á derribar el suyo. Dióse priesa La Hontán á juntar bastimentos, y pasó á Masilimachinac por abril á buscar maiz, entre los hurones y utovanes, con algunos de la guarnicion. Llegó el dia 18 y halló poco maiz por la mala cosecha de aquel año. Fue á 2 de junio al salto de santa María (que es una catarata ó caída de agua de mas de dos leguas de largo, que forman precipitadas las aguas de la laguna Superior en la de los Hurones) y en el pueblo de los indios utchipo-ves (que llaman Saltadores) cerca de la casa de los PP. de la Compañía de Jesus, tomó 40 indios y salió el dia 13, y á 16 llegó á la isla de Detour, en la laguna de los Hurones, donde habia dos dias que le estaban esperando los soldados y los indios utovanas: volvióse á embarcar, y bajó con ellos al fuerte de san José á primero de julio, donde halló sus soldados hambrientos y impacientes de su tardanza. Dióles algunos sacos de maiz y continuó su viage, para llegar á tiempo á la tierra de los iroqueses. A 17 llegaron al rio Conde (que entra en la laguna Errie) y saltaron en tierra á cortar madera: hizo un fuertecillo que asegurase las canoas y el viage, dejando guarda bastante.

Salió á 20 siguiendo el rio, donde los indios goyovanes hacen la pesca de los sollos, que algunos tienen seis pies de largo, y en tiempo de calor suben el rio arriba dejando las lagunas.

Los indios que iban con él se adelantaron. Llevaban intento, hallando libres los caminos, de quemar y destruir los pueblos de los enemigos; pero 300 iroqueses que descubrieron los hicieron mudar de resolucion, y volvieron huyendo al fuerte, tan

asustados, que en mas de media hora no pudieron hablar, imaginando que aun no estaban seguros. Refirió el principal indio el suceso, y La Hontán le consoló y dijo, habia andado como valiente en retirarse, para que juntos venciesen á los enemigos.

El dia siguiente se dejaron ver 400 iroqueses, de que habia dado antes noticia un indio chaovenon que escapó de ellos, de quien tambien supieron esperaban se les juntasen otros 60 que habian ido á los utainis. Por huir de los 400 quisieron los indios embarcarse á buscar los 60, y Hontán se embarcó con ellos. El dia 28 descubrieron dos canoas que conocieron ser de iroqueses. Tomaron tierra los saltadores y se emboscaron esperando á que desembarcasen. Apenas lo ejecutaron cuando cargaron sobre ellos los indios, dieron muerte á tres, hirieron á cinco y prendieron á los demas, quitándoles 18 esclavos utainis que llevaban y siete indias preñadas: de los saltadores perecieron cuatro.

Los prisioneros y los esclavos dijeron, que el resto de esta partida venia por tierra marchando á la orilla de el lago, y traía 34 esclavos, con lo cual hicieron en tierra otro fuertecillo para guardar sus canoas y bagage, y enviaron corredores á descubrir los iroqueses; los cuales á 4 de agosto volvieron con la noticia de que los dejaban á tres leguas, y que habian de pasar un riachuelo, á cuyas riberas podia hacerse una emboscada. Apenas lo oyeron los indios utaovas y saltadores, cuando sin esperar mas orden fueron á ocupar el sitio; y antes de ponerse á tiro los iroqueses dispararon. Huyeron al ruido los iroqueses, reconociéndose perdidos, dejando los prisioneros: siguieron los saltadores el alcance y dieron muerte á algunos, cuyas cabezas trajeron al fortin, con la presa muy contentos. Acabada esta em-

presa sacaron sus canoas y se embarcaron, navegando hácia el estrecho de la laguna de los Hurones, en la cual entraron el dia 13, y para descansar salieron á las isletas á cazar cabras monteses y gallipavos, en que se detuvieron 8 dias.

El dia 24 se volvieron al fuerte de san José, el cual hallaron sin gente y maltratado. Creyó La Hon-tán que le habian destruido los indios de paz; pero Michitonca, cacique de los utamis, que estaba allí con 80 de sus indios le dijo, que habiendo ido á Niagara para hacer alguna expedicion, dejando buena la guarnicion, cuando volvió á buscar á La Hon-tán halló que habian muerto de escorbuto todos los franceses, escepto 12 que con Bergeres se retiraron á Frontenac, donde tambien murieron, porque él fue á Frontenac, cuyo gobernador le mandó vol-viese á su tierra sin hacer daño á los iroqueses, por-que Enonvile, gobernador de Canadá, trataba paz con ellos; pero que habiéndole embestido 400 iroque-ses en el camino, se vió precisado á defenderse, y dió muerte á cuatro, haciendo huir á los demas.

Sintió el baron la desgracia de sus soldados, y no siendo posible mantener aquel fuerte, le mandó quemar, y se retiró á Masilimachinac, donde llegó á 10 de setiembre. Los indios se volvieron á su tier-ra, llevándose los prisioneros y heridos que pudie-ron caminar, y Michitonca se retiró á su país.

Durantays, comandante de los traficantes en Ma-silimachinac, persuadia al baron fuese á Frontenac para que se diese forma en sus negocios; mas él se escusó, y dispuso hacer un viage á reconocer las tierras meridionales de Canadá, para lo cual esco-gió nueve indios utaovas, los cuatro buenos caza-dores, y prevenido de las mercaderías y municio-nes que pudo, salió con ellos en canoas nuevas de.

Masilimachinac á 24 de setiembre, y en tres dias con buen Norte navegó 40 leguas hasta llegar á la bahía de los Puteovatamis. Entró á 29 en un rio profundo, en cuyas riberas tienen situados pueblos los indios puteovatamis, sachis y malomines, y hay en ellos una mision de los PP. de la Compañía de Jesus. La tierra es muy fértil de frisoles y maiz: el trigo se da muy bien, y es el camino mas corto que hay para entrar al rio Misisipi ó de la Palizada desde Masilimachinac.

Saltó el baron en tierra, y vinieron las tres naciones á recibirle y festejarle con sus danzas y músicas. Regaló á los principales de ellas con tabaco y cuentas de vidrio, y los hizo muchas caricias, y dejándolos muy contentos se volvió á embarcar á 30. Viendo muy amenas tierras llegó á 10 de octubre al pie del salto ó caída de agua de Cocalin, donde sacó las canoas á tierra, y por evitar el riesgo mandó pasarlas á hombro hasta lugar seguro; estuvo en el pueblo de los Kicapu, situado al margen de una laguna pequeña; hallaron en él 30 indios de guerra solamente, porque los demas habian ido á caza de castores; volvióse á embarcar y entró en la laguna de los Malomines; fue á su pueblo y á la fortaleza de los Utagamis; y el dia 13, en compañía de los indios, á la casa del cacique, el cual le recibió con muchas ceremonias. Preguntólos entre otras cosas si iba á los nadovaciones, sus enemigos: el baron respondió, que no tocaría en su tierra ni con 100 leguas, porque su intento era saber donde nacia el rio Largo. Quedó gustoso el cacique, y le aconsejó no subiese muy arriba, porque podrian hacerle mal las numerosas naciones que habitaban en sus riberas. Agradeció la advertencia el baron, y le pidió seis indios que fuesen con él: el cacique le dió diez, que

sabian la lengua de los indios socoros, con los cuales habia 20 años que tenia paz.

Dos dias que estuvo con este cacique fue muy regalado, y le dió el baron un fusil, dos libras de pólvora, cuatro de balas, doce piedras de escopeta y una hachuela, y á dos hijos suyos un capote y un rollo de tabaco, de que quedaron contentísimos.

Entre los diez indios que señaló, habia uno que sabia hablar la lengua algonquina, y envidiosos los utaovas de que el baron hiciese caso de él, le aconsejaban escusase traer aquellos indios, porque eran inútiles; pues ellos que venian con él le guiarían hasta la casa del Sol. Procuró el baron templar el disgusto que los causaba la nueva compañía lo mejor que pudo, y el dia 16 se embarcaron todos. Salió del rio de los Hediondos, y llegó á otro salto ó caída de agua que llaman de Ovisconsina; pasaron en hombros las canoas hasta el rio del mismo nombre, donde vuelto á embarcar llegó á su boca, que está á Noroeste y Sudueste, y con media legua de ancho entra en el rio de la Palizada ó Misisipi; durmieron el dia 23 en una isla que forma el mismo rio, y atravesando á Misisipi el dia siguiente, tomaron la boca de el rio Largo á 2 de noviembre, y entraron el dia 3 por una canal que dejan libre los juncos, en medio de un golfo ó laguna que forma, y navegaron todo el dia para pasarle. Fueron el rio arriba por una corriente muy sosegada, saltando en varias islas.

A 8 vieron á mano izquierda grandes árboles y algunas casas; saltaron en tierra los franceses con los indios, y dieron con algunos indios cazadores eocoros que los regalaron con caza, y se la ayudaron á traer á las canoas. El baron los agasajó y dió cuchillos y agujas, diciéndolos de qué servian. Admiráron-

se mucho y mostraron gran alegría, y despedidos fueron corriendo á avisar á sus pueblos, donde debieron de contar tales cosas, que el dia siguiente habia en las riberas mas de 2000 indios danzando. Los utagamis fueron en canoas con ellos al pueblo, y el baron se quedó á un cuarto de legua, aunque le hicieron instancias para que entrase en él. Visitáronle al dia siguiente los caciques, y los presentó cuchillos, agujas y tabaco; persuadíánle fuese á su pueblo para tratarle, porque habian oido á otros indios hablar muy bien de los franceses, fue preciso reducirse á los agasajos que le hacian, y fue con ellos; pasó por cuatro pueblos sin detenerse, y llegó al quinto, del cual salió á recibirle un cacique viejo, que le dijo estaba perdido su país; pues aunque los doce pueblos que tenia podian poner 20000 hombres de guerra, muchos mas tenian antes de la guerra, y cuando eran señores de la nacion de los nadoeses, panimoas y esanopes que se les habian rebelado; que 60 leguas adelante hallaria los indios esanopes, sus enemigos, de los cuales le daria seis esclavos para que le recibiesen bien, y una escolta de indios suyos que le asegurasen, sino es que le sucediese de noche alguna desgracia; instruido el baron de otras circunstancias se embarcó al amanecer, gustoso de haber tratado esta nacion, que aunque los indios andaban desnudos son muy civiles, suaves y humanos; sus ídolos eran el sol, luna y estrellas; las casas largas y redondas, y el techo de cañas y juncos mezcladas con tierra, y los pueblos fortificados con estacas y faginas de tierra.

Hizo noche en una isla muy pedregosa, y navegó el dia siguiente con buen viento, y prosiguió toda la noche por haberle dicho los seis esanopes que llevaba, ser el rio seguro sin bancos ni rocas. A 23

muy de mañana saltó en la ribera de mano derecha para componer las rendijas á una canoa que se hundia; hizo cocer la carne de cabra que el cacique de los ecoros le habia dado, y en tanto los indios se fueron á cazar, pero solo hallaron pajarillos; vuelto á embarcar cesó el viento: no podian bogar los que iban con él por no haber dormido; y habiendo dicho los esclavos esanopes que una isla que rodeaban era abundantísima de liebres, se quedó en ella y hallaron muchas huyendo entre los árboles, aunque fue necesario quemar en muchas partes la broza para que saliesen; los soldados comieron muy bien de ellas, y durmieron con tanta pesadez, que creyendo el baron eran indios de guerra los lobos que metian gran ruido en la maleza, le costó mucho trabajo despertarlos.

Habiendo navegado hasta el dia 27, llegaron á un pueblo de esanopes, donde habian enviado á avisar antes dos esclavos; salieron 400 á recibirle, y viendo la pipa de tabaco empezaron á danzar y pedirle que saliese á tierra: querian los indios meterse en las canoas, el baron no lo consintió, y dijo á cuatro de los esanopes que llevaba consigo los advertiesen que se retirasen; obedecieron prontamente, saltó en tierra con 20 soldados y los indios utagamis y utaovas, dejando la órden conveniente en las canoas á los que quedaban en ellas, caminó hácia el pueblo: los indios se hincaron de rodillas tres ó cuatro veces, poniéndose las manos en la frente; así fue llevado al pueblo aturdido de los gritos; al llegar á la puerta pararon todos, y salió el cacique (que tendria 50 años) á recibirle con 500 indios de guerra muy galanos, adornados de plumas, arcos y flechas; los utagamis imaginaron querian matarlos, empezaron á dar voces á el baron

para que mandase pusiesen las armas en tierra ; pero los esanopes que habia enviado á avisar , le dijeron era uso en aquella nacion salir á recibir de paz con las armas , y que no tenian que temer. Sin embargo, los utagamis instaron en que no era verdad aquel uso ; y el baron pidió dejasen las armas , y no queriéndolo hacer se volvió á las canoas.

Viendo esto el cacique y los demas indios dejaron las armas , y entraron los franceses en el pueblo con sus fusiles , que los indios miraban con temor, porque solo los conocian por haber oido las muertes que causaban ; llevaron al baron á una gran casa donde parecia que jamás habia vivido nadie ; no dejaron entrar en ella los esanopes á los utagamis , diciendo que no merecian pisar la casa de la paz los que habian querido armar guerra entre los esanopes y los franceses ; mandó el baron abrir la puerta y decir á los utagamis que no hiciesen mal á nadie. Ellos le persuadian se volviese que le habian de matar , y tomando su consejo , pareciéndole estaban sobresaltados los indios , se volvió á las canoas trayéndose los cuatro indios esclavos , para llevarlos al primer pueblo donde habian de ir.

Apenas se embarcó cuando vinieron los otros dos esclavos con 50 indios en una piragua á decir al baron se volviese , que su cacique habia de cerrar el rio para que no pudiesen pasar adelante. Los utagamis le aseguraron no tuviese cuidado , que para cumplir la amenaza necesitaba de traer una montaña y plantarla en el rio. Navegaron sin detenerse tres leguas hasta otro pueblo grande , cuyo cacique parecia superior á los demas : los recibió muy bien ; quejáronse los utagamis de lo que habian hecho con ellos los del pueblo antecedente ; respondiéndoles era necesario traer el cacique que los habia injuriado para

que dijese el motivo, y oídas ambas partes haria razon á todos. No hallando abrigo su queja, no se detuvieron, ni en otros pueblos, y navegaron 47 leguas seguidos de muchos indios, que parecian mas humanos y apacibles; llegó La Hontán á un pueblo mayor que los otros, situado cerca de una laguna; la casa del cacique estaba separada de él, pero cercada de otras 50, donde vivian sus parientes: eran altas y grandes, y los cimientos de cañas y tierra; el cacique andaba desnudo, aunque desde la cintura á las rodillas cubierto con una tela de cortezas de árbol; cuando caminaba, regularmente llevado por esclavos, sembraban los indios hojas de árboles en el suelo. Estuvo el baron con el cacique mas de media hora, presentóle tabaco, cuchillos y agujas, tijeras, dos eslabones con piedras de escopeta, anzuelos y una espada ancha, de que quedó tan contento, que luego envió al alojamiento muchas pieles, ciervos, cabras, gansos, ánades y legumbres, y dijo al baron, que pues iba á los guacsitares, amigos suyos mas habia de 26 años, no necesitaba de gente; pero que habiendo de pasar por la provincia de Mozeemlek, le daria 300 indios de guarda, buenos guerreros, para defenderse de los indios, que eran inquietos y belicosos, y á lo menos andaban de 20 en 20000. Aceptó el baron los indios y le pidió cuatro canoas grandes, las cuales le dijo el cacique escogiese entre mas de 50; ejecutólo así y mandó á los carpinteros las aligerasen: daban gusto los indios admirados, viendo la obra que se hacia con las azuelas, no pudiendo apurar como caian tan fácilmente las astillas: cada golpe les costaba una admiracion, y estaban tan embozados, que aun disparando al aire los franceses no volvian de la suspension.

La víspera de partir vió ir corriendo á todo cor-

rer 30 ó 40 mugeres, y dijo á los utagamis se informasen qué era aquello: los cuatro esclavos que servian de intérpretes, con los otros, habiéndose informado, le dijeron eran las novias del pueblo, que iban á recibir el alma de un viejo que se estaba muriendo para hacerse preñadas; en que conoció el baron eran los indios pitagóricos. Preguntó á los esclavos si creian que las almas pasaban de un cuerpo á otro, como mataban aves y animales, en las cuales podia hallarse la de sus padres ó abuelos: á que le respondieron los esclavos, que las almas de los hombres no pasaban á los animales, ni al contrario, sino á su especie.

Dejó el baron este pueblo á 4 de setiembre, en él se acabó la autoridad del calumet ó pipa de paz; porque los indios mas adelante no la conocian. La laguna llena de juncos les dió bien mala navegacion el primer dia, y al cuarto se vieron precisados á tomar tierra (por un viento Oeste Nordoeste que entró muy recio) en un arenal, donde no hallaron un palo para hacer lumbre en dos dias que estuvieron allí. A 19 saltó en una isla, y envió los esanopes á un pueblo que se divisaba; avisando su llegada volvieron muy alborotados de la mala respuesta del cacique, que pensó eran españoles y ofrecia acabar con ellos; con lo cual el baron se embarcó y se fue á una isla pequeña, entre otra isla grande y la Tierra Firme.

Arrepentido el cacique de la respuesta, envió luego á buscar indios al Sur de el Nuevo Méjico para que viniesen á reconocer si eran españoles; vinieron de 80 leguas de distancia, y no les parecieron españoles; esto junto á muchas razones que dió el baron, afirmando tener guerra con ellos, hizo que el cacique enviase á la isla á decirles volviesen á la

que habian dejado, y mandó traer unos granos como lentejas, que es la cosecha de aquel país, para regalarlos.

Fiado en la alianza que habia hecho el cacique Adario ó Rat con el marqués de Enonvile, gobernador de Canadá, salió de Masilimachinac con 100 indios de guerra escogidos á saltcar á los iroqueses, y para no errar el golpe pasó al fuerte de Frontenac á tomar noticias; hallólas contrarias á su intento, porque el comandante de el fuerte le dijo, que Enonvile trataba paz con las cinco naciones iroquesas, cuyos tratados estaban tan adelantados, que se esperaban en Monte Real embajadores y rehenes para asegurarla, previniendo al cacique podia volverse á Masilimachinac con sus guerreros, sin hacer daño á los iroqueses; el indio se asombró de la novedad que no esperaba, considerando que él y toda su nacion era sacrificada por los franceses, y reparando lo mejor que pudo la ferocidad de su natural, respondió al comandante disimulando, que era razonable lo que decia, y se despidió de él.

Apenas se apartó del fuerte, cuando discurrió tomar un paso cercano á las caidas de agua, que era el de los embajadores y rehenes; allí esperó cinco dias, hasta que para salvar las caidas del agua desembarcaron los miserables embajadores iroqueses, acompañados de 40 indios de guerra: así como los vió en tierra Adario, dió sobre ellos como en gente desprevenida, y en breve tiempo, dando muerte á unos y prendiendo á otros, deshizo la comitiva sin perder mas de un hombre. Ató á los árboles á los cautivos diciéndolos el indio astuto, que él habia venido á tomar aquel puesto de órden de el gobernador de Canadá, que le habia encomendado la funcion ejecutada; los iroqueses se escandalizaron de la perfidia de

el gobernador; refirieron á Adario el motivo de su viage, oyólos como que no sabia lo que contaban; empezó á enfurecerse contra la maldad de los franceses y su gobernador, diciendo que él se vengaria de ellos, por haberle hecho cometer traicion tan abominable; y mirando á los prisioneros, entre los cuales estaba Theganesotenes, principal embajador, dijo: *hermanos míos, idos libres á vuestros pueblos, que la guerra nuestra es agena de infamias, como destinada á que luzcan la bizzarria y el valor de nuestras naciones, no para engañar traidoramente como ha hecho conmigo el gobernador de los franceses; podeis estar ciertos de que por mí no hubiera ejecutado tan inhumana accion, á cuya venganza y desagravio debeis juntar vuestro poder, por satisfacer la injuria que aun receláran cometerla los brutos.*

Los iroqueses se persuadieron á que hablaba con sinceridad Rat, y allí le ofrecieron la paz con los cinco pueblos; Rat pasando adelante en su malicia dió, fingiendo escesiva piedad, á los iroqueses fusiles y municion, para que se volviesen á su tierra, y tomando en lugar de el que le habian muerto un esclavo chaovenon adoptado por los iroqueses, se fue á Masilimachinac; presentó el esclavo al comandante del fuerte, que no sabia la paz que Enonvile trataba, pidiendo le castigase como á enemigo, y luego fue arcabuceado sin que le valiese excusa alguna; el bárbaro lograda su idea, dió libertad á otro esclavo iroqués, que traia consigo mucho tiempo antes, para que fuese á contar á sus pueblos la crueldad de los franceses; este esclavo irritó los ánimos de los iroqueses, tanto, que sin atender al desengaño que Enonvile los manifestó del mal hecho de Rat, dió motivo á que 1200 iroqueses pasasen á Monte Real, abrasando y saqueando las casas, matando espanto-

samente hombres, mugeres y niños, con estrago tan horrible y pavoroso, que la marquesa de Enonvile (que estaba en Monte Real) no se creyó segura, pues á tres leguas de esta poblacion asolaron dos fuertes, despues de haber quemado todas las casas que estaban alrededor; envió Enonvile un destacamento de 10 franceses y 50 indios, el cual fue desbaratado totalmente: solo se salvó Longevil que le comandaba, con otro francés y doce indios; quedaron prisioneros Rabere, San Pedro, Dionis, La Plante y Villadente; desolaron toda la isla los iroqueses sin perder mas de tres hombres; cebáronse en los bastimentos, especialmente en el vino, y viéndolos tan aficionados á él, un baquero canadino, esclavo, llevó algunos á un fuerte donde habia una bodega, en la cual entraron, y borrachos todos empezaron á cantar loores de su venganza; llegó gente á prenderlos, tomaron los indios los palos que hallaron en la bodega, defendiéndose con tal valor y barbaridad, que fue preciso matarlos á balazos; el baquero fue llevado al gobernador Enonvile para informarse de él, el cual le dijo ser irreparable el daño hecho por Adario; porque el sentimiento de los iroqueses por el ultrage padecido era tanto, que sería imposible atraerlos tan presto á la paz; antes estaban en ánimo de hacerla con Adario, porque decian que su accion fue de buen amigo y aliado. Viendo los iroqueses destruida y quemada la isla, se volvieron á embarcar, llevando los cautivos con gran despojo á sus tierras, sin que se hiciese oposicion á su retirada.

Esta desdichada embestida, que Enonvile no esperaba, antes creia que volviesen de paz los iroqueses desengañados de las astucias de Rat, le dió motivo á juzgar imposible mantener el fuerte de Fron-

tenac , donde empezaban á faltar los víveres; y porque no llegase al último extremo, resolvió sacar la guarnicion de él y volarle. No habia quien llevase la noticia al comandante Valrenes , pero el señor de San Pedro de Arpentigu se ofreció á esta peligrosa diligencia , y lo ejecutó felizmente atravesando los montes ; dió la órden al comandante , que al punto muy gustoso hizo minar cuatro bastiones , y dejando cuerda encendida para volarle , se embarcó con todo lo que pudo , y se fue á Monte Real , donde dispuso su viage , y Énonvile á Quebec ; tambien se abandonó el fuerte de Niagara , que aunque tanto importaba al comercio y á la conservacion de las poblaciones de franceses , quedaban espuestas las guarniciones á la furia de los indios , no pudiendo socorrerle sin gran pérdida.

Estaban los franceses confusos sin saber que resolution tomar ; el marqués se prevenia contra el mayor riesgo , muy deseconsolado porque los iroqueses habian muerto á los franceses mas valientes , y tenian presos otros , en los cuales estrenaron tan raras y esquisitas crueldades , que bastaban , cuando no lo fueran , á acreditarlos de bárbaros ; quemaron los pueblos distantes de Quebec , donde habian muerto mas de 2500 franceses de un contagio y otras miserias.

Habíase despachado en trece de agosto cédula real al obispo de Cuba , don Diego Evelino y Hurtado , para que en llegando á su iglesia procurase desembarazarse , y pasar con la mayor brevedad á las provincias de la Florida , pues eran de su obispado , para hacer la visita de ellas : advirtiéndole que el mismo dia se despachaba otra cédula al gobernador de Cuba , para que solicitase este encargo , y concluye: *esperando el Consejo vuestra prudencia y celo en el ser-*

vicio de Dios y mio, aplicareis en todos los puntos que espresa el despacho arriba inserto, tan eficaz y efectivo remedio en la parte que os tocare y pudiéredes, que por vuestro medio se ha de lograr y conseguir el alivio, buen tratamiento y conservacion de los naturales de aquellas provincias, que se deseó; y tambien se encargó á Fr. Julian Chumillas, natural de Belmonte, comisario general de Indias, que repitiese las órdenes que su antecesor habia dado, al comisario general de Nueva España y al provincial de santa Elena de la Florida. Este lo ejecutó luego; pero el obispo no pudo desembarazarse, como creia, de los negocios que hacian precisa su asistencia en la isla de Cuba; por lo cual, y porque no se dilatase lo que tanto importaba á la salud de aquellos vecinos, nombró en siete de enero por visitador eclesiástico á don Juan Ferro Manchado, hijo del capitan don Juan Ferro y de doña Manuela Machado, vecinos de la Habana; partió á ejecutar su visita, y queriendo ejercer contra los curas doctrineros, religiosos de san Francisco, procuraron escusarse, proponiendo debia ejecutarla el obispo personalmente, como estaba declarado en otras partes de las Indias, lo que bastó para suspenderla hasta que el Consejo determinase lo que habia de ejecutar.

Año de 1689.

Por el mes de enero salió don Alonso de Leon de la provincia de Quaguila con algunos caballos, caminando al Norte de la mar, atravesando grandes montañas y el rio que corre cerca de Valladolid, y los de la Saucedá, de las Nasas, de Salinas, el rio Florido y otros, hasta Caovil, pueblo de españoles en Nuevo Méjico, que tambien se llama Calhuila; torció sobre mano derecha, y pasando el rio Bravo

(que llaman del Norte ó rio Verde, y nace en la laguna de Canibas), mas abajo del fuerte de san Juan, entró en las provincias de los indios quelan-hubeches y bahamos, y en lo interior de la tierra, á su parecer, dió con la laguna que llamaban de san Bernardo; tenia varios esteros y entraban en ella muchos rios; los franceses la pusieron por nombre bahía de san Luis. Llegó al fuerte que Roberto de la Sala habia compuesto de estacas y tablas de navíos. Reconocióle, y solo halló algunos cadáveres de extranjeros, fuera y dentro de él, muertos á flechazos y á golpes, y 18 piezas de artillería de hierro, en cureñas de navíos.

Causóle gran lástima el destrozo que miraba, y habiendo concurrido muchos indios á la novedad del escuadron que llevaba don Alonso, los preguntó el motivo de aquella desgracia; mas los indios, autores de ella, disimularon entender las señas, y manifestaron, instados con otras, que quien sabria todo el suceso serían cinco compañeros de los muertos, que estaban en la provincia de los Tejas, 100 leguas de allí, enfermos, que ellos irian á avisarlos; y aunque don Alonso averiguó que conjurados los indios de las cercanías habian dado muerte á todos los franceses, reservando solo dos niños; quemando la pólvora, desbaratando las armas, y robando cuanto los podia servir, celebrando despues la victoria en sus pueblos con grandes danzas y fiestas, siempre negaron haber tenido parte en el estrago.

Este fue el fin de el fuerte de san Luis, que tantos trabajos y desvelos costó al infeliz Roberto de la Sala: si hubo mas motivo que el odio de los indios para esta crueldad, ó si la causaron los franceses, no pudo entonces averiguarse, ni á don Alonso le pareció conveniente apurar mas á los indios, en cuyos

semblantes conocia , que á no ir acompañado de tan bizarra caballería , y tan bien armada y prevenida , acabaria la tragedia con los españoles. A fin de mayo la supo Tonti , hallándose á una jornada de los indios palaquesones ; el cual refiere , que no habiéndose podido mantener unidos los franceses del fuerte de san Luis , unos se habian mezclado con los indios , y otros se habian ido á poblaciones de franceses ; y sin apurar mas esta noticia , se volvió á los Illinoises.

Por librar de los indios á los cinco franceses que estaban entre los tejas , admitió don Alonso la oferta de avisarlos de su llegada. Escribiólos luego en francés , por medio de un intérprete , diciéndolos entre muchas espresiones de cariño , que habiendo tenido noticia de su naufragio , y de el riesgo de sus compañeros , venia de orden del virey de Nueva España á sacarlos de la esclavitud de aquellos bárbaros , y librarlos las vidas: que habia sentido en extremo saber tan tarde la desgracia de sus compañeros para no haber acudido con mas prontitud á estorbar las muertes que los indios habian ejecutado en ellos ; que si quisiesen venirse á él , los libraria , y trataria como cristiano y caballero.

Llevaron esta carta cuatro indios , y en los pocos dias que tardaron en volver mandó don Alonso enterrar los franceses ; lo cual ejecutaron los españoles , llorando aquel fracaso y desventura , rezando con grande afecto por la salud de sus almas , en que se ve cuan mal informado estaba el que dió á luz el viage de Roberto , que escribió Jutel , que en la media carta que pone al fin de él , dice: *Que sabida la muerte de Roberto por los españoles enviaron gente , que se llevó la guarnicion del fuerte de san Luis , y despues la dieron muerte: defraudando la piedad de don Alon-*

so y sus soldados con tan desagradecida y notoria falsedad.

Llegaron los indios con la carta á la provincia donde estaban los cinco franceses, y habiéndola leído, hicieron varios juicios sobre ella. Tres decían que no podían persuadirse á que los indios hubiesen muerto á sus compañeros y desbaratado sus defensas, sino los españoles, y que ahora los llamaban para hacer lo mismo con ellos, *ni por que (proseguian) debemos esperar mejor pasage: ¿acaso venimos á esta tierra á hacerlos algun bien? Cuando no nos traten como usurpadores de los paises que ocupan tantos años há, de que hoy, sin causa, venimos á despojarlos y alborotar los indios de paz y guerra contra ellos, procurando hacerlos horribles, y abominables, fingiendo crueldades, inventando tiranías, y pintando estragos que jamás han sucedido, á lo menos nos tratarán como ladrones y piratas.*

Santiago Grollet y Juan Larqueveque, natural de Burdeos, procuraron templar el miedo de sus compañeros, diciéndolos, que si los españoles hubieran muerto á los franceses, los indios de la tierra huidos contarán el suceso, y no confirmarán los que traían la carta su contenido: que con ellos no se entendían, ni debían entender usurpaciones de paises, ni piraterías, pues siempre pasarían plaza de soldados que habían venido con sus gefes donde su rey los mandaba, y el mayor daño sería enviarlos prisioneros á Méjico: *¿Y cuánto mejor es (decían) vivir entre cristianos aun esclavos, que entre estos bárbaros, espuestos al antojo de su crueldad, y arriesgando ó abandonando la salvacion? Nosotros si llamásemos los españoles, y viniessen, aseguradas las vidas, ¿los entregáramos al cuchillo sin que diesen nueva causa á su ruina? No. ¿Pues por qué hemos de presumir que su piedad no será como la nuestra? Viendo que cuanto mas persuadian á los tres,*

mas se obstinahan, se vinieron con los cuatro indios, Grollet, y Larqueveque, sin recelo alguno.

Llegaron todos á don Alonso, que por la buena diligencia mandó regalar los indios; y á los dos franceses los hizo dar de comer y los vestidos que necesitaban. Preguntólos diferentes cosas, segun la instruccion que llevaba, y trayéndolos en su compañía, se volvió á Quaguila por mayo, sin que le sucediese desgracia en el camino.

Avisó al virey todo lo que habia visto, observado y descubierto, y le envió á Grollet y á Larqueveque, mandando á los que los llevaban que los tratasen muy bien. Llegaron á Méjico, y entregadas al virey las cartas de don Alonso, antes de preguntar nada á los franceses, hizo llamar á don Andrés de Pes, como persona tan inteligente, y en presencia de ambos declararon los franceses el viage de Roberto, á buscar la boca del rio Misisipi, su desembarco en el lago de san Bernardo, la fábrica del fuerte, el motivo de hallarse entre los tejas, y otras cosas. Vieron las cartas y informes que don Alonso hacia, y las noticias adquiridas por otras partes, los grandes daños que causaria á Nueva-España el intento de los franceses, puesto, aunque infelizmente, en práctica. Rogó el virey á don Andrés de Pes viniese á España á representar estos inconvenientes, y la grande utilidad que tendria fortificar á Panzacola; y habiéndose hecho las instrucciones necesarias para todo, partió don Andrés de Méjico con los dos franceses. Embarcóse en la Vera Cruz, y surgió felizmente en Cadiz á 9 de diciembre.

Corrian en Francia tan infaustas noticias de las cosas de Canadá, y de las atrocidades de los indios iroqueses, que se vió precisado el rey de Francia á mandar al conde de Frontenac volver á aquel go-

bierno para que su activa diligencia en el real servicio desvaneciese la ruina amenazada. Obedeció el conde con la mayor prontitud, y no tardó en llegar la nueva de esta eleccion, pues por setiembre desembarcó Bonaventura en Quebec con ella; la cual celebraron con indecible gozo, y no menos el marqués de Enonvile, que salia de tan triste y embarazoso cargo. Previno luego lo que era necesario para embarcarse el conde, y á 14 ó 15 de octubre estaba ya en Quebec. Fue recibido con tres descargas de artillería y inmensa alegría del pueblo: visitáronle las comunidades, aclamándole todos *Redentor de la Patria*. Supo con mas individualidad los daños, de que ya traia noticia, y los halló mayores de lo que imaginaba. El marqués de Enonvile, su muger, y algunos oficiales, se embarcaron para volver á Francia con esperanzas de premios por sus trabajos.

Dedicó su cuidado Frontenac al remedio de tan grandes estragos, y de otros mayores que se temian; porque los iroqueses, empeñados en acabar con los franceses, tenían tratado con los ingleses que los indios por tierra con el mayor número que pudiesen juntar, y los ingleses por mar con su armada, no dejasen francés ni apasionado suyo á vida. El principal motivo de la indignacion de los iroqueses era haber enviado á Francia á Oreovahé, capitan de los goyoguanes, principal indio, entre ellos, con 40 de su nacion destinados á galeras. Pero el conde, sospechando lo que habia sucedido, recogió en Francia cuantos indios pudo, y los volvió á embarcar con Oreovahé, trayéndolos consigo muy acariciados y agasajados.

Dejando á Quebec en el mejor estado que pudo, despues de cinco dias pasó á Monte Real con ellos el baron de La Hontán, y algunos soldados franceses;

y sin embargo de los frios escesivos, y de tener 60 años de edad, quiso pasar á Frontenac, sintiendo le hubiesen desamparado: no se lo permitieron sus soldados, por lo cual envió á Mantet con algunos, el cual halló que las minas que Varennes dejó no hicieron el daño que se temia, pues los bastones estaban en pie. Reparó la fortificacion lo mejor que pudo: el conde envió cuatro de los indios que traia, que tuvo por mas afemos y hábiles á Onontae, pueblo principal de las cinco naciones iroquesas, y donde tratan sus principales negocios, y llevaron un recado de Oreovahé para que los indios principales viniesen á dar la bienvenida á Ononcio (así nombran los indios de Canadá al gobernador general, y en su lengua significa montaña grande): fueron los mensajeros muy contentos, y encargados en el buen efecto de su viage.

Al mismo tiempo tuvo el conde de Frontenac noticia de que los indios hurones, algonquines y utao-baes, aliados de los franceses, trataban paz con las cinco naciones, segun habian ofrecido á Rat los que venian por embajadores á los franceses; y conociendo que de ella resultaria la total ruina de la poblacion de Canadá, procuró, con gran vigilancia, desbaratar los tratados: regaló á los principales de las naciones amigas, ponderándolos el gran poder que traia para acabar con sus enemigos. Los aliados, que supieron la vuelta del conde de Frontenac, dejaron la paz, volviendo á la comunicacion con los franceses, y á proseguir en su amistad y alianza.

De las conversaciones que muchos de estos indios tuvieron con los que Frontenac traia de Francia, reconoció el conde que las desventuras y desastres de aquellas poblaciones provenian de la continua instancia y persuasion que los ingleses, poblados en sus tierras, hacian á los indios iroqueses, y á sus

circunvecinos; por lo cual determinó castigar sus pueblos, de modo que cesase influjo tan perjudicial á su nacion. Para lograrlo, resolvió formar tres cuerpos de ejército pequeños, compuestos de algunos franceses y indios, los cuales marchando por los hielos, diesen sobre los ingleses y sus fuertes, sin ser sentidos: mandó que el primero se formase en Quebec, y nombró por capitán á Portneuf. El segundo en los Tres Rios, haciendo capitán á Artel. Y el tercero en Monte Real, á cargo de el señor de santa Elena, y de otro francés llamado Mantet. Dió tambien órden al caballero Cleremont para que con un destacamento asegurase las costas desde Monte Real á Saurél, que son cerca de 18 leguas; y mandó á Mota anduviese desde la laguna de san Pedro á la de san Francisco, llegando hasta los Tres Rios, debajo de la costa de Quebec; y porque no cogiera desprevenida esta plaza la armada inglesa, empezó á fortificarla, pues aunque era su poblacion numerosa, no se hallaba en estado de defensa.

Sabiendo el baron de La Hontán que el cacique, que le habia tenido por español, estaba desengañado, escogió seis soldados bien armados, y con los indios que tenia, fue á la isla Grande, haciendo antes quebrar los hielos para navegar. Saltó en tierra, y reconoció ser la isla muy fértil, vió grandes vacadas: llegó al pueblo, situado á media legua del mar, donde le recibió el cacique con mucho agasajo, y estuvo hablando mas de dos horas con él de los españoles del Nuevo Méjico, que estarian de allí mas de 200 leguas. Ofreció al baron una casa para que descansase, pero no la admitió; antes se volvió á la isla donde estaba, el mismo dia, que fue á 7 de enero.

Dos dias despues vino el cacique á pagarle la visita, trayendo 400 indios de acompañamiento, y cua-

tro esclavos de la nacion mozeenlek , que en la traza parecian españoles , porque estaban vestidos , tenían la barba espesa , los cabellos cubrian el pescuezo ; y aunque eran mas morenos , el aire y garbo podia persuadir á cualquiera que no eran indios. Uno traia al cuello una medalla , que parecia de cobre , en que estaban esculpidas algunas bestias , y otras figuras no conocidas. Recibió el baron al cacique con la mayor ostentacion pue pudo ; y habiendo hablado varias cosas , pidió el baron le diese noticia de los indios mozeenlekes.

Por satisfacer al deseo que reconoció en él , dijo el cacique , que los pueblos de aquella nacion estaban á las riberas de un rio que nacia de una gran cordillera de montañas , de donde , juntándose muchos arroyos , salia tambien el rio Largo , que otros llaman Muerto , elcual dividió esta nacion de los indios gnacsitares , y ponía los términos en ambas naciones , entre las cuales solia haber guerras muy porfiadas sobre la caza de las vacas ; y que la nacion de los mozeenlekes era muy grande , fuerte y numerosa.

Los cuatro esclavos refirieron tambien al baron , que á 150 leguas de distancia entraba el rio referido , que siempre corre al Occidente de Canadá , en una laguna de 300 leguas de circuito , con dos de boca por la parte del Sur ó Mediodia , y que rio abajo habia seis grandes pueblos , con casas de tierra y piedra , pero sin techos , y alrededor de la laguna mas de 100 pueblos , y que toda se navegaba en canoas : que los naturales sabian hacer hachas de cobre , y trabajar de Butil , y el gobierno que tenían era monárquico ; porque á un gran cacique , que residia en Tahulauk , obedecian otros muchos , y estaba en guerra con los gnacsitares , en que habian sido presos , y esperaban volver á su tierra con la paz.

Procuró el baron saber los comercios y costumbres de la provincia de Tahulauk; pero no pudo apurarlas, solo entendió andaba vestida toda la nacion hasta las rodillas, calzada con unos como botines que cubrian las piernas: que en la cabeza traian puesto un bonetillo, y un baston en la mano: que las mugeres se dejaban ver poco. Tambien le dijeron, que los indios gnacsitares eran unos brutos, que solo tenían la figura de hombres, y que siendo ellos tan racionales, no podian reducirlos á templar la ferocidad natural, siendo su mayor dolor verse sin libertad, por causa de semejantes bárbaros.

Bien conoció el baron que no iban descaminados, porque su aspecto y modo era muy parecido al de la gente de Europa. Diólos algunos cuchillos y cuentas de vidrio, ofreciéndolos grandes regalos si querian venir con él á Canadá; pero nunca pudo reducirlos, ni quitarlos el temor de apartarse de su tierra.

Despues de 20 de enero, que empezó á deshelar-se el rio, envió el baron á despedirse del cacique con un regalo y muchas ofertas. Correspondió el cacique con gran cantidad de carnes de vaca, y no menores ofrecimientos. Hízose á la vela el dia 26 de enero el baron, en el rio Largo, ó Muerto, que así le llaman algunas naciones de indios, por el sosiego de su corriente, que es maravillosa, escepto á la entrada, en tres lagunas, que se apresura; sus riberas son tristes, el agua mala, pero tan copiosa, que pueden navegar en él barcos de 50 toneladas: en sus riberas hay poca caza, algunas nutrias vieron los franceses, de que hacen los indios aforros en el invierno; pero no encontraron castores, y á 5 de febrero llegó á la tierra de los Essanapes, y prosiguió su navegacion.

A 2 de marzo entró en el rio Misisipi, y en el pueblo de los indios Otentas á 12. Allí se proveyó de

maiz, y los indios habitantes de sus riberas, le dijeron tenia su rio el origen en las montañas mas cercanas, y que sus riberas estaban pobladas de los indios panimachas, pancasas y patoncas. Llegó al rio de los Misuris, y al primer pueblo de su ribera, habitado de los indios, que dan nombre al rio. El dia 18 pasó á vista del segundo pueblo de los Misuris, adonde envió un sargento con diez soldados, y algunos indios; pero no entendieron la lengua de los de la tierra, aunque se juntaron muchos, admirados, á verlos; y procurando los franceses darse á entender, empezó á gritar un indio viejo, que se guardasen de aquellos forasteros, que no venian solos, que otros muchos dejaban en el rio; lo cual bastó para alborotar los indios, y verse precisado el sargento y los suyos á volverse á buen paso á las canoas, cuya gente habia salido á tierra, y todos se pusieron alerta, para en cualquier suceso poderse embarcar sin contraste en el rio.

Ya muy entrada la noche llegaron al alojamiento dos indios que venian del pueblo de los Misuris, y en lengua ilinesa dijeron querian hablar á los franceses. Mandó á los utagamis el baron responder que esperasen hasta el dia, y así lo hicieron. De dia claro vinieron los dos indios á la presencia del baron; y despues de haberle hecho varias preguntas, le convidaron á ir á su pueblo con su gente. Los utagamis respondieron, de orden del baron, que ya debia haber venido su cacique á dar la bienvenida al baron, al cual pidieron los permitiese ir con algunos soldados á quemar el pueblo; pues teniendo en él quien entendiese su lengua, los habian hecho volver tan agraviados como sabia. El baron negó lo que pedian, y mandó decir á los dos indios que esperaba el cacique. Fueron á avisarle, y antes de tres horas vi-

no el cacique con algunos indios que le acompañaban, y otros cargados de cecina, maiz, raices, y pieles de cabras, teñidas de varios colores, pero temblando de miedo. El baron procuró quitársele, haciéndole muchos agasajos, y regalándole con algunos cuchillos y abalorios, y reconociéndole sin turbacion, le preguntó por las naciones que habia mas adelante. Respondióle que no sabia de ellas, pero que de todo le informarían otras naciones que habitaban las riberas del rio arriba. Despidióse de él, y se volvió á sus canoas, donde navegando cuatro horas, llegó al rio de los Ozajes, y allí por dar gusto á los utagamis, quemó un pueblo de indios, haciendo salir antes la gente de él; habiéndose vuelto á embarcar, vió indios en la ribera, llamólos, y sabiendo que eran de Akansa desembarcó, creyendo era la nacion de cuya bondad tanto hablaban Roberto de la Sala y otros franceses; despues de haberlos regalado, los preguntó el baron por los españoles, que en todas las naciones que trataba hacia esta averiguacion. No habiéndole dado razon, empezó á informarse de otras naciones; los indios de Akansa solo dijeron, que los misuris y uzajes eran dos naciones numerosas, y malas, sin valor, ni buena fé, y que tenian grandes rios, y paises muy fértiles. Quedando muy amigo de aquellos indios, volvió á embarcarse, y llegó á la boca del rio Ovavache, el cual entró á sondar y halló tres brazas y media de agua; y aunque los indios que llevaba en su compañía aseguraron que podia navegar por él mas de cien leguas se volvió al Misisipi, y contra viento y corriente, llegó al rio de los Ilineses á 9 de abril que con un viento Oeste, Sudoeste, llegó al fuerte de san Luis el dia diez y seis, donde le recibieron muy contentos sus soldados y los indios.

Don Diego de Quiroga, gobernador y capitan ge-

neral de la Florida, hallando aquellas provincias sin moneda, porque la plata que entraba en ellas la sacaban brevemente las personas que tenían trato en recogerla, consultó al rey pidiendo se le enviasen 8000 ducados de vellon, con lo cual habria moneda permanente, y serían mas fáciles los tratos con los naturales.

Don Juan Ferro, presbítero, visitador de la Florida, dió memorial en el Consejo de Indias, instando en que la Florida se erigiese en abadía como tenían representado los gobernadores de ella, don Diego Rebolledo y don Juan Marquez, fundando las razones que habia para esta ejecucion, teniendo por tan calificada la utilidad en lo temporal y espiritual de aquellas tierras con esta gracia, que para que no se dudase de ella pidió informasen sobre lo que pedía don Fr. Alonso de los Rios, arzobispo de Granada (y antes de Cuba), don Francisco de la Guerra, que habia sido gobernador y capitan general de la Florida, y don Sebastian de Arana, regidor de la ciudad de la Habana, que de propia ciencia y experiencia acreditarían la verdad de lo que manifestaba su memorial.

Año de 1690.

Luego que desembarcó, pasó á la corte don Andrés de Pes, y entregó al marqués de los Velez, presidente del Consejo de Indias, los pliegos del conde de Galbe, virey de Nueva España, informándole con gran claridad y conocimiento de los sucesos antecedentes; manifestóle el riesgo en que los dominios de Nueva España quedaban, si los franceses volvían á fortificar la bahía de Santa María de Galbe, que los naturales llaman Panzacola, y es el puerto de Achusi que dice el Inca, inmediato al rio de la Pali-

zada ó Misisipi, que los franceses llaman rio Colvert ó de san Luis, pues era única en aquella costa, y de la grandeza y conveniencias que se habia reconocido; el sitio preeminente y tan perjudicial, ocupado por estrangeros, que embarazarian fácilmente la navegacion á las armadas de Barlovento y Tierra Firme, y aun á todas las naves de las Indias Occidentales, quedando en su voluntad saquear cuando quisiesen á Campeche, Acapulco, Albaladé, Tabasco, Tampico, la Vera Cruz y otros puertos de Nueva España, y aun todas las costas de Honduras, isla de Cuba y su puerto de la Habana, afirmando que ni aun podian vivir seguros los de las ciudades y pueblos situados la tierra adentro; pues la cercanía de la bahía y la comodidad de navegar desde ella á todos parages, hacia evidente el riesgo; porque si aun desde Europa iban á ejecutar daños semejantes á los que debian temerse, y solian conseguirlos alguna vez, todas lograrían este malvado intento, estando poblado en tierra tan á propósito para sus designios y en sitio tan importante: pudiendo servir de escarmiento cuatro piratas desventurados, que desde las islas de Jamáica y la Tortuga habian robado los años antecedentes tantas plazas en Tierra Firme y otras partes, apoderándose de algunas islas y rendido algunos navíos de mas porte que los que traian, burlándose de los españoles, despues de tan infames insultos, por el resguardo que tenian en los gobernadores de aquellas islas, ó partícipes con los piratas, ó comprados con el interés que resultaba de sus maldades, con que si llegaban á tener y poblar aquel sitio no era fácil reparar el daño del comercio de las Indias.

Proponia que para evitar los gastos de la Real Hacienda, se podia pasar á santa Maria de Galbe el presidio de san Agustin (que estaba fuera de la canal

de Bahama), cuya barra tenia solo diez y seis palmos de fondo y no podian llegar á él navíos de porte, y con poca gente aseguraba aquella tierra por ser estéril y desafortunada, y al contrario la de la bahía de santa María, fértil y fácil de ser socorrida desde Nueva España y otras islas; que en sus orillas se podrian fabricar naos gruesas por las grandes arboledas que habia en ella, y que desde que se conquistó Nueva España, se deseó y tuvo por conveniente puerto capaz, á cuyo abrigo pudiesen mantenerse los navíos en la ensenada de Méjico; refirió otros motivos autorizado con la razon y la esperiencia: de la misma suerte informó á los ministros, que todos quedaron admirados, no solo de la inteligencia con que trataba este negocio, sino del celo al real servicio.

Viéronse en la junta de guerra de Indias todos los papeles, informes y dictámenes; mandáronse llevar con los demas que habia sobre esta materia desde el año de 1685, á don Martin de Solís y Miranda, fiscal del Consejo de Indias, que habia sido muchos años oidor en Méjico con singular aprobacion, y tenia gran conocimiento de semejantes negocios.

Sabiendo el procurador de la religion de san Francisco que el memorial del licenciado Ferro contenia cláusulas contra algunos religiosos de la provincia de la Florida ó Santa Elena, pidió se le oyese, de que resultó recoger los memoriales en 21 de junio, para ponerlos en la secretaría del Consejo, juntamente con los papeles é instrumentos que tuviese don Juan Ferro, y á la religion se le avisó lo mismo, mandando no publicasen ningun escrito sin orden del Consejo, para evitar los deslices á que están acostumbradas las plumas en judiciales contiendas, que solo sirven de

dar escándalo al vulgo, en los excesos imputados á unos y otros individuos, y resolver sobre la abadía lo mas conveniente; esto no se hizo, y lo mandado no tuvo efecto.

El provincial de la Florida encomendó la doctrina de san Salvador de Maiaca á Fr. Salvador Bueno, su secretario; fue bien recibido de los indios, tomaron mejor la doctrina cristiana de él que de otros, pues el dia 30 de mayo ya tenia bautizados 30 personas, mugeres y niños, con gran confianza de que se adelantaria brevemente aquella conversion.

Tuvieron feliz suceso los tres destacamentos que hizo contra los ingleses el conde de Frontenac; porque habiendo partido de la ciudad de Quebec á fin de enero Portneuf con 50 franceses, y incorporándose 60 indios abenaquis que le esperaban á dos leguas de la ciudad, llegó con grandes frios y trabajos, mediado de mayo, al rio Kenebequi, donde se agregó otros 150 indios, y á 25 de mayo á la orilla del mar, á cuatro leguas de Kasquebe, puerto considerable de los ingleses, guarnecido con ocho piezas de artillería, y cuatro fuertes pequeños alrededor de él. Pidió luego á Denis, gobernador de él, se rindiese, y no habiéndolo querido hacer atacó Portneuf la fuerza principal; hicieron una salida 30 ingleses, de los cuales murieron 26 y los 4 escaparon bien mal heridos; cinco dias se defendió el gobernador, y considerando no era posible mantenerse, pues cada instante le faltaba mas gente, se rindió con 70 soldados prisioneros de guerra; salió la guarnicion inglesa y los franceses entraron á saco en el pueblo: los indios tomaron el ganado que quisieron. Portneuf los dió algunos prisioneros indios, y con el resto se volvió á Quebec, sin perder en esta funcion mas de un indio y un francés.

Tambien salieron el señor de santa Elena y Mantet por el mes de febrero, con 210 hombres franceses y indios, de los que estaban poblados en las cercanías del fuerte de los Tres Rios, y 16 algonquines; marcharon 23 dias por caminos tan penosos, que algunas veces los daba el agua á la rodilla, y otras para pasar los rios, lagunas y pantanos, era necesario ir quebrando los hielos; llegaron despues de tantas calamidades á la Nueva Holanda; dudaron los franceses si embestirian la villa de Orange ó la de Corlar; juntáronse los cabos para determinar lo mejor, y resolvieron atacar la última; adelantóse Jiguire, indio principal, con nueve de su nacion á reconocer la plaza, que forma una especie de cuadrado largo, y tiene dos puertas; una contra la cual marchaban los franceses, y otra en el lado opuesto que iba á Orange.

Halló el indio quietas las cercanías de la plaza, y por no ser descubierto, volvió á decir al señor de santa Elena el descuido de los ingleses, por lo cual marcharon hasta las once de la noche que llegaron á la villa; unos echaron escalas que llevaban prevenidas para asaltarla: otros derribaron las puertas, y Mantet atacó el fuerte con tanta resolucion, que aunque se defendió algun tiempo le rindió brevemente; halló alguna resistencia en la casa de La Marque, pero habiendo llegado el señor de santa Elena, pasaron á cuchillo todos los que estaban dentro; dieron la villa á saco, que duró mas de dos horas, y luego la quemaron sin reservar mas casas que las de una viuda, la de el sargento mayor y las vidas de 80 viejos, mugeres y niños, de que trajo á Monte Real 30 con el sargento mayor, y mandó libertar á 30 indios iroqueses y agnies, dándolos á entender que la guerra no era contra las cinco naciones sino contra los ingleses.

Autél tambien salió con 27 franceses, y entre ellos tres hijos suyos, veinte indios socoquis y cinco algonquines; despues de una marcha dilatada llegó al pueblo de Semental, en Acadia; defendíanle tres fuertes, por lo cual dividió en tres trozos su gente, y embistiéndolos á un tiempo los tomó, haciendo prisioneros 24 ingleses; robaron y quemaron el lugar; destruyeron muchos ganados; y sin perder mas que un francés y llevar dos heridos se volvia, cuando á tres leguas salieron del pueblo de Pescadobet, que está distante tres leguas de Sementals, 200 ingleses y indios; los franceses los esperaron y resistieron con gran valor; dieron muerte á muchos y los demas huyeron; perdieron un indio y un francés en esta refriega, quedando herido un hijo del comandante Autél.

No iba mejor á los ingleses con los indios canibas y abenaquis, que en gran número los hacian guerra, abrasando sus campos hasta llegar á la ciudad de Baston; y aunque habian muerto mas de 200 ingleses, el gobernador de Nueva Inglaterra procuró hacer paz con ellos, pero no pudo conseguirlo: antes le respondieron descortés y altivamente, jurando que ellos, ni sus hijos, ni nietos harian jamás paz.

Don Diego de Quiroga y Losada, gobernador de la Florida, reconoció que las olas del mar habian desmoronado la costa y comido los reparos hechos contra ellas, pues ya batian contra las casas de la ciudad de san Agustin, poniéndola en evidente riesgo de anegarse, y quedar aislada é inutil la fortaleza y castillo, perdiéndose lo mucho que habia costado ponerla en el estado que estaba; y porque no se hiciese irremediable el daño, convocó á los cabos y vecinos de la fortaleza; propúsolos que para evitar el peligro que todos temian y reparar la continua fu-



ria del mar, no hallaba otro medio que tirar una muralla que corriese desde el castillo, dejando cubierta la ciudad con ella y libre de los embates del mar; lo cual no solo aprobaron, pero pidieron se empezase sin dilacion la obra con tanto gusto, que luego dieron los soldados mas de 1700 pesos de sus sueldos corrientes, aunque estaban tan atrasados que se les debian seis años, con lo cual empezó el gobernador á disponer lo necesario, y dió cuenta al Rey y al Consejo en 8 de junio.

El conde de Frontenac, todo ocupado en asegurar el país y escarmentar á los ingleses, hizo fortificar á Quebec con once reductos de piedra, que podian ser pies de bastiones, comunicándose unos con otros por cortinas de estacas muy fuertes, de diez pies de alto, y fue tanta la priesa que dió á la obra y su diligencia, que viéndola casi acabada por julio, dejó por gobernador de ella á Prebost, natural de París, y sargento mayor de la plaza, y pasó á 22 á Monte Real con el intendente Champigni y su muger, donde llegó el último dia de julio.

No se descuidaban los ingleses en proseguir los daños empezados; pues habiendo desembarcado en las costas de Acadia, hallándolas sin defensa, saquearon á Puerto Real (no guardando la capitulacion) y otros lugares, y se llevaron preso á Granvile, gobernador del presidio, á Trove, presbítero misionero, y otros franceses que embarcó consigo Guillermo Phips, general de la armada.

Resolvió el caballero Tonti llevar socorro á las poblaciones que Roberto de la Sala habia hecho en el seno Mejicano, y ir á reconocer las provincias en que estuvo; partió á 6 de abril á los Novadiches, con dos esclavos que le dieron los quodadiquios, y halló algunos cazando que le dieron noticia de haber

en su pueblo algunos franceses ; llegó con ánimo de recogerlos ; á media legua de él salieron á recibirle los caciques , á los cuales preguntó por los franceses , y le respondieron estaban buenos ; pero como no habia salido ninguno , empezó á desconfiar de los indios ; llegó el dia siguiente , y los principales vinieron á danzar y cantar la pipa de paz : no quiso aceptarla menos que trayéndole antes sus franceses ; dijeronle que ya vendrian , con algunas razones que confirmaron la desconfianza de el gobernador.

Los indios viendo que estaba firme en no recibirlos de paz , le confesaron no estar allí los franceses ; porque habiéndolos llevado á la guerra contra los españoles , fueron muertos tres embestidos por la caballería , y los cuatro se pasaron á los indios quonantinos ; hizolos conocer Tonti que fingian la muerte de los franceses , y despues de muchas porfias las indias empezaron á llorar ; volvieron á ofrecerle la pipa de paz y la rehusó con mayor eficacia , diciendo , que no habia de recibirla si primero no manifestaban su inocencia sobre la falta de sus compañeros ; presentáronle diez caballos , y él les dió siete hachas ; y no pudiendo sacar de ellos otra cosa , partió á 29 de mayo á los indios palquesones , donde supo que en el fuerte de san Luis que hizo Roberto , no se habian podido mantener los franceses por la discordia , y que unos pobladores se habian vuelto á Canadá , y otros estaban esparcidos en varias naciones de indios.

Estas noticias le hicieron retroceder del intento que llevaba , y volver á buscar los que presumió andaban esparcidos ; y queriendo pasar al pueblo de los indios Coroas sobrevino tan gran tempestad , que á no ir tan prevenido de bastimentos hubiera perecido , porque duró tres dias , y fue tanta el agua que

inundó el país; y al cabo de cinco dias llegó al pueblo, donde le recibieron los coroas con mucho agasajo, y todos los dias le presentaban pesca, caza y aves domésticas. Halló dos franceses de los que habian estado entre los novadiches; y bien proveido de todo lo que la tierra producía salió á 20 de julio del pueblo, y llegó á Akansa á 31, donde le entró una gran calentura que le hizo detener allí hasta 15 de agosto, que hallándose mejorado partió á los Ilineses, donde llegó por setiembre.

A 28 de julio se hicieron á la vela en el puerto de Quebec dos naves, una con Buenaventura, natural de Canadá, hijo de Dionisio de Torena, y otra con Moyne de Iberville, tambien Canadino, la cual era de la compañía de mercaderes, armada en guerra á socorrer la poblacion y fortaleza, que pocos años antes habia hecho al marqués de Enonville en la bahía de Hudson, á 800 leguas de distancia de Quebec, y aunque la navegacion es dificultosa por las continuas heladas y las montañas de hielo que suelen desunirse contra los navegantes, procuraron vencer estas y otras dificultades. Cuando llegaron Buenaventura y Iberville, ya habian surgido cuatro bajeles ingleses, que estaban á la ancla debajo de la artillería del fuerte de Nelson, el cual está puesto sobre una roca muy alta, guarnecido con 18 piezas de artillería; y aunque conoció Buenaventura el riesgo, desembarcó y puso emboscadas en los sitios que tuvo por conveniente, para prender á los que saliesen del castillo y informarse de sus fuerzas, mas no pudo lograrlo; volvióse á embarcar y estuvo algunos dias á vista de la armada inglesa; pero teniendo por imposible embestirla, navegó á otro fuerte llamado Neusabave, que era otro de los dos que allí han quedado á los ingleses. Así que la guarnicion descubrió

las dos naves voló el fuerte, y escapó por los bosques, con todo lo que pudo llevar, al fuerte de Nelson; tomaron los franceses siete piezas de artillería y lo demas que los ingleses dejaron, y pasaron á sus fuertes y colonia, donde invernó Iberville.

Buenaventura, segun la órden que tenia, se hizo á la vela á Quebec cargado de pieles de los mercaderes.

Los cuatro iroqueses que habian ido con la embajada de paz á los de su nacion, volvieron á Monte Real diciendo, que para tratarla enviasen antes todos los esclavos iroqueses con su cacique Oreobah, y enviarian los franceses que tenian en su poder; y no contento Frontenac volvió á enviar al caballero de Lo, con cuatro franceses canadinos, y al intérprete Coli, acompañando á los diputados; llegaron al pueblo de Onontae de indios onontagues, los indios los aprisionaron y llevaron al caballero de Lo atado á Baston, persuadidos de los ingleses para saber el estado de las fuerzas de Francia; allí los trataron mal, matando algunos en venganza de lo que Rat habia hecho; tenian ingleses que los animaban, y no falta quien diga quemaron algunos franceses vivos.

Lovini, comandante de Masilimachinac, ratificó la alianza con las naciones del rio arriba; las principales eran los outaovas, hurones y algonquines, y á 12 de agosto vinieron á dar la obediencia al conde de Frontenac, cuatro caciques con 500 indios, en 100 canoas, á los cuales hizo algunos agasajos.

Los ingleses, con los indios iroqueses y maquin-ganes, entraron en la laguna del Santísimo Sacramento á hacer guerra á los franceses: Frontenac salió de Monte Real, avisado del indio, que se llamaba La Planque, con 1200 hombres, de que pasó revista en primero de setiembre, y sabiendo los ingle-

ses las fuerzas de los franceses, hallándose con falta de víveres; á que siguió gran peste de viruelas, de que murieron mas de 400 iroqueses, y 200 de otros indios; trataron de retirarse los iroqueses, dijeron que los ingleses los habian traído allí para matarlos.

Estando el conde de Frontenac para partir á Quebec, á diez de octubre, le avisaron parecido la armada inglesa con 35 velas, cerca de Tadousac, y que dentro, por los vientos contrarios, se habia detenido mas de 15 dias. Partió á toda diligencia, y llegó á 14 á Quebec, halló en buen estado las fortificaciones, y el dia 15 envió 120 hombres con el coronel Baudreil á impedir el desembarco. Longeil fue en canoas con indios hurones y abenaquis á observar los enemigos, que por la tarde dieron fondo á tres leguas de Quebec, cerca de la isla de Orleans: tomaron allí una barca, en que iba Joliet con su muger, tres naos mercantes que venian de Francia, y otras de la bahía de Hudson, cargadas de pieles, de que escarmetado Buenaventura, que estaba 15 leguas de allí, navegó derecho á Francia, despachando una canoa por el Sur al conde de Frontenac, dándole cuenta de la expedicion de la bahía del Norte, la cual llegó á Quebec á 25 de octubre.

A las diez del dia 16 envió en la chalupa de la Almiranta, con bandera blanca, el general inglés á su sargento mayor y un trompeta: sabiendo los de las cuatro canoas que venia á la plaza, le metieron en una de ellas vendados los ojos; traído delante de Frontenac, le dió una carta de Guillermo Phips, su general; que contenia que la guerra entre Francia y Inglaterra, y los destrozos y provocaciones hechas en la Nueva Inglaterra por franceses y indios habian precisado al rey á hacer armada para la seguridad de sus vasallos, y tomar satisfaccion de las crueldades de

los indios y los franceses; pidió le entregase los fuertes de aquella tierra, municiones, bienes y personas, y sino los tomaria; y que respondiese dentro de una hora, y el sargento mayor sacó un relox, diciendo á Frontenac, que á las 11 habia de estar despachado: *No esperareis tanto* (respondió el conde de Frontenac) *decid al general vuestro, que yo no conozco rey Guillermo, y que el príncipe de Orange es un usurpador, que ha violado los mas sagrados derechos de la sangre, emprendiendo despojar del trono á su cuñado: que no se halla mas soberano en Inglaterra que el rey Jacobo II. Decidle tambien que no debe admirarse de las hostilidades hechas por los franceses en las poblaciones de los masasates, pues sabe que el rey mi señor ha amparado al rey de Inglaterra, para restituirle á su trono: hace guerra á los pueblos rebelados en este país contra su legitimo príncipe. Y volviéndose á los oficiales que estaban delante, como enseñándoselos al sargento mayor, prosiguió diciendo: ¿Cree vuestro general que cuando me ofreciese condiciones mas suaves, y yo las escuchase, que querian estos señores consentirlas, y que me aconsejarian que me fiase de quien no guardó la capitulacion de Puerto Real, y de un rebelde que ha faltado á la fidelidad que debe á su rey, por seguir el partido del príncipe de Orange, que procurando persuadir ser el libertador de Inglaterra, y defensor de la Fé, destruye las leyes, los privilegios del reino, y la religion?* Hizo mucha novedad al sargento la respuesta, y le preguntó si la daba por escrito: Frontenac respondió, que él se la daría con la boca de sus cañones, pues no era modo enviar á un hombre como él recados tan fuera de propósito: volvióse en la canoa el sargento á su chalupa. Retiróse la misma tarde á Quebec Longevil, con los indios de la isla de los Coudres, por no caer en manos de los ingleses, que habian dado fondo una legua mas

abajo de ella 150 ingleses, y fueron á desembarcar en el rio Ovel, á 15 leguas de el pueblo de Ovel, en seis chalupas; pero los naturales mataron mas de la mitad, y no lo lograron: la misma tarde el caballero Caillieres llegó con 500 ó 600 hombres, que juntó en Monte Real, y otras partes, habiendo caminado en tres dias 60 leguas.

A 17 enviaron los enemigos una barca cargada de gente, entre Beauport y el pequeño rio, mas sin efecto. A 18 (á las dos) llegaron al mismo sitio todas las chalupas para desembarcar: habia allí poca gente, y se envió la de los Tres Rios y Monte Real, para escaramuzar, cuando ya tenian 2000 hombres puestos en batalla los enemigos. Juntáronse á los franceses los vecinos de Beauport, que en todos serían trecientos hombres: dejaron á los ingleses entrar en el monte, donde habian hecho una palizada, y cortado muchos árboles. Luego que estuvieron dentro los franceses, y indios amigos, dispararon y se echaron á tierra. Levantáronse sin daño de la descarga enemiga, y hechos pelotones, á modo de indios, sin órden, los acometieron, dándoles las descargas con tanta felicidad, que los ingleses, sin saber lo que los sucedia, empezaron á gritar: *indios, indios*: hallábanse en un terreno desigual, lleno de peñascos, sin saber la tierra. Duró el fuego una hora, con daño de los ingleses, y el suyo no hizo perjuicio, y fue de poco efecto á los franceses, que poco á poco se retiraron. Frontenac envió el batallon que mandaba Crusél para asegurar la retirada: murieron mas de 200 ingleses, y solos dos franceses con algunos heridos. Por la tarde se pusieron los mayores navíos enfrente de Quebec, la artillería empezó á tirarlos, y la de los navíos á la villa alta, sin efecto, y duró hasta las ocho de la noche. Prosiguieron los franceses al amanecer

del día siguiente, parece que con mejor tino que antes, porque al medio día se empezaron á retirar los ingleses muy maltratados de las balas.

Los ingleses en tierra venian marchando en buen órden el día 20 por la ribera del rio de san Cárlos. Salieron á encontrarlos, y creyendo los enemigos que intentaban pasarle los franceses, hubo una escaramuza el rio enmedio, en que no perdieron menos que antes los ingleses, los cuales no se atrevieron á vadear el rio; por lo cual los franceses á 21 y á vista de el enemigo pasaron en breve de la otra parte, estuvieron escaramuzando y peleando casi todo el día, resistiendo furiosamente los ingleses; pero aquella noche, que fue muy obscura y lluviosa, se embarcaron precipitadamente, dejando en tierra cinco piezas que habian sacado de los navíos: esto no se supo hasta el domingo siguiente 22, que los indios descubridores las encontraron con 100 libras de pólvora y 60 balas, de que se apoderaron los indios de Beaufort y Beaupré. Intentaron algunas chalupas de los enemigos recoger lo que habian dejado, mas no lo consiguieron; antes con la facilidad de vencidos fueron rechazados. Lleváronse á Quebec los tres cañones, con tiendas y otros despojos. Otras cosas intentaron los enemigos con igual desgracia; y pareciéndolos estar impenetrable el país, se hicieron á la mar y desaparecieron á 23 de octubre. Los prisioneros franceses dijeron habian perdido los ingleses mas de 1000 hombres, y que los navíos gruesos hacian tanta agua por todas partes, que no podrían llegar á Baston: despues se supo que tres navíos de los grandes perecieron, y otros medianos corrieron tormenta, con lo cual quedó libre Quebec del susto y trabajo; pero al mismo tiempo empezaba el de la falta de provisiones y mercaderías, que duró poco, pues el día 14

de noviembre dieron fondo tres navíos, despachados de la Rochela y Burdeos, proveidos de todo lo necesario. El obispo de Quebec hizo procesiones públicas, y se votó la fiesta de Nuestra Señora de las Victorias, en accion de gracias de tan buenos sucesos.

Año de 1691.

Reconocidos todos los papeles, informes y pareceres, tocantes á la poblacion de la ensenada de Méjico por don Martin de Solís, se conformó con el acertado dictámen de don Andrés de Pes, ponderando las grandes utilidades que resultaban á la monarquía en asegurar y fortificar la bahía de santa María de Galbe, pidiendo desde luego determinacion tan provechosa á la quietud de Nueva España y al Nuevo Méjico, que fácilmente pudiera ser alborotado por los estrangeros, haciendo guerra con los mismos indios, que tenian ya sosegados los españoles.

Convino tambien en que no pudiendo, con la brevedad que se requería, poner guarnicion en la fortaleza que se hiciese, pasase al puerto de Panzacola el presidio de san Agustin de la Florida, donde haria los buenos efectos que don Andrés de Pes observaba; pues en otras ocasiones se habian mudado los presidios de la Vera Cruz y de Santo Domingo á parages mas convenientes, y el de la Habana, que estando á la parte del Sur, se pasó á la del Norte.

Vióse otra vez todo con la mayor reflexion y cuidado en la Junta de Guerra, y no se convino en tocar al presidio de la ciudad de san Agustin; pero en lo demas se determinó consultar, que el virey enviase á hacer individual reconocimiento de la bahía de santa María de Galbe, sus rios, costas, temple, frutos y otras cosas de la bahía de la Movila ó Espíritu Santo, y las bocas del rio Misisipi ó de la

Palizada, saber si podian entrar navios de alto bordo en ellos, subsistir y abrigarse, y que hallando sitios convenientes para poblar, se le diese al virey, conde de Galbe, las facultades necesarias para ejecutar lo que tuviese por mas conveniente; de suerte que por falta de autoridad no experimentase la menor tardanza este negocio.

El rey precediendo consulta de la Junta de Guerra de Indias de 8 de agosto, aprobó la obra de la muralla de la ciudad de san Agustin, que habia empezado el gobernador don Diego de Quiroga, y se mandó al virey de Nueva España le enviase 2000 pesos, mandando al gobernador enviase descripcion y planta de la muralla, con todas las medidas que habia de tener, y que no pudiese gastar los 2000 pesos ni lo que los soldados habian ofrecido en otra cosa, aunque fuese mas importante; enviáronse los despachos de todo á la Florida á 30 de setiembre.

La guerra de los ingleses y franceses en Canadá proseguia con mas vigor y sucesos diversos en varias partes de las Indias. Entraron 300 ingleses y 200 indios en la isla de Monte Real haciendo considerables daños; los franceses mandaron pasar quince compañías el rio á esperarlos en el prado de la Magdalena; pero antes que fuesen sentidos los enemigos cogieron las centinelas francesas avanzadas, y cargaron con tanta furia á los que los esperaban, que dieron muerte á 300, y entre ellos dos capitanes, seis tenientes, tomaron cinco banderas, que fue considerable victoria en aquella tierra; pero vengóse poco despues Valtenes, que habiendo salido de Monte Real con dos escuadrones pequeños, uno de franceses y otro de indios, á impedir se apoderasen del fuerte de Champli los iroqueses, encontró en el ca-

mino un escuadron de ingleses y indios, y les desbarató enteramente.

Escribió Uvitzen á la compañía real de Inglaterra, estaba desengañado de que la Nueva Zembla fuese parte de Tartaria como habia creído: que se persuadia á que corria esta tierra dilatadamente al Norte, y podia ser que confinase con las Indias Occidentales.

DECADA DECIMANONA.

SUMARIO.

Don Andres de Pes, nombrado almirante de la armada de Barlovento, va á Méjico con reales órdenes para que se reconozca y pueble la ensenada de Méjico. Pasa con don Carlos de Sigüenza y Góngora á reconocer la bahía de santa Maria de Galbe ó Panzacola, la Movila y el rio de la Palizada ó Misisipi. Nombres que puso á los cabos, rios y senos, y causa de ellos. Sucede en el gobierno de la Florida don Diego de Quiroga y Losada. Prosigue la fortificacion de la ciudad de san Agustin. Inúndala el mar. Sucédele en el gobierno don José de Zúñiga y la Cerda. Ordenes reales para reglar el situado. Bocur derrota un escuadron de indios iroqueses en Canadá. Manda quemar dos vivos el conde de Frontenac; uno se dá muerte, y constancia del otro. Lan- ces de la guerra de iroqueses y franceses. Embisten á Plasencia, Acadia y Quebec los ingleses. Guerra de los franceses contra ellos en la Nueva Yorck, Virginia, Terranova y otras partes. Paz. Iberville va á Canadá. Vuelve á Francia. Don Andres de Arriola puebla la bahía de santa Maria de Galbe. Pasa Iberville á poblarla, y hallándola ocupada va á la Bilochi. Hace un fuerte en la Masacra. Déjale bastecido y se viene á Francia. El baron de La Hontan propone medios de asegurar á Canadá. No son admitidos en Francia. Vuelve por teniente de rey á Plasencia y se retira á Portugal. Permitese el comercio en la Habana á los indios de Cárlos. Maltratan dos religiosos de san Francisco que se retiran á Matacumbe. Iberville vuelve al seno Méjicano. Reconoce algunas naciones de indios. Muere. Bem- bow va á socorrer las poblaciones inglesas de Indias. Sale de Cádiz á seguirle Chateaul Renaut.

Año de 1692.

Esperimentada la defensa de Quebec contra cualquier insulto de los ingleses, envió el conde de Frontenac al caballero Bocur al principio del año al fuerte de Frontenac con 150 franceses y 50 indios.

Caminó sobre los hielos, y llegando á 30 ó 40 leguas de Monte Real, vieron huellas humanas que sus indios conocieron ser de iroqueses; guiado por ellas dió con 60, mandó dar muerte á los que se resistiesen, y hubiera padecido esta desventura Plantes, francés (que estaba al modo de indio entre ellos, desde que destruyeron á Monte Real), el cual viendo que llegaban á herirle, clamó diciendo: *Misericordia, que soy francés.* Prendió á los iroqueses que no murieron, y envió 12 á Quebec al conde, el cual para escarmentar con su castigo á otros, condenó dos á quemar vivos (como ellos hacian con algunos de los franceses que cautivaban). No bastaron ruegos algunos á hacerle revocar esta sentencia. Los PP. de la Compañía de Jesus aplicaron toda su caridad á la conversion de estos infelices bárbaros; pero no pudieron conseguir oyesen palabra, antes sabiendo que su muerte era cierta se pusieron ambos á cantar (sin hacer caso de lo que los decian los Padres) las canciones que tienen para cuando se ven en este trance. Uno por no dar á sus enemigos el gusto de que le viesen morir poco á poco, se metió un cuchillejo que tenia por el corazon, de que cayó muerto; y porque el otro no hallase otra invencion para darse muerte, fue entregado á algunos indios hurones mozos, los cuales le llevaron bien asegurado á un sitio que los franceses llaman cabo del Diamante, donde tenian dispuesta la hoguera, y al ver la leña el bárbaro empezó á cantar con mayor constancia y fortaleza que iba, y no lo dejó hasta que perdió la vida. Entre otras cosas decia, era guerrero bravo é intrépido, que su valor no sería debilitado por la muerte mas horrible y cruel: que ningun tormento le haría dar el menor grito; que su compañero habia sido un cobarde, indigno de ser iroqués,

por haberse muerto de miedo de los tormentos, y sin dejar á sus enemigos escarmiento en su firmeza: que no se le daba nada de morir quemado, porque tenia el consuelo de que lo mismo habia hecho él con muchos franceses y hurones, y no cesó de cantar aunque los indios le atormentaban vengativos; en tres horas que duraron los tormentos, ni se le oyó suspiro, ni echó lágrima, ni dió muestra de sentimiento, hasta que cansados de su arrogancia los hurones le dieron muerte con una maza, y le quemaron despues, dejando admirados su obstinada ferocidad á los franceses; y el que mas se espantó fue Nelson, inglés, á quien habian cogido los franceses con tres navíos suyos en el rio Kembeki, que tenia consigo el conde de Frontenac, tratándole con mucha estimacion.

San Miguel Canadino salió de Monte Real, con muchos que iban á comerciar pieles á las lagunas, junto al salto largo del rio de los Ontaovas (llevando sus canoas en hombros para evitarle). Fueron sorprendidos de 60 iroqueses que dieron fin de todos, escapando solos cuatro para llevar la mala nueva á Monte Real; Vaudrevil, su gobernador, se embarcó luego á tomar venganza, con un destacamento de franceses y algunos canadinos, y indios amigos; encontró á los iroqueses que pelearon como desesperados, pero fueron derrotados, muriendo en el combate tres oficiales franceses y muchos indios amigos; llevó algunos prisioneros á Monte Real, donde los hizo dar de palos.

El rey dió orden en 26 de junio, en la forma que consultó la Junta de Guerra de Indias, concediendo facultad al virey para que fortificase sitio capaz de albergar navíos en la ensenada de Méjico, proveyéndolo todo de modo que no pudiesen estran-

geros ocupar aquellos parages, y si lo intentasen fuesen castigados; fiando la direccion de empresa deseada tantos años antes, al celo acreditado en tantas ocasiones de don Andres de Pes; cuyos grandes, singulares y continuados servicios empezó su Magestad á premiar, nombrándole almirante de la armada de Barlovento, y se puso el hábito de Santiago, de que su Magestad le hizo merced el año de 1679, en atencion á sus servicios y los de sus hermanos, que rindieron gloriosísimamente su vida, cumpliendo enteramente las grandes obligaciones con que nacieron, al rey y á la patria.

Luego se embarcó don Andres de Pes en la flota, de que iba por general el conde de san Remi, con todas las órdenes y despachos que se habian dado, y los dos franceses prisioneros; llegó á Méjico por el mes de noviembre, é informado el virey, conde de Galbe, de lo que se le mandaba, sabiendo la importancia de fortificar la costa septentrional de la ensenada de Méjico, no hallando sugeto de mas espíritu, confianza y verdad, ni mas á propósito que don Andres, le encargó la ejecucion de las órdenes del rey, de que procuró escusarse, proponiendo al virey y otras personas mas prácticas y experimentadas con tanta sinceridad y afecto de que se lograra lo que el rey deseaba, que hicieron dudar en su resolucion al conde de Galbe, el cual sin dilacion mandó se juntasen con él los ministros mas antiguos y mas versados en semejantes negocios, para tratar de la persona que habia de poner en efecto las órdenes reales, y de comun acuerdo persuadieron todos al virey la eleccion de don Andres de Pes, porque ninguno de los que proponian se hallaba con los requisitos necesarios para salir con lucimiento de esta empresa.

Iberville pasó tambien á Francia desde la bahía de Hudson, dió cuenta de todo lo que habia hecho, y se le mandó volver escoltando doce navíos mercantiles, con los cuales llegó felizmente á Canadá.

Año de 1693.

Teniendo ya prevenido todo lo necesario para fabricar la muralla desde el castillo de san Agustin hasta la ciudad don Diego de Quiroga, fue á sucederle en el gobierno de la Florida don Laureano de Torres, entregóse del caudal ofrecido por los soldados, y 1000 pesos mas que ofrecieron despues de 2000 que el conde de Galbe habia enviado; y así mismo de 6000 pesos que habian venido de Nueva España, remitidos por el mismo virey antes para fabricar una torre donde se recogiesen los indios amigos y súbditos.

Dispuso con gran brevedad y diligencia el almirante don Andres de Pes lo que necesitaba para el reconocimiento; se hizo á la vela en la Vera Cruz á 25 de marzo en la fragata nombrada Nuestra Señora de Guadalupe, de que era capitan don Cristóbal Francisco de Santoyo, llevando consigo á don Carlos de Sigüenza y Góngora, catedrático de matemáticas en la universidad de Méjico, jubilado, persona tan conocida por su erudicion y escritos, que su nombre es su mayor alabanza; eligióle el virey para esta empresa, dándole instruccion en 12 de enero de lo que se habia de ejecutar; acompañó á la fragata una balandra, de que era capitan Juan Jordán.

Con varios sucesos en la navegacion, dieron vista el dia 7 de abril á la costa septentrional de la ensenada de Méjico; y el dia siguiente á las nueve de la mañana entraron ambas embarcaciones por la bahía de santa María de Galbe, y apenas empezó

don Carlos á reconocerla, cuando se le ofreció ser el puerto en que desembarcó Pánfilo de Narvaez, y el mismo que el de Achusi que descubrió Diego de Maldonado, de orden del adelantado Hernando de Soto, distante 60 leguas de la bahía de Aute ó Apalache; porque concordaba en la distancia, abrigo, fondo, capacidad, y era el sitio donde habia llegado á poblar el mariscal don Tristan de Luna y Arellano, poniendo á la bahía por nombre santa María, por la ocasion que queda referida.

No atreviéndose la devocion de los españoles á mudar tan sagrado nombre, quedaron muy gustosos de conservarle; cantaron el *Te Deum* delante de una imágen de Nuestra Señora, y el almirante mandó que en las cartas se llamase santa María de Galbe.

Entraron ambos bajeles por la bahía siguiendo el rumbo del Nordeste como seis leguas, y á las tres de la tarde surgieron en tres brazas, y sacaron la faluca á bordo para tenerla mas pronta; el dia siguiente, jueves 9 de setiembre, entraron en ella con el piloto Pedro Fernandez Cenrra, y los capitanes Juan Jordán, Cristóbal de Chabarría, y los alférez don Juan de la Riva Agüero y don Antonio Sanchez, catorce artilleros para bogar, un arraez y un carpintero.

Empezóse á demarcar la bahía por la boca que de tierra á tierra tenia, en que hallaron mas de 3000 varas por lo mas estrecho á la parte del Este desde la punta de Sigüenza, que la pusieron este nombre por don Carlos; pasóse á sondar el canal que hace la boca de playa á playa, y la oriental se halló acantilada como una braza donde bate el mar, y navegando corto trecho dieron en tres hasta cinco brazas de agua, y apartados á tierra como ocho varas se llegó á ocho brazas, y este último fondo duró 1200

varas; pero insensiblemente se fue disminuyendo hasta la costa de enfrente, donde saltaron en tierra á pie enjuto, por estar bien acantilada la costa; pusieron por nombre á aquella costa barrancosa santo Tomé, y viniendo la noche se volvieron á la chalupa.

El viernes siguiente salieron á tierra en la misma punta de Sigüenza, y en el istmo que forman las aguas de la bahía y el mar, que será como de 500 pasos, hallaron una laguna pequeña y descubrieron muy somera agua dulce; desde allí se mareó una punta al Oriente de la de Sigüenza, dentro de la bahía que distaba una legua y tres cuartos del Este á Oeste, que la llamaron Punta Redonda por tener esta figura; y pasando al Este, cuarta al Nordeste, se vió otra punta, que llamaron de Cenrra, en memoria del piloto; prosiguieron en dos ó tres varas de fondo á descubrir unos árboles lejanos, dejando á estribor una gran eusenada, y reconociendo era muy irregular aquel fondo por haber encallado la balandra, que iba apartada de la faluca á medio ferro, se certificó de ser aquel estero cerrado por el Les Nordeste hácia donde corria, y pasaron á la playa septentrional, que se apartaba de la meridional, registrando como una legua, navegando mas de dos ó tres brazas, y tomando el rumbo del Oes Sueste, llegaron á una punta, que se llamó de Cadena, desde la cual tira la tierra media legua la vuelta del Nordeste, cuarta al Norte, y llega á una punta muy delgada, donde habia bohios ó chozas de indios pescadores derribados, y una estaca puesta á mano para amarrar sus cayucos.

Media legua mas adelante vieron otra punta, que llamaron de Guzman, y habiéndola montado, se vió un estero mediano, y navegaron mas de dos leguas y media al Nordeste, á otra punta de tierra, y

antes de llegar á ella descubrieron otra pequeña, que se llamó la Escondida, que era la que se buscaba; formaba una ensenada pequeña muy agravada; y habiendo puesto á la punta grande por nombre la de Gijon, se fueron á pasar la noche á bordo de la fragata.

El dia 11 desde la punta de Gijon con una y dos brazas de agua, poco mas ó menos, fueron á lo largo de la costa por el Les Nordeste, y á dos leguas y media pareció mudaba color el agua, probaronla y la hallaron dulce, y un cuarto de legua mas adelante dulcísima; conocieron ser boca de rio, que corria á la vuelta del Es Sueste, como tres cuartos de legua y uno de ancho, y perdiéndose de golpe á la distancia referida, queda á la parte del Norte una canal, que se estiende el tiro de una pistola; fuéronse á un cuarto de legua de la primera entrada, y vieron en la ribera del Mediodia humo; descubrieron tres bultos, que les parecieron troncos, hasta que empezando á correr hácia el monte, reconocieron ser indios: saltaron en tierra, mas no pudieron coger á ninguno, ni encontrar rastro de ellos, por estar el suelo cubierto de hoja seca.

Hallaron lumbre encendida, y puesto un barreño mal hecho á ella, con unos livianos de cibola desabridamente guisados, y algunos pedazos de carne, empezada á tostar en asadores de palo; en uno estaban atravesados peces, como chuchos; tenian en cestos de caña (que llaman uzate los indios) algun maiz, pepitas de calabazas, lana de cibolas, y pelo de otros animales, metido en bolsas de gamuza, cantidad de almejas, conchas, huesos y cosas semejantes: hallaron varios plumeros de plumas de pavos finos, cardenales y otros pájaros, y muchas cruces pequeñas de caña, y aunque se regocijaron de verlas,

conocieron presto ser ruecas en que hilaban las indias la lana de cíbolas: pusieron los españoles en un cesto bizcochos, en otro cuchillos y tijeras, y levantando una cruz se volvieron á la faluca; navegaron media legua, vieron á estribor cuatro ó cinco indios, que para huir mas ligeros, arrojaban lo que traían; saltaron en tierra, y hallaron algunas pieles de martas, zorras, nutrias y cíbolas, y mucha carne reducida á polvo, hedionda, en pilones de madera. En uno de los cestos que estaban esparcidos, hallaron unas raices, como de lirio ó gengibre, muy dulces, lana de cíbolas en ovillos, ruecas, y pelo de castor en talegas, plumas blancas muy suaves y polvos de tierra, que parecian á propósito para teñirse; peines no muy mal hechos, zapatos de cuero como botines, uñas de pájaros y animales, raices de dictamo, y algunos pedazos de palo del Brasil, un azadon muy gastado y un hierro de azuela; las chozas de los indios que vieron, eran de cortezas de árbol, y en el mar habia dos cayucos: uno con arcos y flechas de palo muy fuerte, y puntas de hueso, y otro muy maltratado; pero daban á entender que habian venido aquellos indios por agua.

A este sitio llamaron el Baratillo, por las cosas que hallaron esparcidas; pusieron bizcocho y cuchillos como en el antecedente, y prosiguieron rio arriba, el rumbo del Este, cuarta al Sueste, y á las tres leguas que navegaron, dieron con muchos troncos atravesados en las estrechuras y vueltas del rio, lo cual los hizo volver al Baratillo, donde encontraron los indios, que así como los divisaron recogieron y cargaron su hacienda, y huyeron velocísimamente, pero no habian llegado al bizcocho; llamaron á este rio Jordán: sus riberas eran muy fértiles, pobladas de grandes árboles, y entre ellos uno bien es-

quisito, cuyas hojas eran mayores que las de laurel; estaba cargado de unas flores blancas de á seis hojas, al modo de jazmines, aunque mas gruesas, y de suavísimo olor.

Para pasar la noche surgieron á la boca del rio, y el dia siguiente, domingo 12, fueron la vuelta del Nordeste, cuarta al Norte, hácia una punta que descubrieron y reconocieron á una legua larga, la cual acababa en un cayo que formaban muchas conchas y ostrás; el agua no era muy salobre, y atravesando desde ella media legua, en veinte palmos de agua al Nor Noroeste, advirtieron estar en la corriente, en la cual y en el agua dulce reconocieron ser boca de otro rio grande; y ya puestos en cuatro brazas, subieron por la ribera al Oeste mas de una legua, y siempre al Norte, y empezó á inclinarse al Noroeste y al Oes Noroeste con un cuarto de legua de ancho: pasaron á la ribera oriental y dieron en una laguna honda, cuya frente por el Norte era de tierra alta y monte de pinos, robles y encinas, y la llamaron Laguna de los Montes.

Salió gente á tierra, y volvieron con unas piedras muy pesadas de color de hierro. Al salir de esta laguna se entraron por un arroyo, y habiendo navegado media legua, conocieron no ser la corriente principal la que seguian; volvieron á buscarla dejándose llevar de ella hasta el abrigo de una punta que hace la boca del rio, y por haber arreciado el tiempo echaron las áncoras y una en tierra, y toda aquella noche tuvieron gran susto con el peligro que amenazaba la tempestad; pusieron por nombre al rio el Almirante, para que quedase eternizada en su corriente la fatiga y desvelo con que don Andrés de Pes hizo esta jornada.

El dia 13 dejaron la boca del rio Almirante con

buen tiempo, y navegando hácia el Nordeste, á legua y media llegaron á una punta delgada que está al Sudueste; pero habiendo entrado un recio Norte se volvieron al rio Jordán, y saltaron en tierra en el sitio donde vieron antes los primeros indios, los cuales ya se habian llevado lo que hallaron y dejaron allí los españoles; pareciólos habria cerca algun pueblo: fue á descubrirle el capitan don Cristóbal de Chavarría, con los alférez don Juan de la Riva y don Antonio Sanchez, y el piloto Diego de Montes: anduvieron mas de legua y media por la ribera arriba, y no hallaron ninguna señal de lo que buscaban.

Por otra parte fue don Cárlos de Sigüenza con el capitan Juan Jordán, Antonio Fernandez, carpintero, y un artillero hácia el Sur Sueste, y dieron con una choza fabricada en cuatro estacas, cubierta de palma: dentro hallaron una piel de venado, una faja de lana de cíbola, un pedazo de paño azul de España como de vara y media, colgado de las estacas, muchas conchas de nacar, espinas de pescados, huesos de animales y unos mechones de cabellos. Poco mas adelante, al pie de un gran pino, vieron en una petaca un cadáver carcomido que parecia de muger, y dejándolo allí todo, fueron al sitio donde habian visto los dos indios, y descubrieron uno que huyó, dejando adonde estaba un calabazo lleno de agua y un poco de carne asada, cuya corta prevencion los persuadió á ser centinela; mas reparando despues en muchas huellas de niños y mugeres, siguieron el rastro y no encontraron á nadie. Volviéronse á la faluca y pasaron la noche en la boca del rio Jordán, y al dia siguiente fueron á bordo de la fragata, á cuyo capitan don Cristóbal Francisco de Santoyo, dió orden el almirante de que se acercase á la boca de la bahía como tres leguas.

:

Refrescados los de la faluca volvieron á la punta delgada, y desde ella al Sudoeste á otra que era cuadrada, distante una legua corta del Este á Oeste, su terreno anegadizo: hallaron allí sal mediana y muchas ostras en la cercanía de ella; siguieron la costa del Norte, y navegando dos leguas y tres cuartos, dieron en dos senos medianos, aunque flexuosos, con tres puntas de tierra pequeñas y al Sur: de la de en medio descubrieron un estero; y empezando á montar una isleta al Nor Este, hallaron agua dulce, y conocieron estar en un rio en dos brazas, con mas de 60 de ancho: entraron por él tres cuartos de legua adelante, y averiguando ser brazo del Almirante se salieron, dejando la boca al estribor, y un seno que parecia grande y le formaba, inclinándose al Noroeste, cuarta al Norte, que no pudo seguirse por la mucha arena: entraron por una canal, cuya corriente es muy veloz, formada entre muchos cayos de arena y tierra firme; porque habiendo visto antes muchos troncos grandes sobre ellos, y los juncos que parecia haber traído las avenidas, creyendo que era un gran rio descubrieron la canal referida, por la cual entraron en seis palmos de agua, y navegando por la costa de Occidente; subieron la costa del Oeste remando mas de media legua; y dejando al Norte una isla larga, prosiguieron al Norueste hasta quedar en dos brazas, y aunque otro brazo que venia de Norueste, cuarta al Norte, era mas caudaloso y apacible, echaron por el de Oeste hasta que el rio quedó muy angosto. Allí saltaron en tierra á buscar indios, con gran trabajo, porque estaban tan espesas de árboles y malezas las riberas, que no permitian poner los pies. Era tanta la soledad de este sitio, y los cipreses y nogales tan altos, y tupidos de parras llenas de racimos desde el pie á la copa, que

parecia que desde la creacion del mundo no habia registrado aquel sitio ningun viviente, pues no descubrieron en él pájaros ni animales; solo vieron algunos caimanes que cruzaban el rio como espantados de la novedad de la faluca; entráronse otra vez en ella y volvieron á la canal que habian dejado. Dispararon un pedrero al anocheecer y otro al amanecer, por si el ruido manifestaba alguna cosa; pero fue en vano. A las cinco de la mañana, dejándose llevar de la corriente, salieron de la canal por entre los juncales y cayos de arena referidos, y enviaron á reconocer un repecho sobre la costa, que se halló ser tierra barrial que degenera en piedra. Pusiéronse en el extremo de una punta, distante de otra que estaba en el canal dos leguas, y vieron corria tierra muy estendida de Norte á Sur, sin que hiciese el mar seno considerable; y á este rumbo está cerca de dos leguas esta punta, y otra que se llamó de Vivero, entre la cual y la de Lodeña hay un golfo que llamaron de Villafranca, muy agravado, porque desemboca en él el rio referido, á quien dieron por nombre Jovenazo.

Desde la punta de Vivero al Sudoeste, cuarta al Oeste, navegaron á otra, y media legua distante entraron en un estero, que llamaron de Aramburu, y saltaron en tierra: vieron en ella torongil y otras yerbas olorosas, avellanos, piedras del color y peso que las antecedentes, y mayores racimos de uvas que en otras partes. Pasaron á otra punta á legua y tres cuartos, por ángulo de 39 grados del Oeste al Sur, y hallaron una isleta que cerraba otro estero; y por una canal que corre al Norte entraron en seis brazas de fondo, y hallaron el sitio mas ameno y deleitoso que habian visto; y porque semejaba en algo á los de Ytzacalco, en Nueva España, le dieron este nombre.

De allí fueron al Sudoeste, cuarta al Sur, y con mas de dos leguas de viage llegaron á la punta que llamaron de Agüero, formando esta y el estero de Ytzacalco una ensenada muy capaz; desde esta punta se ve la barranca de santo Tomé, y no está lejos la boca de la bahía, hasta la cual fueron bogando por ser muy acantilada la playa; está situada entre la punta de san Carlos y la de Sigüenza, desde la cual va la costa al Sudoeste, cuarta al Oeste.

Dió el almirante órden de que los pilotos Cenrra, Montes y Jacinto Muñoz de Loarca, sondasen la bahía, y hallaron que sin riesgo podia entrar en ella una gran armada; porque hasta la punta de Guzmán no decrecian seis varas de fondo, y hasta el rio Almirante de cuatro á dos y media; pero en las canales que forman sus islas toma cuatro brazas.

Hicieron agua y leña, díjose la primer misa á 25 de abril, dia de san Marcos, y al empezarla murió á bordo Antonio Lopez, artillero. Despues hicieron una procesion, en que fueron cantando las letanías hasta el sitio destinado para arbolar una gran cruz que tenian dispuesta.

De este modo, aunque con mayor estension, describió esta bahía don Carlos de Sigüenza, que por estar impresa poco ha su descripcion en 16 hojas se omite toda, y concuerda la relacion que nuevamente ha escrito el coronel don Juan Pedro Mata-moros, en que habiendo dicho ser la entrada del puerto ó bahía muy ancha, bien que para embarcaciones grandes la estrecha un bagío ó banco de arena, arrimado á tierra firme de la parte del Oes Noroeste que corre al Sudoeste, sin que haya tenido mudanza, dejando canal á la entrada desde este bagío á la punta de la isla de santa Rosa, que es la de Sigüenza.

La isla toda es de arena muy blanca, con muchos

pinos, tiene $1\frac{1}{4}$ leguas de largo, y su mayor anchura es de un tiro de mosquete; corre desde la punta hasta la boca (que llaman de santa Rosa) que sale al mar Leste Oeste, y la canal de la entrada es Norte Sur con la barranca del fuerte, en que parece colorea un poco la arena. La canal tiene 4 brazas de agua donde menos; dista la isla del fuerte tres cuartos de legua: el surgidero de los navíos (dice despues) está en entrando al Sueste, al abrigo de la isla, en donde dan fondo en la tierra firme al Este del castillo; distante media legua se halla la Punta de Agüero en la bahía, por detrás de la cual entra un estero que va dando una media vuelta al fuerte, en igualdad de la referida distancia de media legua, y pára al Nor Norueste de él. Por la parte de Oes Norueste, fuera de la bahía y á distancia de tres leguas de el seno Mexicano, entra en la tierra firme del castillo otro rio, ó brazo de mar, que llaman de los Perdidos, que tambien tira al Nor Norueste; por Este se pasa para ir á la Moyila, poblacion de franceses, situada al Nor Norueste de el presidio de que hablamos, á distancia poco mas ó menos de veinte y dos ó veinte y cuatro leguas; que aunque hay algunos que dicen haber mas, no están medidas, y lo cierto es que los indios á pie las andan en tres dias: á esta poblacion suben los franceses desde la Masacra, ó isla Delfina, por un rio, que ponen desde dicha isla diez leguas: desde el puerto, ó bahía de santa María de Galbe á la referida isla, hay $1\frac{1}{4}$ leguas segun las cartas de pilotos. El temperamento de esta tierra es saludable, el verano caliente, y el invierno frio, con los vientos Norueste, Nor Norueste, Norte, Nor Nordeste, y Nordeste, que son los vientos de tierra; hay tan recias heladas como en Europa por su tiempo regular; los vientos de la mar son templados y cálidos: y el

tormentoso y arriesgado en esta costa para las embarcaciones es el Sueste, y pone abromada la tierra: es cosa particular que siendo todo el terreno arena, da cuantas semillas y legumbres se siembran, aunque se gozan poco, porque con brevedad espigan y se asemillan; es arriesgada para los niños de poca edad, hasta la de ocho años, pues se logran pocos: padécense dos enfermedades en las piernas, berben y pateta, y en la boca el mal de luanda, ó gangrena; su puerto tiene muy buen pescado y de regalo, lenguados, sargos, pámpanos, pargos, lisas, truchas, y otros muchos y diferentes; no se ha visto padecer pasmos, vómitos prietos, ni otras muchas enfermedades de las Indias; la caza y carnes que se comen son venados, cíbolas, osos, y gallinas de el campo, que son tan grandes, y de la misma forma que los pavos de Europa.

Tiene frutas silvestres, bellota amarga, dos castas de nueces, la una muy delicada de hechura y tamaño de una bellota por defuera, y la cáscara muy delgada, la médula lo mismo en vista y gusto que la de Europa; otras del tamaño y vista por defuera que las nuestras; pero muy recia su cáscara, difícil de partir y encarcelada la médula, y lo mismo que las comunes. Hay nisperos muy suaves: castañas que vistas por su tamaño y figura, por defuera y el color parecen avellanas partidas, y gustadas tienen el mismo sabor que las de España. Hay parras silvestres que dan uvas del tamaño de las ordinarias, su color morado, su pellejo muy recio, el gusto algo áspero. Sus maderas y árboles son pinos, sasafrás, sabinas coloradas, robles. La tierra firme, sus provincias y naciones de indios infieles, son muchas y tan dilatadas que no se sabe hasta donde llegan. Solo los franceses, que son los que mas han penetrado de unos en otros, hallan por noticias que confinan por tierras dilatadas,

con gentes blancas con quien los indios de aquellas partes tienen tratos como los de estas con ellos: esto por la parte del Norte.

Por la parte Oes Norueste, al Norueste, corriendo la costa del seno Mejicano, se halla una isla llamada de Navíos, y adelante el rio de la Palizada, Misisipi, donde han fundado una poblacion los franceses, llamada la Nueva Orliens, y por este rumbo y el de la Movila han penetrado, hasta llegar por tierra al Nuevo Méjico y provincias de los Tejas, donde hay Misiones de Padres Franciscos españoles: en aquella frontera han erigido un fuerte los franceses; y uno, llamado san Denis, de nacion Canadino, ha entrado hasta la ciudad de Méjico por la Tierra Firme, y navegando algunos rios dos veces, y ha vuelto á la Movila, hallando 500 leguas de tierra, hasta encontrar con las primeras poblaciones de españoles de el Nuevo Méjico y los Tejas; y esta tierra, que toda está llena de diferentes naciones de indios, y muchos con distinto idioma, la han puesto á su devocion, á unos con dádivas, y á otros por fuerza, valiéndose del poder de los mismos indios, sus parciales, contra los rebeldes, hasta sujetarlos, y con lo que mas los han gratificado ha sido con escopetas, pólvora y balas, á lo que los arrastra su inclinacion, por ser belicosos y servirles para la caza, de que comunmente se mantienen, habiéndose experimentado ser muy ágiles en el manejo de las escopetas, y usar de ellas con liberalidad: tienen á su devocion los franceses, indios de naciones Movilas, Sirinueses, Chacatos, y otros, que por muchos y diversos no hago memoria. Por la parte del Norte han llegado á sujetar los Aibamos, nacion muy fuerte, donde han hecho una fortaleza, con guarnicion francesa, distante de sesenta á setenta leguas de santa María de

Galbe, al Norte, tierra adentro; esta nacion confina con las de los indios Talipuzes, Teguales, Talicies, Cabetas, Topacas; las cuales están al Nor Nordeste, Nordeste y Les Nordeste, por Tierra Firme, que van á darse la mano con la provincia de Apalache y san Agustin de la Florida, y á san Jorge y la Carolina, poblaciones de ingleses; y á cuya devocion estuvieron estos indios, hasta que se levantaron contra los dichos ingleses: despues se han sujetado á los españoles, trabajando harto los franceses por reducirlos á su parcialidad, con ofertas que continúan hacerlos. Las poblaciones mas cercanas destos á Panzacola, ó santa María de Galbe, por Tierra Firme, están á setenta ó ochenta leguas al Nor Nordeste, y Nordeste: los franceses vienen desde la Canadá en canoas y piraguas á salir al rio de Misisipi, que entra en el seno Mejicano, haciendo un viage de mil y ochocientas leguas, que les dura cuatro ó cinco meses, durmiendo en tierra cuando quieren, y manteniéndose de la carne fresca que cazan en los bosques de las riberas del rio, en el discurso de su navegacion.

Y volviendo á el primer asunto de nuestra bahía divide la isla de la Tierra Firme un caño navegable para embarcaciones que demanden poca agua, el cual sale al seno Mejicano por la boca que llaman de santa Rosa, fin de la dicha isla. En todo el fondo ni costa no se halla piedra, sino es solo arena: de la parte del Este del castillo y de la punta de Agüero dicha, entra la mayor parte de su anchura, á donde salen tres rios, entre otros que los españoles llamaron en el reconocimiento de bahía, del Gobernador, del Almirante, y del Jordán; hay muy buenas maderas para curvas y fábricas de navíos, y arboladuras ó palos para ellas: los árboles rinden con abundancia brea, ó pueden darla si hay quien la saque; hay sitios muy

suficientes para astilleros, si quisiera tenerse fábricas. Su costa para los pilotos que buscan el puerto siempre ha sido dudosa, aun de los prácticos, por ser la tierra baja toda, y equívoca, por hallarse cerrada con dos puntas, que aunque distantes la una de la otra cruzan, cerrando la entrada del puerto, que solo Norte Sur, con la boca, le reconocen; á la parte del Este corre la costa á la bahía de san José, 40 leguas por mar, y sigue á san Marcos, y á los cayos de la Tortuga, y canal de Bahama, dista, segun cartas de pilotos, de la Habana 180 leguas; este puerto, por la parte referida, á la parte del Oes Norueste, corriendo la costa al seno Mejicano, dista por mar 300 leguas, está el puerto de la Nueva Vera Cruz. Hasta aquí don Juan Pedro Mata-moros.

Hecho el reconocimiento individual de la bahía de santa María de Galbe, pasaron el almirante don Andrés de Pes, don Carlos de Sigüenza, y los pilotos, á la de la Movila, con el viento por el Nordeste, gobernando al Oeste, cuarta al Sudueste, entre cuarta y media partida, y al Oes Sudueste; así fueron el dia 27 de abril navegando hasta las once del dia que calmó el viento; pero á las tres empezaron á espaldearlos las aguas, y por no volverse al puerto, echaron un anclote en ocho brazas de agua, y se estuvieron hasta las cinco de la tarde, que levaron, siguiendo el rumbo del Oeste, cuarta al Sudueste, en diez brazas de agua, y dando en veinte de improviso, navegaron media hora á Oeste, al cabo de la cual, no hallando fondo, volvieron la proa al Oes Noroeste, hasta amanecer que vieron la tierra del cayo de san Felix, y dos horas despues la de los de san Diego, y conociendo haber pasado la bahía que buscaban, se rindió el bordo, la vuelta del Leste, hasta las once de la noche, que aseguró el almirante ser allí el

puerto, con que echaron el anclote; y el miércoles 29 se hallaron una legua al Leste de la boca de la bahía, y mejorando sitio, se pusieron Nor Norueste, Sur Sudueste, con su punta de Oeste, en cinco brazas.

Echaron la faluca al agua, y entraron en ella el almirante, don Carlos de Sigüenza, y los pilotos son-
daron en la punta que forma el cayo de san Felix, hasta la de Leste, que llaman de Venados, sin hallar mas fondo que de 20 á 22 palmos, no se entró en la bahía, y vueltos á la fragata, continuaron su viaje desde las 12 del dia hasta las dos, al Rumbo Sudueste, con viento Oeste; pero llamando este el Sudueste, como una hora se vino del bordo de tierra al Oeste, cuarta al Noroeste, hasta las cinco de la tarde que se vino fuera del Sueste, y Sur Sudueste, al Sur, cuarta al Sudueste, y al Sur; y se prosiguió á estos rumbos, hasta el cuarto del alba, que por soplar el viento por el Norueste, fueron al Oes Sudueste, y al Oeste, y así prosiguieron hasta las diez de la mañana del jueves 30, que de golpe navegando en veinte brazas, descaecieron á diez cerca del cayo de Mosquitos: allí observaron la altura de el sol, al punto de el medio dia en 29 grados y 35 minutos: yendo ya al Oeste, cuarta al Sudueste, y con el viento Noroeste prosiguieron el rumbo al Oes Sudueste, hasta que á la una, estando como á Oes Norueste, vieron los cayos de san Diego, y otros al Oes Sudueste, á seis leguas de los primeros: surgieron á las cuatro de la tarde, y estuvieron hasta las ocho del dia siguiente, primero de mayo, que con el viento, por el Nor Norueste, gobernándose al Oeste, y Oes Sudueste, se levaron al medio dia, observaron 29 grados y 27 minutos, y dieron fondo á las siete de la tarde en una punta de tierra, que llamaron de san

Miguel, la cual sondó el capitán Juan Jordán, el día siguiente, de orden del almirante, y halló cuatro brazas, y considerando se hallaría boca entre aquellos cayos para pasar á tierra firme, y por ella al río de la Palizada, penetraron en la chalupa al Oes Sudueste, y hallaron ser tierra firme, los que presumieron cayos, muy rasa y anegadiza por todas partes; entraron por un canalizo de tres palmos de fondo á un lago muy grande, donde andaban garzas por su poquísimo fondo; y reconociendo ser inútil para el fin que llevaban, saltaron en tierra, y se volvieron á bordo á las cinco de la tarde, y allí estuvieron el día 4, porque el viento era por el Sudueste, con turbonadas y el cariz muy malo, lo que duró hasta las nueve de la mañana del día cinco, que dejando aseguradas la fragata y balandra con fuertes cables, volvieron á entrar en la faluca, y con el viento Sur, aunque remiso, fueron á los rumbos del Sueste, y Les Sueste, y puesto el sol dieron fondo en unos palos, varados en la misma costa, donde hallaron dulce el agua, y presumieron ser alguna entrada del Misisipi; pero en toda la noche no les dejó dormir el ruido de gaviotas, alcatraces, y otras aves marinas. La costa que navegaron este día, que regularon por diez leguas, es muy quebrada, anegadiza, y sin provecho, y no es el menor daño el que causan los palos varados, ocupando parte de su poco fondo, y algunos cayuelos de lodo, muy rasos, anegados, y otros llenos de carrizales, cuyos embarazos, aunque fuera útil la costa, la hicieran inaccesible.

Salieron el día siguiente hora y media antes que el sol navegando al rumbo del Es Sueste, y á dos leguas largas llegaron al cabo de san Luis, que se compone de muchos cayuelos, que acompañados de grandes palos, corren al largo de la ensenada, que pare-

ce formada de ellos por ser muy rasa, corrióse toda sin acercarse á la orilla por no varar, y habiendo bogado poco menos de 5 leguas hallaron el cabo de Lodo, y vieron el rio de la Palizada: el cabo se formaba de la punta que hace la tierra firme y una isla pequeña, y todo cuanto vieron hasta la deseada, dentro y fuera de la ensenada, está ocupada de infinitos troncos de árboles, arrojados de las corrientes del rio, que figuran un medio círculo, lo cual no motivaba tanto la grandeza de los troncos, quanto el poco fondo, causado del lodo detenido entre ellos, que endurecido con el tiempo forma cayos y bajos que estorban navegar, aun á pequeñas embarcaciones, y corren tambien casi en forma circular estos cayos; pero solo entre el cuarto y quinto hallaron canal de 20 palmos, aunque de tan precipitada corriente, que con 16 remos y viento en vela, tardaron media hora en entrarla, hasta que los estorbaron los palos, parando en esto la fama de Misisipi, de que se admiraron los españoles.

El rey mandó á 3 de julio á los oficiales reales de Méjico que comprasen á los soldados del presidio de san Agustin de la Florida todo lo que pidiesen, segun las relaciones que enviasen, con el caudal del situado, y que este se enviase al presidio desde la Habana.

Francisco Uvalter, almirante de Inglaterra, volviendo de la Martinica, pasó por la Nueva Inglaterra para embarcar en Boston, ó Baston, tropas y municiones contra Plasencia; apareció delante de ella con 24 navíos á 16 de setiembre, con ánimo de apoderarse de la isla: el gobernador puso cuatro cañones en un puesto que dominaba la montaña, con los cuales hizo considerable daño á la armada todo el tiempo que allí se detuvo; y aunque Uvalter echó en

las lanchas 700 hombres, estorbó el baron de La Hontán, con 60 marineros vascones, que tomasen tierra, ocupando un sitio ventajoso en la barra que llaman la Fuente; no atreviéndose el inglés á hacer ataque en forma, envió una chalupa para que viniese á bordo un oficial francés, y fue Costebelle con el baron de La Hontán; Uvalter los dijo, que bien vian cuan fácil era tomar á Plasencia y destruirla sino daban algun medio de composicion. Costebelle respondió, que su gobernador estaba en ánimo de defenderse, hasta volar el fuerte, con lo cual se volvieron á la plaza, los ingleses se acercaron á tiro de cañon, y habiendo procurado hacer cuanto daño fue posible, se hicieron á la vela á Inglaterra: lo que no hubiera sucedido á Uvalter, si el dia que avistó desembarca; pues antes que los franceses volviesen del susto que los dió tan gran armamento, hubiera conseguido la intencion que llevaba; porque solo habia 50 hombres de guarnicion.

Comunicó el baron de La Hontán con el conde de Frontenac, gobernador de Canadá, que para mantener aquel país seguro era preciso hacer cinco fuertes: dos en la tierra de los indios iroqueses, y conservarlos á su pesar; tres en la laguna Errie, habia donde estaba el de san José, en que habia sido gobernador; otro á la boca de la bahía de Toronto, guarneciéndolos todos con 200 hombres, cuyo gasto no excederia de 15000 escudos, y una armadilla de barcos cubiertos y ligeros, con 50 marineros vascones, con lo cual cesarian las invasiones de los iroqueses, porque la artillería de los fuertes, de que tienen gran temor, impediria que se acercasen á tomarlos: los barcos los perseguirian en sus tierras por las lagunas; de suerte que en poco tiempo perdiesen su ferocidad, ayudando á todo los indios amigos, que se debian te-

ner continuamente en guerra con las cinco naciones iroquesas ; porque si los franceses solos habian de pelear con ellas , era necesario que los ejércitos de Europa fuesen pasando poco á poco á las Indias Occidentales , para que sobrepujasen la ventaja que en el modo de hacer la guerra los llevan los iroqueses , pues siempre pelean sobre seguro , cubiertos de espesuras impenetrables , en sendas que parecen hechas para ellos solos. El conde aprobó el dictámen del baron , y le dió cartas , recomendando su persona y ideas : fue con ellas á París , pero Pontchartrain , ministro de Estado , se las desvaneció todas , respondiéndole que el rey de Francia queria se hiciese paz con los iroqueses , con cualesquier condiciones , porque trayendo los indios amigos en guerra continua , perecerian todos , y con ellos los pueblos de los franceses y el comercio de pieles.

Año de 1694.

No habiendo logrado el fruto de sus discursos contra los iroqueses el baron de La Hoután , le nombró el rey de Francia por teniente de rey de Plasencia ; y habiéndose embarcado , llegó con buen viage á servir su empleo ; fue muy mal recibido del gobernador Brovillon : hizole grandes injurias y atropellamientos ; y aunque los PP. Recoletos Franciscos se interpusieron para la concordia de ambos , nunca pudieron templar la indignacion del gobernador , antes escribió contra el baron á Francia , quanto imaginó que podria malquistarle en la Corte. Por consejo de los mismos PP. trató el baron de embarcarse y desamparar la isla , y de temor de las molestias que experimentarí en tanto que se averiguaba la verdad de lo informado contra él , dispuso que la nave que le traia le dejase en Portugal.

Año de 1695.

Los franceses destruyeron las poblaciones de los ingleses en la isla de Terranova, y algunas plazas en la Virginia, y estos hicieron grande daño en las poblaciones que los franceses tienen en la isla de santo Domingo.

Año de 1696.

El general don Andrés de Arriola, primer gobernador de Panzacola, con algunos bajeles de la armada de Barlovento y gente de desembarco, salió de la Vera Cruz á poblar la bahía de santa María de Galbe, y á hacer una fortaleza en las barrancas que llaman de santo Tomé, que están dentro de la bahía y puerto, al cual llamaron los españoles santa María de Galbe, por ir á esta poblacion de órden del conde de Galbe, virey de Nueva España, que la tenia de su Magestad para lo referido.

Formó el general el castillo en cuadro con cuatro baluartes de estacas, todo sobre la barranca referida, á la orilla del mar, en 30 grados de altura: una de las cuatro frentes mira al mar, las otras tres á tierra, predominadas al Norueste del cerro de san Isidro, á tiro de arcabuz de distancia, al Nordeste del cerro del Calvario, que dista lo mismo, y al Norte el cerro de san Bernardo, á tiro de cañon: el cerro de san Isidro domina todo el fuerte, dentro del cual no pusieron agua, por no poderse abrir pozos, que los ciega la arena, por ser preciso hacerlos hondos.

Fabricaron tambien de tablas alojamiento é iglesia. Al castillo pusieron el nombre de san Carlos, en veneracion del Rey nuestro Señor Don Carlos II, y aunque se reconocieron los inconvenientes del sitio, pareció entonces dejarle en aquella situacion, pues

desde los cerros no podian hacer daño los indios , y entonces no habia temor de otros enemigos que impidiesen tomar agua á la orilla del mar, donde cavando una tercia , ó media vara, se halla agua permanente muy dulce y delicada, aunque sea á distancia de vara y media del mar.

Dicen que la provincia se llamó Panzacola, porque antiguamente la habitaban una nacion de indios, llamados Penzocolos, á la cual acabaron con guerras las naciones confinantes, quedando en la provincia solo el nombre.

Don Laureano de Torres y Ayala, que sucedió á don Diego de Quiroga en el gobierno de la Florida, acabó una media luna que faltaba para la fortificacion del castillo de san Agustin; y para empezar la muralla que cubriese la ciudad, asegurándola de los embates del mar, tuvo junta con los principales cabos y vecinos de ella, en que resolvieron que la muralla fuese de seis pies de alto sobre el cimiento, y seis y medio de grueso, con dos escarpes por la parte del mar; de suerte que por lo mas alta quedasen de grueso cuatro pies y medio; y de esto dió cuenta al rey en 4 de mayo, enviando la planta del castillo y muralla; pero estos afanes hizo inútiles el mar, pues el dia 15 de octubre inundó la ciudad de san Agustin con gran daño y miedo de los vecinos.

Año de 1697.

Los ingleses enviaron gente á la Nueva Yorck para defenderla de los insultos de los franceses; pero habiéndose hecho la paz entre estas dos coronas y la de España, en 19 de noviembre cesaron todas las hostilidades é inquietudes que en Canadá y la Florida tenian estas naciones: volvió á renacer en la francesa el deseo de poblar el seno Mejicano, recono-

ciendo la boca del rio de la Palizada, ó Misisipi, y de órden del cristianísimo fue á esta empresa, y á poblar en el lugar que le pareciese, Iberbile, criollo de Canadá, que habia adquirido crédito de valeroso y diligente en las expediciones contra ingleses en la bahía de Hudson, y se hizo á la vela en la Rochela, llevando consigo todo lo necesario para poblar, y Chateau Morand y Surgeres.

En el mismo mes de noviembre pasaron al cayo de Carlos cinco frailes Franciscos de la Habana, para predicar la fé á aquellos indios, á cuya instancia fueron; y queriendo de repente hacer gran fruto, salieron en procesion una noche delante de el pueblo de los idólatras; y espantados estos de la novedad, huyeron. Volvieron los frailes, cuando estaban otra vez en sus casas, á hacer otra procesion; y pareciendo mal á los indios semejantes acciones, teniéndolas por cosas hechas en su daño, salieron con sus armas contra ellos, maltrataron mucho á los frailes, y los echaron desnudos de su país: ellos se pasaron á Matcumbe, cayo ó isleta de la canal de la Florida, cuyos indios son católicos.

El estrago de la inundacion antecedente hizo animar á los vecinos á proseguir la obra de la muralla, pues si hubiera durado mas la furia de las aguas apenas se hubiera librado de ruina edificio alguno, ni aprovechado cosa que hubiese en la ciudad: por lo cual los soldados dieron algunas cantidades mas de sus sueldos corrientes; y en 22 de agosto informó don Laureano exagerando la necesidad que habia para que la muralla se concluyese, y dar medios para perficinarla.

Año de 1698.

En abril y en junio se dieron despachos duplicados para que el gobernador de la Florida don Laureano de Torres avisase haber sido efectivos los 2000 pesos que se habian mandado al conde de Galbe, virrey de Nueva España, enviar para la fábrica de la muralla de san Agustin, y si los donativos de los capitanes, soldados y vecinos eran efectivos, porque con ellos y lo demas aplicado para este efecto se entendia estar concluida la obra, cuya cuenta se le mandó remitir para satisfacer lo que se estuviese debiendo.

La comunicacion entre la Habana y las tierras del cacique Carlos era mayor cada dia, porque sus indios habian sido admitidos al comercio, con la esperanza de que habiendo recibido el cacique hasta catorce religiosos Franciscos, brevemente se reducirian á la religion católica, como algunas islas ó cayos lo estaban: los indios andaban desnudos, solo medio cuerpo abajo traian un paño corto, y los cabellos largos, atados atrás, que aunque habia tanto tiempo que conocian á los españoles, estaban mas bárbaros que al principio, y su misma inclinacion los arrastraba á todos los vicios abominables; su comercio es de pesca y alguna ambar que cogen en las playas, cortezas de árboles, pájaros cardenales, frutas y algunas pieles. Suelen llegar en 24 horas sus canoas ó barcas, desde los cayos á la Habana, y si fueran gentes mas capaces, enriquecieran mucho, pues de cardenales solo pudieran adquirir grandes cantidades, porque venden cada uno á diez pesos, y el peor á seis, á la gente de los galeones, y las otras mercaderías que traen, de poca importancia, las pagan bien; y este año les valió en el mes de marzo su comercio mas de 18000 pesos, no

obstante la pérdida de Cartagena, y no haber venido en tres años flotas ni galeones.

A 24 de enero llegó Iberbille á la costa de la Florida, y hallando poblada la bahía de santa María de Galbe, pasó siguiendo la costa al Norueste, á formar su poblacion en la bahía de Bilochi, donde fabricó un fuerte que llamó Maurepas; en la isla de la Masacra, ó Delfines, halló la boca del rio de la Palizada; hizo mapa de la costa, y Catheutmorand otro, y dejando bien proveida su fortaleza con gente bastante, se volvió á Francia.

Año de 1699.

Fue otra vez Iberbille al seno Mejicano con ánimo de no volver á Francia sino bien informado de todo el país; socorrió la fortaleza que habia hecho, y despues reconoció algunas naciones de las que habitan las riberas del rio Misisipi. Fabricó otra fortaleza, y trabó amistad con muchos caciques de los indios, para asegurar las poblaciones que habia dispuesto, y dejándolo todo en buen estado, volvió á Francia por socorros, los cuales logró muy pronto y copiosos de municiones, bastimentos y gente, y para el aumento, subsistencia de las fortalezas, y hacer otras poblaciones ó colonias; pero cuando menos lo esperaba, murió en el viage, y con él sus ideas, y la esperanza de Lisle, que aguardaba su venida para ser informado perfectamente del país, en la carta que escribió á Casini sobre la boca de Misisipi.

La obra de la muralla, que contra el mar se hacia para defensa de la ciudad de san Agustin, se iba prosiguiendo con el gran celo y cuidado de don Laureano de Torres, gobernador y capitan general de la Florida, sin que le embarazase haber muerto el ingeniero que delineó y trazó la obra, sobre cuya plan-

ta y medidas iba prosiguiendo , ayudándole el escribano de la gobernacion , teniendo diez y seis bueyes para conducir la piedra al muelle , dos hornos de cal corrientes , y 30 hombres cortando piedra continuamente ; y aunque se habian gastado mas de 5000 pesos , y estaban en ser mas de 1300. Consultó á el rey en 29 de setiembre , que para acabarla brevemente y tener que dar de comer á los peones se le enviase socorro.

Año de 1700.

En san Agustin crecia poco la obra de la muralla contra las invasiones de el mar , pues aunque don Laureano de Torres habia persuadido á los cabos , soldados y vecinos de la ciudad , á dar sobre los donativos antecedentes 1121 pesos , la muerte del escribano de la guarnicion , hombre muy curioso , y dado á las matemáticas , que cuidaba de la fábrica desde que se empezó , estorbaba proseguirla , estando ya casi mediada ; y considerando el gobernador la importancia de concluir la , siguiendo las huellas de don Diego de Quiroga y Losada , su antecesor , consultó al Consejo y Junta de Guerra de Indias , sobre que se le enviasen medios , y un ingeniero para ejecutarlo ; pidióse informe á don Diego de Quiroga , que ya era gobernador de Tarifa en 30 de agosto , y se mandó á los gobernadores de la Habana y santo Domingo enviar luego un ingeniero á la Florida que reconociese la obra , y la enmendase y dirigiese hasta fenecerla ; porque don Diego de Quiroga informó que cuando dió la posesion á don Laureano , le pareció dejaba bastantes caudales para acabarla , sin los arbitrios de que podia valerse , y que era necesario enviar persona inteligente luego ; porque cuando estuvo en la Habana oyó que la muralla no podia sufrir artillería , y le

aseguraron que mas que dique contra el mar parecia cerca de algun jardin ; y que para continuarla con vigor habia dejado muchos bueyes que acarreasen piedra, y mas de cien novillos, y otras prevenciones. En este intermedio cumplió su gobierno don Laureano, y fue á sucederle don José de Zúñiga y la Cerda, sugeto de gran valor, muy ajustado y desinteresado, que entendia muy bien de fortificaciones ; porque en Flandes, estando sirviendo, con gran lucimiento, se dedicó mucho á comprender este arte.

Año de 1701.

Por setiembre salió de Inglaterra el contra-almirante Bembow con mas de veinte navíos, á prevenir las poblaciones inglesas, especialmente la isla de san Cristóbal, para lo cual daban los vecinos sus caudales. Iba convoyando muchas naves mercantiles á las islas de Barlovento, á la Virginia y provincias contiguas ; fue escoltado del vice-almirante Munden, con diez navíos de guerra, hasta la isla de la madera ; porque supieron los ingleses que á siete de abril se habia hecho á la vela en Brest, tomando el mismo rumbo, el marqués de Coetlogon, lugar-teniente general del rey de Francia, á asegurar la flota y el comercio de las Indias, dejando en el puerto un bajel que recibiese las órdenes del rey de Francia, y llevase los últimos avisos de los movimientos de los ingleses. Al mismo tiempo que salió Bembow, se hizo á la vela en Cádiz, para seguirle con treinta bajeles, el conde de Catheau Renant, vice-almirante de Francia (que habia ocupado este empleo por muerte de el mariscal de Tourville, gran soldado de mar, que sucedió cuando estaba previniéndose para gobernar esta armada); pero no obstante estas prevenciones y cuidados, llegó

Bembow libre de los riesgos que le amenazaban, y dejó en Virginia y la Carolina, y algunas islas, muchos soldados entre ellos, y 500 irlandeses, para que hubiese estos menos, si originase algun alboroto la muerte del católico rey Jacobo II, sucedida á 15 de setiembre, y la aclamacion de Jacobo III, su hijo, que inmediatamente hizo reconocer por rey de Inglaterra el gran Luis XIV.

DECADA VIGESIMA.

SUMARIO.

Don Diego de Zúñiga y la Cerda, gobernador de la Florida, envia á la Corte por socorro al capitan don Juan de Ayala. Llega á Vigo con la flota en un navio suyo. El general Ducas se hace á la vela en la Coruña con el duque de Alburquerque, virey de Nueva España, á vista de la escuadra de Munden, inglés, que es acusado por su descuido. Deja Ducas en la Habana 70 gallegos para socorro de la Florida, y es nombrado por capitan de ellos don José Primo de Ribera, el cual los lleva á la ciudad de san Agustin. Ideas de Bembow, inglés, desbaratadas por Chateau Renaut, y fidelidad española. La Virginia y la Carolina socorridas. Sientan los ingleses á san Agustin. Queman la ciudad, y se retiran por no poder tomar el castillo. Don Juan de Ayala confiere la instruccion que traia de la Florida, sobre la nueva forma de enviar el situado, moneda de vellon, artillería, aumento de guarnicion, muralla de san Agustin, poblacion y reduccion de Ais. Resoluciones reales sobre todo. El cacique de Apalache pide liberacion de la pena de servir sus vasallos en las fortificaciones de san Agustin. Don Juan de Ayala, elegido sargento mayor de la Florida: ¿Qué se le concedió por llevar el socorro? Y lo que pidió para reedificar la ciudad de san Agustin. Mándase al conde de Peterbourg, gobernador de Jamáyca, pasar á defender las poblaciones de los ingleses en Indias. No quieren ir los soldados con él. Destruyen dos islas, ocupadas por ingleses, Blas Moreno y Juan Lopez. Crozat, mercader francés, propone entrar en Nueva España con pretesto de poblar al rio Misisipi. No es oido, antes se ofrece desembarazar de franceses la Movila, y la Masacra. Toma posesion del gobierno de la Florida don Francisco de Corcoles; quéjense de él los vecinos. Presas de los franceses en los navios que volvian á Europa de la Virginia y Nueva Yorck. Hacen guerra á los ingleses los indios de Caveta, y Osintulo, hijo del cacique, y otros principales, van á san Agustin. Muere don Antonio Menendez Marquez, contador real de la Florida; y su hijo le sucede en el oficio por nueva merced del rey.

Pocos dias despues de haber llegado á la ciudad de san Agustin don José de Zúñiga, reconoció la mala disposicion del castillo ; y viendo la tardanza en resolver las representaciones de sus antecesores, determinó enviar por socorro á Madrid á don Juan de Ayala y Escobar, capitan mas antiguo de el presidio, dándole poderes y instrucciones para que pidiese lo que necesitaba, y informase del riesgo en que estaba por los movimientos que observába en la poblacion de san Jorge, y socorros que habian llegado á la Virginia.

Embarcóse don Juan en un navío suyo, y desde la Habana vino con la flota (de que era general don Manuel de Velasco, y que el duque Otmond quemó) á Vigo, por octubre, perdió allí don Juan quanto traia, aunque salvó las instrucciones y cartas, con que luego partió á la Corte.

Bembow corria las costas de las Indias con 28 bajeles, y banderas de Alemania, haciendo echar en los puertos muchos papeles que apoyasen el malicioso designio que llevaba ; pero aunque no lo necesitaba, la fidelidad y amor de aquellos vasallos, ya estaban prevenidos por el conde de Chateau Renaut, que contrapesó fuerzas con fuerzas, y ardides con ardides, frustrando todas las diligencias de los auxiliares ingleses.

El general Ducas entró en el puerto de la Coruña con su escuadra, en que llevó á el duque de Alburquerque á servir el vireinato de Nueva España, y 2000 soldados gallegos, para socorrer los puertos y presidios de la Indias ; hizose á la vela á vista del vice-almirante Munden, que mandaba una escuadra de 20 bajeles ingleses : dejó gente en la Habana Du-

cas, y 70 soldados gallegos para la Florida (de que nombró el gobernador de la plaza por cabo á don José Primo de Ribera). Con ocho bajeles pasó Ducas á la Vera Cruz, donde desembarcó el virey; y á 8 de setiembre fue á otras partes; entró en Cartagena, sin que pudiese Bembow embarazarle, ni ejecutar las órdenes que llevaba.

Munden fue acusado en Lóndres por no haber impedido el viage al general Ducas, cuando ya Ana, hija de Jacobo II, muger de Jorge, príncipe de Dinamarca, habia sido aclamada reina de Inglaterra, escluyendo á su hermano Jacobo III y la línea católica, lo cual ofrecieron mantener los alemanes. Dió orden al conde Peterbourg, gobernador de Jamáyca, y capitan general de todas las poblaciones inglesas, en las Indias Occidentales al Norte, pasase á defenderlas; los ingleses se escusaban de este viage con el pretesto de que en las Indias vivian poco menos que esclavos perpétuos de los que mandaban; porque no querian darlos licencia de mudarse á otras partes, ó volverse á Inglaterra, cuando la pedian, aunque no hubiese necesidad de ellos, sino se lo pagaban á los gobernadores; por lo cual se hizo ordenanza para que las guarniciones de los presidios de Indias se mudasen de tres en tres años, que se observó mal.

El gobernador de la Habana envió el socorro á san Agustin con don José Primo de Ribera, y los 70 soldados gallegos, los cuales llegaron muy adiestrados en las armas de fuego á san Agustin. Su venida dió gran contento á don José de Zúñiga; el cual, viendo el modo con que se habia portado don José Primo, y sabiendo su valor, le dejó en el presidio por capitan de la gente que llevaba; porque tenia entendido que los ingleses con los nuevos refuerzos que Bembow dejó en san Jorge y en la Virginia, inten-

taban venir sobre aquella fortaleza, y se previno para cualquier trance con gran vigilancia, cuidado y prontitud, fortificando las murallas y baluartes del castillo, poniendo corriente la artillería, y otras armas de fuego que podian servir. Aun no estaban perfeccionadas sus ideas, cuando el gobernador de san Jorge le puso sitio, con buen número de ingleses y indios; quemaron la mayor parte de las casas de la ciudad, pero no pudieron permanecer á vista del castillo; porque el continuo fuego que desde él se hacia, y otros daños que padecian los ingleses, los precisó á retirarse á san Jorge, dejando robada y hecha cenizas la ciudad.

Año de 1703.

Celebróse en el castillo la retirada de los ingleses, y el dia 6 de enero dió cuenta al rey don José de Zúñiga, pidiendo que á don José Primo se le conservase el empleo de capitan. Habian representado los gobernadores y capitanes generales de la Florida, desde el año de 1680, lo conveniente al resguardo de aquellas provincias, á la abundancia de los naturales, al aumento de la cristiandad, y al reparo de los enemigos. Y pocos dias despues que los ingleses levantaron el cerco de san Agustin, la Junta de Guerra y el Consejo de Indias resolvieron las representaciones antecedentes, que eran las pretensiones que el capitan don Juan de Ayala traia por instruccion, que habiéndola presentado con los poderes en el Consejo, se acordó poco despues de mediado enero, que don Alonso Carnero le oyese y examinase sobre cada punto de la instruccion, y los demas que propusiese, advirtiendo los que estuviesen ya resueltos.

Don Alonso Carnero (uno de los mas discretos y mejores ministros de Estado, mas versado en las co-

sas de Indias que los que nacieron en ellas ; por las cuales y por el servicio del rey habia procurado toda su vida, que acabó con gran sentimiento del reino, domingo 27 de abril de 1721.) Tuvo muchos discursos con el capitan don Juan de Ayala porque le halló muy entendido, bien enterado de las cosas de la Florida, celosísimo del real servicio, deseoso de el lucimiento de aquellas provincias ; y no solo se informó de lo que miraba á la Florida, pero supo qué fuerte era el de san Jorge, fabricado por los ingleses ; qué distaba de san Agustin ; qué guarnicion tenia ; qué comercio, y qué frutos llevaba la provincia ; cómo podria arruinarse ; si sería fácil la comunicacion desde los puertos de la Florida con el de santa María de Galbe por tierra ; qué puerto era el de la Movila ; qué poblaciones las de Misisipi, ó el rio de la Palizada, y otras cosas. Informó don Juan de Ayala sobre todo por escrito, y don Alonso lo remitió á la Junta de Guerra de Indias, con lo que sobre los capítulos de la instruccion estaba resuelto ; y lo demas que pedia el capitan Ayala para aquella plaza y provincias.

El primer capítulo de la Instruccion del gobernador don José de Zúñiga se reducía, á que se mandase enviar en dinero el situado de la fortaleza de san Agustin, para que se pudiese dar á los soldados el sueldo en tabla, y se socorriesen, como habia representado en 7 de marzo del año antecedente, y pidió, que para que pudiesen salir de los muchos empeños en que se hallaban, se les pagasen seis años atrasados que se los debian ; procurando que fuesen enteros los situados, por experimentar grandes faltas y fraudes en los que se enviaban de Méjico.

Ya se habia mandado el año antecedente, por real cédula, despachada en Madrid á 2 de marzo,

al virey de Nueva España, que librase al obispo de la Puebla de los Angeles, en las rentas y caudales de las cajas reales de aquella ciudad, el situado entero de un año, y una cuarta parte mas, para ir estinguendo atrasados, y que le enviase el obispo, y en su falta, don José Beitia Linage, alcalde mayor de la Puebla, y administrador de alcabalas; de modo que llegase entero á la Florida: la mitad precisamente en plata, alguna porcion de ella menuda, para el mas fácil uso de los soldados y naturales, y la otra mitad en harinas y géneros, que se pidiesen de san Agustin; prohibiendo que fuese persona de Méjico á llevarle, y mandando que el gobernador y capitán general de la Florida, con acuerdo de los cabos, oficiales, el cura, clérigos de la ciudad de san Agustin, y el guardian de san Francisco, eligiese sugeto á propósito que fuese por él á Nueva España, que no habia de pasar de la Puebla, ni ir á Méjico, ni gastar en el viage mas de cuatro meses (ó en caso de necesidad seis), llevando de salario 20 reales de plata cada dia sobre el sueldo que gozase. En la Puebla, que abundaba de todo lo que necesitaba la Florida, y valia mas barato que en Méjico, habia de tomar el situado, en que se adelantaba mucho tiempo, por la cercanía al puerto de la Vera Cruz: prevínose tambien que el que llevase una vez el situado á la Florida no pudiese volver por él.

Esta providencia tan acertada, justa y prudente, detuvo los grandes é imponderables daños que la Florida padecia con la tardanza de los situados, y los fraudes que en el caudal se comedian, gastando en inútiles ó injustas diligencias, derechos, regalos, porcion considerable; de suerte que pagando la hacienda real enteramente la consignacion, no recibia la mitad el soldado; y para que se lograse mejor la pia-

dosa, y diligente intencio[n] del rey y sus ministros, se mandó que el oficial de la Florida que fuese por el situado, llevase tambien certificacio[n] del obispo de a Puebla de los Angeles, su provisor, ó del alcalde mayor don José Beitia, del coste de los generos, para que no pudiese subir el precio á los soldados de la Florida.

El II capítulo era pedir 8000 ducados de vellon para que corriese alguna moneda libre de estraccion en aquellas provincias; porque la plata que entraba con la poca que en la tierra se adquiria, la sacaban toda los que las recogian para este efecto, padeciéndose grandes trabajos por la falta de moneda. Mejor resuelta que pedida iba esta pretension con la plata menuda que se mandaba enviar en la cédula referida, que aunque tambien se estrae, tiene mayor dilacion, y se apetece menos. Determinacion justísima, pues ya que en España corre tanta moneda de vellon, contra lo que practica y observa Europa (sino en poca cantidad), no era razon participasen las Indias semejante daño, dando ocasion á las continuas falsedades, que sin mas arte que la malicia, vuelven en oro y plata finísima el cobre, aun no bien purificado.

El III capítulo contenia, que se enviase á san Augustin artillería, porque mas de la mitad de la que estaba en el presidio era tan vieja que no podia servir: pedia tambien mosquetes, arcabuces, pólvora y otras municiones.

Ya estaba resuelto á representacion de el gobernador de la Florida, y dada órden el presidente de la casa de la Contratacion de que buscasse en Cádiz 12 piezas de hierro de 12 y 18 libras de bala, con palanquetas y atacadores, saca-trapos, cucharas, ó planchas de cobre, ó el metal para hacerlas en la Flori-



da, 100 mosquetes, 100 arcabuces, y 100 escopetas, para las ocasiones que se ofreciesen de noche, ó marchas largas, 50 carabinas, 400 hierros de chuzos, ó picas, 100 quintales de pólvora delgada, porque la gruesa de la Nueva España no servia sino para la artillería, pues cargaba á las armas menores tanto, que á cuatro tiros no cabia la bala en el cañon; y se repitieron las órdenes, mandando se embarcase todo en el navío que don Eugenio de Miranda habia de enviar á la Habana: no tuvo entonces efecto; pero se mandó entregar á don Juan de Ayala, para que lo llevase en su navío, el cual pidió, que el presidente de la casa ajustase el flete, y le diese certificacion para que se le pagase en la Florida.

El IV capítulo era sobre que se aumentasen 50 hombres á la guarnicion de el presidio, y los de puestos que se guardan en las costas; porque la dotacion constaba solo de 353 hombres, de los cuales estaban 40 ó 45, y un cabo, en Apalache, á distancia de 80 leguas de san Agustin, para tener aseguradas aquellas provincias; seis soldados, y un cabo, en Timuqua, ó Timagoa, á 30 leguas del presidio; 18 soldados, con otro cabo, en Guale, que distaba 18 leguas; y demas de estos, siempre estaban cinco centinelas en la costa, á 9 y 12 leguas de la plaza, con 25 soldados, para dar los avisos necesarios al capitan general. En las balandras ó fragatas, que estaban en el puerto, regularmente habia mas de 40 personas, porque marineros y soldados gozaban sueldos. Habia 35 plazas muertas de viudas é inútiles, con que la guarnicion quedaba tan corta, que era imposible defenderse en ninguna invasion; sobre lo cual ya tenia resuelto en 9 de enero la Junta de Guerra, á representacion del gobernador, añadiese 50 soldados, que con los 100 que Ducas habia de dejar en la Habana (de que no llega-

ron mas de 70) y 50 hombres que se mandaba al virey de Nueva España enviase á la Florida, socorridos de todo, podria mantenerse aquella campaña el presidio. Repetida la instancia sobre el aumento de la dotacion de la plaza, mandó el Rey se aumentasen los 50 hombres; y al Consejo de Indias que dispusiese los medios necesarios para levantarlos y conducirlos.

En el V capítulo de la Instruccion se pedian medios para concluir la muralla contra el mar, aunque ignorando el caudal que sería necesario, y el tiempo que se tardaria en perficionarla. No se tomó entonces providencia sobre esto, por haber entendido que no era tan útil esta fábrica como se habia imaginado; pues el mismo gobernador don José de Zúñiga la tenia por infructuosa, y nada permanente contra el daño que amenazaba á la ciudad de san Agustin, y siendo el remedio preciso, solicitó se enviase ingeniero que reconociese uno y otro.

En el VI capítulo se proponia la utilidad que tendria al servicio de Dios y del Rey fabricar una casa fuerte en el pueblo de Ays, que está sobre la costa de la canal de Bahama, con guarnicion, oficiales, y cabo, y dos frailes de san Francisco, que fuesen doctrinando aquellos indios infieles, para que los soldados pudiesen avisar prontamente los fracasos de las naves de Indias en aquella costa y resguardar las que arribasen, é ir estendiendo la cristiandad al mismo tiempo con seguridad bastante; la cual proposicion habia hecho ya don José de Zúñiga en 25 de marzo del año antecedente, y en 9 de enero le dió orden la Junta de Guerra para que procurase la reduccion á la fé católica de los indios de Ays; y que sobre la casa fuerte determinaria el Rey lo mas conveniente.

De suerte que cuando don Juan de Ayala llegó con la instruccion del gobernador, que ya estaban

determinados casi todos los puntos de ella, á consulta de el Consejo de Indias; por lo cual representó nuevamente don Juan, que en los cuerpos de guardias principales de la plaza y del castillo no quedaban luces de noche; y ofreciéndose algun arma, ni los soldados podrian acudir á tomar las suyas, ni las municiones necesarias, porque antes de encender luz habria sucedido alguna desgracia grande: que el presidio estaba sin cirujano, ni carpinteros de riberas y calafates, ni condestable que supiese manejar la artillería, ni quien lo entendiese, ni aun los soldados estaban diestros en disparar; y esto podría enmendarse, si se mandase darlos la pólvora, que se empezaba á echar á perder, para que se ejercitasen y estuviesen hábiles en cualquier ocasion.

Túvose por preciso añadir al situado las luces para los cuerpos de guardia, y que se diese orden al gobernador de la Habana (que habia sido elegido don Pedro Alvarez de Villarin) para que buscasse luego uno ó dos cirujanos, y los enviase á san Agustin, donde se los pagase el sueldo de lo que quedaba del situado, en las cajas reales de la Florida, hasta que se aumentase esta porcion; para lo cual se dió orden al virey de Nueva España, y se mandaron enviar dos carpinteros y dos calafates, y proveer condestable que entendiese de artillería, y pudiese enseñar á otros, de modo que aquel presidio quedase en defensa.

Tambien entregó don Juan de Ayala una carta de el cacique principal de Apalache, superior de muchos caciques, en que le pedia suplicase al rey alzase y quitase á los indios, sus vasallos, la pena de acudir forzados á trabajar en las fortificaciones de san Agustin, en la cual habian sido condenados mas de 60 años antes, por la rebelion que se ha referido: ofreciendo que cuando fuese necesario irian volun-

tariamente á trabajar. Ponderaba don Juan de Ayala ser importantísimo conceder esta gracia, no solo por la conservacion de aquellas provincias, y mas fácil reduccion á la fé católica, sino porque teniendo gratificados estos indios, serían mas inútiles, porque eran valientes para tener á raya los ingleses de san Jorge, con quien habia entonces guerra; pero sobre esto no se tomó resolucíon, y se pidió informe á don José de Zúñiga.

Premiando el mérito de don Juan de Ayala, le nombró el rey por el mes de mayo sargento mayor de la plaza de san Agustín, y para llevar la gente y municiones del socorro. Pidió don Juan se le permitiese navegar con un bajel suyo de 50 toneladas á la Florida, con calidad de hacer escalas en la Habana, Campeche y la Vera Cruz, solo, sin aguardar flota ó galeones, ú otro navío de bandera, libre de derechos, obligándose á llevar cuanto habian pedido los vecinos y soldados de la Florida, de que traia memoria; y aunque desde el año de 1697 estaba acordado se llevase todo, nadie lo habia hecho. Reducíase la memoria á ruanes, floretes y de cofre, creas de Leon, bretañas finas, cotanzas, estameñas, medias de Inglaterra y de Toledo, holandillas, barraganes, tafetanes dobles y sencillos, paño de Holanda, olanés, picotes, bayetas de colores, sargas finas de colores, mantos de Sevilla, sombreros de Bredá y de castor, hilo de Clemen blanco, y de otras colores, seda de ojalar y coser, galon de oro, hilo de Vala, colonias, cera blanca y amarilla, cuentas de vidro azules, papel blanco, euchillos de Flandes, hierros de pretina y Bergajon, piedras de amolar, vino, aceite, vinagre, aguardiente, lona de Holanda, jarcia de cáñamo, y otras cosas: todo á precios tan acomodados, que algunos valen mas caros en Ma-

drid ; ofreciendo entregarlos por el valor del coste en los almacenes reales de san Agustin : pidió tambien libertad de derechos ; la cual , no solo cederia en su utilidad , sino del presidio : pues otros , á su ejemplo , se animarian á llevar semejantes géneros , de que le resultaria gran alivio y conveniencia á los habitantes y soldados , logrando algun aumento el comercio de la Florida , que tanto importaba para su defensa. Concediósele la esencion de los derechos , hasta en cantidad de 4000 pesos , con prohibicion de tocar en la Vera Cruz ; y se le concedió tambien , que pagando la mitad de los derechos , llevase 12 negros ladinos , atendiendo á lo mucho que importaba en aquella tierra la cultura de los campos.

Habia pedido que el presidente de la casa ajustase el flete de los 50 soldados que se habian de embarcar en su navío á la Florida , para que se le pagase en las cajas reales de ella ; pero sabiendo el destrozo hecho por los ingleses en la ciudad de san Agustin , y que no sería mejor librado que los demas , volvió á pedir se le entregase en España para consumirlo en mayor socorro , y que se le librasen 25 ó 3000 pesos en vacantes de obispados para reedificar la ciudad.

Crozat , mercader francés , propone introducir en Nueva España franceses , y no admite el rey de Francia sus proposiciones.

Año de 1704.

Blas Moreno , pasando la canal de Bahama en dos navíos con 150 españoles , rindió una pequeña isla que poseían los ingleses , apoderándose del castillo , en que halló artillería , pólvora y municiones , y con menos gente se apoderó Juan Lopez de la isla de Siguatei , asolando la villa , que tenían poblada los ingleses con mas de 200 vecinos , cuyas acciones y

otras refrenaron el licencioso anhelo de los piratas ingleses.

Volvió á instar Crozat, reconociendo que la repulsa habia procedido de evitar las quejas que podian dar los españoles, por el perjuicio que podia ocasionarlos su intento, asegurando las grandes conveniencias que se seguirian á los españoles de llevar tropas francesas á las cercanías de Panzacola, pues los indios sosegarian su altivez viendo mayores fuerzas, y aquellas provincias fácilmente se sosegarian, si en el presidio de santa María de Galbe se pusiese mayor guarnicion de franceses, de que se seguirian considerables utilidades á españoles y franceses, sin embarazarse las que podian tener unos con las que pertenecian á otros.

Año de 1705.

Iban vestidas con circunstancias tan apacibles las proposiciones de Crozat, que hallando abrigo en algunos ministros, persuadieron al gran Luis XIV ser conveniente ejecutar lo que proponia; pero no queriendo motivar desazon al Rey, su nieto le comunicó todas sus ideas; mandó el Rey al Consejo de Indias consultase con su parecer lo que se le ofreciese sobre el contesto de las cartas del Rey Cristianísimo; y habiendo reconocido muy despacio el inteligente celo de sus ministros, los grandes daños que padecería la corona de practicar las ideas de Crozat, manifestando ser aparentes las conveniencias, todas dirigidas á un manifiesto engaño, para apoderarse de la provincia de Panzacola, Sabacola y otras sobre los puertos y bahías de la ensenada de Méjico: manifestó al Rey el verdadero intento Crozat, con lo cual no se admitieron las proposiciones, y se res-

pondió al Rey Cristianísimo el perjuicio que contenian las paliadas ideas de Crozat, y que dando lugar á ellas no podian mantener los españoles aquellas provincias, ni otras, quedando espuestos con cualquier ocasion leve al mayor riesgo.

Año de 1706.

En el mes de agosto murió en san Agustin don Antonio Menendez Marquez, contador de las cajas reales de la Florida, que habia servido con gran celo y desintereses, acudiendo á los gobernadores en las ocasiones, y ayudando los vecinos y soldados, los cuales sintieron mucho su falta.

Habiendo visto el Cristianísimo las cartas del Rey advirtió luego la malicia de Crozat, y estuvo determinado á mandar se retirasen las tropas de la Movila; pero suspendió ejecutarlo porque convenia á ambos tener en aquellos parages algunas fuerzas prontas para oponerse á los ingleses en caso que quisiesen invadirlos, ofreciendo abandonar el país en concluyéndose la paz.

Año de 1707.

Fue bastante pretesto á Crozat para no desamparar sus intentos, que se mantuviesen las poblaciones francesas en la Movila y otras partes cercanas al seno Mejicano: prosiguió sus pretensiones, acomodándose al tiempo, y valiéndose de empeños y dispendios, que por ser tan rico le hacian poca falta.

Año de 1708.

Don Francisco de Corcoles Martinez tomó posesion del gobierno de la Florida por el mes de noviembre, y don José de Zúñiga, su antecesor, espe-

ró ocasion de hacerse á la vela á la Habana, desde donde pasó á España el año siguiente.

Procuró don Francisco dedicarse al cumplimiento de la obligacion de su empleo. Agasajó á los indios que venian á san Agustin, confirmando el afecto que tenian á aquel presidio; procuró desterrar algunas introducciones poco decorosas, aunque útiles á algunos vecinos de la ciudad, los cuales empezaron á disgustarse, y representar el daño que se los seguia de lo que intentaba; pero no cediendo su entereza, empezaron á malquistarle sin causa.

Año de 1709.

El rey hizo merced á don Francisco Menendez Marquez del oficio de contador de las cajas reales de la Florida, que tantos años y con tanta aprobacion sirvió su padre, no solo porque se esperaba le imitase en la bondad y celo, sino porque habia servido en aquellas provincias, especialmente debajo de la mano del gobernador don José de Zúñiga, y en la ciudad de Cartagena, con gran valor y reputacion.

Año de 1710.

Los indios, vasallos del cacique de Caveta, rompieron la guerra á los ingleses de la Carolina y Virginia, y no pudiendo sosegarlos hicieron los mayores esfuerzos contra ellos, para defeuder sus haciendas, ganados y plantíos.

Hallábanse por este tiempo Osiuntulo, hijo del cacique de Caveta, el cacique de Apalache, Adrian, indio cristiano, y otros indios, en la ciudad de san Agustin, tan agasajados del gobernador y de los demas vecinos, que trataban con grandes veras á la utilidad de los españoles.

No estorbó la guerra de los indios á los ingleses

para enviar á Inglaterra 22 navíos mercantiles, escoltados de dos de guerra, de 24 á 40 piezas: quíso-los abordar junto á Calés, Monsieur Sausf, con tres bajeles que tenia, no dió lugar su fuga, mas fue ocasion de tomar 14 de los mercantiles; despues de haber quemado dos, entró en Calés con esta presa Sausf, que causó mucho daño á los ingleses, y mas habiendo tomado el capitan de la Jaille, y al capitan de Boris, tres naos inglesas que venian de la Nueva Yorck cargadas de mercaderías, hallándose solo con dos bajeles, aunque el uno de muy buena calidad.

Año de 1711.

Algunos vecinos de san Agustin de la Florida, que estaban disgustados con el gobernador don Francisco de Corcoles, se quejaron al virey de Nueva España, con el pretesto de haber permitido á los mensageros de la Carolina, ó san Jorge, que cuando venian á traer prisioneros á san Agustin tuviesen en cierto modo tráfico y comercio en aquella plaza, añadiendo otras cosas procedidas mas de particulares pasiones que del público bien de la tierra.

Crozat, instruido de los viages de Roberto de la Sala y de Iberbile, sin hacer reflexion sobre sus desgraciados fines, volvió á intentar la poblacion de el rio de la Palizada, con mejor fortuna, aunque con las mismas medras.

DECADA VIGESIMAPRIMA.

SUMARIO.

El sargento mayor don Juan de Ayala y Escobar entra á servir el gobierno de la Florida, en interin, habiendo cumplido don Francisco de Corcoles. Socorre una gran hambre en la ciudad de san Agustin. Procura el aumento de las poblaciones de la Florida, supliendo de su caudal muchos gastos. Tascaliche y Aorian, caciques, le instan á pueblar el puerto de san Marcos de Apalache; y envia á don José Primo de Ribera con 70 hombres, y se fortifica. Los escoceses pueblan la isla de santa Catalina, y trata de despoblarlos don Juan. Don Antonio de Benavides es nombrado para el gobierno de la Florida. Solicita echar á los ingleses de san Jorge. Su desvelo en la conservacion de aquellas provincias. Es prorogado. Crozat consigue el comercio del rio de la Palizada, ¿y con que condiciones? Multitud de franceses que pasa á poblar sus riberas, y las amistades que procuran con los indios hasta los Tejas. Causa recelos á don Gregorio de Salinas, gobernador de Panzacola y santa María de Galbe. Da cuenta al virey de Nueva España, y pide se fortifique el presidio y la punta de Sigüenza. Previénese contra la sorpresa que imagina. Niégale bastimentos el gobernador de la Masacra. Pasa á Méjico. El baron de san Casteins enriquece entre los indios Abenaquis. Muere el Gran Luis XIV, rey de Francia. Levanta el gobernador de la Movila el fuerte de Tolosa en los Aibamos. El cacique de Caveta quiere admitir en su tierra á los ingleses. Resístele Osiuntulo su hijo, que trae á los españoles á san Agustin. Los indios aliados de los ingleses intentan embestir al presidio de santa María de Galbe, y son rechazados. Daños que hacen á los ingleses los de Caveta. No admiten la paz que les ofrecen. Tixjana, capitán de los Talipuces, y Juan Marcos, cacique de Apalache, van á Méjico, y baptizase Tixjana. Pónese el nombre del virey, y es nombrado maestro de campo de los indios Talipuces, ó Talipuches. Vuélvense á santa María de Galbe, é instan al gobernador, en interin, don Juan José de Torres envia á Caveta á ratificar la paz, y va el ayudante don Juan Fernandez de la Orta. Ejecútalo, y propone á los indios vengan á poblar á las cercanías del presidio. Lo que le sucedió con Chipaca-

fi, hijo del cacique, quien deja el cacicazgo, y entra en posesion Chipacafi. Va á ver al gobernador de la Movila, ¿y por qué? Y el ayudante se vuelve á santa María de Galbe con un hermano de Chipacafi y otros indios. El coronel don Juan Pedro Matamoros sucede en el gobierno de la Palizada á don Gregorio de Salinas. Estado en que halló el presidio, y providencias que dió para fortificarle, y á la punta de Sigüenza, desconfiando de los franceses. Requiere los dejen la bahía de san José. Socorre á san Marcos de Apalache. Juan Marcos, gobernador de Apalache, forma cerca de santa María de Galbe el pueblo de Nuestra Señora de la Soledad y san Luis. Retíranse los franceses de la bahía de san José, y va á poblarla don Gregorio de Salinas. Envía el virey de Nueva España á don Dionisio Perez Ballones á ocupar la bahía del Espíritu Santo. No puede entrar en ella, y va con socorro á Panzacola. Guerra con Francia y Inglaterra. Los franceses toman el presidio de santa María de Galbe, y con qué capitulacion. Embarcan á don Juan Pedro Matamoros y la guarnicion de santa María de Galbe. Armamento contra los ingleses, dispuesto por el brigadier don Gregorio Guazo Calderon, gobernador de la Habana. Sale el capitan don Alonso Carrascosa de la Torre comandándole, y encuentra en dos navíos franceses al gobernador don Juan Pedro y su gente. Muda don Gregorio de dictámen, y envía el armamento á restaurar á santa María de Galbe. Consiguelo, y vuelve el gobierno á don Juan Pedro Matamoros. Alborótanse algunos soldados de don Alonso, y los sosiega. El conde Chamelin vuelve sobre santa María de Galbe; apresa las naves del armamento, y otras que venian de socorro, y rinde otra vez la plaza. Quémala, y trae á Francia prisioneros de guerra á don Juan Pedro, don Alonso, y otros capitanes y soldados. D. Fr. Gerónimo de Valdés, obispo de Cuba, envía á su obispo auxiliar don Dionisio Rosino, á visitar la Florida. Intenta que se erija en obispado. El rey de Dinamarca envía á reconocer la Groenlandia. El gobernador de Nueva Yorck ratifica la amistad con los indios. Rebélanse contra el gobernador de Nueva Inglaterra, y los declara por traidores. Llega el marqués de Casa-Fuerte á la Vera Cruz á suceder al marqués de Valero en el vireinado de Nueva España.

Año de 1712.

El marqués de Valero, virey de Nueva España, habiendo visto las cartas de los quejosos de la Florida,

escribió al gobernador don Francisco de Corcoles, reprendiendo lo que permitia ; pero como era manifiesta impostura, le respondió en 16 de febrero, desvaneciendo la calumnia con públicos instrumentos que justificaban su buen modo de proceder, y estar los delatores apasionados sin haberlos dado motivo.

Pero quedaron estos, y otros que se los juntaron, tan enojados de que la resolución del virey no hubiese sido como deseaban, que viendo cumplia su gobierno, empezaron á publicar cargos para hacer ruido en la residencia: cumplió su gobierno, y se encargó de él con Juan de Ayala, sargento mayor, que le pretendia en propiedad, y que se diese la sargentía mayor á su hijo.

Esta mudanza fue utilidad á los vecinos y soldados; porque como algunos estaban tan disgustados con don Francisco de Corcoles, no hubiera sido posible hallar socorros en la gran hambre que padecieron, causada de no haber en la comarca ningun bastimento de que valerse, y faltar, con la furia de el mar, los situados de Nueva España; de suerte que para mantenerse se vieron obligados á comer por los meses de marzo y abril, caballos, perros, gatos y otros animales asquerosos.

El rey de Francia concedió á Crozat en 14 de setiembre, que él solo pudiese comerciar y poblar el país de las riberas del rio de la Palizada, ó Misisipi, por espacio de 15 años, haciéndole muchas mercedes, en confianza de que siendo tan rico cumpliria lo que capitulase; con lo cual se prometia tener libertad de comercio en la Habana y en la Vera Cruz aniquilando el nuestro; y entre las condiciones que se le otorgaron fue una, que pudiese enviar á la costa de Guinea un navío á cargar de negros.

Año de 1713.

Descubrió don Gregorio de Salinas, gobernador de Panzacola, y de la plaza de santa María de Galbe, una balandra inglesa, ancorada en la isla de santa Rosa, á la punta de Sigüenza, para hacer agua y leña: envió á llamar al capitan para informarse; pero con pretesto de estar enfermo, se escusó, y no quiso consentir fuese á ver al gobernador ninguno de los que venian con él: esta resistencia motivó dar orden para que le trajesen, y estando disponiendo ejecutarlo, levó anclas el inglés, y siguió su viage, sin que pudiesen alcanzarle los tiros que le dispararon del castillo de san Carlos.

Don Juan de Ayala, gobernador interino de la Florida, sabiendo el deseo que tenia el rey de la conservacion de aquellas provincias, se dedicó con gran cuidado á mantenerlas y mejorarlas, gastando quanto se le envió, y faltando para muchas cosas precisas, suplió de su propio caudal este año y los siguientes mas de 8000 pesos.

Año de 1714.

Los franceses, poblados en las riberas del rio de la Palizada y la Movila, procuraban con gran desvelo aumentar las poblaciones, y reducir á los indios comarcanos á su devocion, sin hacer gran reparo en que fuesen vasallos del rey.

El baron de san Casteins, natural de Oloron, en Bearne, deshecho el regimiento de Carignan, en Canadá, años antes se retiró á vivir entre los indios abenaquis; allí se casó, al uso de ellos, y cobró tanta autoridad, que le hicieron su cacique; intentó la conversion de aquellos pueblos, pero sin fruto; pues aunque los indios le tenian gran veneracion y respe-

to, en llegando á predicarlos se burlaban. Este baron se habia hecho hombre riquísimo; porque cuando alguno venia á contratar con los indios, recogia todos los rescates, dando por ellos lo que parecia equivalente, y despues trocaba á los indios las mercaderías recogidas por pieles de castor, cabras y otras, como queria; porque en la tierra en que estaba nada se hacia sin su consentimiento; por esto le contemplaban los gobernadores de Canadá, y los de Nueva Inglaterra le temian; y era tanta su maña, que aquellos bárbaros le miraban como á su Dios. Casó sus hijas con franceses, dándolas grandes dotes, y es el único que entre indios (aunque con pérdida de su conciencia) ha medrado en este siglo.

Año de 1715.

Los indios aliados de los ingleses de la Carolina procuraron hacer algunas invasiones en santa María de Galbe, aunque en tan corto número, que no pasaban de 100, siempre conducidos por dos ó tres ingleses, pero fácilmente los hacian retirar los españoles del presidio, que vivian en toda confianza y seguridad; porque á su entender le conservaban los franceses en aquellos paises como auxiliares, y no pensaron en que jamás se atreviesen los ingleses á embestir la plaza con mayores fuerzas; y si lo intentasen, con el favor de los franceses era fácil desbaratarlos; pero esta confianza y seguridad desvaneció la muerte del glorioso monarca Luis XIV, que sucedió con gran daño de la cristiandad, y de ambas naciones, á 1 de setiembre, en edad de 77 años.

Con esta novedad renovó Crozat sus primeras ideas, y amparado de los ministros que antes le patrocinaron, influyeron al duque de Orleans, regente del reino, en la menor edad de Luis XV, rey de

Francia, mayores conveniencias que las que habian exagerado antes, lo cual dió motivo á que permitiese pasar al seno Mejicano muchos franceses. Dió licencia para establecer una compañía de comerciantes que llamó de América, la cual se obligó á llevar cada año cierto número de familias á la Florida para poblar, y gente de guerra: estendieron las poblaciones por las riberas del rio Misisipi, ó de la Palizada, cortando una provincia de mas de 1000 leguas en aquel vasto continente: fabricaron despues la Nueva Orleans, y hicieron otros fuertes, para poder seguramente entrar en el Nuevo Méjico, y apoderarse de algunas minas en la Nueva España.

Año de 1716.

Tenia en grande inquietud á don Gregorio de Salinas, gobernador de Panzacola, el extraordinario cuidado y diligencia con que los franceses conducian gentes innumerables, y todo lo necesario para poblar en muchas partes, no perdonando trabajo ni desvelo en conseguir la amistad de los indios, habiendo logrado poner á su devocion todas las naciones bárbaras que hay desde la Masacra y Palizada hasta las provincias de los Tejas, en el Nuevo Méjico, por mas de quinientas leguas. Sabia que se fabricaban en los sitios mas importantes fortalezas, y una de mayor consideracion en la provincia de los indios Sirunues, que está cerca, ó dentro del Nuevo Méjico; sitio donde trabajaban en minas de plata, en la que ellos llamaban Lusiana, en el seno Mejicano, al Nor Norueste de la Movila: y aunque reconocia don Gregorio que nada de esto era correspondiente á la amistad y buena fé, bastaba, para disimular sus sospechas, la estrecha union de España y Francia; de suerte, que por no rebelarlas, ni oca-

sionar desconfianzas, no se atrevió á enviar á requerir á los cabos y gobernadores franceses que desembarazasen las tierras que iban usurpando al rey.

Pero no pudo omitir avisar al virey de Nueva España de todas sus presunciones, instando con grande eficacia en que se fortificase á santa María de Galbe y la punta de Sigüenza, de que en cualquier caso pendia la seguridad de la tierra; pues fortificada la punta, era fácil impedir la entrada á los navíos en el puerto de santa María de Galbe, que de otro modo quedaba libre de la artillería del castillo de san Carlos, que aunque estuviera toda montada y lista, no alcanzaba á estorbarla.

Lo que mas le desasosegó fue saber que en la Masaca (cuyo puerto habia cegado el mar poco antes) y en la Movila se trataba de que el puerto de santa María de Galbe no pertenecia á los españoles, porque los franceses habian estado poblados en él, mucho tiempo antes, que era menester tomarle, sino le entregaban, para suplir el que habia cubierto de arena el mar.

Con ser esto una falsedad, temió que publicándose determinasen embestirle: procuró poner su presidio en el mejor estado que pudo, porque no tomasen pretesto de las hablillas para intentar alguna sorpresa; compró fiada á Santiago Bochel, inglés, la carga de harina de una balandra, y le envió por el precio de ella á Méjico, ofreciendo guardarle la poca hacienda que tenia en santa María para cuando volviese por ella, y se fuese á la Carolina. Socorro entonces muy grande, porque ni de la Habana ni de la Vera Cruz habia venido ninguno y se hallaba sin bastimento.

A los ingleses de la Carolina los iba muy mal con la guerra de los indios Cavetas que los hacian tan gran-

des daños, que retiraron sus ganados y desampararon algunos plantíos de tabaco ; y reconociendo que esta era la mayor miseria que en aquel país podian tener, hicieron varios discursos para proponer paz á los indios; mas empezando á practicarlos no pudieron proseguirlos.

La ciudad de san Agustin estaba tan falta de bastimento que se vió precisado don Juan de Ayala á valerse de los extranjeros hasta que llegasen los situados que el temporal dilataba.

Año de 1717.

El gobernador de la Carolina envió 12 ingleses, y un negro, con muchos regalos á persuadir al cacique de Caveta dejase la amistad de los españoles, ofreciéndole si se confederase con el rey de Inglaterra grandes ventajas: fueron tantas las persuasiones y las ofertas, que le inclinó el mayor interés á hacer alianza con los ingleses, y lo hubieran logrado, si (hallándose allí un cabo con algunos soldados de la ciudad de san Agustin que habia salido de ella á 26 de agosto) no se hubiera opuesto Osiuntulo su hijo á que se admitiesen los nuevos amigos, tan empeñado en defender la amistad de los españoles, que estuvo para tomar las armas contra su padre: cuyos secuaces disponian quemar á los españoles en el alojamiento, creyendo era instancia suya la que animaba; pero habiendo sabido Osiuntulo esta maldad, los libró de el riesgo con el general Tascaliche, y otros caciques, sacándo los de el pueblo, llevándolos con mucha seguridad y agasajos hasta la ciudad de san Agustin, donde llegaron á 16 de octubre. El cacique Adrian estaba entonces en la ciudad con 46 indios Apalachinos, y entre ellos algunos principales: todos agradecieron

á Osiuntulo , y á los demas Cavetas , la fidelidad que usaban con los españoles , aplaudiéndolos tanto , que quedaron tan desvanecidos que confirmaron en el dictámen de mantenerse con los españoles , y impedir la intencion de los ingleses. Holgóse mucho el gobernador don Juan de Ayala , y los regaló y festejó hasta sentar á su mesa á los mas principales: hacia grandes dádivas á todos, que son los beneficios que conocen y estiman.

De este modo trataba don Juan á todos los indios que llegaban á la plaza , experimentando buenos efectos con sus agasajos y liberalidades; y no fue el menor haberle traído estos soldados y resistido Osiuntulo la amistad de los ingleses con tanto vigor , á que dió motivo haber estado pocos dias antes en san Agustin , de donde don Juan de Ayala le habia enviado á su tierra muy agradecido y regalado.

La compañía formada en Francia para el aumento y poblacion de la Florida se deshizo , y se fundó otra nueva , en que entraron algunas personas considerables , y para que esta tuviese mayores progresos asegurando las entradas de la tierra adentro , para reducir los indios bravos que estaban á la obediencia de el Rey: el gobernador de la Movila, poblacion de franceses, 14 leguas de santa María de Galbe al Poniente , hizo fabricar un fuerte en la provincia de los aybamos, pueblos infieles, 70 leguas distante de la plaza de santa María de Galbe y del mar , al oriente de las naciones de los Cavetas y Talipuces ; cuyos territorios están unidos á las provincias de Apalache , y otras del gobierno de san Agustin y la Carolina , y al Nordeste distaria 130 leguas de la Movila, y á esta fortaleza puso por nombre Tolosa.

Hallábase sin bastimentos el gobernador de Pan-

zacola, don Gregorio de Salinas; y no teniendo medio de socorrer esta falta, envió al comandante de la Masacra á que le vendiese algunos. Nególo, esperando que la necesidad hiciese desamparar aquella poblacion á los españoles para ocuparla; pues cegado el puerto de la Masacra, era dificultoso mantener allí el presidio francés: de esto resultó en santa María de Galbe gran necesidad, porque la jurisdiccion de la plaza era muy estrecha y poco frecuentada de las naciones de indios, que no tenian comercio en él ni se daba la mano con Nueva España; pues aunque está contiguo el terreno al Nuevo Méjico, no hay poblaciones sujetas al Rey que faciliten la comunicacion: muchas naciones de caribes sí que la imposibilitan; lo cual hace los caminos impene-
trables.

Y aunque el Rey por mano de don Miguel Fernandez Durán, marqués de Tolosa, dió orden al virey de Nueva España para que asistiese al gobernador de Panzacola con los situados corrientes y atrasados, encargándole la puntualidad, tardó tanto en llegar, que no se supo de ellos en santa María de Galbe hasta julio del año siguiente, que los recibió don Juan Pedro Matamoros.

Tenia consigo don Gregorio de Salinas muchos indios talipuces y apalachinos, que ayudaban á consumir los pocos víveres de el presidio, y frustraban cualquier industria de que se quisiese usar, porque no llegasen á conocer la necesidad y flaqueza de la gente. Habia observado, que oyendo la grandeza del virey de Méjico y de aquel imperio, tenian deseo de verle: los mas principales eran Tixjana, capitán de guerra del pueblo de Talisi, en los talipuces, y Juan Marcos, cacique de Apalache, y procurando escusar raciones, los instó á cumplir su deseo ani-

mándolos al viage y dándolos todo lo necesario, se embarcaron porque ya tenia avisado el marqués de Valero lo que intentaba ejecutar. Envió otros indios á sus tierras muy regalados, con lo cual se desembarazó el presidio y pudo regular las raciones de modo que llegase el socorro antes que totalmente se acabasen los bastimentos.

Tixjana, Juan Marcos y otros indios, llegaron á la Vera Cruz felizmente, fueron tratados con agasajo de todos y llevados á Méjico. Quedaron admirados de ver la grandeza de la ciudad, donde los recibió el virey afablemente: mandólos dar buen alojamiento, y dentro de pocos dias se bautizó Tixjana, poniéndose el nombre del virey con gran celebridad.

Estando ya para volverse á la Florida los indios, manifestaron su agradecimiento al virey, y su fidelidad al Rey, en cuyo nombre los ofreció el marqués de Valero, que si se conservasen en su dominio, siempre los asistiria en paz y en guerra contra todos sus enemigos; á lo cual respondieron muy conformes á la voluntad del virey, el cual nombró á Tixjana por maese de campo general de los indios talipuces, y á Juan Marcos por gobernador de Apalache; y habiéndolos mandado regalar, volvieron á santa María de Galbe muy favorecidos y contentos, cuando ya habia salido don Gregorio de Salinas llamado del marqués de Valero, á comunicar algunas cosas importantes al real servicio.

A 18 de febrero nombró el Rey por gobernador de Panzacola y santa María de Galbe al capitán don Juan Pedro Matamoros, natural de Granada, que habia servido 21 años incesantemente con tanto valor, celo y distincion, que hallándose de guarnicion en Tarifa, y siendo preciso ausentarse

el brigadier don Juan Adan Muñoz, gobernador de la plaza, se la dejó encomendada en dos ocasiones. En Ceuta cuando se recuperó la lengua de la Sierpe, fue de los primeros que se arrojaron al ataque; y en la salida que se hizo en 18 de mayo de 1703, en que fueron desalojados los moros enteramente de los ataques, se señaló su valeroso ardimiento; de suerte que escedió su obligacion. En Badajoz se desveló mucho en cumplir con ella cuando estuvo de guarnicion en aquella plaza. En Gibraltar entre otras acciones famosas, toleró el dia 14 de diciembre de 1704 el terrible fuego de los enemigos, distribuyendo las órdenes hasta que se voló el almacén de nuestra pólvora, causando sus ruinas lo que no pudieron los enemigos, que fue maltratarle y hacerle retirar como de milagro vivo. Y el dia 28 de febrero, en el avance del baluarte del Pastél, recibió un balazo en una pierna. Siguió hasta Inhiesta el año de 1706 á los enemigos; se halló en la toma de Helche y Cartagena, y volvió á Ceuta á continuar sus servicios con grande lustre y aprobacion de sus cabos.

Pasó don Juan Pedro á Méjico, y presentó su título al marqués de Valero, virey de Nueva España; el cual, en virtud de la real orden con que se hallaba, le despachó título de maese de campo, y coronel de la gente de mar y guerra de su gobierno, á 4 de noviembre; con lo cual se despidió y pasó á la Vera Cruz á esperar de mas cerca ocasion para embarcarse.

Año de 1718.

Los indios talipuces y de Caveta que habian llegado á santa María de Galbe de la Nueva España, y otros que se hallaban en aquella plaza, hicieron grandes instancias á don Juan José de Torres, sar-

gento mayor y gobernador interino de ella, para que despachase comisario á sus pueblos, á ratificar la paz y fidelidad ofrecida al Rey, y la amistad con los españoles, en que querian conservarse siempre sin admitir otra nacion; y viéndose precisado, envió á don Juan Fernandez de la Orta, ayudante supernumerario de aquella plaza, con cuatro españoles, instruido de lo que habia de ejecutar. Entrególe carta para que el cabo del fuerte de san Jorge, que es el mas cercano á san Agustin, enviase por 3000 pieles de venado, harina y demas géneros que tocaban á Santiago Bochel, y estaban depositados en don Bernardo de Almonacid, pagador de aquella plaza; cuya restitution habia mandado hacer el marqués de Valero, virey de Nueva España, aunque se tenia noticia de que trataban de ocupar la bahía de san José los ingleses de la Carolina, y que lo hubieran ejecutado si no fuese por el embarazo que los causaba la pacificacion de los indios levantados contra ellos.

Don Juan Fernandez de Orta con los cuatro españoles, y Juan Marcos, indio, á quien el virey habia hecho gobernador de los apalaches (que servia de intérprete) Tixjana que en Nueva España recibió con el bautismo el nombre de don Baltasar José Antonio, y muchos indios principales, á quien acompañaban otros, partió de santa María de Galbe el dia 24 de enero; y á 26 de febrero llegó á Teguale, pueblo de los talipuces, donde le esperaba el gran cacique ó emperador de Caveta; acompañado de los demas caciques y principales de las naciones sujetas á él. Recibióle con grandes fiestas y aclamaciones, y universal contento de los indios; que al dia siguiente se juntaron en la casa destinada para hospedage de don Juan Fernandez; y habiéndose sentado, precediendo sus ceremonias, propuso don

Juan el motivo de pasar á sus dominios, enviado por el gobernador de santa María de Galbe, en nombre de el Rey. Refirió las utilidades que de la paz se seguian; y concluyó con que esperaba confirmasen la paz que tenian con él, y todos sus vasallos sinceramente y con buen corazon, sin disimular nada; y si alguno no quisiese, pedia que hablase claramente y no entrase en ella; porque el Rey ni el gobernador no querian que ninguno fuese amigo ni vasallo por fuerza. El emperador respondió que estaban determinados todos á celebrar esta paz, verdaderamente muchos dias habia, y mas de cuarenta que en compañía de todos, vasallos, esperaban á que viniese con los caciques de su nacion, que estaban en la Nueva España, para hacer las ceremonias que en ratificación de paces se acostumbraban; pues de no haberlas ejecutado, era única causa su tardanza: mandó se hiciesen con toda solemnidad y regocijo las ceremonias que usan estas gentes, las cuales se celebraron con gran aplauso; y fenecidas con mucha alegría de los indios, dijo don Juan: que bien merecia aquellas espresiones el favor que el Rey y el virey en su nombre los hacian, admitiéndolos debajo de su real proteccion, con la mayor benevolencia y agrado, de que eran testigos los caciques y demas indios que venian de Nueva España y estaban presentes; porque el marqués de Valero, que era de los mayores señores de España, por sí y por el Rey los habia asegurado acudirlos con quanto necesitasen, en paz y en guerra, como súbditos que estaban debajo de la proteccion real. Respondieron todos, que estaban muy conformes, y que eran en ello bien afortunados; y volvió el emperador á ratificarse en esto, diciendo á los caciques que las ceremonias presentes se hacian en fé de lo que decia don Juan

Fernandez, que mas por estenso le habian explicado sus caciques.

Tuvo don Juan por buena ocasion esta, de proponerlos viniesen á poblar á las cercanías de santa María de Galbe como traia prevenido en sus instrucciones; porque los vió con tanto regocijo, que se persuadió á que se vendrian con él; y hablando con el emperador le dijo: que para que él y sus vasallos viesen cuanto deseaba el Rey su defensa y alivio, sería muy conveniente que algunos de sus pueblos ó todos, viniesen á vivir en las tierras circunvecinas á santa María de Galbe, las cuales desde luego los daria S. M., y que esta liberalidad procedia de quererlos tener mas cerca para socorrerlos y ayudarlos contra cualquier enemigo prontamente, hasta destruirle; y en aceptar este partido, sentirian luego grandes utilidades, porque las tierras que ofrecia, eran mas fértiles que las que poseian, y la abundancia de caza que tenian y faltaba en la suya, era bastante para apetecerlas: que una vez poblados en aquellas cercanías, serían enseñados en lo que ignoraban, y los vasallos atenderian con mayor docilidad á los preceptos del emperador, caciques y demas principales, á quienes se conservaria el dominio y la decencia correspondiente á su estado, y lograrían mayor autoridad y estar mas ricos que la gente comun, fuera de sus sementeras que serían abundantísimas segun la calidad de la tierra: que la seguridad que daba la cercanía de los españoles, causaria que enriqueciesen con el trato y contrato, mejor que donde se hallaban. Quedaron los indios suspensos á esta proposicion, y el emperador dijo, que despues responderia.

Prosiguió don Juan diciendo, que el marqués de Valero habia nombrado á Tixjana por maese de

campo general de todas las naciones sujetas al emperador de Caveta, y le habia puesto el nombre de don Baltasar José Antonio, haciéndole tan grande honor para que consiguiese con el emperador entregase al gobernador Juan Marcos los esclavos cristianos, apalaches ú otros que estuviesen en sus dominios, pues era gobernador por el Rey de toda su nacion; á que respondió el emperador y demas caciques, se entregarían luego todos los indios; y con esto se disolvió la junta.

Aquella misma noche Chipacafi, hijo del emperador, llamó á don Juan, pasó á verle creyendo fuese para alguna cosa de importancia; y despues de varios cumplimientos, dijo á don Juan, le llamaba para que le sacára de una duda que le traía muchos dias antes sumamente confuso, y nunca habia podido salir de ella, aunque habia estado en la ciudad de san Agustin algunas veces, preguntando á otros indios que trataban con los españoles y á los que vinieron de Nueva España; pero ninguno le dió razon que le quietase; y que habiéndole parecido don Juan hombre despierto, presumia que con su ingenio la desvanecería. Hizo tan raros ademanes y misterios para decir esto, que don Juan se persuadia á que sería negocio muy difícil cuando se ocultaba á tantos; pero animándose, le dijo propusiese lo que dudaba, que si fuese capaz de resolver lo haría, y sino preguntaría á otros que sabian mas que él, y en breve tiempo le dejaría satisfecho. El indio entonces propuso con muchas palabras su duda, que se reducía á preguntar: ¿por qué siendo los españoles tan buenos cristianos, se mantenian en paz con los ingleses que eran tan malos? advirtiéndole que no se lo preguntaba sin gran motivo; porque queria saberlo antes de tomar la posesion del cacicazgo de su

padre, que al dia siguiente (con gusto de él, por hallarse viejo y con muchos años, y por aclamacion de todas las naciones) habia de tomarla, y lo hubiera ejecutado antes á no esperar su venida, y la de los caciques que volvian de Nueva España, y á Tixjana con el empleo, que todo se lo contó el cacique ó capitán á guerra del pueblo de Teguale, quien le dió esta noticia desde santa María de Galbe: que él tambien era hechura de los españoles; porque antes que á Tixjana le habia dado el gobernador y capitán general de la Florida (hallándose en san Agustin) un baston, en nombre de Felipe V, su Rey y señor, de capitán general de todas sus naciones, y que habia suspendido usar de él hasta que llegase don Juan y los caciques; y prosiguió diciendo deseaba tuviese entendido que él no se tenia por infiel, porque su madre habia sido cristiana de Apalache, y se hallaba casado con otra de la misma nacion y religion: lo cual decia para que conociese don Juan que se preciaba de buen vasallo del Rey, y queria estar advertido de lo que debia ejecutar, como los españoles hacian, y en todo le pidió su parecer.

Don Juan le respondió, que los españoles tenian paz con los ingleses por haberlo mandado el Rey, no tocándolos mas que obedecer como leales vasallos, porque en ejecucion de sus órdenes sin inquietar la causa, estaban prontos á perder las vidas; y que si se preciaba de tan leal vasallo como decia, debia hacer lo mismo. Dióle muchas gracias de lo que le habia comunicado, y del afecto que mostraba al Rey y á la religion; y pasando el indio con la conversacion adelante, le preguntó: ¿si despues mandaria el Rey hacer guerra á los ingleses y franceses? á que respondió don Juan, que no sabia si en adelante irritarian su clemencia, que si lo hiciesen, rom-

pería guerra con ellos, lo cual no podia hacer ningun vasallo sin órden espresa de su Rey: *pues en caso que la haya (dijo el indio) llevad entendido que yo y todos mis vasallos estaremos de vuestra parte, y esto yo os lo prometo: y si quereis os daré las seguridades que pidiéredes de hacerlo así siempre que se ofrezca.* Don Juan le dió otra vez las gracias, y le persuadió á que en la junta destinada el dia siguiente de sus caciques y principales vasallos, los propusiese particularmente, que sin disimulacion declarasen á quien se inclinarian en caso de guerra: ofreciólo Chipacafi, y don Juan despachó á un cacique, que era señor de la tierra de los aybamos, donde los franceses habian hecho el fuerte, con una carta del sargento mayor don Juan José de Torres.

El dia siguiente 28 tomó posesion Chipacafi en la conformidad que tenian dispuesto los indios lo mas solemnemente que se pudo; y habiendo propuesto á sus caciques y principales diesen su parecer en el caso de guerra, le respondieron todos, que en cualquier ocasion y tiempo seguirian á quien él siguiese, y irian á cualquier parte que fuese: despues en presencia de todos propuso don Juan recibiesen á Tixjana por maestro de campo general, y leyó el título mandado despachar por el marqués de Valero, esplicando en su idioma lo que contenia, diciéndolos habia de ser la segunda persona despues del emperador; dió el baston á Chipacafi para que le recibiese Tixjana de su mano, en nombre del Rey: ejecutólo así, y quedaron todos los caciques y principales muy contentos, y Tixjana fue elegido por señor de los talipuces. El dia 29 se despidieron los caciques de las naciones mas distantes para volverse á sus tierras: y el emperador con los que quedaron fue al pueblo de Tallisi, y don Juan con

ellos; allí estuvieron regocijados algunos dias, hasta que entró un correo despachado del pueblo de Caveta, con noticia de que en otro pueblo llamado Casista, dos leguas distante de él, estaban 30 ingleses que habian salido de la Carolina, y enviaban á pedir licencia para pasar á ver al gran cacique, y hasta darle cuenta los detenian.

Al mismo tiempo supieron haber salido de la ciudad de san Agustin un capitan con 50 soldados, derechos á Caveta, para pasar adelante, y que por la costa andaba una nave de españoles: tuvieron los indios junta sobre todo, llamaron á don Juan Fernandez á ella, y le pidieron su parecer en cuanto á los ingleses, y que antes de darle escribiese al capitan que marchaba desde la ciudad de san Agustin, acelerase el viage: tanto instaron en esto, que le escribió lo que sucedia, y que el emperador habia negado la licencia de verle á los ingleses, aunque no sabian si los seguia mas gente. Manifestó Chipacafi y todos sus caciques el contento que tenían con su llegada, haciendo muchas demostraciones de la amistad de los españoles: entregada á un indio la carta, se trató en la junta de lo que se habia de hacer con los ingleses, hubo varios dictámenes, y sin ser bastantes las persuasiones que empleó en su favor don Juan, casi de comun acuerdo resolvieron los indios quitarlos lo que traian, y hacerlos que se volviesen: conoció don Juan que esta resolucion se habia de atribuir á él, y procuró estorbarla con el mayor empeño: llamó á don Baltasar Tixjana y á los demas que habian estado en Nueva España, y les previno que delante de Chipacafi y de los demas caciques dijesen lo que el marqués de Valero los advirtió acerca de los ingleses; acordó tambien á Chipacafi, lo que antes le habia dicho, y lo que en

san Agustín se propuso, en cuanto á esta nacion. Tixjana y todos los indios aseguraron que el virey de Nueva España y el gobernador de la Florida les habian encargado no hiciesen daño á ningun francés ni inglés, porque el Rey lo mandaba así, pero que de los ingleses solo podian esperar daño por la malicia experimentada en ellos, que solo venian á engañarlos para lograr su venganza, y que bastante hacian atendiendo al precepto del virey y el gobernador, y las instancias de don Juan, en no darlos muerte; entonces dijo don Juan, que enviasen á Caveta á saber el fin que traian, ó que le permitiesen salir de la junta ó fuesen solos á Casista, que no hallándose él presente, podrian hacer lo que quisiesen, porque no consentiria nada injusto; pues se persuadian á que no los aconsejaba lo mejor, como amigos á quien estimaba tanto; los indios determinaron ir á saber lo que querian los ingleses, é instaron á don Juan á que fuese con ellos, y conociendo el deseo que tenian se escusó; porfiáronle, y despues de mucho tiempo los manifestó era ocioso su viage, pues no podia permitir se hiciese mal á los ingleses, hasta saber su disignio que podia ser de calidad que consintiese en que les despojasen de cuanto traian, y aun de la vida ó libertad si lo merecian, y á esto sería el primero que concurriese.

El emperador y los demas caciques le aseguraban que nada se ejecutaria sin su determinacion; con lo cual se acabó la junta y se fueron á descansar. El dia siguiente fueron todos á Caveta, donde llegaron el dia 3 á las 9 de la mañana; hallaron el pueblo puesto en armas, pero no estorbó el alboroto para recibir con gran solemnidad y alegría al emperador y á don Juan. Volvieron á juntarse todos para tomar la última resolucion en cuanto á los in-

gleses ; don Juan oyó los diversos pareceres de los indios , que todos se inclinaban á quedarse con las mercaderías que traian , y los dijo : que si ellos por sí habian de resolver lo que les pareciese , ¿ que á qué propósito le hicieron escribir al capitán de san Agustín que apresurase su marcha ? Respondiéronle , que para mayor seguridad suya , pues en todo caso importaba que viesen los ingleses sus amigos y defensores : don Juan replicó , que no podian hacer nada con razon hasta saber de cierto á lo que venian ; y en tanto , lo mas acertado sería detenerlos en el pueblo de Casista , dándolos lo necesario para mantenerse , imponiéndolos pena de la vida , si saliesen de él , ó comunicasen á algun indio principal : prevínolos que pusiesen en parte separada á los indios que entendiesen á los ingleses : pues en llegando el capitán , se trataria y resolveria el caso que entonces no se atrevia á decidir ; y sino viniese , tendria lugar de discurrir lo que mas conviniese á unos y á otros. Disgustáronse los indios , advirtiéndole no estaban enseñados á dilatar tanto sus negocios , pidiéndole , que desde luego determinase lo que se habia de hacer : don Juan reconociendo que la priesa de los indios era solamente por despojar á los ingleses , respondió : no podia ejecutarlo , menos que no le cumpliesen lo que habian ofrecido en el pueblo de Tallisi , que era saber antes de hacer nada el disignio é intencion que traian : que el emperador enviase un cacique á preguntársela al cabo inglés , participándole se hallaba allí un oficial de la plaza de santa María de Galbe , que esperaba un capitán con gente , que venia de la ciudad de san Agustín de la Florida , porque todas las naciones de su imperio estaban sometidas al Rey.

Ya tenian olvidado los indios este medio , pero

apenas le acordó don Juan cuando destinó Chipacafi un indio instruido de todo, que volvió al mismo día con la respuesta del cabo de los ingleses, llamado Chanmascula, que contenia que Chiaflus, inglés prisionero en Caveta, habia escrito al gobernador de la Carolina el estado en que se hallaba: que venia á ofrecerle paz de su órden, y por el esclavo y un compañero suyo, trayendo en satisfaccion de su buen ánimo los prisioneros Cavetas que tenia la nacion de los chalaquies, y once indios que habia enviado el padre del emperador por ellos á la Carolina: que tendria gran gusto en comunicar á los españoles que estaban en sus tierras, pues eran amigos, y que la gente que traia era solo para su guarda sin intencion de hacer mal, y que si le daba licencia vendria con bandera blanca á hacer las ceremonias de paz.

Chipacafi consultó á don Juan la resolucion que tomaria, el cual le dijo: que juntasen en las casas Reales á su padre, los caciques y demas indios principales, donde discurririan y determinarian lo que se habia de hacer. Ordenó al punto Chipacafi que se convocasen todos, á cuyo efecto dieron grandes voces, tocaron una caja; despues acudieron los llamados con sus armas á la junta: manifestó Chipacafi la respuesta de Chanmascula, y apenas acabó de pronunciarla, cuando don Juan los dijo: que ya estaban en estado de la última resolucion que se habia de tomar con los ingleses; pero que estuviesen advertidos, que aunque perdiese la vida y abandonase los mayores intereses, no consentiria en que se le hiciese perjuicio á los ingleses, ni ellos merecian mal tratamiento, pues venian de paz y á restituir los esclavos de los chalaquies, y los indios que fueron por ellos; antes en agradecimiento, debian

enviar por el compañero de Chiaflus, dando la licencia que pedian de hablar á Chipacafi, que podia responderlos, que siendo amigos de los españoles tambien lo serían suyos, y que tenia por ociosas las ceremonias de paz, pues por todos las habrian hecho los Reyes de España y Inglaterra, y con esto podian despacharlos; y sino querian volverse, los echarian de la tierra, ó los prenderian, ó ejecutarian lo que mas los conviniese. Los indios no tuvieron que replicar viendo la determinacion del ayudante; pero dijeron, que ya que no se les quitaban las mercaderías, deseaban trocarlas, á que les respondió, que eso estaba en su arbitrio, y que á él no le importaba sino que los ingleses no padeciesen daño en tierras sujetas al Rey y donde él se hallaba; prometiéronlo así los indios, y despacharon con la licencia y las demas advertencias que don Juan prevenia, al indio que habia ido antes. El dia siguiente entraron los ingleses en el pueblo muy modestos, con bandera blanca, y llegados á la presencia de Chipacafi, quebraron un cuchillo en ceremonia de haberse acabado la guerra: los indios tomaron dos arcos y flechas, uno rompieron, y otro en que habian puesto un cuchillo manchado con sangre le guardaron; diciendo rompian el uno por haberse acabado la guerra, y el otro le conservaban porque la tenian abierta con los chalaquies; y si los ingleses ayudasen en fraude de la paz, se la harian tambien á ellos, que no se tardaria mucho; pues al mismo tiempo que venian á tratar la paz, estaban dando armas y municiones á los chalaquies, y persuadiéndolos á que los tratasen cruelmente.

El cabo inglés aseguró la sinceridad con que procedia, y pasó con los suyos á sentarse cerca de don Juan, á quien enseñó la comision que llevaba

para hacer la paz , escrita en papel sellado: díjole que las mercaderías no venian de su cuenta , ni de la poblacion , ni del gobernador de la Carolina , sino que dos personas por la ocasion de su venida quisieron traerlas: don Juan le dijo habia recibido gran contento de la paz que tenia con aquellas naciones , que estaban sometidas al dominio del Rey , y que mediante la paz entre España y Inglaterra , le habia costado gran trabajo librarlos de los indios: respondió el cabo inglés con gran estimacion , que se volveria luego que le entregasen los dos ingleses; pues las mercaderías no le importaba que se vendiesen ó no: despidióse la junta , y se fueron á descansar todos á las casas que los indios les habian destinado.

Al dia siguiente puso Chipacafi precios á las mercaderías , de suerte que por vara y media de sesma de paño daban cinco pieles curtidas , y á este respecto lo demas ; despacháronlas todas , y lo mismo hubiera sucedido si trajeran los ingleses mayor porcion.

A este tiempo llegó á Caveta un cabo francés, subalterno de la Tour , gobernador del fuerte de los aybamos ó alibamos , á saber que pretendian los ingleses , y á traer una carta de Juan Bautista Biembile , gobernador de la provincia de la Movila para el emperador; la cual leyó en presencia de don Juan , y contenia que su fama le habia hecho concebir grandes deseos de conocerle , y á no hallarse tan embarazado en su gobierno , hubiera pasado á verle á su corte : que siempre habia deseado ocasion de manifestar su afecto , y entonces se ofrecia la mejor por haber llegado tres embarcaciones de Francia cargadas de cosas esquisitas y muy á propósito para regalarle si quisiese honrarle pasando á la Movila en la

embarcacion que hallaria en el fuerte de los Aybamos, aunque no se detuviese mas que á tomar una pipa de tabaco.

Chipacafi se alegró escesivamente de la oferta, y sin dilacion fue á comunicar lo que habia de responder con su padre, caciques y principales, los cuales convinieron en que pasase á ver á Biembile; dió cuenta de esta determinacion á don Juan con gran deseo de que no le impidiese, diciéndole: que segun la cortesania de la carta, tenia por preciso verse con el gobernador francés para satisfacer su atencion, en que discurria no agraviaba á los españoles, antes los lisongeaba favoreciendo á sus amigos; viéndole don Juan tan determinado y codicioso, no le pareció convenia contradecirle.

El dia 9 llegaron correos con la noticia de haberse visto 20 leguas de allí gran número de indios de guerra chalaquies que venian contra aquellas provincias, de que se alborotaron los indios y quisieron matar los ingleses, fingiendo que ellos los guiaban: el francés los persuadia eficazmente á que luego al punto los prendiesen; pero no se atrevieron á hacerlo sin dictámen de don Juan, el cual reprobó el consejo del francés diciéndolos: que si los prendian sin saber de cierto alguna traicion, rompian la paz poco antes celebrada, haciendo ruido y dando causa á nuevos odios; pues bastantemente aprisionados estaban teniendo cuidado de que no escapasen.

Aconsejólos que enviasen gente á saber donde marchaban los chalaquies, y que diesen orden para que los pueblos se previniesen á acudir donde acometiesen los enemigos, y que no los diese cuidado, que él y los españoles que estaban allí, los harian dejar libres sus tierras; y por haber entendido querian los socorriese, les dió tres arrobas de pólvoro-

ra, mil balas, algunas piedras de escopeta y bermellon: quedaron contentos y animados los indios, y despacharon espías á informarse de todo.

El francés escribió al cabo del fuerte de los aybamos enviase socorro á los indios, y el dia 14 llegó otro francés con dos barriles de pólvora y balas, seis libras de bermellon y una carta para don Juan, en respuesta de la que le encargó al partir, y recibió en Teguale, en que decia el comandante La Tour, no habia respondido por no saber leer español, y tener entendido que cuando se volviese á santa María de Galbe, responderia á lo que le preguntaban de parte del Rey, que él procuraria los intereses del suyo; porque cada uno debe mirar y ejecutar lo que le mandan. Volvieron las espías que fueron á reconocer los enemigos con la noticia de que se habian retirado los indios; desvaneciöse el riesgo de los ingleses, que si hubieran proseguido los indios no pudiera evitarse su ruina.

Dejando sosegado el pueblo, salió don Juan de Caveta para el pueblo de Apalachecolo, que está 10 leguas en el camino de san Agustín, por si hallaba noticias del capitan de caballos que esperó en el pueblo de Tallisi y de Caveta.

Habian hecho grandes instancias á don Juan de Ayala y Escobar, Tascaliche Adrian, indio cristiano y cacique del pueblo Bacubia, y otros indios principales de la provincia de Apalachecolo para que enviase á fortificar el puerto de san Marcos, porque los indios apalachinos pudiesen bajar de las montañas á lo llano á poblar, seguros de que sus enemigos los maltratasen, en lo cual se detuvieron muchos dias en la ciudad, hasta que determinó don Juan de Ayala se ejecutase lo que pedian, á cuyo efecto salió de san Agustín el dia 20 de febrero don José

Primo de Ribera, capitan de caballos corazas (soldado de experimentado valor y fortaleza, que habia espuesto muchas veces su vida con notable osadía al ímpetu de los enemigos, librándole su ánimo de los riesgos en que le empeñaba su obligacion) con 70 hombres infantiles y montados, artilleros, armeros, carpinteros y otros oficiales, bien prevenido de todo lo que debia cautelar quien habia de vivir en tierra de indios, cuya veleidad hace peligrosa cualquier determinacion fundada en su palabra; la órden que llevaba era fabricar una casa fuerte en el puerto de san Marcos de Apalache: acompañaron á don José, Tascalache, Adrian y otros indios apalachinos, muy contentos, por entender que de esta resolucion nacia su quietud, y porque iban seguros con esta salvaguardia para caminar las ochentas leguas que hay hasta el puerto de san Marcos, manifestaban con espresiones singulares todos su agradecimiento á don Juan de Ayala, que los regaló y festejó á su satisfaccion, reconociendo los buenos deseos de mantenerse en el vasallage del Rey, que de otro modo nada se logra con los indios. Cuatro dias despues de haber marchado don José, salió del puerto de san Agustin una balandra cargada de bastimentos y otras cosas necesarias para la poblacion, la cual iba costeando á surgir en el mismo puerto de san Marcos, pero llegó antes el capitan don José Primo á ocuparlo el dia 18 de marzo.

Las instancias de la carta que escribió á don José don Juan Fernandez de Orta, se reducian á ser muy conveniente que se hallasen dos oficiales del Rey en la junta de los caciques de las naciones sujetas á Chipacafi, para desengañar á los ingleses de la amistad que pretendian; le pareció corrian mas pried-

:

sa que la fortificacion del puerto , que dificil empezar sin que llegase la balandra , por lo cual dejando encomendados á un cabo principal cuarenta hombres ocupando el puerto de san Marcos, determinó ir con 30 á hallarse en la junta ; llegó á Sabacola el dia 21 de marzo con ánimo de partir á 26 á Caveta ; pero á 23 llegó un indio principal que se halló en ella, que le participó que la resolucion tomada por los indios era vivir en paz con los presidios españoles, ingleses y franceses , y que se habian ido á sus provincias.

Considerando ser ya inútil el trabajo que tomaba , se volvió don José al puerto de san Marcos á entender la fábrica de la casa fuerte y en los demas encargos ; escribió á don Juan de Ayala en 24 de marzo que los habia suspendido por si se lograba quitar á los indios la comunicacion de ingleses , que cesando este motivo que le empeñó sin orden suya por el mayor servicio del Rey á emprender aquel viage, se habia vuelto ; llevó la carta el cacique Adrian que servia de intérprete en la plaza de san Agustin.

Ya habia llegado de la Vera Cruz á este tiempo con 280 leguas de navegacion el maese de campo don Juan Pedro Matamoros , que vino por gobernador de aquella provincia de Panzacola , plaza de santa María de Galbe , y castillo de san Carlos, el dia 12 de marzo , en el cual le dió la posesion del gobierno el sargento mayor don Juan José de Torres , con sumo regocijo de los españoles é indios.

Estaba el gobernador bien instruido de lo que habia de ejecutar por el marqués de Valero ; pero le desconsoló mucho el estado en que halló la fortaleza : era su fábrica de estacas descubiertas del pie á la punta (podridas la mayor parte) en cuadro con 4 baluartes, sin estrada cubierta , ni mas resguardo

ni fortificacion donde retirarse , ni alojamiento para la infantería. La cerca tenia muchos portillos , lo que estaba en pie cayéndose , como las casas de la poblacion , y aun la iglesia : pues cuando el viento arreciaba (que era casi siempre) se movia toda con gran temor de los fieles que asistian á los officios sagrados ; la artillería montada (porque nueve piezas de 28 que habia estaban en tierra) era de hierro , y piezas pequeñas , las mayores de ocho á doce libras de bala , y disparaban con dificultad.

La guarnicion se componia de 80 hombres en dos compañías , la mayor parte flaca , macilenta de la mala habitacion que tenian ; faltaban mosquetes y arcabuces á la tercia parte , por ser inútiles los que tenian , y solo habia 14 gastadores.

Inquietóse estremamente el gobernador hallándose sin medios , sin armas y sin gente para acudir á lo que podia suceder en sitio tan importante ; aumentaba su desconsuelo la noticia de haberse perdido una balandra inglesa cargada de bastimentos que salió de la Vera Cruz en su conserva , y el gobernador en ella , don Francisco Roldán , capitán del presidio de santa María de Galbe , pues aunque despachó un pingüe en su busca hasta el sitio donde se apartó del gobernador , no halló noticia de ella ni de otra que por febrero envió el virey cargada tambien de bastimentos. Reconociendo don Juan Pedro que aun no era posible defenderse de pocos enemigos que viniesen con los indios , dió cuenta en 3o de marzo al Rey , al Consejo y al gobernador de él , y al virey de Nueva España , proponiendo con gran claridad sus recelos , y lo que necesitaba , previniendo los sucesos infaustos que sucederian no dándose prontamente providencia.

Solicitó en tan gran necesidad y peligro conser-

var el honor y la estimacion con que habia servido á su Magestad desde edad de 13 años: trató, valiéndose de cuantos medios pudo ministrarle su prudencia, de asegurar la fortaleza por lo menos del primer ímpetu de enemigos; dió priesa á cortar estacas una legua del fuerte, que eran las mas cercanas; y reconociendo inútil esta diligencia por el corto número de gastadores de la plaza, ofreció sueldo á los infantes y á algunos indios para que la condujesen á la plaza; hizo derribar las casillas que embarazaban á la artillería, y las que estaban arrimadas á los flancos y frentes de los baluartes, de que los vecinos tuvieron algun disgusto, aun conociendo que miraba á su seguridad.

Al mismo tiempo le daba que recelar la priesa con que los franceses poblaban las provincias de la Movila y de las riberas de la Palizada; pues en la Movila solo habia 9 compañías de infantería, cerca de 300 familias, y 200 de los naturales de Canadá, que como hijos de aquella tierra, andaban tan diestros en el trato con los naturales, que todos los dias reducian naciones de indios á su devocion, penetrando lo mas retirado y escabroso de aquellas provincias y sus confinantes: lo cual no solo podria ser de perjuicio á lo que gobernaba, sino á la Nueva España; porque si los franceses adiestrasen en la escopeta á los indios vecinos á la ciudad del Parral, causarian grandes turbaciones y daños en el Nuevo Méjico.

Los ingleses de la Carolina (como se ha dicho) contemplaban á los indios cavetas, talipuces, y las otras naciones súbditas; y no cesaban de enviar gente á sus provincias á malquistarlos con los españoles; de manera que cualquiera que quisiese apoderarse de aquel puerto y presidio, lo conseguiria, no so-

lo por la destruicion de la fortaleza y falta de vituallas , sino porque no podia impedirse la entrada á las naves en el puerto , porque la artillería del castillo cuando estuviere muy buena , no alcanzaba á impedir las.

Volvió á instar al virey en que se fabricase el fuerte propuesto por don Gregorio de Salinas , en la punta de Sigüenza , é isla de santa Rosa ; y que se hiciese otro al Este del castillo en la punta de Agüero ; porque detrás de ella con facilidad se encubrian de la plaza las embarcaciones , y podian salir de repente y tomar el puerto de santa María de Galbe.

Don José Primo proseguia fortificando el puerto de san Marcos , reduciendo con mucha habilidad y cordura los indios cercanos ; mas como no venia la balandra con las municiones y bastimentos , empezaron á faltar , y antes de sentir mayor necesidad , pidió socorro á don Juan Pedro Matamoros , el cual considerando quanto interesaba el Real servicio en la conservacion de aquel puerto , aunque no estaba menos necesitado de víveres , pues apenas tenia para el mes de abril en que se le hizo este mensage ; tomando sobre los que tenia otro cuidado mas , envió con don Juan Manuel Roldan , capitán de infantería de la plaza de santa María de Galbe , quanto pidió don José ; y aunque fue con la mayor presteza , cuando llegó al puerto de san Marcos ya la balandra habia desembarcado las provisiones de guerra y boca , y vuelto á san Agustin para pasar á la Habana por mas bastimentos.

Agradeció mucho don José Primo la prontitud y cuidado del socorro que enviaba don Juan Pedro Matamoros ; quedóse con él por ser mejor la pólvora que la que trajo de la balandra , y tener abundancia de todo si se dilatasen los socorros , pues aun-

que el pais abundaba de frutas, especialmente de castañas, de tan buen sabor como las de España, de caracoles grandes y chicos, y mucho marisco, era preciso para mantenerse que los soldados saliesen á caza de cïbolas, de que no habia menos abundancia.

Volviéndose el capitán don Juan Manuel Roldán á santa María de Galbe en la piragua que llevó, en que solo cabian seis hombres, vió en la bahía de san José (que está entre aquella plaza y el fuerte de san Marcos de Apalache) un navío de porte francés que habia salido de la Movila; dudó el motivo de estar allí, y pareciéndole sería mal visto pasar de largo sin averiguar el fin de los franceses, reconociendo que no le habian visto, llegó á bordo, echóse en el navío preguntando al capitán (que se llamaba Chatubuei) ¿qué hacia allí? El francés respondió que habia salido de la Masacra de viage al Misisipi, y que una tormenta le habia obligado á tomar aquel puerto, donde estuvo reparándose por haber perdido la ocasion de su viage para volverse á la Masacra el dia siguiente.

El capitán Roldán se dió por satisfecho de la respuesta, acompañándole en el sentimiento de la fatalidad que fingia; y despedido se volvió á su piragua como para proseguir su camino, quedando muy contento Chatubuei de haberle engañado: surgió Roldán en la bahía de san Andrés para que fuesen dos hombres por tierra á reconocer si se mantenia el navío en el parage que le dejaba; mandólos vieses con cuidado lo que hacia la gente, porque la serenidad del tiempo manifestaba la poca verdad del francés, pues ni en el mar ni en el navío habia señales de tormenta que diesen á entender haber padecido riesgo.

Los dos hombres reconocieron que el navío ha-

bia dado fondo en el puerto, y que los franceses andaban con las lanchas sondando la boca de la canal y la bahía; acercáronse mas, y vieron en tierra como 50 hombres haciendo barracas y tiendas con palizadas, y que mudaban las centinelas; volvieron los españoles con gran ligereza por no ser descubiertos á donde los esperaba don Juan Manuel, que sabiendo lo que sucedía, sin detenerse un punto pasó á santa María de Galbe á dar la cuenta á don Juan Pedro Matamoros, quien al dia siguiente despachó al mismo capitan á san Marcos de Apalache, mandándole que al pasar por la bahía de san José requiriese á Chatubuei la dejase libre.

Don Juan Manuel se embarcó en la misma piragua con buen tiempo, llegó á la bahía y requirió á Chatubuei en nombre del Rey que la desembarazase luego: preguntándole qué orden tenia para tiranizarla, siendo como todas las Indias, y especialmente el seno Méjicano de la corona de España, y mas aquella bahía que habia estado poseida antes de tropas españolas? El francés que vió el poco fruto de su engaño, procuró desembarazarse de Roldán, diciéndole que él no sabia lo que le decia ni tenia mas arbitrio en lo ejecutado que obedecer las órdenes de Juan Bautista Biembile, gobernador de la Movila, su gefe, el cual sabia los motivos de haberlo mandado, y los manifestaria al gobernador de Panzacola si tenia órdenes para revelarlos. Esta respuesta desazonó á Roldán, publicando su disgusto entre los soldados franceses; los cuales mostraban tambien descontentos de ella, y de que procurase Chatubuei detenerlos en aquel sitio. Algunos aseguraron al capitan Roldán habian venido á ocupar aquel puerto y bahía con tanta indignacion y enojo, que si tuviesen lugar seguro á que acogerse desertarian, por-

que era ya vida intolerable la que pasaban, y la esperaban peor ; pues entre dos presidios de españoles en tierra inculta y distante de las poblaciones de franceses serían tarde socorridos ; viendo que el capitán Roldán ponía buen semblante á estas razones, le aseguraron lo mismo otros muchos , por lo cual le pareció que para desbaratar la fortaleza que iban haciendo y precisar á Chatubuei á que desamparase aquel sitio , sería buen medio disminuirle la gente: propuso á los quejosos que si querían pasarse al pueblo de san Marcos de Apalache, estaba en tierra muy fértil de caza y frutas , y era presidio muy bien socorrido , donde serían mantenidos en los empleos y sueldos que gozaban.

Los franceses le dieron las gracias por el buen acogimiento que ofrecía, instándole á que los condujese á san Marcos, empezando á disponer el modo de escapar : Roldán les dijo , que él no podía acompañarlos ; pero que llevarían para su seguridad carta suya al gobernador de san Marcos , la cual les entregó, y se volvió á santa María de Galbe.

Oyendo á Roldán don Juan Pedro Matamoros lo sucedido, sintió mucho que hubiese apoyado la desercion de los franceses, porque creerian los demas era solicitud suya ; la cual empeñaría mas al gobernador de la Movila á mantener aquella bahía , y depreciar lo que en cuanto á desocuparla se le dijese: reprendióle ásperamente, y por ser persona tan importante en aquella plaza como precisa para el servicio Real, y conocer que su error procedia del deseo que tenia de hacer lo mejor como en todas las ocasiones habia manifestado , no le mortificó como la constitucion de las cosas requeria : despachó un correo á san Marcos á saber si los desertores habian pasado aquel puerto , y á recoger la carta de Rol-

dán, porque no se justificase el exceso tan fácilmente: tambien escribió al gobernador de la Movila lo sucedido entre Roldán y Chatubuei, acordándole que la bahía de san José y todo el seno Méjicano pertenecian á la corona de España, y que estando en paz con Francia, tenia por cierto que el Rey Cristianísimo no mandaria invadir ni ocupar las tierras de sus amigos: que deseaba saber si de su órden ó por parte de la compañía de mercaderes de Francia se hacia aquella irrupcion intempestiva que podia ocasionar gravísimos perjuicios en los franceses. Biembile respondió en 14 de mayo, que para ocupar la bahía tenia órden de la corte de Francia, donde se sabrian las causas de ella, y si convenia decirlas se las avisarian: que á él solo le tocaba ejecutar lo que le mandaban. Respuesta tan fuera de propósito, y que irritó tanto á don Juan Pedro, que luego despachó dos correos; uno á don José Primo, pidiéndole enviase un destacamento desde san Marcos de Apalache á la bahía de san José, y otro al gobernador de la Florida; porque cuanto mas se detuviesen allí los franceses, tanto mas se fortificarian y inquietarian el comercio, perturbando las naciones de los indios amigos.

Don Juan Fernandez de Orta llegó á 21 de marzo al pueblo de Apalachecolo, donde Adrian, cacique del pueblo de Bacutia, trajo la respuesta de la carta escrita á don José Primo, y noticias del estado del fuerte del pueblo de san Marcos, y lo demas que habia sucedido: leida la carta, y no teniendo que esperar, se volvió don Juan á Caveta, llevándose consigo al cacique Adrian para que le sirviese de intérprete con Chipacafi, porque el gobernador de los apalaches, Juan Marcos, que hasta allí habia hecho este oficio, estaba enfermo: procuró don Juan que

Chipacafi le entregase los indios apalachinos esclavos ; pero el cacique se escusó con diferentes pretextos , que aunque don Juan se los desvanecía , nunca pudo lograr se los entregase ; por lo cual escribió don Juan á don José Primo , advirtiéndole se volvía á santa María de Galbe por el camino de la Movila , y que iba enfermo. Dió la carta al cacique Adrian , despidióse de Chipacafi , de los demas caciques y principales , y salió el dia 3o de Caveta para ir á los Talipuces ; acompañóle el capitán de guerra del pueblo de Teguale , y el gobernador Juan Marcos , aunque muy débil. Al tercer dia entraron en el pueblo de Tallisi , donde estaba el maestro de campo don Baltasar postrado de una enfermedad gravísima ; agravósele á don Juan la que padecía , y le fue preciso pedir paso á La Tour , cabo del fuerte de Tolosa , en los Aybamos , para sí y otro hombre que le concedió luego.

Pero habiendo mejorado don Juan y Juan Marcos , volvió á solicitar le entregasen los indios cristianos que se hallaban en la provincia de los Talipuces : pasó á Teguale , donde consiguió que los indios dueños de los esclavos cristianos trajesen á su presencia del capitán de guerra de aquel pueblo y del gobernador Juan Marcos , á todos los que quisieron venir , que fueron 16 , entre hombres , niños y mugeres ; entrególos al gobernador Juan Marcos , y determinó ir á hablar á La Tour , por ver el fuerte de Tolosa ; mas á dos leguas de él supo se habia embarcado con Chipacafi á la Movila , con lo cual se volvió á Tallisi en primero de marzo , á disponer su partida á santa María de Galbe , comunicándola con don Baltasar , quien se ofreció ya mejorado á acompañarle , y entrando en conversacion sobre venir á poblar los indios cavetas , talipuces y otras naciones , los con-

tornos de la plaza de santa María de Galbe, dijo á don Baltasar le parecia tenían gana de mudarse: respondióle que era así, porque amaban mucho sus pueblos y tierras, las cuales nunca dejarían por el mayor interés, aunque fuesen mejores las que les daban; solo acosados de sus enemigos, y por guardar las vidas, podia esperarse que saliesen de ellas; pero que él con los suyos iria, pues convenian en venir á poblar el rio Colorado, y no se les oia otra cosa; y que sino quisiesen, vendria él con su familia: quiso acompañar á don Juan, pero le rogó que se quedase á curar; despidióse de él y partió á santa María de Galbe, el mismo dia primero de mayo, trayendo consigo un hermano de Chipacafi con 13 indios principales, y 150 para su guarda, y al gobernador Juan Marcos con los 16 cristianos entregados en Teguale, y llegaron á santa María de Galbe á 18 de mayo.

El dia antes entró en el presidio un sargento francés del fuerte de Tolosa huyendo (que habia encontrado á don Juan de Orta en 26 de abril en Teguale) y luego avisó don Juan Pedro al gobernador de la Movila para que enviase por él, pidiéndole seguro de la vida en nombre de el Rey, respondióle á 29 daria cuenta á la corte: enfadó tanto á don Juan Pedro esta respuesta, que le volvió á escribir que el negocio era de tan poca importancia, que aunque París estuviese dos leguas de la Movila, sería impertinencia cansar á la corte con tan inútil aviso: que bastaba haber nombrado al Rey en tan ruin expediente para que correspondiese á la fineza de avisarle luego la desercion y fuga del sargento, y cayendo el francés en lo mal que habia hecho, envió el perdon de la vida, aunque le quitó el empleo cuando llegó á la Movila.

Don Juan Pedro Matamoros que se vió con tan-

ta gente como traía don Juan Fernandez, cuando no tenia que dar de comer á los del presidio, apuraba la industria para quedar bien con los indios, y disimulando la falta que de todo tenia, agasajó al hermano de Chipacafi, regalándole con algunos de sus vestidos, y para los indios principales les prestaron otros los oficiales de la plaza: pues sabia que el único medio de contentarlos y de conservar las amistades de los indios, eran dádivas de cosas que les diesen gusto y conveniencia: para mantener á estos y á 70 indios de Apalache que estaban en la plaza, compró á los franceses 900 pesos de maiz, buscando 300 prestados, y sacando los 600 de la caja de la cofradía de nuestra Señora de la Soledad, caudal destinado para el culto Divino, y pagar los entierros de la guarnicion, y la misa de la semana. A tanto le obligó la necesidad, creyendo como es cierto ser tan importante á la conservacion de aquellos dominios tener á estas naciones firmes en la obediencia del Rey; pues los franceses solo para que en caso de guerra estuviesen afectos á su partido, los regalaban y cuidaban, de modo, que si durára como empiezan, á breves dias los hiciera á todos amigos suyos el interés, y para no verse don Juan Pedro en otra ocasion precisado á desnudarse, y la guarnicion, envió á pedir á Nueva España pólvora, escopetas y piedras para ellas, paño, bayeta, sombreros, botones, galones falsos, bermellon, hachas, hachuelas, azadas, campanillas, cascabeles, camisas, zapatos, listones de china, cuchillos, navajas, abalorios, espejos, aguardiente, y otras cosas con que enviar contentos á los indios que continuamente asistian á la plaza.

A 13 de mayo llegó al puerto de san Agustin Joaquin Boto, inglés, con una balandra cargada de

harina ; dió noticia á don Juan de Ayala del desembarco que habian hecho ingleses ó escoceses en la isla de santa Catalina (que está 40 leguas al Norte de san Agustin, y 30 al Sur de la Carolina) y poblado en ella hasta 200 personas. Siendo aquella isla y otras cercanas muy pingües, y todas las tierras que hay al Sur desde santa Elena pertenecientes á su gobierno, trató con los capitanes de aquella plaza de ir á desalojarlos de la isla ; mas reconociendo que no tenia gente para dejar en bastante seguridad la ciudad y presidio de san Agustin, despachó aviso al marqués de Valero, virey de Nueva España, pidiéndole infantería para salir á despoblarlos á fuerza de armas.

Mas cuidado le daba la detencion de los franceses en la bahía de san José, embarazando la comunicacion de la plaza de santa María de Galbe, con el fuerte de san Marcos de Apalache, y habiendo recibido cartas del capitan don José Primo, pidiendo 100 hombres para desalojar á los franceses, porque el gobernador de Panzacola, y don Juan Manuel Roldán en su nombre, ofrecian asistirle con cuanto pudiesen para la restauracion de la bahía, avisándole puntualmente de las operaciones de los franceses y estado de su fortificacion con los indios.

Pareció á don Juan de Ayala de tanta importancia lo que el capitan Primo le proponia, que si se hallára con los 100 hombres hubiera salido á desalojarlos él mismo, porque no era impedimento á su valor la edad, ni á su esperiencia el largo camino de 110 leguas que hay desde aquella ciudad á la bahía de san José ; pero para proceder con la madurez y prudencia que siempre, sobre ambos negocios, convocó Junta de Guerra en 20 de mayo ; á las cuatro de la tarde concurrieron don Francisco Romo, ca-

pitán comandante de aquel presidio, los capitanes de infantería don Ignacio Rodríguez Groso, y don Juan Martínez Mexía, el ayudante don Pedro Horruiter, teniente de la Real fuerza, y el capitán reformado don Bernardo Nieto de Carbajal: leyó Juan Serrano, escribano de la Gobernacion, las cartas de don Juan Pedro Matamoros, y de don José Primo de Ribera, que habia traído en 8 de mayo Diego de la Peña, teniente de caballería reformado; oyeron el estado de la casa fuerte y guarnicion de san Marcos, de los caciques infieles y demas indios principales de aquella provincia que habian dado la obediencia. Las usurpaciones que intentaban ingleses y escoceses en la tierra de aquel gobierno; aprobaron todos lo ejecutado por don Juan José Primo, y en cuanto á los franceses se resolvieron á ocupar la bahía, sacando de aquella plaza un oficial con 20 hombres sin perder tiempo, porque si se dilataba hasta el invierno (como alguno queria) por temor de piratas, y la cercanía del fuerte de san Jorge, se fortificarían los estrangeros poniendo en ella fuerzas difíciles de vencer: que á ellos les tocaba echarlos, y al Rey mantener el puerto, pues de lo contrario se perdian aquellas provincias y la ensenada Mejicana.

Con esta determinacion se disolvió la junta, y el gobernador respondió á don José Primo tuviese en defensa el puerto que habia poblado, que daría las providencias mas prontas sobre lo que representaba: envió á don Juan Pedro Matamoros la resolución de la Junta con grandes espresiones del deseo que tenia de que los franceses desamparasen aquel puerto, y que no sosegaria hasta conseguirlo: envió al punto los 20 hombres con un cabo, que llegaron á mediado junio al fuerte de san Marcos, halláronle muy abundante de todo, y frecuentado de los in-

dios que con gran contento venian todos los dias á ofrecerse al comandante de él, y si no fuera por lo bien proveido que estaba y la abundancia de caza, apenas pudiera sufrirse el excesivo gasto que causaban.

El gobernador Juan Marcos empezó á formar un pueblo de indios apalaches de su nacion en el sitio que llaman el rio de los Chicas, á 5 leguas de santa María de Galbe, el cual se llamó nuestra Señora de la Soledad y san Luis; para su poblacion llevó los indios apalaches que estaban en santa María de Galbe con la misma racion que en el presidio tenían: juntó en él mas de cien personas; aumentábase cada dia el número con muchos de los apalaches sujetos á la Movila, que desamparaban sus tierras, y se venian al nuevo pueblo, causando mayor gasto á la plaza, porque como no tenían sementeras, era necesario darlos racion diaria de maiz hasta que al año siguiente cogiesen frutos; aseguraba Juan Marcos, su gobernador, que vendrian otros que esperaban recoger sus sembrados para volver á la obediencia del Rey de que los franceses lo habian sacado, y á todos era necesario tratarlos bien para que se animasen al aumento de aquella nueva poblacion: no perdia instante Juan Marcos en adelantarla, cumpliendo lo que habia ofrecido al marqués de Valero cuando estuvo con los demas caciques en Méjico: instaba á don Juan Pedro enviase á Nueva España por frisoles, maiz, é instrumentos de labranza, porque en estando poblados dos ó tres años, y protegidos del gobernador, se aumentarían tanto, que formarían otros pueblos. Fr. José del Castillo, uno de los capellanes de la plaza, aconsejó á don Juan Pedro pidiese al provincial de santa Elena dos doctrineros que supiesen bien la lengua de Apalache para enseñar á los indios en el nuevo pueblo de la Soledad.



A 6 de junio llegó un cacique de la nacion Sabano, que venia de la Movila, solo á ver los españoles por haberle dicho los franceses eran sus amigos; traía las cartas de Biembile, en que se escusaba de enviar á don Juan Pedro el socorro que le habia pedido por estar esperando tres navíos de Francia cargados de gente para aquella poblacion. Poco despues se esparció voz de que los indios de Apalache que estaban poblados en el fuerte de san Luis, á una legua de la Movila, querian venir á asolar el nuevo pueblo de la Soledad, y aunque algunos indios se lo dijeron á don Juan Pedro, y que Juan Bautista Biembile habia impedido esta determinacion enviando desde la Movila un cabo á san Luis, no lo creyó, antes tuvo por muy cierto que si los indios apalaches ó otros de las naciones sujetas á los franceses destruyesen el nuevo pueblo, sería á persuasiones é instancias del gobernador de la Movila, intentando por este medio quitar á la plaza de santa María de Galbe el alivio que tendria en adelante de esta y otras poblaciones; pues por todos caminos procuraba aniquilar la guarnicion, y se habia visto en negarla el socorro referido pagándosele, y haberse en otra ocasion escusado con que solo tenia bastimentos para seis meses, de que iban ya pasados cinco; publicando que con esta mala correspondencia y otras precisaria á los españoles á que abandonasen aquel presidio; y si no lo hiciesen, tomarle por fuerza de armas, siendo la razon haber cegado el mar el puerto de la Masacra y necesitar otro; don Juan Pedro Matamoros, fiado en la paz que habia entre las dos coronas, despreció estas repetidas voces; pero despachó luego al nuevo pueblo de la Soledad para que le pusiesen de forma que aunque los indios quisiesen tomarle, pudiese defenderse del primer ímpetu,

dando tiempo á ser socorrido de la plaza de santa María de Galbe ; y envió á pedir á don José Primo la balandra de san Agustín para enviar por bastimentos.

No perdía el virey de vista el cuidado de estas provincias, enviando en todas ocasiones socorros para prevenirlas contra cualquier acometimiento ; de suerte que habiéndose hecho á la vela en la Vera Cruz á primero de junio don Dionisio Perez Ballo- nes, ayudante á sueldo de santa María de Galbe, á ocupar la bahía del Espíritu Santo (que comunmente llaman el lago de san Bernardo los españoles y los franceses, bahía de san Luis desde que Boju dejó á Roberto de la Sala en ella el año de 1685, como se ha dicho), envió 200 cargas de maiz para santa María de Galbe, con orden de que uno de los navíos se quedase en aquella bahía, y otro pasase con socorro á Panzacola.

Llevaba don Dionisio repartido el maiz en el bergantin san José, en la balandra nuestra Señora de Guadalupe, con intento de pasar (ocupar la bahía), el maiz del bergantin á la balandra, y enviarla cargada á santa María de Galbe para que volviese á la Vera Cruz con las noticias individuales del presidio, y el bergantin esperase en la bahía ; pero habiendo llegado á este parage ambas embarcaciones, solicitaron muchos dias la boca del canal de la bahía que venian á ocupar para entrar dentro, y no pudieron hallar si no una, que demandaba ocho palmos de agua, y midiendo los parages, tuvieron por cierto haber cerrado la entrada de la canal un banco de arena que hallaron al parecer en ella.

Viendo don Dionisio despues de algunos dias que era imposible mantenerse mas fuera de puerto por el riesgo de perderse en la costa las embarcaciones

:

con cualquier temporal que sobreviniese , hizo junta de oficiales , y todos concordes resolvieron pasar á santa María de Galbe , y dejando á la mano izquierda la boca del rio de la Palizada , llegaron á santa María de Galbe el dia 27 , cuando el almacén estaba vacío , y don Juan Pedro muy afligido de la hambre que padecía la guarnicion , pues la racion que tenia cada uno era media libra de harina de cinco en cinco dias , y al fin de ellos otra media racion de maiz , de tan mala calidad todo , que hasta las barreduros del almacén sirvieron á cumplir el peso en la esperanza de que vendria presto socorro. El tocino, queso y manteca , habia dos meses que se habia acabado ; y á no venir á tan buen tiempo don Dionisio, estaba á riesgo de ser desamparado el presidio , porque aunque el gobernador de la Movila no quiso vender ningun bastimento á instancia de el sargento mayor , don Juan José de Torres habia dado 15 barriles de harina de flor , á 20 reales de á ocho cada uno.

Este socorro animó á la guarnicion hambrienta, que estaba melancólica de no hallar caza , ni traerla los indios de Apalache de la plaza, especialmente Taliva Ignacio , Yafue Francisco , Pagala Antonio, Siava Vicente y otros , á los cuales se les pagaba : los pescados de que aquel mar abunda , suplían en la estrema falta, y al punto que llegaron estas embarcaciones , despachó don Juan Pedro aviso al gobernador de san Marcos de Apalache para que suspendiese enviar la balandra pedida.

Vino con don Dionisio don Antonio José Martínez, ayudante general del presidio de Nuestra Señora del Cármén, ingeniero, para trazar el fuerte que se habia de fabricar en la punta de Sigüenza , é isla de santa Rosa , á cuyo tiempo tenia ya don Juan Pedro mas de cuatrocientas estacas junto á la cerca de

santa María de Galbe para repararla ; y antes de empezar la obra , la comunicó con el ingeniero , proponiéndole tambien la idea que tenia de correr un foso delante de la estacada , porque no permitian el terreno ni los caudales mayor fortificacion : aprobó lo discurrido por don Juan Pedro , manifestando que no podia ni debia ejecutar otra cosa.

Trajo don Dionisio la regulacion del situado de la plaza , hecha en 28 de abril por el virey , y la órden de que se quedase una embarcacion en santa María de Galbe ; pero como don Juan Pedro necesitaba de dos , consultó al virey proponiendo las razones que habia para que una sirviese en aquella bahía y costa continuamente contra los piratas , y otra fuese y viniese con lo que necesitase la plaza , aunque esto no tuvo efecto.

Habian preso á fin de mayo los soldados de la guarnicion de santa María de Galbe , de órden del sargento mayor , siendo gobernador interino dos esclavos que andaban á caza de cíbolas ; los cuales dieron muerte por el mes de enero á Guillermo Botton , artillero francés (que vivia á $\frac{1}{4}$ leguas del presidio con su familia , casa y sementera de verduras , y milpa de maiz en el monte) hallándole dormido , partiéndole la cabeza con dos hachas , huyeron llevándose otro esclavo (á quien porque no los descubriese dieron muerte tambien) y una esclava , y habiendo confesado su delito , fueron ahorcados en 4 de julio.

El gobernador de la Florida por agradecer á Joaquin Boto la noticia de la poblacion de los escoceces en la isla de la santa Catalina , no necesitando de la harina que llevaba , la envió á santa María de Galbe , pasó por la Movila y la Masacra , y el gobernador de ella le encomendó traer un poco de vino car-

lon á don Juan Pedro, el cual no le compró la harina por hallarse bastecida la plaza; y viendo que no se deshacia de la carga, pidió licencia el inglés para dar carena y hacer leña y agua; concediéndole agradecidamente don Juan Pedro lo que deseaba, atendiendo al aviso dado al gobernador de la Florida, y á que habia traído antes á santa María de Galbe harina para socorro de aquel presidio. Dada carena, se despidió de don Juan Pedro á 20 de julio, y navegó á la punta de Sigüenza é isla de santa Rosa á echar lastre en la balandra; al mismo tiempo pidió licencia á don Juan Pedro, Nicolás Avid, cirujano de la plaza, para ir á bordo del inglés á comprar un poco de arroz que necesitaba; permitiéndole fácilmente por la reputacion de hombre de bien en que estaba, y ser casado en aquella plaza, embarcose en una canoa con Juan Marmolejo y Tomás de Vargas, gastadores del presidio, y fue costeano hasta ocultarse del castillo de san Carlos de Austria, con la punta de Agüero. El capitan Joaquin estaba en la isla de santa Rosa haciendo aguada con el bote. Nicolás Avid luego que se encubrió del castillo, metió en la canoa á Juan de Posada, Antonio de Escorcía, Juan Antonio Ponce de Leon, Nicolás Marual, y á un mulato llamado Ramon García, presidiarios que le esperaban escondidos en aquella punta, fueron en la canoa á bordo de la balandra, y viendo el combés limpio de gente, saltaron en ella, y no hallando mas que cinco hombres que habian quedado componiendo la arena del lastre, se apoderaron sin dificultad de la balandra, y picando los cables dejando las áncoras en el mar, se hicieron á la vela á santa María de Galbe, donde creyeron ser el capitan inglés que por algun accidente se volvia al puerto; pero torciendo un poco salieron á la mar.

Avisaron á don Juan Pedro esta novedad ; persuadióse como todos á que el capitan Joaquin Boto se habia levado por haberse ya despedido. Conformes en este dictámen , vieron venir el bote á tierra con tres hombres que creyeron ser el cirujano y los dos gastadores que habian salido en la canoa, y llegando mas cerca reconocieron al capitan Joaquin con seis marineros en camisa y calzoncillos ; habiendo desembarcado , refirió su desgracia con grandes lamentaciones á don Juan Pedro , diciéndole que estando haciendo aguada con la gente en la isla de santa Rosa , vió subir en su balandra nueve ó diez hombres, que aunque no reconoció sino tres ó cuatro cuando vió la canoa, debian de ir acostados para disimular el número que saltó en la balandra , y temiendo lo que sucedia , viendo que se hacia á la vela, se embarcó á toda priesa en el bote para volver á su balandra , á la cual no le dejaron acercar ; porque á tiro de pistola le asestaron una pieza de artillería que le obligó á dejarla y venir por socorro.

Don Juan Pedro empeñado en hacer bien á este miserable , mandó luego á un capitan y á algunos soldados entrar en una piragua esquifada , llevando en ella al capitan Joaquin ; fueron en seguimiento de la balandra , á la cual no pudieron alcanzar doce cañonazos que se tiraron á la boca del canal con balas de á doce por estar tres cuartos de legua distante : despachó tambien correo al gobernador de la Masaca para que mandase seguir la balandra ; porque ofreció al capitan Joaquin la tercera parte del valor de ella , y pagar el coste de seguirla ; pero se malograron todas estas diligencias , por lo cual habiendo llegado otra balandra inglesa (que venia de la Habana de cuenta del asiento , que tienen á su cargo los ingleses en aquella ciudad para proveer el presidio de

la Masacra con géneros para la compañía de mercaderes) al puerto de santa María de Galbe, se embarcó en ella el capitán Joaquín con los seis hombres, y don Juan Pedro escribió á la Carolina, á san Agustín y á la Habana, para que prendiesen y remitiesen á santa María de Galbe los que habian robado la bandra que llevaba la popa pintada de azul, y escrito en ella, *JESUS, MARIA, JOSÉ*, y la depositasen con su carga para entregarla á su dueño.

A 13 de julio llegaron á santa María de Galbe dos indios topocapas huidos de la Movila, por el mal trato de los franceses: don Juan Pedro los envió al nuevo pueblo de los indios de su nacion, que se habia formado junto al puerto de san Marcos de Apalache, por ser de nacion vasalla del Rey, que tenia en sus pueblos doctrineros del orden de san Francisco de la provincia de santa Elena, y á todos los que venian de este modo los enviaba con los de sus naciones, regalados segun su calidad, de que ellos recibian gran contento.

A 26 de julio llegó al mismo puerto la urca san José y las Animas, de que era capitán Adrian Piñero: traía de la Vera Cruz el situado de bastimentos, cuatro pagas para la guarnicion, doce presidiarios para las obras, y un negro que sabia hacer ladrillo; de allí pasó la urca á san Marcos de Apalache á llevar bastimento para volver á la Habana con diferentes órdenes del virey, encomendadas á don Gregorio Guazo, gobernador de la Habana.

Luego mandó don Juan Pedro que el negro reconociese la tierra para empezar á fabricar ladrillo; registró diferentes sitios de donde podia sacarse barro á propósito para labrarle; pero de todos dijo: que no sufriria el cocimiento sin quebrarse, y replicándole que los indios de aquel mismo barro hacian

casas , ollas y cazuelas , que no se quebraban con el fuego : el negro se remitió á la experiencia, afirmando que los indios para que no se quebrasen las piezas de barro que hacian , mezclarian con el barro nuevo los cascós del viejo.

Chipacafi, gran cacique de los cavetas, habia llegado con La Tour y otros franceses á la Movila, bien deseoso de participar de los regalos ofrecidos ; y conociéndolo el gobernador Juan Bautista Biembile, le agasajó y festejó tanto , que sus regalos y persuasiones le hicieron ir dejando la amistad de los españoles , reduciéndole poco á poco á que perdiese las esperanzas que fundaba en la proteccion del Rey y las pusiese en la de los franceses. Reconocióse presto el efecto de esta mudanza en santa María de Galbe, pues pocos dias despues de estar Chipacafi en la Movila , se retiraron del presidio los cavetas, talipuces, y otros indios amigos que eran antes muy frecuentes en él.

El gobernador don Juan Pedro quisiera enviar á las provincias á saber el estado en que se hallaban aquellas naciones ; pero le faltaba lo necesario para ejecutivo, porque ningun oficial de la plaza podia ir sin llevar regalos de las cosas que se sabe gustan los indios, ó esponerse á un riesgo evidente ; porque cuando van españoles á sus pueblos , si no llevan regalos dicen los indios que tienen mal corazón , porque solo le tienen para ellos bueno el que los da francamente lo que quieren. Y aunque don Juan Pedro sabia muy bien lo que sucedia en la Movila por algunos indios , disimulaba la molestia causada por los franceses con gran prudencia, esperando ocasion de quejarse de modo que se le oyese.

A fin de agosto envió el gobernador Juan Bautista una piragua con un oficial y ocho hombres, en

busca de una faluca, con que se habian alzado seis franceses y una francesa, á santa María de Galbe. Recibió el gobernador muy bien á los que iban, y los regaló dos dias que se detuvieron haciendo diligencias para descubrir los ladrones de la faluca, de que no se hallaba noticia. Supo de el oficial francés que poco antes habian llegado á la Movila tres navíos, con 1000 hombres y 600 mugeres, y que esperaban igual número para poblar las riberas del rio de la Palizada: que en tanto fabricaban con gran priesa doce pontones, y otras cosas, que unidas á las que el gobernador sabia, al retiro de los indios y haber entonces desembarcado en la isla de Navíos, dos fragatas francesas, y un pingüe (por no poder surgir en la Masacra) para entrar por el rio de la Palizada á poblar en los sitios que destinase el baron de Biembile, la gente de las dos fragatas, con la cual venian 70 gastadores para el trabajo de la fortificacion y de las minas que decian haber descubierto: coligió don Juan Pedro novedad en los franceses; pero faltándole aun la presuncion de que pudiese romperse la paz, atribuyó á codicia de los gobernadores tantas disposiciones, no sin recelo de ellas; por lo cual estrechó las órdenes á don Antonio José Martínez, ayudante general del presidio de Nuestra Señora del Cármen, en la laguna de Terminos, para que aprovechase el tiempo en la fortificacion de la punta de Sigüenza y isla de santa Rosa, que era el puerto principal para la defensa de aquel presidio; y para que la obra se feneciese, mandó hacer un ponton que llevase los materiales. Ajustó á sueldo á algunos ingleses carpinteros, que se habian quedado en la plaza de la embarcacion de Joaquin Boto, por medio del pagador don Bernardo de Almonacid, y se empezó á trabajar en él; pero cuando mas

los necesitaba, le dieron cuenta que habían desertado ocho forzados de la plaza: envió algunos indios de Apalache á descubrirlos y seguirlos. Compró una piragua de muy buena calidad, para que ayudase á la obra, no permitiendo instante de descuido su desvelo. En el ínterin que se acababa la fortificación, mandó poner tres cañones en la misma punta de Si-güenza, mirando al canal, y hacer un reducto formado de trinchera, palos tendidos y terraplenados de arena y fagina, para defensa de un destacamento que envió á ella haciéndolos su cubierto de guardia para defender la entrada del puerto. Y finalmente, si se midièse á proporcion de lo que podía, lo que ejecutó el gobernador, escedió á la posibilidad su celo al Real servicio.

Juan Bautista Biembile para disimular los malos oficios que hacia á los españoles, reconociendo el sentimiento de los gobernadores de la Florida y de Panzacola, por la ocupacion de la bahía san José, para que le faltaba la orden del Rey Cristianísimo, que habia supuesto, y que los soldados que habian quedado en ella estaban descontentos y se iban huyendo poco á poco, envió una embarcacion grande á 21 de julio por la gente. Este intento le supo don Juan Pedro Matamoros, por aviso de la Masacra, y despachó á 4 de agosto al capitán don Juan Manuel Roldán, al puerto de san Marcos de Apalache (de donde habia venido el dia 26 de junio) á llevar á don José Primo de Ribera, clavos, escoplos y sier-
ras que le pedia y necesitaba, para proseguir la fortificación, y le encargó registrase la bahía y puerto de san José, y hallándole desocupado como creia, dispusiese que don José Primo destacase la gente que le pareciese bastante para reintegrarse en la posesion de ella, y se mantuviese allí hasta que llega-

sen 25 hombres, con un cabo que el virey de Nueva España enviaba á conservar la.

Roldán partió en una canoa y llegó á la bahía, que halló desocupada y pegado fuego á un fuertecillo de estacas, que aunque no prendió, estaba maltratado y derribado por partes. Volvióse á su canoa, y prosiguió su navegacion al puerto de san Marcos de Apalache. Don José Primo que supo la novedad, envió luego un destacamento de poca gente, con el cual pasó á la bahía de san José el capitan Roldán, y compuso lo mejor que pudo el fuerte que los franceses quisieron quemar. Previno dos canoas que estuviesen en el puerto, para que si necesitase su gente socorro, le pidiese á san Marcos ó á santa María de Galbe, adonde se volvió luego. Dió cuenta á su gobernador, el cual celebró mucho la buena diligencia, pareciéndole quedar asegurada la correspondencia de aquel presidio con el de san Marcos de Apalache; y don Juan de Ayala aprobó á don José Primo todo lo que habia ejecutado, previniéndose cuando llegasen los soldados que habia pedido á Nueva España, para ir á desalojar los escoceses de la isla de santa Catalina.

La gente que don Juan Pedro Matamoros tenia era tan poca, que se adelantaban poco las fábricas de los fuertes, aunque hacia que en la fortificacion de la palizada trabajasen todos los soldados y oficiales, dándoles ejemplo él mismo para que nadie se escusase; de suerte, que por diciembre estaba fenecida la mitad de el fuerte de santa María de Galbe, que eran las dos cortinas y dos baluartes, muy á satisfaccion del ingeniero que entendia en la fortificacion de la punta de Sigüenza; pero aunque podia proseguirla hasta fenecerla, quiso esperar á otro ingeniero que enviaba el marqués de Valero, con

don Gregorio de Salinas Barona, segun la noticia que le dió el capitan Manuel de Morales, que llegó con el situado del presidio el dia 21 en la balandra Nuestra Señora de Guadalupe, asegurándole quedaba en la Vera Cruz don Gregorio con cuatro compañías, y otras prevenciones, aprestándose para pasar á la Florida.

Volviendo á santa María de Galbe Santiago Buchel con su balandra, con el precio de la harina vendida en aquel presidio, á pocas leguas de la Vera Cruz, se alzaron contra él sus marineros y le aprehendieron, apoderándose de la balandra y de cuanto llevaba dentro, y á él le echaron en tierra cerca de Campeche.

Año de 1719.

Reconociendo don Antonio de Benavides, exento de las Reales guardias, que habia sido elegido gobernador de la Florida, cuan bien salió á don Juan de Ayala la ocupacion del puerto de san Marcos de Apalache, y la frecuencia que en él tenían los indios, mostrándose fieles y afectos y muy empeñados en el aumento de los lugares que poblaban, no cesaba de enviar socorros á don José Primo de Ribera, cuya prudente direccion causaba la conveniencia de el Real servicio, y bien de los indios, teniéndolos tan firmes en la obediencia, que esperaba hacer aquel pais uno de los mas útiles y fecundos.

Pero no pudiendo sufrir don Antonio los continuos robos que en aquella costa hacian los ingleses del fuerte de san Jorge, y de las islas de la Providencia y Bahama, dió parte de su sentimiento al marqués de Valero, virey de Nueva España, y á don Gregorio Guazo Calderon Fernandez de la Vega, brigadier de los Reales ejércitos de su Magestad,

y gobernador de la Habana, que por los mismos motivos estaba disgustado con los piratas que infestaban las costas de la isla de Cuba y la Florida, y todos se aplicaron al remedio.

En santa María de Galbe se hallaban muy contentos los soldados de la guarnicion con el socorro de el capitan Morales, y el que esperaban de don Gregorio de Salinas, porque se habian aumentado 57 hombres y un ingeniero, y entrado en el almacén 36 quintales de pólvora, 50 escopetas que podian servir, alfanques, chuzos y otras armas, bermellon, hachetas y las bujerías que don Juan Pedro pidió para dar á los indios: dió los vasos y vestidos sagrados que enviaba el virey, para servir en la iglesia parroquial de el pueblo de la Soledad, hasta campanas, al religioso Francisco que con ellos estaba por no atreverse á entregarlo á los indios, de los cuales no se tenia la confianza que se requería.

A fin de febrero llegó don Gregorio de Salinas con una armada pequeña, se detuvo cerca de un mes en aquel puerto, disponiendo pasar con todas las embarcaciones, fortificar y poblar la bahía de san José: don Juan Pedro le pidió encarecidamente le dejase una nave para lo que se ofreciese en aquel puerto, dándole muchas razones de la importancia de tenerla, y lo precisa que era; pero don Gregorio se escusó de hacerlo, diciéndole que aunque llevára mas eran menester para la empresa á que iba. Esta resistencia precisó á don Juan Pedro, con la presuncion del riesgo en que se hallaba, á requerirle que si por no dejarle la embarcacion sucedia algun fracaso, no fuese por su riesgo: don Gregorio de Salinas que no tenia el mas leve indicio de rompimiento con Francia; antes calificaba su buena fé haber desocupado la bahía de san José, manifestándose el es-

ceso de Juan Bautista Biembile, en haberla desembarazado de temor de que se supiese en Francia: respondió al requerimiento, tomaba en sí el riesgo que sucediese, y sin dejarle ninguna embarcacion ni un maestro de albañilería que trabajase en la punta de Sigüenza, se hizo á la vela en 25 de marzo con buen viento; pero al segundo dia le entró un temporal tan recio, que don Juan Pedro se vió obligado á enviar una piragua á reconocer el daño que habia padecido, la cual volvió luego con la noticia de haber llegado á salvamento con todas las naves á la bahía de san José, donde sin perder tiempo desembarcó todo lo que llevaba, y empezó á ejecutar las órdenes del virey, dando traza á la fortaleza que allí se habia de fabricar.

Pocos dias despues entró una balandra en el puerto de santa María de Galbe buscando á don Gregorio de Salinas, y sabiendo su partida, siguió el rumbo de la bahía de san José, sin que en el puerto se averiguase el motivo de su viage, que mas cuidado le daba á don Juan Pedro acabar la cerca del castillo de san Carlos, para poderle defender de los indios de guerra; pues aunque don José de Berbe- gal, nuevo ingeniero enviado por el virey, afirmaba ser imposible defenderle, porque su fortificacion no podia subsistir por la materia de que era formada; y cuando fuese de piedra, impedian su defensa los padrastrros que le dominaban, quedando espuesto á ser sorprendido, lo cual no tenia mas remedio que mudar la fortificacion á la punta de Sigüenza, y pasar á ella la guarnicion, dejando en Tierra Firme un fortin con poca gente contra los indios: don Juan Pedro no convino en esta mudanza por no tener órden; y en el modo que permitia el sitio, acabó su fortificacion, teniendo ya en la punta de Sigüenza

para levantar el fuerte de san Luis de Valero, que habia de fabricarse, 300 fanegas de cal llevada en canoas; porcion considerable de piedra, que se traia de una cantera en que estaba trabajando el condestable del castillo. con cinco ó seis hombres, y se conducia en el ponton; pero no teniendo mas de 40 presidiarios que trabajasen en el fuerte, se adelantaba poco: por lo cual, y porque las desconfianzas que tenia cada instante, tenian mayor fomento en lo que los indios le contaban y sabia por otras partes, consultó al virey, pidiendo le enviase 50 gastadores á racion sin sueldo, cuatro maestros de albañilería para que todos trabajasen; y porque los que andaban en la obra tenian alguna incomodidad despues de haber hecho el reducto en la punta de Sigüenza, y puesto en él las tres piezas, mandó fabricar algunas casillas de sacate, (yerba para cobertizos, que comen verde y seca los caballos) y cañas, que es el material de la tierra, y entre ellas una capilla para que oyesen misa los que asistian á la obra; y porque los vientos y riesgos del mar impedian que los capellanes de la plaza fuesen á decir misa, previno á Fr. Manuel de Hoaliso, que se habia vuelto de san José por haber allí religiosos de san Francisco, enviados por los superiores de la provincia de santa Elena, asistiese á aquella gente.

Tambien avisó al virey necesitaba de cien soldados y 300 fusiles, pistolas de arzon con fundas, y artillería de mayor, mejor calibre que la de la plaza, en caso de guerra, y algunos caballos para rondar la isla y avisar á la punta de Sigüenza; y para que fuese menos la costa y riesgo, propuso comprasen en aquel país hasta 16, mandando al pagador los pagase, que aun no saldrian á la mitad del coste que traídos de Méjico.

A 10 de abril llegó á santa María de Galbe el cacique Juan Marcos, gobernador del nuevo pueblo de la Soledad, que volvia de la ciudad de san Agustin, asegurando dejaba formada otra poblacion de Apalaches junto al puerto de san Marcos. Don Juan Pedro le dió un vestido y otro al capitan de los indios Yamazes, que llegó al mismo tiempo con algunos de su nacion; despidiéronse muy contentos los indios, y el dia 17 llevó el cacique Juan Marcos al nuevo pueblo muchos de los indios del pueblo de la Soledad: los que quedaron en él, viendo que su gobernador se iba, aunque los aseguró volveria presto, trataron de elegir cacique, mas no se conformaron, y por evitar disturbios recurrieron á don Juan Pedro, que los sosegó y encomendó al Padre Guardian los persuadiese á que dejasen aquellas disputas, previniéndole no los entregasen los ornamentos de la Iglesia, hasta que se nombrase doctrinero propio en aquel pueblo.

En 10 de mayo, en virtud de órden del Rey, dada en 28 de abril del año antecedente, participada por el marqués de Tolosa, don Miguel Fernandez Durán, informó don Juan Pedro dilatadamente sobre el estado de aquella plaza, su ninguna defensa, la utilidad de conservarla, y los daños que se seguirian de perderla.

Lastimados los españoles de Campeche del suceso de Santiago Buchel, le socorrieron de modo que pudo volver á santa María de Galbe á recoger lo que dejó á guardar cuando fue á Méjico; pero prosiguiendo su desgracia, estando ya para entregársele su corta hacienda á 8 de mayo, llegaron las órdenes de represalia contra los ingleses, dadas en 14 de setiembre y 25 de octubre del año antecedente, y queriendo ejecutarlas el gobernador, no halló otros efec-

tos de ingleses, que los depositados de Santiago Bachel, el cual con las fatalidades que le habian sucedido, no tenia otra cosa de valor que las pieles que se han referido; porque otros dos ingleses que estaban en la plaza eran pobrísimos y perecieran sino gozáran sueldos, uno de artillero, y otro de marinero, y servian de calafates; mandábase á don Juan Pedro enviase á los ingleses la tierra adentro; pero no le pareció seguro ni conveniente que en tiempo de guerra fuesen á revelar á los suyos la mala disposicion de la plaza: enviólos á la Habana con las pieles de venado, y lo demas que estaba depositado, porque no hubo ocasion de remitirlo á los oficiales reales de la Vera Cruz.

Esta órden puso á don Juan Pedro en confianza de la conservacion de paz con los franceses, y la avisó á la bahía de san José para que participasen luego la novedad al gobernador de la Florida, que era á quien mas cerca le cogian los ingleses: mas no por esto cesaba en dar incansablemente cuantas providencias le parecian convenientes á repararse y fortificarse, halagando á los de la guarnicion y á los indios, que allí asistian, para que escediesen de su obligacion; pero todo su cuidado, desvelo y trabajo, se desvaneció de repente; porque cuando el gobernador estaba menos receloso, al amanecer el dia 14 de mayo se descubrió una nao como piragua (que algunos presumieron ser la faluca de san José) en la punta de Sigüenza é isla de santa Rosa: diéronle cuenta las centinelas; despachó un alférez con 10 hombres en una canoa á reconocerla, y estando esperando su vuelta, se descubrieron otras cinco lanchas, que queriendo hacerse á la mar, se procuró desde el castillo impedir el intento á cañonazos; pero sin efecto por la distancia á que se

disparaban: saltó en tierra la gente de ellas, y se llevaron la que guarnecía la punta de Sigüenza, y apresaron al alférez con la de su canoa.

Divisávanse en la isla tres bultos, que presumió don Juan Pedro ser algunos hombres que se habían escondido; para saber lo que fuese envió otra canoa con tres soldados, los cuales cogieron un forzado de tres que habían huído al monte, y eran los bultos que se reconocían; traído á la plaza, refirió ser franceses los que saltaron aquella mañana en la punta de Sigüenza, que habiendo llegado á las tres de la mañana, y preguntando el centinela ¿quien eran? respondieron que franceses; que no le dieron cuidado por no haber guerra con ellos, ni le causó novedad alguna, hasta que viendo que eran muchos, quiso avisar el centinela al fuerte; que le dieron un fusilazo, y pasaron al fuerte, y aunque el cabo de él quiso ponerse en defensa, se lo impidieron 100 franceses que se arrojaron sobre él y la guarnición, haciéndola prisionera, sin escapar mas que él, y otros tres forzados que huyeron al monte.

Cuando el forzado estaba contando este suceso (que serían ya las diez de la mañana) se descubrieron cuatro fragatas que venían buscando el puerto: don Juan Pedro avisó luego á don Gregorio de Salinas, que estaba en la bahía de san José, la guerra, pidiendo socorro que no esperaba, porque expuesto á igual riesgo le necesitaba tanto como él.

Las fragatas entraron el mismo dia en el puerto de santa María, haciendo mucho fuego contra el castillo de san Carlos, y este á ellas; duró cerca de cinco horas, con muerte de un hombre de la plaza; apoderóse del puerto el francés, y las fragatas se pusieron á lo largo de él; de suerte que la artillería del castillo hacia poco efecto: cesó el fuego, y en-

:

vió don Juan Pedro un capitán de infantería á preguntar al comandante de la escuadra el motivo de aquella hostilidad intempestiva , y á breve rato volvió á la plaza acompañado de otro capitán francés con la noticia de la guerra , publicada por Francia á 14 de enero : traía un requerimiento del comandante , para que don Juan Pedro , en nombre del rey Cristianísimo , le entregase la plaza. Convocó don Juan Junta de guerra , y pareció á todos que podían defenderse : para tratar el modo , pidió término hasta las diez del día siguiente el gobernador para responder ; y habiéndose vuelto á juntar todos , oficiales de guerra y personas principales de la plaza , se reconoció que el ánimo del día antecedente había sido solo ímpetu del valor y vergüenza de rendirse ; porque los franceses traían cerca de 600 hombres , auxiliados por tierra , de mas de 700 indios. La gente de la plaza no llegaba á 160 personas de tomar armas ; habría para quince ó veinte días bastimentos , reglándolos escasamente ; advirtieron faltar otro modo de salvar las vidas , y reservar el templo de las insolencias de los indios , que rendirse , y lo determinaron con la capitulación siguiente.

I. *Que la guarnicion haya de salir por la puerta principal antes de entrar las tropas del rey Cristianísimo , para acamparse y alojarse en las casillas circunvecinas , formada , con sus armas cargadas y algunas cargas de pólvora y balas , arboladas las banderas , tocando las cajas , llevando los mosqueteros dos cabos de cuerda encendida y bala en boca , y la guarnicion pueda llevar sus hijos y mugeres , con toda su ropa , libros , papeles , cajas y camas , como tambien sus oficiales , sus mugeres y hijos , su ropa , cajas , camas , libros , papeles , esclavos y familiares , á quienes no se les ha de tocar en nada , poniendo guardia y custodia en la parte donde se aloja-*

ren, para no recibir daño por las tropas del rey Cristianísimo.

Se concede, reservando registrar el bagaje; porque no se saque plata labrada, ni moneda, ni piezas de ropa.

II. Que se ha de sacar un cañon con tres tiros de pólvora y balas, y todo su montage. Concedido.

III. Que han de conducir á todos á la Vera Cruz ó á su cercanía, en embarcaciones del rey Cristianísimo, lo mas breve que se pueda, con escolta segura, despachando á todos, dentro de ocho dias, con bastimento, y agua necesarios. Se concede, siendo el viage á la Habana, por no estraviar los navíos.

IV. Que han de mantenerse todos por cuenta de el rey Cristianísimo, los dias que se detuieren en este puerto y en el viage. Concedido, como á sus mismas tropas.

V. Que la plaza no se ha de saquear, ni hacer molestia á ninguno, dejando á cada uno libre, con los bienes que tuviere, pudiendo salir y embarcarse francamente. Concedido, con el registro del artículo primero.

VI. Que han de dar recibo firmado los comandantes, de todo lo que se les entregare de la plaza: como son pertrechos, municiones y bagaje, para dar la buena cuenta y razon que se debe al escelentísimo señor virey de Nueva España. Concedido.

VII. Que todos los papeles pertenecientes al Rey, cuentas, órdenes, listas y instrumentos, los puedan sacar los pagadores, á cuyo cargo están libremente, para su cuenta y razon. Concedido.

VIII. Que la plata labrada de la iglesia se ha de sacar. Negado.

IX. Que hayan de dar ornamentos de iglesia para que sus ministros ministran los Santos Sacramentos. Concedido.

X. Que á los indios apalachinos del pueblo de *Nuestra Señora de la Soledad*, no se les ha de molestar, antes se les atenderá como vasallos del Rey, dejándoles libres para ir donde quisieren, con sus hijos y mugeres. Concedido.

XI. Que á los enfermos que se hallaren en la plaza, se les asista con la cura necesaria hasta conseguir salud. Concedido.

XII. Que se haya de volver el oficial que fue al reconocimiento de la isla de *santa Rosa*, que está prisionero, y los demas que estuvieren prisioneros, sin que por causa ni motivo alguno se queden con ellos. Concedido.

La cual capitulacion firmaron el gobernador don *Juan Pedro*, y el comandante francés, y en su cumplimiento salió la guarnicion de la plaza el dia 15 á acampar fuera, quedando por comandante nombrado por los franceses *Chatubuei*, y se empezaron á entregar por inventario los pertrechos y demas cosas del presidio.

No permitieron que el gobernador don *Juan Pedro* diese cuenta al virey, marqués de *Valero*, de este suceso, aunque lo procuró; pero don *Gregorio de Salinas*, gobernador de *san José*, despachó aviso en 26 de mayo, el cual no llegó hasta el dia 29 de junio.

A 18 de junio salieron del puerto de *santa María de Galbe* embarcados en las fragatas llamadas conde de *Tolosa*, y mariscal de *Villars*, el maese de campo don *Juan Pedro Matamoros*, gobernador de aquella plaza, y los capitanes don *Francisco Roldán*, y don *Diego Matamoros*, hijo del gobernador (que habia servido al Rey desde el año de 1707 en *Cádiz*, *Málaga*, *Tarifa*, *Ceuta*, *Badajoz* y *Alburquerque*, con gran lucimiento), don *Manuel de*

Hevia y Valdés, don Bernardino José de Almonacid, pagadores; Fr. José Usache y Fr. José del Castillo, de el orden de san Francisco, capellanes; don Francisco Dionisio Albergue, don Domingo de la Peña, y don Francisco Casala, alférez de las compañías, y los tres sargentos de ellas. Nicolás Francisco Gomez, Agustín García, Juan de Aguirre, y los demás soldados de la guarnición, y vecinos que quisieron embarcarse. Navegaron hasta el día 3 de julio, que estando sobre la isla de Cuba, en bahía honda, dieron vista á tres balandras que los franceses tuvieron por de piratas. Estos quisieron llegar á las fragatas, y acercándose á la llamada conde de Tolosa, disparó contra ellos diez cañonazos, con que se retiraron hasta el día siguiente que se dejaron ver otra vez buscando á las dos fragatas francesas, y estando á tiro la capitana de las tres, disparó con bala dos cañonazos, que pasaron por encima de la fragata mariscal de Villars, la cual inmediatamente disparó los diez cañones de su banda, y se llegaron á la de Tolosa, que les dió con la andana de once cañones, causando mucho daño en una de las balandras corsarias; de suerte que las obligó á retirarse y á enviar la lancha, diciendo eran corsarios ingleses, que habian imaginado ser navíos españoles; pero que viendo su equivocacion, enviaban su patente y se retiraban: vióla el comandante francés Mésen, y las dejó, siguiendo él su viage á la Habana.

Reconoció don Gregorio Guazo, luego que llegó á la isla, los grandes daños que en aquellas costas hacian los corsarios y piratas, de 20 años á aquella parte, los cuales eran mas frecuentes; después de rota la guerra con ingleses tan á su salvo, que robaban sin contradicción, apresaban las naves que ve-

nian al puerto de la Habana con registro, y las del tráfico de los naturales, atreviéndose á saltar en tierra y saquear las haciendas cercanas á la mar, de modo que andaban todos asustados de tantas pérdidas, y pobres con la falta de el comercio; por lo cual empezó don Gregorio á animar á la gente de aquella isla, para que armasen algunas embarcaciones que asegurasen las costas, y hiciesen respetar á los piratas aquella plaza.

En breve tiempo logró su incansable y diligente celo moderar el atrevimiento de los piratas; porque en pocos dias se halló la gente de la plaza é isla tan bizarra y contenta, que por la entera confianza que tenían en la palabra de don Gregorio, los vecinos, y la necesidad á que los habia reducido su descuido, hicieron armar muchas embarcaciones fuertes, que persiguiendo á los enemigos, no solo los hicieron temer; pero con el ejercicio y las victorias quedó la gente tan diestra, que hizo comercio de su valor: pues todas las preas se les entregaron sin las retardaciones y menoscabos que antes, y quedó asegurado el comercio y el de los navíos mercantiles, que servian al tráfico de los pueblos de la tierra adentro.

La calidad y número de la gente de mar, y la felicidad en lo que emprendia, encendió el ánimo de don Gregorio á mayor empresa, y sabiendo que el valor y prudencia de don Antonio de Benavides, gobernador de la Florida, habia conciliado el afecto de los indios cercanos, ofreciéndole diferentes veces destruir en la Carolina el fuerte de san Jorge, si les daba oficiales de guerra que los dirigiesen, lo cual no ejecutaba por falta de gente en aquel presidio; se informó de don Ignacio Rodriguez Roco, capitán de san Agustin, que se hallaba entonces en la Habana, el cual aseguró á don Gregorio tener por

cierta la determinacion de los indios, y que los ingleses se hallaban con poca guarnicion á sueldo en aquella plaza, y era fácil sorprender sus fortificaciones, dando á un tiempo sobre ella por mar y por tierra.

Don Gregorio viendo lo que importaba restaurar á la corona aquel fértil país usurpado, refrenar la ambicion de los ingleses , y estender el Santo Evangelio en aquellas dilatadas provincias, se valió de 10,000 pesos (que habia producido el tercio del buceo del palmar de Ais , donde se perdió la flota despues de haber echado de allí á los ingleses), y empezó á prevenirse para esta empresa. Echó voz de querer invadir la isla de la Providencia y desalojar á los piratas que se habian refugiado á ella para volver con mas fuerzas contra la Habana en teniendo ocasion. Fletó 14 naves ligeras , diez balandras , una de 14 piezas , dos bergantines , y otras mas pequeñas bien pertrechadas de artillería , con municiones y bastimentos para dos meses , 1000 hombres voluntarios , algunos vecinos principales de la ciudad , y 100 soldados veteranos. Nombró por comandante de esta escuadra á don Alfonso Carrascosa de la Torre , su pariente , teniente que habia sido en el regimiento del Príncipe de Asturias, al cual llevó consigo á la Habana , de orden del rey , como oficial de la mayor confianza , espíritu , conducta y esfuerzo tan acreditado , como publicaban las muchas heridas que en la antecedente guerra le ocasionó su ánimo , cuyo valor y celo tenia don Gregorio experimentado , y nuevamente le reconocia en las cosas de confianza de aquel gobierno ; lo cual le daba seguridad bastante de conseguir la empresa aunque fuera mas dificultosa. Eligió por subalterno á don Esteban Seberino de Berroa , capitan comandante del batallon de la Habana , sujeto de gran mérito , capacidad y ánimo.

Avisó con gran secreto á don Antonio de Benavides para que echase la gente que pudiese con los indios á acometer por tierra al tiempo de el desembarco, que ya tenia don Gregorio individual noticia de las entradas de el puerto, participadas por sugetos prácticos que se esplicaban, de suerte que el ingeniero pudo describirle tan perfectamente, que parecia imposible errar el acometimiento; y en san Agustin estaban muchos que habian visto y notado el estado de la fortaleza de san Jorge; y pocos dias antes se pasaron á la ciudad cuatro irlandeses, y dos mugeres católicas por no poder sufrir los malos tratamientos de los hereges que dieron relacion de todo; la cual trajo el capitán Roco á la Habana.

Teniendo don Gregorio, segun sus disposiciones, por segura la empresa, mandó al capitán don Bruno Caballero, teniente coronel, ingeniero de aquella plaza, que se hallaba con orden del Rey para ir á la Florida, pasase á ella en el armamento por gobernador de el puerto de san Jorge, y le mantuviese, fortificándole hasta que el Rey diese las órdenes que hubiese de guardar.

Instruido don Alfonso Carrascosa por el brigadier don Gregorio Guazo, de lo que habia de ejecutar para lanzar los ingleses de la Carolina, y de lo que convenia mantener el fuerte de san Jorge por el Rey, repararle y fortificarle, se hizo á la vela á 4 de julio con la armada y gente referida. A poca distancia del puerto descubrió dos velas de gavia que parecian de mucho porte, y venian de la banda de Oeste. Don Gregorio tambien las divisó desde la Habana, y despachó un barco para que don Alfonso las reconociese y atacase. Puso en batalla sus embarcaciones, y tomando el rumbo á los navíos con ánimo de reconocerlos, ganó el barlovento y hicieron suerte

de velas, y todas las diligencias imaginables para huir; pero se lo embarazó una calma que sobrevino. Vió luego banderas francesas, y aunque eran fragatas de 20 á 22 cañones, dió orden de abordarlos valiéndose de los remos, y por ser embarcaciones ligeras pudieron acercarse, siendo la primera á que abordó la que le pareció la capitana: ambas arriaron las velas, y no quisieron defenderse, sino rendirse, porque eran las llamadas conde de Tolosa, y mariscal de Villars, en que venian el gobernador y la guarnicion española de santa María de Galbe, segun lo capitulado.

Con esta noticia que aun no se sabia en la Habana, volvió don Alfonso Carrascosa al puerto, poniendo guarnicion bastante en las fragatas francesas, y á vista del puerto dió aviso de todo al brigadier don Gregorio Guazo con un oficial que envió en el bote, el cual mandó tomase el puerto, y dió fondo en él todo el armamento con las dos fragatas apresadas. Salió á tierra don Alfonso con algunos oficiales, y la guarnicion de santa María de Galbe fue puesta en el castillo de la Punta. Pasó luego don Alfonso con don Juan Pedro Matamoros, y otros principales en casa del gobernador y refirió el suceso; y aunque conocia ser considerable pérdida para los intereses de la monarquía la de santa María de Galbe, don Juan Pedro Matamoros que habia estado mas cerca, propuso los grandes daños que de su desgracia podian seguirse, y la facilidad con que aquel armamento podia restaurar la plaza, la cual no habian fortificado los franceses, y bastaba la mitad de la armada para conseguirlo. Ofrecióse con todos sus soldados á asistir á la restauracion, hasta verter la última gota de sangre en servicio del Rey.

Tanta eficacia puso en sus discursos don Juan Pedro, que tuvieron por conveniente don Alfonso y

otros oficiales la nueva empresa: repitieron á don Gregorio la razon del gobernador don Juan Pedro; y con menos novedad mudára de dictámen, persuadido á ser mas del Real servicio, lustre de la nacion y de su obligacion restaurar el puerto y presidio usurpado que ir á despoblar los ingleses.

Para asegurarse mas en su prudente determinacion, convocó junta de todos los oficiales militares de aquella plaza, de capitán arriba, y otros caballeros particulares, cuyo juicio y prudencia estaba acreditado de otras ocasiones. Concurrió á ella tambien el obispo de aquella isla, y el marqués de Casa-Torres que habia sido gobernador de ella. Propuso don Gregorio en la junta la justificacion de la represalia de las dos fragatas francesas. Convinieron todos en que se hiciese: prosiguió exagerando el sentimiento de ver perdido tan importante puerto tan á propósito á los franceses, cuyo deseo era ocupar sitio capaz en que pudiesen conservarse tropas y municiones para invadir el Nuevo Méjico; donde si una vez se fortificaban, sería difícil arrojarlos de el país, y mas faltando tropas regladas, tren de artillería, y lo demas necesario al ataque formal de plaza fuerte, ni era posible que el marqués de Valero sin grandes gastos pudiese disponerlo. Por lo cual concluyó ser precisa la mudanza de destino que llevaba el armamento. Informó don Juan Pedro el estado de el presidio, el descuido de los franceses, y la facilidad de la restauracion; y convinieron todos en el dictámen de el gobernador, aplaudiendo el deseo que tenia de el mayor servicio de Dios, de el Rey y seguridad de toda la nacion.

Como si don Gregorio hubiera estado muchos dias antes prevenido de esta noticia, y de lo que se habia de ejecutar, empezaron á ejecutarse todas las

providencias para el buen efecto de su resolución: mandó evacuar las dos fragatas francesas de la gente que traían y cargarlas de bastimentos y municiones, haciendo comandante á el navío conde de Tolosa; y que la guarnición española de santa María de Galbe alojada en el castillo de la Punta, se armase para que sirviese de aumento á la gente: destacó 150 hombres de la guarnición de los castillos de la Habana, á que se agregaron muchos voluntarios que no solo esperaban la restauracion de la plaza sino dar sobre la Movila y la Masacra.

No se atrevió á juntar al armamento las dos fragatas que estaban detenidas en aquel puerto (para llevar los situados á Cumaná y Santo Domingo) desde que á la entrada de él se perdió el navío san Juan, que los traía por no quitar á aquellas plazas las prevenciones que necesitaban. Dió nueva instruccion á don Alfonso, especialmente le encargó que en llegando á santa María de Galbe procurase desembarcar gente y artillería para restaurar el presidio, fiando á su valor y conducta la felicidad de el suceso. Despachó aviso individual al marqués de Valero, rogándole mandase á don Francisco Cornejo, comandante de la escuadra de Barlovento que estaba en la Vera Cruz, que luego que avisase Carrascosa su llegada á Panzacola se hiciese á la vela á dar calor á esta empresa; y cuando se hubiese logrado, la asegurase contra la intencion de los franceses que tan cerca tenían la Movila y la Masacra.

Ya sabia el virey á este tiempo el suceso de santa María de Galbe, porque recibió cartas de don Gregorio de Salinas, en que le daba cuenta por menor de todo. Al punto empezó á disponer el castigo de los franceses. Apresuró mas su determinacion al Real servicio una carta del guardian de Panzacola en

que aseguraba que la idea de apoderarse del presidio de santa María de Galbe, era para entrar en el Nuevo Méjico. Despachó á toda diligencia correos á los puertos de Nueva España para que se pasasen á la Vera Cruz los marineros y navíos que en ellos se hallasen: mandó hacer reclutas, y aunque la falta de bageles frustraba la gran solicitud, remedióla Dios; porque el dia 5 de julio dieron fondo en la Vera Cruz (como si tambien se les hubiera avisado) cinco bageles de guerra de la armada de barlovento, á cargo de don Francisco Cornejo, caballero del orden de Santiago; cuya noticia regocijó infinito al virey; mandólos prevenir de todo lo necesario, y estando para hacerse á la vela llegó el aviso de don Gregorio Guazo en carta de 19 de julio. Con lo cual el virey aumentó la prevencion enviando otro armamento que sostuviese el de don Alfonso Carrascosa.

Aunque en la Habana todos conocian la ventaja que al servicio del Rey y al bien comun causaba esta mudanza, algunos de los soldados tenían por mas útil á sus intereses la primer resolucion; y como habian alquilado sus vidas á ellos presumiendo que faltasen por no ser gente que apetecia honra, desertaron mas de 400. No suspendió esto las disposiciones y providencias del gobernador; antes con mayor eficacia se entregó al logro del buen efecto de lo resuelto: suplió abundantemente el valor de los que habian desertado, escusando mucho número de raciones con 60 granaderos de la guarnicion de la Habana, quedando reducido todo el número del armamento á 850 hombres reglados voluntarios y marineros. El gobernador de santa María de Galbe se despidió de don Gregorio, dándole los agradecimientos correspondientes á su celo, y se embarcó con la gente y su guarnicion bien armada.

Volvió á hacerse á la vela don Alfonso Carras-
 cosa el dia 29 de julio con doce bageles. Llegaron
 á vista de la bahía y puerto de san José : envió don
 Alfonso al teniente coronel don Bruno Caballero , á
 don Gregorio de Salinas, á inquirir noticias del fuer-
 te de santa María de Galbe de las fuerzas y acciones
 de los franceses durante la ocupacion de aquella ba-
 hía y plaza, para proceder con mayor seguridad en
 la espedicion. Don Gregorio de Salinas recibió al te-
 niente coronel con escesiva alegría, no solo porque
 con tan grande y oportuno socorro quedaba libre de
 las amenazas que los franceses le hacian, que todas
 eran de temer aun estando su fortificacion acabada
 por la poca gente que tenia , sino por ver la restau-
 racion de santa María de Galbe , sin duda segun las
 últimas noticias que dos desertores de el presidio ve-
 nidos al suyo por tierra habian traído , los cuales en-
 vió con el teniente coronel á don Alfonso , á quien
 aseguraron que la plaza estaba en peor estado que
 cuando la tomaron los franceses , porque no habian
 adelantado ni mejorado la fortificacion , ni tenido
 lugar ni materiales para hacerlo : que la punta de Si-
 güenza é isla de santa Rosa estaba desamparada, ase-
 gurando á los franceses la prontitud con que suelen
 perder los españoles las plazas , y la pereza de recu-
 perarlas , pues no les pasó por la imaginacion que
 volviesen á echarlos, creyendo no poder juntar fuer-
 zas para ello : que tenian por cierto que no se podian
 defender y se rendirian , y mas presto con el sobre-
 salto que causaria á Chatubuei y los suyos la no es-
 perada invasion.

Oido esto por el comandante don Alfonso (que
 era lo mismo que habian dicho á don Gregorio de
 Salinas , gobernador del fuerte de san José) dió fon-
 do aquella misma noche á media legua de santa Ma-

ría de Galbe: destacó 100 hombres que se apoderasen de la punta de Sigüenza, y la ocuparon sin resistencia: entró en un bote el comandante en el puerto á reconocer las naves surtas en él: halló dos fragatas de el mismo porte que las apresadas, que por estar en calma pudo reconocerlas bien. Disparáronle de la plaza muchos tiros, pero no le acertó, ni por ellos dejó de reconocer tambien la fortaleza para averiguar la verdad de los desertores: volvió á desembarcar en la punta de Sigüenza, donde se mantenía el destacamento. Luego despachó el bote con órden al armamento para que las naves que pudiesen navegar á remo entrasen en el puerto, como lo ejecutaron prontamente todas excepto las tres fragatas. Volvió el comandante á entrar en el bote, y fue acordonando con sus bageles las dos fragatas francesas y parte de la plaza con las balandras, las cuales empezaron á disparar su artillería continuamente contra el castillo de san Carlos y contra las dos fragatas, no sin daño de los franceses; pero habiendo sobrevenido un poco de viento, dió órden de abordar á las dos fragatas que hacian tan grande fuego que causaba espanto, menos al valor é intrepidez del comandante y los suyos que consiguieron echar la gente en la mayor, ofreciendo buen parage á los franceses. Estos pegaron fuego á la otra viéndola perdida, y la gente se arrojó en las lanchas que los llevaron á tierra, y de allí fueron al castillo.

Acordonó inmediatamente don Alfonso el castillo con todas las naves á distancia que la artillería pudiese hacer tiro hecho, y todo el dia estuvieron disparando de una y otra parte sin daño considerable. Envió despues don Bruno Caballero á decir á Chatubuei se rindiese prisionero de guerra con toda la guarnicion luego, sin dar lugar á que se sacase á tierra la

artillería , porque en sacándola los pasaria á todos á cuchillo. A este requerimiento pidió Chatubuei se le diese tiempo hasta las diez del dia siguiente para determinar. Concedióle don Alfonso , y previniendo estorbar que llegasen indios á ayudar á los franceses (aunque entonces era de poca consideracion este accidente) mandó apostar aquella noche tres destacamentos de á 100 españoles en las avenidas precisas de la fortaleza , pero no pareció ninguno.

A las diez del dia siguiente hicieron de la plaza señal de rendirle : desembarcó al punto en las lanchas y botes el comandante , la gente reglada primero , y luego los demas , con órden de tomar tierra á tiro de cañon de la fortaleza ; aseguró las embarcaciones con la gente de mar , y mandó que todas las lanchas y botes quedasen en la línea á la lengua del agua ; y dejando prevenido remedio á cualquier desórden, saltó en tierra para entrar en la plaza : al llegar con toda la gente á tiro de pistola de la puerta principal de ella, salió un oficial francés y entregó las llaves á don Alfonso Carrascosa , el cual prosiguió su marcha hasta la misma puerta y estacada, donde hizo formar su gente ; destacó 30 hombres con tres oficiales á diez cada uno con bayonetas caladas para guardar la iglesia , la casa de Chatubuei (donde supo estaba la ropa de los oficiales franceses) y el almacén en que habia cantidad de paños, lana , hierro, clavazon , jarcias , harina , vino y muchas municiones : á todos tres oficiales encargó mucho el cumplimiento de su obligacion no permitiendo insolencia alguna de las que suceden en semejantes casos. Y habiendo esperado el tiempo que le pareció bastante para que los oficiales tomasen los puestos á que iban destinados , entró con el resto de la gente en la fortaleza , y en la plaza de ella halló un escuadron de

franceses que serían 350 formados con las armas en tierra: mandólos prevenir para ir á bordo á la fragata apresada en el puerto, dejando á don Esteban de Berroa, su subalterno, para que los llevase á ella con órden de alojarlos entre puentes y quitar velas y timon, poniendo un oficial y 50 soldados de guarda. Puso guardas en los baluartes y otros puestos principales, y dejó en la plaza debajo de su palabra á Chaturbuei, que era gobernador, al teniente de rey, al director general de la compañía de las provincias de Occidente, seis capitanes y otros oficiales en tanto que se disponia bagel para pasarlos á la Habana. Estando asegurado todo, pasó don Alfonso á la Iglesia, donde se cantó el *Te Deum Laudamus*, en hacimiento de gracias de la restauracion de aquel presidio y puerto al dominio del Rey, á que asistieron todos los oficiales de armamento, y el maese de campo don Juan Pedro Matamoros, gobernador de aquella plaza, á quien fenecida esta funcion, restituyó don Alfonso la posesion del gobierno, y añadió alguna gente á la guarnicion antigua.

Luego en 25 de agosto, dia de los años del príncipe nuestro señor, despachó don Alfonso aviso de su buen suceso al virey de Nueva España, marqués de Valero, con el capitan don Francisco Mendez que llegó á la Vera Cruz felizmente. Celebróse en Méjico con la alegría correspondiente al desconuelo que causó la pérdida; y el virey dió órden para que á toda priesa partiese don Francisco Cornejo, comandante de la armada de Barlovento al socorro de don Alfonso, y que fuesen con él los navíos que poco antes habian llegado de la Habana á cargo de don Francisco Guerrero, caballero del órden de san Juan, creyendo que llegando á tiempo se conseguiria tambien la empresa de la Masacra y la Movila, echando

á los franceses del seno Mejicano y sus cercanías.

Volvió al dia siguiente 26 don Alfonso á bordo de su navío con toda su gente muy descontenta, especialmente la voluntaria por no haberla permitido saquear la ropa de los oficiales y soldados franceses, y en sosegarla no trabajó menos don Alfonso que en rendir la plaza, porque la codicia sabe poco de razon.

La misma tarde á las dos llegó á la plaza una tropa de indios que acercándose á ella dieron una descarga: dispararon algunos tiros de los baluartes y huyeron; al ruido saltó en tierra don Alfonso, persuadiéndose vendrian siguiendo á los primeros otras partidas de indios; pero no habiendo parecido ninguno, se volvió á sus navíos con la gente y despachó aviso á don Gregorio Guazo en un bergantin en que embarcó á Chatubuei y algunos oficiales franceses, quedándose otros, y el resto de los franceses para llevarlos en el armamento en llegando el socorro que esperaba de Nueva España de gente y víveres.

Asomaron otra vez los indios por el cerro de san Isidro con un cabo francés, que reconociendo llegaba tarde el socorro que traia, con licencia y seguro para hablar al comandante don Alfonso, vino á decirle, que los comandantes de la Lusiana le enviaban con socorro para la plaza, y que viéndola perdida determinaba volverse si don Alfonso no ordenaba otra cosa. Agradecióle el comandante su atencion, y se retiró con los indios, porque no se permitió á ningun prisionero fuese con él, antes estaban tan bien hallados, que viendo el buen trato de los españoles tomaron partido mas de 40.

Quiso don Alfonso Carrascosa templar las quejas de los codiciosos, que todo era ponderar su riesgo y el poco fruto que de él sacaban; y para alen-

:

tarlos, mandó que fuesen en una piragua con 30 hombres escogidos y un cabo de entera confianza, á un pueblo de indios que no pasaba de 25 vecinos, á donde se habian retirado muchos negros de la compañía de Occidente, que llaman los franceses: encargó al oficial llevase gran cuidado de no aventurar el lance, dando al amanecer sobre el pueblo, y sin hacer mal á los indios, prendiese á los negros; ejecutólo así, y volvió con 160 negros, dejando á los indios del pueblo contentos y amigos.

Con esta presa que habia prometido el comandante á los que andaban murmurando, y á los demas todo cuanto tenia el almacén, escepto las municiones de boca y guerra, y los pertrechos que necesitase el presidio, se alentarón tanto, que tuvo por conveniente destacar tres balandras y una piragua con 300 hombres escogidos y hábiles en el curso, y entre ellos Mr. Roque, y otros franceses de los que habiau tomado partido. Nombró para mandarlas al capitan de mar y guerra don Antonio Mendieta, ordenándole pasase al puerto de la Masacra, poblacion de franceses distante 41 leguas de santa María de Galbe, y que reconociendo antes toda la costa, entrase con la balandra en él, procurando en la piragua reconocer la gente francesa é india que podria haber en el pueblo, acercándose cuanto pudiese para este efecto.

En 24 horas llegó don Antonio al puerto de la Masacra, en el cual halló encallada una fragata francesa llamada el Felipe, aunque resguardada de cuatro baterías que los franceses habian puesto en la costa, con temor de que los españoles viniesen por ella, y aun de que los atacasen. Reconoció muy bien toda la costa don Antonio, y adelantándose en el puerto lo que bastaba, vió que la gente del na-

vío y baterías serían 2,300 franceses y canadinos; aseguróse bien de todo, sufriendo con gran valor y constancia el fuego que continuamente hacian sobre él, y en un lanchon que apresó cargado de carne salada y harina, dió cuenta al comandante don Alfonso Carrascosa.

En tanto que volvía el lanchon, mandó armar y esquifar las lanchas, y con ellas y la piragua se entró una noche por el rio de la Movila y amaneció cerca del pueblo del mismo nombre, donde esperó á la capa cinco embarcaciones pequeñas que salian de el puerto cargadas de víveres y municiones para la Masacra, y apresólas sin riesgo. Mr. Roque y los franceses fueron en una lancha á tierra y saquearon una casa de campo en la ribera del rio, y cuando volvieron á embarcarse no habia llegado á recogerlos la lancha como debia; dieron los indios de una emboscada en ellos ayudados de algunos franceses, y pelearon con el mayor valor que se ha visto jamás, sin que se disminuyese el ánimo, haberlos hecho retirar hasta el agua, donde no quisieron rendirse, y murieron todos peleando con notable constancia y fortaleza. Quiso Mendieta remediarlos, mas no pudo; y volviéndose por el rio, quemó algunas estancias y caserías á las riberas de él, apresando algunos negros esclavos de los franceses; y al dia siguiente salió del rio haciendo fuego con la artillería de la piragua á muchos indios que en ambas riberas salieron á impedirle, y dieron muerte á algunos soldados.

Luego que don Alfonso recibió el aviso y vió el estado de la Masacra, mandó engrosar el destacamento con la fragata el mariscal de Villars, y el Santo Cristo del Buen Viage, enviando á don Esteban de Berroa, con orden de atacar el Felipe que

estaba encallado, y echar en tierra la gente que llevó Mendieta, y parte de la que iba con él á quemar el pueblo si podia, haciendo las hostilidades posibles, á fin de contener á los indios, precisándolos con eso á que huyesen de aquel sitio, porque su multitud no desgraciase la empresa; y cuando no pudiese ejecutar estas órdenes, le dió la general de que obrase como siempre habia hecho en servicio del Rey, que de su prudencia fiaba el acierto, encargándole avisase puntualmente para ocurrir á los sucesos con las providencias correspondientes.

Aquella misma noche se hizo don Esteban de Berroa á la vela, y llegó donde se hallaba don Antonio Mendieta; el cual habia visto que sobre la multitud de indios que cada instante crecia, todos con buenas armas, habian llegado nuevamente franceses y canadinos, que hacian el desembarco impracticable. No estaba ocioso el comandante; pues para asegurar el presidio restaurado, determinó con don Bruno Caballero, que con la mayor presteza se construyese un fuerte en la punta de Sigüenza á la lengua del agua, para resguardarse en cualquier suceso adverso, y mantener en adelante para seguridad del puerto una batería en él; dieron principio á la obra empleándose en ella toda la gente, y los negros esclavos que se habian pillado.

Los indios no sosegaban ni dejaban sosegar la guarnicion de santa María de Galbe, todos los dias llegaban á la plaza en tropas pequeñas, haciendo alarmar la guarnicion; pero luego que salian á ellos, se entraban como corzos por los montes, siendo inútil seguirlos, pues lo mas que se lograba era tomarles algunas armas y otros despojos de poca importancia que arrojaban para correr mas ligemente. Un dia que se avistaron á la Laguneta, escopeteando

una lancha que venia á la plaza, dieron muerte á un soldado (que descuidados estaban lavándose en la orilla de ella) reconociendo su falta, envió don Juan Pedro partidas de gente en seguimiento de los indios, que no pudieron alcanzar á ninguno, y se volvieron trayendo al soldado muerto para enterrarle en la plaza.

La gente del armamento que trabajaba en la punta de Sigüenza descubrió tres indios que venian hacia la bahía de san José, dió noticia al comandante, el cual viendo que hacian las señas de paz, mandó pasar una lancha esquifada á traerlos á bordo de su navío, y llamar á él un soldado intérprete natural de la Florida, que entendia siete lenguas diferentes de indios. Uno de los tres era el gobernador de Apalache Juan Marcos, que habiendo llegado á presencia del comandante hizo un dilatado razonamiento en su lengua, que segun el intérprete, decia: *Yo soy, valiente capitan, Juan Marcos Valero, á quien el virey de Nueva España hizo tanta honra, que me nombró por gobernador de la nacion de Apalache, y soy cristiano por la gracia de Dios, por cuyo motivo he logrado este nombre, y por el virey este apellido. El gran Chipacafi, emperador de Caveta, me envia á saludarte y decirte, que sabiendo te hallas en Panzacola con una escuadra del rey de España, á quien él y todos los indios y los demas vasallos y amigos suyos veneran y desean dar muestras de su buen corazon, en su servicio, te hace saber, que él y sus vasallos, amigos y parciales, están prontos á obedecerte y seguirte en la guerra que has empezado contra los franceses, y indios rebeldes que los amparan, si los necesitas, y te ofrece como quien está debajo de la proteccion de tan gran Rey, venir gustoso con las gentes que juntáre á ejecutar lo que le ordenáres, por la gran inclinacion que naturalmen-*

te tiene á los españoles, cuyo dominio creen, él y todos sus vasallos aliados, ser mas dulce que la libertad bárbara, y solo á él ha podido sujetarse sin comprender mas motivos que la conformidad en el valor. El comandante hizo muchos agasajos al gobernador Juan Marcos, celebrando su fineza y la del cacique de Caveta, y mandó al intérprete le respondiese: que él y todos los españoles agradecian su venida, y al emperador la oferta, que sería recompensada por el Rey con la mayor liberalidad, de cuya parte la admitia, y le rogaba que cuanto antes viniere con los talipuces, teguales, apalaches y el mayor número de indios de su parcialidad que pudiese juntar, para que aceptando el socorro que le ofrecia, viese confirmada la amistad y proteccion que publicaba; asegurándole, que cuanto necesitasen para su alivio y seguridad, hallarian en los españoles, y que no se detuviesen por falta de harina, municiones ni armas; pues el traía bastimentos, fusiles, pólvora, balas, paños encarnados, aguardientes y otras cosas para partir con sus amigos y aliados. El gobernador Juan Marcos, mostró gran alborozo de oir al intérprete, y dió las gracias á don Alfonso.

Despues de haber descansado, pidió Juan Marcos al comandante que permitiese al soldado intérprete ir con él hasta llegar al emperador de Caveta, con el cual lograria acreditar que habia cumplido con su precepto, y ser mejor informado el emperador de lo que se le ofreciese, ni se dilatase á el cumplimiento de lo que unos y otros deseaban: y demas de lo referido, inflamaria mucho los ánimos de los apalaches, ver al español y oirle las grandezas de su señoría, lo numeroso y pujante de sus fuerzas en mar y en tierra, el alivio y socorro que ofrecia, y para que se reconociese que en esto solo procuraba el mayor servicio del Rey, dejaria como

en rehenes del español los dos indios que venían con él, que eran de los mas nobles de su nacion. Pareció á don Alfonso y á los que estaban con él podia ser de mucha importancia este socorro; porque á lo menos habria gente con que entretener á los indios auxiliares de los franceses: mandó al soldado intérprete fuese con el gobernador Juan Marcós, instruyéndole en lo que habia de hacer, y luego partieron á su viage.

Don Esteban Berroa avisó al comandante, que sin evidente peligro no podia saltar en tierra de la Masacra, ni tomar el navío Felipe encallado, porque las riberas se hallaban ocupadas de innumerables indios, y en el navío iban entrando franceses por detrás del banco de arena en que encalló, teniendo puesta toda la artillería de él á la banda por donde habia de ser embestido, y tan fortificado, que eran necesarias mayores fuerzas y perder alguna gente para tomarle, siendo el mayor daño que las fragatas no podian llegar á él; pues si lo intentasen, las sucederia el mismo fracaso que al navío. Los franceses estaban atrincherados en la isla, y aunque el capitan don Diego de Molina quiso desembarcar, no se determinó, porque la fortificacion de el enemigo era de tan grande embarazo, que sin lograr nada sería derrotada su gente.

Consideró el comandante que esta guerra era de mayor peso que permitian sus fuerzas, por haber concurrido allí gran número de franceses; y prece- diendo consejo de los demas cabos, mandó retirar los capitanes á la bahía de santa María de Galbe, donde volvieron el dia 27 de agosto; y para estar sobre aviso de lo que sucedia en la Masacra y observar los movimientos de los enemigos, envió sobre aquella costa las balandras del capitan Ricardo, y la

del capitán Juan Antonio, que partieron el día 29 de agosto, con las órdenes que habían de guardar.

En el fuerte de la punta de Sigüenza, á quien llamaron Príncipe de Asturias, ya casi fenecido, ayudando la gente que llegó de la Masacra, hizo poner don Alfonso 15 piezas que defendiesen la canal y entrada en el puerto. Luego mandó fabricar hornos para hacer bizcocho de la harina que había quedado, creyendo vendrían presto bastimentos de la Habana en el bergantín que llevó el aviso, y que no tardaría el socorro de Nueva España.

En la plaza no se descuidaban don Juan Pedro ni el ingeniero don Antonio Martínez, en reparar la fortificación, cubriendo las brechas, y haciendo las demás obras que miraban á su seguridad. La infantería que continuamente cubría los cuatro baluartes, iba dos veces á fagina todos los días con el gobernador; los demás oficiales andaban desmontando las cercanías, metiendo en el castillo madera con incesante fatiga, la cual aumentaba el mayor número de indios de guerra, que desembarazados de la defensa de la Masacra, venían á la plaza á dar sus descargas, y al seguirlos se emboscaban, menos los más atrevidos y tardos en huir, que pagaban su osadía con la vida, aunque á costa de la de algunos españoles, que aun haciéndolos prisioneros, vivos los desollaban el casco de la cabeza, llevándole con el cabello á sus pueblos, que es el fruto de sus mayores triunfos.

La abundancia de bastimentos y la esperanza de que hubiese más con los socorros de Cuba y Nueva España, hizo tolerar el continuo trabajo de los soldados de la guarnición y del armamento; pero faltando aun las noticias de los socorros, se descubrió la necesidad en la plaza, donde habiéndose acaba-

do todas las vituallas se daba solo una libra de harina. En el armamento era mayor la hambre y el riesgo que ocasionaron las enfermedades, de que murieron algunos, porque la campaña ni aun yerbas tenia, viéndose obligados á mantener las vidas con poleadas que hacia de un poco de harina que habia quedado, y el pescado de la bahía que era mucho; pues si el mar fuera estéril, pereciera la mayor parte de la gente, bien que algunos que inconsideradamente saciaron la hambre en el pescado, enfermaron peligrosamente.

Muchos soldados eran de parecer que se abandonase aquel parage, antes que muriesen todos; porque decian: que volviendo los enemigos, aunque los hallasen muy fortificados, era imposible sin víveres defenderse; antes se verian precisados á entregarse para que los mantuviesen sus contrarios, que el socorro era perdido; porque quién se persuadiria á que tan grandes y tan cuidadosos ministros, como el virey de Nueva España, y el gobernador de la Habana, no los despachasen á tiempo, descuidando de el fracaso por no haberlos repetido el aviso: que ya aunque se repitiese, era tarde, pues la harina no podia durar aunque se diese por onzas el tiempo necesario, para ir y volver á la Habana cuando en ella todo estuviese prevenido: que era muerte vil la que esperaban, y cuando al punto no se levasen de aquel puerto, marchar á la Masacra á que los enemigos fuesen testigos de su valor y no viniesen á serlo de su pusilánime ruindad. Don Alfonso procuró disuadirlos de este intento, asegurándolos que las órdenes que traia, no permitian la fea y culpable resolucion de desamparar la plaza y puerto de tanta importancia, restaurada con tantos trabajos: que la honra de los soldados no era morir hacien-

do daño en los enemigos, sino obedeciendo: que ninguno, aun de los mas apasionados, dejaria de publicar en el mundo que se los habia pegado la veleidad temeraria de los indios, si emprendiesen locura semejante: que lo que á todos los hombres dilataba los ánimos que era conseguir las empresas, parece que los envilecia, injuriando sin conocimiento su honroso valor y gloriosa constancia, para mantener lo que habian restaurado, queriendo dejar voluntariamente en poder de los enemigos la victoria y el fruto de ella, y en el mundo la nota indeleble de cobardes ladrones y vengativos; pues ningun servicio resultaba de su accion abandonando aquellos puertos al Rey ni á la nacion: que los alimentos aun no se habian acabado; y finalmente, que mas prevenciones eran menester para partir que para quedarse: *que sabemos (decia) si engolfados nos divide una tormenta los dias que vagáremos errantes mares, tan inmensos que no tienen fin: aliviáranse mas solos los que juntos no pueden socorrerse: aquí veis que si el mar no nos franqueára tanto pescado y tan bueno, fuera dificultoso mantenernos un dia, y con la poca provision nuestra y su abundancia, no podemos perecer en muchos meses; ¿no es temeridad dejar este alimento sin tener otro? Hasta ahora ¿cuál ha muerto de hambre? No socorremos todos al que enferma de la fatiga y cansancio, con el regalo que tenemos ¿quién le socorrerá en el mar? ¿Será mejor morir huyendo que sufrir esperando? Los socorros han de venir, ni el virrey ni el gobernador de la Habana se descuidarán; pues faltándolos aviso de que estamos socorridos, repetirán los socorros hasta que lleguen; y en fin, acabados los bastimentos, agotado el pescado innumerable de este mar, ¿no le queda al valor tiempo bastante para manifestarse? ¿Todos los dias no vienen los indios á buscarnos? Pues*

cuando sin esperanza de remedio se tome resolucion de desamparar el puerto, peguemos fuego á las naves, y abra por tierra senda el valor, hasta llegar á san José, á san Marcos ó á san Agustin si fuere necesario, y no fiemos nuestras vidas á la fortuna, y fortuna de la mar, que en nosotros será duplicada desgracia el abandono de la honra.

Estas y otras razones que el honor del comandante sacaba de lo íntimo de su fiel y robusto corazon, serenaron los ánimos de los inquietos, resolviéndose á esperar. Llegó entonces el capitan Juan Antonio en su balandra á avisar al comandante haber avistado á la Masakra cinco embarcaciones que le parecieron españolas; pero que habiendo enviado su lancha con gente á reconocerlas, por poca prudencia de los que iban en ella fueron apresados, con que discurrió eran franceses, y se vino sin haber sabido ni reconocido el porte de los navíos, que vió á mucha distancia, á dar cuenta. Participó esta noticia don Alfonso á don Juan Pedro Matamoros, previniéndole, que parecia trataban los franceses de embestirlos, con cuyo aviso que confirmó la novedad que habia presumido en los enemigos; porque los indios no venian á la plaza como antes, ni se dejaban ver desde que se llevaron un presidiario vivo, que salió con otro hácia la Laguneta á lavar sus cacimbas; y aunque el otro (que anduvo mas ligero) dió aviso á la plaza y salió gente, no pudo hallar á los indios ni al que llevaban.

Uno y otro precisó al gobernador á juntar aquella misma noche todos los oficiales de la plaza, proponiéndolos tenia por cierto que los franceses estaban socorridos, como lo daban á entender las cinco velas vistas por el capitan Juan Antonio, que eran sin duda enemigas, por haber apresado la lan-

cha que confirmaba este dictámen la suspension que tres dias habia tenian los indios, de los continuos rebatos que daban á la plaza; argumento evidente de que estaban detenidos para embestir armados á la plaza por mar y tierra, en compa a de los franceses: que al daño temido, era necesario acudir con tiempo; que si cogian á los españoles divididos en cualquier acometimiento grande, arriesgaban sus vidas y el servicio del Rey. Por lo cual tenia por acertado pasar al fuerte de la punta de Sigüenza toda la artillería y municiones que pudiesen, y quemar el castillo de san Carlos; porque si los enemigos venian no se apoderasen de  el; y juntas las fuerzas, en cualquier suceso era mas f acil defenderse hasta que viniesen socorros. Los capitanes y oficiales del presidio se dividieron en varios pareceres, tan obstinados, que no pudo concertarlos el gobernador; con lo cual disolvió la Junta, y respondió al comandante determinase lo que tuviese por mas conveniencia del servicio de el Rey y utilidad de sus tropas.

Con el dia despachó el comandante el bote de su navío á reconocer el porte y calidad de los cinco navíos franceses, no obstante mantenerse á vista de la Masacra el capitan Ricardo con su balandra, el cual llegó diciendo, eran navíos de carga de 20   24 piezas. Aseguró al comandante esta noticia, aunque no se descuid  en dar las providencias mas propias   cualquier caso que se pudiese temer. Don Juan Pedro estaba cada dia mas firme en que habian de embestir, porque no parecia indio alguno de guerra, y por tierra se habia pasado un francés   los enemigos, que habia llegado   la plaza en una lancha, y dobl  las guardas y centinelas y las rondas fuera de la plaza.

Cuando estaban mas confiados los del armamento en que siendo navíos mercantiles de la calidad que referia el capitan Ricardo , no se atreverian al armamento en el puerto , avisaron al comandante del Tope , que se habian descubierto seis velas de gavia á la parte del Sudueste ; todos creyeron ser la escuadra de la armada de Barlovento , mandada por don Francisco Cornejo , que venia en su socorro de la Nueva España ; pero se desengañaron brevemente , porque acercándose tomaron en línea la boca del puerto y reconocieron en las fábricas , banderas y gallardetes , ser navíos franceses y escuadra de guerra mandada por gefe , porque uno de ellos echó en el palo de la mesana la bandera de cuadra.

Vió el comandante ser navíos de línea de á 50, 60 y á 70 piezas ; pero como si fueran inferiores á los de su armamento , dispuso luego sus embarcaciones para oponerse al designio de los enemigos: mandó ir á don Bruno Caballero al fuerte , príncipe de Asturias (que aun no estaba perficionado) y tenia 100 hombres escogidos de guarnicion. El comandante con ánimo invencible é intrépido se puso enmedio del canal por donde habian de pasar los franceses con su fragata , amarrada con diversas anclas y anclones , ordenando que hicieran lo mismo la 2 , 3 , y la fragata francesa apresada , en que metió 100 hombres , poniéndose todos en batalla quanto permitia la entrada del puerto , dejando á un costado libre el fuego del fuerte nuevo : las demas embarcaciones se pusieron en línea , y se avisó á la plaza de santa María de Galbe , que quedaba á las espaldas , esta disposicion. Ya habia conocido don Juan Pedro Matamoros ser las naos francesas , porque al dar fondo á la boca de el puerto , llegaron muchos escuadrones de indios á atacar el castillo , y

se les resistió bizarramente; pero eran tantos, que no escarmentaban ayudados é instruidos de los franceses, aunque herian muchos. Toda la noche duraron los rebatos y estuvieron los de la plaza haciendo continuo fuego por las tres frentes de Tierra Firme; porque viéndose rechazados los indios juntos todos, unidos á los franceses, procuraron asaltarla por todas partes; y reconociendo don Juan Pedro que en el cerro de san Isidro, que domina la plaza, querian poner los franceses una batería, mandó que la artillería de los dos baluartes que miran á él, hiciese fuego á los enemigos, y así estuvieron toda la noche y hasta las diez del dia siguiente, disparándose continuamente la artillería de ambas partes.

A esta hora favorecidos del viento los navíos franceses, hicieron señal de entrar en el puerto, vueltas ya á ellos las lanchas que habian enviado á sondar la canal huyendo de los cañonazos que don Bruno Caballero hacia disparar desde el fuerte de la punta de Sigüenza. Los españoles viendo que se acercaban, trataron de impedir el paso y defenderse. Pelearon como si hubieran de vencer. Fue horrible el fuego, y el valor increíble. A las seis horas de combate se entraron por el caño de santa Rosa dos balandras, un bergantin y una piragua españolas, las balandras encallaron, y el bergantin y piragua escaparon.

El fuerte nuevo cuya artillería sostenia el armamento estaba ya por tierra, desmontada la artillería á los repetidos cañonazos disparados por los franceses desde su escuadra: no estaban mejor tratadas las embarcaciones españolas, pues á las diez horas de combate, solo peleaban las dos primeras fragatas y se defendian. La del comandante hecha

pedazos se iba á pique , sucediendo en ella muchas desgracias. Los franceses estaban espantados del valor de los españoles, sintiendo que hombres tan valientes, dignos de eterna fama , muriesen sin poder quitarlos la victoria. El conde de Chamelin envió recado á don Alfonso que se rindiese , por ser lástima que tanto valor y espíritu se anegase ; y viendo imposible escapar del mar en que perecian algunos, ó de la mano de los franceses , persuadiéndole todos los que con él se hallaban , arrió el gallardete y se rindió prisionero de guerra: lo mismo hizo don Bruno Caballero con la guarnicion del fuerte nuevo, que habian derribado los franceses á cañonazos, y luego envió Chamelin á un francés del órden de san Luis, que se llamaba Lila, á requerir al gobernador don Juan Pedro se rindiese prisionero de guerra como los demas ; y si lo rehúsaba, le trataria con todo el rigor de la guerra sin admitirle otra proposicion. Don Juan Pedro dijo á el oficial, que dentro de dos horas responderia. Juntó los oficiales de la plaza , concurriendo Lila, que hizo á todos el mismo requerimiento, traduciéñdole en castellano para que le entendiese don Juan Manuel Roldán, capitan comandante del presidio. Ordenó don Juan Pedro al oficial francés se retirase ; y quedando con sus oficiales, los mandó votar sobre el requerimiento : nadie dudó en que era necesario rendirse. Dió la respuesta á Lila, que salió de la plaza á llevarla al conde de Chamelin, el cual hizo á los españoles rendidos muchos favores y agasajos, alabando mucho su valerosa resistencia, diciendo que á no tocar en temeridad, podia tenerse por la mayor defensa que jamás se habia visto en el Océano ; y tenia razon , porque querer impedir

teniendo el viento contrario á seis navíos desde 50 á 70 piezas de á 18 y 20 libras de bala, cuatro fragatas, la mayor de 20 piezas, con bala de 6 libras de calibre; (porque la mayor parte de la artillería de la nave apresada se habia pasado á la punta de Sigüenza) era buscar el riesgo por si favorecia al atrevimiento la fortuna y al valor el accidente, que fue el motivo que tuvo para no rendirse al comandante, hasta que vió hechas astillas y desbaratadas sus pequeñas naos, esperaba que el bergantin y la piragua que escaparon, diesen aviso al gobernador de san José, para que este pudiese darle á Nueva España, Cuba, y á los puertos de san Agustin de la Florida y san Marcos.

Apoderados los franceses de los fuertes y de los bageles, repartieron los oficiales prisioneros en tres navíos de guerra, y á el del conde de Chamelin pasaron al maese de campo don Juan Pedro Matamoros, al comandante de la armada don Alfonso Carrascosa de la Torre, á don Bruno Caballero, á don Esteban de Berroa y al ayudante general de la Laguna de Términos, don Antonio José Martinez: despues hicieron lista de los prisioneros, y sacaron las balandras encalladas en el caño de santa Rosa.

El dia 24 de setiembre se dejó ver muy de mañana el bergantin de Andrés Gonzalez que venia con socorro de víveres enviado por el gobernador de la Habana. Los franceses quitaron las banderas de su nacion, entró con mucha seguridad en el puerto y dió fondo. Apresáronle luego y cogieron todo lo que llevaba, y las cartas, que despues de haberlas leído Chamelin, guardando las que le pareció, entregó las demas á don Juan Pedro y á don Alfonso para que las repartiesen. Trataron los franceses

de aliviarse de la gente que sustentaban. Aprestaron la fragata san Luis, una de las apresadas, y en ella embarcaron mas de quinientos prisioneros á la Habana, donde llegaron sin riesgo. Al mismo tiempo que se hizo á la vela este bagel, llegó el español intérprete que fue con el gobernador Juan Marcos á ver al emperador de Caveta, y traia 60 indios; mas reconociendo á distancia el destrozo de los fuertes, previniendo el mal suceso, los mandó volverse, y él se vino á entregar prisionero.

A 3 de octubre llegó el navío llamado la duquesa de Noalles, que venia de Rochefort; las noticias que trajo inquietaron á los franceses demasiadamente, y andaban como confusos; lo cual movió la curiosidad de los españoles á inquirir la novedad que se reducía á traer órden de que invernase aquella escuadra en las colonias, de la que llaman Lusiana, por haber noticia de que otra escuadra mayor española venia al seno Mejicano; pero sin embargo de esta órden resolvieron hacer su viage á Francia; tambien trajo nueva de que la ciudad de san Sebastian estaba sitiada por los franceses, y el Rey en campaña.

El día 13 de octubre á las tres da la tarde se avistó un navío, y al mismo tiempo trajeron preso un español de la isla de santa Rosa, el cual informó al conde Chanelin, venia en el navío que estaba á la vista, que salió de él en la lancha con dos ó tres hombres: que perdida la lancha, los dos se ahogaron, y él se habia librado. A este tiempo el navío avistado se acercó disparando tres cañonazos, como que pedia lancha, con que se ratificó la noticia que habia dado el español; pero despues de echar lancha el navío y dar fondo antes de entrar en la canal, llegó la lancha cerca de la punta de Sigüenza, y saliendo los ma-

rineros á tierra con barriles para hacer aguada, los franceses que ya estaban prevenidos en tierra y mar los trajeron á todos prisioneros al navío del conde Chamelin, y delante de él declararon haber salido de la Vera Cruz treinta y cinco dias antes con cien hombres y víveres para la plaza de santa María de Galbe; pero que con el viento Sueste que antes traian, se habian recatado á la Masacra, intentando hacer agua en la costa, donde lo impidieron. Oyendo esto Chamelin, mandó poner en los castillos banderas españolas, y al amanecer del dia siguiente disparó el navío español que se mantenia dado fondo fuera del puerto un cañonazo llamando su lancha; y desde la costa de santa Rosa, donde estaba, descubria por encima de la tierra de la isla todas las naos; estuvo así hasta las once del dia 14 de octubre que entró un viento Sueste con alguna fuerza, y por no padecer naufragio entró en el puerto, dió fondo, y luego mandó el conde de Chamelin disparar con bala echando banderas francesas, con lo cual se vió precisado don Francisco de la Peña, capitán de mar de la armada de Barlovento, que lo era del navío que se llamaba Chico, á arriar su bandera: envió Chamelin una lancha por los pliegos de el virey que traia para el gobernador y el comandante y á los oficiales de la infantería que venia de refuerzo.

De estas cartas, las antecedentes, del poco susto de los españoles y de la tardanza de la escuadra de Barlovento, reconocieron los franceses que habian de volver á restaurar la plaza y castillo cuanto antes, y pareciéndolos no podian defenderse ni fortificarse, resolvieron quemar la plaza y el castillo de la punta de Sigüenza, cuya artillería echaron al agua: redujeron á cenizas la poblacion, no dejando rastro de

iglesia , almacenes y cuarteles ; y habiendo llevado á sus navíos las cureñas , se hicieron á la vela en 21 de octubre , dejando en la frente de unos palos que habian acepillado y erigido en el sitio donde estaban los castillos la inscripcion siguiente en francés : *El año de 1719 á 18 de setiembre Mr. Denode Chamelin , gefe de escuadra de las armadas navales del rey Cristianísimo , tomó este puerto á fuerza de armas , como tambien la isla de santa Rosa por orden del rey de Francia : en Tierra Firme dejó 25 hombres cerca del sitio de la poblacion de santa María de Galbe con algunos indios , y cuatro cañones en batería rasa al mar , ordenándolos que si llegasen armas españolas clavasen la artillería y se retirasen á cualquier poblacion de las suyas.*

Al salir del puerto con su escuadra el conde de Chamelin, que aun llevaba consigo los oficiales españoles prisioneros tan bien asistidos como los suyos, calmó el viento en la boca de él, y volvió á dar fondo; descubrió luego un navío y se estuvo con las banderas hasta las doce del día que los indios que venian por la playa de Tierra Firme, afirmaron que la nave no era de la Masacra , con lo cual mandó el conde quitar las banderas , y á las cuatro de la tarde se reconoció ser balandra , de la cual se disparó un cañonazo echando su bandera española ; la misma pusieron los navíos franceses respondiendo, con lo cual engañada vino á dar fondo á tiro de fusil ; salieron á ella las lanchas francesas, disparó el conde Chamelin un cañonazo quitando la bandera española y echando la de su nacion , con lo cual arrió las velas y se rindió. Dióle noticia el cabo de haber salido de la Vera Cruz con cuatro fragatas , la mayor de 40 piezas, y una balandra, comandadas por don Francisco

Cornejo, en cuya conserva venia, que se apartó al quinto dia con una tempestad sin haber sabido el rumbo que llevaban los demas: algunos de los franceses querian esperar esta escuadra; pero el conde no convino en su dictámen, antes el dia 24 se hizo á la vela poniendo la proa á la Masacra con todos los navíos que estaban en la bahía de santa María de Galbe, que eran el Hércules, Comandante, el Marte, Tritón, la Union, la duquesa de Noalles, el mariscal de Villars, el conde de Tolosa, el santo Cris-to del buen Viage, el Pingüe de la Vera Cruz, el Grandiablo y la balandra que se apresó dos dias antes.

El dia siguiente á las diez dió vista la armada á la punta del rio de la Movila; desde allí navegaron á la isla de la Masacra (que llaman Delfina) y dieron fondo á las cinco de la tarde frente de la poblacion de los franceses, donde se quedó el director Vilar-don y otro francés llamado Sereni, con todas las embarcaciones apresadas y otras; y el conde se hizo á la vela la vuelta de Panzacola en su navío Hércules, siguiéndole el Marte, el Tritón, la Union y el mariscal de Villars. El dia siguiente á las once del dia se balló sobre el puerto de santa María de Galbe, y mandó poner en la corneta, que es en la mesana, su bandera de gefe de escuadra, y en el tope una bandera roja, y disparar tres tiros pausados, á que respondió el destacamento francés que habia quedado en tierra: luego pusieron todos los navíos las banderas de popa, y se hicieron á fuera continuando el viento Leste, y andando solo con la mayor y el triquete hasta el dia 2 de noviembre, bordeando sobre la costa de san José, Panzacola y Masacra, que á las cinco de la tarde sobre la bahía de santa María de Galbe, disparó

otra vez tres tiros en la misma forma que antes, á que correspondió el destacamento francés, y quedaron los navíos dado fondo al Leste del puerto: al amanecer el dia siguiente se levaron para ir sobre la boca del puerto: entrando en ella dió Chamelin fondo haciendo llamada á los capitanes de los navíos que vinieron á bordo de la capitana, y resolvieron el viage á Francia tomando las cartas de los que quedaban en tierra, que aunque avisaron al comandante haber visto gente en la isla de santa Rosa, y que por no tener lancha no la habian reconocido: era tanto el gusto de los franceses en volverse, que no hicieron caso del aviso, y menos con el buen tiempo que les entró; pues á 13 de noviembre dieron vista á la isla de Cuba, hallándose los navíos sobre el puerto de Matanzas; y á 15 se avistó al cayo largo en la costa de la Florida, y discurriendo estar en la canal de Bahama, volvió á descubrirse el mismo cayo: mudaron rumbo y entraron en la canal el dia 30; por venir mas pesados dejó el comandante francés el Tritón, la Union y el mariscal de Villars, y á 20 de noviembre descubrieron la isla del Fanal en los Azores, desde donde pasaron sin zozobra hasta los mares de Francia.

Año de 1720.

El dia 3 de enero llegó el conde de Chamelin á Brest con los prisioneros españoles, donde el Rey los mandó luego socorrer; allí estuvieron hasta 24 de marzo que se embarcaron en el navío llamado el Chamo, de que era capitan Biembile, para pasar á Rochefort al maese de campo don Juan Pedro Matamoros, gobernador de santa Maria de Galbe, á los capitanes don Alonso Moreno, y don Francisco

Castañon, á los tenientes don Diego Delgado, cuatro capitanes negros de la Habana, dos alféreces y los soldados marineros y voluntarios, que eran todos 158, quedando en Brest para cobrar la letra que vino de socorro de España, el comandante del armamento don Alfonso Carrascosa, el teniente coronel don Bruno Caballero, el capitán don Esteban de Berroa, el ayudante general don Antonio Martinez, y el alférez don Marcos Santos.

Desembarcó en Rochefort el maese de campo don Juan Pedro, y fue á visitar á La Galisioner, comandante del puerto, y á Buarne, intendente; los cuales dijeron tenían órden de llevar todos los prisioneros á Burdeos en barcas, que llegarían el dia siguiente, para conducirlos sin dilacion; con lo cual se volvió don Juan Pedro al navío, y escribió á don Alfonso Carrascosa el viage para que se incorporasen. Las barcas no vinieron, antes el navío entró en el puerto de Rochefort el dia cuatro: don Juan Pedro tomó tierra y se dió órden por Buarne á un oficial de la marina llamado Marie, para llevarle por tierra con los demas prisioneros á Roan: ejecutólo así y llegaron á 18 de abril, desde donde navegaron 20 leguas hasta Burdeos; allí dieron á los prisioneros la buena noticia de su libertad, el intendente de Guiena Courson y el comisario de la marina Misel; pero el marqués de Rupert, gobernador del castillo Trompeta, impidió la ejecucion con el pretesto de que la órden que tenia era solo de recibir los prisioneros y guardarlos; así lo hizo, asistiéndolos como á la guarnicion hasta el dia 26 de abril que vino la órden de París: participóla el marqués á don Juan Pedro, el cual ajustó luego navío para pasar á Cádiz los prisioneros á 18 pesos de toda costa cada uno.

Estando ya prevenido, avisó don Alfonso Carrascosa que estaba en Port Luis, hallarse allí un navío de Martinet con orden del rey de Francia para restituirle á España, cuyo era detenido por falta de equipage, y que sería del servicio del Rey enviase toda la gente para pasarla en él á España. Ejecutólo don Juan Pedro luego ajustando (con el navío que tenia fletado) llevar la gente á Port Luis, la cual llevó el día 13 de mayo don Alfonso Moreno, quien la entregó á don Alfonso Carrascosa, y se hizo á la vela para Cádiz, donde llegó con felicidad, y de allí vino á Madrid. El maese de campo don Juan Pedro llegó por tierra á la Corte á tres de junio.

Don Fernando Caffaro, hermano de el marqués de Caffaro, difunto, que habia servido con gran satisfacción en las armadas de Francia, fue por cabo de una escuadra á la Lusiana, y luego desembarcó en la Movila, murió.

Año de 1721.

Las viruelas hicieron tan gran daño en la Nueva Inglaterra, que la ciudad de Boston temió ser des poblada, no solo por este ramo de peste sino por la diminucion del comercio y gran falta de dinero.

El Rey dió á 22 de marzo al maese de campo don Juan Pedro Matamoros la mitad del sueldo, y al capitan don Diego Antonio su hijo en 5 de abril: y al capitan don Alfonso Carrascosa confirmó una compañía de dragones en la ciudad de Méjico que partió á servir luego.

Por mayo salió de Berghen, cabeza de Noruega, de orden de Federico IV, rey de Dinamarca, la nave Esperanza con 43 hombres y un capitan á correr la costa de Groenlandia para descubrir nuevas tierras y

adelantar el conocimiento del secreto de la costa; y habiendo desembarcado se resolvió á invernar en ella para dar mejor razon de sus encargos.

Don Fr. Gerónimo de Valdés, obispo de Cuba, del órden de san Basilio, se desvelaba extremamente en cumplir las obligaciones de su dignidad y oficios; pues por agosto habia visitado tres veces todos los lugares de su obispado, y para que participase de este religioso celo la Florida, envió á don Dionisio Rosino, su obispo auxiliar, á visitarla; pero reconociendo la distancia desde Cuba, la inquietud procelosa del mar, tempestades continuas y riesgos de piratas en la canal de Bahama, intentaba que la Florida se erigiese en obispado distinto: lo cual sería de gran importancia, no solo para reducir á la fé los indios, sino para educar á muchos negros que traen los extranjeros á algunas provincias que ocupan.

Año de 1722.

Las tempestades y peligros de piratas causaron grandes pérdidas y daños en las haciendas y navíos de los ingleses; porque habiendo salido de Boston un navío cargado de bastimentos, vestidos y otras cosas para la guarnicion de el fuerte de Annopolis. Pasó las islas de Tuchet, y al entrar en el estrecho de san Martin le sobrevino tan gran calma, que no pudieron adelantar un paso cuantas faenas hicieron los marineros. Estando padeciendo esta congoja y el temor de tormenta, entró tan fuerte viento y tan deshecha borrasca, que el piloto perdió el rumbo y tocó el bagel en una roca levemente al parecer, quedando tan maltratado que ni la bomba ni otros artificios podian evitar le hundiese la mucha agua que hacia; y viendo el riesgo evidente, el piloto maese

y marineros con toda la gente y sus armas, se metieron en la lancha, y con gran trabajo y miedo se salvaron en Bostón: el navío se fue á pique perdiéndose cuanto llevaba sin haber podido recuperar cosa alguna.

Poco despues saliendo tres navíos por el rio de la Virginia, fueron embestidos de un uracán tan vehemente que los echó á pique, con otro que iba á entrar por el mismo rio, sin que se salvase nada de cuanto llevaba, y un pirata inglés sacó del puerto de Rosemari trece bageles ingleses. Otro apresó cuatro navíos que iban á Jamaica.

El P. Rale de la Compañía de Jesus bajó de Canadá á la frontera Oriental de la Nueva Inglaterra, trayendo carta á los indios del gobernador general de Canadá, en que los persuadia no permitiesen á los ingleses poblar en los países confinantes, exagerando los daños que de consentirlo resultaria á su libertad; y ofreciéndolos pólvora, balas, fusiles y mercaderías, pero que esto habian de hacerlo con tan gran secreto que no llegasen á penetrar los ingleses eran instados y socorridos para esta empresa. Tomó este cargo el P. Rale con intencion de que la cercanía de las poblaciones inglesas no perturbasen las conciencias de los indios mas de lo que estaban con la comunicacion.

Apenas empezó á tratarlo cuando el gobernador de Bostón supo que el P. Rale trataba de rebelar los indios: despachó luego algunos soldados que le prendiesen; pero habiendo tenido noticia (aunque tarde) de esta resolucion, huyó tan de priesa que por salvarse se dejó todos los papeles, que recogieron los soldados y los llevaron al gobernador, el cual no queriendo hacer novedad con lo que resultaba de ellos,

los envió á Inglaterra para que se le ordenase lo que habia de ejecutar ; pero no dieron los indios tanto lugar porque los iroqueses quebrantaron la paz que tenian hecha con los ingleses, y hicieron grandes daños en las haciendas de sus poblaciones , por lo cual llamó á consejo á los principales de ellas el gobernador general , y hubo diferentes pareceres en un mes que duraron las conferencias, hasta que se resolvió enviar tropas regladas á oponerse á los indios para detener sus correrías y entradas. Tambien se mandó salir á molestar los piratas que tenian casi impedido el comercio de aquellos mares, siendo tanta la estrechez de dinero por esta causa , que le fue preciso al rey Jorge de Inglaterra mandar se hiciese moneda de cobre por la poca que habia, aliviando de este modo la necesidad que se padecia en estas provincias.

Guillermo Brunet , gobernador de la Nueva Yorck tomó posesion de su gobierno ; solicitó ratificar la amistad con las cinco naciones de indios, y sabiendo que Konosora , intérprete indio , procuraba el mal que podia á los ingleses, ó tener muy estrechas correspondencias con el gobernador de Canadá y otros cabos franceses, manifestó á los indios su disgusto, y los pidió que eligiesen otro intérprete ; porque bien sabian el mal corazon de Konosora contra él y los ingleses : pues su persuasion sola habia impedido pocos años antes al brigadier Hunther hacerlos guerra ayudado de las cinco naciones , persuadiéndolos neutralidad, y que siempre debian procurar tener en igual balanza ingleses y franceses ; porque si destruian á los unos con el auxilio de los otros , quedarian esclavos de los victoriosos , los quemarian sus casas y acabarían con ellos.

Para que esto tuviese mejor efecto , pidió tam-

bien á los indios que cada nacion enviase dos embajadores, á los cuales daria los motivos de la renovacion de la amistad que pretendia, de la deposicion de Konosora y del peligro en que estaba su libertad por las poblaciones y fuertes de los franceses. Convinieron los indios en nombrar embajadores, los cuales enviaron á tratar con el gobernador : propúsolos todo lo referido, y habiendo procurado responder los indios embajadores sin declararse contra los franceses, dijeron : que aunque era verdad que con permission de las cinco naciones habian fabricado en Catalacobe una casa en que poner las mercaderías, despues sin licencia empezaron un fuerte en que consintieron por haberlos asegurado era solo para su seguridad ; pero estaban fortificados, de suerte que parecia imposible desalojarlos. El gobernador les previno que lo mismo hacian en Niagara. Preguntólos ¿si serían contentos de que demoliese luego las fortalezas? porque lo ejecutaria sin dificultad ni dilacion.

Los indios que no estaban resueltos á que el negocio fuese tan de prisa, pidieron tiempo para comunicar á los principales de las naciones ; concedióle el gobernador, haciéndolos muchos agasajos. Dieron los embajadores cuenta de lo que pasaba á sus capitanes, los cuales resolvieron, que si los ingleses querian y podian desbaratar las fortificaciones que en aquellas comarcas tenian los franceses, lo permitirian y ayudarian á ello aunque ocultamente ; porque al descubierto y declarándose por enemigos de los franceses, no se hallaban en estado de ejecutarlo ; y que en quanto á Konosora, se deliberaria y ratificarían la amistad.

Volvieron los embajadores indios con esta respuesta al gobernador, el cual tuvo por escusa el

recato de los iroqueses. Dióles á entender que cuanto proponia era por su bien solamente; pues ni á él ni á sus gentes podrian nunca hacer daño los franceses: díjolos que si con ánimo valiente no se determinaban á derribar las fortalezas que en sus tierras habia, verian dentro de poco tiempo perdida su libertad; porque no pudiendo estar continuamente con ellos los ingleses para auxiliarlos y defenderlos, aun cuando ratificasen la paz en alguna ocasion, hallándolos desprevenidos se verian esclavos; porque los franceses eran vasallos de un monarca absoluto que trataba á sus vasallos peor que esclavos, y procuraban con todas sus fuerzas y cautelas reducir á esta servidumbre á todos los vecinos y aliados para que su Rey premiase liberalmente las hazañas en perjuicio de otros: al contrario de los ingleses, que eran libres, y su Rey procuraba favorecer su libertad, sin permitir que nadie los injuriase: y en esto eran muy semejantes á las cinco naciones; porque mas parecia que la obediencia en ambas era mayor firmeza para vivir sin riesgo, que para limitar la voluntad: que no dudaba aborrecian poco la esclavitud; pues dudaban unirse con él públicamente para deshacer el embarazo de su libertad; pero no queriendo violentarlos á nada, los advertia que el dia siguiente habia de renovarse la paz de órden de su Rey, para que unos y otros viesesen con mayor quietud; y á este fin y de que viesesen cuanto estimaba su amistad, les traia de Inglaterra muchos regalos, y esperaba otros de mayor importancia, que los causarían gran regocijo y conveniencia. Los indios convinieron en ratificar luego la paz; la cual se celebró con las ceremonias acostumbradas, y al parecer con grande gusto suyo y de los

ingleses, quedando tan conforme y con tan estrecha comunicacion, que á ninguna hora se prohibia la entrada en la plaza á los indios; á los cuales regaló el gobernador con fusiles, pólvora, balas, casacas y algunas cosas de rescate, quedando muy contentos y agradecidos.

Quando se persuadió Guillermo á tenerlos bien asegurados, volvió á llamar á los principales, vinieron luego y los propuso tenia dispuesto echar los franceses de Niagara: refiriólos el modo, encargándolos no comerciasen ni tuviesen correspondencia con ellos, que era medio eficaz de enflaquecerlos. Los indios lo ofrecieron así informados de que los ingleses podrian dar las mercaderías y rescates que sacaban de los franceses en mayor abundancia y por menos pieles.

Para asegurarlos mas se casó Guillermo con una india al uso de la tierra, y los indios vinieron á darle la enhorabuena y á ofrecerse á quanto mandase, aunque fuese ir con él á Niagara: trajéronle muchas pieles y bastimentos, y él volvió á darlos escopetas, y otras cosas como las referidas. Empezaron los indios mozos, grandes y numerosas danzas delante de las ventanas del gobernador, que duraron todo el dia y gran parte de la noche.

Pero parece que no bastaron á la seguridad de los ingleses todos estos buenos propósitos de los indios; pues por el mes de julio embistieron algunos escuadrones de indios á la Nueva Inglaterra, intentando quemar una poblacion principal: no obstante haber tambien ratificado la paz con su gobernador, y tratarlos este con grande agasajo. No pudieron quemar la plaza, pero hicieron tan grandes daños en las haciendas de los ingleses, é insultos en sus

personas, que el gobernador de Bostón los publicó rebeldes y enemigos de Inglaterra, mandando á todas las poblaciones de aquellos países los tratasen como traidores; y al fin del año mandó el rey de Inglaterra prevenir artillería, armas, municiones y lo demas necesario para fabricar en la Nueva Inglaterra diferentes fortalezas que refrenasen la soberbia de los indios, habiendo concedido por noviembre los comunes, para las guarniciones de las Indias Occidentales, Gibraltar y Mahon, cerca de 160,000 libras esterlinas.

Deseaban los ingleses recuperar de los dinamarqueses la isla de san Juan, de que se habian apoderado; y pareciéndolos que bastaria para restaurarla pedirla, salieron de Bostón dos navíos con alguna gente, fueron y manifestaron el encargo que llevaban; pero los dinamarqueses no los quisieron oír ni entregar la isla, y se volvieron á la Nueva Inglaterra sin lograr lo que imaginaban.

El marqués de Casafuerte, hermano del marqués de Escalona, que salió de Cádiz por junio convoyado de dos navíos de guerra, á órden del teniente general don Fernando Chacón, llegó á la Vera Cruz á 26 de agosto sin contratiempo, á suceder en el vireinato de Nueva España al marqués de Valero.

Volvió por setiembre á Dinamarca el capitán dinamarqués, que fue en la nave Esperanza, á reconocer la costa de Groenlandia: hizo observaciones en ella hasta 67 grados y 7 minutos de altura como se ha dicho. Allí inverná y volvió trayendo 28 toneles de aceite de ballena; 260 pieles de lobos marinos, y 10 sacos llenos de tierra de un mineral que aun no se sabe lo que es. Referia que los naturales de la tierra donde estuvo eran muy tratables, de costum-

bres civiles y genio tan pacífico, que en cerca de un año que allí estuvo con los suyos, no tuvieron pendencia con los dinamarqueses, ni entre sí, porque vivian con tanta conformidad, que podian servir de ejemplo á los cristianos; que gozaban salud tan robusta, que llegaban á vivir 100 años; que su comida era carne de animales, y pescado seco al viento; que dieron á los extranjeros alojamiento con gran gusto, y las mugeres enviaban á sus hijas (que eran honestas y corteses) á servirlos; que el invierno no es mas riguroso en aquel pais que en Berghen, ni nieva tanto; que los pueblos que viven á 69 grados se vienen á vivir el invierno á los que están en 60. Y el verano llegan navegando hasta 70 grados, donde hay gran cantidad de ballenas, y en algunos parages muy buenos pastos; y aunque en el país no hay maderas, se hallan en las playas algunas veces árboles tan grandes, que de uno puede hacerse una chalupa; los cuales se entiende vienen de los montes de las Indias Occidentales ó de tierra mas hácia el Norte. Perdió solo dos hombres en este viage el capitan, y trajo grandes esperanzas de adelantar este descubrimiento; para lo cual dejó poblado el sitio que le pareció mas fértil y de mas gente.

Formáronse en Inglaterra tres compañías nuevas; una para la pesca de ballenas; otra de los arenques, y otra para Moscovia. La primera alborotó á todos los interesados en la pesca de las ballenas, porque decian algunos intentaban ser solos en el mar del Norte contra la antigua posesion de los vascos, vizcainos y holandeses y otras naciones mas cercanas.

Tomás Hollingnurst, inglés, capitan del navío Greyhound, salió de Cádiz á 7 de diciembre á la Virginia; pero al dia siguiente se fue á pique sobre la costa.

Los grandes y señalados servicios de don Antonio de Benavides, gobernador y capitán general de la Florida, movieron el ánimo al Rey á prorogarle en aquel gobierno por otros seis años mas con universal gusto de los españoles é indios de aquellas provincias.

Acabándose de imprimir este libro, la primera vez, murió el escelentísimo señor don Andrés de Pes, gobernador del Consejo de las Indias, y Secretario del Despacho Universal de Marina, el dia 7 de mayo de 1723 á las cuatro y media de la tarde: dejó todos sus empleos antes, y pidió con instante anhelo se admitiese su dejacion. Enterróse (como mandó) en san Francisco debajo de la pila del agua bendita el dia 8 siguiente, con tan gran concurso, que acreditó las buenas obras que le seguian: suplan los mármoles que mereció su bondad los incultos rasgos de este epitafio.

TABLAS ESTADISTICAS

DE LA

NUEVA ESPAÑA.

SUPERFICIE Y POBLACION.

La Nueva España con las provincias internas tiene 5.764,700 individuos en 81,144 leguas cuadradas de superficie, lo que corresponde á 71 $\frac{3}{8}$ de habitantes por legua cuadrada.

Siendo este reino cinco veces mayor que la península de España (la cual tiene 15,700 leguas cuadradas con 10 millones 620 habitantes, que son 641 por legua), se estiende desde 16° hasta 38°, teniendo en su mayor largura del S. S. E. al N. N. O. 490 leguas náuticas de 20 al grado; y en su mayor anchura del E. al O. en 30° de latitud desde el río Colorado en Texas hasta la isla del Tiburon 292 leguas. Su menor anchura en el isthmo de Tehuantepec (donde los ríos Goazacoalco y Chimalapa convidan á dar comunicacion á los dos mares por medio de un canal de 5 á 6 leguas) es de 36 leguas.

La distancia de Vera Cruz á Acapulco es de 87 leguas: la de Méjico á Vera Cruz de 59, y la de Méjico á Acapulco de 54.

Mas de la mitad de toda la dicha superficie, esto es, cerca de 420 leguas cuadradas, está dentro de la

zona torrida, y de esta las $3/5$ gozan de un clima mas frio que templado, efecto de la grande elevacion del terreno, que de Méjico á Durango es desde 900 á 1,300 toesas sobre el nivel del mar, altura doble á la del Vesubio, y produce todas las plantas de Europa.

La espresada superficie ha sido calculada por don Juan José Oteyza y por mí, sirviéndonos para esto del mapa de este reino, que he construido sobre mis propias observaciones astronómicas, hechas entre los 17 y 21° de latitud y sobre todos los materiales que existen en esta ciudad.

Las mayores alturas de la cordillera de la Nueva España (que por los volcanes de Guatemala y el isthmo de Panamá y Cupique comunica con los Andes de Santa Fé y Quito) se hallan todas entre los paralelos de 19 y $19 \frac{1}{4}$.

El pico de Orizava está 470 toesas mas bajo que la cima del Chimborazo; pero tiene doble elevacion que el Canigou de los Pirineos.

El volcan de la Puebla ó de Popocatepec tiene 2,760 toesas de altura. La Sierra nevada ó Itzazigualt 2,460: el monte nevado de Toluca 2,364.

Estas son las únicas alturas del reino que llegan al límite inferior de la nieve permanente que en enero empieza á 1,930 toesas: en setiembre á 2,290, y cerca del Ecuador á 2,470.

El cofre de Perote y el volcan de Colima, que tambien se hallan en el mismo paralelo de las grandes alturas, están la mayor parte sin nieve.

En este reino nieva en la latitud de 20 grados generalmente hasta la altura de 1,552 toesas; y algunas veces hasta la de 1,163 en que se halla esta ciudad, y aun mas abajo en 959, que es la elevacion de Valladolid.

En Quito deja de nevar hasta 20 toesas de altura.

Estas son diferencias demasiado grandes para no atribuir las mas bien á causas locales que á la diversidad de latitud.

La altura media de esta cordillera demasiado baja para llegar á la region de la nieve, perpétua y bastante alta para causar una escesiva evaporacion; la falta de árboles aumentada desde la conquista; los desagües artificiales; el grande reverbero del sol sobre unos llanos estendidos, y la abundancia de sosa con la de otras sustancias salinas, parece que son las principales causas de la falta de agua que se experimenta en el centro de este reino, y que en muchas partes se opone á la agricultura. Sus costas gozan de mas humedad, esceptuando la de Yucatán; pero las miasmas que produce la putrefaccion de tantas partes orgánicas en un suelo tan calentado por los rayos del sol, y otras causas químicas poco investigadas, producen enfermedades que en la costa oriental se aumentan por el concurso de los europeos y otras naciones de la zona templada. En las provincias meridionales los rios de Goazacoalco, de Alvarado, de Moctezuma que desemboca en el de Panuco; los de Zacatula y Santiago, que nace del de Lerma y del de las Laxas, con el tiempo podrán ser útiles para la comunicacion interior.

En las provincias Septentrionales la Sierra verde al E. de la de Timpanagos en 41° de latitud, dá nacimiento á dos caudalosos rios; el rio Bravo del Norte, y el rio Colorado, siendo el curso del 1.^o de 410 leguas, y el del 2.^o de 200.

No se puede conocer exactamente la poblacion de este reino antes de su conquista, pues aunque ciertamente era muy grande, los historiadores la han exagerado, como suele acontecer en todo país recién descubierta. La isla de Otahiti en el mar del Sur, á la

cual Cook daba 1000 habitantes, y los misioneros ingleses 490 : el capitan Wilson vió que no tenia mas de 160.

La parte de Anahuac, que estaba sujeta á Moctezuma 11º, no escedia de 10 á 120 leguas cuadradas, esto es, cerca de la 8.ª parte de las que contiene este reino de Nueva España. Los reyes de Acolhuacan, Hacopan , Mechoacan eran independientes.

Los grandes llanos que presenta la parte elevada de este reino, de los cuales unos tienen 470 toesas, y otros como el valle de Toluca 1,340 sobre el nivel del mar, prueba una remota época en que todo estuvo cubierto de inmensas lagunas. Restos de ellas son la de Chapáala , de cerca de 160 leguas cuadradas ; las del valle de Méjico, que ocupan 54 leguas cuadradas, esto es, mas de una 4.ª parte de su valle; la de Parquarro ; la de Mertitlan, y la de Xarras.

Poblacion de la N. E. conforme á la numeracion empezada de órden del señor virey , conde de Revillagigedo, en 1793... 4.483,680.

Aumentanse 2/7, el uno por la parte que se ocultaria en la enumeracion compensada , la que corresponde por la duplicacion con que se hizo en algunos lugares, y el otro 1/7 por el aumento que se considera habrá tenido la poblacion en los años corridos. 1.281,051.

Total en 1803. 5.764,731.

Por la razon tomada del número de nacidos y muertos en pueblos de todos temperamentos del ar-

zobispado de Méjico, parece á primera vista que á pesar de la gran miseria de la plebe (parte la mas numerosa de la nacion), y á pesar del crecido número de niños que anualmente mueren por la desatencion de sus padres, la poblacion de este reino debería aumentarse en mas de 600 individuos cada año, ó en mas de 1 por o/o. Y aunque el cálculo no debe formarse sobre lo que se vé en las grandes ciudades, donde causas locales parece impiden el aumento de la poblacion, pongo aquí la siguiente.

	<u>Nacidos.</u>	<u>Muertos.</u>
En Guanaxuato en 5 años. . .	12,666.	6,294.
En santa Ana, su barrio. . .	3,629.	1,857.
En Marfil, otro id.	3,702.	1,904.
	<u>3,999.</u>	<u>2,011.</u>
Año comun: : :		

La poblacion de estos parages es de 55 á 600 personas; de modo que el aumento de 1,988 en 5 años, ó cerca de 400 por año, no llega á 7/10 por o/o; pero las minas atraen mucha gente soltera á este real, por lo cual el número de nacidos debe ser menor.

En Méjico el término medio de 8 años dá 5,930 nacidos por año y 5,050 muertos. El aumento es de 880 en una poblacion que no escede de 13000 habitantes, esto es, de 6/10 por años. En algunos años ha sido mayor el esceso de los nacidos, pues llegó á 7/10 por año de la poblacion, como en el de 1802 que se contaron 6,155 nacidos, 5,166 muertos, y 989 de esceso de aquellos. El número de muertos es tan grande en esta ciudad porque de fuera acuden muchos enfermos á sus hospitales.

En la jurisdiccion de Queretaro no ha sido mucho mayor el esceso de nacidos. En 1793 nacieron 5,064, y murieron 2,678, aumentándose 2,386 en la corta poblacion de 68 á 702 individuos, lo que corresponde á 3 $\frac{2}{5}$ por o/o.

La razon de los muertos á los nacidos ha sido.

En Guanaxuato.	1 :	1,9.
En Queretaro.	1 :	1,9.
En Colimaya, tierra fria.	1 :	2,0.
En Iguala, tierra caliente.	1 :	1,4.
En Panuco, caliente como Vera Cruz, pero sin vómito prieto.	1 :	1,2.

Los tres últimos ejemplos son resultado de los años corridos desde el de 1793 hasta el de 1803.

El término medio para todo este reino parece ser de. 1 : 1,65.

En Europa, segun la grande obra de Mr. Nicander sobre la aritmética política, y segun la mas reciente de Sir Frederic Morton, corresponde á. 1 : 1,26.

En Suecia de cada 30 personas nace 1, y muere 1 de cada 39.

En otras partes mas meridionales de Europa nace 1 de cada 28, y muere 1 de 33.

En Nueva España se puede regular un nacido por cada 21 personas, y un muerto por cada 34.

Nacen probablemente en todo el reino en años benignos 3742, y mueren 1692; de lo que resulta un aumento de 1052, ó de cerca de 1 $\frac{4}{5}$ por o/o.

Es tanta la fecundidad de la especie humana en el nuevo continente, y con especialidad bajo de los trópicos, segun se vé en la provincia de Caracañ, que en la Suecia que el año de 1795 tenia la mitad de la

poblacion de N. E., ó 3 millones 150 habitantes, debería aumentarse á proporcion de esta en 550 cada año ; siendo así que el aumento nunca ha pasado de 390 , y en 23 años tomando un término medio se reduce á solos 22,700 por cada uno.

A pesar de estos cálculos fundados á vista de los libros parroquiales , y á pesar de los progresos de la poblacion que indican los aumentos del diezmo y de varios ramos de la real Hacienda , parece que la prudencia obliga á limitar á 1 por o/o , ó cerca de 600 el acrecentamiento anual de los nacidos. Los años de viruelas que en el de 1779 quitaron la vida en solo Méjico á mas de 90 individuos ; el Matlazahuatl, ó peste de 1736 ; las carestías de maiz , como la de 1785, y otras causas, atrasan periódicamente la poblacion de este reino, y en varias de sus provincias, no en todas disminuye indubitablemente el número de casta productiva ; esto es, la de los indios, sin que quede el consuelo filantrópico de creer que sea aparente la minoracion por haberse confundido con otras razas.

Estas mismas reflexiones muestran la increíble rapidez con que se aumentará la poblacion de N. E. cuando se renuevan ó disminuyan las causas que la atrasan , y cuando las ínfimas clases de sus habitantes mejoren en bienes , en industria y comodidad.

El esceso de los nacidos en tierra caliente al de los nacidos en tierra fria es de $1 \frac{4}{10}$.

En Iguala nacieron en 10 años 3,373 , y murieron 2,395.

En Panuco en igual tiempo fueron los nacidos 1,224 , y los muertos 988, cuando en tierra fria en la misma época en Calimaya nacieron 5,275 , y murieron 2,602 , y en Méjico 570 de los primeros , y 36,700 de los segundos.

Esta mayor mortandad en los climas ardientes, contraria á la que se experimenta en la Nueva Andalucía, en la costa de Oro y en los llanos de Caracas, debe atribuirse, no tanto al influjo del aire, como al sumo abandono con que la plebe se porta con las tercianas.

El trabajo inmediato de las minas no se opone en este reino á la poblacion, segun los cálculos hechos en Guanaxuato y Zacatecas, en donde la mortandad es poca.

En estos reales no se conoce la mita (*) del Perú, que traslada los indios de un clima á otro: mutacion perjudicial á la poca flexibilidad de sus órganos, y quizá en ningun género de trabajo goza la plebe con mas libertad del fruto de sus afanes que en las minas de Nueva España. Los conocimientos técnicos que se esparcen, aunque con suma lentitud, harán el beneficio de metales y su estraccion de la tierra menos nocivos á la salud, disminuyendo el calor que en los planes de la mina llamada Valenciana á 615 varas de profundidad perpendicular sube á 93° en el termómetro de Fahrenheit, y á 27° en el de Reamur, que con 11 mas que el calor medio de Vera Cruz, aumentando la pureza del aire que en los mismos planes no tiene mas de $24/100$ de oxígeno abundando $4/100$ de gas ácido carbónico.

El número de trabajadores de las minas en todo este reino entre barrenadores, faeneros, tenateros, barreteros, &c., llega apenas á 300; que componen $2/3$ por o/o de toda la poblacion.

Los tributarios no pasan en todo el reino de 4800, ó de $8/100$.

(*) Mita significa en el Perú el repartimiento de indios forzados que se dan por tanda ó remuda para labrar minas y otros servicios, y estos indios se llaman Mitarios.

En la Intendencia de Durango, que tiene 1213 habitantes, no hay algun tributario.

En la provincia de Sonora en 383 individuos que la pueblan, hay solos 250 tributarios.

En Sinaloa en 553 hay como 1,850.

En Guanaxuato en 3983 habitantes, se hallan 51,207 tributarios.

El número de indios en toda la Nueva España no baja de 2 millones 3003, que componen 2/5 de toda su poblacion. En las Intendencias de Guanaxuato, Puebla, Valladolid y Oaxaca son mas de 3/5.

	<u>Poblacion.</u>	<u>Indios.</u>
Intendencia de Puebla en 1793.	6383.	4163.
De Oaxaca.	4113.	3633.
De Guanaxuato.	3983.	1753.
De Valladolid.	2903.	1193.
	<hr/>	<hr/>
En las 4 Intendencias.	1.7373.	1.0733.

Esto corresponde á 61 indios por cada 100 personas de poblacion, y en Oaxaca á 88/100.

En las poblaciones septentrionales que están fuera del trópico, á escepcion de la California y la Sonora, apenas hay indios, y esta falta es la causa de la escasez de su poblacion, que no llega á 13 personas por legua cuadrada, cuando en la Intendencia de Puebla, donde los indios componen 65/100, hay 521 habitantes por legua cuadrada.

Las continuas emigraciones de las naciones septentrionales hácia el Sur, aun quizá antes de los viajes de los Tultecas en el año de 648, las de los Chi-

chimecas, y Nahuatlacos en 1170; las de los Aculhuas y Mejicanos ó Alztecós á fines del siglo XII, y el estado de barbarie en que se hallaba toda la parte septentrional de Anahuac, no permitieron que los europeos encontrasen en dichas provincias mas de unas tribus esparcidas que se retiraron al Bolson de Mapimi, al rio Gila, y al Navajoa, con tanta mas brevedad, quanto el trato que á pesar de las órdenes del soberano experimentaron de los vencedores, los convidaba menos á vivir con ellos.

Los españoles, ó la casta blanca nacida aquí de padres europeos, llegan probablemente á un millon, ó menos de $\frac{1}{5}$ de toda la poblacion.

	<u>Poblacion.</u>	<u>Españoles.</u>
En la Intendencia de Guanaxuato en 1793.	3980	1030
De Valladolid.	2900	800
De Puebla.	6380	630
De Oaxaca.	4110	260
	<hr/>	<hr/>
En las 4 Intendencias.	1.7370	2720
	<hr/>	<hr/>

Y siendo en las mismas Intendencias los indios puros 1 millon 730, resulta que en cada 100 habitantes hay 15 españoles y 61 indios.

En las provincias internas, el número de los españoles compone la mayor parte de la poblacion; pero el influjo de estas provincias, cuya poblacion no pasa de 4420 individuos, sobre el todo de la N. E. es muy pequeño.

En la ciudad de Méjico, en cada 100 personas hay:

6 mulatos.
 2 europeos.
 49 españoles.
 24 indios.
 19 de otras castas.

El número de los europeos en todo el reino no puede esceder de 70 á 800, inclusas 700 mugeres.

Los negros no pasan de 60, y los esclavos de 9 á 100: puede ser que entre los trópicos no haya otro país que logre la felicidad de tener tan pocos esclavos en una tan considerable poblacion.

La poblacion de la Nueva España se supone probablemente ser de:

750 europeos.
 1.0000 españoles ó blancos americanos.
 2.3000 indios.
 2.3850 de otras castas.

5.7600 por todo.

Lo que corresponde á $2/5$ de indios puros, $1/5$ de blancos americanos y $2/5$ de castas mistas de indio, americano, europeo y asiático, africano, &c., resultando bien diverso de lo que hasta ahora se ha creído, y es que habia $3/100$ de indios puros, $1/100$ de blancos americanos y $6/10$ de castas mistas.

En las Indias es una opinion muy comun la de que en la diferencia de los sexos, la naturaleza no sigue la misma ley del equilibrio que en la Europa, y que entre los trópicos escede aquí el número de las hembras; pero un prolijo trabajo ha hecho conocer que tal opinion carece de fundamento, y que

en la N. E. , así en las Intendencias de tierra fria como en las de tierra caliente , la poblacion en todas castas se inclina á un exceso de varones.

	<u>Varones.</u>	<u>Hembras.</u>
Intendencia de Guanaxuato. . .	53,983	49,316 españoles.
Idem diversas castas.	59,659	59,604
Idem.	89,753	85,429 indios.
Intendencia de Durango.	60,727	59,586
De Valladolid españoles.	40,339	39,381
Idem de indios. . .	61,352	58,016
Idem de diversas castas.	44,704	43,705
Provincia de Sonora.	20,473	17,832
De Sinaloa.	27,772	27,290
Nuevo Méjico. . . .	15,915	14,910
California.	6,770	5,949
Intendencia de Oaxaca.	206,980	204,355
	<u>688,488</u>	<u>665,373</u>

En la Intendencia de Puebla por el contrario abundan mas las hembras entre los españoles , y los varones entre los indios.

En las ciudades supera en todas castas el número de hembras.

En Méjico las hembras con los varones están en la razon de 1 , 3 : 1 , ó casi de 5 , 4.

En esta ciudad se contaron en 1793, 2,118 europeos y 217 europeas: 21,338 españoles y 29,013 españolas: idem 11,232 indios y 14,371 indias: 2,958 mulatos y 4,136 mulatas: varones de todas castas 7,832 y 11,256 hembras.

En Queretaro y en Valladolid hay igual abundancia de mugeres, esceptuándose los indios en la última de estas ciudades.

En Queretaro hay 4,040 españoles y 5,748 españolas: 5,394 indios y 6,190 indias; y de las demas castas 4,639 varones y 5,450 hembras.

En Valladolid son 2,207 los españoles y 2,929 las españolas: 1,445 los mulatos y 1,924 las mulatas: 2,419 los indios y 2,276 las indias.

Sin embargo de esta abundancia de hembras en las ciudades, en ellas nacen mas y mueren menos varones. En Méjico en la parroquia de Santa Cruz en un decenio nacieron 2,550 varones y 2,335 hembras. En la parroquia del Sagrario en 5 años nacieron 3,705 varones y 3,602 hembras: de cuyos individuos murieron 1,951 hombres y 2,393 mugeres.

El esceso de mugeres existentes en las ciudades, quizá se atribuirá á que en ellas concurren mas que los hombres, y á que estos salen en mayor número para mantenerse en el campo.

En el clima ardiente y propenso á calenturas de Panuco, nacieron desde 1793 hasta 1802, cerca de 124 varones mas que hembras, y murieron 30 hembras mas que varones: de modo que segun esto hay una doble causa para el esceso de los hombres. Esta ley de la naturaleza ha sido en Panuco tan constante, que en 10 años solamente una vez superó el número de hembras nacidas al número de varones nacidos; y que en el mismo espacio de tiempo,

únicamente en 2 años fallecieron mas varones que hembras.

La longevidad relativa de las razas ó variedades de la especie humana, es otro fenómeno cuyas causas son tan desconocidas como las de las diferencias del sexo en los nacidos. En Méjico, la esperanza que el europeo tiene de pasar la edad de 50 años á la que tiene el blanco americano es como 9 á 4.

En 1793 se hallaron en esta ciudad de mas de 50 años

De 2,335 europeos.	442
De 50,371 españoles.	4,128
De 7,094 mulatos.	539
De 25,603 indios.	1,789
De 19,357 de las demas castas.	1,278

De modo que los que en estos números pasaban la edad de 50 años fueron:

De cada 100 europeos.	18
De idem españoles.	8
De idem mulatos.	7
De idem indios.	6 $\frac{4}{5}$
De idem demas castas.	6

El ejemplo de los blancos americanos prueba que la causa de este fenómeno se debe buscar en la miseria de la plebe.

Parece que la vida del hombre se abrevia tanto mas, cuanto mas temprano entra en la pubertad.

El clero de Nueva España se compone de 9 á 10⁰ individuos, sin contar los legos, donados y criados de los conventos, con los cuales ascenderá el número á 15⁰; de los 9⁰ los 5⁰ son frailes y monjas.

Clérigos. Frailes y Monjas.

La ciudad de Méjico que con donados y criados cuenta 2,500 individuos, tiene...	550	1,636
La Intendencia de Pue- bla.	667	881
De Valladolid.	293	292
De Oaxaca.	200	343
De Guanaxuato.	225	197

Todo el clero de Nueva España no iguala el número de religiosos de San Francisco que hay en España, pues es de 15,600.

En España hay 2280 clérigos, que corresponden á 20 individuos del estado eclesiástico por cada 10 habitantes. En este reino apenas llegan á $1 \frac{3}{5}$ por millar.

La superficie del actual reino del Perú (del cual están separados los gobiernos de Quito, Jaen, Chile y Potosí) es la $\frac{1}{4}$ que la de Nueva España, y como apenas tiene 30 leguas cuadradas, es todavía de menos estension que la Intendencia de san Luis Potosí. En 1803 tenia el Perú cerca de 1 millon 2000 habitantes, ó 60 por legua cuadrada. Su poblacion con la de Nueva España está en la razon de 6 á 7.

El Perú tiene 7000 indios, ó 58 por cada 100 habitantes. En N. E. son $\frac{4}{100}$ de los habitantes.

En el Perú hay 1500 españoles ó $\frac{12}{100}$ de toda la poblacion, y en N. E. los españoles componen $\frac{17}{100}$.

El clero del Perú es mucho mas numeroso que el de N. E.: pasa de 50 personas, ó de $4 \frac{1}{10}$ por

millar de la poblacion. En N. E. no escede de 13/5 por millar.

En el Perú hay 400 esclavos ó 30 por millar. En N. E. no llegan á 1 7/10 por millar.

La Europa que tiene 307,200 léguas cuadradas de superficie, es 4 veces mayor que la N. E. con las provincias internas.

La Rusia europea que tiene 1300 leguas cuadradas, escede á la N. E. en un terreno tres veces mayor que la península de España.

La Intendencia de san Luis Potosí tiene tanto terreno como la Francia.

La Intendencia de Sonora iguala en la estension á la Noruega. La de Zacatecas á la de Suiza. La de Guadalajara es algo mayor que Inglaterra. La de Guanajuato es como el ducado de Curlandia, y la de Vera Cruz un poco menos que Irlanda.

Los Estados Unidos tenian en 1790 en la enorme superficie de 640 millones de acres, de los cuales 1/10 está cubierto de agua, cerca de 4 millones de habitantes, que es una poblacion menor que la de Nueva España ; pero el aumento de los 13 últimos años ha sido mucho mayor en dichos Estados.

En el citado año habia en los Estados Septentrionales..	1.009,492
En los intermedios, incluidos 65,800 individuos.	1.090,546
En los australes, incluidos 6650 negros.	1.943,649
	<hr/>
	4.033,687
	<hr/>

	<i>Areas en leguas cua- dradas.</i>	<i>Poblacion.</i>	<i>Idem por le- gua cuadra- da.</i>
Provincias in- ternas.	43,999	442,847	10 1/10
Las dependien- tes del virei- nato.	5,454	64,000	11 7/10
Nuevo reino de Leon.	1,623	26,000	16
Nuevo Santan- der.	831	38,000	10
Lo dependiente de la coman- dancia gene- ral.	38,545	378,847	10
Nueva Vizcaya.	10,781	157,970	14 7/10
Sonora.	12,862	120,080	9 1/3
Coahuila.	4,280	40,000	9 1/4
Tejas: poblacion dudosa.	7,006	21,000	3
Nuevo Méjico: idem.	3,616	39,797	11 2/3
Reinos de Mé- jico, Mechoa- can, óla N. E. sin las provin- cias internas.	37,145	5.321,887	143 1/4
Intendencia de Méjico.	4,138	1.495,140	361 1/4
De Puebla.	1,575	821,277	521 1/15
De Vera Cruz.	2,458	154,286	62 1/2

	<i>Areas en leguas cuadradas.</i>	<i>Poblacion.</i>	<i>Idem por legua cuadrada.</i>
De Oaxaca.	3,420	528,860	154 $\frac{2}{3}$
De Mérida de Yucatan.	3,823	460,620	120 $\frac{1}{3}$
De Valladolid.	6,556	371,975	56 $\frac{2}{3}$
De Guadalajara.	6,381	623,572	97 $\frac{2}{3}$
De Zacatecas.	1,681	151,749	90 $\frac{1}{4}$
De Guanajuato.	468	511,616	1,093 $\frac{9}{6}$
La de san Luis Potosí.	17,356	311,503	
Sin el nuevo Santander.	4,280		
Tejas, Coahuila y el nuevo reino de Leon.	616	186,503	302 $\frac{3}{4}$
California antigua.	4,669	9,000	1 $\frac{9}{10}$
La nueva.	1,360	15,560	11
Ambas Californias.	6,029	24,560	4

Las intendencias y las provincias, con atencion á su respectivo tamaño, están en el orden siguiente.

Estension.

1. Intendencia de san Luis Potosí. 17,356.
2. La de Sonora. 12,862.
3. La de Durango. 10,781.
4. Provincia de Tejas, ya compren-

Estension.

dida en la Intendencia de san Luis Potosí.	7,006.
5. Intendencia de Valladolid.	6,556.
6. La de Guadalajara.	6,381.
7. Provincia de la antigua California.	4,669.
8. La de Coahuila, ya comprendida en la Intendencia de san Luis.	4,280.
9. Intendencia de Méjico.	4,138.
10. La provincia del nuevo Santander, ya comprendida en la Intendencia de san Luis.	4,280.
11. Intendencia de Mérida.	3,823.
12. Provincia del nuevo Méjico.	3,616.
13. Intendencia de Oaxaca.	3,420.
14. La de Vera Cruz.	2,458.
15. La de Zacatecas.	1,681.
16. Provincia del nuevo reino de Leon, ya comprendida en la Intendencia de san Luis.	1,623.
17. Intendencia de Puebla.	1,575.
18. Provincia de la nueva California.	1,360.
19. Intendencia de Guanaxuato.	468.

Las intendencias y provincias con proporcion al número de sus habitantes guardan el órden siguiente.

1. Intendencia de Méjico.	1.495,140.
2. De Puebla.	821,277.
3. De Guadalajara.	623,572.
4. De Oaxaca.	528,860.
5. De Guanaxuato.	511,616.
6. De Mérida.	460,620.

7. De Valladolid.	371,975.
8. De san Luis Potosí..	311,503.
9. De Durango.	157,970.
10. De Vera Cruz.	154,286.
11. De Zacatecas..	151,749.
12. De Sonora.	120,080.
13. Provincia del nuevo Méjico.	39,797.
14. La de la nueva California..	15,560.
15. California antigua.	9,000.

Las intendencias y las provincias de la nueva España, por su poblacion relativa á cada legua cuadrada, están en el orden siguiente.

	<i>Habitantes por legua cuadrada.</i>
<hr/>	
1. Intendencia de Guanaxuato.	1,093.
2. De Puebla.	521.
3. De Méjico.	361.
4. De Oaxaca.	154.
5. De Mérida.	120.
6. De Guadalajara.	97.
7. De Zacatecas.	90.
8. De Vera Cruz.	62.
9. De Valladolid.	56.
10. De Durango.	14.
11. Provincia del nuevo Méjico..	11.
12. Intendencia de Sonora.	9.
13. Provincias de las dos Californias.	4.

No siendo la poblacion relativa mas de la poblacion absoluta repartida entre la superficie de las provincias, estas deben seguirse en el orden que llevan

en esta tabla, que indica la integridad de la fuerza política de las partes respectivas.

Las inmediaciones de Méjico y de la Puebla, el terreno que media entre Salamanca, valle de Santiago, Yurirapundaro y Valladolid, están igualmente, ó mas habitados que la Intendencia de Guanaxuato, pues las Intendencias de Méjico y Puebla comprenden al Sur grandes espacios enteramente despoblados, que disminuyen la poblacion relativa, de que resulta que la Intendencia de Méjico baja á 361 individuos por legua cuadrada, cuando el valle de Méjico contiene 2,353, y probablemente mas en cada una de sus leguas cuadradas.

En la República italiana (Milán y Mántua) hay 3,912 personas por legua cuadrada.

Todo este reino con las provincias internas contiene de 70 á 80 villas y lugares.

La Intendencia de Méjico en 4,138 leguas cuadradas de superficie, contiene 1.495,140 habitantes, que corresponden á 361 por cada legua.

El valle de Méjico tiene 2,241 leguas cuadradas, de las que las lagunas ocupan 54. Su poblacion probablemente es de 4000 habitantes, ó de 2,253 por legua cuadrada, descontando el terreno que ocupan las lagunas: poblacion que escede en 200 individuos por legua cuadrada, á la que hay en los contornos de Madrid.

La ciudad de Méjico, sin embargo que despues de la conquista ha padecido cuatro grandes inundaciones en 1553, 1580, 1604 y 1607: año en que el rey Felipe III mandó que la ciudad se mudase á las alturas de Tacuba y Tacubaya, cuya órden no se ejecutó, porque entonces se valuaron los edificios que tenia en 20 $\frac{1}{2}$ millones despues. Se libertó de las aguas del Oeste, Norte y Nodeste, por el desagüe

que empezó Enrique Martínez en el vireinato del marqués de Salinas á 28 de noviembre de 1607 por sobacon.

La obra se suspendió en 1623 y volvió á emprenderse por tajo abierto en 1624.

En 20 de junio de 1629, por las copiosas lluvias que hubo, y por otras causas que no se han aclarado bastante, se inundó la ciudad por 5.^a vez, y quedó 5 años en este estado, sin haberse secado mas de la plaza mayor, la del Volador y Santiago Hatelulco.

Después de muchos proyectos impracticables, Enrique Martínez, puesto en libertad, continuó el desagüe de Huchuetoca, que se adelantó poco hasta 1634, cuando el Comisario general de san Francisco lo trató con empeño hasta 1637.

Por fin, el Consulado de Méjico lo acabó á tajo abierto hasta 1790.

Este antiguo desagüe era solamente desagüe negativo que impedía al río de Quantitlan el desembogue en la laguna de Zumpango que está 10 varas, 1 pie y 6 pulgadas mas alta que la plaza mayor de esta ciudad.

En 1796 y 1798 el desagüe negativo se convirtió en desagüe positivo, abriéndose felizmente los canales de Zumpango y san Cristóbal.

Todavía se trata de hacer el desagüe de la laguna de Tezcucoc, cuya superficie está 1 vara, 1 pie y 1 pulgada mas baja que dicha plaza mayor, para disminuir las pequeñas inundaciones que por los vertederos del Sur y Sueste suele padecer la ciudad, y para formar una comunicacion de canales desde Chalco hasta Huchuetoca, y quizá tambien si el río de Moctezuma lo permitiese hasta Panuco y Tampico.

Las obras del desagüe desde 1609 hasta 1792, han costado 5.651½ pesos.

La mayor altura que hay en esta Intendencia, es la del picacho del Fraile en el monte nevado de Toluca, que tiene 2,364 toesas de elevacion. Despues sigue el cerro de Ajuzco alto 1,871 toesas.

La superficie de esta Intendencia es cuatro veces mayor que la del principado de Cataluña : su poblacion total escede en 1500 individuos á la del reino de Galicia, y su poblacion relativa es igual á la de la provincia de Estremadura.

CIUDADES Y VILLAS PRINCIPALES.

MÉJICO.

Fue fundada por los Alztecas en 1325, conquistada en 13 de agosto de 1521: su poblacion no escede probablemente de 130 á 1400 personas.

Los diversos autores citados por Clavigero, difieren entre sí desde 600 hasta 1 millon 5000 habitantes que dan á esta ciudad. La numeracion hecha en 1793, sin incluir la tropa, produjo 112,926 individuos, á que agregado $\frac{1}{7}$ que puede haberse ocultado, subirán á 129000, poblacion algo menor que la de Madrid, que en 1787 tenia 157000 personas, y casi cinco veces menor que la de París y Lóndres.

Alzate ha querido probar por el número de muertos y nacidos comparado á los de Madrid, que Méjico en 1788 tenia 21000 habitantes, pero no hay razon para sospechar el error de la numeracion del conde de Revillagigedo, llegase al doble, ó á 97000 personas; y no se puede admitir el que las poblaciones de dos lugares situados en diversos continentes, climas y alturas, sean proporcionales al número de los nacidos, cuando en la misma Europa hay lugares, donde como en Madrid de 34 nace 1, y otros como Berlin y varias ciudades de Francia, en que nace 1 de 27. Estas dos suposiciones producirian sobre el número de nacidos en Méjico, una diferencia de mas de 41000.

CONSUMOS DE LA CIUDAD EN 1809.

Toros.	16,300.
Carneros.	278,300.
Puercos.	50,600.
Cabritos y Conejos.	24,000.
Gallinas y Pollos.	1.255,000.
Patos.	125,000.
Harina, cargas.	130,000.
Maiz, idem.	117,200.
Pulque, idem.	294,700.
Aguardiente, barriles.	12,000.
Vino y Vinagre.	4,507.
Aceite de España, arrobas.	5,600.
Cebada, cargas.	40,000.

El consumo de vino ha aumentado muchísimo desde la introduccion del sistema médico Browniano, que es muy favorable al comercio de la Metrópoli.

En la suposicion de haber en Méjico 1350 habitantes, nace 1 de cada 22 $1/2$. Los nacidos están con los muertos en la razon 1, 2 : 1. Antes se notó ya que es aparente la gran mortandad, que proviene de la concurrencia de multitud de enfermos forasteros en los hospitales.

La altura del suelo de Méjico es de.	1,163	toesas.
La de Toluca.	1,338.	
La de Tasco.	858.	
La de Pachuca.	1,224.	
La de Chilpancingo.	663.	
La de Cuernavaca.	803.	
La de Queretaro.	953.	
La de san Juan del Rio.	970.	

Queretaro tiene 350 habitantes, Acapulco 40, los que en tiempo de ferias aumentan hasta 90, y Tezcucó tiene 50.

Los demás lugares de esta Intendencia son:

Cimapan.

Cadereyta.

Lerma.

Coyoacan.

Zacatula.

Tacubaya.

Tacuba.

Toluca.

INTENDENCIA DE PUEBLA.

En la superficie de 1,575 leguas cuadradas, tiene 821,277 habitantes, los que corresponden á 521 por legua.

Es 189 leguas mayor que el reino de Aragon: su poblacion total escede en 70 individuos á la de Cataluña, y su poblacion relativa es igual á la de la provincia de Zamora. Su mayor altura es la del volcan de Popocatepec, que está en 2,764 toesas.

CIUDADES Y VILLAS.

Hueforingo.

Cholula.

Atlixco, célebre por lo fértil de su campaña en trigo.

Tepeaca.

Tehuacan de las Granadas.

Tlascala, poblacion de 3,365 personas, incluso muchos indios.

Esta es la única Intendencia que carece de minas, y en la cual por esta razon las manufacturas y la agricultura han hecho mayores progresos. Y tiene 138 parroquias, 117 pueblos, y 418 haciendas.

INTENDENCIA DE VERA CRUZ.

En 2,458 leguas cuadradas de superficie, tiene 154,286 habitantes, que corresponden á 62 por legua.

Es dos veces mayor que la provincia de Estremadura. Su poblacion total es algo menor que la de la provincia de Segovia, y la poblacion relativa cuatro veces menor que la de la provincia mas despoblada de España, que es la de Ciudad Real.

Su mayor altura es la del Pico de Orizava de 2,795 toesas.

En 1802 murieron en Vera Cruz de vómito prieto 1,500 personas.

Córdoba.

Xalapa.

Orizava.

Perote.

INTENDENCIA DE OAXACA.

En 3,420 leguas cuadradas de superficie, tiene 528,860 habitantes, que corresponden á 154 por legua.

Es algo mas que tres veces mayor que la provincia de Estremadura. Su poblacion total es de 1120 personas, escedente á la de la provincia dicha, y por consiguiente la mitad menor su poblacion relativa.

En esta sola provincia se ha conservado el cultivo de la grana, antes bien abundante en las de Puebla y Nueva Galicia.

El estado del marquesado del Valle, descendiente de Hernan Cortés, contiene las 4 villas del marquesado, 49 pueblos, y 17,700 habitantes.

Todas las rentas remisibles del duque de Monte Leon, procedentes de Oaxaca, Cuernavaca y Toluca, no esceden de 1150 pesos.

Oaxaca ó Antequera tiene 24,400 habitantes.

INTENDENCIA DE VALLADOLID.

En 6,556 leguas cuadradas de superficie, contiene 371,975 habitantes, que corresponden á 56 por legua.

Es siete veces mayor que el reino de Granada, y tiene una poblacion algo mas numerosa que la de Murcia. Su mayor altura está en el cerro de Tancitaro. Tiene 205 parroquias, y 263 pueblos.

Valladolid, que está en la elevacion de 959 toesas, tiene 21,800 habitantes.

Pazcuaro.

Charo.

Citacuaro.

Zamora.

INTENDENCIA DE MÉRIDA.

En 3,823 leguas cuadradas de superficie, tiene 460,620 habitantes, que corresponden á 120 por legua.

Es algo mayor y menos poblada que Oaxaca, y es la parte mas sana de los paises calientes de N. E.

Mérida de Yucatán tiene 363 habitantes.

INTENDENCIA DE GUADALAJARA.

En 6,381 leguas cuadradas de superficie, tiene 623,572 habitantes, á 97 por legua.

En estension escede á $2/5$ de la península de España; pero su poblacion es igual á la del reino de Aragon.

Guadalajara.

Colima.

Aguas Calientes.

Villa de la Purificacion.

Compostela.

Lagos.

INTENDENCIA DE ZACATECAS.

En 1,681 leguas cuadradas de superficie, contiene 151,749 habitantes, que corresponden á 90 por legua.

Es 300 leguas mayor que el reino de Aragon, y su poblacion es menor que la de la provincia de Segovia.

Zacatecas.

Fresnillo.

Jeréz.

Sombrerete.

INTENDENCIA DE GUANAXUATO.

En 468 leguas cuadradas de superficie, contiene 511,616 habitantes, que corresponden á 1,093 por legua.

Es algo mayor que la mitad del reino de Murcia, con una poblacion mas de 1/3 superior á la de este (de 174^o personas).

El número de habitantes escede á la del reino de Valencia en 63^o individuos por legua cuadrada.

La poblacion de Guanaxuato es mayor que la de Lima, Quito, Santa Fé y Caracas. Despues de Méjico y la Habana, es la ciudad de mas habitantes de la América Española.

Su altura es de 1,020 toesas.

Salamanca.

Celaya.

Salvatierra.

San Miguel el Grande.

Tiene 33 parroquias, 37 pueblos y 448 haciendas.

INTENDENCIA DE SAN LUIS POTOSÍ.

En 17,356 leguas cuadradas de superficie, contiene 311,503 habitantes, á 17 por legua cuadrada.

Es solamente 30 leguas cuadradas menor que todo el virreinato del Perú, y 2,600 leguas cuadradas mayor que la península de España, teniendo una población total menor que la del reino de Murcia.

	<i>Leguas cuadradas.</i>
La provincia de san Luis Potosí.	616.
La del Nuevo Santander.	3,831.
La del nuevo reino de Leon.	1,623.
La de Tejas.	7,006.
La de Coahuila.	4,280.
	<hr/>
	17,356.

San Luis Potosí tiene 110 habitantes.

Monterey.

Linares.

Monclova.

San Fernando de Bejar.

INTENDENCIA DE DURANGO.

En 10,781 leguas cuadradas de superficie, contiene 157,970 habitantes, á 14 por legua.

Su estension es como $\frac{2}{3}$ de la península de Es-

paña con poblacion menor que la de la provincia de Soria.

Tiene 199 pueblos, 75 parroquias, 152 haciendas, y 37 misiones.

La altura de Durango es de 1,027 toesas.

Habitantes.	14,200.
Chihuahua.	15,000.
San Juan del Rio.	13,500.
Nombre de Dios.	8,700.
Papasquiaro.	7,200.
Mapimi.	3,000.

Saltillo: Parras: Cuencamé.

INTENDENCIA DE SONORA.

En 12,862 leguas cuadradas de superficie, contiene 120,080 habitantes, á 9 por legua.

Es de solas 2,800 leguas cuadradas menor que toda España, teniendo una poblacion mas escasa que la de Madrid ó Méjico.

La Sonora tiene 46 pueblos, 15 parroquias, 43 misiones y 20 haciendas.

Arispe tiene habitantes.	9,500.
Sonora.	8,200.
Ostimuri.	20,000.
Culiacan.	13,800.
Sinaloa.	12,000.
Rosario.	7,200.
Villa del Fuerte.	10,100.
Alamos.	9,000.
Copala.	

NUEVO MÉJICO.

En 3,616 leguas cuadradas de superficie, contiene 39,797 habitantes, á 11 por legua.

Es mas de 3 veces mayor que Cataluña, con una poblacion menor que la de la mitad de Barcelona.

Tiene 26 pueblos, 3 parroquias, y 19 misiones.

Santa Fé.

Santa Cruz de la Cañada.

Alburquerque.

Atlixco.

ANTIGUA CALIFORNIA.

En 4,669 leguas cuadradas de superficie, contiene 9^d habitantes, que corresponden 1 9/10 por legua.

Tiene 4^d indios bravos, 5^d reducidos, y 16 misiones que van en decadencia.

NUEVA CALIFORNIA.

En 1,360 leguas cuadradas de superficie, contiene 15,560 habitantes, á 11 por legua.

La poblacion de estas misiones ha aumentado con tanta rapidez, que en 1793 la numeracion no daba en ambas Californias mas de 12,666 habitantes, y en 1801 y 802 se bautizaron en las 18 misiones 4,728, y murieron 2,881. Desde 1769 se bautizaron 33,717, y murieron solamente 16,984.

Hay caballos. 17,400.

Ganado vacuno. 67,780.

Ovejas. 107,172.

DIEZMOS.

Méjico de 71 á 80.. .	4.1329	De 81 á 90	7.0829
Puebla de 70 á 79.. .	2.9659	De 80 á 89	3.5089
Valladolid de 70 á 79.	2.7109	De 80 á 89	3.2399
Oaxaca de 71 á 80.. .	7169	De 81 á 90	8639
Guadalajara de 71 á 80.	1.8899	De 81 á 90	2.5799
Durango de 70 á 79. .	9439	De 80 á 89	1.0809

Cantidades que comparadas con la estension de los obispados y su poblacion, producen unos resultados interesantes.

El producto de la agricultura de la Intendencia de Valladolid en 1803 fue de 2 millones 1739 pesos: de modo que en este departamento un habitante produce por labranza 6 pesos; pero de 3729 individuos que hay en Mechoacan, no hay 1509 que trabajen en el campo.

Los paises donde los efectos no se trasportan en carros, gastan duplicado en las mulas, ocupándose tambien demasiada gente en la arriería.

FÁBRICAS, COMERCIO.

Las fábricas de lana y algodón mas considerables son las de Puebla y Queretaro, que han arruinado las de Tezcucó. En Queretaro en 20 obrages se consumen 469 arrobas de lana cada año, las que producen 69 piezas de paño ó 2269 varas: 280 piezas de jerguetilla ó 399 varas: 200 piezas de bayeta ó 159 varas, y 161 piezas de jerga ó 189 varas; siendo el valor de todo esto 6009 pesos.

De algodón se invierten en mantas y rebozos 2009 libras.

Estos obrages habrian adelantado mucho mas si

los operarios gozasen del fruto de su trabajo, y si no fuesen unas inmundas cárceles, tan contrarias á la salud, como á la perfeccion del tejido, y de las calores.

Las fábricas de algodón podrian ser el objeto mas interesante de este reino, si en ellas se empleasen máquinas sencillas para despepitar el algodón en las costas de ambos mares, donde nace.

El valor de los tejidos de algodón de la Intendencia de Puebla, donde á mas de la Cabecera se fabrican en Cholula, Tlascalala y Hucjotingo, es de 1 millon 500⁰⁰ pesos en tiempo de paz.

COMERCIO DEL MAR DEL NORTE POR VERA CRUZ.

Importacion.	19	millones.
Esportacion.	22	idem.
Diferencia.	3	idem.
Objeto ó importe total de este comercio.	41	idem.
Importacion de Lima.	4	idem.
Esportacion.	5 $\frac{1}{2}$	idem.
Diferencia.	1 $\frac{1}{2}$	idem.

ESPORTACION DE LOS ESTADOS UNIDOS.

=Dolars.=

En 1790.	19.	} 100 millones.
En 1793.	33.	
En 1794.	48.	

Los objetos de esportacion de Vera Cruz son plata y oro, y los productos de la agricultura de Nueva España, como grana, añil, zarzaparrilla, purga de Jalapa, pimienta de Tabasco, harinas, cueros, azúcar, vainilla, &c.

COMERCIO DEL MAR DEL SUR POR ACAPULCO.

Importacion de 1 1/2 millones de pesos.

Las rentas de Nueva España en cuanto á su producto guardan el órden siguiente.

Ramo de plata y oro, esto es, quintos, azogues y monedage, tabaco, alcabala, pólvora, naipes, pulque, tributos y almoxarifazgo.

Dividiéndose todos estos ramos en tres clases: 1.^a la de masa comun, esto es, los ramos que tienen los gastos y cargas comunes á que están sujetos en Indias, como alcabalas, tributos, derechos de oro y plata: 2.^a la que abraza los ramos de tabacos, naipes y azogues, cuyo líquido se separa de los otros para remitirse á España; y 3.^a que tiene unos destinos particulares para la América y la Metrópoli, como penas, bulas, diezmos, vacantes, media annata, y mesadas eclesiásticas. A estas tres clases se agrega la del ramo de agenos, como el monte pio, bienes de difuntos, bienes municipales, agenos que solamente gozan la proteccion y direccion del Soberano. Siguiendo esta division el término medio desde 1784 hasta 1789, produce.

	<i>Productos.</i>	<i>Gastos.</i>	<i>Líquido.</i>
1. ^a Clase producido. . .	10.747,878.	1.395,862.	9.352,015.
2. ^a Clase.. . .	6.899,830.	3.080,303.	3.819,526.
3. ^a Clase.. . .	530,425.	13,804.	516,620.
Agenos.. . .	1.897,128.	1.700,956.	196,172.
Total. . .	20.075,266.	6.190,927.	13.884,334.

De este extracto se sigue el resultado de que los gastos de administracion hacen la 3.^a parte del total producto de las rentas y casi la mitad del líquido.

El rey de España recibe anualmente de sus dominios de América cuando mas, 9 millones de pesos, de los cuales este reino dá $\frac{2}{3}$.

La renta total de N. E. es casi igual á la del rey de Prusia, y escede tres veces á la del rey de Suecia.

Producto total del reino, en plata y oro.	22.000,000.
De plata, marcos..	2.660,000.
Idem moneda, pesos.	21.300,000.
En oro monedado.	700,000.

Popayan y Santa Fé acuñan.

En oro, pesos.	190,000.
El reino de Chile en idem.	500,000.

La plata al oro acuñado es como 100 : 3 $\frac{1}{3}$.

El producto de la plata de Nueva España á la del Perú = 4 : 1 —

El mismo producto de este reino al de las minas de Alemania = 20 : 8 —

En 1796 se acuñaron en esta

Casa de moneda.	25.644,000 pesos.
En 1797.	25.800,000 pesos.

Doce años antes fueron de 18 á 19 millones.

Treinta años apenas llegaban de 10 á 11 id.

Al principio del siglo XVIII eran de 5 á 6 id.

Estos aumentos vienen del progreso de la poblacion y de la industria ; de las luces esparcidas ; de la rebaja del precio del azogue en 1777 ; descubrimiento del mineral de los catorce en 1778 ; del fomento

de la mina de Valenciana en 1768; del establecimiento del tribunal de Minería, y mas que todo de la libertad del comercio desde el año de 1778.

Este reino ha producido en plata
y oro desde 1690 hasta 1803. . . . 1.304.070,807.
Y desde la conquista mas de. . . . 1.920.000,000.

Esta suma de numerario ha causado enormes revoluciones en el estado moral y político de la Europa, que han destruido las fábricas y la industria de la Metrópoli, habiéndose desaparecido la mayor parte de este tesoro, dirigiéndose para el E.

MONEDA ACUÑADA ANTES DEL COMERCIO LIBRE.

Desde 1766 hasta 778. . . . 203.882,000 pesos.
Desde 1779 hasta 1797. . . . 252.024,000 pesos.

La plata beneficiada por amalgamacion es á la beneficiada por fundicion = $3 \frac{1}{2} : 1$ —

La fundicion disminuye en tiempo de paz; disminucion que favorece la conservacion de los bosques y el aumento de la plata.

Esta casa de moneda, la primera de todo el mundo, gira su capital con 59 por o/o de utilidad, y el Soberano gana $6 \frac{3}{5}$ por o/o sobre toda la cantidad que se acuña.

El costo de la amonedacion con las mermas es de medio real, y con los sueldos de los empleados de $\frac{4}{5}$ por marco.

Cuando se acuñan 15 millones, el Rey gana 6 por o/o: cuando pasan de 18 utiliza casi 7 por o/o.

Los operarios de esta casa son 350 á 400 que

diariamente pueden trabajar con 10 molinos para estirar la plata; 21 bancos para hilerarla, 51 cortes y 20,000 lantes de 12 á 150 marcos.

En el mes de abril de 1796 se acuñaron 2.922,185 pesos, y en un año, sin aumentar máquinas ni gente, pueden acuñarse 30 millones de pesos.

Este reino dividido en diputaciones de minas contiene 500 reales de minas, y mas de 300 minas en actual laborío.

Toda la América española produce 37 millones de pesos en plata y oro, y consume anualmente mas de 300 quintales de azogue, que importan pasados de 1 1/2 millones de pesos.

Las minas de este reino gastan cada año 7000 pesos de pólvora.

Las de cobre producen aquí para conducir á España una cosa de poca importancia.

Las de plomo son mas escasas de lo que se necesita para fundir la plata.

Las de fierro abundan en las Intendencias de Valladolid, Guadalajara, Zacatecas y provincias internas; pero no pueden trabajarse en tiempo de paz por lo barato del fierro y del acero que viene de España, y por la falta de combustible.

La plata con oro paga al Rey y al tribunal de Minería 19 1/6 por o/o.

No se paga por el Rey el oro que contienen las barras de plata, cuando no es tanto que pase de 30 granos por marco.

DIPUTACION DE MINERÍA PRIMERA DE GUANAXUATO.

Produce de 5 á 6 millones de pesos cada año en plata y oro, duplicado que el Potosí en su mayor prosperidad.

La mina de Valenciana (que tiene 615 varas de profundidad perpendicular, 38 varas menos que la de Cuzchach de Sajonia) ha dado desde 1768, mas de 28 millones de pesos en plata y oro. La utilidad líquida para los dueños en este tiempo ha sido de 16 á 18 millones. Por lo comun produce 2500 marcos cada año de plata, ó 2 millones de pesos en años abundantes, como el de 1797, dió mas de 3 millones de pesos ó 4000 marcos. Esta mina sola produce tanta plata como todo el cerro del Potosí en los años mas felices, en los cuales (desde 1578 hasta 1736) daban en cada uno 3 millones 2000 pesos. Al presente no producen mas de 3000 marcos.

En Guanaxuato son 3 solamente las minas que se trabajan con algun empeño. No se halla poblada ni 1/10 de la veta madre; de modo que solo esta por ser tan rica podria dar tanta plata como todo el resto del reino, y aun mucho mas.

En todo el Real de Guanaxuato se cuentan 183 minas: 366 Zangarros, ó Haciendas de beneficio: 116 molinos: 1,896 arrastres: 14,618 mulas; y 90 operarios: se muelen diariamente 11,376 quintales de metal.

SEGUNDA DIPUTACION DE LOS CATORCE.

El Real de los Catorce y el cerro de Gualcayoe, junto á Chotá, en el Perú, son los descubrimientos mas brillantes que se han hecho en la América Española en el último siglo.

Sebastian Coronado descubrió el Viejo Catorce en 1773, y don Bernardo Cepeda la Veta grande en 1778.

La mina del P. Flores dió en el primer año un millon de pesos. La de la Purísima floreció desde 1788, dando anualmente libres 2000 pesos. En 1796 produjo 1 millon 1000 pesos. Desde 1798 ha decaído este Real, aunque todavía produce de 3 á 4 millones de pesos cada año.

3.^a Diputacion de san Luis Potosí.

4.^a De Ojo caliente.

5.^a De Charcas.

6.^a San Nicolás de Croix.

7.^a Zacatecas.

8.^a Sombrerete. El ejemplo de la mayor riqueza que se ha conocido en este reino; es la mina de la Veta negra, que en 5 ó 6 meses produjo 6 millones de pesos á la caja de Fagoaga, dejando libres cerca de 4 millones.

9.^a Diputacion del Fresnillo.

10. Sierra de Pinos.

11. De Bolaños.

12. Asientos de Ibarra.

13. Hostotipaquillo.

14. Pachuca.

15. Cimapan.

16. Del Doctor.
17. Tasco. El cerro de la Campana que trabajó Hernan Cortés, es probablemente la mina mas antigua de este reino.
18. De Zacualpa.
19. Temascaltepez.
20. Sultepeque.
21. Chihuahua.
22. Parral.
23. Guarizamey.
24. Cosiguriachi.
25. Batopilas.
26. Oaxaca.
27. Augangueo.
28. Inguarán.
29. Citaquaro.
30. Tlalpuxagua.
31. Real de los Alamos.
32. Copála.
33. San Antonio de las Huertas.
34. Nuestra Señora de Guadalupe.
35. Peña blanca.
36. Cosalá.
37. Los Alifos.

FUERZA MILITAR.

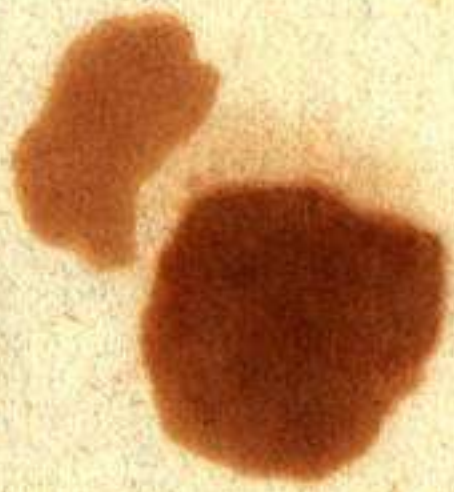
Tropa veterana, plazas. . .	9,924.
Del ejército de operacion. .	6,220.
Presidial y volante.	595.
Id. de la Comandancia general.	3,099.
Milicias provinciales. . . .	21,951.
Del vireinato en tiempo de paz.	19,364.

En tiempo de guerra.	21,412.
De la Comandancia general.	2,587.
Milicias urbanas.	1,059.
Toda la fuerza militar en tiempo de paz.	32,934.
Los gastos que esta tropa causa, pasan de.	1.800,000 pesos.
Y con las fortificaciones llegan á 4 millones.	
El fuerte de Perote gasta cada año 200,000 pesos.	

Méjico 19 de octubre de 1809.



FIN DEL TOMO IX.









CATEDRAS
—
HISTORIA
DE LA ORDEN